

13559

~~5887~~

iraquin

L. n. g. u. e



3
~~1.698~~

22605

RELEASED AND

U. S. DEPT. OF JUSTICE

22
—
273

EL HOMBRE DE NIEVE,

novela escrita en francés

POR

MR. JORGE SAND.

traduccion

DE

D. J. F. SAENZ DE URRACA.

MADRID.—1859.

IMPRENTA DE DON JOSÉ DE GRANDA,
calle del Príncipe, 14, bajo.

EL HOMBRE DE VIEJA

novela escrita en francés

por

MR. JORGE SAND.

Traducción de

por

D. J. F. SACHS DE URBACA.

MADRID — 1860.

IMPRESA DE DON JUAN DE CRISTÓBAL
Calle del Príncipe, 14. de 1860.

A MAURICIO SAND.

ROGAMOS al lector que tenga á bien centrar con nosotros en el corazon del asunto de esta historia, como **hace cuando en el teatro se alza el telon y descubre una situacion que los personajes van á revelar.**

Lo mismo y por consiguiente le rogamos que penetre desde luego con nosotros en el centro de la localidad en que pasa la aventura, con la diferencia de que en el teatro rara vez se alza el telon cuando el escenario está vacío, y aquí el lector y yo vamos á encontrarnos solos por algunos instantes.

Hémos aquí transportados á un local bastante raro y poco alegre : sala cuadrada, regular al primer golpe de vista, pero en la que uno de los ángulos es mas profundo que los otros tres, lo cual se conoce con solo mirar el cuadrado que forma el techo de madera oscura cuyas abultadas vigas penetran mas de lo regular en el rincon que corresponde al Nordeste.

Ademas esta irregularidad se hace mas perceptible por la presencia de una escalera de madera cuya barandilla ostenta unos balaustrados de un trabajo bastante esmerado, obra de un carácter macizo que parece remontarse á fines del siglo XVI ó á principios del siglo XVII. Esta escalera presenta seis escalones, tiene un descansillo pequeño y cuadrado, y el último de sus otros seis escalones va á perderse en la pared. Es evi-

dente que allí hubo en otro tiempo una puerta que se ha suprimido. La disposicion del edificio se ha variado; se debió suprimir igualmente la escalera, que ya no sirve mas que para obstruir la habitacion. ¿Por qué no se ha hecho así? Tal es, querido lector, la pregunta que nos dirigimos uno á otro. A pesar de esta prueba de respeto ó de indiferencia, la habitacion que esploramos, ha conservado casi intactas sus antiguas comodidades. Una gran estufa circular, en la que hace mucho tiempo que no se encendido lumbre, sostiene un gran reló de sobremesa cuyos cristales opacos y casi empañados por la humedad producen en la sombra reflejos metálicos. Una bonita araña de cobre, de estilo holandés, baja del techo, y hallándose cubierta con una espesa capa de óxido, parece una joya de malaquita. Once bugías de cera, intactas aunque amarillentas á consecuencia de la accion del tiempo, se alzan todavía en aquellas estensas arandelas de metal que tenian la ventaja de no dejar perder una gota de cera, aunque ofrecian el inconveniente de proyectar en la parte baja de la habitacion una sombra oscura mientras que toda la claridad iba á parar al techo.

La duodécima bugía de aquella araña está consumida en sus tres cuartas partes. Esta circunstancia nos sorprende, amigo lector, por que miramos á todos los objetos con suma atencion; pero muy bien hubiera podido pasar desapercibida para nosotros por razon del adorno singular que cubre una parte de la araña y de sus bugías, y que cae en opacos pliegues á lo largo de sus brazos. Acaso creereis que es un retazo de estamena echado allí en otro tiempo para guarecer el cobre. Tocadle si podeis alcanzarle, y vereis que es una aglomeracion cuasi permanente de telarañas cubiertas de polvo.

Por lo demas estas telarañas se ven en todas partes, ya en los abumados marcos de los grandes retratos de familia que ocupan tres paredes de la habitacion, ya formando en los ángulos de estos festones sobrepuestos con una especie de regularidad, como si alguna parca austera y diligente, tomando la forma de una araña, hubiese acometido la empresa de tapizar aquellos artesonados desiertos y ocultar hasta su último rincón.

Pero arañas no encontrareis ni una: el frío las ha dormido ó muerto, y si, lo que no es deseo, os veis obligado á pasar la noche en aquella sala lúgubre, para distraeros en vuestra soledad no tendreis siquiera el ruido regular del laborioso insecto. El reló, cuyo tic-tac se parece al de la ara-

ña, tambien está mudo. Sus manecillas están paradas en las cuatro de la madrugada, desde sabe Dios cuantos años!

Digo las cuatro de la madrugada, porque en el pais en que nos hallamos, los antiguos relojes indicaban algunas veces la diferencia entre las horas de la noche y las del dia, por la razon de que en esta comarca tenemos dias de cinco horas, y por lo tanto noches de diez y nueve. A poco que el cansancio del viaje os procurase un sueño prolongado, al despertar os espondriais á no saber si hacia un dia ó dos que habiais llegado. Si al relój le hubiesen dado cuerda, él os lo diria; pero no se le ha dado, y sabe Dios si se le podría dar.

¿En qué pais estamos, pues? Vamos á saberlo sin salir del cuarto. En toda la parte alta de la pared irregular á la que se halla soldada la escalera, y de la que mas de la mitad inferior se halla revestida, como las demas, de un friso de madera de roble, vemos grandes cartelones colocados allí quizás por razon de su forma. Estos cartelones, mas anchos que altos, amueblan la porcion de la pared que no esta cubierta por el friso de madera.

Así, pues, están allí mas bien relegados que para ser vistos, y habremos de subir los doce peldaños de la escalera unida á la pared para convencernos de que aquellas anchas fajas de pergamino iluminadas con los colores mas duros son mapas de geografia ó de navegacion y planos de plazas fuertes.

La escalera nos conduce precisamente á la altura de esos mapas que representan la comarca, y que sin duda han sido colocados allí para poder ser consultados en caso de necesidad, ó para cubrir el sitio de una puerta suprimida.

Aquella gruesa serpiente verde que sube por medio del cuadro, es el mar Báltico. Presumo que le conoceréis por su forma de delfin de doble cola, y por las innumerables cortaduras de sus *fjords*, golfos angostos y sinuosos que penetran profundamente en las tierras y las rocas.

No os estraveis por el lado de la Finlandia, que está allí iluminada con ocre amarillo; buscad en la otra orilla la parte media de la Suecia iluminada con color de vino, y por sus lagos, sus rios y sus montañas conoceréis la provincia de Dalecarlia, comarca bastante salvaje todavia en la época á que vá á trasladarnos esta narracion, es decir, en el siglo último, hácia fines del reinado benévolo y turbulento de Adolfo Federico de Holstein-Gottorp, antiguo obispo de Lubeck, casado despues con Ulrica de Prusia, amiga de Voltaire y her-

mana de Federico el Grande; en fin, según puedo creer, estamos en 1770.

Un poco mas tarde veremos el aspecto de aquella comarca. Por ahora, básteos saber, querido lector, que estais en un antiguo castillejo situado sobre una roca, en medio de un lago helado, lo cual debe haceros suponer, naturalmente, que os trasporta á él en pleno invierno.

Dirijamos una ojeada postrera al cuarto, mientras nos pertenece; pues, á pesar de lo triste y frio que es, muy pronto se le ván á disputar. Está amueblado con sillones viejos de madera, bastante artísticamente trabajados, pero macizos é incómodos. Un solo sillón relativamente moderno, es decir, un sillón del tiempo de Luis XIV, forrado con una tela de seda amarillenta y sucia, pero todavia bastante blando y de una forma cómoda para dormir, parece que está desorientado en la austera compañía de aquellas sillas apolilladas y de respaldos altos, que desde hace mas de veinte años no se han separado de la pared. Por último, en un ángulo opuesto al de la escalera, una cama vieja con cuatro columnas retorcidas, adornada con cortinas de seda ajada y vieja, aumenta el aspecto siniestro y triste de aquel sitio.

Pero, retirémonos, lector. Se abre la puerta, y en adelante os vereis obligado á fiaros de mí para saber cuáles serán los sucesos pasados y futuros cuyo teatro acabo de enseñaros.

I.

Hacia un cuarto de hora largo que golpesban y llamaban á la puerta exterior del gótico castillo de Stollborg; pero el huracán soplaba con tanta fuerza, y el anciano Stenson era tan sordo! ... Estaba bien servido por su sobrino, que tenia el oído menos duro; pero este sobrino, el rubio y colorado Ulfilas, creía en los duendes, y no se cuidaba en manera alguna de ir á abrirles la puerta. Mr. Stenson, el antiguo administrador del baron de Waldemora, achacoso y de un carácter melancólico, habitaba en uno de los pabellones del viejo castillo ruinoso, abandonado del cual tenia el goce y la custodia.

A la verdad, le pareció que llamaban á la puerta exterior; pero Ulfilas le hizo observar muy oportunamente que los duendes, los trasgos y los trolls del lago estaban haciendo de las suyas. Stenson volvió á emprender, suspirando, la lectura de su vieja Biblia, y pocos momentos despues fué á acostarse.

Tanto que los que estaban llamando se impacientaren hasta el extremo de hacer saltar el pestillo de la cerradura, entraron en el zaguán, y hallando un peristilo angosto en el piso bajo, se introdujeron con su asno hasta la sala anteriormente descrita y que denominaban el cuarto de la osa por el animal coronado esculpido en el escudo de armas que había encima de la ventana en la parte exterior.

Por lo general la puerta de aquel cuarto estaba cerrada. En aquel día no se hallaba así, circunstancia particular de que se cuidaron muy poco los recién llegados.

Los nuevos huéspedes de Stollborg eran dos personajes bastante singulares. Uno de ellos, cubierto con pieles de carnero, se parecía á esos fantasmas informes que sirven de espantajos contra los pájaros en los jardines y huertos; el otro, mas alto y de mejor figura, se parecía á un bandido italiano de buen humor.

El asno era un animal hermoso, robusto, cargado como un buey, y tan acostumbrado á las aventuras de viajes que no opuso dificultad alguna para subir unos pocos escalones, ni mostró sorpresa al encontrarse en un piso de tablas de pino en vez de hallar la pajaza de una cuadra. Sin embargo, el pobre asno estaba enfermo, y esto fué lo primero que preocupó el ánimo del mas alto de los dos viajeros que le conducían.

—Puffo,—dijo colocando su linterna sobre una mesa grande que ocupaba el centro del cuarto de la osa,—Juan está constipado. Está tosiendo de un modo capaz de romperle los pulmones.

—¡Pardiez! ¿y yo?—respondió Puffo en italiano, es decir, en la misma lengua en que había hablado su compañero; —¿creeis, mi amo, que estoy yo fresco y rozagante desde que me pascais por este país endiablado?

—Tambien yo tengo frío y estoy cansado,—repuso aquel á quien Puffo llamaba «su amo;»—pero ¿de qué nos serviría quejarnos? Ya estamos aquí, y ahora se trata de no dejarnos morir de frío. Mira si en efecto es este el cuarto de la osa de que nos han hablado.

—¿Y cómo he de conocerlo?

—Por esos mapas geográficos y esa escalera que no conduce á parte alguna. ¿No es eso lo que nos han dicho allá en la alquería.

—No lo sé,—contestó Puffo.—No entiendo su endemoniada jerga.

Puffo, al hablar así, cogió su linterna, la alzó por encima de su cabeza y dijo con mal humorado acento:

—¿Conozco yo acaso la geografía?

El asno alzó los ojos y dijo:

—Eso es... Ahí están los mapas, y aquí,—añadió trepando con ligereza por la escalera de madera y levantando el mapa de Suecia que estaba delante de él,—aquí está el sitio tapado. Vamos bien, Puffo, no hay que apurarnos. El cuarto está bien cerrado y dormiremos en él como unos príncipes.

—Sin embargo, no veo... ¡Ah! si por cierto, aquí hay una cama; pero no tiene colchones, ni jergon, y nos habían hablado de dos camas buenas!

—¡Sibarita! ¡tú en todas partes necesitas camas! Vamos, mira si hay leña en la estufa y enciende lumbré

—¿Leña? No, hay carbon de piedra.

—Eso es mejor todavía. ¡Enciende, chico, enciende! yo voy á cuidar á ese pobre Juan.

Y cogiendo un pedazo de alfombra que habia delante de la estufa, se puso á restregar al asno tan resueltamente, que en pocos momentos se sintió él mismo caldeado.

—Bien me habian advertido,—dijo á Puffo, que estaba encendiendo la estufa,—que pasados los cincuenta y dos grados los asnos padecian con el frio, pero yo no lo creia. Pensaba que, siendo el asno menos delicado que el caballo, que vive hasta en Laponia... y luego este tiene tan buena salud y tan buen carácter... Esperemos que hará como nosotros y que no se morirá por algunos dias. Aun no se ha negado á prestar su servicio, y el pobre animal lleva docilmente á cuestras lo que acaso no llevarian con facilidad los caballos

—No importa,—repuso Puffo, arrodillado delante de la estufa que comenzaba á tener trazas de encenderse bien,—debierais haberle vendido en Stockholmo, en donde tantos le codiciaban.

—¿Vender á Juan? ¿para que le disecasen y le pusiesen en un museo? ¡A la verdad que no! Hace ya un año que me está prestando muy buenos servicios, y le tengo cariño á este fiel servidor. ¿Quién sabe, Puffo, si podré decir otro tanto de ti dentro de un año?

—Gracias, señor Cristiano, tanto me da. No estoy por lo sentimental, y el asno me importa un bledo con tal que encuentre donde comer y beber.

—No es esa mala idea. El sentimiento no está reñido con el apetito y yo tambien tengo una hambre de todos los dias.

bles. Vamos, Puffo, tengamos juicio y recapitulemos. En el castillo nuevo nos han dicho: «Aquí no hay sitio para vosotros. Aun cuando vinierais en nombre del Rey no encontraríais el rincón mas pequeño para alojaros. Id á ver en la alquería.» En la alquería nos han dicho lo mismo, pero nos han dado una linterna, enseñándonos un camino trillado sobre el hielo del lago y aconsejándonos que viniésemos al castillo viejo. El camino, convengo en ello, no era muy lindo, por entre aquellos torbellinos de nieve, pero tampoco era muy largo. ¡Diez minutos de marcha todo lo mas!

—Me ha parecido que duraba una hora,—repuso Puffo.—No tenia yo el hielo, pero desde la aventura del lago Weterm...

—Sin embargo, es preciso que te decidas á pasar de nuevo ese peñazo del lago si quieres cenar.

—¿Y si nos despiden de la alquería como nos han despedido del castillo nuevo? Acaso nos dirán que hay demasiada gente que mantener, y que no queda un pedazo de pan para gentes como nosotros.

—La verdad es que no tenemos muy buena traza. Eso es lo que me hace temer que nos reciba á tiros el buen Stenson, el antiguo administrador que vive en algun rincón de este castillo y que tiene muy mal génio, segun aseguran; pero escucha, Puffo: ó el hombre tiene el sueño muy pesado, puesto que hemos podido forzar la puerta del zaguán y llegar hasta este cuarto sin obstáculo, ó el viento mete un ruido que lo cubre todo. Pues bien, vamos á introducirnos furtivamente en su cocina, y malo ha de ser que no encontremos algo.

—Gracias,—dijo Puffo,—prefiero pasar de nuevo el lago é ir á la alquería. Allí, las gentes, aunque muy ocupadas, eran muy atentas, mientras que el viejo Stenson es malo y rabioso, segun parece.

—Sigue tu inspiración, mi buen Puffo, ¡y vete! Si es posible trae con qué abrigarnos el estómago; pero escucha, ¡oh sublime compañero mio! Escucha una vez por todas...

—¿Qué hay?—dijo Puffo, quien ya se habia dispuesto para salir apretando los cordeles que le sujetaban al cuerpo las pieles de carnero.

—En primer lugar,—repuso Cristiano,—antes de llevarte la linterna me darás tiempo para encender una de las bujías de esa araña.

—¿Y cómo la hemos de alcanzar? No veo muchas escaleras de mano en vuestro condenado cuarto de la Osa.

—Tente firme, que voy á trepar sobre tus hombros. ¿Eres fuerte?

—Andad, que no sois muy pesado.

—Ya ves, compañero mio, no tengo precisamente la honrra de conocerte,—dijo Cristiano encaramado de pié sobre los anchos hombros de Puffo, agarrándose con una mano á uno de los brazos de la araña y esforzándose para arrancar con la otra una de las bujas de su arandela, sin echarse sobre los ojos las telarañas cargadas de polvo.—Hace tres meses que viajamos juntos, y salvo tu afición algo decidida á la taberna, no me pareces mal muchacho; pero podrá suceder que seas un solemne bribon, y no me pesará decirte...

—¡Eh! escuchad,—repuso Puffo moviéndose un poco,—no haríais mal en daros un poco de prisa en vez de estarme predicado desde ahí arriba. ¡No pesais tan poco como yo imaginaba!

—¡Ya está hecho!—contestó Cristiano saltando al suelo con ligereza, porque le pareció observar en su compañero cierta intención de dejarle caer;—tengo ya mi buja y continúo mi discurso. Por el momento, Puffo, somos dos gitanos, dos pobres aventureros; pero yo acostumbro á conducirme como hombre despejado, mientras que tú te complaces en portarte algunas veces como un bestia. Sábetе, pues, que en mi concepto la mayor necesidad, la vulgaridad mas baja que puede hacer un hombre es la de dedicarse al oficio de ratero.

—¿Dónde me habeis visto ser ratero?—preguntó Puffo con gesto sombrío.

—Si te hubiese visto robar en mi compañía, te hubiera roto los riñones; por eso es bueno advertirte una vez por todas los humos que gasto. Te dije hace poco: «Tratemos de procurarnos cena por medio de la persuasión ó de la destreza.» Eso es nuestro derecho. Nos mandan venir á este paraíso de nieve para divertir con nuestro talento á una reunion ilustre y numerosa. Nos envían el dinero para el viaje; y si ya no le tenemos no es culpa nuestra. Nos prometen una buena cantidad, de la cual intento darte generosamente una parte, aunque tú no eres más que aprendiz donde yo soy maestro; debemos darnos por satisfechos, aunque con la condicion de que no nos dejen morir de frio y de hambre. Ahora bien, sucede que llegamos de noche y en un momento en el que la ilustre reunion está cenando, en el que los recomendables lacayos tienen gana de cenar, y en el que los viajeros retrasados hacen mal en querer cenar. Asi pues, busquemos los medios de cenar tambien esta noche con el fin de ha-

llarnos mañana en estado de cumplir nuestros compromisos. Apoderándonos de algunos manjares y de algunas botellas no ofendemos al cielo y no somos unos imbéciles; pero metiéndonos cubiertos de plata en los bolsillos é introduciendo ropa bajo la albarda de nuestro asno, no haríamos mas que necesidades, en atencion á que los cubiertos de plata nada valen en el estómago, y á que la ropa se corta cuando se la esconde debajo de la albarda. ¿Queda convenido, Puffo? Haz cosecha de viveres, que eso es legitimo, pero nada de robo, ó te doy cien palos en las costillas; tal es mi modo de ver.

—Queda convenido,—contestó Puffo encogiéndose de hombros.—Hace ya bastante tiempo que estoy escuchando para oír eso. ¡Sois un famoso hablador!

Y Puffo se fué con la linterna, bastante descontento de su amo, el cual tenia algunos motivos fundados para abrigar sospechas acerca de su probidad por haber encontrado algunas veces en su equipaje de artista ambulante varios objetos cuya súbita propiedad le habia explicado Puffo bastante mal.

Sin embargo, no sin razon habia acusado Puffo por su parte á Cristiano de ser hablador. Tenia por lo menos una gran afluencia, como todos los hombres dotados de fuerte vitalidad intelectual y física. Puffo sufría el ascendiente de un talento y de un caracter infinitamente superiores á su charla trivial y á sus groseros instintos. Era mas robusto de cuerpo, y cuando Cristiano, alto y delgado, amenazaba á aquel liornés rechoncho y musculoso, contaba mas bien con su influencia ó su agilidad que con su vigor corporal, que si bien era notable, era menor que el de Puffo.

Cuando Cristiano se hubo quedado solo se abandonó por completo á su inocente predileccion hácia su amo. Tan luego como entró en la sala de la Osa le habia desembarazado de su carga. Colocó en un rincon esta carga, que consistia en dos cajas bastante grandes, un manejo de montantes pequeños de madera blanca con sus travesas desarmadas, y por último un fardo de lienzo y de tapices bastante buenos todavia, bien arrollados en una funda de cuero. Todo esto era su material de artista, su industria para ganarse el pan. En cuanto á su guarda-ropa, no le servia de mucho estorbo. Consistia en un envoltorio de ropa blanca que cabia en un pañuelo, y en un casacaon de paño tosco que le servia de gualdrapa á Juan cuando su amo se le quitaba de los hombros. Las demas prendas de su vestuario estaban sobre su cuerpo, á saber: una especie de capa veneciana bastante usada, un calzon de tela tosca y tres pares de medias de lana nuevas unas sobre otras.

Cristiano, para dedicarse al arreglo de sus chismes é instalarse en el cuarto, se habia quitado su capa, su gorro de lana y su sombrero de alas anchas. Era un muchacho delgado y alto, de fisonomía notablemente hermosa sombreada por una poblada cabellera negra que caía en desorden.

La estufa comenzaba á hacer sentir su calor, y además el joven de sangre muy viva era poco sensible al frío. Así, pues, andaba por el cuarto en mangas de camisa y adoptaba sus medidas para pasar la noche con toda la comodidad posible. Lo que le causaba inquietud no era el encontrar ó no las camas que le habian anunciado, sino el saber donde hallaría Juan pienso y agua.

—He sido muy necio,—decía para sí,—en no pensar en esto al pasar por el castillo nuevo y por la alquería; pero ¿cómo se ha de pensar en nada cuando el viento clava agujas de hielo en los ojos y en los oídos? En la alquería nos aseguraban (y ahora que recuerdo, nos lo decían con un tono muy burlón), que todo lo encontraríamos abundante en el castillo viejo con tal que el buen Stenson tuviese á bien abrirnos la puerta; según parece no lo ha tenido á bien, puesto que nos hemos visto obligados á abrirla nosotros mismos. ¡Vamos! á toda costa es preciso saber cómo tomará las cosas el cancerbero de esta morada. En último resultado tengo mi carta de admisión en mi bolsillo, y si todavía quieren echarme de aquí, enseñaré los dientes.

Al decir esto, Cristiano colocó á Juan con su equipaje bajo el techado que formaba la parte saliente de la escalera de madera, y cuando con su vela en la mano estaba buscando un clavo ó una clavija cualquiera para atar el asno, vió que en el friso y justamente en el fondo de aquel hueco se abría una puerta y penetraba en el ángulo defectuoso del cuarto.

Como no habia observado antes aquella irregularidad del plan, no pudo comprender si entraba en un pasadizo abierto en una pared gruesa ó entre dos paredes unidas por arriba. Habia empujado aquella puerta secreta sin esperanza de encontrarla abierta, y viendo que nada la sujetaba, iba andando á la aventura y con precaucion. Apenas hubo andado cuatro pasos cuando se apagó su vela. Felizmente en la estufa habia llama y pudo volver á encenderla, al paso que escuchaba con cierto placer el silvido agudo y lastimero del viento engolfado en el pasadizo secreto.

Cristiano tenia la imaginacion novelesca y le gustaban las aventuras poéticas. Le pareció que los duendes y espíritus encerrados durante tanto tiempo en aquella sala abandonada

se le quejaban por que los incomodaba en sus misterios, y como por otra parte temia que el frio agravase el constipado del pobre Juan, al salir tuvo cuidado de empujar la puerta detrás de sí, despues de haber observado que se hallaba provista exteriormente con fuertes cerrajos, pero que su propio peso bastaba para hacerla ceñirse á su marco.

Le dejaremos marchar de descubierta é introduciremos á otro viagero en el cuarto de la Osa.

Esté tambien entra por sorpresa, pero le acompaña Ulfilas, quien le alumbrá con el mayor respeto, mientras que un lacayuelo vestido de encarnado les acompaña tiritando. Estos tres personajes conversan en dialecto dalecarliano y están todavía en el zaguán, Ulfilas con semblante asustado, los otros dos con aspecto impaciente.

—Vamos, Ulf, vamos, hijo mio; basta de atenciones y saludos; alumbradnos hasta llegar á ese famoso cuarto y cuidad pronto á mi caballo. Está cubierto de sudor por habernos subido en trineo por el áspero camino de vuestra roca. ¡Ah que buen caballo! Ni por diez mil *rixdalers* (1) le perderia.

Asi hablaba á Ulfilas el primer abogado de la ciudad de Gevala, doctor en derecho de la facultad de Lund.

—¡Cómo! Mr Goefle (2), ¿quereis pasar la noche aquí? ¿En qué pensais?

—Calla, calla. Sé muy bien que eso disgustará al buen Sten; pero despues que me halle instalado, preciso será que se resigne. Cuida á mi caballo, te digo... yo sabré encontrar un camino.

—Cómo, señor abogado, os venis asi, de noche, solo con vuestro hijo...

—¡Nécio, ya sabes que no tengo hijos! Vamos, tú, Nils, ayúdame á desenganchar á este pobre Lokí. Ya ves que aqui se charla y nada mas. Vamos, menéate; ¿estás helado por un pequeño viaje de tres ó cuatro horas al anocheecer?

—Dejad, dejad, Mr. Goefle, es demasiado pequeño,—dijo Ulfilas mostrándose sensible á la reconvencion del abogado.

—Entrad por la primera puerta á la derecha y poneos á cubierto; yo os respondo del caballo.

(1) El *rixdalers* es una moneda de Suecia que vale poco mas de 20 rs. de nuestra moneda.

(2) Gevala, Gelle, Gesle, Goefle, son los nombres de la misma ciudad, segun la manera de escribirlos. Por una coincidencia fortuita, el abogado de quien aqui se habla llevaba el nombre de la ciudad en que ejercia su profesion.

—¡Bah, ya no nieva! Es una borrasca pasajera que ha suavizado la temperatura,—repuso Mr. Goefle, quien, por profesion y por alicion, no era menos hablador que Cristiano; —no he tenido frio ninguno, y con tal que coma unos buenos puches y fume una buena pipa antes de acostarme... Vamos, Nils, lleva a la alguna cosa al cuarto, eso te entretendrá y te hará entrar en calor. ¿Te estás durmiendo ya? No son mas que las siete.

—¡Ah, Mr. Goefle,—dijo el lacayuelo castañeteando los dientes,—¡hace ya tanto tiempo que es de noche! y yo siempre tengo miedo de noche.

—¡Miedo! ¿de qué? Vamos, consuélate, que en esta estacion los dias crecen minuto y medio.

Mientras hablaba así, Mr. Goefle, que era un hombre de unos sesenta años, seco, activo y alegre, metía por sí mismo su caballo en la cuadra, al paso que Ulfilas colocaba en la cuadra el trineo, arreglaba los arneses guarnecidos de campanillas, y el pequeño Nils, sentado sobre los paquetes, continuaba tiritando bajo la galeria de madera que rodeaba el patio.

Cuando Mr. Goefle se hubo cerciorado de que su querido Loli, el elegante y noble cabalito al que habia dado el nombre del Prometeo de la mitologia escandinava, no carecia de nada, se dirigió con paso seguro hacia el cuarto de la Osa.

—Aguardad, aguardad, señor abogado,—le dijo Ulfilas,—no es aquí. El cuarto de dos camas, que llaman el cuarto de guardia...

—¡Eh, pardiez! le conozco bien,—contestó Mr. Goefle,—he dormido ya en él.

—Puede ser, pero hará mucho tiempo. Ahora está tan estropeado...

—Pues bien, si está estropeado me harás una cama en el cuarto de la Osa.

—En el cuarto de...

No se atrevió á concluir, tanto fué la inaudita que le pareció la idea de Mr. Goefle; pero cobrando ánimos, dijo:

—No, no, señor abogado, ese no puede ser, os estáis burlando! Voy á buscar la llave del otro cuarto, que acaso esté menos mal conservado de lo que yo imaginaba (mi tío entra en él algunas veces), y puesto que hay otra puerta que dá á la galeria, no tendreis el disgusto de pasar por el cuarto... que sabéis.

—¡Cómo! desde qué tapiaron la puerta de la escalera no ha perdido todavía su mala fama ese pobre cuarto de la osa? Vamos, Ulf, hijo mío, eres demasiado bestia para tu edad y te mando que me abras esa puerta al instante. Hace demasiado frío para aguardar á que vayas á buscar las demás llaves, y puesto que tienes....

—No la tengo! exclamó Ulfilas. Os juro, Mr. Goefle, que no engo la llave de la osa, como tampoco la de la *guardia*.

Al discutir así Mr. Goefle acompañado de Ulfilas, que le alumbraba de mala gana, y de Nils, que le iba pisando los talones, había llegado á la primera puerta del castillo, en cuyo piso bajo estaba situado el cuarto de la Osa. Como esta puerta no se cerraba mas que con un cerrojo, exterior, el abogado había penetrado sin obstáculo en el corto zaguán, subiendo los tres escalones y empujando la puerta de la Osa, que cedió á su mano impaciente y se abrió de par en par con un rechinar tan lastimero que Nils retrocedió lleno de espanto.

—Abierta! estaba abierta! exclamó Ulfilas poniéndose todo lo pálido que podia permitirlo su cara encarnada y reluciente.

—Bien! y qué? dijo Mr. Goefle; será Mr. Stenson que haya venido á pasear-se.

—Nunca viene aquí, Mr. Goefle. Oh! no hay peligro de que venga!

—Entonces, tanto mejor. Puedo instalarme sin estorbarle y sin que se aperciba de ello. Pero que me decias? alguien viene aquí, puesto que la estufa está ardiendo!.. Ya comprendo lo que es, Mr. Ulfilas Stenson! has alquilado ó prometido este cuarto á alguna persona á quien esperabas. A la verdad tanto peor para ti! No hay sitio en el castillo nuevo, y preciso es que le haya aquí para mí; pero, consuelate, pobre muchacho, que yo te pagaré tan bien como cualquier otro. Enciende esas laces, es decir, vé á buscar velas que poner en esos candeleros, luego trae sábanas, el calentador, todo lo necesario, y no vayas á olvidar la cena! Nils te ayudará: es muy listo muy amable. Vamos, Nils, apresurátó, encuentra tu solo el cuarto en que hemos de dormir, la *guardia* como dice Ulfilas. Yo sé donde está, pero no quiero decirtelo. Busca, muestranos que eres inteligente, Mr. Nils!

El buen Mr. Goefle predicaba en desierto: Ulf estaba como petrificado en medio del cuarto, Nils se cocía las manos de tanto arrimarlas á la estufa, y el abogado se lo tenía que arreglar todo por sí solo.

Al fin Ulf lanzó un suspiro capaz de poner en movimiento

las aspas de un molino de viento y exclamó con tono enfático:

—Por mi honor, Mr. Goefle, por mi salvacion eterna que no he alquilado ni prometido este cuarto á nadie; podeis tener tal idea sabiendo las cosas que han pasado y pasan todavía en él. ¡Ah! por nada de este mundo querria consentir mi tio Stenson en dejaros aquí! Voy á avisarle vuestra llegada, y puesto que no os han guardado vuestra habitacion en el castillo nuevo, mi tio os dará la suya en el castillo viejo

—Eso es lo que yo no permito, contestó Goefle, y aun te prohibo que le digas que estoy aquí. Mañana sabrá que me encuentro perfectamente bien: el cuarto de guardia es algo pequeño, apenas sirve solo para dormir. Este será mi sala y mi despacho. No es alegre, pero por tres ó cuatro dias al menos estaré tranquilo.

—Tranquilo! exclamó Ulf, tranquilo en un cuarto frecuentado por el diablo!

—¿En qué conoces eso, amigo Ulf? dijo sonriendo el doctor en derecho, mientras que al frio del invierno se unia el frio del miedo para hacer estremecer al pequeño Nils.

—Conozco eso por tres cosas, contestó Ulf con aspecto sombrío y profundo. La primera es que habeis encontrado la puerta del patio abierta, cuando yo la habia cerrado despues de la puesta del sol; la segunda que la puerta de ese cuarto estaba abierta tambien, cosa que no he visto desde hace cinco años que vine aquí á cuidar y á servir á mi tio; la tercera y la mas increíble es que no se ha encendido lumbre aqui desde hace veinte años y acaso mas, y ahora brilla el fuego y la estufa caliente!... En fin... aguardad, señor doctor, hé ahí en el suelo cera recién vertida, y sin embargo...

—Y sin embargo, acabas de derramarla tú mismo, porque tienes la linterna casi entornada!

—No, no, Mr. Goefle, mi vela es de sebo, y lo que veo ahí debajo de la araña... ¡aguardad!

Y alzando la cabeza Ulf lanzó un grito de horror al cerciorarse de que en vez de once velas y media la araña no tenia mas que diez y media.

El abogado tenia un carácter benévolo y optimista. En vez de impacientarse por la preocupacion de Ulfilas y el terror de Nils, no penso mas que en divertirse á costa de ambos.

—Pues bien, vive Dios!—dijo con tono muy formal,—eso prueba que los *kobolds* se han instalado aquí, y si se sirven aparecer ante mí, que durante toda mi vida he deseado

conocerles, sin conseguir ver uno solo, me felicitaria doblemente por haber escogido este cuarto en que dormiré bajo su amable proteccion.

—No, no, señor doctor,—repuso Ulf,—aquí no hay kobolds, es un sitio triste y maldito, bien lo sabeis, un sitio en que los *trolls* del lago vienen á desarreglarlo y estropearlo todo, como espíritus malvados que son, mientras que los pequeños kobolds son amigos de los hombres y no piensan mas que en favorecerlos. Los kobolds conservan y no estropean. Nada se llevan...

—Al contrario, ¡traen! Sé todo eso, maese Ulf; pero, quién te dice que no tengo á mi servicio particular un kobold que haya venido aquí delante de mí? El será quien haya tomado la vela para encender el fuego, con el fin de hacer que yo encuentre al llegar la habitacion caldeada. El será quien me haya abierto las puertas de antemano, sabiendo que tú eres un gran cobarde y que me harias aguardar mucho tiempo; en fin, él es quien vá á acompañarte y á ayudarte á traerme la cena, si te sirves tener esa intencion, porque ya sabes que á los kobolds no les gustan lo mas mínimo los indolentes, y solo sirven á los que tienen buena voluntad para servir á los demás.

Esta explicacion restituyó alguna serenidad á los dos oyentes; Nils se atrevió á examinar con sus grandes ojos azules las oscuras paredes de la sala, y Ulf, despues de haberle entregado una llave con que se habria el armario del cuarto de guardia, se decidió á salir para ir á preparar la cena.

—Vamos, Nils, dijo el abogado á su lacayuelo, no vemos con esa mala linterna que nos dejan; harás las camas mas tarde; entre tanto, vas á abrir el cofre. Ponle sobre la mesa.

—Pero, señor doctor, dijo el niño, si ni siquiera podré levantarle; es tan pesado!

—Es verdad, repuso el abogado; hay papeles dentro, y eso pesa mucho.

Cogió por sí mismo el cofre y con algun esfuerzo le puso sobre una silla, añ diendo:

—Al menos, coje la maleta de la ropa. No he traído mas que lo indispensable; eso no pesa nada.

Nils obedeció, pero por mas que hizo no consiguió abrir el candado.

—Te creí algo mas diestro!—dijo el abogado un poco impaciente.—Tu tia me decia... creo que te ha ponderado un poco la buena Gertrudis!

—Oh!—repuso el niño, sé muy bien abrir los cofres cuando no están cerrados.... Pero decidme, Mr. Goefle, ¿es cierto que teneis un Kobold?

—Un qué? un Kobold? Ah! si, ya no me acordaba! ¿Segun eso crees en los Kobolds, hijo mio?

—Sí, si los hay. ¿Nunca son malos?

—Nunca, con tanto mas motivo cuanto que no existen.

—Ah! sin embargo, deciais....

—Lo dije para burlarme de ese imbécil. En cuanto á tí, Nils, no quiero educarte con esas creencias necias. ¿Sabes? No quiero hacer solo de tí un criado, sino que deseo darte un poco de educacion y de sentido comun, si es posible.

—Sin embargo, Mr. Goefle, mi tia Gertrudis cree en los espíritus buenos y malos!

—¿Mi ama de llaves cree en eso? ¡No se alaba de ello delante de mí! Véase cómo nos engañan las gentes! Cuando tengo tiempo para hablar con ella finge ser muy despreocupada!... Pero no, no es cierto, no cree en eso; te lo dice para divertírte.

—¡Pero si eso no me divierte, sino que me dá miedo! no me deja dormir!

—En ese caso hace mal. Pero ¿qué estas haciendo ahí? ¿Se deshace una maleta tirándolo todo por el suelo? ¿Así te ha enseñado á servir el cura de Falun?

—Pero, Mr. Goefle, si yo no servia al cura. Solo me habia tomado para jugar con su hijo, que estaba enfermo, y nos divertiamos mucho, creedlo! Todo el dia estabamos haciendo barquitos de papel ó trineos de miga de pan!

—¡Ah! bueno es saberlo, dijo el doctor con acento colérico; y Gertrudis que me decia que habias sido tan útil en aquella casa!

—¡Oh! Mr. Goefle, yo era muy útil!

—¡Sí, para los barquitos de papel ó los trineos de miga de pan! Seguramente es muy útil todo eso; pero si en la edad en que estás no sabes hacer mas....

—Pero, Mr. Goefle, sé tanto como los demás muchachos de diez años!

—¿De diez años, pícaro? ¿No tienes mas que diez años? Y tu tia que decia tenias trece ó catorce! Vamos, qué tienes imbécil? ¿Por qué horas?

—¡Ya veis, señor doctor, me estais riñendo! No es culpa mía si solo tengo diez años.

—¡Tienes razon! Es la primera frase sensata que pronuncias desde esta mañana que tengo la fortuna de verte co-

mo servidor mio ¡Vamos, seca tus ojos y tu nariz! No te quiero mal por eso. Eres bastante alto y robusto para tu edad; siempre es algo, y lo que no sabes lo aprenderás, verdad?

—¡Oh! sí, Mr. Goefle, ¡es lo que mas deseo!

—Pero, ¿lo aprenderás pronto?... Soy muy impaciente, te lo advierto.

—Sí, sí, Mr. Goefle, lo aprenderé en seguida.

—¿Sabes hacer una cama?

—¡Oh! ¡ya lo creo! En casa del cura siempre me hacia yo solito mi cama.

—Lo cual quiere decir que no la hacías. No importa, lo veremos.

—Pero, mirad, Mr. Goefle, mi tia, cuando vino esta mañana á Felun para ponerme en camino con vos, me decia: «Nada tendrás que hacer en el castillo adonde vas con tu amo. Hay en el castillo del señor baron de... de...»

—De Waldemora.

—¡Sí, sí, eso es! Hay hermosos cuartos siempre limpios y un enjambre de criados. Lo que Mr. Goefle quiere es que estés allí para dar las órdenes por él, y no quiere llevar á Francisco porque este nunca se está en su cuarto. Se vá á beber y á divertirse con los demás lacayos, y el señor se vé obligado á correr por todos lados y á llamar para pedir lo que necesita. Eso le molesta. Al señor no le gusta eso en manera alguna. Tú serás muy juicioso; nunca te separarás de él, ¿lo oyes? Harás que le sirvan, y á tí tambien te servirán.

—Así, pues,—dijo el doctor,—¿has contado con eso?

—¡Pardiez! soy muy juicioso, Mr. Goefle; no me separo un momento de vos, como veis; no quiero andar corriendo por ahí con los lacayos del castillo.

—¡Mas valdria eso!... Pero te desafiaria yo á que lo hicieses en el sitio en que estamos.

—¿Y para ir al castillo nuevo no hay mas camino que e del lago?

—No por cierto; á no ser por eso, ya veo yo que estarias á estas horas con los lacayos galoneados.

□—¡Oh! no, Mr. Goefle, puesto que vos no lo queréis. ¡Pero qué hermoso era todo allí!

—¿Dónde? ¿En Waldemora?

—Sí, ese es el nombre que dan al castillo nuevo. ¡Oh! Mr. Goefle, ¡era mucho mas bonito que esto! ¡Y habia tanta gente! ¡Allí no tenia yo miedo!

—Muy bien, Mr. Nils, os trastornaba la cabeza aquel palacio lleno de gente, de ruido, de luces, de dorados, de desorden y de manjares! En cuanto á mi no me gusta pasar la noche en el baile y aguardar al día siguiente á que me toque la probabilidad de compartir un cuarto con cuatro ó cinco locos medio borrachos y disputadores. Me gusta gastar poco, pero amenudo y con tranquilidad; dormir algunas horas, pero con entera seguridad. Además, yo no he venido aquí á divertirme. Tengo que arreglar por cuenta del baron unos negocios importantes; necesito mi cuarto, mi mesa, mi escribanía y un poco de silencio. Encuentro censurable que ese querido baron haya olvidado, en medio de sus fiestas y regocijos, que no soy ya un jóven estudiante ávido de música y de walses. Mañana temprano le diré mi modo de pensar. Debí hacer que me preparasen esta habitacion ó cualquiera otra, lejos del estrépito y al abrigo de los importunos. En poco ha estado que me decidiese á emprender de nuevo el camino de Falun, cuando he visto la sorpresa que mostraban los lacayos por mi llegada y sus apuros para colocarme convenientemente; ¡pero he tenido miedo á la nieve, y además Loki estaba sudado! Afortunadamente recordé que en el viejo Stollborg habia un cuarto endiablado que nadie queria, y que á nadie ofrecian. Ya estamos en él y nos hallamos bien. Mañana, Nils, me quitarás todo ese polvo y esas telarañas, que á mi me gusta la limpieza.

—Sí, Mr. Goelle, se lo diré á Mr. Ulf, porque no soy bastante alto para limpiar allá arriba!

—Sí, ya lo veo. Se lo diremos á Ulf.

—Pero, decidme, Mr. Goelle, ¿por qué llaman á esta habitacion el cuarto de la Osa?

—Es un nombre como otro cualquiera,—contesto Mr. Goelle, quien hallándose ocupado en arreglar sus papeles en el cajon de la mesa juzgó inútil explicar el blason á Mr. Nils.

Sin embargo, muy luego observó que se aumentaba el terror del niño.

—Vamos, ¿qué tienes?—le dijo con impaciencia.—No haces mas que seguirme paso á paso, y en nada me ayudas.

—Es que tengo miedo á los osos,—contestó el valeroso Nils,—y en Falun habeis hablado de la osa grande con el señor cura. ¡Lo oí muy bien!

—¿Yo? .. ¿yo habléis de la osa grande?... ¡Ah! si, es cierto! El cura se dedica á la astronomía y decíamos... Pero tran-

quilizate, valeroso joven! hablábamos de la constelacion de la osa grande que está en el cielo.

—¡Ah! ¡la osa grande está en el cielo!—esclamó Nils muy alegre.—¿Entonces no está aquí? ¿No vendrá á este cuarto?

—No,—dijo el abogado riéndose.—Está harto lejos, demasiado arriba! Si intentase bajar se rompería las patas. Así, pues, ¿va no tendrás miedo de ella?

—¡Oh! ¡nada de eso! Con tal que no caiga...

—¡Bibi! descuida, que está sujeta allá arriba con siete clavos de diamante de buen tamaño.

—¿Segun eso la clavó Dios porque era mala?

—¡Probablemente! ¿Ahora no la temes ya?

—¡Oh! no,—dijo Nils con un gesto profundamente escéptico.

—Entonces vé á buscar á Ulf para decirle.

—Mr. Goelle, hablasteis tambien del hombre de nieve!

—Si. A propósito, acostumbra á escuchar lo que se habla?... ¿Es agradable eso!

—¡Oh! si, Mr. Goelle,—contestó Nils ingenuamente,—¡todo lo escucho!

—¿Y qué es, en concepto, tuvo el hombre de nieve?

—No lo sé. El señor cura os decia por lo bajo, riendo: «¿Conque vais á ver al hombre de nieve?»

—Sin duda queria aludir á una montaña que se llama así.

—¡Oh! no por cierto! Vos dijisteis: «¿Anda siempre tan derecho?» Y el cura contestó: «Sigue cazando en su lago»

Oh! entiendo muy bien el sueco, descuidad! Tan bien como el Dalecarliano.

—De donde deduces...

—Que el tal lago por el cual hemos pasado hace poco, hay un hombre de nieve muy grande que anda!...

—¡Eso es! Y al que va siguiendo un oso grande! ¡Tienes imaginacion, chiqueto! ¿Es un oso blanco ó negro?

—No lo sé, Mr. Goelle.

—Sin embargo, seria preciso saber, antes de decidirnos á cenar en este cuarto, si vendran á sentarse á la mesa con nosotros.

Nils conoció que Mr. Goelle se burlaba de él y se echó á reir. El doctor se felicitaba ya por su sistema de curar á los niños miedosos, cuando Nils, que de nuevo se habia tornado silencioso, le dijo:

—¡Mr. Goelle, vámonos de aquí! ¡Es un sitio muy feo!

—¡Muy bien!—esclamó el abogado con expresion de mal

humor.—¡Hé ahí lo que son los niños! Tengo la bondad de decir á ese caballerito que la osa es una constelacion, y tiene mucho mas miedo que antes!

Nils, viendo que su amo se enfadaba, volvió á recurrir al llanto. Era un niño muy tímido. Mr. Goelle, bueno por excelencia, estaba persuadido y se complacia en decir que no le gustaban los niños, y que si algo le consolaba de no haber pensado en el matrimonio en tiempo útil, era la libertad de ánimo de que disfrutaban los que no tenían el fastidio de los chiquillos y la responsabilidad de su porvenir.

Sin embargo, la viva sensibilidad de que se hallaba dotado, y que los entusiasmos y escitaciones del foro habian desarrollado mas y mas á pesar suyo, le hacian insoportables la afliccion y llanto de los seres débiles, tanto que, si bien gruñendo contra la necedad de su criadillo y confirmandose en su pasion hácia las discusiones ilustradas ó sùtiles que ganan las causas cuando se habla á hombres, y comprometen cuando se habla con niños, se esforzó para consolar y tranquilizar á Nils; llegó hasta el estremo de prometerle que si la osa grande se presentaba en la puerta del cuarto, la atravesaria de parte á parte con su espada antes que dejarla entrar.

Mr. Goelle se perdonó á si mismo lo que llamaba su absurda condescendencia al pensar que se arreglaba por si solo en su cabeza un lindo relato de la noche que pasaba en Stoltborg, relato con el cual podria entretener á sus amigos de Gevala.

Sin embargo, Ulf no volvia. Mr. Goelle comprendia que necesitase tiempo para encontrar cena en la modesta vivienda de maese Stenson; pero que no llevase luz, era un olvido imperdonable.

El cabo de vela iba á concluir en la linterna, y el abogado que tenia siempre las manos blancas y los puños de una pieza intachable, no se atrevia á tocar á aquel feo utensilio para andar con luz por el cuarto. Sin embargo, adoptó este partido para ir á ver si en la habitacion inmediata encontraba alguna provision ó algun resto de vela en el armario cuya llave le habia dejado Ulf. Nils le siguió agarrándose suavemente al faldon de su casaca.

Aquellos dos cuartos, que para Mr. Goelle representaban en aquel momento el goce de una sola habitacion, estaban separados uno de otro por el espesor de una pared muy gruesa y por dos puertas sólidas. Mr. Goelle conocia bien el local, pero hacía tanto tiempo que no habia estado en su interior que le costó algun trabajo encontrar la primera de

aquellas dos puertas. La buscaba enfrente de la de entrada, y tenía razón; pero en vez de hallarse en la misma línea, estaba á la izquierda y oculta en el friso de madera como la que Cristiano había descubierto por casualidad bajo la escalera, y cuya existencia no sospechaban el doctor ni Ulfilas. Sin embargo, este sistema de puertas bien cerradas y sin cerraduras aparentes, no era un efecto de misterio, sino simplemente la ejecución cuidadosa de un revestimiento de maderas, ejecución que casi llega á ser un arte en los países fríos.

Cuando Mr. Goefle se halló ya en posesión de un cuarto con dos camas que había sido arreglado unos diez años antes y que era bastante cómodo, no le costó trabajo buscar en el armario. El primer objeto con que tropezaron sus ojos al fijarse en la chimenea fué un par de pesados candelabros de tres brazos con tres bugias enteras cada una. Ya era tiempo; el cabo de vela estaba espirando en la linterna.

—Puesto que ya estamos seguros de no quedarnos á oscuras,—dijo Mr. Goefle al niño,—arreglemos al instante nuestro cuarto aquí. Enciende el fuego, que yo sacaré las sábanas del armario.

Las sábanas estaban colocadas sobre las camas antes de que Nils hubiese conseguido nada mas que llenar el cuarto de humo. Cuandose trató de hacer las camas, que eran muy grandes, no imaginó nada mejor que subirse encima de ellas para alcanzar á la mitad del almohadon. Mr. Goefle tuvo muchas ganas de enfadarse, pero viendo que esto no produciría mas que llanto, se resignó á hacer por sí mismo, no solo su cama, sino tambien la de su lacayuelo.

Nunca había hecho semejante trabajo, y sin embargo, iba á finalizarle de una manera honrosa, cuando fué interrumpido por un ruido terrible que salia del cuarto de la Osa, cuyas puertas habían quedado abiertas. Era como un ahullido áspero, sonoro, y sin embargo, burlesco. Nils se dejó caer en cuatro pies, y juzgó prudente esconderse debajo de la cama, mientras Mr. Goefle, con la boca y los ojos desmesuradamente abiertos, se preguntaba á sí mismo, sin terror, pero con gran sorpresa, de donde podía proceder semejante canto.

—Si como lo creo, pensó, es algun chusco de mal género que quiere asustarme, imita de una manera singular el gruñido de la osa. Es mas bien la voz del asno lo que reproduce, y eso con singular perfeccion; ¿pero me toma por un tapon, para imaginar que nunca haya oido rebuznar un burro?... Va-

mos, vamos, Nils,—dijo buscando á su lacayuelo, aquí no hay cosa alguna de magia; vamos á ver lo que es.

Pero Nils se hubiera dejado matar antes que moverse ó contestar siquiera. y Mr. Goelle, ignorando qué habia sido de él, tomó el partido de irse el solo de descubierta.

No le sorprendió poco encontrarse frente á frente con un verdadero asno en medio del cuarto de la Osa, un herinoso asno, en verdad, tal como nunca le habia visto en Suecia, y de tan honrado aspecto que era imposible hacerle mala acogida ni llevar á mal su visita.

—Eh! pobrecillo,—le dijo Mr. Goelle riendo, ¿de dónde sales? ¿Qué vienes á hacer en este pais, y qué vienes á pedir-me?

Si Juan hubiese tenido el don de la palabra humana, hubiera contestado que, hallándose oculto debajo de la escalera, en donde á nadie le habia ocurrido la idea de mirar, echó un sueño aguardando lleno de confianza el regreso de su amo, pero que viendo que no volvia, y comenzando á tener mucha hambre, perdió la paciencia y adoptó el partido de deshacer la cuerda, que le sugetaba muy poco, para ir á pedir de cenar á Mr. Goelle.

Este adivinó su pensamiento con gran perspicacia, pero no comprendió cómo Ulf, á quien suponía encargado de la custodia de aquel asno, le habia dado por cuadra el temido cuarto de Stollborg. Forjó un mundo de suposiciones en su cabeza. Siendo aquel animal una rareza en los paises frios, el baron, que tenia un tiro de rengíferos, otra rareza en aquella region, barto fria para los asnos y no lo bastante para los rengíferos, tendria probablemente mucho empeño por conservar le y habria encargado á los custodios de su viejo castillo que le cuidasen y le colocasen en un local bien caldeado.

—Hé ahí la razon de que yo haya encontrado la estufa encendida,—dijo Mr. Goelle para sí; —pero ¿por qué Ulf, en vez de decirme sencillamente la verdad, ha fingido creer que el cuarto seguia frecuentado por duendes? Hé ahí lo que no acierto á esplicarme. Quizás haya recibido la orden de calafatear un establo á propósito, y no habiéndolo verificado habrá querido ocultar su descuido, esperando que me disgustaría el cuarto ó que no repararía en la presencia de este compañero singular.... Sea lo que quiera,—añadió Mr. Goelle dirigiéndose alegremente á Juan, cuyo aspecto le divertia,—te pido mil perdones, pobre asno mio, pero no me hallé dispuesto á conservarte tan cerca de mí. Tienes la voz muy herinosa y yo tengo el sueño muy ligero. Voy á llevarte al lado de Lo-

ki, á cuyo lado te calentarás y cuya cena y establo tendrás á bien compartir por esta noche. Vamos, Nils! ven aquí, hijo mío; es preciso que me alumbres hasta la cuadra!

Como Mr. Goefle no recibió respuesta alguna, se vió obligado á volver al cuarto de guardias á descubrir el escondite de Nils, á sacarle de una pierna y á colocarle de grado ó por fuerza sobre el lomo del burro. Al pronto, creyendo Nils hallarse á caballo sobre la osa fantástica, lanzó gritos penetrantes, con tanto mas motivo, cuanto que nunca habia visto un asno, y no le asustaban menos las largas orejas de Juan que si hubiese visto los cuernos del diablo; pero se tranquilizó gradualmente al ver la dulzura y la tranquilidad de su montura. Mr. Goefle le puso en la mano uno de los candela-bros, tiró por sí mismo del ramal del asno, y salieron los tres de la torre dirigiéndose hacia la cuadra, y siguiendo á lo largo del patio cubierto de nieve y la galeria de madera con tejadillo carcomido que daba vuelta al rededor de él.

En aquel momento salia Ulf del pabellon en que habitaba su tio, y se dirigia hacia la torre llevando en una mano una linterna y en la otra una gran cesta llena con los utensilios necesarios para poner la mesa al señor abogado. Esta vez era tan grande en Ulf el deseo de volver al cuarto de la Osa, como grande habia sido antes su disgusto al entrar en él. Era porque sentia esa necesidad invencible de sociedad que se apodera de un hombre aterrado por la soledad. Hé aquí lo que le habia sucedido.

Ulf, como verdadero sueco, era en extremo atento y hospitalario; pero hacia algunos años que vivia en la sombría morada del Stollborg, en compañía de un personaje melancólico y sordo, y el pobre Ulf se habia vuelto tan supersticioso y tan cobarde, que despues de la puesta del sol nunca dejaba de encerrarse en su cuarto, resuelto á dejar perecer en el hielo y en la nieve á todo aquel que le hacia oir una voz sospechosa. Si Mr. Goefle no hubiese encontrado la puerta del castillo abierta por los vigorosos puños de Pulfo, y si Ulf no hubiese conocido la voz del abogado en el patio, de seguro que el respetable doctor en derecho se hubiera visto obligado á volver al castillo nuevo cuyo ruido y multitud temia tanto.

Ulf se habia tranquilizado algun tanto despues de introducirle en la torre, y aun habia pensado que todo iba bien, puesto que si Mr. Goefle queria arrostrar al diablo, era cuenta suya, y aun valia mas recibirle que verse obligado á acompañarle al castillo nuevo, orden que hubiera puesto al pobre

guía en la sensible necesidad de volver solo por el lago, poblado de duendes espantosos. Afortunadamente el viejo custodio del Stoliborg, achacoso, friolero, acostumbrado a dormirse temprano, se había encerrado en su pabellon, situado en el fondo de un segundo patio pequeño, y cuyas ventanas, que daban al lago, no tenían vistas al patio principal. Así pues, no había probabilidad de que, ya estuviese ó no dormido, sospechase la presencia de su huésped antes de la mañana siguiente. Después de maduras reflexiones, Ulf resolvió no avisarle, sino preparar lo mejor posible la cena de Mr. Goethe. Sten era muy sóbrio, pero era objeto de las mayores atenciones por parte de su amo el baron de Waldemora (propietario, como se ha visto, del castillo nuevo y del torreón), quien una vez por todas había dado las órdenes mas terminantes á su nuevo mayordomo para que se atendiese con entera amplitud al bienestar del viejo y fiel servidor de su casa.

A Ulf le gustaba vivir bien, y observando que su tio, por discrecion y por espíritu de orden, devolvía el sobrante de las provisiones que le enviaban del castillo nuevo, se había arreglado de manera que lo recibía todo sin avisarle. Así pues, tenía en la cocina cierto rincón misterioso en el cual ocultaba sus riquezas gastronómicas, y cierta bodega pequeña, abierta en la roca, muy fresca en verano, muy tibia en invierno, en la que detras de unos toneles vacíos se amontonaban botellas de vinos añejos, objetos de gran valor, de seguro, en una comarca en que la viña es una planta de estufa.

Ulf no era codicioso, sino un muchacho honrado que por nada de este mundo hubiera convertido en dinero los regalos que á su tio le hacia el baron. También tenía el corazón bueno, y cuando podía detener á un compañero, le daba parte misteriosamente de sus divinas botellas, feliz con no verse obligado á beber solo, lo cual hace que la embriaguez sea triste. Sin embargo, la aparicion en la torre, no de una osa, como creyó Nils, sino de un fantasma lamentable, era cosa harto probada para que el pobre Ulf pudiese conservar un solo convidado despues de la puesta del sol. Entonces aceptaba el partido de *acabar* para cobrar ánimos, y entonces era cuando se le aparecian los ma vados *trolls* y los *stroemkarls*, que procuran llevarse sus víctimas á las cascadas para precipitarlas. Probablemente para no teneria tentacion de seguir las era para lo que el juicioso Ulfas bebía hasta el extremo de perder enteramente el uso de sus piernas. A la verdad en el

numeroso séquito del baron habia lacayos despreocupados y cosmopolitas, que en nada creian; pero Stenson los aborrecia á todos mas ó menos, y su sobrino Ulf compartia sus antipatias.

Así pues, Ulfilas Stenson tenia con que hacer buena cena á Mr. Goelle, y no era torpe para freir y asar.

En último resultado, la alegría del abogado le habia reanimado algun tanto, y se proponia conversar un poco con él al servirle; pero sus ideas risueñas fueron turbadas de pronto por unos rumores singulares: eran como unos rones furtivos en el grueso de las paredes, como unos crugidos en los tabiques; veinte veces se le cayó la sarten de las manos, y hubo un momento en que le pareció tan evidente que sus suspiros de terror tenian un eco burlon delras de él, que permaneció tres minutos largos sin atreverse á respirar, ni mucho menos á volverse.

Esta era la causa de su poca actividad en la confección de aquella cena tan deseada. Por último, habiendo concluido mas ó menos bien su obra, bajó á la cueva á buscar vino. Ahí le aguardaban nuevas angustias. En el momento en que, convenientemente cargado, iba á salir de aquel santuario, se deslizó por delante de él una gran figura negra. Le apagó su linterna; y los mismos pasos misteriosos que le habian asustado tanto en la cocina subieron rápidamente delante de él por la escalera de la cueva. Ulf estuvo próximo á desmayarse, pero volvió á cobrar ánimos y regresó á su cocina, en donde dejó sus encacerolas sobre los hornillos, resuelto á ir á curarse de su terror al lado de Mr. Goelle, con el pretexto de poner la mesa.

En el momento en que, cargado con sus utensilios de servicio, seguia la galeria de madera, se encontró frente á frente con la singular aparicion que presentaba el doctor en derecho, con su gorro de dormir y tirando por el ramal de un animal singular, imposible, un animal que Ulf, como verdadero labriego dalecarliano de aquella época, nunca habia visto, del que acaso nunca habia oido hablar; y sobre aquel animal, que proyectaba á lo largo de la galeria la sombra de sus orejas gigantescas, una triple llama llevada por un diablillo rojo que Mr. de Goelle habia querido hacer pasar por su lacayo, pero que no podia ser sino el kobold, en persona, el demonio familiar que el abogado se habia atado de tener á sus órdenes.

Aquello era demasiado para el pobre Ulf. Estimaba á los kobolds, pero no desaba verlos. Con mano desahucada puso

su cesto en el suelo, y virando por redondo fué á encerrarse en su cuarto, jurando por su salvacion eterna que no saldría de él en toda la noche, aunque el abogado hubiese de morir-se de hambre, y el diablo hubiese de comerse la cena destinada al abogado.

Por eso fué inútil que Mr. Goelle le llamase. No recibió de él respuesta alguna, y adoptó el partido de meter el asno en la cuadra, de apoderarse de la cesta abandonada, y de volver á poner la mesa en el cuarto de la Osa con la ayuda de Nils.

—Vamos,—dijo para sí,—la filosofía es necesaria en viaje, y puesto que aquí hay vasos, cubiertos y platos, esperemos, que ese lunático tiene intenciones de añadir á ello algunos víveres. Aguardemos á que se le antoje hacerlo, puesto que no hay otro medio, y vamos destapando entretanto estas botellas que tienen buen aspecto.

Nils no tendió muy mal el mantel, ni dejó que se amortiguase el fuego de la estufa, y Mr. Goelle se hallaba ya de nuevo en su natural estado de buen humor, cuando Nils comenzó á colocarse en unas posturas indo antes que revelaban una invasion súbita de sueño.

—Despavílate un poco,—le dijo el abogado,—se trata de comer y debes tener hambre.

—Ay! sí, Mr. Goelle,—contestó el niño,—pero tengo tanto sueño que de ningún modo podré aguardar que os hayan servido y á que hayais concluido de cenar. Mirad, ahí hay pan y dulce de moras silvestres; dejadme que tome un poco y despues tendré mas fuerza para servirlos.

Mr. Goelle abrió por sí mismo el tarro de dulce y Nils se sentó sin ceremonia en el sitio destinado á su amo, mientras que este se calentaba los pies que se le habian enfriado en su excursion á la cuadra. Mr. Goelle tenia tan activa la imaginacion como la lengua. Cuando ya no tenia ocasion de hablar trabajaba mentalmente ó se entregaba con alegría á agradables ilusiones, tanto que al cabo de un cuarto de hora, aco-sándole de nuevo el hambre, se volvió para ver si Ulf habia vuelto por fin con algun plato mas sólido que el dulce; pero solo vió á Nils profundamente dormido, con la cabeza sobre la mesa, y la nariz metida en el plato.

—¡Vamos, vamos!—le dijo sacudiéndole,—¡has comido ya, mas tarde dormirás! Piensa en servirme; vé á ver si Ulf...

Pero era inútil que Mr. Goelle formulase su pensamiento. Nils, agobiado por el sueño imperioso de la infancia, estaba

de pie, con los ojos estraviados y tambaleándose como un hombre embriagado. A Mr. Goefle le dió lástima y le dijo:

—¡Vamos! ¡vé á acostarte, puesto que no sirves para nada!

Nils se fué hácia el cuarto de guardia, se apoyó en la puerta y se quedó allí, durmiendo de pie. Fué preciso conducirlo á su cama. Allí hubo otro apuro: el señorito no tenía fuerza suficiente para quitarse sus polaina. Mr. Goefle le quitó las polainas á su lacayo, lo cual no fué muy fácil porque aquellas estaban muy ajustadas y las piernas se hallaban muy flojas á consecuencia del sueño.

Mr. Goefle iba á subirle á la cama cuando vió que el picaruelo se había metido en ella vestido.

—¡Llévete el diablo!—le dijo;—¿te he mandado hacer ese hermoso traje nuevo para que te acuestes con él? ¡Vamos, pronto de pie, y tómate la molestia de desnudarte siquiera!

Nils, puesto otra vez de pie de grado ó por fuerza, hizo tentativas inútiles para desabrocharse. Su tía Gertrudis, gozosa por tener un crédito abierto para hacerle equipar de lacayuelo antes de presentarle á su amo, le había mandado hacer unos calzones de piel de alce y un chaqueton de paño encarnado, tan bien cortados que el muchacho estaba metido en su traje como en una vana muy ajustada, y al mismo Mr. Goefle le costó mucho trabajo hacerle salir de su ropa. Le fué preciso colocarle sobre sus rodillas delante de la chimenea, porque durante la operacion el muchacho tiritaba.

En vano era que Mr. Goefle rabiase y maldijese á Gertrudis por haberle dado tal servidor, pues la humanidad le impedía que le dejase helarse. Y luego Nils le desarmaba con sus gracias infantiles. A cada reconvenccion de su amo contestaba cándidamente:

—Vereis mañana, Mr. Goefle, cómo os sirvo muy bien, y luego os querré mucho.

—¡Siempre sera algo!—replicaba el buen doctor sacudiéndole un poco.—No importa, preferiria que me quisiesen un poco menos y me sirviesen algo mejor.

Por fin Nils estaba acostado y Mr. Goefle se encaminaba de nuevo hácia su problemática cena, cuando el niño le llamó sin ceremonia para decirle con tono de reconvenccion.

—¡Cómo! señor, ¿me dejais solo?

—¡Esta es otra!—escuchó el abogado.—¿Necesitas compañía para dormir?

—Mirad, Mr. Goefle, yo nunca dormía solo en mi cuarto en casa del señor cura de Falun, y aquí, sobre todo, tengo

me do... ¡Oh, no, mirad, si me dejais aquí, prefiero dormir en el suelo en el cuarto en que estais!

Y Nils, completamente despavilado á la sazón, saltó del lecho y se dispuso á irse en camisa con su amo al cuarto de la Osa. Esta vez Mr. Goelle perdió la paciencia. Riñó; Nils volvió á prorumpir en llanto. Quiso encerrarle; Nils lanzó de nuevo gritos penetrantes. El doctor adoptó un partido heroico.

—Puesto que he comedido la necedad, dijo para sí, de haber creído que un niño de diez años tenía esto ce, y de imaginar que Gertrudis tenía siquiera un grano de sentido común en su cerebro, debo sufrir la pena. Con cinco minutos de paciencia conseguiré que ese galopin se duerma, mientras que si escito su imaginación con mi resistencia, sabe Dios cuánto tiempo necesitaré estarle oyendo gemir y chillar.

Así, pues, fué á buscar uno de sus legajos al cuarto de la Osa, no sin maldecir al chico, quien le seguía descalzo y en camisa, y apenas quería dejarle tiempo suficiente para hallar sus ant-ojos; luego fué á sentarse delante de la chimenea del cuarto, de guardia, cuyas puertas cerró, en atención á que no hacia calor, y despues de haber preguntado sarcásticamente á Nils si no exigia que le cantasen una cancion para arrullarle, se sepultó entre sus papeles, olvidando la cena, que no llegaba, y el niño que roncaba con toda la fuerza de sus pulmones.

II.

¿Qué hacia Cristiano durante todas las peripecias de la instalación de Mr. Goelle? El lector habrá adivinado desde luego que el duende burlon que vagaba en torno de Ulf en la cocina y en la bodega no era sino nuestro aventurero que andaba en busca de su cena. Los dolores y angustias de Ulfilas le habian permitido que cogiese, casi delante de sus barbas, los manjares mas fáciles de transportar que habia en la cocina. En cuanto á la bodega habia sido menos afortunado. Al apagar la luz del cobarde se encontró en una oscuridad tan completa que temió quedar encerrado en ayunas en aquel subteraneo, y retrocedió con rapidez, consolándose con la idea de que en un momento mas favorable se apoderaria de las botellas subidas por Ulf.

Durante el cuarto de hora que perdió en explorar con precaucion el pasadizo secreto del cuarto de la Osa, (pasadizo de que hablaremos mas tarde y del cual no salió sin trabajo para

introducirse furtivamente en el alojamiento de Mr. Stensón), nuestro aventurero no pudo observar la llegada de Mr. Google. Así, pues, pensó que los preparativos de la cena eran en favor del viejo administrador. Luego, antes de volver á tomar posesion del local que habia escogido para sí, quiso ir en busca de la cena de su asno, y vagó por el patio pequeño inmediato al principal sin encontrar nada que llevar al pobre Juan.

Por último, habia vuelto al patio principal algunos momentos despues del último acceso de terror de Ulfilas, y no pudo disfrutar de la singular y graciosa aparicion de Mr. Google con gorro de dormir, conduciendo triunfalmente el asno á la cuadra, con su kobold de casaquilla encarnada. En el momento en que Cristiano lo estaba esp orando tolo y abriendo cuantas puertas no se hallaban cerradas con candado, descubrió por fin la de la cuadra y se regocijó al ver á maese Juan cenando con buen apetito y pisando una espesa pajaza de musgo seco, en ccompañia de un lindo caballo negro que parecia dispensarle buena acogida.

—A la verdad, pensó Cristiano acariciando al noble animal, los animales son algunas veces mas razonables y hospitalarios que los hombres.

Desde hace dos dias que estamos viajando por este pais frio, Juan ha sido un motivo de sorpresa, de temor ó de repugnancia en varias casas y aldeas de labriegos, y yo mismo, no obstante las costumbres afables y bondadosas del pais, he caido en no sé qué guarida de seres tristes y preocupados en donde me veo obligado á andar merodeando como un soldado en campaña, mientras que este buen caballo, sin preguntar á Juan el motivo de tener las orejas tan largas, le deja un sitio en su pesebre y le considera desde luego como á uno de sus semejantes. Vamos, Juan, buenas noches, compañero mio! Si te preguntase quién te ha traido aquí y te ha servido tan bien, acaso no tendrias la complacencia de responderme, y si no te viese atado con el ramal, pensaria que habias tenido el buen juicio de venirme tú solo. Sea lo que quiera, voy á hacer como tú y á cenar sin cuidarme del dia de mañana.

Cristiano cerró de nuevo la puerta de la cuadra y regresó al cuarto de la Osa, en donde le aguardaba la agradable sorpresa de una mesa puesta con buena vajilla de fina loza y pesados cubiertos de plata, sobre un mantel muy blanco, salvo algunas manchas de dulce que Nils habia dejado en torno de su plato.

—¡Calle! —dijo alegremente para sí el aventurero, —han concluido, ó bien han comenzado por los postres! Pero, quién

diablos se ha instalado aquí durante mi ausencia? Puffo no hubiera sido delicado hasta el extremo de poner la mesa; no es esa su costumbre en viaje. Además, ha ido á buscar fortuna al castillo nuevo, pues de lo contrario le hubiera encontrado en mi esploracion por el viejo castillo. Y luego nunca he contado con ese compañero para recibir de él la menor asistencia ni auxilio. Si en cualquiera cocina ha encontrado un rincon para sentarse á la mesa, estoy muy seguro de que ya no se acordara de mí, y le he hecho muy bien en pensar en proveer á mis necesidades. No importa, si por casualidad se volviese á dormir aquí, será preciso que el pobre diablo no se huela en la puerta de este castillo.

Cristiano fué á abrir de nuevo la puerta del patio principal, que Ulf no habia dejado de cerrar despues de la llegada de Mr. Goefle, y volvió con la resolucion decidida de sentarse á la mesa, de grado ó por fuerza, con cualquiera.

—Es mi derecho,—decia para sí; la mesa está vacía y yo traigo con que surtirla agradablemente. Si tengo aquí un compañero, por poco amable que sea, haremos buena vida juntos; si no, veremos quien de los dos echa fuera al otro.

Mientras hablaba así, Cristiano fué á ver si habian tocado á su equipaje. Le encontró colocado en el rincon en que le habia escondido y en donde nadie le habia visto. Entonces examinó el baul, la maleta y los efectos de Mr. Goefle desparramados sobre sillas, con la ropa bien doblada, todo dispuesto para ser guardado en algun armario, las casacas tendidas sobre respaldos de sillas para desarrugarse; por último la maleta vacía en cuya tapa leyó estas palabras: «Mr. Tor-mundo Goefle, abogado en Gevala y doctor en derecho de la facultad de Lund.»

—¡Un abogado!—pensó el aventurero.—Pues bien, un abogado habla, y mucho; debe tener un poco de eluspa y de talento. Por poco buen juicio que tenga para no juzgar al frail por el hábito, será una compaña agradable para mí. ¿Dónde se habrá metido este abogado? Será algun convidado á las fiestas del castillo de Waldemora que, como yo, habrá encontrado llena la casa, ó que, por afición, habrá escogido para albergue este castillo romántico; ó mas bien será el agente de negocios del opulento baron, porque en este país de castas y de antiguos ó los acaso no conviden á los plebeyos á divertirse con los nobles. ¿Qué me importa? El abogado ha salido, hé ahí lo cierto.

Habrá ido á hablar con el viejo administrador, ó bien estará en ese cuarte de dos camas de que me han hablado y cuyo

puerta no veo. ¿La buscaré? ¿Quién sabe si el abogado se habrá acostado ya? Si, eso será lo mas probable. Habrán querido servirle la cena y él lo habrá rehusado, contentándose con el dulce y deseando tan solo su cama. Que duerma en paz el buen hombre! Yo me arreglaré muy bien en este gran sillón, y si tengo frio... ¡pardiez! he aquí un magnífico abrigo de pieles y un gorro de viage de marta zibelina que me guarecerán del frio. Veamos si estaré bien... Si por cierto, pensó Cristiano poniéndose el abrigo y el gorro. Cuando piense que he estado trabajando durante diez años en cosas serias para no tener una buena capa con que cubrir mi pobre cuerpo descariado hoy en las regiones hiperbóreas

Cristiano habia estendido sobre la mesa sus provisiones, á saber, una lengua ahumada de Hamburgo muy apetitosa, un jamon de oso ahumado, y un magnífico trozo de salmon salado y ahumado.

Para comer mas á gusto iba á quitarse el traje de viage del doctor, cuando le pareció oír que un ruido de campanillas pasaba por debajo de la ventana única de la sala de la Osa. Esta ventana grande, situada enfrente de la estufa, se hallaba provista de dobles vidrieras como en todas las casas cómodas, antiguas ó modernas, de los países septentrionales; pero el bastidor exterior atestiguaba el estado de abandono de Stollborg.

Casi todos los cristales estaban rotos, y como habia cesado el viento, se oían clara y distintamente los ruidos exteriores producidos por las masas de la nieve recién caída que se desprendían de las antiguas capas solidificadas y se precipitaban con un sonido mate y misterioso á lo largo de las rocas cortadas perpendicularmente, por los lejanos clamores de la alquería en la orilla del lago, y por los lastimeros gemidos de los perros que saludaban con maldiciones desconocidas la aparicion del disco rojizo de la luna en el horizonte.

Cristiano tuvo la curiosidad de ver el trineo que surcaba tan cerca de su refugio el hielo del lago, y abriendo la primera vidriera, pasó la cabeza por la rotura de la segunda para mirar hacia fuera. Vió á una aparicion fantástica deshizarse al pié de la roca. Dos caballos blancos magníficos, guiados por un cochera barbudo y vestido á la rusa, arrastraban con ligereza un trineo que parecia que brillaba como una piedra preciosa de luzaces resplandores. El fanal, colocado muy alto sobre el elegante vehiculo, simulaba una estrella arrebatada en un torbellino, ó mas bien un fuego fútil encarnizado en perseguir el trineo. Su luz, proyectada hacia adelante por

el reflector de oro rojo, lanzaba un resplandor cálido sobre la nieve iluminada con un color azulado por la luna, y daba un color tornasolado al vapor que flotaba en torno de los hocicos é hijares de los caballos. No se podía imaginar cosa más graciosa y poética que aquel carro sin ruedas que parecía ser el de la hada del lago, y que pasó como un sueño ante los deslumbrados ojos de Cristiano.

Sin duda alguna al atravesar por Stokholmo y por las demás ciudades del país había visto ya trineos de todas clases, desde los mas suntuosos hasta los mas humildes; pero ninguno le había parecido tan pintoresco y singular como el que se detuvo al pie de la roca, porque ya no se podía dudar que un nuevo huésped, y esta vez un huésped opulento iba á tomar posesion ó á conocer el silencioso retiro de Stollborg.

—El trineo te ha dado un lindo espectáculo,—pensó Cristiano,—pero vévese el diablo á los que vienen dentro! Apuesto á que ese es un tropiezo grave á la pacífica cena que me prometia!

Pero la maldicion espiró en los labios de Cristiano: una voz dulce y verdaderamente melodiosa, una voz de mujer, y que segun él, no podía pertenecer sino á una mujer encantadora, acababa de resonar en el trineo. La voz decia, en una lengua que Cristiano no entendia y que no era sino el dialecto del país:

—Segun eso, Peterson, ¿crees que tus caballos podrán subir hasta la puerta del castillo viejo?

—Sí, señorita,—contestó el cochero que iba envuelto en pieles;—la nieve de esta noche les estorbará un poco, pero ya han pasado otros por aquí: veo huellas frescas. No tengais miedo, que subiremos.

La subida del Stollborg, á la que Mr. Goefle había calificado de ribazo, consistia en una verdadera escalera natural formada por las planchas ó esquitas desiguales de la roca. En verano se hubieran podido estropear allí los caballos y los currúajes; pero en los países del Norte el invierno hace que todo paso sea practicable y todo viajero intrépido. Una espesa capa de nieve helada, sólida y tersa como el mármol, llena los agujeros y nivela las asperezas del terreno. Los caballos, provistos de herraduras á propósito, escalan las alturas y bajan con aplomo y seguridad por las pendientes escarpadas; el trineo vuela pocas veces y casi siempre sin peligro. El de la joven llegó en pocos minutos á la puerta del castillo.

—¡Seria preciso llamar con precaucion,—dijo la voz dulce

al cochero.—Ya sabes, Peters, que deseo no me vea el viejo administrador, quien acaso se lo cuente todo á su amo.

—¡Oh! ¡es tan sordo!—contestó el cochero apeándose.—Uff, nada dirá, es amigo mio. Con tal que quiera abrir, sin embargo!... tiene un poco de miedo por la noche; es muy natural, el castillo.

Peterson iba á hablar, probablemente, de las apariciones del Støllborg, pero no tuvo tiempo para hacerlo. La puerta se abrió como por sí sola, y Cristiano, tan arropado como el cochero, merced al abrigo y gorro de pieles del abogado, se presentó en el umbral.

—Está bien. Héle aquí,—dijo la voz dulce —Coloca por ahí el trineo, Peterson, y te ruego que les quites las campanillas á los caballos! Te lo habia encargado tanto! Ten paciencia, mi pobre Peters, que no te haré aguardar mucho.

—Tomad todo el tiempo que necesiteis, señorita,—contestó el fiel servidor enjugándose la escarcha que tenia en la barba; la noche está muy templada.

Cristiano no comprendió una sola palabra de este diálogo, mas no por eso dejó de escuchar con indefinible encanto la voz dulce, y presentó su brazo á una mujer de escasa estatura tan envuelta en armiño que mas bien parecia un copo de nieve que una criatura humana. La jóven le dirigió la palabra, siempre en dalecarliano y sin que él pudiese adivinar las órdenes que le daba; pero eran órdenes, no podia dudarse en virtud de la entonacion, no obstante su dulzura. Así, pues, le tomaban por el conserje ó custodio del antiguo castillo, y como en ningun pais exige el tono de mando mas que la patito-mima de la sumision, Cristiano se halló dispensado de comprender y de responder durante el breve tránsito que tuvo que hacer con la jóven por la galería que conducia desde la puerta del patio á la del torreón.

Cristiano, al conducirla hácia la sala de la Osa, obedecia á un instinto de hospitalidad sin saber si aceptaria su buena intencion. Habia obedecido asimismo, á un instinto de curiosidad al salir á su encuentro, y en este instinto habia tambien el de la galanteria, que todavia en aquella época era omnipotente en los hombres jóvenes ó viejos de todas las elases.

Sin embargo, la jóven, que habia seguido á su guía, hizo un movimiento de sorpresa al hallarse en la famosa habitación.

—¿Es esta la sala de la Osa?—dijo con alguna inquietud;—nunca habia entrado en ella.

Y como Cristiano, por no entenderla, no le contestaba una

palabra, le miró al resplandor de la única vela colocada sobre la mesa y exclamó en sueco:

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡no es Ulfilas! ¿A quién tengo la honra de hablar? ¿Es á Mr. Goelle en persona?

Cristiano, que entendía y hablaba muy bien el sueco, recordó rápidamente el nombre escrito sobre la maleta del abogado, y con igual rapidez observó que hallándose envuelto en el traje del mismo sujeto, podía divertirse aunque no fuese mas que por algunos instantes en representar su papel. Estrangero, aislado, perdido en un país cuya lengua hablaba por circunstancias muy particulares, que mas tarde sabríamos, pero en el que con nadie se hallaba relacionado y no se veía precisado á tomar la vida por su lado sério y formal, encontraba muy natural el divertirse cuando se le presentaba ocasión para ello. Contestó, pues, atrevidamente y á la aventura:

—Sí, señora, yo soy Goelle, doctor en derecho de la facultad de Lund y abogado en Gevala.

Al hablar así encontró bajo su mano una caja de gafas que abrió apresuradamente. Eran las gafas verdes que el abogado se ponía cuando iba de viaje para librar á sus ojos de la acción molesta de la blancura de la nieve. Encantado con aquel descubrimiento que la providencia de los locos parecia arrojaba sobre su nariz, comprendió que se hallaba perfectamente disfrazado.

—¡Ah! señor doctor,—le dijo la desconocida,—os pido mil perdones, no distinguia vuestras facciones; ademas, nunca he tenido el gusto de veros, y os tomaba por el conserje del Stofsborg; precisamente le mandaba que os pidiese un momento de entrevista para mí, ofreciéndole una gratificación que habrá debido causaros risa.

Cristiano se inclinó repetuosamente.

—Entonces,—repuso la desconocida,—¿me autorizais á que os hable de un asunto... un poco enojoso... un poco delicado?

Estas pocas palabras sonaron en los oídos del aventurero de un modo tan agradable que olvidó el momento de viva contrariedad causada á su apetito por aquella visita inesperada para no pensar ya mas que en el deseo de ver la cara de la jóven sepultada bajo su capuchon de armiño.

—Ya os escucho,—contestó tomando un tono grave,—un abogado es un confesor... Pero, si conservais puesto ese abrigo, ¿no temeis constiparos al salir?

—No,—dijo la desconocida aceptando el sillón que le ofre-

cia su interlocutor;—soy una verdadera montañesa, nunca me constipó.

Luego añadió cándidamente:

—Además, acaso no me encontraríais vestida de un modo conveniente para la conferencia que vengo á solicitar de una persona grave y respetable como vos, Mr. Goelle; estoy en traje de baile.

—Dios mío!—esclamó Cristiano aturdidamente,—no creais que soy un luterano feroz! un traje de baile no me escandaliza, sobre todo cuando le lleva una mujer bonita.

—Sois galante, Mr. Goelle! pero no sé si soy bonita y si estoy bien vestida. Lo que sé es que no debo ocultar mis facciones, porque toda desconfianza por mi parte seria una injuria á vuestra lealtad, la cual vengo á invocar al paso que os pido consejo y proteccion.

La desconocida se quitó el capuchon, y Cristiano vió la cabeza mas encantadora que hubiera podido imaginar: un verdadero tipo suevo, ojos de un azul de zafiro, cabellos finos y abundantes de un rubio dorado, una tez fina y fresca que no se encuentra en las demás razas, y por entre el abrigo medioabierto un cuello esbelto, hombros de nieve y una cintura delgada.

Todo esto era tan casto como la infancia, porque la linda y delicada jóven tendria cuando mas diez y seis años y aun no habia concluido de crecer.

Cristiano no se preciaba de tener costumbres austeras, era el hombre de su época, pero de la situacion aventurada en que se hallaba colocado por las circunstancias. Tenia inteligencia, y por consiguiente, un carácter delicado. Su mirada se fijó tranquila y benévola en aquella rosa del Norte, y si habia tenido algun pensamiento péfido al atraerla á la madriguera de la Osa, este pensamiento fué sustituido muy luego por el de una aventura divertida ó novelesca, pero tan honrada, de seguro, como el amable y cándido rostro de su jóven huésped.

—Mr. Goelle, repuso esta alentada por la actitud respetuosa del supuesto abogado, ahora que conoceis mi semblante, el cual espero que no es el de una persona malvada, debo deciros mi nombre. Es un nombre que debe seros muy conocido. Pero me intimida algun tanto veros permanecer de pié, cuando yo estoy sentada en el único sillón que hay en este cuarto. Sé el respeto que debo guardar á un hombre de vuestro mérito... iba á decir de vuestra edad, pues no sé por qué me habia acostumbrado á la idea de veros muy viejo,

mientras que ahora me pareceis mucho mas jóven que el baron.

—Me dispensais demasiada honra, contestó Cristiano callándose hasta los ojos y á lo largo de sus mejillas el gorro de pieles con orejeras caidas; soy viejo, muy viejo! Sola la punta de mi nariz puede parecer jóven, y me veo obligado á pedir os perdon por no descubrirme delante de vos, pero vuestra visita me ha sorprendido... Me habia quitado la peluca, y héme aquí obligado á ocultares lo mejor posible mi cráneo caivo.

—No andeis con ceremonias, Mr. Goefle, y dignaos sentaros.

—Si me lo permitis permaneceré de pié junto á la estufa por razon de mi gota que me está atormentando, respondió Cristiano, quien de este modo se hallaba con la cabeza colada en la sombra, mientras que la débil claridad de la vela se proyectaba por entero sobre su interlocutora. Dignaos decirme á quien tengo la honra... ..

—Sí, sí,—contestó la jóven con viveza.—¡Oh! sin haberme visto nunca me conoceis muy bien. Soy Margarita.

—¡Ah! ¿De veras?—contestó Cristiano con el mismo tono con que hubiera podido decir, «me quedo lo mismo que estaba.»

Afortunadamente la jóven tenia prisa de explicarse y repuso:

—Sí, sí, Margarita Elveda, la sobrina de vuestra cliente.

—¡Ah! mi cliente.

—La condesa Elveda, hermana de mi padre el coronel, que era amigo del desventurado baron.

—¿El desventurado baron?...

—¡Eh! sí por cierto, el baron Adelstan, cuyo nombre no pronuncio sin emocion en este cuarto, y que fué asesinado por unos mineros de Falun... ¡ó por otros! porque, en fin, caballero, ¿quién sabe? ¿Estais muy seguro de que los asesinatos fuesen obreros de la mina?

—Oh! en cuanto á eso, señorita, si alguien puede jurar por su honor que no sabe una palabra, es vuestro servidor, contestó Cristiano con un tono de profunda conviccion que, interpretado de distinto modo por la jóven, pareció que la impresionaba en extremo.

—Ah! Mr. Goefle, dijo con viveza, ya sabia yo que participabais de mis sospechas! No, nadie me quitará la idea de que todas esas muertes trágicas de que han hablado, y de las que aun se habla muy por lo bajo... ¿Pero estamos comple-

tamente solos aquí? ¿Nadie puede oírnos? Todo esto es tan grave, Mr. Goelle!

—En efecto, la cosa parece grave, pensó Cristiano yendo á ver si la puerta estaba cerrada, y fingiendo el paso lento y vacilante de un anciano;—solo que no comprendo una palabra.

Examinó toda la habitación con una mirada y tampoco esta vez vió la puerta del cuarto de guardia, que estaba cerrada entre Mr. Goelle y nuestros dos personajes.

—Decid, caballero,—repuso la jóven,—¿comprendéis que mi tia quiera obligarme á que me case con un hombre á quien no puedo menos de considerar como el asesino de su familia?

Como Cristiano no tenía la mas mínima noción de los hechos de que se trataba, adoptó el partido de promover las relaciones fingiendo participar de la opinión de su nueva cliente, y dijo con cierto desembarazo:

—Preciso es que vuestra tia esté loca... ó que haya alguna otra cosa peor!

—¡Ah! perdonad, Mr. Goelle, mi tia es una persona á quien debo respetar, y no le acuso mas que de ceguedad y de prevención!

—¡Ceguedad ó prevención, lo mismo dá! Lo que veo claramente es que quiere violentar vuestra inclinacion.

—¡Oh! eso de seguro, porque el baron me causa horror! Pero ¿no os lo habia dicho ella?

—Todo lo contrario! Yo creia...

—Oh! Mr. Goelle, ¿podiais creer que á mi edad tuviese yo la menor inclinacion hácia un hombre de cincuenta y cinco años?

—Calle! ¿el personaje á quien os destinan tiene además cincuenta y cinco años de edad?

—Fingís ignorarlo, Mr. Goelle! y sin embargo, sabeis muy bien su edad, vos, que sois su consejero, y aun dicen que su amigo fiel... pero yo no lo creo.

—Ah! pardiez, teneis razon. Que me ahorquen si me importa un bledo el tal hombre! Pero ¿cómo llamais á ese caballero?

—¿Al baron? Pues qué, ¿no sabeis de quién os estoy hablando?

—No por cierto; hay tantos barones en este mundo!

—Pero si mi tia os ha dicho...

—Vuestra tia, vuestra tia!... ¿Sé yo, por ventura, lo que dice? Acaso no lo sepa ella misma!

—Ay! Dios! Perdonad, demasiado lo sabe! tiene una voluntad de hierro. Es imposible que no os haya participado sus proyectos respecto de mí, puesto que asegura que vos los aprobais

—¿Aprobar, yo, que una preciosa niña como vos sea sacrificada á un vejele?

—Ah! ya veis que sabéis la edad del baron!

—¿Pero de qué baron hablais? vuelvo á decir

—¿De qué baron? ¿Será preciso nombrar al hombre de nieve?

—Ah! se trata del hombre de nieve? Pues bien, confieso que no lo entiendo ni mas ni menos que antes.

—Cómo! Mr. Goefle, ignorais el sobrenombre ó apodo del mas poderoso, del mas rico, al paso que el mas odioso y malvado de nuestros clientes, el baron Olaus de Waldemora?

—Calle! el propietario de este castillo?

—Y del castillo nuevo, situado en la orilla opuesta del lago, y de no sé cuantas minas de hierro, de plomo y de alumbre y de varios valles, bosques y montañas, sin contar las tierras, los ganados, las alquerías y los lagos; en fin, el dueño de una buena décima parte de la Dalecarlia!

Hé ahí todas las razones que mi tia me alega desde la mañana hasta la noche para hacerme olvidar que es viejo, triste, achacosos y que acaso está cargado de crímenes!

—¡Ira de Dios!—esclamó Cristiano muy sorprendido,—me encuentro en casa de un personaje muy estimable!

—¡Os burlais de mí, Mr. Goefle! no creéis en el crimen!... Segun eso, solo por ironía deciais hace un momento....

—Lo que decia hace un momento, estoy dispuesto á repetirlo; solo quisiera saber de qué crimen acusais á ese hombre.

—No le acuso; el rumor público es el que me ha acostumbrado á ver en él al asesino de su padre, de su hermano, y aun de su cuñada, la desventurada Hilda!

—¿Cómo! ¿Nada mas que eso?

—Pero bien sabéis que lo dicen, Mr. Goefle; ¿no estuvisteis encargado, en una ocasion?.. No, me equivoco, fué vuestro padre quien debió ser el abogado del baron Olaus en aquella época. El baron presentó no sé qué documentos... Nada se pudo probar contra él; pero nunca se supo la verdad, ni nunca se sabrá, á no ser que los muertos salgan del sepulcro para decirla.

—Algunas veces se ha visto eso,—contestó Cristiano sonriendo.

—De veras, creéis...

—Es un modo de hablar que pertenece al vocabulario de mi profesión; ya sabéis, cuando resulta una prueba inesperada, una carta perdida, una palabra olvidada...

—Sí, ya lo sé, pero nada se ha encontrado, y hace quince ó veinte años que reinan el silencio y el olvido. El baron Olaus, que al pronto era sospechoso y aborrecido, ha logrado hacerse temer, y todo ha concluido.

Ahora lleva la confianza y la presunción hasta el extremo de querer volver á casarse. Ah! Dios me libre de ser objeto de sus pretensiones! Dicen que quiso mucho á su mujer; pero en cuanto á la baronesa Hilda, se cree generalmente...

—¿Qué se cree?

—Veo que esas narraciones de labriegos no han llegado á vuestros oídos, Mr. Goelle, ó que os reis de ellas, puesto que os halláis instalado tranquilamente en este cuarto.

—En efecto, hay alguna historia acerca de eso,—respondió Cristiano evocando un recuerdo reciente.—La gente de la alquería me decía esta noche: «id y contadnos mañana cómo habéis pasado la noche.» Según eso hay un duende ó un trasego...

—Preciso es creer que hay alguna cosa singular, ya sea fantasma ó realidad, porque el mismo maese Stenson cree en ello, y aun acaso el baron, porque dicen que, desde la muerte de su cuñada, nunca ha vuelto á poner aquí los pies, y aun ha hecho tapiar cierta puerta....

—Por aquí,—dijo Cristiano señalando á lo alto de la escalera.

—Es muy posible, pero no lo sé,—respondió Margarita.

—Todo eso es muy misterioso, y creí que os hallábais al corriente de las cosas que yo ignoro. ¡No creo en los duendes! Sin embargo, no quisiera verlos, y por nada de este mundo me resolvería á hacer lo que vos haceis al querer dormir aquí! En cuanto al baron, ya sea cierta ó falsa la historia del diamante...

—¡Ah! ¡hay otra historia mas?

—Esta es la mas inverosímil de todas, convengo en ello, y no puedo menos de reirme al repetírsela. Se refiere en las cabanas de estos alrededores que el baron, por amor á su mujer, que era tan malvada como él, confió el cadáver de la baronesa á un químico, quien le redujo en un alambique y sacó de él un diamante negro. Lo cierto es, que lleva en el dedo una sortija singular á la que no puedo mirar sin terror ni disgusto.

—Ay! Dios! Perdonad, demasiado lo sabe! tiene una voluntad de hierro. Es imposible que no os haya participado sus proyectos respecto de mí, puesto que asegura que vos los aprobais

—¿Aprobar, yo, que una preciosa niña como vos sea sacrificada á un vejete?

—Ah! ya veis que sabéis la edad del baron!

—¿Pero de qué baron hablais? vuelvo á decir

—¿De qué baron? ¿Será preciso nombrar al hombre de nieve?

—Ah! se trata del hombre de nieve? Pues bien, confieso que no lo entiendo ni mas ni menos que antes.

—Cómo! Mr. Goefle, ignorais el sobrenombre ó apodo del mas poderoso, del mas rico, al paso que el mas odioso y malvado de nuestros clientes, el baron Olaus de Waldemora?

—Calle! el propietario de este castillo?

—Y del castillo nuevo, situado en la orilla opuesta del lago, y de no sé cuantas minas de hierro, de plomo y de aluminio y de varios valles, bosques y montañas, sin contar las tierras, los ganados, las alquerías y los lagos; en fin, el dueño de una buena décima parte de la Dalecarlia!

Hé ahí todas las razones que mi tia me alega desde la mañana hasta la noche para hacerme olvidar que es viejo, triste, achacoso y que acaso está cargado de crímenes!

—¡Ira de Dios!—exclamó Cristiano muy sorprendido,—me encuentro en casa de un personaje muy estufo!

—¿Os burlais de mí, Mr. Goefle! no creéis en el crimen!... Segun eso, solo por ironía deciais hace un momento....

—Lo que decia hace un momento, estoy dispuesto á repetirlo; solo quisiera saber de qué crimen acusais á ese hombre.

—No le acuso; el rumor público es el que me ha acostumbrado á ver en él al asesino de su padre, de su hermano, y aun de su cuñada, la desventurada Hilda!

—¿Cómo! ¿Nada mas que eso?

—Pero bien sabéis que lo dicen, Mr Goefle; ¿no estuvisteis encargado, en una ocasion?. No, me equivoqué, fué vuestro padre quien debió ser el abogado del baron Olaus en aquella época. El baron presentó no sé qué documentos... Nada se pudo probar contra él; pero nunca se supo la verdad, ni nunca se sabrá, á no ser que los muertos salgan del sepulcro para decirta.

—Algunas veces se ha visto eso,—contestó Cristiano sonriendo.

—De veras, creéis...

—Es un modo de hablar que pertenece al vocabulario de mi profesión; ya sabeis, cuando resulta una prueba inesperada, una carta perdida, una palabra olvidada...

—Sí, ya lo sé, pero nada se ha encontrado, y hace quince ó veinte años que reinan el silencio y el olvido. El baron Olaus, que al pronto era sospechoso y aborrecido, ha logrado hacerse temer, y todo ha concluido.

Ahora lleva la confianza y la presuncion hasta el extremo de querer volver á casarse. Ah! Dios me libre de ser objeto de sus pretensiones! Dicen que quiso mucho á su mujer; pero en cuanto á la baronesa Hilda, se cree generalmente...

—¿Qué se cree?

—Veo que esas narraciones de labriegos no han llegado á vuestros oídos, Mr. Goelle, ó que os reis de ellas, puesto que os hallais instalado tranquilamente en este cuarto.

—En efecto, hay alguna historia acerea de eso,—respondió Cristiano evocando un recuerdo reciente.—La gente de la alqueria me decia esta noche: «¡id y contadnos mañana cómo habeis pasado la noche.» Segun eso hay un duende ó un trasgo...

—Preciso es creer que hay alguna cosa singular, ya sea fantasma ó realidad, porque el mismo maese Stenson cree en ello, y aun acaso el baron, porque dicen que, desde la muerte de su cuñada, nunca ha vuelto á poner aqui los piés, y aun ha hecho tapiar cierta puerta....

—Por aqui,—dijo Cristiano señalando á lo alto de la escalera.

—Es muy posible, pero no lo sé,—respondió Margarita.

—Todo eso es muy misterioso, y créi que os hallábais al corriente de las cosas que yo ignoro. ¡No creo en los duendes..! Sin embargo, no quisiera verlos, y por nada de este mundo me resolveria á hacer lo que vos haceis al querer dormir aqui! En cuanto al baron, ya sea cierta ó falsa la historia del diamante...

—¡Ah! ¿hay otra historia mas?

—Esta es la mas inverosimil de todas, convengo en ello, y no puedo menos de reirme al repetírsela. Se refiere en las cabañas de estos alrededores que el baron, por amor á su mujer, que era tan malvada como él, confió el cadáver de la baronesa á un químico, quien le redujo en un alambique y sacó de él un diamante negro. Lo cierto es, que lleva en el dedo una sortija singular á la que no puedo mirar sin terror ni disgusto.

—Lo cual es una prueba! dijo Cristiano riendo, pero, reflexionad, si os estuviese preparada una suerte igual! Sé muy bien que del alambique en que os cociesen no podría salir mas que un lindo diamante rosa de las mas bellas aguas; pero esto no seria mucho mas alegre para vos, y os aconsejo que no os espongaís á la cristalización.

—Margarita prorumpió en una carcajada; los ecos de la antigua sala repitieron aquella risa fresca é infantil de un modo tan misterioso que la jóven tuvo miedo, y tornándose de nuevo triste, dijo con tono de profundo desaliento:

—Vamos, veo que es cosa hecha, Mr. Goelle, sois un hombre amable y despejado, segun me lo habian dicho; pero al brigar la esperanza de que pensais como yo y seriais mi apoyo y mi salvador, me habia equivocado por completo.

Opinais como mi tia, tratáis de ilusiones cuanto acabo de deciros, y rechazais la queja de mi pobre corazón. ¡Qué Dios se apiade de mí, pues solo en él cifro ya mi esperanza!

—¡Vaya, veamos eso! —replicó Cristiano; conmovido al observar que abultadas lágrimas corrían por aquellas mejillas tan frescas y poco antes tan risueñas. ¿No contaís con vos misma? ¿Qué venís á referirme? Me anunciáis una confesion delicada, y todo se reduce á decirme que os presentan un partido que no os conviene y un futuro que os es antipático. Yo imaginaba que iba á recibir la confidencia de un amor... ¡no os ruboricéis por eso! Un amor puede ser puro y legitimo aun cuando no se halle autorizado por la ambicion de los parientes. Un padre ó una madre pueden equivocarse, pero es penoso combatir su influencia. Vos sois huérfana, ¿no es cierto?...

Si, puesto que dependéis de una tia anciana.. La llamo anciana y moveis la cabeza. Concedámos que sea joven... Sin duda tendrá la pretension de serlo. ¡Ya veo que no lo entiendo! La creí vieja. Si no lo es, razon mas para enviarla... no digo á peso, pero sí á hacer mejores reflexiones mientras pedís consejos á algun amigo viejo, á Mr. Goelle... es decir, á mí, en fin, á alguno que puede haceros casar con el venturoso mortal á quien prefirais.

—Pero si os juro, mi querido Mr Goelle, que á nadie amo, —respondió Margarita —; Oh Dios! solo eso me faltaria para ser digna de lástima. Bastante es ya aborrecer á alguien y verse obligada á sufrir sus asiduidades.

—No sois sincera, querida niña, —repuso Cristiano, quien jugaba á representar el personage de Mr. Goelle con convic-

familia de vuestra provincia, os conocia particularmente. Ya sabéis: Mr. Santiago Potin, á quien hicisteis favores...

—¡Sí, sí, un guapo mezo!

—Guapo no. Es jorobado.

—Guapo mozo en lo moral. La joroba nada hace.

—Es verdad, es un hombre muy distinguido que nos ha hablado tan bien de vos que he resuelto veros á escondidas de mi tia. Mlle. Potin, que se entera con destreza de todo, supo el dia y la hora en que os aguardaban en el castillo nuevo. Acechó vuestra llegada y supo que, hallando sobrada concurrencia en el castillo nuevo, ibais á buscar un albergue en el Stollborg.

Me avisó con una mirada en el momento en que acababa de vestirme mi traje de baile delante de mi tia. Entonces, como tambien mi tia tenia que vestirse, lo cual suele ocuparla por lo menos dos horas, se marchó á su habitacion. Mlle. Potin se quedó en la mia, con el fin de inventar pretextos para dispensarme de comparecer ante la condesa si esta llegaba á preguntar por mí. Me deslicé por una escalera secreta hasta la orilla del lago, en donde Mlle. Potin habia dicho á mi fiel Peterson que me esperase con el tramo, y ¡bème aqui! Pero escuchad... Me parece que la música del castillo nuevo anuncia que se ha abierto el baile. ¡Es preciso que me escape al instante! Y luego ese pobre cochero que se helará esperando, me! Adios, Mr. Goelle; ¿quereis permitirme que vuelva mañana, de dia, mientras mi tia esté durmiendo? porque baila y se cansa mucho la pobre señora, y podré venir perfectamente con mi aya, como de paseo.

—Ademas,—respondió Cristiano con un acento mas juvenil de lo que acaso hubiera convenido,—si la tia se enfadase podriais muy bien decirle que os predico en el mismo sentido que ella.

—No,—dijo Margarita, advertida por una desconfianza instintiva mas bien que razonada;—no quisiera burlarme de ella, y acaso haré mejor en no volver, si me prometeis ahora mismo hacerla renunciar á ese matrimonio odioso, no es necesario que os importune mas con mis inquietudes.

—Os juro interesarme por vos como por mi propia hija,—repuso Cristiano observándose un poco mas;—pero es necesario que me tengais al corriente del efecto que producen mis consejos.

—Entonces volveré. ¡Cuán bueno sois, Mr. Goelle, y cuánta gratitud os debo! ¡Oh! razon tenia yo al pensar que seriais mi buen ángel.

Margarita, al hablar así con efusión, se había levantado y tendía sus dos manitas al supuesto anciano, quien las besó lo mas respetuosamente que pudo, y contempló un instante á la encantadora condesita con su vestido de raso de color de rosa palido guarnecido de encaje. La ayudó paternalmente á abrocharse su abrigo de arpiño, y á ponerse el capuchon sin aplastar las cintas y flores de su prendido; en seguida le ofreció el brazo hasta llegar á su trineo, en donde desapareció entre los almohadones de edredon como un cisne en su nido.

El trineo que fué como volando, surcando el hielo con un rastro luminoso, y habia desaparecido detrás de las rocas de la playa antes de que Cristiano, de pié en las peñas del Stollborg, hubiese pensado en el frio que le cortaba la cara, ni en el hambre que le atarazaba el estómago.

Era que, sin contar la emocion bastante viva de que no procuraba darse cuenta, el jóven aventurero se hallaba detenido por un espectáculo admirable. La borrasca, completamente aplacada, habia cedido el puesto á esa brisa del Norte; por el contrario de la de nuestras comarcas, sopla del Oeste y limpia el cielo en breves instantes. Las estrellas rielaban como nunca las habia visto Cristiano brillar en las comarcas meridionales. Eran materialmente soles, y la misma luna á medida que se elevaba en el despejado cielo, tomaba ese brillo de las estrellas que no se permiten entre nosotros los simples planetas. La noche, tan clara ya de suyo, se iluminaba mas aun con el reflejo de las nieves y de los hielos, y las masas del paisaje se destacaban en aquella atmósfera trasparente como en un crepúsculo plateado.

Aquellas masas eran grandiosas. Montañas graníticas de formas angulosas, pero cubiertas de nieves eternas, cerraban un horizonte angosto, abierto tan solo hácia el Sudoeste en forma de valle. Los diferentes términos y los detalles se perdian algun tanto por ser de noche; pero la forma general del cuadro se revelaba por la estensa cortadura de cielo azul que dejaba descubierto el rompimiento de la cordillera granítica.

Cristiano que por decirlo así habia llegado al Stollborg á tientas, por entre los torbellinos de nieve, supo orientarse bastante bien, para comprender que habia ido por aquel fondo de suaves ondulaciones y casi comprendió la situacion de las gargantas de Falun, estacion en que habia almorzado por la mañana, mientras que Mr. Goefle, rápidamente arrastrado por un caballo vigoroso, se detuvo allí mas tarde y durante mas tiempo.

El valle, ó mas bien la cadena de angostos valles que con-

ción y con una especie de verosimilitud; teméis que yo vaya á contar nuestras confidencias á mi cliente la condesa!

—¡No, querido Mr. Goelle, no! Sé que sois mas que un hombre de honor, que sois un hombre de bien. Todos os consideran en extremo, y el mismo baron, que de todo el mundo piensa mal, no se atreve á hablar mal de vos. Os estimo tanto y tengo en vos tal confianza que estaba acechando vuestra llegada aqui, y es preciso que os cuente cómo me ha ocurrido la idea de veros: equivaldrá á contaros en pocas palabras mi historia, que acaso mi tia no os la habrá referido con exactitud. Me he criado en el castillo de Dalby (en el Wœrmland, á unas veinte leguas de aqui), ante la vista de mi tutora, la condesa Elfrida de Elveda, hermana de mi padre. Cuando digo ante su vista. A mi tia le gustan la sociedad y la politica. Sigue á la corte á Stockholmo, y los asuntos de la Dieta le interesan mas que yo, que desde que nací vivo en un castillo bastante triste con una aya francesa, Milé. Potin. Afortunadamente esta es de un carácter muy dulce y me quiere mucho. Mi tia viene dos veces al año á ver si he crecido, si hablo bien el francés y el ruso, si no carezco de nada, y si el rígido pastor de nuestra iglesia vela bien para que no recibamos mas visitas que la suya y la de su familia.

—Esa no es una vida muy alegre.

—No, pero yo haria mal en juzgarme desgraciada. Trabajo mucho con mi aya, soy bastante rica y mi tia es bastante generosa para que yo no sufra privacion alguna; luego Milé. Potin es amable, y cuando nos fastidiamos leemos novelas... ¡oh! novelas muy decentes y muy bonitas, que nos hacen olvidar nuestra soledad y nos muestran siempre al crimen castigado y á la virtud recompensada!

—¡Contad con eso!... No importa, no hay ningun mal en creerlo así y en conducirse con arreglo á esas ideas... ¡Pero en esa soledad, y entre esas páginas de novela, no se ha deslizado dentro de la casa ó del cerebro algun buen mozo, á despecho del pastor y de la tia?

—¡No! nunca, Mr. Goelle, os lo juro,—contestó Margarita con candor.—Sin embargo, puedo deciros que mi mente se habia formado cierta imágen del marido que mi tia me anunció de improviso hace ocho dias, y que cuando me enseñó el señor baron Olaus de Waldemora diciéndome: «¡El es, sed amable!» le encontré tan diferente de mi ilusion, que no fui amable en manera alguna.

—Lo comprendo perfectamente. Entonces vuestra tia...

—Se burló de mí. «Sois una necia, me dijo. Una muchacha...

done y el pobre Juan reviente sobre la nieve. Quiero ir á ver la noche de veinte y cuatro horas y el pequeño resplandor de mediodía en el mes de Enero. No alcanzaré grandes triunfos en aquel país, pero la pequeña cantidad que gane aquí me permitirá que viaje á lo gran señor, es decir, soto y á pié, sin hacer nada más que disfrutar de lo mas selecto de la vida, lo nuevo, es decir, el día que separa el deseo del hastio, y la ilusión del recuerdo.

Y el jóven de ávida imaginación buscaba ya con la vista, en el fondo del circo de elevadas montañas, el camino invisible que habría de seguir para subir hácia el Norte ó para pasar á Noruega.

Ya se veía allí, en su mente, suspendido en los bordes de los abismos y cantando alguna loca tarantela con grande estupor de los antiguos ecos escandinavos, cuando los sonidos de una orquesta lejana llevaron á sus oídos el clásico estribillo de una canción francesa muy vieja, pero que probablemente sería muy moderna entre los celestiales. Era la música del baile dado en el castillo nuevo, por el baron Olaus de Waldemora, á sus vecinos de campo, en honor de la encantadora Margarita de Elveda.

Cristiano volvió en sí. Pocos momentos antes tenía alas para volar hasta el Cabo Norte; á la sazón todo su pensamiento, todas sus aspiraciones, toda su curiosidad se fijaban en aquel castillo iluminado que brillaba en la orilla del lago y que parecía exhalar en la atmósfera bocanadas de calor artificial.

—Lo cierto es, decía para sí, que por quinientos escudos (y bien sabe Dios si necesito quinientos escudos!) no abandonaría yo esta noche este país singular, aunque los *Walkyries* hubiesen de trasportarme al palacio de záfiro del gran Odín. Mañana volveré á ver á esa hada rúbia, á esa descendiente de Harald, á esa jóven de hermosa cabellera!... Mañana!... pero no, no volveré á verla ni mañana ni nunca! Desde mañana, el afortunado mortal que lleva legítimamente el dulce nombre de Goelle irá al castillo nuevo á reclamar la confianza de su cliente, la tia Elveda, y á trabajar, acaso, como verdadero hombre de negocios sin entrañas, para la boda del feroz Olaus con la dulce Margarita! Mañana, la dulce Margarita sabrá que ha sido engañada, ¿y por quién? ¡Cuanta cólera, cuanto desprecio serán el premio de un buen aspecto y de mis prudentes y sanos consejos!... Pero todo esto no impide que yo tenga hambre y que comience á sentir el fresco de esta noche de Diciembre entre los 61 y 62 grados de latitud. Esto

me hace recordar el tiempo en que me quejaba del invierno de Roma!

Cristiano se encaminaba de nuevo á la sala de la Osa, cuando creyó que debía echar una ojeada caritativa á su asno. Entonces fue cuando fijó mas particularmente su atencion en el trineo de Mr. Goefle, colocado debajo del cobertizo. Lo que no acertariamos á esplicar es cómo la mente del aventurero pasó repentinamente de la contemplacion del trineo á una resolución loca. Lo que sabemos es que, en vez de irse á cenar tranquilamente junto á la estufa, se puso á contemplar el traje negro completo estendido por el respaldo de una silla en la sala de la Osa.

Cristiano hubiera creído que el grave personaje imitado por él á la aventura debía llevar un traje ajado y algun tanto mugriento. Lejos de eso, Mr. Goefle, que habia sido bastante buen mozo, se vestía muy bien, era muy cuidadoso de su persona, y tenia empeño en enseñar su pantalón firme y bien formada, así como su cuerpo, todavia derecho y esbelto, en un traje severo pero de buen gusto. Cristiano se puso el traje, que le estaba como un guante ajustado: destapó la caja de los polvos y echó una leve nube sobre su espléndida cabellera negra. Las medias de seda eran algo angostas en la pantorrilla, y los zapatos de hebilla algo anchos; pero, ¿qué importaba? ¿tanto se reparaba en Dalecarlia? En resumen, en diez minutos se halló Cristiano vestido como un hijo de familia decente, profesor de cualquiera cosa, estudiante ó miembro de cualquier facultad científica, profesion grave pero aspecto en extremo agradable y porte intachable.

Fácilmente se adivinará que el aventurero sacó el caballo de Mr. Goefle de la cuadra, después de haber rogado á Juan que no se fastidiase demasiado en su soledad, que engancho al dócil Loki al trineo, encendió el farol y bajó como una flecha por el camino escarpado del Stollborg.

—Diez minutos después entraba en el patio iluminado del castillo nuevo, entregaba las riendas con sumo desembarazo á los lacayos galoneados que acudieron al ruido de las campanillas de su caballo, y subía presuroso por la escalera de piedra de la opulenta residencia.

III.

Como se hace en ciertos sueños en que se siente uno impulsado á ejecutar una accion inverosímil, Cristiano obraba sin acertar á darse cuenta de su propia voluntad. No era to-

do inverosímil en la esfera de acción á que se hallaba lanzado? Aquel castillo fantástico, llamado nuevo por antítesis al ruinoso castillo de Stollborg, pero que en realidad databa del tiempo de la reina Cristina, y que por su riqueza y su animación parecía caído de las nubes al seno de un desierto salvaje; aquellas rocas ásperas y aquellas aguas fogosas que tenían todas las razones del mundo para ser impracticables, pero en las que, merced al invierno, los elegantes trenes habían trazado en el hielo caminos sinuosos y fáciles; las hileras de lucas que dibujaban en la noche el vasto recinto de los muros con sus rechonchas torres cubiertas de abultadas montañas de cobre coronadas por las inmensas flechas de las veletas; el estenso cuerpo del edificio flanqueado con irregularidad por pabellones cuadrados y terminado por gigantescos tejados puntiagudos, llenos de estatuas y emblemas; el gran reloj del pabellón central que daba las diez de la noche, hora en la que los mismos osos temen sacudir la nieve en que están ocultos, y en la que los hombres, que son los animales más delicados de la creación, bailaban con medias de seda en compañía de mugeres con los hombros desnudos; todo, en la áspera grandeza del sitio y en la escena galante que le animaba, hasta los acordes lindos y graciosos de aquella vieja música francesa que se unía sin ceremonia con los ágrios suspiros de la brisa en los largos corredores, era apropiado para sorprender la razón de un viajero y embrollar las nociones de un habitante de la Italia.

Al ver los vastos salones y la larga galería en cuyo techo estaban pintadas las divinidades mitológicas, llenos de ruido y de gente, Cristiano se preguntó á sí mismo seriamente si aquellas gentes no eran fantasmas evocados por las brujas de la soledad para burlarse de él. ¿De dónde salían, con sus trages algo anticuados, sus cascacas con lentejuelas y sus señoras empolvadas, sonriendo entre torrentes de plumas y de encajes? ¿El castillo majico no iba á desaparecer en virtud de un golpe de varita, y aquellos rozagantes bailarines de minué y de chacona, no iban á echar á volar bajo la forma de águilas blancas ó de cisnes silvestres?

Sin embargo, Cristiano había observado ya la fisonomía particular de las costumbres de Suecia; el aislamiento aventurero de las habitaciones, la distancia enorme que las separa de los pequeños grupos honrados con el nombre de aldeas; lo desparramadas que están esas mismas aldeas, que se estenden algunas veces sobre una superficie de dos ó tres leguas y solo se hallan unidas por la cúpula verdosa del

campanario de la parroquia; el desprecio de los nobles hacia la residencia de las ciudades, atribuida esclusivamente á la clase media y á los comerciantes; por último, la pasión del desierto unida, por un contraste singular, á la pasión hacia una locomoción desenfrenada con objeto de asistir á reuniones repentinas y al parecer imposibles. Pero Cristiano, aunque llamado para una fiesta en el campo, no había previsto que esos instintos característicos del sueco habían de aumentarse en razón del rigor del clima, de la longitud de las noches, y de la dificultad aparente de las comunicaciones. Y sin embargo, es una consecuencia natural de la necesidad que experimenta el hombre de vencer á la naturaleza y de aprovechar las compensaciones que le presenta. Hacia dos meses que el baron había hecho saber en los alrededores, en un radio de cincuenta leguas, que recibiría á la nobleza del país durante las fiestas de Navidad. Nadie estimaba ni quería al baron, y sin embargo, hacia algunos dias que el castillo estaba lleno de huéspedes que habían acudido preserosos de los cuatro puntos cardinales al través de los lagos, los bosques y las montañas.

La hospitalidad es proverbial en Dalecarlia, y como el amor al desierto, unido á la afición al placer, se aumenta á medida que el hombre se interna en las regiones difíciles y remotas. Cristiano, que había observado aquella benevolencia admirable de los suecos hacia los extranjeros, sobre todo cuando estos hablan su lengua, no había pensado en la dificultad de introducirse en una reunión en que no se conocían casi unos á otros, cuando á este inconveniente se agrega el de no haber sido convidado.

Por eso tuvo un momento de despertar desagradable al ver que una especie de maestro de ceremonias, que cenía espada, le salía al encuentro en la antesala y le tendía la mano con aspecto afable despues de haberle saludado respetuosamente.

Cristiano, creyendo que aquella mano tendida era una acogida particular usada en el país, iba á estrecharla lenévolamente, pero reflexionó que podia ser la intimación de exhibir su esquila de convite. El personaje era viejo, feo, con pintas de viruelas en la cara, y sus ojos tenían una expresión de falsedad mal disfrazada bajo un aspecto de apatía zalamera. Así, pues, Cristiano introdujo su mano en el bolsillo de su chupa, muy seguro de no hallar en él lo que le pedían. A la verdad, había recibido la proposición de ir á Waldemora á costa del anfitrión, pero no con el mismo título que los no-

bles del país. Por eso se disponía á hacer la mimica del hombre que se ha dejado olvidado su pasaporte y que se dispone á ir á buscarle, salvo el recurso de no volver, cuando su mano encontró en su bolsillo, es decir, en el de Mr. Goelle, un papel firmado por el baron y que contenia un convite en regla para Mr. Goelle y las personas de su familia, con arreglo á la fórmula generalmente adoptada. Cristiano, tan luego como hubo fijado su vista en la esquila de admisión, se la presentó resueltamente al maestro de ceremonias, quien apenas la miró, pero le leyó con entera seguridad.

—¿El señor es pariente de Mr. Goelle?—dijo colocando la esquila en una cestita con muchas otras.

—¡Pardiez!—contestó Cristiano con entera seguridad.

Mr. Johan (este era el nombre del maestro de ceremonias) saludó de nuevo y fué á abrir una puerta que daba á la escalera grande, por donde iban y venían los huéspedes instalados en el castillo, y por donde subían sin intervencion ninguna los vecinos conocidos de la numerosa servidumbre de la casa. A esta simple formalidad se limitó la introducción de Cristiano, el cual habia esperado librarse de ella, pues no tenia intencion alguna de presentarse oficialmente en la fiesta, sino que solo cedia al caprichoso deseo de recorrerla y ver en ella á la encantadora Margarita.

Al pronto se halló en la gran galeria pintada al temple que cruzaba de parte á parte por la galeria principal, y cuyo decorado hacia todo lo posible para imitar el gusto italiano introducido en Suercia por la reina Cristina. Las pinturas no eran buenas pero producian su efecto. Representaban escenas de caza, y si su gran movimiento de perros, de caballos, y de animales silvestres no satisfacía por la corrección del dibujo al juicio del artista, al menos alegraba la vista con un conjunto de colores brillantes y animados.

Siguiendo Cristiano aquella galeria llegó á la puerta de un salon bastante suntuoso en donde se comenzaba á bailar. El aventurero no tenia mas que un pensamiento al pasear sus miradas por los grupos de las mujeres que estaban bailando; pero á su deseo de ver á Margarita se unia una ansiedad secreta. Hallar un medio para reanudar con ella la conversacion del Stollborg, substituyendo su verdadera personalidad, ó por lo menos una personalidad nueva cualquiera, á la que habia usurpado, no le parecia ya cosa tan fácil como al pronto lo imaginó al meterse en aquella loca aventura. Por eso se alegró casi de no ver á Margarita en el baile, y aprovechó lo que le

pareció ser un momento de descanso para tratar de formarse una idea de la reunion que se agitaba ante su vista.

Había esperado experimentar sorpresas á las que nada dió origen. Al pronto la reunion no tenia el carácter particular que su imaginacion se habia prometido. En aquella época el siglo pertenecía á Voltaire, y de rechazo á la Francia. Siguiendo el ejemplo de casi todos los soberanos de Europa, las altas clases de casi toda la Europa habian adoptado la lengua y en apariencia las ideas de la Francia filosófica y literaria; solo que, como el gusto, la lógica y el discernimiento nunca se hallan en el menor número, de aquella afición á nuestras ideas resultaban muchas inconsecuencias. Asi, pues, los usos y las costumbres se resentian mucho mas á menudo de la corrupcion y la molice de Versailles, que de los estudios ociosos de Ferney. La Francia era una moda, exactamente lo mismo que la filosofía. Antes trages, monumentos, buen tono, modo de presentarse, todo era una copia mas ó menos exacta de la Francia, en lo que en aquel momento tenia de bueno y de malo, de espléndido y de mezquino, de próspero y de desagradable. Era una de esas épocas caracterizadas en que el progreso y la decadencia para que se dan la mano, mientras llega el momento de que se abracen para ahogarse mutuamente.

Las interioridades de la casa del baron Olaus no eran sino una copia algo atrasada de una reunion francesa en el siglo XVIII, y sin embargo, el baron aborrecia á la Francia é intrigaba en el sentido de la política rusa; pero tambien en Rusia se parodiaba á la Francia, se hablaba francés: en la corte tenian las costumbres feroces y sangrientas de la barbarie, al paso que se ensayaban en los modales galantes y en el carácter ligero de la civilizacion francesa. Asi, pues, el baron Olaus seguia la corriente irresistible de la época. Mas tarde sabremos su historia. Volvamos á Cristiano.

Cuando hubo mirado bien los trages y adornos de las mujeres, que le parecieron no eran muy atrasados respecto de los de las señoras francesas, y sus caras, que, sin ser todas hermosas y jóvenes, tenian por lo general una espresion de dulzura y de inteligencia, procuró conocer, es decir adivinar entre los hombres el aspecto y la fisonomia del dueño de la casa. Cerca del sitio desde donde observaba todas las cosas sin ponerse en evidencia estaban dos hombres hablando en voz baja y volviéndole la espalda. Involuntariamente escuchó Cristiano su conversacion, aunque para ello no tenia interés alguno personal.

Aquellos dos hombres hablaban en francés, uno con el acento ruso, el otro con acento sueco. Sin duda la lengua de las cortes y de la diplomacia era necesaria para el cambio de sus ideas.

—Bah! decía el sueco, no soy *gorro* ni *sombrero*, aunque se empeñan en ponerme á la cabeza de cierta fracción de los mas espesos gorros de algodón de la Dieta. En el fondo me burlo de todas esas puerilidades, y conoceréis mal la Suecia si hiciéseis mas caso de uno que de otros.

—Lo sé, contestó el ruso; los votos son para el que mas ofrezca.

—Pues ofreced! No teneis que seguir otra política. Es sencilla, y muy fácil de seguir para vosotros que teneis un gobierno rico. En cuanto á mí, me teneis enteramente ganado, sin que os pida nada; es asunto de convicción.

—Veo que no sois de esos patriotas de la edad de oro que sueñan con la union escandinava, y que siempre será posible entenderse con vos. La zarina cuenta con vos, pero no esperéis sustraeros á sus liberalidades: no acepta servicio alguno que no recompense magníficamente.

—Lo sé,—repuso el sueco con un cinismo que sorprendió á Cristiano; lo he esperimentado ya. Viva la gran Catalina! que nos meta en su bolsillo, que no será yo quien á ello me oponga. Que nos desembarace, sobre todo, de las locas nociones de derecho y de libertad de los labriegos, que son nuestra plaga! Que dé un poco de *knout* á la clase media y una buena ración de siberia á muchos nobles que quieren obrar á su antojo! En cuanto al bueno de nuestro rey, que le restituyan su obispaño, y sobre todo que le quiten su mujer, y no tendrá motivo para quejarse.

—No habéis fin alto, repuso el ruso; acaso nos estén escuchando con disimulo.

—Nada temais aquí todos aparentan que saben el francés, pero entre cada cien personas no hay diez que le entiendan. Además, lo que os digo acostumbro á decirlo sin rebozo. Hace ya mucho tiempo que he descubierto que la mejor política es la de hacer uno temer su opinion. En cuanto á mí, grito públicamente que la Suecia ha concluido. Los que opinen de distinto modo, que me lo prueben.

Cristiano, aunque no pertenecía á nacion alguna, porque nada sabia de su pais ni de su familia, se sintió indignado al oír á un sueco vender su parte de nacionalidad con tal impudencia y descaro, y procuró ver las facciones del hombre que así hablaba; pero se distrajo su atencion con el paso ruidoso é

incómodo de una figura heteróclita que iba de unos á otros grupos con la actividad de un hombre que se muestra solícito por hacer los honores de la fiesta.

Aquel personaje iba vestido con una casaca encarnada muy vistosa y suntuosamente bordada, y condecorado con la orden sueca de la Estrella polar.

Su peinado, harto alto para la época, ostentaba un rizado triunfante de muy mal gusto, y sus enormes puños de soberbio encaje demostraban mas lujo que limpieza. Por lo demás, era viejo, raro, petulante, estravagante, algo jorobado, muy cojo y enteramente bizco.

Cristiano dedujo de este último rasgo que tenia la mirada torva, y que un original tan desagradable no podia ser sino el absurdo y odioso pretendiente á la mano de Margarita.

Para no tener que presentarse á él y sostener la usurpacion de parentesco con Mr. Goefle (libertad que se habia tomado sin remordimiento y sin peligro respecto del maestro de ceremonias), se alejó Cristiano discretamente, resuelto á vagar de sala en sala hasta tanto que hubiese visto á la joven condesa, aunque tuviese que retirarse inmediatamente despues sin haber podido dirigirla la palabra. A la verdad le pareció que el jorobado castellano le habia mirado con cierta atencion; pero merced á una maniobra diestra ejecutada entre las personas que hablaban de pie junto á las puertas, se hazonjó de haberse escapado á tiempo.

Se paseó durante algunos instantes, no diré entre la multitud (pues el local era muy vasto, y relativamente eran pocos los concurrentes); pero sí al través de escenas bastante animadas que no tuvo tiempo para observar detenidamente. Temiendo ser interrogado antes de haber podido alcanzar á la que buscaba, pasaba con aspecto afanoso y tanto mas altivo cuanto que sentia que la audacia le iba á faltar muy pronto.

Y sin embargo, ya fuese curiosidad hacia su huésped, á quien nadie conocia, ó simpatia hacia su hermosa presencia y notable fianza, en todos los grupos que costeaba habia gentes dispuestas á hablarle ó á acoger bien sus palabras; pero Cristiano experimentaba una especie de vértigo que le hacia interpretar en sentido contrario las miradas afables y las sonrisas benévolas que le dirigian. Así, pues, pasaba de prisa, fingiendo que buscaba á alguien, y saludando con un desembarazo amable, que nada le costaba, á las personas que se

apartaban para dejarle pasar, pero sin atreverse á mirarle mucho.

Por fin, al volver á la galería llamada de las Cácerías, vió á dos mujeres á quienes en seguida conoció por ser una la que habia visto en el Stollborg y la otra su aya; esta suposición se hallaba bastante bien fundada en el traje modesto, el aspecto tímido y astuto, y no sé qué aire francés difundido en toda la figura de Mlle. Potin. Esta era la primera parte del episodio novelesco arreglado en la cabeza de Cristiano. Estaba en el baile: no habia encontrado obstáculo alguno para su admisión, se habia librado de las miradas y preguntas del dueño de la casa, y hallaba, en fin, á Margarita bajo la benévola tutela de su confidenta. Pero no era esto lo que se trataba de entablar conversacion con la jóven condesa ó de llamar su atencion para hacer nuevo conocimiento con ella.

La segunda parte de la novela principiò de una manera muy apropiada para inspirar inquietud. En el momento en que Cristiano acechaba la mirada de Margarita, mirada con que contaba para hallar la inspiracion, sintió unos pasos desiguales que procuraban arreglarse á los suyos, y una voz clara y chillona que resonaba detrás de él le detuvo con estas palabras:

—¡Eh! caballero! ¡señor extranjero! ¿á dónde correis así?

El aventurero se volvió y se encontró frente á frente con el anciano vizco y contrahecho de quien habia creído librarse tan bien. Digo que se encontró frente á frente, porque el cojo, habiéndose lanzado en persecucion suya, no pudo detener su carrera tan pronto como él y estuvo á punto de caer en sus brazos.

Cristiano podia huir, pero hubiera sido comprometerlo todo; echó mano de toda su audacia y contestó:

—Os pido mil perdones, señor baron, precisamente á vos era á quien yo buscaba.

—¡Ah! sí,—dijo el cojo tendiéndole la mano con súbita cordialidad;—ya lo sospechaba yo. Habia notado vuestra fisonomía entre todas las demás, habia pensado: «¡He ahí un hombre instruido, algun viajero científico, una inteligencia en fin, y de seguro soy yo el polo que busca ese iman.

«Pues bien, héme aquí, soy yo. Soy todo vuestro, y con mucho gusto. Tengo suma afición y apego á la juventud estudiosa, y podeis hacerme todas las preguntas cuya respuesta deseais.

Habia tanto candor y bondad en la fisonomía risueña y el lenguaje vanidoso del anciano, que Cristiano acusó interiormente á Margarita de ser injusta para con él. De seguro que era un nívio burlesco y estravagante; pero era el mejor hombre del mundo, incapaz de dar un papirotazo á un niño, y si uno de sus ojos vagaba, errante y como deslumbrado, por las paredes de la sala, el otro miraba á su interlocutor de un modo tan franco y paternal que toda acusacion de ferocidad se convertia en una ilusion.

—Me confundis con vuestras bondades, señor baron,—contestó Cristiano tranquilizado hasta el extremo de mostrarse irónico.—Ya sabia yo que erais muy versado en las ciencias, y por eso mismo, hallándome con algunas nociones débiles...

—Queriais pedirme consejos, indicaciones, quizás... ¡Ah! hijo mío, ante todo el método... Pero no quiero teneros de pie en medio de estas gentes frívolas que andan de un lado para otro; mirad, sentémonos ahí. Nadie nos incomodará, y por poco deseo que tengais charlaremos toda la noche. Cuando se trata de la ciencia, no conozco el cansancio, ni el hambre, ni el sueño. ¡Apuesto á que vos sois lo mismo! ¡Ah! ya veis, es preciso ser así, ó no meterse á ser sábio!

—¡Ay Dios! pensó Cristiano,—he caído en el fondo de un pozo de ciencia, y héme aquí sentenciado á las minas, ni mas ni menos que un desterrado en Siberia!

Este descubrimiento era tanto mas cruel, cuanto que Margarita habia pasado y estaba ya al extremo de la galeria, hablando con los que iban á saludarla, y dirigiéndose visiblemente hácia el salon de baile, en donde en manera ninguna parecia hallarse dispuesto el baron á reunirse con ella. Se habia sentado en uno de los huecos de ventana en forma de hemicírculo que habia en la galeria, junto á una estufa oculta entre ramas de acebo y de tejo, formando trofeos con armas de caza y cabezas disecadas de animales montaraces.

—Ya veo que sois universal,—dijo Cristiano, quien hubiera deseado mucho evitar en aquel momento la conversacion científica. No se habla mas que de vuestra destreza en la caza, y me sorprende que halleis tiempo suficiente...

—¿Por qué suponeis que yo soy cazador?—contestó el anciano con tono de sorpresa.—¡Ah! porque me creéis culpable del asesinato de esos animales, cuyas mutiladas cabezas estan ahí, mirándonos tristemente con sus pobres ojos de esmalte! Os han engañado, en mi vida he ido á caza. Me causan horror las diversiones que sostienen la ferocidad harto natural

en el hombre! A lo que me he consagrado es al estudio de las entrañas insensibles pero fecundas del globo.

—Perdonad, señor baron, pero creí

—¿Pero por qué me llamais baron? No lo soy; verdad es que el Rey me ha ennoblecido y condecorado con la Estrella polar, en recompensa de mis trabajos en las minas de Falun. Como sabreis, sin duda, he sido profesor de la escuela de mineralogia en aquella ciudad; mas no por eso tengo derecho á un título, y me basta con disfrutar algunos pequeños privilegios que me sostienen ante la casta orgullosa de la que, en último resultado, me cuido muy poco.

He cometido alguna equivocacion, pensó Cristiano. Ah! entonces, lo que hay que hacer es librarse cuanto antes de este sábio, salvo el inconveniente de hallarle de nuevo mas tarde.

Pero de pronto varió de idea al ver que Margarita volvía atrás y aparentaba dirigirse lentamente y por entre mil interrupciones hacia el sitio en que él se hallaba. Desde entonces no pensó ya mas que en ponerse en los mejores términos con el geólogo, con el fin de hacer que le presentase, si era posible, como un hombre distinguido. Así pues, entró muy pronto en el fondo de la cuestion científica. Sabia mas de lo necesario para hacer preguntas inteligentes.

Habia pasado por Falun en aquella misma mañana, habia bajado á la mina grande, y para su satisfaccion personal habia cogido muestras y ejemplares interesantes, con gran desprecio de Puffo, quien algunas veces le consideraba como un cerebro desarreglado. Ademas sabia muy bien que por lo general basta con escuchar con respeto á un sábio vanidoso y provocarle á que haga ostentacion para ser juzgado por él como muy inteligente. El profesor, sin pensar en preguntarle su nombre, su país ni su profesion, hizo á Cristiano la descripcion minuciosa del mundo subterráneo, en cuya superficie no se cuidaba mas que de sí mismo, de su nombradía, de sus escritos, en fin, del buen éxito de sus observaciones y descubrimientos.

En cualquier otro momento, Cristiano le habria escuchado con placer, porque en resumen veía muy bien que se las habia con un hombre muy fuerte en su especialidad; y se interesaba mucho, él mismo, en todo estudio sério de la naturaleza; pero Margarita se acercaba, y el sábio, observando la súbita preocupacion del jóven, alzó su ojo bueno en la misma direccion y exclamó:

—Ah! hé aqui á mi prometida! ya no me estraña! Pardiez!

querido amigo, es preciso que os presente á la persona mas amable del reino.

—Conque es él! pensó Cristiano estupefacto; es decididamente el baron Olaus! Está loco; pero ese es, realmente, el anciano á quien ha de ser sacrificada esa rosa de las nieves!

Se confirmó en esta creencia, pero con nueva sorpresa, cuando vió á Margarita apresurar el paso para dirigirse hácia ellos, diciendo á Mlle. Potin.

—Hé ahí, por fin, á mi enamorado!

Luego, tendiendo la mano al anciano con una sonrisa casi cariñosa, añadió:

—¿En qué estais pensando, caballero, para ocultaros en ese rincón cuando vuestra prometida os está buscando hace una hora?

—Ya lo veis, dijo el anciano á Cristiano con cándida satisfacción, me busca, se fastidia cuando no estoy á su lado! ¿Qué quereis, mi hermosa novia? Todos quieren consultarme, no es culpa mia, y hé aquí á un escultor jóven, un viajero.... francés, ¿no es verdad? ó italiano, porque tenies un acentillo extranjero. Permitidme conocer á Margarita, que os presente á mi jóven amigo, Mr. de ... ¿Cómo os llamáis?

—Cristiano Goefle, dijo Cristiano con aplomo.

Este nombre usurpado, y sobre todo aquella voz y aquella pronunciacion que Margarita habia oido recientemente, la hicieron estremecer.

—Sois hijo de Mr. Goefle?—dijo con viveza.—Oh! es singular lo que os pareceis á él!

—Nada singular seria el parecerse teniendo un parentesco tan cercano,—contestó el sábio;—pero este caballero no puede ser mas que el sobrino de Goefle, porque este nunca ha sido casado, y por consiguiente no tiene mas ni menos hijos que yo.

—Eso no seria una razon,—dijo Cristiano al oido del sábio.

—Ah! en verdad que no!—contestó este en el mismo tono y con una candidez increíble,—no habia pensado en ello! ese diablo de Goefle!... ¿Entonces sereis un hijo de la mano izquierda?

—Educado en el extranjero y llegado recientemente á Suecia,—contestó Cristiano, maravillado al ver el buen éxito de sus inspiraciones.

—Bien, bien!—repuso el sábio, quien escuchaba muy poco todo lo que no le concernia directamente,—comprendo, eso está bien visto, sois su sobrino.

Luego, dirigiéndose á Margarita, le dijo:

—Conozco perfectamente al señor, y os lo presento como el propio sobrino del buen Goefle... á quien no conocéis, pero á quien tenéis deseo de conocer, según deciais esta mañana.

—Y lo digo todavía,—esclamó Margarita; pero enseguida se ruborizó al encontrar los ojos de Cristiano, que le recordaron por su viveza los del falso Goefle, que habia encontrado muy brillantes por entre los mechones colgantes del gorro de pieles cuando, para verla mejor, se habia levantado involuntariamente de vez en cuando los anteojos verdes del doctor.

—¿Y cómo es que no estais en el baile?—repuso el sábio dirigiéndose á la jóven sin observar su turbacion.—Creí que esta noche no hariais mas que bailar y que no tendríamos tiempo para decirnos una palabra.

—Pues bien, mi querido enamorado, os habeis equivocado. No bailaré; me he torcido un pié en la escalera. ¿No veis que estoy coja?

—¿No por cierto! ¿Lo haceis, según eso, para pareceros á mi? Contad á Mr. Goefle como fué el quedaros coja; es una historia espantosa, y cualquier otro que no fuese yo se hubiera quedado en el sitio. Si señor, veis en mí á una víctima de la ciencia.

Y sin aguardar á que Margarita tomase la palabra, Mr. Stangstadius se puso á contar con animacion que, al hacerse bajar á una mina, se rompió la cuerda y cayó con la cesta al fondo del abismo desde una altura de cincuenta piés, siete pulgadas y cinco líneas. Estuvo desmayado seis horas, cincuenta y tres minutos, y no sé cuantos segundos, y durante dos meses, cuatro dias y tres horas y media no pudo hacer movimiento alguno. Especificó del mismo modo, con una puntualidad capaz de desesperar, la medida exacta de los emplastos con que le habian cubierto cada parte lastimada de su cuerpo, y la cantidad, en dracmas, granos y escrípulos, de las diferentes drogas que habia absorbido, tanto en bebidas como en fricciones emolientes.

Esta narracion fué muy larga, aunque el buen hombre hablaba de prisa y sin ocurrir en repeticiones; pero su memoria era una verdadera calamidad que no le permitia omitir la mas mínima circunstancia, y cuando hablaba de sí mismo nunca suponía que pudiesen cansarse de escucharle.

Margarita, que sabia de memoria la narracion del suceso, pudo no prestarle gran atencion y conversar durante algunos

momentos en voz baja con Mlle. Potin. El resultado de esta breve conferencia, que Cristiano observó muy bien, fué visible para él en el mismo instante. La buena Potin cogió al vuelo el momento en que el anciano concluía su historia é iba á engolfarse en otra, para pedirle con insidioso candor la esplicacion de un párrafo que suponía no había podido comprender en su última obra.

Cristiano admiró el génio inventivo de la mujer al ver con qué calor se engolfó el sabio en una discusion con el aya, mientras que los ojos de Margarita decían muy á las claras al jóven:

—¡Ardo en deseos de hablaros!

No se lo hizo repetir dos veces y la siguió al otro extremo del pequeño hemiciclo, en donde la jóven se sentó en una banqueta, mientras que Cristiano, de pié junto á ella y en una actitud respetuosa, la ocultaba diestramente á las miradas de los que iban y venían.

—Mr. Cristiano Goelle,—le dijo mirándole otra vez con atencion,—es singular lo mucho que os pareceis á vuestro señor tío!

—Me lo han dicho con frecuencia, señorita; parece que la semejanza es sorprendente!

—No he visto bien, y aun puedo decir que casi no he visto su semblante; pero su acento, su pronunciacion... son exactamente iguales!

—Sin embargo, creí que yo tenía la voz mas fresca!—replicó Cristiano, quien en el Stollborg había tenido buen cuidado de ligir la voz cascada de vez en cuando.

—Sí, es verdad,—dijo la jóven,—hay la diferencia de edad, aunque se puede decir que vuestro señor tío tiene todavía muy buena voz. En último resultado, no es muy viejo. ¿No es verdad? Me ha parecido que no tiene la edad que le atribuyen. Tiene unos ojos magníficos y es casi de vuestra estatura....

—Sobre poco mas ó menos,—dijo Cristiano dirigiendo una mirada involuntaria á la casaca del doctor en derecho, y preguntándose á sí mismo si Margarita se burlaba de él ó le interrogaba de buena fé.

Adoptó el partido de apresurar la esplicacion.

—Mi tío y yo,—dijo—tenemos todavía otra semejanza mas, y es el interés tan vivo que nos inspira una persona conocida vuestra, y el afecto que la profesamos.

—Ah! dijo la jóven volviendo á ruborizarse, pero con una alocución dispé las inquietudes de Cristiano,—veo que

vuestro señor tío es un hablador y que os ha contado mi visita de esta noche!

—Ignoro si le habeis confiado algun secreto; lo que me ha referido no encierra misterio alguno de que tengais que ruborizaros.

—Referido... referido... Apuesto á que estábais por allí en algun cuarto ó gabinete inmediato! Lo habreis oido todo!

—Pues bien, si, respondió Cristiano, quien vió que la confianza aumentaria con mas rapidéz si aprovechaba la idea que le sugerian inocentemente; me hallaba en el dormitorio ocupado en arreglar los papeles de mi tío. Sin que él lo supiese y á pesar mio lo he oido todo.

—¡Eso sí que es agradable!—dijo Margarita algo confusa, aunque contenta en el fondo de su corazon sin saber por qué;—en vez de un confidente resulta que tengo dos!

—Vuestras confidencias eran, al parecer, las de un ángel; pero comienzo á temer que fuesen realmente las de un diablillo!

—¡Gracias por la buena opinion que teneis de mí! ¿Se puede saber en qué la fundais?

—En un disimulo que no acierto á comprender. Habeis descrito al baron Olaus como un mónstruo en lo físico y en lo moral....

—Perdonad, caballero, habeis oido mal. Le he descrito como desagradable, aterrador, pero nunca he dicho que fuese feo.

—Y sin embargo, hubiérais podido decirlo, porque hablando francamente, es de una fealdad espantosa.

—Si, por razon de su fisonomía dura y fria; pero todos convienen en decir que tiene facciones muy hermosas.

—Las gentes de este pais tienen un modo de ver las cosas muy singular! En fin, no disputationos acerca de los gustos! Yo opino de distinto modo. Le encuentro feo y mal configurado, pero de un aspecto cómico y bondadoso....

—Sin duda alguna os estáis burlando, Mr. Cristiano Goefle, ó hay aquí algun quid pro quo. ¡Dios me perdone! vuestros ojos designan al personage que está enfrente de nosotros! ¿Será posible que en concepto vuestro sea ese el baron de Waldemora?

—¿No debo creer que el baron es el que habla de vos como de su prometida, y á quien llamais alegremente vuestro enamorado?

Margarita lanzó una carcajada y exclamó:

—¡Oh! en efecto, si habeis podido creer que yo trataba con esa familiaridad amistosa al baron Olaus, debeis juzgarne muy embustera ó muy inconsecuente; pero á Dios gracias no soy ni lo uno ni lo otro. El personaje á quien por broma llamé mi enamorado no es sino el doctor en ciencias Stangstadius, de quien es imposible que no hayais oido hablar á vuestro tío.

—¿El doctor Stangstadius?—contestó Cristiano sintiéndose aliviado de un gran disgusto.—Pues bien, es cierto que no le conocia ni siquiera de nombre. Llego de paises lejanos en donde siempre he vivido.

—Entonces,—repuso Margarita,—comprendo fácilmente por qué no conoceis al sábio mineralogo aqui presente. Segun le habeis juzgado muy bien, es un hombre excelente, algo violento algunas veces, pero que nunca guarda rencor. Añadiré que es cándido como un niño, y que hay dias en que toma por lo serio mi pasion hácia él y procura desembarazarse de mí diciéndo que un hombre como él pertenece al universo y no puede consagrarse á una mujer. Conoci á ese buen hombre hace ya mucho tiempo, cuando fué al castillo en que me he criado para hacer estudios sobre nuestros terrenos. Pasó alli algunas semanas, y despues mi tia le autorizó para ir á verme cuando pasase pór la comarca. Es el único hombre que conocia yo aqui cuando llegue, porque debo decirlos que el baron Olaus le ha confiado la direccion de ciertos trabajos en sus posesiones; pero alli viene mi tia, quien me anda buscando y de seguro va á reñirme, ya vereis!

—¿Quereis huir de ella? Pasad entre la pared y ese trofeo de caza.

—Seria preciso que pasase tambien Mlle. Potin, y nunca podremos convencer á Mr. Stangstadius para que no nos descubra. ¡ay Dios! mi tia va á atormentarme para que baile con el baron, pero me obstinaré en continuar coja, aunque lo estoy tan poco que casi no lo noto.

—¿Espero que no lo estareis en manera alguna?

—Sí por cierto. He tenido la fortuna de caerme delante de ella, hace un momento, en la escalera. He tenido un poco de dolor en el tobillo, y he hecho muchos aspavientos para probar que me era imposible abrir la danza noble con el dueño de la casa. Mi tia ha tenido que sustituirme, y hé ahí por qué estoy aquí; ¡pero ha concluido y ya llega!

En efecto, la condesa Elfrida de Elvedase acercaba, y Cristiano hubo de alejarse un poco de Margarita, á cuyo lado se hallaba sentado.

La condesa era una mujer de escasa estatura, gruesa, fresca, vivaracha, resuelta, que apenas contaba treinta y cinco años de edad, muy coqueta, pero no tanto por galantería como por espíritu de intriga. Era uno de los gorros mas ardientes de Suecia, lo cual quiere decir que trabajaba a favor de la Rusia contra la Francia, cuyos partidarios tomaban el nombre de sombreros, y en favor de la nobleza y del clero luterano contra la corte, la cual buscaba naturalmente su apoyo en los demas órdenes del Estado, la clase media y los labriegos. Había sido bonita y aun lo era bastante por hacer conquistas con el auxilio de su talento y de su crédito; pero su modo de hablar, alternativamente altanero y familiar, desagradó á Cristiano. A la primera ojeada le encontró una expresion de doblez y de obstinacion que le pareció de malagüero para el porvenir de Margarita.

—¿Qué haceis ahí,—dijo la condesa á la jóven con tono ágrio y breve,—arrimada á esa estufa como si estuviéseis helada? Venid, que tengo que hablaros.

—Sí, tia,—contestó la astuta Margarita fingiendo que hacia un esfuerzo para levantarse;—pero, ¡á la verdad que padezco mucho de este pié! Como no puedo bailar, tenia frío en el salen grande.

—¿Con quién estabais habiéndolo aquí?—le preguntó la condesa mirando á Cristiano, que habia vuelto á acercarse á Mr. Stangstadius.

—Con el sobrino de vuestro amigo Mr. Goelle, que acaba de serme presentado por Mr. Stangstadius. ¿Quereis que os le presente, tia?

Cristiano, que no escuchaba al sábio, oyó muy bien la respuesta de Margarita, y resuelto á aventurarlo todo para prolongar sus relaciones con la sobrina, fué por sí solo á saludar á la tia con tanta cortesía y respeto, que la condesa quedó sorprendida al ver su buena traza. Preciso es creer que necesitaba mucho á Mr. Goelle, porque á pesar del apellido plebeyo que se atribuía Cristiano, le dispensó tan buena acogida como si hubiese pertenecido á una de las familias principales del pais. Luego, habiendo afirmado Mr. Stangstadius que era un muchacho de mucho mérito, la condesa le dijo:

—Celebro infinito conoceros, y reñiré á Mr. Goelle por no haberse alabado nunca delante de mí de tener un sobrino que le honra. ¿Segun eso, os ocupais en la ciencia, como nuestro ilustre amigo Stangstadius? Me parece muy bien. Es una de las carreras mas hermosas que puede escojer un jóven. Por medio de la ciencia se llega a la posicion mas agradable que

hay en el mundo, es decir, á una consideracion que no hay que adquirir á fuerza de sacrificios.

— Veo, — repuso Cristiano, — que así sucede en Suecia, lo cual debe decirse en alabanza de este noble país; pero en Italia, en donde me he educado, y aun en Francia donde he vivido algun tiempo, los sábios, por lo general, son pobres y se les estimula muy poco, y aun eso cuando no son perseguidos por el fanatismo religioso.

Esta respuesta llenó de alegría al geólogo, que tenia un gran amor propio nacional, y agradó infinito á la condesa, que desdenaba á la Francia.

Teneis mucha razon, dijo, y no comprendo cómo es que vuestro tio os ha hecho educar fuera de vuestro país, on donde los estudiantes tienen una existencia tan decente y tan feliz.

— Tenia empeño, contestó Cristiano á la aventura, en que yo pudiese hablar las lenguas extranjeras con facilidad; pero aun para eso creo que no era necesario enviarme tan lejos, porque he observado que aquí se habla el francés lo mismo que en Francia.

— Esa es una frase cortés por la cual os damos las gracias, dijo la condesa; pero nos adulais. Probablemente no hablaremos el francés tan bien como vos. En cuanto al italiano, le hablamos peor todavia, aunque forma parte de nuestra educacion por poco esmerada que esta sea. Le hablareis con mi sobrina, y si le estropea, burlaos de ella, es lo ruego. ¿Pero de dónde proviene que Mr. Goelle tuviese tanto empeño en que aprendieseis las lenguas vivas? ¿Os destina, acaso, á la carrera diplomática?

— Quizás sí, señora condesa; todavia no conozco bien sus intenciones.

— ¡Uf! quitad allá! exclamó el geólogo.

— Despacito, querido sabio, repuso la condesa. Tambien hay mucho bueno por esa parte. Todas las carreras son buenas cuando se sabe uno manejar en ellas.

— Si la señora condesa se dignase aconsejarme, repuso Cristiano, me juzgaria muy feliz con deberle una buena inspiracion.

— Pues bien, eso me complacerá en extremo, — contestó la condesa haciendo alarde de una condescendencia amable; hablaremos y me interesaré por vos, con tanto mas motivo cuanto que teneis todos los elementos necesarios para medrar en la sociedad. Seguidnos, pues, al salon de baile. Tendria absoluto empeño en decidir á mi sobrina á que bailase siquie-

ra un minué, porque eso no cansa y su negativa parecería una falta de urbanidad. ¿Lo oís, Margarita? Es preciso hacer lo mismo que los demas.

—Pero tía,—dijo Margarita,—los demas no tienen un pie malo!

—En la sociedad, querida niña,—repuso la condesa,—y digo esto tambien por vos, Mr. Goelle, nunca se debe tener un impedimento cuando se trata de ser agradable ó de producirse convenientemente. Tened muy en cuenta que nunca frustra uno su suerte sino por su propia culpa. Es preciso tener una voluntad de hierro, sobreponerse al frio y al calor, á la sed y al hambre, á los grandes sufrimientos lo mismo que á las pequeñas molestias. La sociedad no es, como lo imaginan los jóvenes, un palacio de hadas en que solo se vive para el placer. Por el contrario, es un sitio de pruebas en el que todas las necesidades, todos los deseos, todas las repugnancias, deben ser vencidas con verdadero estoicismo .. cuando uno se propone un fin! y todo el que no se proponga un fin es un personaje muy necio! Preguntad á *vuestro enamorado*, Margarita, si piensa en sus comodidades y si teme hacerse daño cuando baja á un abismo á buscar lo que es el fin que se le ha propuesto en su vida! Pues bien, bajo las bóvedas de los palacios, lo mismo que en las cuevas de las minas, hay que arrostrar horrores. El de bailar con un leve dolor en el tobillo es muy poca cosa comparado con tantos otros que conoceréis mas tarde. Vamos, levantaos y venid!

Margarita dirigió involuntariamente á Cristiano una mirada dolorosa, como para decirle: «Ya lo veis, nunca seré la mas fuerte!»

—¿Ofreceré mi brazo á la condesa. Margarita,—dijo Cristiano á la imperiosa tía;—en efecto, cojea...

—No, no, ¡no es mas que un caprichio! Ya vereis que no querrá cojear, porque es muy feo. Margarita, dad el brazo á Mr. Stangstadius y pasad delante de nosotros, para que se vea cual de vosotros dos cojea mas.

—¿Cojear yo?—esclamó el sábio;—¡solo lo hago cuando estoy distraído! Cuando quiero ando diez veces mas de prisa y mas derecho que los mejores andadores. ¡Ah! ¡quisiera que me viérais en las montañas, cuando se trata de probar á los guías perezosos que todo lo que se quiere se puede hacer!

Al hablar así, Mr. Stangstadius comenzó á andar con rapidez, pero imprimiendo á la parte dislocada de su cuerpo un movimiento tan violento de arriba abajo, que la pobre Margarita, arrastrada por él, apenas podia tocar á la alfombra.

—Dadme ahora vuestro brazo,—dijo la condesa Elveda á Cristiano;—no porque necesite ser escoltada ó sostenida, sino porque quiero hablaros.

Y al paso que iba andando de prisa y hablando lo mismo, añadió:

—Vuestro tio ha debido deciros que quiero casar á mi sobrina con el baron de Waldemora?

—Es cierto, señora, me lo ha dicho esta noche.

—¿Esta noche? ¿segun eso ha llegado? ¡No sabia yo que estaba aqui!

—Sin duda no ha podido hallar sitio en el castillo, y se ha albergado en el Stollborg.

—¿Cómo! ¿en esa madriguera de duendes y trasgos maléficos?—¿Puedes en buena compañía estará! Pero, ¿no vendrá al baile?

—¡Espero que no!—contestó Cristiano aturdidamente.

—¿Esperais que no?

—Por razon de su gota que exige descanso.

—¡Ah! ¿de veras, tiene gota? Debe ser un gran fastidio para él que es tan vivo y tan activo! ¡Nunca la habia tenido y creia que no llegaria á tenerla!

—Es muy reciente, es un ataque que le ha dado en estos dias. Me ha enviado aqui en su lugar, encargándome que os ofrezca mis respetos y que reciba vuestras órdenes para transmitirselas mañana cuando despierte.

—¡Ah! muy bien! Entonces le transmitiréis lo que iba á deciros. Es una cosa con la cual no hago misterio alguno, porque he observado que, cuando se habla á las claras de un proyecto, está ya medio realizado. Así pues, quiero casar á mi sobrina con el baron. Me direis que el baron no es jóven; razon mas para que quiera darse prisa á frustrar las esperanzas de una docena de herederos insufribles que le están haciendo la corte en valde. ¡Mirad! ahí pasan dos: uno es el conde de Norá, un pobre hombre inofensivo; el otro es el baron de Lindenwald, un hombre despejado, muy intrigante, ambicioso y pobre como toda nuestra nobleza de hoy. El baron Olaus, que no tiene hermanos, es una escepcion notable; pero puedo deciros á vos y á vuestro tio que se inclina algun tanto á mi sobrina, y que esta no se inclina lo mas mínimo al baron. Esto no me desalienta en manera alguna: mi sobrina es una niña y cederá. Siendo conocida aquí mi voluntad, nadie se atreverá á galantearla; yo me encargo de ella. A vuestro tio le corresponde hacer que el baron se decida, y eso es muy fácil.

—Si la señora condesa se digna darme sus instrucciones...

—Hélas aquí en dos palabras: mi sobrina ama al baron.

—¿De veras?

—¡Cómo! ¿no entendeis? Un aprendiz de diplomático!

—¡Ah! sí, perdonad, señora. Se supone que la condesa Margarita ama al señor baron, aunque le aborrece y...

—Y es preciso que el baron se crea amado.

—¿Así pues, á Mr. Goelle es á quien corresponde referirle todo eso al baron?

—Solo á él. El baron es muy desconfiado. Hace mucho tiempo que le conozco, y yo no conseguiria persuadirle. Me supone miras interesadas.

—Que no teneis! —dijo Cristiano sonriendo.

—Que tengo.... para mi sobrina. ¿No es ese mi deber, acaso, para con ella?

—Seguramente; pero ¿se prestará Mr. Goelle á... esa pequeña exageracion?

—¿Habia de tener escrúpulos un abogado para adornar un poco la verdad? Quitad allá! Cuando se trata de ganar una causa, vuestro querido tio dice otras cosas peores!

—Sin duda alguna; pero creará el baron...

—El baron creará cuanto le diga Mr. Goelle. En concepto suyo, es el único hombre sincero que existe.

—Segun eso, el señor baron pretende que le amen por lo que en sí vale, y no por su dinero?

—Sí, tiene esa tontería

—Si ama á la condesa Margarita, fácilmente se hará ilusión....

—Amar? ¿Se ama, por ventura, á su edad? No se trata ahora de eso! Es un hombre grave que no piensa en el matrimonio sino para tener un heredero, puesto que su hijo murió hace dos años. Quiere una mujer bonita y de buena familia, y solo le pedirá que no le ponga en ridículo. Ahora bien, con mi sobrina, á nada se espone. Tiene principios sólidos; contenta ó no con su suerte, sabrá respetarse. Hé ahí lo que podeis decir á vuestro tio para decidirle. Añadid la promesa de mi gratitud que, como él sabe, tiene tambien su valor. Estoy en buena posicion para pagar un servicio leve con otro de importancia, y para principiar, ¿qué desea vuestro tio para vos? ¿Qué deseais vos mismo? ¿Quereis ser agregado

desde luego, y bajo buen pié, á la embajada de Rusia? No ten o mas que decir una palabra. El embajador está aquí.

—Dios me libre...! exclamó Cristiano, que aborrecia á la Rusia. Pero en seguida reflexiono que no le convenia aun malquistarse con la condesa, y concluyó así su frase: —Dios me libre de olvidar en tiempo alguno vuestras bondades; Pondré cuanto esté de mi parte para hacerme digno de ellas.

—Pues bien, principiad al momento.

—¿Será preciso que vaya al Stollborg á dispartar á mi tio?

—No; acercaos á mi sobrina de vez en cuando, durante el baile, y proseguid vuestra conversacion con ella, aprovechándolo para hacer el elogio del baron.

—Pero, si no le conozco.

—Le habeis visto y eso basta; hablareis como si os hubiese sorprendido su noble aspecto y su buena fisonomia.

—Lo haria con mucho gusto si le hubiese visto, pero...

—Ah! no le habeis saludado todavia? Venid, que yo me encargo de presentaros á él... Pero no, mejor es otra cosa. Pedireis á Margarita que os le enseñe, y en seguida prorrumpien exclamaciones acerca de la belleza de las facciones del personaje. Eso parecerá cándido, espontáneo, y valdrá mucho mas que un elogio preparado de antemano.

—Mi opinion, aun suponiendo que fuese sincera, cómo ha de tener la mas minima influencia en el ánimo de vuestra sobrina?

—En Suecia, todo el que ha viajado vale por dos, y aun por tres. Y luego, no sabeis que las jóvenes no tienen voluntad decidida, que en su eleccion se dejan guiar por el amor propio y no por la simpatia, de modo que el hombre á quien mas admiran es siempre aquel á quien mas admiran los demás? Mirad, hé allí á mi sobrina sentada en medio de otras jóvenes que de seguro querrian poder aspirar á la mano del baron! Es muy bueno que esté allí. La dejaré en el sitio en que se halla; mezclaos en su conversacion, y para que podais hacer lo que me habeis prometido, tomaré el brazo del baron y pasaré con él por delante de ese grave cenáculo. Aprovechad el momento.

—Pero si por casualidad repara el baron en mí preguntará quién es el necio que no ha hecho le presenten á él, y que ha tenido la torpeza de no saber presentarse á si mismo.

—Nada temais, que yo me encargo de todo. Además el baron no os verá. Tiene la vista muy corta y solo por la voz conoce á las personas. Cuando va de caza lleva gafas y hace

muy buena puntería; pero en sociedad tiene la coquetería de privarse de ellas. Queda convenido; andad!

Un momento después se hallaba mezclado Cristiano con los grupos de hermosas jóvenes que estaban descansando en el intervalo de uno á otro baile. Se introdujo dirigiendo algunas frases corteses á Mlle. Potin, que se mantenía en la última fila; la pobre muchacha le agradeció mucho sus palabras atentas. Margarita le vio con placer unirse al círculo de jóvenes que rodeaba las sillas de sus compañeras, y en un momento supieron estas por ella que era «un joven de mucho mérito, sobrino del célebre abogado Gouffe, y amigo íntimo de su tía.» Algunas se mordieron los labios y censuraron que un plebeyo se atreviese á ir á hacerles la corte con los jóvenes oficiales de la *indelta* (1) quienes por lo general eran de buena familia; pero la mayor parte de ellas le dispensaron buena acogida y le encontraron muy agradable.

La verdad es que Cristiano, como muchos aventureros de aquella época tan fecunda en aventuras, era todo un buen mozo. Por una particularidad de tipo que él mismo no acertaba á explicarse, tenía el género de belleza que necesariamente había de agradar en el país. Era alto, bien formado, blanco y de buen color, con ojos azules oscuros, cejas arqueadas y negras como el ébano, lo mismo que sus largas pestañas y su magnífica cabellera. Nadie dudó que era de pura raza dalecarliana, raza marcada y muy diferente de los demás tipos escandinavos. Tenía además una cosa particular que llamaba la atención: era un modo de presentarse desconocido en el país, una suavidad de lenguaje y de modales que revelaban la frecuentación de una sociedad más civilizada ó más artística, y como un perfume de la Italia y de la Francia difundido por toda su persona. En cuanto supieron que se había criado en Italia le abrumaron á preguntas, y todas sus respuestas revelaron tan buen criterio, tanta franqueza y alegría, que al cabo de un cuarto de hora de charla todas aquellas cabezas jóvenes enloquecían por él. Cristiano, sin ser fatuo, no manifestó sorpresa. En otro tiempo había estado acostumbrado á agradar, y al querer disfrutar de nuevo, á toda costa, el placer de una reunión de alta clase, sabía muy bien que á no sobrevenir un golpe teatral que comprometiese gravemente su triunfo, desempeñaría mejor su papel que la mayor parte de las personas de alta categoría que se encontraban allí.

(1) Ejército permanente domiciliado para siempre en cada localidad, y cuya organización es peculiar de la Suecia.

Entretanto, la condesa Ellrida, agarrada á mas bien colgada del brazo del monumental baron Olaus, habia pasado ya dos veces sin encontrar los ojos de Cristiano. A la tercera vez tosió muy fuerte y llevó al baron al lado de Margarita. Cristiano, que lo comprendió, se arrancó á la embriaguez de la conversacion para oscurecerse algun tanto y observar al personaje sin llamar su atencion.

El baron Olaus era muy alto, muy grueso y muy hermoso, á pesar de su edad; pero su fisonomia era realmente espantosa por su blancura mate y por su siniestra impassibilidad. Su mirada fija caia sobre los que le rodeaban como esas bocanadas de viento helado que quitan la respiracion, y sus labios tenian una sonrisa lúgubre llena de extraordinario desden y tristeza. Su voz, sin inflexion, tenia una sequedad desagradable, y Cristiano, tan luego como le oyó dirigirse á Margarita conoció el acento del personaje que una hora antes trataba tan mal á la Suecia al hablar confidencialmente con un diplomático ruso. Le conoció tambien por su elevada estatura y por su traje rico y sombrío que habia observado al escucharle hacer al enemigo los honores de su patria.

—¿Decididamente no quereis bailar, señorita?—dijo á Margarita el desagradable baron —¿Padeceis mucho?

La condesa Ellrida no dejó que contestase Margarita y exclamó:

—¡Oh! no es nada; mi sobrina bailara dentro de un momento.

Y se llevó al baron lanzando á Cristiano una nueva mirada bastante imperiosa. Ahora bien, hé aqui como siguió Cristiano sus instrucciones.

—¿Conque es ese el baron Olaus de Waldemora?—dijo á Margarita acercándose á ella y á Mlle. Potin, quien se habia colocado junto á la jóven al ver que el castellano se acercaba.

—El es,—contestó Margarita con amarga sonrisa.—¿Cómo le encontráis?

—Es un hombre que pudo ser hermoso hace mas de treinta años.

—Lo menos!—repuso Margarita lanzando un suspiro.—¿Os agrada su fisonomia?

—Sí. Me gustan las caras alegres! La suya es de una alegría...

—Espantosa, ¿no es cierto?

—¿Qué le deciais á mi tio?—repuso Cristiano sentándose

detrás de su sillón y bajando la voz;—¿dió muerte á su cunada?

—Así se créa.

—Yo estoy seguro de ello!

—Ah! ¿por qué?...

—Porque la miraría!

—Exagerais un poco,—dijo Mlle. Potin, quien sin duda habia sido aterrada algun tanto, tambien, por alguna amenaza muda de la condesa Elfrida:—tiene la mirada fija de las personas que no vén.

—Eh! justamente,—dijo Cristiano;—la muerte es ciega. ... ¿Pero, quien ha dado al baron el sobrenombre de *hombre de nieve*? Le conviene en un todo: para mí personifica el invierno del Spitzberg. Me ha hecho estremecer.

—¿Y habeis observado su gesto nervioso?—dijo Margarita.

—Se ha llevado la mano á la frente como para enjugarse el sudor; ¿es eso?

—Precisamente.

—Quizás el hombre de nieve querrá hacer que suda, pero es que se derrite.

—Ya veis que con razon he dicho que me infunde miedo. ¿Y su diamante negro, habeis reparado en él?

—Sí, he observado su *hediondo* diamante negro cuando se enjugaba la frente con su mano descarnada, porque, en efecto, su mano, formando contraste con su obeso vientre y su cara abultada, es descarnada.

—¿De quien hablais así?—dijo una jóven rusa que se habia levantado para ostentar la alhucada falda de su vestido —¿Es del baron de Waktémora?

—Estaba diciendo,—repuso Cristiano sin desconcertarse, —que á ese hombre no le quedan tres meses de vida.

—Oh! entonces, replicó la rusa riendo, es preciso que os apresureis á casaros con él, Margarita!

—Guardad el consejo para vos, Olga,—respondió la jóven condesa.

—Ay de mí! no tengo, como vos una tia á quien nada le resiste! ¿Pero, en qué conoceis, Mr. Goelle, que el baron esté tan enfermo?

—En su obesidad mal repartida, en la blancura amarillenta de su ojo vidrioso, en su nariz en forma de pico de águila, y sobre todo en no sé qué impresion indefinible que he sentido al mirarle.

—¿De veras? ¿Os hallais dotado de segunda vista, como los habitantes del Norte de este país?

—No lo sé. No creo ser brujo, pero estoy firmemente persuadido de que hay organizaciones más ó menos sensibles á ciertas influencias misteriosas, y os respondo de que el barón de Waldemora no vivirá mucho tiempo.

—Y, ¿dijo Margarita, —creo que hace ya mucho tiempo que está muerto, y que solo con el auxilio de algún secreto satánico se hace pasar por vivo.

—La verdad es que parece un espectro, —repuso Olga; —pero yo le encuentro hermoso á pesar de sus años, y tiene aún un poder fascinador. Durante toda la noche pasada le he visto en sueños. Tenía miedo, y sin embargo, ese mismo miedo me agradaba. ¡Explicadme eso!

—Es muy sencillo, —contestó Margarita; —el barón es un gran químico; él sabe hacer diamantes! Ahora bien, esta mañana deciais que por diamantes hariais un pacto con el diablo!

—¡Sois mala, Margarita! Si yo contase á alguien que pudiese repetírselo al barón la manera en que le tratais, apuesto á que os disgustaría mucho.

—¿Creéis eso, Mr. Coelle? Dijo Margarita á Cristiano.

—No, —respondió el joven —¿para qué necesitan diamantes los ángeles? ¿No tienen las estrellas?

Margarita se puso muy encarnada, y dirigiéndose á la joven rusa le dijo:

—Querida Olga, os suplico digais vos misma al barón que es insultrable para mí. Me hareis un gran favor.... Y ved la prueba!... He aquí este brazalete que tanto envidiais!... Malquistadme con el barón y me comprometo á dárosle.

—¡Dios mío! ¿qué diría nuestra tía?

—Le diré que le he perdido y no os lo pondreis aquí, nada más. Mirad, mirad, el barón vuelve hacia nosotros; es para invitarme á bailar. Comienzan de nuevo el minué. Voy á negarme. Mi tía está allá abajo, engolfada en una conversación pacífica con el embajador de Rusia. Sentaos muy cerca de mí; preciso será que el barón os invite.

En efecto, el barón fué á renovar su invitación con una gracia repultral. Margarita tembló como una azogada cuando adelantó su mano diciendo:

—La condesa Elveda me ha manifestado que ahora deseáis bailar, y he hecho principiar de nuevo el minué para vos.

Margarita se levantó, anduvo un paso, y dejándose caer de nuevo sobre su silla dijo con tono resuelto:

—Quisiera obedecer á mi tía, pero, ya lo veis, señor baron, no puedo, y creo que no tendreis intencion de someterme á un tormento.

El baron hizo un movimiento de sorpresa. Era un hombre inteligente, muy bien educado, y desconfiado hasta el último extremo. La condesa no le habia engañado en tal manera que no se hallase dispuesto á ver muy claro al mas leve indicio, y la aversion de Margarita era tan manifiesta que se dio por advertido. Su sonrisa tomó una expresion de profundo desden y contestó con graciosa ironia:

—Sois demasiado buena para mí, señorita, y os ruego creais que lo soy yo.

Y dirigiéndose enseguida á Olga, la invitó y se la llevó de la mano; mientras que Margarita deslizaba en la otra mano de la jóven ambiciosa su rico brazalete rápidamente desprendido.

—Mr. Goelle,—dijo á Cristiano con voz temblorosa,—me habeis traído felicidad, estoy salvada!

—Y sin embargo,—repuso Cristiano,—estais muy pálida y temblais!

—¿Qué quereis? Tengo miedo, y ahora pierso en la cólera de mi tía, y tengo mas miedo aún. Pero no importa; ¡me he librado del baron! Se vengará de mí, acaso me dará muerte; pero no seré su mujer, no llevaré su nombre, no tocaré su mano ensangrentada!

—¡Callad en nombre del cielo, callad!—dijo Mlle. Polm, tan pálida, tan asustada como ella.—Podrian oiros! Habels sido fielmente, y es feliz por ello; pero en el fondo sois miedosa y estais exaltada hasta el extremo de poner os mala. ¡Dios mío! ¡no vayais á desmayaros, querida nina! ¡Oled vuestro frasco de sales!

—¡Adá temas, querida amiga,—contestó Margarita,—ya estoy tranquila, ¡han observado algo los que nos rodean! Aún no me atrevo á ir á bailar á nadie.

—No, á Dios gracias, la música estrepitosa de la orquesta ha cubierto las palabras, y todas esas señoritas se han levantado para ir á bailar. Estais casi sola en este rincon. No os preocupéis así tan á la vista. Evitemos, sobre todo, que vuestra tía venga á vernos en el estado en que os hallais. Salgamos, vamos á vuestro cuarto. Dadme el brazo.

Segun eso, no volveré á veros,—dijo Cristiano con una mencion que no pudo omitir.

—Si por cierto,—contestó Margarita,—quiere hablaros otra vez: dentro de una hora nos encontrareis.

—¿Dónde os encontrare? decid!

—No sé... Allí: sí, en el ambigü.

Mientras Margarita se alejaba, Cristiano salía del salón por otra puerta y se orientaba lo mejor posible hacia el sitio de la cita; con el fin de no retrasarse buscando en vano cuando llegase el momento. Además, la palabra ambigü había despertado en él una sensación que, no obstante el interés que daba a su aventura, le atormentaba desde su entrada en el baile.

—Siendo hay nadie allí,—decía para sí,—voy á abrir una brecha terrible en los víveres del señor baron.

Mientras se dirigía hacia aquel santuario sepamos lo que pasaba en el salón: un

IV

De seguro que al baron no le gustaba el baile, y su corpulencia no se prestaba en manera alguna á los saltos y piruetas; sin embargo, en aquel tiempo, había *danzos nobles*, en las cuales tomaban parte los personajes mas graves. El baron, que hacia mucho tiempo que estaba viudo, no habia dado fiestas mientras vivió su heredero; pero viendo su apellido destinado á perecer con él, sus títulos y sus rentas espue los á pasar á otra rama de la familia que le era odiosa, resolvió firmemente casarse lo mas pronto posible y escoger, no una compañera amable, cuya necesidad moral no experimentaba, sino una muchacha fresca y joven, capaz de darle hijos. Por consiguiente, volvió á alhajar su castillo bajo un pie de lujo y convocó al bello sexo de su provincia con el único objeto de colocar su corona de baron sobre las sienés de la mujer mas á propósito que se prestase gustosa á recibir la.

La condesa Elfrida creyó vencer. Sus planes estaban frustrados; el viejo novio abría los ojos. Comprendió que se habia puesto en ridiculo y juró vengarse de la traición lo mismo que de la sobrina; pero á este juramento, rápidamente formulado en sí mismo, agregó la resolución de no ser burlado dos veces, y de arreglar por sí solo sus negocios dirigiéndose á la primera muchacha de buena familia que le viese con buenos ojos. Esta muchacha era Olga; no pudo dudarlo cuando le recibió en voz baja la manera en que Margarita le habia cedido sus derechos y pretensiones á su corazón. Como este clasme

con un candor descarado, y fingiendo bromear como una niña que era en muchos conceptos, pero como una mujer á quien la ambicion que la devoraba ya inspiraba con oportunidad. El baron, que no carecia de talento, sostuvo la broma é hizo como si hubiese tomado importancia alguna; pero cuando el baile hubo concluido, en vez de llevar de nuevo á Olga á su sitio, le ofreció el brazo para conducirla á la galeria cuya vasta estension permitia las conversaciones aisladas, y allí, doblando entre sus manos heladas la mano abrasada de la rusa, le dijo friamente:

—Olga, sois joven y hermosa; pero sois pobre y de una familia demasiado buena para casaros con un buen mozo de nacimiento poco ilustre. Solo de vos depende que vuestra broma sea una realidad. Os ofrezco mi nombre y una suerte brillante. Contestad formalmente y al instante, ó no se volverá á tratar en tiempo alguno de lo que estamos hablando.

En efecto, Olga era joven, hermosa, y codiciosa. Cogió la ocasión de los cabellos y aceptó sin vacilar.

—Esta bien, os doy las gracias,—dijo Olaus desandole la mano.—Permitidme que no añada una palabra. Seria ya ridiculo si os hablase de amor. Eso os haria pensar que puedo creérmelo amado. Nos casamos: eso es cosa convenida, y tenemos poderosas razones para resolvernos á ello uno y otro; eso es seguro. Ahora, si teneis empeño en que esa boda se verifique, os exijo un secreto absoluto durante algunos dias; sobre todo respecto de Margarita y de su tia. ¿Podéis prometerme? Tened en cuenta que la mas leve indiscrecion lo destruiria todo entre nosotros.

Olga tenia sobrado interes en callar para no prometer sinceramente. El baron la llevó de nuevo al salon grande. Su desaparicion habia sido tan corta que, si alguien la observó, no pudo deducir consecuencia alguna. Sin embargo, la condesa de Elveda se alarmó y fué á preguntar qué se habia hecho su sobrina.

—No tengais inquietud,—le dijo Olga,—estaba aqui hace un momento.

—Se esconde, se obstina en no bailar!

—Nada de eso,—dijo el baron;—se habia resignado. Yo le he sido quien no le querido abusar de su condescendencia.

Y ofreciendo el brazo á la condesa se alejó con ella para decirle que no queria ser amado por fuerza, que era ya hombre de bastante edad para galantear á una mujer por sí solo, y que la rogaba no volviese á mezclarse en nada si no queria

hacerle perder toda esperanza y aun toda voluntad de casarse.

La condesa se consoló de la reprensión, porque era la primera vez que el barón parecía decidido á pretender la mano de su sobrina. A pesar de lo intrigante y perversa que era, se dejó burlar por el barón, quien no pensaba más que enganar-la como ella le había engañado.

Me causa admiración, — decía Cristiano para sí, al dirigirse hacia el ambigü, — el ver cuán necias en su manera y cuán fáciles de enganar son esas personas, que se creen dueñas de los destinos del vulgo. Así debe suceder cuando en tal vida se tiene por punto de partida el desprecio más absoluto hacia la especie humana. No se puede despreciar á los demás sin despreciarse á sí mismo, y quien no se estima en su obra se ve reducido á la impotencia. ¡Que soberbia y cómica estaba esa tia al decirme tranquilamente: «Tengo una sobrina á quien inocular; ayúdame pronto y se os pagará; tendreis un puesto de primer criado en una casa grande!»

Pero Cristiano dio treguas á sus filosóficas reflexiones al entrar en la sala que buscaba y que conocía por un olor verdaderamente delicioso. Era una linda redonda en la que había mesas pequeñas destinadas á satisfacer los apetitos impacientes mientras llegaba la hora de la gran cena general. Como a las nueve habían comido todos muy bien en la mesa del barón, la sala estaba vacía, exceptuando un lacayo profundamente dormido á quien Cristiano se guardó muy bien de despertar por temor de que le tachase de gloton y mal educado.

Sin buscar y sin escoger se apoderó de un satehichon hecho á la francesa; pero en el momento en que introducía el enchillo de mango de plata, la pueria se abrió con estrépito, el lacayo, despertando sobresaltado, se puso de pie como movido por un resorte, y Mr. Stangstadius entró haciendo retambalar los vasos y la vajilla con el movimiento que imprimía al piso su paso desigual y violento.

— ¡Eh! ¡pardiez! — exclamó al ver á Cristiano, — me alegro de encontraros aquí! No me gusta comer solo, y al satisfacer la voluntad ciega de nuestra pobre máquina humana, hablaremos de cosas serias. ¡Bah! ¿quereis comer de pie? No por cierto! es muy desfavorable para la digestión y no se percibe el sabor de lo que se come. Karl, abrenos esa mesa, la mayor. ¡Bien! y sirrenos de lo mejor. ¡Jamón, gelatina? No, todavía no! Alguna cosa sustanciosa, algunas lonchas buenas de lomo de vaca, despues de lo cual vos daras el me-

jor trozo de tu jamon de oso... ¿Es un jamon de Noruega al menos? Son los mejor ahumados... Y vino, Karl, ¿en qué estás pensando? Madera, Burdeos, y añadirá algunas botellas de Champagne para este joven, que debe ser aficionado a él... Esta bien, Karl, basta, hijo mío; pero no te alejes, pues dentro de un momento necesitaremos los postres.

Mr. Stangstadius, después que dió estas órdenes, se sentó de espaldas á la estufa y comenzó á comer y á beber de un modo tal que Cristiano, prescindiendo de toda vergüenza, se puso á devorar con todo el poder de sus treinta y dos muelas. En cuanto al sabio, que no tenía ya mas que una docena, sabia servirse tan bien de ellas que no se quedó atrás, aunque sin dejar de hablar y gesticular con singular energía. Cristiano, sorprendido, le comparaba mentalmente á un monstruo fantástico, medio cocodrilo y medio mono, y se preguntaba á sí mismo donde estaba el asiento de aquella vitalidad espantosa en un cuerpo dislocado de una apariencia endeble, coronado por una cabeza puntiaguda, de ojos divergentes y de insensata movilidad.

La conversacion del geólogo le ayudó á resolver este problema. El buen hombre nunca habia querido á nadie, ni siquiera á un perro. Todas las cosas le eran indiferentes fuera del círculo de ideas en que, por decirlo así, vivia solo consigo mismo, complaciéndose, admirándose, mimándose, y alimentándose con el perfume de su propia fisonomía á falta de otra cosa.

—Ya veis, querido,—decia en contestación á las felicitaciones de Cristiano acerca de su magnífica salud,—soy un ser que Dios ha hecho y cuya construccion no volverá á comenzar. No, os lo juro, no podrá. No tengo ninguna de las miserias de los demás hombres.

En primer lugar, nunca he conocido la gruesa y misera enfermedad del amor. Nunca he perdido un minuto de mi vida en olvidarme á mí mismo por una de esas lindas muñecas á quienes convertís en ídolos vuestros. Una mujer de setenta años ó de diez y ocho es absolutamente la misma cosa. Cuando tengo hambre, si estoy en una cabaña, como todo lo que encuentro, y si nada hallo, pienso en mis obras y aguardo sin sufrir. En una buena mesa como de todo y mientras hay, sin sentirme nunca incomodado. No siento calor ni frío; mi cabeza arde siempre, pero con un fuego sublime que no desgasta la máquina, y que por el contrario, la sostiene y la renueva. No conozco el odio ni la envidia; estoy bien persuadido de que nadie sabe mas que yo, y en cuanto á los que

me tienen envidia (cuyo número es considerable) los aplasto como gusanos y nunca logran levantarse del golpe que les dá mi crítica. En resumen, soy de hierro, de oro y de diamante, y desafío á las entrañas del globo á que encierren una materia mas dura y mas preciosa que aquella de que yo estoy formado.

Al oír Cristiano esta declaración tan franca y esplicita, no pudo contener una risa loca que no desconcertó ni causó enfado al caballero de la Estrella polar. Al contrario, tomó aquella hilaridad por un homenaje alegre tributado á su universal superioridad, y Cristiano vió desde luego que tenía que habérselas con una especie de exaltación singular que habría podido definir de este modo: la locura por exceso de positivismo. Hubiera sido completamente inútil interrogarle acerca de las personas que interesaban á Cristiano. Mr. Stangstadius solo se dignó decir que el baron de Waldemora tenía algunas nociones de ciencia, pero que en el fondo era un ignorante. En cuanto á Margarita, la juzgaba estúpida porque vacilaba para enriquecerse por medio de un matrimonio cualquiera. Sin embargo, no la censuraba mucho y confesaba que le parecía mas amable que las demás porque estaba enamorada de él, prueba de buen criterio, pero que nada le servía á él, puesto que la ciencia era á la vez su mujer y su querida.

—A la verdad, señor profesor, —le dijo Cristiano, —me parece que sois hombre admirablemente completo en vuestra maravillosa lógica.

—Ah! os respondo de ello, —repuso Mr. Stangstadius. Soy un mozo muy distinto de vuestro baron Olaus, cuya fuerza y sangre fria admiran los peces.

—¿El baron? Os juro que nada quiero de él, —le replicó el profesor.

—Yo no hablo de él ni bien ni mal, —replicó el profesor. Todos los hombres son mas ó menos pobres diablos; pero, ¿sabéis que se ostienta la pretension de ser un hombre despreocupado y de no haber amado nunca cosa alguna?

—¿Ha amado realmente á alguien? Su fisonomía sería entonces muy engañosa.

—No sé si amó á su mujer mientras vivió. Era una malvada bruja.

—Acaso sería admiración lo que experimentase hacia ella.

—¿Quién sabe? Ella le manejaba como quería. Tanto es así que el baron, despues de su muerte, no podía casarse

— ¡sin ella, y entonces fué á buscarle para que yo calcinase y cristalizase á la señora baronesa.

— ¡Ah, ah! ¿el famoso diamante negro es obra vuestra?

— ¿Segun eso, le habeis visto? ¿Verdad que es un resultado precioso? El lapidario que le labró, por mas que hizo no pudo adivinar si era un producto de la naturaleza ó del arte. Es preciso que os cuente de qué modo verifique la operacion y cómo obtuve la transparencia. Cogí *mi cadáver*, le envolví en una sábana de amianto como lo hacian los antiguos, y le coloqué sobre un brasero muy ardiente, compuesto de lena, de carbon de piedra y de betun, todo ello rociado con aceite de nafto. Cuando *mi cadáver* quedó bien reducido...

Cristiano, condenado á sufrir el relato de la reduccion y cristalización de la señora baronesa, adoptó el partido de comer de prisa sin oír; pero estaba saciado antes de que el profesor hubiese terminado su demostracion. Era una grave contrariedad para Cristiano, quien hubiera desado hallarse solo con Margarita y con su aya. Su disgusto fué mucho mayor quando un torrente de oficiales jóvenes de la *andelta* invadió la sala.

Aquellos estómagos setentrionales no se contentaban en manera alguna con los refrescos y golosinas paseados por el baile. Iban á reanimarse con los buenos vinos de España y de Francia, y Cristiano halló al fin, en su modo de beberlos, un rasgo propio de aquellos hombres del Norte que hasta entonces no habia podido comprobar. Desde entonces observó en ellos cierta aspereza de modales y una alegría mas pesada que la que él era capaz de sentir. En cambio, la franqueza y la cordialidad de aquellos jóvenes le fueron simpáticas. Todos le festejaron y le obligaron á beber con ellos, hasta que sintiéndose algo escitado, y temiendo dejarse llevar demasiado lejos, se detuvo, admirando la facilidad y desembarazo con que aquellos robustos hijos de la montaña se tragaban los vinos mas fuertes sin alterarse, al parecer, lo mas mínimo.

Tan luego como pudo desembarazarse de sus amistosas escitaciones, fué á colocarse junto á la puerta con el fin de poder salir tan luego como viese á Margarita en la galeria. Pensaba que la condesa no querria entrar al vez aquella sala llena de jóvenes ocupados en beber; pero Margarita fué y entró á pesar de todo, y al cabo de algunos instantes otras señoritas llegaron con sus acompañantes y se sentaron en otras mesas, en donde los que las ocupaban se apresuraron á hacerlas situ

y á servirlos. Entonces la alegría fué ya ruidosa y cordial. Olvidaron el parodiar á Versailles; hablaron sueco y aun dalecarliano; alzaron la voz y las señoritas bebieron Champagne sin hacer muecas, y aun Chipre y Oporto sin temor de decir desatinos. Habia allí hermanos, primos y novios; se estaba en familia, y las relaciones entre los sexos tenian una libertad honesta, expansiva, algo vulgar, pero en resúmen conmovedora por su casta sencillez.

—He ahí unas almas excelentes,—pensó Cristiano.—¿Por qué diabli estas gentes, cuando están sobre sí, remedan á los franceses ó á los rusos, si ganan mucho con presentarse tales como son?

Lo que le encantaba en la condesita Margarita era que precisamente se mostraba muy natural en todas ocasiones. Seguramente Mlle. Potin la habia educado muy bien al conservarla natural y espontánea. Agradó de una manera particular á Cristiano negándose á beber vino. Cristiano tenia preocupaciones.

Mientras charlaban y reian en torno de Stangstadius, cuya mesa inmóvil y siempre copiosamente servida habia llegado á ser el centro y el objeto de bromas y pullas que no desconcertaban en manera alguna al personaje, Margarita pudo contar á Cristiano, en un tono de confidencia que no le desagradó, como se podrá creer, que su tia habia variado por completo para con ella, y que en vez de reñirla le habia hablado con dulzura.

—Preciso es que nada le haya dicho el baron de mi modo de tratarle,—añadió,—ó que sabiéndolo haya resuelto manejarse de distinto modo para conducirme á la realizacion de sus fines: lo cierto es que respiro, que el baron no se ocupa ya de mí, y que si mi tia ha de renirme mañana ó enviarme de nuevo á mi soledad de Dalby por via de penitencia, quiero divertirme esta noche y olvidar todos mis pesares. Si, quiero bailar y saltar, porque figuraos, Mr. Goeffe, que es el primer baile á que asisto en mi vida, y que nunca he bailado mas que en mi cuarto con la buena Potin. Por eso ardo en deseos de ensayar lo poco que sé en público, al paso que temo mortalmente ser torpe y embrollarme en las figuras de la contradanza francesa. Me seria necesario hallar alguna persona complaciente que me ayudase á sacarme del apuro y que tuviese la vista fija en mí para advertirme caritativa y diestramente mis torpezas.

—No será difícil hallar á esa persona,—contestó Cristia-

no,—y si quereis fiaros de mí, respondo de que bailareis como si asistieseis á vuestro centésimo baile.

—Pues bien, queda convenido, acepto con gratitud. Aguardemos hasta la media noche. Organizaremos con esos señores y esas señoritas que están en esta sala, un bailecito aparte, en un extremo de la galería, y acaso mi tia, que está bailando en el salon grande con los mas altos personajes del pais, no observará la rápida curacion de mi pie.

Cristiano comenzó á charlar por su cuenta con la amable jóven, y algo exaltado por el champagne, su alegría se convertia insensiblemente en sentimentalismo, cuando un nombre pronunciado en alta voz junto á él le hizo estremecer y volverse con viveza.

—¿Cristiano Waldo?—decía un oficial jóven de fisonomia abierta y alegre;—¿quién le ha visto? ¿dónde está?

—¡Sí, es cierto!—escramó Cristiano levantándose,—¿dónde está Cristiano Waldo? ¿quién le ha visto?

—Nadie,—replicaron desde otra mesa —¿Quién ha visto, en tiempo alguno, la cara de Cristiano Waldo, ni quién le verá nunca?

—¿No la habeis visto vos, Mr. Goelle?—dijo Margarita á Cristiano;—¿no le conocéis?

—¡No! ¿Quién es ese Cristiano Waldo, y de dónde procede que sea imposible ver su cara?

—Debeis haber oido hablar de él. Su nombre os habrá llamado la atencion.

—Sí, porque ya su nombre llegó á mis oidos en Stockholmo; pero no hice gran caso de él, y ya no recuerdo...

—Veamos, mayor,—dijo un teniente jóven,—puesto que conocéis a ese Waldo, explicadnos lo que es y lo que hace. Yo nada sé todavía.

Muy hábil será el mayor Larrison si consigue dar esa explicacion;—dijo Margarita.—En cuanto á mí, tantas cosas he oido decir aquí acerca de Cristiano Waldo, que de antemano prometo no creer una palabra de lo que vamos á oir.

—Sin embargo,—contestó el mayor,—estoy dispuesto á jurar por mi honor que nada diré que no sepa de un modo evidente. Cristiano Waldo es un cómico italiano que va de ciudad en ciudad regocijando á la gente con su talento agradable y con su inagotable alegría; su espectáculo consiste....

—Ya sabemos esc,—dijo Margarita,—y sabemos tambien que tan pronto dá sus representaciones en los salones como en las tabernas, hoy en el castillo, mañana en la ohosa, co-

brando muy caro á los ricos y representando gratis, con frecuencia, para el pueblo.

—He ahí un original chistoso, —dijo Cristiano, —una especie de saltimbanqui.

—¡Saltimbanqui ó no, —repuso el mayor, —es un hombre extraordinario, y lo que es mas, un hombre de corazon! El mes pasado le vi hacer frente, en Stockholmo, á tres marineros borrachos y furiosos, porque uno de ellos, que habia maltratado cruelmente á un pobre grumete, se vió arrancar su victima por Cristiano Waldo indignado. En otra ocasion, ese Cristiano se arrojó en medio de las llamas para salvar á una anciana, y todos los dias daba casi cuanto ganaba á los que escitaban su compasion. En fin, la poblacion de los arrabales le queria tanto que dicen se vió obligado á marcharse secretamente para no ser llevado en triunfo.

—Y tambien para no verse obligado á quitarse su antifaz, —dijo Margarita, —porque á las autoridades comenzaba á inspirarles inquietud un desconocido tan popular y temian que fuese un agente de la Rusia que principiaba así con el fin de poder fomentar una sedicion en tiempo oportuno.

—¿Creeis, —dijo Cristiano, —que ese cuerpo singular, porque parece que tiene un cuerpo raro, será un espiá ruso?

—¡Oh! yo no lo creo, —contestó Margarita. —No soy de las que quieren que la bondad y la caridad sirvan para ocultar malos intentos

—¿Pero, y ese antifaz? —dijo una de las jóvenes que habian escuchado con avidez al oficial. —¿Por qué esa máscara negra que lleva siempre para entrar en su teatro y salir de él? ¿Es para representar el arlequin italiano?

—No, puesto que nunca aparece personalmente en el espectáculo que dá al público. Tiene para ello una razon que nadie conoce.

—Quizás sea para ocultar alguna lepra, —observó Cristiano.

—Otros suponen que tiene la nariz cortada, —dijo uno de los jóvenes.

—Y otros dicen, tambien, —añadió un tercer interlocutor, —que es el mozo mas guapo que puede imaginarse, y que ha enseñado su rostro á sus patrones del arrabal y á algunas personas á quienes habia cobrado cariño.

—Y aun parece, —repuso el mayor, —que no se pone nunca el antifaz cuando está en su casa; pero las opiniones están muy divididas acerca de su figura. Una batelera joven, que estaba materialmente enferma de curiosidad, obtuvo

que se quitase el antifaz, y se desmayó de terror al ver una calavera.

—Decididamente ese Waldo es el diablo en persona,—dijo Margarita,—puesto que, segun su voluntad, puede mostrarse buen mozo ó espectro espantoso. ¿No teneis gana de verle, señoritas?

—¿Y vos, Margarita?

—Confesemos francamente que todas ardemos en deseos de verle, lo cual no impide que le tengamos mucho miedo!

—Y aun dicen que va a venir aquí,—esclamó una de las señoritas.

—¿De veras?—esclamó Margarita.—¿Ha llegado? ¿vamos á verle? ¿Estará aquí, en el baile, quizás?

—¡Oh! en cuanto á eso seria difícil,—dijo Cristiano.

—¿Difícil? ¿por qué?

—Porque un saltimbanqui no se atreveria á presentarse como convidado en la buena sociedad

—¡Bah! parece que ese tuno á todo se atreve,—repuso el mayor,—su careta, su espectáculo y su nombre no se separan; pero se supone, y es muy probable, que bajo otro nombre y sin careta va y viene, penetra en todas partes en Stokholm, y en los paseos y hosterías mas concurridas, cuando se habla de él, nunca hay la seguridad de no tenerle junto á sí, ó de no estarle dirigiendo la palabra á él mismo.

—Pues bien, entonces,—repuso Cristiano,—es cosa de dudar. ¿Acaso esté en esta habitacion!

—¡Oh! en cuanto á eso, no!—contestó Margarita despues de haber examinado con la vista toda la habitacion;—cuantas personas hay aquí se conocen unas á otras

—Pero á mí no me conocen. ¿Acaso sea yo Cristiano Waldo!

—Pues entonces, ¿dónde está vuestra calavera?—dijo riendo una de las jóvenes.—Sin máscara y sin calavera, no sois mas que un Waldo apócrifo. A propósito, señores, ¿habrá quien nos diga cómo se ha sabido que ha llegado?

—Puedo deciros,—repuso el mayor,—cómo lo he sabido yo. Un desconocido ha pedido hospitalidad aquí; le han dicho que se fuese á la alquería porque la casa estaba llena. Dijo su nombre, enseñó la carta de Johan que le llamaba de parte del baron para entretener á la sociedad reunida aquí. No sé si habrán encontrado algun rincón para alojarle en el castillo ó en otra parte; pero ha llegado, el hecho es cierto.

—Quién es lo ha dicho?

—El mismo mayordomo.

—Y tenia puesta su careta?

—Sí, la tenia puesta.

—¿Es alto, grueso, bien formado, patizambo?

—No he hecho esas preguntas porque habiéndole visto yo mismo en Stokolmo, aunque siempre enmascarado, sé que es alto, bien formado, y ágil como un gamo.

—Acaso sea algun antiguo bailarín de cuerda floja,—dijo Cristiano, quien parecia que solo por condescendencia tomaba ya parte en la conversacion.

—Oh! en cuanto á eso no,—dijo Margarita; es un hombre que ha recibido muy buena educacion. A todos sorprenden el estilo y la gracia de sus comedias.

—Pero ¿qué prueba que sean suyas?

—Personas versadas en todos los géneros de la literatura antigua y moderna afirman que nada robado hay en ellas, y esos sainetes graciosos, que tambien suelen ser sentimentales, han sido un acontecimiento literario en Stokolmo.

—¿Creeis que le oiremos mañana?—preguntaron de todas partes.

—Es de presumir que sí,—contestó el mayor;—péro si esas señoritas tienen impaciencia por saberlo, ofrezco ir á buscarle y preguntárselo.

—A las 12 de la noche?—dijo Cristiano mirando al relój;—el pobre diablo debe estar durmiendo! Crei que la condesa Margarita tenia que hablar á los circunstantes de un proyecto mas importante.

—Sí, es cierto,—esclamó Margarita,—tengo que proponeros formemos un pequeño baile entre nosotros. Soy aqui una recién venida, una verdadera salvaje, lo confieso; solo hace dos ó tres dias que me conoceis, pero todas las personas á quienes veo aquí me han dispensado tan buena acogida y tantas atenciones que tengo el valor de confesar.... lo que Mr. Goethe vá á tener la bondad de deciros.

—Hé aquí el hecho,—repuso Cristiano.—La condesa Margarita, como ella misma os lo ha dicho, es una verdadera salvaje. Nada sabe en el mundo, ni siquiera bailar; es todo lo torpe posible, y cojea por lo menos tanto como nuestro ilustre maestro Stangstadius. Además es pesada, distraida, miope. ... En fin, para resignarse á bailar con ella, se necesita una grandosis de caridad verdaderamente cristiana, porque...

—Basta, basta!—esclamó Margarita riendo—haceis los honores de mi persona con singular humildad, pero os doy las gracias. Ahora deben aguardar una cosa tan espantosa que, por poco que yo sepa lucirme quedarán encantados conmigo. Así

pues, la conclusion es que yo desearia bailar por primera vez en una reunion intima, y que si quereis, bailaremos en la galeria. La orquesta del salon grande mete bastante ruido para que la oigamos siquiera lo suficiente para llevar el compás.

Varios jóvenes se habian precipitado ya hacia Margarita para solicitar su preferencia. Ella les dió las gracias diciendo que Mr. Cristiano Goelle se habia sacrificado de antemano para ser la victima.

—Ah! si por cierto, señores! —dijo Cristiano alégremente al recibir en su mano calzada con fino guante la manita de Margarita —Compadecedme todos y marchemos al suplicio!

En un momento fué escogido el sitio y quedó organizada la contradanza. Margarita solicitó que no la colocasen entre las parejas que comenzaban las figuras.

—Estais muy conmovida, —le dijo Cristiano.

—Es cierto, —contestó la joven —El corazon me late lo mismo que á un pájaro que se lanza por primera vez fuera del nido, y que no está muy seguro de tener bastante fuertes las alas.

—Veo claramente, —repuso el aventurero, —que la primera contradanza es un suceso grave en la vida de una señorita. Dentro de un ano, cuando hayais bailado en un centenar de reuniones, ¿recordareis por casualidad el nombre y la figura del humilde mortal que tiene la fortuna y la gloria de dirigir vuestros primeros pasos?

—¡Si por cierto! Mr. Goelle, ese recuerdo se hallará ligado siempre con el de las emociones mas fuertes de mi vida, el miedo al baron y la alegría de verme libre de él por medio de un esfuerzo de valor de que no me creí capaz, y que de seguro me ha sido inspirado por vuestro tío y por vos!

—¿Sabeis, sin embargo, —dijo Cristiano, —que no estoy ya muy seguro de vuestra aversion al baron?

—¿Por qué?

—Teniais, al menos, mucho mas miedo de bailar en público que de bailar con él.

—Y sin embargo, no he bailado con él y bailo con vos.

Cristiano oprimió involuntariamente los lindos dedos de Margarita; pero ella creyó que solo se trataba de lanzarse al baile, y ruborizada de temor y de placer, le siguió á la alegre confusion en donde muy luego se sintió tan tranquila como tenia derecho á estarlo por su gracia y agilidad.

—¡Galle! pues creo que ya no tengo miedo, —dijo á Cris-

liano al volver á su sitio, mientras que las demás parejas comenzaban una nueva figura.

—Sois ya demasiado valiente,—contestó Cristiano.—Esperaba yo serviros para algo, y veo que sentís ya tan fuertes vuestras alas que dentro de un momento echareis á volar con el primero que llegue.

—De todos modos no será con el baron! Pero, decidme, ¿por qué suponiais que exageraba mi aversión hacia él?

—Porque veo que teneis apasionada afición al baile, es decir, á las fiestas y al lujo: toda pasión produce sus consecuencias. Ahora bien, si el placer es el fin propuesto, la riqueza es el medio para lograrle.

—Ah! ¡me juzgais tan necia y tan poco agraciada que no pueda aspirar á la fortuna sin casarme con un anciano?

—¿Entonces confesaréis que para vos la fortuna es la condición del matrimonio?

—Si dijese que sí, ¿que pensaríais de mí?

—Nada malo.

—Sí, sería yo como tantas otras, y por consiguiente nada bueno pensarías de mí.

Esta conversacion delicada se continuó de nuevo en el tercer descanso de la contradanza de que nuestros dos jóvenes formaban parte.

Margarita estimulaba la sinceridad de Cristiano.

—Confesadlo,—decia—despreciáis á las jóvenes que se casan para ser ricas, como Olga, por ejemplo, que encuentra albaron muy hermoso por entre las facetas de los abultados diamantes de sus sueños.

—A nadie ni á nada desprecio,—contestó el aventurero—ó he nacido tolerante, ó las facetas de mi virtud se han desgastado en su roce con la sociedad. Siento entusiasmo por todo aquello que es superior al espíritu general; siento filosófica indiferencia hacia todo lo que sigue la corriente vulgar.

—¿Entusiasmo decís? ¿Y no os pagar muy cara una cosa tan natural como el desinterés? Yo no os pido tanto, Mr. Goethe, solo reclamo vuestro aprecio. Os ruego, pues, que creais que si llego á tener libre mi eleccion, consultaré á mi corazon y en manera ninguna á mis intereses. Aunque nunca mas hubiese de tener encages en mis mangas ni lazos de raso en mis vestidos, aunque nunca mas hubiese de bailar al resplandor de mil bujías y al son de treinta violines, oboes y contrabajos, me siento capaz de hacer esos sacrificios inmensos para conservar la libertad de mis sentimientos y la tranquilidad de mi conciencia.

Margarita hablaba con vehemencia. Animada por el baile, todos los sentimientos de su corazón se revelaban exteriormente; su alma generosa y novelesca estaba en sus ojos brillantes, en su sonrisa radiante, en su actitud de ave impaciente por elevarse hasta las nubes, en sus hermosos cabellos rubios que parecían agitarse blandamente sobre sus desnudos hombros, en el timbre conmovido de su voz; en fin, todo su ser. Cristiano sintió como un vértigo al verla, y sin saber ya lo que decía planteó á Margarita esta cuestión singular:

—Sin embargo, nunca amareis sino á un hombre de vuestro rango, y si á pesar vuestro llegase vuestro corazón á hablar en favor de un pobre diablo, de un hombre sin nacimiento ilustre, sin posición y sin riquezas... de Cristiano Waldo, por ejemplo... sentiríais profunda vergüenza y os creeríais completamente malquistada con vuestra conciencia.

—Cristiano Waldo!—dijo Margarita;—¿por qué Cristiano Waldo? Elegís un ejemplo raro!

—Sumamente raro, y lo hago con deliberado propósito. Cuando se procede por antítesis. Veamos, hé aquí la cuestión que os someto: supongo que ese Cristiano Waldo, á quien ni remotamente conozco, tenga el valer, el talento, el corazón generoso que le atribuían aquí hace un momento, con la miseria, que debe ser la compañera fiel de sus aventuras, y con un nombre que desde luego creo que no habrá tomado de ningún pergamino antiguo...

—¿Y con su cabeza de muerto?

—No, sin su calavera. Pues bien, supongamos que para casaros os vieseis obligada á escoger entre ese personaje y el barón de Waldemora...

—Adoptaría un partido muy sencillo, que sería el de renunciar á casarme.

—¿A no ser que bajo la máscara de ese Cristiano se llegase á descubrir un príncipe joven y hermoso, obligado á ocultarse por alguna razón de Estado?

—Tanto direis!...—contestó Margarita.—Si fuese un nuevo príncipe Juan, fugado de su calabozo, ú otro Pedro III, librado del puñal de sus asesinos...

—¿En cuyo caso, apócrifo ó no, obtendría vuestra gracia?

—¿Qué queréis que os conteste? En verdad, un bufón italiano no es punto de comparación posible cuando se trata de hablar formalmente.

—¡Es verdad!—replicó Cristiano.—Pero aquí el *finale* que

nos sea ligero, porque es el puñado de tierra arrojado sobre la novela titulada *La primera contradanza*.

Pero aquella contradanza no habia de concluir según las leyes de la coreografía. Habiendo concluido por fin Mr. Stangstadius la copiosa comida que estaba haciendo, acababa de salir de la sala del ambigü. Preocupado por algun gran pensamiento sugerido por el trabajo agradable de una buena digestion, halló en su camino el pequeño baile y atravesó por él sin ceremonia, tropezando con los caballeros que lucian sus gracias en el *adelante dos*, y pisando los diminutos piecitos de las señoritas, como si hubiese caminado sobre guijarros. Su pronunciada cejera formaba un paso tan estravagante que todos se echaron á reir. La figura del baile quedó completamente embrollada, y las jóvenes parejas, cogiéndose de las manos, formaron una rueda rápida y ruidosa en torno del caballero de la Estrella polar, quien no queriendo quedarse atrás en gracia y alegría, se esforzó para saltar y brincar sin tino, con gran aplauso de la concurrencia. Pero, ¡ay Dios! las risas y cantos subieron á tal diapason que se oyeron en la sala grande.

La orquesta habia concluido sus últimos acordes y los jóvenes no lo observaban. Seguian dando vueltas, cantando y saltando en torno de Stangstadius, quien se comparaba á Saturno en medio de su anillo. La condesa Elveda acudió presurosa, y viendo la súbita curacion de su sobrina, sintió una cólera que esta vez no pudo dominar.

—Querida Margarita, — le dijo con tono breve y vibrante, — cometéis grandes imprudencias; elvídais que teneis un pie torcido y que es muy peligroso imprimirle un movimiento tan violento. Acabo de consultar al médico de la casa: os receta el descanso por esta noche; así, pues, tened á bien retiraros con vuestra aya, quien os acostará y os pondrá unas compresas. Es lo mejor que podeis hacer, creedme.

Y añadió por lo bajo:

—Obedeced!

Margarita, que estaba muy encarnada, se puso muy pálida, y ya fuese disgusto ó pesar, no pudo contener dos lágrimas que brillaron en sus largas pestañas y corrieron por sus mejillas. La condesa Elfrida la cogió con viveza de la mano y se la llevó, diciéndole en voz baja:

—Habeis jurado no hacer hoy mas que necedades. Es preciso espiarlas. Os habia perdonado que no bailaseis con el amo de la casa: en efecto, se podia creer que estuvieseis indispuesta. Pero bailar con otro es hacer al baron, con delibe-

rado propósito, una ofensa inaudita y no toleraré que la prolongueis hasta el extremo de que él la observe.

Cristiano seguía á Margarita, procurando hallar un medio para desarmar ó distraer á la tia si podía encontrar un momento favorable para hablarla, cuando vió que se acercaba el baron, y se detuvo junto al pedestal de una estatua para observar con atencion lo que iba á pasar entre aquellas tres personas.

—Cómo!—dijo el baron,—¿os llevais ya á vuestra sobrina? Es demasiado temprano. Parece que ahora comenzaba á no fastidiarse en mi casa! Os pido gracia para ella, y puesto que ha bailado, segun me aseguran, ahora la ruego que baile conmigo. Ya no puede negarse, y estoy seguro de que consentirá gustosa.

—Si lo exigis, baron, cedo,—dijo la condesa.—Vamos, Margarita, dad gracias al baron y seguidle; ¿no veis que os está ofreciendo su brazo para la polonesa?

Pareció que Margarita vacilaba; sus ojos se encontraron con los de Cristiano, quien de seguro vacilaba entre el deseo de verla quedarse y el temor de verla ceder. Este último sentimiento prevaleció quizás en la espresion de su mirada, pues Margarita contestó con energia al baron que estaba comprometida.

—¿Con quién, si gustais?—esclamó la condesa.

—Sí! ¿con quien?—dijo el baron con un tono singular, cuya calma no le pareció de buen agüero á Margarita.

Esta bajó los ojos y calló, sin comprender lo que pasaba en la mente del perseguidor de quien se habia creído liberada.

El baron no tenia mas que un solo pensamiento, el de atormentarla, comprometerla; veia muy bien la aversion que esperimentaba hácia él, y se la pagaba con creces. Friamente malvado y vengativo, fingió chancearse; pero hablando en voz bastante alta que pudiesen percibir sus palabras muchos oidos curiosos, dijo:

—¿Dónde está, pues, ese venturoso mortal á quien tengo el derecho de disputaros? ¡Porque estoy resuelto á disputaros, tengo ese derecho!

—¿Teneis ese derecho, vos, señor baron?—esclamó Margarita fuera de si

—Sí, sí,—repuso con espantosa é irónica serenidad,—¡ya lo sabeis! Veamos, ¿dónde está ese rival que pretende bailar con vos ante mis bailas?

—¡Hale aquí!—contestó Cristiano perdiendo la cabeza y

precipitándose hacia el baron con aspecto amenazador, en medio de un silencio de estupor y de general curiosidad.

Sabian que el baron, bajo su aspecto tranquilo y frio, era muy irritable. Conocian su indomable orgullo. Esperaban una escena violenta y en efecto, el baron, cuyo rostro se habia cubierto de una palidez verdosa, abria y cerraba sus grandes ojos miopes como si de ellos fuese á salir un rayo para aniquilar al audaz desconocido que tan abiertamente le desafiaba; pero la sangre afluyó á su frente, que pareció estar surcada por una gruesa vena, mientras que sus labios se pusieron más lívidos que el resto de su semblante. De su pecho se exhaló un grito sordo, sus brazos se estendieron convulsivamente y se desmayó diciendo: «¡Héle ahí! ¡Héle ahí!»

Hubiera caído al suelo si veinte brazos no se hubiesen estendido para sostenerle. Estaba sin sentido y tuvieron que llevarle junto á una ventana cuyos cristales rompieron precipitadamente para procurarle aire. Oiga atravesó por entre la multitud para prodigarle auxilios. Margarita desapareció como si su tia la hubiese escamoteado, y Cristiano fué llevado fuera de allí por el mayor Osmundo Larrison, quien le habia cobrado afición.

—Venid conmigo,—le dijo aquel amable jóven;—tengo que hablaros.

Algunos instantes despues se halló solo Cristiano con Osmundo en una antigua sala del piso bajo caldeada por una chimenea inmensa.

—Aquí es donde tenemos libertad para fumar,—le dijo el mayor.—Mirad, ahí teneis una coleccion numerosa de pipas: escojed la que más os guste, y sacad tabaco del tarro. Sobre la mesa veis la cerveza mas succulenta del país y el mejor aguardiente de Dantzic. Dentro de un instante vendrán mis compañeros á darnos noticias del suceso.

—Veo que me juzgais muy irritado, querido mayor,—contestó Cristiano;—pero os equivocais. Lo que mas deseo es dar tiempo suficiente al baron para que se reponga de su desmayo, y aguardar aquí, fumando con vos, á que quiera continuar la esplicacion.

—Para qué? ¿para un desafío?—contestó el mayor.—No lo creáis! el baron nunca se bate, nunca se ha batido! ¿Segun eso, no le conocéis.

—No por cierto,—dijo Cristiano llenando tranquilamente su pipa y cogiéndose un gran vaso de cerveza.—¿Acaso, como

verdadero don Quijote, me habré dirigido á un molino de viento? No creí ser tan ridículo.

—No lo habeis sido, querido, y aun á los ojos de muchos, y en particular á los míos, habeis ejecutado un acto audáz al hacer frente á semejante hombre.

—Sin embargo, un hombre de nieve! debí comprender que eso se derrite con facilidad.

—No en nuestro país. Los hombres de ese temple permanecen mucho tiempo de pié.

—Segun eso, ¿he sido heroico sin saberlo?

—Procurad no convenceros de ello á costa vuestra. El baron nunca desenvaina la espada, pero se venga, y nunca olvida una injuria. A cualquier sitio en que os halleis os perseguirá con su odio. Sea la que quiera la carrera á la cual os destinen, opondrá obstáculos á nuestros ascensos. Si teneis algun lance desagradable, como puede ocurrir á todo hombre de corazon, hallará medios para convertirle en un mal negocio, y si consigue meteros en la cárcel, se arreglará de modo que nunca mas salgais de ella. Así, pues, os aconsejo que no pareis en su casa, ó que esteis muy en guardia mientras os halleis en ella, á no ser que al diablo se le antoje retorcer esta noche el cuello á su compadre bajo el pretexto de una apoplejia fulminante.

—¿Creéis que el baron esté tan malo?—dijo Cristiano.

—Ahora lo sabremos. Hé aquí á mi teniente Ervin Oshurn, mi mejor amigo; quien de seguro participa de mi simpatia hacia vos. Vamos, teniente, ¿qué noticias hay del hombre de nieve? ¿Se acerca el deshielo?

—No, no es nada,—contestó el teniente,—ó al menos supone que no es nada. Se ha retirado un momento á su habitacion, luego ha vuelto á salir tan fresco y tan sonrosado que sospecho que habrá dado un poco de colorete á sus mejillas lividas. De todos modos, tiene la mirada apagada y habla con dificultad. Me acerqué á él por curiosidad, lo cual interpretó como una muestra de interés y se dignó decirme que deseaba que bailasen y que no se cuidasen mas de él. Se ha quedado sentado en el salon grande, y lo que me prueba que está mas desazonado de lo que él confiesa es que parece que ha olvidado por completo el acceso de rabia que le puso en tal estado, y ninguno de los que le rodean se atrevió á recordarle la causa.

—Entonces el baile volverá á tener su anterior animacion,—dijo el mayor,—y vereis como se divierten mas que ántes. Parece que quieren aturdirse aquí acerca de alguna catástrofe próxima, ó que los herederos que hay aquí no pueden con-

tener su júbilo al ver que de algun tiempo á esta parte se halla el baron enfermo... Pero, decidnos, Cristiano Goelle, ¿qué cara le pusi-teis á nuestro amable baron, ó qué sortilegio le hicisteis? ¿Sereis duende ó brujo? ¿Sois el *hombre del lago* que fascina á las gentes mirándolas con sus ojos de hielo? ¿Qué hay entre el baron y vos, y de donde procede que al caer desmayado dijo su famosa palabra que esta vez he oido: ¡Héle ahí! ¡héle ahí!..!

—Explicadlo vos mismo,—contestó Cristiano.—Por mas que busco, no puedo recordar donde he visto á ese personaje, y si es así, habrá ocurrido en circunstancias insignificantes, puesto que tan confuso es mi recuerdo. Veamos, ¿ha viajado por Francia ó por Italia desde. ?

—¡Oh! hace mucho, mucho tiempo que no ha salido de los Estados del Norte!

—Entonces me equivocaba: hoy he visto por primera vez al baron. Y sin embargo, cualquiera hubiera dicho que me conocia.... ¿No creéis que pudiera delirar al decir: Héle ahí, héle ahí?

—Eso es verdad, dijo el mayor. Tengo en mi *bostoelle* (1) un jardinero que ha sido criado suyo y que me ha dado pormenores bastante curiosos. El baron padece una enfermedad que su médico califica de ataques de nervios, y que proceden de una enfermedad del nígado bastante antigua ya. En esos ataques suele dar muestras de singular terror. El, tan escéptico y burlon, se torna pusilánime como un niño: vé fantasmas, y particularmente el de una mujer. Entonces esclama: «Héle ahí!» lo cual significa: ¡«Hé ahí mi ataque que comienza!» ó bien: «¡Mi dehrío me ahoga!»

—¿Segun eso, será un remordimiento?

—Se supone que es el recuerdo de su cuñada....

—¿A quien ha asesinado?

—No se dice que la diese muerte, sino que la hizo desaparecer.

—Sí, la frase es mas culta. .

(1) El *bostoelle* de los oficiales del *indelta* es una casa y una tierra cuyo goce tienen, y cuya renta es proporcional á su grado. Esa renta representa su sueldo. El presbítero se llama tambien *bostoelle*, y el ministro le disfruta, así como los derechos del pie de altar. El soldado del *indelta* tiene su *torp* ó su casita con un jardín y algunas faegas de tierra. El *indelta* es un ejército rural cuya excelente organizacion, creada por Cárlos XI, no tiene equivalente en parte alguna.

—Pero acaso no sea mas fundada que la otra,—repuso el mayor —La verdad es que nada se sabe, y que acaso el baron esté inocente de mas de un crimen de que se le acusa. Ya sabéis que vivimos aquí en la tierra clásica de lo maravilloso. Los dalecarlianos sienten verdadero horror hacia las cosas positivas y las esplicaciones naturales. En este pais nadie dá un tropezon contra una piedra sin creer que algun génio malféfico la ha colocado allí espresamente; y si escuece la nariz corren presurosos á casa de la síbila para que quite el veneno del enano que les ha mordido; y si se rompe un tirante de un coche ó de un trineo, el cochero, antes de componerlo, nunca deja de decir:

—¡Vamos, vamos, génio travieso, déjanos en paz, que no te hacemos daño alguno! En medio de esas imaginaciones tan aficionadas á lo maravilloso, comprendereis facilmente que el baron de Waldemora no ha podido enriquecerse, como lo ha hecho, sin pasar por un alquimista. En vez de suponer que está pagado por la zarina para sostener los intereses de su política, han hallado mas natural acusarle de mágia. De esa acusacion á la de los crímenes mas horrendos no hay mas que un paso: todo brujo ahoga á sus víctimas en las cascadas, las precipita á los abismos, pone en movimiento los ventisqueros, dirige las legiones de brujas, y se alimenta por lo menos con carne humana, siendo muy modesto en sus feroces apetitos si se contenta con chupar la sangre de los niños. En cuanto á mi, tanto he oido que ya no puedo creer narracion alguna. Me contento con creer lo que sé, y lo que sé es que el baron es un malvado, harto cobardo para pegar á otro hombre, harto bien alimentado y hastiado para beber sangre, harto friolero para acechar á los transeuntes bajo el hielo de los lagos, pero capaz de enviar á su mejor amigo al patíbulo por escaso que sea el interés personal que le induzca á hacerlo, y si solo hay que decir una palabra malvada y calumniosa!

—¡Hé ahí un gran miserable!—dijo Cristiano;—pero permitidme que manifieste mi sorpresa al ver en su casa á tantas personas honradas.

—¡Ah si!—replicó Osmundo sin dejarle concluir,—estamos haciendo una cosa muy fea al venir á divertirnos á costa de un hombre á quien todos aborrecemos. Vos teneis la disculpa de que no le conoceis, mientras que nosotras...

—No hacia aplicacion personal,—repuso Cristiano.

—Lo sé muy bien, querido, pero haceis mal en manifestar sorpresa porque un tirano tenga una corte. Sabreis, sin duda, la historia de vuestro pais; solo que, alejado de él

hace muchos años, habeis podido creer que se habia establecido un poco de equilibrio, con los progresos de la filosofía, en la influencia legítima de las diferentes clases del Estado. No es así, Cristiano Goelle, nada de eso: muy pronto lo vereis con vuestros propios ojos. La nobleza es todo: despues viene el clero, ilustrado, austero, pero despótico é intolerante. La clase media, tan útil al Estado y tan patriarcal en sus costumbres, cuenta por muy poco. El labriego no es nada, y el Rey menos que nada. Cuando un noble es rico, lo cual, por fortuna, sucede rara vez, tiene en su mano todos los intereses, la suerte entera de su provincia, y es para conducir á su antojo á los hombres y á las cosas á su pérdida.

Sabed, pues, que si nosotros, oficiales jóvenes, pusiésemos mala cara al ilustre castellano de Waldemora, podria muy bien suceder, no que perdiésemos nuestro grado, que no nos pueden arrebatar sino mediando delito, sino que por medio de persecuciones inauditas nos viésemos obligados á abandonar nuestros acantonamientos, nuestras casas, nuestras posesiones, nuestras afecciones, como una simple guarnicion, á despecho de las leyes inviolables del *indelta*.

Otros dos jóvenes entraron á fumar, y Cristiano se aventuró á preguntarles si la condesa Elfrida habia vuelto á presentarse en el baile.

—¡Hé aquí un inocito muy astuto!—le contestó uno de ellos;—no nos hareis creer que os tomáis interés por la malvada condesa de Elveda! Pero sabed que su amable sobrina ha desaparecido al mismo tiempo que vos, y que su tia la hace pasar por muy indispueta.

—¿Qué estais diciendo de que ha desaparecido?—esclamó Cristiano, á quien la palabra asustó mas de lo que era debido.

—Veamos, querido Goelle,,—dijo el mayor con viveza,—¿sentís verdadera inquietud por vuestra hermosa condesita?

—Perdonad, no tengo la necia vanidad de llamar así á la condesa Margarita. Es hermosa, sin disputa; pero, desgraciadamente para mí, no es mia en manera alguna.

—No lo decia en mal sentido,—repuso Osmundo —Solo he visto, como todos, que obteniais los honores de su primera contradanza, y que conversábeis ambos en tono muy amistoso. Si no estais enamorado de ella... la verdad, haceis mal; y si ella no siente aficion hácia vos, quizás hará mal tambien, porque á todos nos pareceis un excelente compañero.

—En cuanto á mí, baria muy mal, os lo juro, en mirar con codicia á un astrá harto elevado en mi horizonte;

—¡Bah! ¿porque no teneis un título? Pero vuestra familia

ha sido ennoblecida, y vuestro tío el abogado es una notabilidad por su talento y por su carácter. Además, es por lo menos tan rico como la hermosa Margarita, y esta no siempre está bajo tutela. El amor allana los obstáculos, y cuando se tienen parientes desagradables, lo mejor es casarse en secreto. En nuestro país esas bodas son tan sagradas como las demás. Así, pues, si quereis intentarlo, hénos aquí dispuestos á ayudarlos.

—¿A ayudarme á qué?—dijo Cristiano riendo.

—A obtener en seguida una entrevista sin que lo sepa la tía. Veamos, compañeros, ¿qué decis de eso? Hénos aquí á cuatro hombres de buena voluntad. Yo sé donde está situada la habitacion. Vamos allá en seguida.

Si Mlle. Potin se asusta, la decimos algunas frases lisonjeras... que por lo demás merece, porque es una mujer encantadora. Si alguna dencella chilla, la besamos y la prometemos cintas para su prendido. Por último, pedimos para Cristiano Goelle... Para hacer una comunicacion importante... ¿Verdad? eso es. Nos introducen, sin nuestras pipas, por supuesto, en un salon pequeño, en donde nos sentamos gravemente en un rincon apartado, mientras que Cristiano Goelle ofrece su corazon en voz baja á la *diva contessina*, ó si es cobrado tímido aun para declararse, deja adivinar su sentimiento al paso que se informa de los peligros que corre su incomparable, y combinando con ella los medios para conjurarlos. No me río, señores! Es evidente á todas luces que Mad. de Elveda quiere violentar la inclinacion de su pupila, y que el artero Olaus quiere comprometerla para descartar á cualquier otro pretendiente. Pues bien, la situacion es magnífica para el hombre que en pleno baile ha tomado la defensa de la víctima de esa odiosa y ridícula maquinacion. Venid, Cristiano; venid señores; ¿estamos dispuestos? Eh! pardiez! es á condicion de darnos la revancha! En otra ocasion sereis vos, Cristiano, quien servirá á nuestros honestos amores; entre jóvenes deben hacerse esos favores. ¿Donde estaríamos todos si no fuesemos confidentes fieles unos de otros? Adelante! al asalto de la ciudadela! Quien me aine me siga!

Todos se levantaron, hasta el mismo Cristiano, embriagado por la proposicion; pero se detuvo en el umbral de la puerta, y detuvo á los demás diciéndoles:

—Gracias, señores, y tened por seguro que cuando llegue la ocasion seré capaz de arrojarle al fuego por vosotros; pero no me pertenece poner en mi vida ese dulce capítulo de novela. En el comportamiento de la condesa Margarita con

migo nada me ha autorizado á tomar su defensa, como lo he hecho en un momento de irreflexiva indignacion y nada me induce á abrigar la esperanza de que me lo agradezca. Acaso suceda todo lo contrario, y á Mr. Goelle el abogado es á quien corresponde protegerla contra su tia, haciéndola conocer sus derechos. Puesto que mi hermosa pareja no baila ya, y que mi terrible rival no se bate, lo mejor que puedo hacer es irme á echar un sueño, de lo cual tengo gran necesidad, pues hace mas de veinte y cuatro horas que estoy levantado.

Aprobaron altamente á Cristiano y le calificaron de muy galante. Procuraron detenerle y hacerle beber licores espirituosos, lo cual suponian que era una seducción irresistible; pero Cristiano era sóbrio, como lo son en general les habitantes de los países cálidos. Vía que la noche avanzaba, y juzgaba prudente poner término á la comedia representada hasta entonces con tan buen éxito. Estrechó las manos de todos, se despidió, prometió volver á la hora del almuerzo, aunque bien resuelto á no hacerlo así, y sin dejar que le interrogasen acerca de la parte del castillo en que habia elegido su domicilio, volvió á encaminarse ligera y misteriosamente por el sendero trazado sobre el hielo del lago.

Con deliberado intento olvidó á Loki y al trineo del doctor en derecho en el castillo nuevo. Temió que le oyesen y le observasen. Se marchó, siguiendo la orilla, hasta que estuvo demasiado lejos para ser visto desde las ventanas del castillo, y llegó á la puerta del Stollborg que habia dejado abierta, y que nadie habia pensado en cerrar, Ulfilas menos que cualquier otro.

Adoptó estas precauciones, porque á la pálida luz de la luna habia sucedido la claridad fugaz pero brillante de una magnífica aurora boreal: digo magnífica en cuanto el pais en que se mostraba, porque no hubiera sido sino muy ordinaria bajo la latitud del Norte del Báltico; pero era preciso que en aquel momento brillase con un resplandor muy vivo hácia las regiones polares puesto que iluminaba toda la campiña y todos los objetos en torno del lago helado. La nieve, coloreada con sus variables reflejos, se revestia de tonos rojos y azules de un aspecto incomparablemente fantástico, y Cristiano, antes de entrar en la sala de la Osa, permaneció todavia algunos instantes en la puerta del zaguán, sin poder arrancarse á la contemplacion de aquel espectáculo extraordinario, á pesar del frio y del cansancio.

V.

Eran ya las ocho de la mañana cuando despertó Mr. Goefle. Probablemente no había dormido tan bien como de costumbre, porque era muy madrugador y se escandalizó al ver que se levantaba tan tarde. Verdad es que había contado con el pequeño Nils para despertarle, pero Nils dormía á pierna suelta, y Mr. Goefle, despues de tentativas inútiles para despertarle, adoptó el partido de dejarle roncar cuanto quisiera. El doctor en derecho ya no se enfadaba, pero había perdido completamente las esperanzas respecto del servicio que podía prestarle su ayuda de cámara.

Como hombre resignado, se encendió él mismo la lumbre, y luego, como hombre metódico y al resplandor de una luz casi moribunda, se afeitó y se peinó la peluca tan cuidadosamente y con tanto esmero como si hubiese tenido todas sus comodidades. Por último, habiendo terminado su atavío de por la mañana de modo que en caso necesario no tuviese que hacer sino ponerse una casaca, dió cuerda á su reló, miró al cielo, en el que aun no se mostraba el mas mínimo reflejo del alba, se puso su bata, y abriendo las dos puertas de comunicacion, se dispuso á ir á preparar todo en su salon (el cuarto de la Osa) para trabajar cómoda y tranquilamente hasta la hora de almorzar.

Pero cuando se acercaba á la estufa poniendo su mano ante la vacilante claridad de su vela, se estremeció al ver una figura humana acostada á lo largo entre la estufa y él, con el cuerpo sepultado en el gran sillón, la cabeza echada hácia atrás sobre el respaldo de orejeras, y las piernas colocadas al nivel del cuerpo en la gran boca de calor que se abría precisamente encima del foco de la estufa apagada, pero caliente todavía.

— ¡Eh! ¡hermoso dormilon! ¡una figura soberbia! — dijo el abogado para sí, parándose á contemplar el pacífico y profundo sueño de Cristiano; — algun hijo de familia que, como yo, habrá venido á buscar un refugio en el viejo castillo contra el ruido y el tumulto del castillo nuevo. Vamos, yo creia ó al menos esperaba estar solo en este lugar maldito; pero no hay medio de conseguirlo y he de resignarme á tener un compañero. Afortunadamente este tiene una fisonomía amable. El pobre muchacho ha sido muy discreto, puesto que no ha metido ruido ni ha hecho la mas minima tentativa para

hallar mejor lecho que este sillón, en donde debe estarse rompiendo los riñones!

Mr. Goefle tocó ligeramente la mejilla de Cristiano, quien hizo un movimiento como para espantar á una mosea, y no despertó.

—Al menos no tiene frío,—volvió á decir el abogado para sí;—tiene un buen abrigo de pieles... muy parecido á mi abrigo de viaje, ¡ah! ¡muy parecido! ¡Calle! ¿dónde está el mío? ¡Ah! ya veo lo que es: le habrá encontrado ahí, sobre el sillón, y se habrá envuelto en él. A la verdad, ha hecho bien. Yo se lo hubiera prestado con toda mi alma, y aun le hubiera cedido la segunda cama de mi cuarto; Mr. Nils habría tenido la condescendencia de dormir sobre el camapé. ¡Siento que este buen joven haya sido tan discreto!... seguramente ha tenido una discreción que me atrevo á calificar de exagerada. Es un muchacho bien educado, se conoce desde luego, y que cuida su ropa, porque se ha quitado la casaca para dormir: indicio de un carácter reflexivo. Veamos cual pueda ser la profesion de este joven. La casaca negra... enteramente parecida á la mia de ceremonia, tan parecida... que es la mia, porque aqui dentro está mi pañuelo perfumado con almizcle y... ¡Ah! mi esquela de convite para el baile le habrá servido. ¿Y... mis guantes blancos? ¿Dónde están mis guantes blancos? ¡Ay! ¡ay! ¡en el suelo! Bien están ahí, porque los veo arrugados y ajados. ¡Ola! ¡ola! señor dormilon, sois menos ceremonioso de lo que yo imaginaba, y ahora me atrevo á decir que no sois melindroso en manera alguna. Perdeis vuestra maleta, ó no os tomáis la molestia de mandar que os la traigan, y tomáis sin ceremonia lo que encontráis en la de los demás! Esas bromas se gastan entre jóvenes, lo sé muy bien... Recuerdo cierto baile, en Cristiánia, en donde estuve bailando toda la noche con la ropa de ese pobre Stangstadius, quien se vió obligado á permanecer en la cama durante mi ausencia, y aun durante todo el día siguiente, porque me dejó arrastrar. ¡Pero, bah! en aquel tiempo éramos jóvenes, y ya no me hallo en edad de permitir... á los demás... tales travesuras. ¡Ola, ola! caballero, despertad y restituidme mis calzones, y mis medias de seda... ¡Dios me perdone! ¡Cuántas mallas habrá roto bailando, el zopenco! ¡Y el caballero no se digna abrir los ojos!

Mr. Goefle, al hacer estas reflexiones, unas despues de otras, puso la mano sobre el traje viejo que Cristiano se habia quitado la víspera, y que con su prisa de dormir al regresar del baile dejó sobre otra silla. La vista del calzon raj-

do, de la espá veneciana que enseñaba la trama, y del sombrero tirolés ajado y abollado, lanzó á Mr. Goelle á un océano de suposiciones.

Aquel hermoso jóven de distinguida fisonomía y de manos finas, no era, pues, sino un gitano cualquiera, domador de osos, buhonero ó cantor ambulante! ¿Un cantor italiano? No, el rostro del aventurero pertenecía sin duda alguna al tipo del país de Dalum. ¡Un escamoteador... harto hábil, quizás, en su profesion! ¡Pero, no, porque la bolsa de Mr. Goelle estaba intacta en el fondo de su maleta, y la fisonomía del jóven era tan honrada! Su sueño era, verdaderamente, el de la inocencia.

¿Qué pensar, ni qué resolver? El abogado se rascaba la frente. Aquel traje miserable era acaso un disfraz con cuyo auxilio habia atravesado el jóven secretamente la comarca para hacer el Don Juan al pie del balcon de alguna hermosa que se hallase temporalmente en el castillo nuevo; pero como ninguna conjetura era satisfactoria, Mr. Goelle adoptó el partido de despertar á su huésped sacudiéndole repetidas veces y gritándole al oído: «¡Eh! ¡eh! ¡eh! ¡eh! ¡Vamos, amigo, arriba!» y otras interjecciones usadas en tales casos por los despertadores impacientes para con los dormilones pertinaces.

Cristiano abrió los ojos, por fin, miró fijamente á Mr. Goelle sin verle, y volvió á cerrar los párpados con serena calma.

—¡Calle!—repuso el abogado,—¿volveis á marcharos al país de los sueños?

—¿Pues, qué? ¿qué hay? ¿Dura todavía la aurora boreal?—le preguntó Cristiano, mecido sin duda por risueñas visiones en su semi-sueño.

—¿Dónde tomáis la aurora boreal á estas horas?—dijo Mr. Goelle.—Va á salir el sol dentro de un momento.

—¿El sol? ¿Quién habla del sol en medio de un baile?—murmuró Cristiano con esa voz particularmente dulce de un hombre medio dormido que parece que suplica y acaricia para que le dejen en paz.

—Sí, sí, el baile, mi casaca, el sol, mis calzones, la aurora boreal, todo eso es muy lógico,—repuso Mr. Goelle,—y todo eso se enlaza muy bien en vuestros sueños, amigo mío; pero yo quisiera mejores razones y voy á sacudiros hasta que os halleis en estado de defender vuestra causa.

El buen Cristiano se dejó sacudir con incomparable mansedumbre. La costumbre que habia contraído de dormir sobre cualquiera tabla, ya fuese en el mar, con buen ó mal

tiempo, ya fuese en los caminos en toda clase de vehículos, hacia que encontrase bastante agradable el cuidado que se tomaba el abogado de mecérle con rudeza, como para darle el grato convencimiento del reposo de sus facultades. Sin embargo, le ocurrió gradualmente la idea de enterarse del sitio en que se hallaba. Volvió á abrir los ojos, miró á la estufa, y luego se volvió para interrogar las sombrías paredes de la sala.

—¡Lléveme el diablo,—dijo,—si sé dónde estoy! Pero, en último resultado, ¿qué me importa? ¡Hoy aquí, mañana en otra parte! ¡Tal es la vida!

—Al menos,—le dijo el abogado, tomaos la molestia de averiguar delante de quién estais.

Mr. Goefle, bastante satisfecho con esta intimacion altanera, esperaba ver reflejarse por fin en las facciones del culpable la sorpresa, el terror, ó la confusion; pero aguardó en vano. Cristiano se restregó los ojos, le miró sonriéndose, y le dijo con el tono mas afable:

—¡Teneis buena fisonomía! ¿Qué me quereis?

—¡Cómo! ¿qué quiero?—esclamó Mr. Goefle indignado;—quiero mi abrigo de pieles, mi gorra, mi chupa, mi ropa, mi camisa, mi calzado, en fin, todo lo que me habeis cogido para vestir y adornar vuestra amable persona!

—¡Bah! ¡bah! ¿eso creéis? ¡Estais soñadío, buen hombre!—dijo el aventurero incorporándose en su asiento y mirando con sorpresa á su traje prestado.

Luego, echándose á reir al recordar confusamente todavia su aventura, dijo:

—A la verdad, Mr. Goefle..., porque es el respetable y célebre Mr. Goefle á quien tengo la honra de hablar, ¿no es cierto?

—Todo me induce á creerlo, caballero. ¿Qué mas?

—¿Qué mas?—repuso Cristiano acabando de levantarse y quitándose de la cabeza la gorra del doctor con perfecta cortesía,—tengo que pedir os un millon de perdones, al paso que conozco que no merezco ni uno solo. ¿Qué quereis, caballero? soy jóven y por el momento me hallo desprovisto de todo. Una idea novelesca me condujo anoche al baile; no tenia á mano mas traje decente que este, enviado con suma oportunidad por la Providencia. Soy un hombre muy sano y muy limpio, y además, si no os conviniese volver á poner os una ropa que yo he usado, estoy seguro de poder os la comprar mañana! ¿es lo que querais fijar.

—Bueno! sois gracioso en extremo! ¿Me tomáis por un vendedor de ropa?

—No por cierto, pero sentiria en el alma que se me calificase de ladrón. No acostumbro á serlo.

—Pardiez! ya veo que sois un muchacho honrado... muy aturdido, eso sí! Y aun cuando me enfadase, no por eso dejaria de haberse verificado el suceso. Ya veo que no sois enfermizo, pardiez! teneis unas carnes magnificas... Y qué cabellera!... Ah! mocito, conozco el olor de mis polvos!... Pere, ¿cómo diablos fuisteis al baile sin esquila de convite? porque no teneis un traje de camino que indique...

—Que pertenezco á la buena sociedad, ¿no es cierto?... Ah! decidlo claro, que no soy susceptible en esta materia.

—En último resultado, no lo sé: el hábito no hace al monge. Teneis la mano muy aristocrática. Vamos, decidme al instante quien sois. Si es una novela, me gustan las historias novelescas, y si es un secreto... vamos! vuestra fisonomía me agrada y os prometo una discrecion... de abogado, que es cuanto se puede decir.

—No dudo de vuestra discrecion, Mr. Goefle,—contestó Cristiano,—y ademas, no hay en mi vida secreto alguno que yo no pueda decir á un hombre de talento y á un hombre de bien; pero mi historia es algo larga, os lo advierto, y la estufa no da ya calor... Ademas, si he de hablaros con franqueza, aunque anoche cené muy bien, siempre se abre mi apetito al mismo tiempo que mis ojos, y siento ya un malestar...

—¿Pues y yo—dijo Mr. Goefle,—que tengo la costumbre de tomar siempre mi thé con leche en la cama, en cuanto despierto? ¡Ese belitre de Ulfilas me ha abandonado completamente! Hé ahí, sobre la mesa, los mismos manjares que habia anoche.

—Gracias á mi, Mr. Goefle, porque conozco el jamon y el pescado que sustraje en la cocina á ese Mr. Ulf... ¿Cómo le llamais?

—Ulf por Ulfilas: está muy bien dicho. Aquí se abrevian todos los nombres, se les hace ser monosilábicos, sin duda por el temor de que, al llamar á las personas, se hiele en el aire la mitad de la palabra. Sin embargo, si es á vos á quien debo el haber podido cenar anoche, preciso es deducir, que el tal Ulf me hubiera dejado morir de hambre; ¡eh! ¡eh! en este cuarto donde hay una tradicion de ese género...? Sin duda para hacerle merecer su nombradía es para lo que el tany tany queria condenarme al mismo suplicio!

—¿Fué la baronesa Hilda quien murió aquí de hambre, Mr. Goefle?

—¡Calle! ¿habeis oído hablar de eso? A Dios gracias es un cuento de viejas. Pensemos en almorzar. Voy á llamar...

—No, Mr. Goefle; sin duda vendrá luego Uff. Además, si os hace falta algo, yo iré á buscarlo. No hay cosa mejor que hacer cada cual su eleccion. Pero ese jamon de oso ó de jabali, esa lengua aliñada y ese asado, cosas todas que apenas tocásteis anoche, ¿no os agradan esta mañana?

—Sí por cierto, si por cierto. y hay mas de la que podemos comer entre los dos. Ahora bien, ya que la mesa está puesta, almorzaremos, ¿no os parece?

—Es lo que mas deseo; pero permitid que busque un rincón para cambiar de trage, porque todavia tengo puesto...

—El mio, ¿no es verdad? ¡párdiez! ya lo veo. Dejáosle, puesto que estais dentro de él; quitaos únicamente, el abrigo y volved á poner os la casaca, pues de lo contrario vais á sofocar os al comer.

Cristiano comenzó por llenar la estufa de combustible, despues de lo cual, habiéndose lavado las manos y la cara con mucho cuidado y decencia en un rincon de la sala, fué á trinchar los manjares con suma maestria

—¡Es singular!—le dijo Mr. Goefle,—teneis todos los modales de lo que llaman en Francia, segun creo, un cumplido caballero, y sin embargo, teneis allí una casaca...

—Que revela accidente y no miseria,—contestó tranquilamente el aventurero.—Hace ocho dias me hallaba muy decentemente vestido, y no me hubiera visto apurado para presentarme en el baile.

—Es muy posible,—repuso Mr. Goefle sentándose y comenzando á comer á mas y mejor,—así como es muy posible, también, que me preparéis uno de esos cuentos que tan bien saben narrar los aventureros cuando van de viaje. No me importa, con tal que sea divertido!

—Veamos,—dijo Cristiano sonriendo,—¿en qué lengua deseais que haga mi narracion?

—¡Párdiez! ¿en sueco, puesto que es vuestra lengua! sois sueco, y aun dalecarliano, lo veo por vuestro semblante.

—Sin embargo, no soy sueco, sino mas bien irlandés.

—¿Mas bien?... ¿no estais seguro de ello?

—No por cierto. Por eso, como el latin es la lengua universal, si quereis...

Y Cristiano comenzó á hablar con la mayor facilidad un latin elegante y correcto.

—¡Muy bien, muy bien!—dijo el abogado que le escuchaba con benévola atención;—pero vuestra pronunciación italiana me retrasa un poco para seguirlos en latín.

—¿Quizás sucederá lo propio en griego y en alemán,—repuso Cristiano, quien comenzó á hablar la lengua muerta y la viva con el mismo desembarazo y corrección, mezclando con estas muestras de su saber algunas citas que revelaban en él un hombre versado en la literatura antigua y en la moderna.

—¡Bravo!—esclamó el doctor;—sois un muchacho muy instruido, lo estoy viendo. ¿Y el francés, le sabéis también?

—El francés y el inglés, para servirlos,—contestó Cristiano.—Me han hecho aprender todo eso, y mi afición me hacia inclinarme al estudio de las lenguas.

—Pues bien, haced vuestra narración en francés,—dijo Mr. Goelle, quien no era menos poliglota que Cristiano;—me gusta la Italia, pero adoro á la Francia! Es nuestra aliada, útil ó inútil; pero sobre todo es la antítesis del espíritu ruso, al que aborrezco con toda mi alma.

—¡Vive Dios! yo también soy anti-ruso desde que estoy en Suecia, y particularmente desde anoche: pero ahora tengo que rogaros, señor doctor, que no me toméis por un pedante: si me he atrevido á hacer alarde de mis escasos conocimientos ante un profesor de la facultad de Lund, es porque, al observar la destreza con que trinché el jamón, pensasteis interiormente si sería yo algún ex-criado de casa grande desacomodado y buscando á quien engañar.

—¡Calle! ¿habeis adivinado que esa idea cruzaba por mi mente? Pues bien, lo confieso, y ahora voy por demás que; si habeis tenido algún empleo en una casa grande, nunca habrá sido en clase de huésped.

—¡Ah! caballero, dijo Cristiano, lacayo ó profesor viene á ser lo mismo, con un escalón mas ó menos, en el ánimo de ciertas gentes.

—No en Suecia, amigo mío; ¡diablo! no, no sucede así.

—Lo sé, caballero: nuestro país es muy inclinado á los estudios serios y en ninguna parte han sido mas noblemente estimulados los conocimientos humanos en su desarrollo; pero en otras partes sucede con frecuencia....

En aquel momento fué interrumpido Cristiano por la entrada de Ulfilas, que llevaba el almuerzo, y que al ver la

mesa puesta y provista de manjares, se detuvo estepefacto.

—¡Ya lo ves, ignorante! le gritó Mr. Goelle alegremente, advinando el motivo de su sorpresa, mi *kobold* me ha servido en tu lugar, y ha sido una fortuna para mí, puesto que durante doce horas me has olvidado por completo.

Ulf intentó justificarse, pero en la noche anterior había buscado tales consuelos en la botella que tenía la imaginación completamente embotada, y con dificultad podía comprender los motivos que tuviera para abandonar a su huésped. Al acercarse el día, Ulf solía sentirse sereno, y cuando salía el tardío sol de invierno, durante unas cinco horas no era mas torpe ni mas cobarde que cualquiera otro. A la verdad, sus libaciones harto numerosas, hacían sentir todavía su efecto en su embotado cerebro, mas, como no por esto dejaba de desempeñar todas sus funciones domésticas con la regularidad de una máquina, su estado en nada era desagradable para los demás. Balbuceó en dialecto dalecarliano algunas palabras de flegmática sorpresa al ver los manjares que cubrían la mesa y el desconocido sentado con el doctor.

—Vanos, sirve á este caballo como á mí mismo, le dijo Mr. Goelle; es un amigo mio con quien quiero partir mi alojamiento.

—Está bien, caballero,—contestó Ulf;—no digo lo contrario, pero es que el caballo.....

—¡Caballo tu mismo!—esclamó Cristiano,—quien ya sabia algunas palabras en dalecarliano y se vió amenazado por una revelacion terrible.

—Si señor, caballo yo mismo,—repuso Ulf con resignacion;—pero el trineo.....

—¿Qué sucede en el trineo?—dijo el doctor;—¿le has limpiado? ¿has echado pienso á mi caballo?

Como la palabra caballo llegaba de nuevo á oídos de Cristiano, se volvió hácia Ulf y le miró á hurtadillas de un modo tan terrible que el pobre muchacho se aturdió, tartamudeó y contestó:

—¡Si, si señor, caballo, trineo! Descuidad.

—¡Pues entonces alarcemos!—dijo el doctor tranquilizado.—Tráenos tabaco, Ulf, y deja en paz la cafetera del agua caliente, que nosotros haremos el té.

Ulf se inclinó hácia la estufa para colocar de un modo conveniente la estufa. Cristiano le siguió, como para vigilar la operacion, é inclinándose hácia él le dijo al oído, en dalecarliano, con una nueva mirada aterradora:

—¡Caballo, trineo, castillo nuevo, pronto!

Ulf imaginó que en su resto de embriaguez habia recibido ya órdenes que olvidara ejecutar. Se apresuró á ir á calzarse sus patines y corrió al castillo nuevo á buscar á Loki entre el tumulto de las caballerizas, llenas de palafreneros y de cuadrúpedos.

El doctor en derecho no comia glotonamente, como el doctor en ciencias Stangstadius. Se tomaba el tiempo suficiente para saborear y juzgar cada manjar en virtud de principios razonados relativos á la apropiacion del arte culinario á las elevadas necesidades de los estómagos privilegiados. Al cabo de media hora de conversacion muy erudita sobre este asunto, él y Cristiano se miraron y hallaron mutuamente en sus semblantes un reflejo rojizo.

—¡Por fin!— dijo el doctor,—ya sale el sol por el horizonte.

Miró á su relój, y añadió:

—Las diez menos cuarto; ¡vamos, este relój de Mora no anda mal! Ved, esto es de fábrica indigena. Nuestros dalecarlianos hacen de todo; ellos mismos fabrican todos sus utensilios, desde el mas elemental hasta el mas complicado .. Pero, no apagueis la vela, nos servirá para fumar, y luego, en el invierno me gusta bastante ver á la luz solar y á la artificial de las habitaciones luchar unas con otras en una confusion de tonos dudosos y fantásticos.... ¡Calle! el relój da la hora, ¿le disteis cuerda anoche?

—Sí por cierto. ¿No habiais reparado en ello?

—En nada reparé. Dormía de pie ó soñaba. Quizás soñé tambien que entraba aquí y que cenaba. No importa. ¿Sabeis hacer el té?

—No, pero el café sí, con suma perfección.

—Pues bien, hacedle, que yo me encargo del té.

—Os gusta esa bebida insípida y melancólica?

—Sí, echándole una tercera parte de aguardiente ó de ron añejo.

—Entonces es diferente. Admiro, señor doctor, que estemos tan bien servidos aquí como podriamos estarlo en París ó en Londres.

—Ah! ¿y por qué no? ¿Estamos por ventura al fin del mundo? No tenemos mas que seis horas de navegacion para llegar á Prusia, en donde se vive lo mismo que en País.

—Sí, pero en el fondo de esta provincia, á sesenta ó ochenta leguas en el interior de las tierras, y en un país tan po-

cuencia de un convenio misterioso. Lo que luego ha sido de la señora, nadie ha podido decírmelo ni yo sabia dónde preguntarlo. En cuanto al niño, fué llevado muy secretamente no sé á dónde, y criado no sé cómo hasta la edad en que le quitaron de la lactancia, en cuya época fué llevarlo de nuevo, no sé por quién, á otro pais...

—¡No sé cual!—dijo Mr. Goelle riendo.—Hé ahí unos datos algo vagos, y me veria muy apurado con ellos para hacerlos ganar vuestro pleito.

—¿Mi pleito?

—Sí; suponed que litigáseis para reconquistar vuestro nombre, vuestros derechos, vuestra herencia!

—¡Oh! descuidad, Mr. Goelle,—repuso Cristiano,—nunca tendreis que abogar por mí. No me hallo acometido de la mania ordinaria de los aventureros de nacimiento misterioso, quienes, cuando mas, quieren consentir en ser hijos de reyes, y pasan su vida buscando por el mundo á su ilustre familia, sin tener nunca en cuenta que probablemente á esta le serian mas incómodos que agradables. En cuanto á mí, si por casualidad soy de familia noble, lo ignoro y no me cuido de ello en manera alguna. Esta indiferencia me fué inspirada por mis padres adoptivos.

—¿Y quiénes fueron vuestros padres adoptivos?

—No conocí ni recuerdo á los que me recibieron por la ventana en la barca, ni á los que me entregaron al ama de cria, ni á los que me llevaron á Italia, gentes todas de quienes nada puedo decir y que acaso fuesen una misma y sola familia, ó una misma y sola persona. No he conocido por verdaderos padres adoptivos mas que al signor Goffredi, anticuario y profesor de historia antigua en Perugia, y á su excelente mujer Sofia Goffredi, á quien amé como á una madre.

—Pero, ¿de dónde y de quién os habian recibido esos buenos Goffredi? Han debido decíroslo...

—Nunca lo supieron. Poseían una pequeña fortuna, y como no tenían hijos, en varias ocasiones manifestaron la intencion de adoptar algun pobre huérfano. En una noche de carnaval se presentó delante de ellos un hombre enmascarado y sacó de debajo de su capa al individuo que tiene la honra de hablaros, quien no recuerda lo mas mínimo la aventura y nada pudo explicar, en atencion á que hablaba una lengua que nadie podia comprender.

—Pero, ¿qué palabras pronunció el hombre enmascarado al presentaros al profesor Goffredi y á su mujer?—dijo el abogado, quien escuchaba aquel relato con la misma aten-

cion que hubiera empleado [para examinar una causa judicial.

— Hélas aquí, tales como me las repitieron: «Vengó de lejos, de muy lejos! Soy pobre, me he visto obligado a gastar en el camino una parte del dinero que se me había confiado con este niño. He creído que debía hacerlo así, porque recibí la orden de conducirlo muy lejos de su país y del mío. Hé aquí el resto de la cantidad. He sabido que buscábais un niño, y sé que le hareis ser feliz é instruido. ¿Quereis tomar á este pobre huérfano?»

—¿Aceptó el profesor?

—Aceptó el niño y rehusó el dinero. «Si busco un niño para criarle y educarle, dijo, es para hacerle un bien, y no para que él me le haga á mí »

—Y no tuvo la curiosidad de informarse...

—No pudo informarse mas que de una cosa, de si nadie iria á reclamarle el niño, porque le queria *enteramente suyo*, y no le gustaba cobrarle cariño para vérselo arrebatar el día menos pensado. El desconocido juró que nadie le reclamaria en tiempo alguno »

«La prueba de ello,—dijo,—es que le he traído aquí desde mas de quinientas leguas á fin de que para siempre se perdiese todo rastro de él. El niño correria los mayores peligros, aun aquí, acaso, si se pudiese saber dónde está. Así pues, no me hagais mas preguntas, porque no contestaré.» E insistió para que tomasen la pequeña cantidad, que ascendia á un valor de doscientos ó trescientos zequies.

—¿En monedas de Italia?

—En monedas de oro extranjeras, pero de diferentes países, como si el desconocido hubiese atravesado toda la Europa y tenido buen cuidado de realizar la cantidad en toda clase de monedas para frustrar las pesquisas y las suposiciones. Le hicieron observar que él era pobre; así lo había dicho y todo su aspecto lo anunciaba. Consideraban justo que fuese indemnizado de un largo viaje y del trabajo que se había tomado de ejecutar puntualmente las órdenes relativas á mi alejamiento; pero rehusó tal ofrecimiento con obstinacion. Desapareció muy bruscamente, diciendo, sin duda para librarse de mas preguntas, que volveria al día siguiente. Sin embargo, no volvió; nunca mas le vieron, nunca mas oyeron hablar de él, y así quedé confiado, ó mas bien abandonado, gracias al cielo, á los cuidados de Mr. Goffredi y de su mujer.

—Tan pobre! ¿creeis que un país es pobre porque sea poco apropiado para el cultivo? ¿Olvidais que aquí hay mas riqueza debajo de tierra que en su superficie, y que las minas de Dalecarlia son el tesoro de Suecia. Veis que esta region, que confina con la de Noruega, está poco poblada, y de ahi deducís que no puede estarlo mas. Tened entendido que si el Estado supiese y pudiese manejarse mejor, en nuestras riquezas minerales tendria lo suficiente para centuplicar la prosperidad y el número de los habitantes. Quizás irá todo mejor algun dia, si podemos salir de entre las garras de la Inglaterra, que nos martiriza con sus intrigas, y de entre las tenazas de la Rusia, que nos paraliza con sus amenazas. Entretanto, sabed, lujo mio, que si hay pobres, no es culpa de esa generosa tierra que nos ha dado Dios, tan calumniada por la ignorancia, la apatia ó las falsas nociones de los hombres que habitan sobre ella. Aquí se quejan del rigor del invierno y de la dureza de las rocas; pero el corazon de la tierra es caliente. Que bajen á él, y en todas partes, si, en todas partes, respondo de ello, encontrarán el precioso metal que se ramifica bajo nuestros piés en venas innumerables. Con nuestros metales podriamos comprar todas las comodidades, todo el lujo, todos los productos de Europa, si tuviésemos brazos suficientes para sacar nuestras riquezas á la superficie del suelo. Se quejan de la tierra, y siempre son los brazos los que faltan! Ella es, mas bien, quien debiera quejarse de nosotros!

—Libreme Dios de hablar mal de la Suecia, querido Mr. Goeffe! Solo digo que hay extensos espacios incultos y desiertos, y que con el auxilio de la sobriedad de los pocos habitantes, el viajero no encuentra entre ellos mas regalo que puches y leche, alimento sano, seguramente, pero muy poco apropiado para inflamar la imaginacion y dar vigor al carácter.

—Hé ahí otra equivocacion en que incurris, querido mio! Esta comarca es la que puede llamarse la cabeza y el corazon de la Suecia, una cabeza exaltada, llena de poesias singulares y de sueños sublimes, ó graciosos, un corazon ardiente, generoso, en el que late la gruesa arteria del patriotismo. ¿Sabeis bien la historia de este pais?

—¡Si, sí! Gustavo Wasa, Gustavo Adolfo, Carlos XII, todos los héroes de la Suecia han hallado hombres en el fondo de estas montañas, cuando el resto de la Nacion estaba avasallado y corrompido. De este glorioso rincón de tierra, de Helvetia del Norte es de donde, en todas las grandes crisis, han salido la fé, la voluntad, y la salvacion de la patria.

—¡Enhorabuena! Pues bien, convenid en que los puches de harina de avena y las rocas áridas y las latas pueden engendrar y alimentar poetas y héroes!

El doctor, al hablar así, oprimió en torno suyo el cómodo abrigo de pieles, y en su thé bien caliente echó medio frasco de rom de primera calidad. Cristiano saboreaba un Moka esquisito, y ambos se rieron de su entusiasmo por el frío de la montaña y los puches de las cabañas.

—¡Ah!—dijo Mr. Goelle recobrando su serenidad,—es que somos hombres degenerados! Nosotros necesitamos tónicos escitantes! Eso prueba que el más hábil y afamado de todos nosotros no vale tanto como el último campesino de estas montañas salvajes!.. Pero, ved si ese necio Ulfilas nos trae ó no tabaco! Ese muchacho es un verdadero bruto!

Cristiano volvió á echarse á reir, y Mr. Goelle, viendo que en aquel momento sin incurrir en inconsecuencia no podía hacer el elogio de la sobriedad y de la igualdad, adoptó el partido de aplacarse al ver al lado suyo el tarro del tabaco. Uf le habia llevado en virtud de su precision mecánica, y no habia sabido decírselo en virtud de su carencia absoluta de espontaneidad.

—¡Ea, veamos!—dijo Mr. Goelle reclinándose en su sillón para digerir comodamente, al paso que fumaba una magnífica pipa turca cuyo recipiente apoyó en uno de los ángulos saliente de la estufa, mientras que Cristiano, unas veces de pie, otras sentado, y otras á caballo sobre su silla, fumaba su pequeña pipa de viaje con mas prisa y menos recogimiento;—veamos, mi problemática camarada, contadme, si es posible, vuestra verídica historia.

—Héla aquí...—dijo Cristiano.—Me llamo, ó al menos me llaman Cristiano del Lago.

—¡Ah! ¿y por qué es ese nombre poético?

—¡Ah! hé ahí! *¿chi lo sa?* como dicen entre nosotros. Es toda una novela, en la que sin duda no habrá una sola palabra de verdad. Os la referiré tal como á mí me la han contado. En un pais que no conozco, á orillas de un lago grande ó pequeño, cuyo nombre nunca supe, una señora fea ó hermosa, rica ó pobre, noble ó plebeya, d ó á luz, á consecuencia de un amor legítimo ó de un accidente sensible, un niño cuya existencia era muy necesario ocultar sin duda. Con el auxilio de una cuerda y de una cesta (este pormenor es preciso), aquella señora ó su confidenta bajó al pobre recién nacido á una barca que se encontraba allí por casualidad ó á conse-

—Pero la historia del lago, de la ventana y de la barca, ¿de dónde diablos la habeis sacado?

—¡Aguardad! Cuando llegué á tener unos seis años (parecía que yo tenía cuatro ó cinco cuando verifiqué mi entrada en Perusa bajo la capa del hombre enmascarado), di una caída y me tuvieron por muerto. Sin embargo, era poca cosa; pero entre los amigos de mi familia adoptiva que iban á preguntar por mí se deslizó un judío, bautizado ó no, que se dedicaba al comercio de objetos de arte y de antigüedades con los estrangeros, y que se hallaba establecido en Perusa. Mis padres no querian á aquel hombre porque era judío, y porque en Italia, lo mismo que aquí, se tiene gran prevención contra esa raza. Preguntó por mí con suma solicitud y aun solicitó verme para cerciorarse de mi estado.

Un año despues pasamos el verano en el campo, y cuando volvimos á la ciudad fué de nuevo á preguntar por mí y á ver por sí mismo si yo había crecido y tenía buena salud. Entonces aumentó la sorpresa de mis padres y le preguntaron qué especie de interés le inspiraba yo, amenazándole con cerrarle las puertas de la casa si no daba una esplicacion satisfactoria de su conducta, porque ya me querian mucho y temian que aquel judío me arrebatase. Entonces confesó ó inventó el decir que, por una casualidad, había dado asilo al hombre enmascarado en la noche en que me llevó á la ciudad, y que le arrancó varias confidencias relativas á mí. Esas confidencias vagas, inverosímiles y que á cada conducen, son las que os he referido al principio de mi historia, y á las cuales no se debe dar, probablemente, el menor crédito. Mi madre adoptiva no hizo mas que reirse de ellas; pero, hallando en la aventura cierto carácter novelesco, me dió el sobrenombre *del lago*, que ha llegado á ser, durante mucho tiempo, mi verdadero apellido.

—Pero, vuestro nombre de Cristiano, ¿quién os lo había dado?

—El hombre enmascarado, sin añadir ningun otro.

—¿Y ese hombre hablaba Italiano?

—Muy mal, y el tabajo que le costó esplicarse contribuyó mucho al misterio que me rodeaba.

—¿Pero, qué acento tenía?

—El profesor Goffredi nunca se había ocupado sino de lenguas muertas; su muger, muy instruida tambien, conocia varias lenguas vivas; sin embargo, le fué imposible decir á qué nacionalidad debía atribuirse el acento del hombre enmascarado.

—¿Y el judío, qué opinaba?

—Si algo opinaba nunca quiso decirlo.

—¿Y estaban seguros vuestros padres de que no habría representado él mismo el papel del hombre enmascarado?

—Muy seguros. El hombre enmascarado era de una estatura regular, y el judío no llegaba á cinco piés de altura. Ni el acento ni la voz de uno y de otro tenían analogía alguna entre sí. Ya veo, Mr. Goelle, que lo mismo que mi pobre Gelfredi, haceis todo género de suposiciones acerca de mí. Pero, ¿qué importa la solución, os preguntó yo?

—Sí, en último resultado, ¿qué importa? — contestó Mr. Goelle. Quizás no valga la molestia que me tomo hace una hora para procurar que encontréis á vuestra familia. Vamos, es una preocupación que depende de los hábitos de mi profesión; no hablemos mas de ello, con tanto mas motivo cuanto que en todo lo que me habeis dicho no hay el menor hecho probado sobre el cual se puedan basar las mas minutas deducciones sabias é ingeniosas. Sin embargo, aguardad. ¿Qué hicieron con la cantidad entregada por el hombre enmascarado?

—Mis buenos padres, imaginando que aquel dinero podia ser el precio de un rapto, de un crimen cualquiera, y juzgando que no me acarrearía felicidad, se apresuraron á depositar todas aquellas monedas estrangeras en el cepillo de los pobres de la catedral de Perusa.

—Pero, cuando fuisteis llevado, habeis dicho que hablabais ya una lengua...

—Si por cierto; pero, como nadie tenía yo con quien hablarla, la olvidé pronto. Solo sé que, un año despues, un sabio alemán que estaba de visita en nuestra casa procuró aclarar el misterio. Me costó sumo trabajo recordar algunas palabras de mi antigua lengua. El lingüista declaró que era un dialecto del Norte y que se parecia algun tanto al islandés; pero mi cabellera negra desmentia en cierto modo aquella version, y renunciaron á saber la verdad. El deseo de mi madre adoptiva era el de hacernos perder todo recuerdo de otra patria y otra familia. Ya comprendereis que no le costó trabajo conseguirlo.

—Todavía otra pregunta, —dijo Mr. Goelle. —No me interesa realmente una narracion sino cuando comenzo bien su punto de partida. De esos recuerdos que se borrarón naturalmente, y que por otra parte se esforzaron para hacernos olvidar, ¿no os queda absolutamente nada?

—Me quedan algunos tan vagos que apenas puedo distin-

guirlos de un sueño. Creo ver un país singular, salvaje, mas grandioso aun que este.

—¿Un país frio?

—En cuanto á eso no lo sé. Los niños no sienten el frio, y yo nunca he sido friolero.

—¿Y qué mas hay en vuestro sueño? ¿Sol ó nieve?

—No lo sé. Arboles grandes, rebaños, vacas quizás.

—Si hay árboles grandes, no es la Islandia. ¿Y del viaje que os condujo á Italia, qué os ha quedado?

—Absolutamente nada. Creo que mi compañero ó mis compañeros me eran desconocidos en el momento de marchar.

—Entonces, proseguid vuestra historia

—Es decir que voy á comenzarla, Mr. Goeffe, porque hasta ahora no he podido hablaros sino de las circunstancias misteriosas que, como dicen los poetas, rodearon *mi cuna*. Voy á tomar el relato de mi vida en el primer recuerdo bien claro y esplicito que conserva mi mente; ese recuerdo.... no os escandaliceis, Mr. Goeffe, es el de un asno.

—De un asno... ¿Cuadrúpedo ó bípedo?

—De un verdadero asno de cuatro patas, de un asno de carne y hueso; era la cabalgadura favorita de la buena Sofia Goffredi, y se llamaba *Nino*, diminutivo de Juan. (1) Ahora bien, me fué tan querido aquel asno, que al que ahora me sirve para llevar mi equipaje, le he dado el nombre de *Juan* en memoria del que hizo las deicias de mi infancia.

—Ah! ah! ¿teneis un asno?... ¿Segun eso, es el mismo que me visitó ayer noche?

—¿Y fuisteis vos quien le mandásteis poner en la cuadra?

—Sí por cierto. ¿Parece que quereis á los asnos?

—Fraternalmente. Por eso estoy pensando hace ya un cuarto de hora, que acaso el mio no haya almerzado.... Uff el habrá tenido miedo; acaso le haya espulsado del castillo. El infortunado, estará vagando quizás en este momento por el hielo y la nieve, haciendo resonar los insensibles ecos con su acento lastimero! Os pido mil perdones, Mr. Goeffe, pero es preciso que os deje un momento para averiguar la suerte de mi asno.

—Hombre singular! contestó Mr. Goeffe. Pues bien, id

(1) La palabra *Nino* es abreviacion del diminutivo de Juan. En italiano, Juan es *Giovanni*, el diminutivo *Giovannino*, y por consiguiente, el autor ha tomado las dos últimas sílabas de esta palabra para dar nombre á su asno.

pronto, y al mismo tiempo, echad una ojeada á mi caballo, el cual, y sea esto dicho sin ofenderos, vale tanto como vuestro asno. ¿Pero vais á ir así á la cuadra, con mi casaca de vestir y mis medias de seda?

—Acabaré en un momento.

—Nada de eso, nada de eso, hijo mio; además, podriais cojer un mal. Tomad mis botas de pieles y mi abrigo; id pronto, y volved lo mismo.

Cristiano obedeció con gratitud y halló á Juan de muy buen humor, tosiendo menos que la víspera y comiendo bien en compañía de Loki, que Ulf acababa de llevar del castillo nuevo.

Ulf miraba con profundo estupor al asno; comenzaba á desembarazarse algun tanto de los vapores del vino y á sospechar que el animal tranquilamente cuidado por él en aquella mañana acaso no sería un caballo. Cristiano, que la víspera, al ir en busca de su cena, habia conocido lo cobardo y supersticioso que era el muchacho, se dirigió á él, y con gestos amenazadores, miradas terribles y una pantomima singular, le hizo en italiano las amenazas mas terribles para el caso en que no respetase á su asno como á una divinidad mitológica. Ulf, aterrorizado, se retiró despues de saludar al asno y á su dueño, con la mente llena de reflexiones que no podia acabar de formular y que los licores espirituosos de por la noche habian de convertir en nuevos terrores y en alucinaciones cada vez mas singulares.

—Decia, pues,—esclamó Cristiano volviendo á cojer su pipa, cabalgando de nuevo sobre su silla y continuando su relato,—que el asno de Mad. Goffredi fué mi primer amigo. Creo que no hay asno en el mundo, ni siquiera el mio, que tenga orejas tan hermosas ni un paso tan cómodo. Ah! Mr. Goelle, es que la primera vez que aquel paso agradable y aquellas dos orejas largas despertaron el sentido de la atencion en mi embotado cerebro, me sorprendió tambien instintivamente uno de los espectáculos mas bellos del universo. Era en la orilla de un lago: como veis, los lagos representan un papel importante en mi vida; pero ¡qué lago, caballero! el lago de Perusa, por otro nombre el de Trasimena! ¿Nunca habeis estado en Italia, Mr. Goelle?

—No, con gran sentimiento mio; pero en materia de lagos tenemos en Suecia algunos junto á los cuales vuestros lagos italianos parecerian cubos de agua.

—No quiero denigrar á vuestros lagos, he visto ya varios. Probablemente serán hermosos en el verano. En invierno, con

sus *mjelgars* (creo que así es como llamais á esos inmensos derrumbamientos arenosos que llegan hasta la orilla con sus árboles verdes, sus rocas y sus extravagantes rasgaduras) convengo que son también muy extraordinarios.

La escarcha y el hielo que encadenan todas esas formas singulares, y que convierten el mas leve átomo de nieve en una guirnalda de diamantes; esas enmarañadas redes de raíces que parecen hábiles é inmensas labores de vidrio hilado; sobre todo eso el hermoso sol rojo, esas cumbres de montañas recortadas allá arriba que brillan como agujas de záfiro sobre la púrpura de la madrugada. Si, conozco que esa naturaleza es grandiosa, y que lo que veo desde esta ventana es un cuadro que me deslumbra, pero solo me deslumbra, caballero, y es lo único que de él puedo decir. Me exalta, me eleva sobre mí mismo. Sin duda es ya mucho el entusiasmo; pero, ¿es esa toda la vida? ¿No experimenta el hombre una necesidad inmensa de reposo, de contemplación sin esfuerzo y de esa meditación suave y deliciosa que en Italia llamamos el *far niente*?

Ahora bien, allá, en Trasimena, es donde se siente uno vegetar magníficamente. Allí es donde he crecido tranquilamente y sin crisis violentas, yo, átomo transportado desde no sé que región desconocida á aquellas orillas bendecidas del sol, bajo la escasa sombra de los añejos olivos, y como bañado incesantemente por un fluido de aire caliente!

«Teníamos nosotros, (ay Dios! Digo *nosotros*!) una quinta pequeña, una *villetta*, en la orilla de un arroyo llamado el *sanguinetto* ó *Arroyo de sangre*, en memoria, según dicen, de la sangre que se derramó por la campiña en la famosa batalla de Trasimena. Allí pasábamos todo el verano en un oasis de delicias campestres. Ya los arroyos no arrastran cadáveres, y la corriente del *sanguinetto* está tan clara como el cristal. Sin embargo mi buen padre adoptivo se hallaba absorbido por la única preocupación de buscar huesos, medallas y restos de armaduras que aun se encuentran en gran cantidad entre la yerba y las flores, en las orillas del lago. Su mujer, que le adoraba (y tenía mucha razón), le acompañaba á todas partes, y yo el rollizo é indolente chico á quien también se dignaba adorar, me revolcaba en la tibia arena, ó me dormía sobre las rodillas de mi amable madre, balanceado por el paso regular de *Nino*.

«Poco á poco fui viendo y comprendiendo el esplendor los días y las noches en aquella dulce feomarca. Aquel lago es inmenso, no porque sea tan estenso como el mar, pero

los vuestros, sino porque la grandeza no está en las dimensiones. El corte de las líneas es tan vasto y su atmósfera tan suave á la vista, que sus luminosas profundidades dán la idea de lo infinito. No puedo recordar sin amocion ciertas salidas y ciertas posturas de sol sobre aquel espejo terso en que se reflejaban puntas de tierra, cargadas de corpulentos árboles fuertes y frondosos, y los islotes tejanos, blancos como el alabastro en el seno de las rosadas aguas, y por la noche qué miriadas de estrellas se reflejaban temblorosas, sin confusion y sin sacudimientos, en aquellas aguas tranquilas! Qué vapores tan suaves se arrastraban por las plateadas colinas, y qué armonías tan misteriosas corrían directamente á lo largo de la orilla con el débil murmullo de aquella gran masa de agua que no parecía sino que temia turbar el sueño de las flores! En vuestro país, confesadlo, Mr. Goethe, la naturaleza es violenta, aun en su reposo de invierno. En vuestras montañas todo lleva la huella de los perpétuos cataclismos de la primavera y del otoño. Allí en Italia, toda tierra está segura de conservar durante mucho tiempo su forma, toda planta está segura de madurar en el suelo en que ha nacido. Allí, en cierto modo se respira con el aire la dulzura de los instintos, y el bienestar eterno de la naturaleza se insinúa en el alma sin confundirla ni alterarla.

—Teneis el númen poético y eso es muy bueno,—dijo Mr. Goethe;—pero los habitantes de esos hermosos climas, ¿no son sùcios, perezosos y voluntariamente miserables?

—En toda miseria, la mitad de la culpa es de los gobernantes, y la otra mitad de los gobernados; el mal nunca está solo en un lado. Esa creo que es la causa de que no se haga el bien. Pero, en aquel hermoso clima, la miseria engendrada por la pereza halla su excusa en la voluptuosidad de la vida contemplativa. Desde mi adolescencia he sentido vivamente el encanto embriagador de aquella naturaleza meridional, y la apreciaba tanto mas cuanto que tambien sentia en mi accesos de actividad febril, como si en efecto hubiese yo nacido á quinientas leguas de allí, en los países frios, en donde el espíritu domina á la materia.

—¿Segun eso no erais precisamente perezoso?

—Creo que no lo era en manera alguna, porque mis padres querían que yo fuese un sábio, y por afecto hácia ellos hacia yo grandes esfuerzos para instruirme. Solo que me sentia inclinado á las ciencias naturales, al mismo tiempo que á las artes y á la filosofía, mucho mas que á las árduas y minuciosas pesquisas de mi sábio Goffredi. Hallaba yo sus estudios

algo ociosos, y no podia entregarme como él á una alegría delirante cuando habiamos logrado determinar el empleo de un mojon antiguo y descifrar el sentido de una inscripcion etrusca.

Por lo demás, me dejó completamente libre para seguir el impulso de mi aptitud, y me creó la existencia mas dulce que se puede imaginar. Debo entrar aquí en ciertos pormenores acerca de aquella época de mi vida en que, desde la infancia á la juventud, sentí despertarse en mí las facultades del alma.

«Perusa es una ciudad universitaria y poética, una de las mas bellas y doctas ciudades de la vieja Italia. Allí puede un hombre convertirse á su antojo en sabio ó en artista. Perusa es rica en antigüedades y en monumentos de todas las épocas; tiene hermosas bibliotecas, una academia de bellas artes, colecciones, etc. La ciudad es hermosa y pintoresca; cuenta mas de cien iglesias y cincuenta monasterios, todos ricos en cuadros, en manuscritos, etc. La plaza del *Duomo* es notable; allí es donde, enfrente de una espléndida catedral gótica, de una fuente de Juan de Pisa, que es una obra maestra, y de otros monumentos de diversas épocas, se alza un gran palacio de estilo veneciano. Es un monumento orgulloso y singular de los siglos XIII ó XIV, de un color rojo oscuro, embellecido con negros adornos de hierro, y cuyas ventanas están abiertas con esa irregularidad fantástica muy despreciada desde que predominaron las líneas correctas y la pureza de gusto del renacimiento.

«Amaba yo con pasión la dramática fisonomía de aquel palacio antiguo, que Mr. Goffredi despreciaba como perteneciente á una época de barbarie; solo estimaba lo antiguo, y los siglos modernos que han tomado su inspiracion en lo antiguo. En cuanto á mí, os confesaré francamente el inmenso fastidio que todas esas obras maestras de una misma familia, antiguas y modernas, derramaron algunas veces sobre mis sentimientos de admiracion. Esa resolucion terminante de la Italia de comenzarse de nuevo á sí misma y de rechazar las épocas en que su individualidad se ha revelado, entre el absolutismo de los Emperadores y el de los Papas, se halla en tal manera consagrado en la opinion que allí pasa por un vándalo el que se permite emitir la opinion de estar harto y saciado de perfeccion. (1)

(1) Eso es cierto, todavía, respecto de muchas personas. En el siglo pasado y á principios del actual se sentia general desprecio hacia las obras de la edad media.

»Yo era cándido y espontáneo; varias veces me hice rebatir vigorosamente por mi amor á cuanto llamaban indistintamente el gótico, es decir, á cuanto no era de la época de Pericles, de Augusto ó de Rafael. Mi mismo padre adoptivo apenas consentía en admirar al último. No se entusiasmaba mas que por las ruinas de Roma, y cuando me hubo conducido á ellas, quedó sorprendido y escandalizado al oírme decir que nada encontraba allí que pudiese hacerme olvidar aquella fantasía real y aquel grupo teatral de nuestra *piazza del Duomo*, con su gran palacio rojo y negro, su conjunto de variados esplendores, y sus callejuelas tortuosas que se precipitan de improviso, con un aspecto de misterio algo trágico, bajo sombríos arcos.

»Tenía yo entonces quince ó diez y seis años y comenzaba á poderme explicar mis aficiones y mis ideas. Supe exponer á mi padre el cómo sentía en mi instintos de independencia absoluta en materia de gusto y de sentimiento. Experimentaba la necesidad de estender mi admiración ó mi goce intelectual á todos los arrebatos del génio ó de la invención del hombre, y me era imposible aprisionar á mi sensación en un sistema, en una época, en una escuela. En una palabra, me fué necesario tener la libertad de adorar al Universo, á Dios y á la chispa divina concedida al hombre en todas las obras del arte y de la naturaleza.

»Así pues, le decía yo, amo al hermoso sol y á la noche umbria, á nuestro austero Perugino y al fogoso Miguel Angel, á las poderosas construcciones subterráneas romanas y las delicadas obras de los sarracenos. Me gusta nuestro pacífico lago de Trasimena y la terrible catarata de Terni. Me gustan vuestros queridos etruscos y todas nuestras sublimes antigüedades, pero me gustan tambien las catedrales greco-árabes, y lo mismo que la fuente monumental de Trevi admiro el arroyuelo que corre entre dos rocas en el fondo de alguna soledad agreste. Cada cosa nueva me parece digna de interés y de atención, y me es grato todo objeto que se apodera de mi pensamiento ó de mi corazón en un momento dado.

»Impulsado así á entregarme á cuanto es hermoso y sublime, ó solo agradable y placentero, me asustan las exigencias de un culto exclusivo hácia ciertas formas de lo bello.

»Sin embargo, le decía tambien, si juzgais que estoy en mala senda, y que esa necesidad de desarrollo en todos los sentidos sea un desarreglo peligroso, procuraré reprimirlo y absorberme en el estudio que elijais para mí. Ante todo quiero ser lo que deseais que yo sea; pero vos, padre mío, antes

de cortarme las alas examinad si en ese vano plumaje hay algo que merezca ser conservado.

»Mr. Goffredi, aunque muy exclusivo en sus estudios, en cuanto al carácter era la naturaleza mas generosa que he encontrado en tiempo alguno. Reflexionó mucho acerca de mí, consultó mucho la divina sensibilidad de su mujer. Sofia Goffredi era lo que en Italia llaman una *letterata*, no como lo entienden en Francia, sino una mujer instruida, encantadora, inspirada, erudita y sencilla. Me quería con tal ternura que creia ver en mí un prodigio; aquellos seres excelentes decretaron entre los dos que era preciso respetar mis tendencias y no apagar mi llama antes de saber si era fuego sagrado ó fuego de paja.

»Lo que les hizo tener confianza en mí fué que aquella disposición á dejar correr en todos sentidos el torrente de mi inteligencia no procedia de una inconstancia del corazon. Amaba con calor á todos mis semejantes, pero no pensaba en derramar mi vida por fuera. Me hallaba exclusivamente adicto á aquellos dos seres que me habian adoptado, á quienes preferia yo á todo. Su sociedad era mi mayor, y aun podré decir que mi único placer, fuera de los estudios variados que me cautivaban,

«Así pues, quedó resuelto que mi alma me pertenecia, puesto que, en último resultado era un alma bastante buena, y no me imposieron la instruccion universitaria en todo su rigor. Me dejaron que buscasse mi senda favorita y diese libre vuelo á la facilidad enorme de que me hallaba dotado. ¿Fué un error? No lo creo. Verdad es que pudieran haberme dotado con una especialidad que me habria colocado para siempre en un rincon del arte ó de la ciencia, y no hubiera conocido la miseria; ¡pero de cuántos placeres intelectuales me habrian privado! y luego, ¡quién sabe si las ideas positivas y mis propios intereses, bien definidos á mis propios ojos, habrian destruido la religion de mi corazon y de mi conciencia! Dentro de poco vereis que Sofia Goffredi no tuvo motivo para arrepentirse de haberme dejado abandonado á mí mismo.

Al pronto me hallaba persuadido de que yo habia nacido literato. So a me enseñaba á componer versos y prosa, y siendo niño aun, inventaba novelas y rimaba comedias que admiraban cándidamente los que frecuentaban nuestra casa. Yo hubiera podido envanecerme mucho, porque me hallaba escusivamente mimado por todos cuantos me rodeaban; pero mi buena Sofia me decia con frecuencia que el dia en que mas satisfecho está uno de sí mismo es cuando no se hace ya

ni un solo progreso, y este simple aviso me libró de la necesidad de admirarme. Además, muy luego vi que para ser literato era preciso saber muchas cosas, ó nadar en el vacío de las frases.

»Leí inmensamente; pero sucedió que, al paso que me instruía en la historia y en las cosas de la naturaleza, me perdí enteramente de vista, y en vez de coger de un lado y de otro como la abeja, para hacer miel y cera, me remonté á la inmensidad de los conocimientos humanos por el solo placer de conocer y de comprender.

»Entonces fué cuando sentí grande inclinación hácia las ciencias naturales, y cuando se estableció en mi cerebro, como una vocación mas determinada que la primera, mi predilección hácia aquel empleo de la vida. A aquel ardor por comprender se agregó el de ver, y puedo decir que dos hombres se despertaban en mí, uno que quería descubrir los secretos de la creación por amor á la ciencia, es decir, á sus semejantes, y otro que quería saborear como poeta, es decir, un poco para sí mismo, las variadas bellezas de la creación.

»Desde aquel momento me enamoré de la idea de los viajes lejanos. Al absorberme en el estudio de las colecciones y museos de Perusa, soñaba con los antipodas, y la vista de una piedrecilla ó de una florecita seca me transportaba mentalmente á las cumbres de las altas montañas y allende los grandes mares. Tenía sed, también, de ver las grandes ciudades, los centros de luz, los sabios de mi época, las colecciones escasas y preciosas. Sofía Goffredi me había enseñado el francés, el al man y un poco de español. Sentía la necesidad de aprender las lenguas del Norte y de no ser un extranjero en ninguna parte de Europa.

»Aprendí el inglés, el holandés, y sobre todo el sueco, con una gran rapidez. Mi pronunciación era defectuosa, ó mas bien nula. Me abstenia de buscar la música de las lenguas que no oía hablar, contando con la exactitud de mi oído y con una facilidad natural que tengo para imitar los diferentes acentos para ponerme pronto al corriente de la práctica cuando fuese necesario. Los sucesos no han desmentido mis esperanzas. No necesito mas de quince días para hablar sin acento una lengua que haya aprendido solo con mis libros.

»Al mismo tiempo que aprendía las lenguas, aprendía también el dibujo y un poco de pintura, para poder fijar con algunos estudios de este género mis recuerdos de viaje, los sitios, las plantas notables, los trajes, los monumentos, todo lo que no puede llevarse mas que en la mente cuando la mano

es inhábil y contraria al sentimiento interior. Luego leía y también los buenos escritores, con el fin de ejercitarme para redactar con claridad y rapidez, porque muchas veces me había chocado el estilo oscuro y confuso de los libros de viajes; tanto, Mr. Goethe, que á los diez y ocho años me hallaba enteramente preparado para llegar á ser, sino un sábio, al menos un hombre útil por su saber, su actividad, su aptitud para el trabajo y sus facultades de observación. Aquel fué el tiempo mas hermoso de mi vida, el mejor empleado, el mas puro y el mas dulce. Ah! si hubiese podido durar algunos años mas, seria yo otro hombre!

Mr. Goethe, que, sepultado en sus pesquisas de anti-
cuario, no se ocupaba directamente de mi educacion, pero que de vez en cuando me hacia recapitular mis estudios y me observaba entonces con cuidado, cobró entera confianza en mi juicio cuando se hubo cerciorado de que no perdía yo demasiado mi tiempo y mi trabajo. Al pronto quiso retraerme de abarcar sobradas cosas; pero viendo que mis diversas nociones se colocaban sin sobrada confusion en mi cerebro, comenzó á soñar para mí y conmigo cuanto yo soñaba.

El también habia viajado antes de su casamiento y proyectaba una nueva escursion arqueológica hácia puntos que aun no habia explorado. Alimentaba, sobre todo, este proyecto desde que recibió una pequeña herencia que le permitia renunciar á su empleo de profesor de la Universidad. Hacia diez años que estaba trabajando en una obra que no podia completar sin ver el litoral de Africa y ciertas islas de la Grecia. Debo deciros que su modo de trabajar era lento y penoso, por carecer de un estilo claro y quizás también de cierta claridad de imaginacion para esponer sus ingeniosas deducciones. Era un genio á quien le faltaba el talento.

Quedó satisfecho de la manera en que redacté algunas páginas de su trabajo, y resolvió llevarme consigo á fin de ponerme en estado de escribir su obra á la vuelta. Creí volverme loco de alegría cuando me participó aquella determinacion; pero mi alegría se convirtió en tristeza con la idea de dejar sola á mi madre adoptiva, á aquella mujer adorable que sólo por nosotros vivía, y solicité quedarme con ella.

Me lo agradeció, pero halló medio de contentarnos á los dos, ofreciendo ir con nosotros, y la proposicion fué acogida con entusiasmo. Hicieronse pues los preparativos de la partida como los de una fiesta. ¡Ay de mí! ¡Todo nos sonreía! *La Sofia* (ya sabeis que en Italia *el ó la* es un superlativo de admiracion y no un término de desprecio) estaba acostum-

brada á las escursiones largas. En el campo nos seguia á todas partes. Activa, valiente, exaltada, nunca fué un estorbo para nosotros. Si alguna vez nos sentiamos cansados y abatidos, nos reanimaba y nos encantaba con la alegría ó la energía de su carácter. Todavía era jóven y robusta, y su fealdad desaparecia bajo su angelical sonrisa de ternura y de bondad. Su marido la amaba con entusiasmo, y en cuanto á ella, le era imposible admitir que Silvio Goffredi no fuese un semi-Dios, á pesar de lo flaco que estaba, de su espalda prematuramente encorvada, y de sus fabulosas distracciones.

»Además, qué alma tan pura y generosa se encerraba en aquel cuerpo frágil y bajo aquella esterilidad irresoluta y tímida! Su desinterés era admirable. Prueba de ello era el trabajo al cual sacrificaba su empleo y sus hábitos. Sabia muy bien que tales obras cuestan más de lo que producen, sobre todo en Italia, y no contaba con la suya para aumentar su fortuna; pero era su gloria, el objeto y la ilusión de su vida entera.

»Mi pobre madre era la que mas impaciente se mostraba para marchar. Tenia una confianza ciega en el destino. Se resolvió que principiáramos por visitar las islas del Archipiélago.

»Permitidme que pase rápidamente por lo que vá á seguir; su recuerdo es desgarrador para mí. Al atravesar una parte de los Apeninos á pié, mi pobre padre tropezó en una roca y se hirió levemente en una pierna. No obstante nuestras súplicas, descuidó la herida y continuó andando en los días siguientes. Hacía un calor abrasador. Cuando llegamos á la orilla del Adriático, en donde debíamos embarcarnos, se vió obligado á descansar algunos días y conseguimos que se dejase visitar por un cirujano. ¿Cuál seria nuestro espanto cuando se vió que se declaraba la gangrena! Estábamos en una aldea, lejos de todo auxilio inteligente. Aquel cirujano, que parecia una especie de barbero, hablaba tranquilamente de cortarle la pierna. ¿Le habria salvado ó le hubiera hecho morir mas pronto? Mi madre y yo, sepultados en horrible perpétuidad, no sabíamos qué resolver.

»Mi padre pedía la amputacion con heroico valor, y pretendia que daría vuelta al mundo con una pierna de palo. No nos atrevíamos á entregarle al escalpelo de un carnicero. Adopté el partido de correr presuroso á Venecia, de donde distábamos cincuenta leguas. Tomé un caballo que dejé despedido por la noche para comprar otro á toda prisa y continuar mi camino. Llegué destrozado pero vivo. Me dirigí á

uno de los primeros hombres del arte, y le decidí á seguirme ofreciendo cuanto poseía Sofia. Tomamos una lancha para bajar por el litoral de la costa. Llegamos con una celeridad que me llenaba de esperanza y de alegría. ¡Ay de mí! Caballero, aun cuando viviese yo mil años, creo que el recuerdo de aquel día espantoso me seria tan amargo como hoy! ¡Encontré á Silvio Goffredi muerto y á Sofia Goffredi loca...»

—¡Pobre muchacho!—dijo Mr. Goefle al ver surgir de los ojos de Cristiano un torrente de lágrimas.

—¡Vámonos, vámonos!—dijo el joven enjugándolos apresuradamente,—no debería uno dejarse sorprender por estas emociones, es la prueba de que se las destierra demasiado del pensamiento, y ellas se vengan de repente recobrando sus derechos.

»El hábil médico que yo habia llevado conmigo, no pudo curar á mi madre, ni aun darme la esperanza de que se curaría; solo estudió la clase de su deirio y me enseñó el medio de impedir que estallasen las crisis de furor. Era preciso satisfacer todos sus deseos á poca apariencia de razon que tuviesen, y en cuanto á los demás, era necesario tratar de adquirir sobre ella el ascendiente y aun la autoridad que un padre ejerce sobre su hijo.

»Me la llevé de nuevo a Perugia con el cadáver de nuestro pobre amigo, al que hicimos embalsamar con el fin de llevarle al mausoleo que su mujer soñaba para él á orillas del lago de Trasimena. Imposible seria decir lo que yo sufrí para volver así, con mi padre muerto y mi madre loca, á aquel país que habiamos abandonado tan alegremente, no hacia aun tres semanas. Al marchar, Sofia iba riendo y cantando por todo el camino; al volver, reía y cantaba todavía, ¡pero con qué aspecto tan lúgubre y qué voz tan desgarradora! Me veía precisado á conducirla, á amonestarla, á divertirla y persuadirla como á un niño, á aquella mujer tan inteligente y tan fuerte á quien la víspera, todavía, consideraba como mi guia y mi apoyo, porque apenas tenia yo diez y nueve años, Mr. Goefle!

»Cuando los restos de Silvio Goffredi estuvieron depositados en la tumba, su vinda se serenó, y aun pudiera decirse que en aquella calma excesiva y repentina se manifestó el cumplimiento de su funesto destino. Perdí toda esperanza al conocer que habia llegado al extremo de no ocuparse lo mas mínimo de sí misma. Una sola idea la absorbía, y era el momento que queria hacer construir para su querido Silvio. Desde entonces no hubo que hablarla de otra cosa.

»Me fué imposible toda especie de trabajo, porque ella no dormía y apenas me dejaba tiempo suficiente para dormir algunas horas, no diré todos los días sino todas las semanas. No había que pensar en confiarla á otros cuidados que á los míos. Con cualquier otro se irritaba y caía en crisis espantosas; conmigo no tuvo un solo acceso de furor ni de desesperación. Me hablaba sin cesar, no de su marido pues parecía que no había conservado el mas mínimo recuerdo particular de él y que había llegado á ser para ella un ente de razón á quien nunca viera, sino del epitafio, de los emblemas y de las estatuas con que quería adornar su sepulcro.

»Me hizo dibujar dos ó tres mil proyectos; el último le gustaba siempre durante una ó dos horas, despues de lo cual era preciso variarlo todo como indigno de la memoria del mago, que era como llamaba á su querido difunto. Ningun emblema respondía á sus ideas abstractas y confusas: absorta en profundas meditaciones, venia á quitarme de las manos el lápiz que ella misma me diera poco antes, y me hacia comenzar de nuevo, bajo el pretexto de leves modificaciones, un asunto diametralmente opuesto. Comprenderéis facilmente que la mayor parte de las veces aquellos asuntos eran irrealizables y no ofrecian sentido alguno. Como se inquietaba y se agitaba cuando yo variaba alguna cosa, adopté el partido de obedecerla concienzudamente.

»Tuve grandes carteras llenas de composiciones estravagantes que bastarian para volver loco á cualquiera que quisiese explicarlas.

»Cuando había pasado así varias horas, me llevaba á ver los ensayos en mármol que había encomendado á todos los estatuarios del país. El patio y el jardín estaban llenos, y tan luego como los veía ejecutados, ninguno le convenia.

»Otra preocupación que hube de satisfacer á toda costa fué la de la materia que debía emplearse en aquel monumento imaginario. Hizo que llevasen muestras de todos los mármoles y metales conocidos; ejecutaron trozos de escultura y de fundicion en tan gran cantidad que ya no podia contenerlos la casa. Los habia hasta por debajo de las camas, y los viajeros, tomando nuestra casa por un museo, iban á visitarla y á preguntarnos la esplicacion de los asuntos singulares que veian representados. La pobre Sofia se complacia en recibirlos y en explicarles sus ideas. Entonces se alejaban apesadumbrados y entristecidos por haber ido allí, otros se iban riendo y encogiéndose de hombros. (Miserables! su ironía me parecia un crimen.

«Entretanto nuestros recursos se agotaban. Mr. Goffred había dejado á su mujer el usufructo completo de su pequeña fortuna que yo había de heredar algun día. Se reunió un consejo de familia, tanto por interés mio, segun decian, como para conformarse con las intenciones de mi padre respecto de mí.

Un abogado decidió que era preciso imponer una intervención á la pobre Sofia y prohibir á los artistas, fundidores, prácticos y proveedores de materias costosas que le entregasen cosa alguna, disponiendo al propio tiempo que se la metiese en una casa de locos, puesto que era indudable que aquella contrariedad produciria en ella un estado de parasismo y de furor peligroso para los demás.

—El abogado tenía razon,—dijo Mr. Goeffe,—ese partido era doloroso, pero necesario.

—Os pido mil perdones, Mr. Goeffe, pero yo opiné de muy distinto modo. Siendo yo el único heredero de Mr. Goffred, tenía el derecho de dejar que mi tutora se comiese todo mi patrimonio.

—No, no teniais ese derecho. Erais menor, y la ley protege á los que no pueden protegerse á si mismos.

—Eso fué lo que me dijeron; pero tanto me hallaba en estado de protegerme á mí mismo, que amenacé al abogado con arrojarle por la ventana si no renunciaba á su infame proposición. ¡Meter á mi madre en una casa de locos! Entonces era preciso meterme á mí tambien, á mí, sin cuya compañía no podía pasar un solo instante, y que me hubiera muerto de inquietud al saber que estaba entregada á manos mercenarias! ¡Privarla del único entretenimiento que podía ejercer sobre ella la influencia de una tranquilidad mágica, por decirlo así! ¡arrancarle el derecho de manifestar y adormecer sus pesares por medio de edificios ruinosos, convengo en ello, pero que á nadie hacia daño ni perjuicio!

¿Y qué le importaba al señor abogado, grueso y rollizo, nuestra casa llena de sepulcros? ¿Quién le obligaba á ir á condolerse respecto del dinero gastado sin fruto alguno, ó á burlarse de las aberraciones de dolor de la pobre viuda? Me mantuve firme, la familia me censuró, el abogado me declaró insensato, pero mi madre quedó tranquila.

—¡Ah! ¡ah! hijo mio,—dijo Mr. Goeffe sonriendo,—¿así es como tratáis á los abogados?... Vamos, dadme un apretón de mano,—añadió mirando á Cristiano con los ojos arrasados en agua á impulsos del enternecimiento y la simpatía.

Cristiano estrechó las manos del buen Goelle y se las llevó á los labios segun la costumbre italiana.

—Acepto vuestra bondad para mí,—dijo—pero no aceptaría elogios por mi conducta. Mirad, era tan natural que, en mi situación, toda preocupación personal habria sido una infamia. ¿No os he dicho ya cuanto me habian querido, mimado y agasajado aquellos dos seres de quienes realmente me consideraba hijo, tanto por las entrañas como por el corazón? ¡Ah! ¡yo habia sido feliz, muy feliz, Mr. Goelle! ¡y por ningun desastre que pudiese sucederme tendria derecho para quejarme de la Providencia! No habia yo merecido toda aquella felicidad antes de nacer. ¿No debia procurar hacerme acreedor á ella despues de haber vivido un poco?

—¿Y qué fué de la pobre Sofia?—dijo Mr. Goelle despues de haber meditado durante algunos instantes.

—¡Ay de mí! me proponia referiros mi historia todo lo alegremente posible, y no he sabido tocar impávido al lado doloroso de mis recuerdos! Os pido perdon, Mr. Goelle; os he entristecido y mejor haré en deciros sencillamente que la pobre Sofia ha dejado de existir.

—Sin duda alguna, puesto que estais aquí. Ya veo que nunca la hubierais abandonado; pero, ¿conoció la miseria antes de morir? Quiero saberlo todo.

—Gracias al cielo, nunca careció de nada. No sé lo que habria sucedido si, despues de comer toda nuestra fortuna, me hubiese sido necesario separarme de ella para ganar su sustento; pero no era eso lo que me causaba inquietud, porque, á pesar de su aspecto tranquilo, la veia desmejorarse con rapidez.

»Al cabo de unos dos años me cogió de la mano una noche en que estábamos sentados silenciosos á orillas del lago, y me dijo con un sonido de voz extraordinario: «Cristiano, creo que tengo calentura; tóname el pulso y dime lo que opinas.»

»Desde su desgracia era aquella la vez primera que se cuidaba de su salud. Vi que tenia una calentura violenta. La hice volver á casa y llamé á su médico. «En efecto, me dices, está muy mala; pero, ¿quién sabe si se irá á verificar una crisis favorable?» Desde su desgracia no habia tenido calentura.

»Yo no abrigaba esperanzas alguna. Mi madre cayó en una soñolencia profunda. Ningun remedio produjo el menor efecto: se apagaba visiblemente. A unos momentos antes de morir pareció que recobraba algunas fuerzas y que despertaba.

de un largo sueño. Me rogó que la incorporase y me dijo al oído con voz ahogada: «¡Te bendigo, Cristiano! eres mi salvador; creo que he estado loca, que te he atormentado;» Silvio me ha reconvenido por ello hace un momento. Acabo de verle ahí, y me ha dicho que me levante y que le siga. «Ayúdame a salir de esta tumba en que yo tenía la manía de encerrarme... Ven... el buque se da á la vela... partamos...» Hizo un esfuerzo supremo para levantarse, y volvió á caer muerta en mis brazos.

«No sé á punto fijo lo que pasó durante varios días; me pareció que nada tenía ya que hacer en la vida, puesto que solo de mí tenía que cuidarme.

«Reuní en el mismo sepulcro los restos de mis amados padres é hice colocar en él la mas sencilla y blanca de todas las piedras tumulares amontonadas en nuestra casa, y allí grabé yo mismo sus nombres sin mas epitafio. ¡Ay de mí! comprendereis fácilmente que habia cobrado horror á todas las fórmulas y á todos los emblemas. Cuando regresé á casa fueron á decirme que esta no era ya mia, sino de los acreedores.

«Ya lo sabía; me hallaba tan preparado de antemano á abandonar aquel retiro querido que magistralmente habia hecho mi pequeño lío, al mismo tiempo que la amortajadora arreglaba el pobre cadáver. Dejé confiada la liquidación á la familia; en mi prodigalidad habia yo tenido bastante orden para saber que, si nada me quedaba, al menos no dejaba deuda alguna detrás de mí.

«Iba á salir de la casa cuando se presentó el judío de quien os he hablado. Pensé que iba á comprarme á un precio ínfimo algunas de las antigüedades preciosas de la colección de Mr. Goffredi, que iba á ser vendida á pública subasta; pero si pensó en ello, tuvo la delicadeza de no decirme lo, y como yo huía su encuentro, me siguió al jardín, á donde yo iba á coger algunas flores, único recuerdo material que queria llevarme. Allí me puso en la mano una bolsa bastante repleta de dinero y quiso huir sin darme esplicaciones.

«Pensé tan poco en tener mas parientes que los que acababa de perder, que creí seria alguna limosna, de la que el judío era intermediario, y arrojé la bolsa lejos de mí para obligarle á ir á cojerla. En efecto, volvió atrás, y recogién-dola, me dijo: «Esto es vuestro, enteramente vuestro. Es un dinero que yo debía á los Goffredi y que os restituyo.»

«Lo rehusé. Podia suceder que aquella pequeña cantidad fuese necesaria para saldar alguno de los débitos de la suce-

sion. El judío insistió, diciéndome: «Este dinero procede de vuestros verdaderos padres; es un depósito que se me había confiado y que me comprometí á entregaros cuando lo necesitaseis.»

—«Nada necesito,—le contesté,—tengo lo suficiente para ir á Roma, en donde los amigos de Mr. Goffredi me procurarán alguna ocupación. Tranquilizad á mis padres ó parientes respecto de mí. Presumo que no serán ricos cuando no han podido hacerme criar y educar al lado suyo. Dadlos gracias por el recuerdo y decidles que á la edad en que estoy y con la educación que he recibido, yo seré quien pueda auxiliaries muy pronto si me necesitan. Ya sea que se den á conocer ó no, aceptaré con gusto ese encargo. Me habian puesto en tan buenas manos, y gracias á esa elección he sido tan feliz que les debo vivas y sinceras gracias.»

—«Tales eran mis sentimientos, Mr. Goelle; no los fingia para ponerme en buen lugar, porque los mismos son hoy en día. Nunca he sentido la necesidad de acusar á nadie de entregar á los que me dieron el sor, y no comprendo á los bastardos que se quejan de no haber nacido en la condicion que ellos eligiesen; como si todo lo que vive no hubiese sido destinada en todo tiempo á vivir, y como si no fuese Dios quien nos llama ó nos envia á este mundo en las condiciones que se le antoja establecer.»

—«Vuestros padres no existen ya,—me contestó el judío.—Rogad por ellos y recibid la ofrenda de un amigo.»

—«Como era su tercera respuesta, diferente de la segunda y de la primera, esperiménté una desconfianza secreta.»

—«Sois vos, por casualidad, le dije, quien pretende ser ese amigo, y venir á auxiliarme?»

—«No, contestó, soy un mensajero fiel y nada más.»

—«Pues bien, decid á los que os han elegido que les doy las gracias, pero que nada acepto, así de los amigos que ocultan como de los que se dan á luz. ¿Teneis algo que revelarme con autorización de mi familia?»

—«No, nada! contestó, pero mas tarde si, probablemente. ¿A donde vais á parar en Roma?»

—«No lo sé.»

—«Pues bien, yo lo sabré, repuso, porque yo no debo perderos de vista. Adios y acordaos de que, si llegáis á caer en la miseria, el dinero que vais aquí es vuestro y bastará con avisarme para que os lo entregue.»

—«Me pareció que aquel hombre hablaba entonces con sinceridad; pero podia suceder que no fuese sino uno de esos

especuladores atrevidos que van al encuentro de los necesitados con la esperanza de desollarlos mas tarde. Le di las gracias friamente y me marché con las manos casi vacías.

»No me cuidé lo mas mínimo de lo que iba á ser de mí. No habia que pensar ya en los viajes, sino en procurarme un empleo cualquiera para mantenerme. Aunque hacia mucho tiempo que no habia podido continuar instruyéndome, merced á una memoria escelente nada habia olvidado.

»Mis escasos conocimientos eran bastante variados, y los elementos de las cosas eran bastante positivos en mi cabeza para que me fuese posible emprender con buen éxito la educacion particular de un muchacho. Deseé, sobre todo estas funciones con la esperanza que yo tenia de poder continuar mis estudios quitándome algunas horas de sueño.

»Mi padre habia tenido las relaciones mas honrosas en la provincia en que viviamos; pero ¡cosa singular! mi conducta para con Mme. Goffredi fué calificada de novelesca y de poco digna de un hombre formal. Me habia dejado arruinar; tanto peor para mí; hacia muy mal en solicitar una colocacion, siendo conocido como un disipador ciego, como una especie de loco! No debia pensar en ser colocado en Perusa. En Roma, uno de los amigos de mi padre me hizo entrar en calidad de preceptor en casa de un príncipe napolitano que tenia dos hijos perezosos y sin inteligencia, y una hija jorobada, coqueta y muy enamorada. Al cabo de dos meses me despedí para librarme de las ojeadas de aquella heroína de novela, cuyo protagonista no queria yo ser.

»En Nápoles hallé á otro amigo de mi padre, á un sábio abate, quien me colocó en una familia menos opulenta pero mucho mas desagradable, y con discípulos mas obtusos que los primeros. Su madre, que no era ya jóven ni mucho menos hermosa, me cobró odio muy luego porque no me hacia ilusiones respecto de sus encantos. Yo no me preciaba de tener una virtud feroz, no me atribuia el derecho de querer principiar mis amores con una divinidad, sabia contentarme con mucho menos; pero aunque el ama de la casa fuese pasadera, no queria yo ser el amante de una mujer que me mandaba y me pagaba. Me fui á buscar á mi sábio abate y á contarle mis apuros. Se echó á reir, diciendo: «Es culpa vuestra; sois buen mozo y eso os hace mostraros harto difícil.»

»Le supliqué que me hiciese entrar en casa de algun viudo ó de algunos huérfanos. Despues de algunas investigaciones me declaró que habia encontrado lo que buscábamos.

El jóven duque de Villareggia habia perdido á sus padres; no tenia hermanas ni tias. Criado en casa de un tio que tenia cardenal, necesitaba, no un ayo, puesto que ya le tenia, sino de un profesor de lenguas y de literatura; fui admitido. Allí mi posicion fué agradable y aun lucrativa. El cardenal era un hombre despejado y de talento; su sobrino, de edad de trece años, se hallaba dotado con muy buenas cualidades y era de un carácter amable. Le cobré mucho cariño y logré que hiciese rápidos progresos, al paso que yo tambien estudiaba, porque tenia una habitacion independiente y todas las noches libres para dedicarme al trabajo. El cardenal estaba tan contento conmigo que, para detenerme esclusivamente é impedir que tomase otros discípulos me retribuía con bastante esplendidez.

«Mi conducta fué estudiosa y arreglada durante un año, próximamente; habia sido tan grande mi pesadumbre y comprendia yo tan bien mi aislamiento en la sociedad, que acaso consideraba yo la vida de un modo mas sério de lo que merece. Hubiera podido convertirme en pedante si el cardenal no se hubiese dedicado á impulsarme con gracia y amabilidad á la ligereza y corrupcion del siglo. Me hizoser hombre de sociedad, y no sé á punto fijo si debo agradecersele. Gradualmente llegué á perder mucho tiempo para mi atavio, mis amores y mis placeres. El palacio del prelado era el punto de reunion de los hombres despejados, de buen humor y de las individualidades brillantes de la sociedad. No me pedían que moralizase á mi discípulo, sino que adornase su imaginacion con cosas agradables y ligeras. A mí personalmente, no me pedían sino que fuese amable con todos. Esto no era difícil en medio de gentes frívolas y bondadosas; llegué á ser *encantador*, mas aun de lo que convenia, acaso, á un huérfano sin apoyo, sin fortuna y sin porvenir.

«Gradualmente comencé á llevar una vida bastante disoluta; y durante algun tiempo me hallé en la pendiente del mal, estimulado y como impulsado por cuanto me rodeaba, detenido tan solo por el recuerdo de mis padres y por el temor de llegar á ser indigno del nombre que me habian dejado, pues he debido decirlos que mi padre adoptivo me habia intimado, por medio de su testamento, la orden de llamarme Cristiano Goffredi, y bajo este nombre me conocian en Nápoles.

«Este nombre honrado era una recomendacion excelente para mí en mis relaciones con personas graves y sensatas; pero olvidé demasiado pronto que aquel nombre plebeyo debia imponerme una gran prudencia y una gran reserva en mis

relaciones con los jóvenes de la nobleza con quienes yo me reunía en casa del cardenal. Me dejé arrastrar por las seducciones de la intimidad. Me elogiaban porque no tenía la torpeza ni la austeridad de un pedagogo de profesion. Me convidaban y me arrastraban con ellos. Yo formaba parte de todas las diversiones que organizaba la juventud mas brillante.

»El cardenal me felicitaba por saber conciliar las cenas, los bailes y las veladas con la exactitud y lucidez que siempre empleaba para enseñar á su sobrino; pero yo veía y comprendía muy bien que no cultivaba ya bastante mi inteligencia, que me detenía en mi camino, que insensiblemente me acostumbraba á no ser mas que un hombre amable en sociedad y un talento superficial que me convertía demasiado en cómico de sociedad y en poeta de salón; que de iri sueldo no hacia economia alguna para conseguir mi libertad y mi dignidad futuras, que tenía demasiada ropa buena sobre mi cuerpo y carecia del peso necesario en mi cerebro; en fin, que me había dejado cojer entre dos líneas paralelas, que eran el desórden y la nulidad, y que me esponía mucho á no salir nunca de entre ellas.

»Estas reflexiones, que por lo general desterraba yo de mi mente, solian ponerme meditabundo, sin embargo,

En el fondo, aquellos placeres que me embriagaban no me divertían. En casa de mis padres y con ellos habia yo conocido goces mas nobles y diversiones mas verdaderas. Evocaba todos los recuerdos de aquellos paseos que habiamos dado juntos, con un objeto sério que siempre procuraba satisfacciones puras, y en la febril actividad de mi nueva vida me sentía languidecer y decaer como en el seno de una ociosidad abrumadora. Comenzaba á soñar con la grandiosa existencia de los viajes lejanos, y al ver mi bolsillo constantemente vacío me preguntaba á mi mismo si no hubiera hecho mejor en consagrar á la satisfaccion de mis verdaderos gustos fisicos y de mis verdaderas necesidades intelectuales todo el fruto de mi trabajo, malgastado en diversiones que dejaban mi cuerpo abrumado y mi alma vacía. Luego me sentía de pronto como extraño á aquella sociedad ligera y avasallada á aquel clima enervante, aquella poblacion perezosa, en fin, á todo aquel centro de accion al que no me hallaba ligado por las raices vitales de la familia. Me sentía á la vez mas activo y mas recogido. Pensaba, tambien, no obstante mis veinte y tres años y mi miseria, en casarme, para tener una casa y una familia, un objeto de reforma, un motivo de preocupacion; pero é

cardenal á quien yo confiaba mis accesos de inquietud moral se chanceaba conmigo y me llamaba loco.—«Anoche bebiste ó trabajaste demasiado, me decia, tu cerebro está lleno de vapores. Disípalos yendo á ver la *Cintia* ó la *Fiammetta*, y sobre to lo no te cases con ella.

«Yo tenia cariño al cardenal: era bueno y alegre; pero aunque me trataba paternalmente y sin orgullo, me era facil comprender que era mas amable que cariñoso, que sabia rodearse de una comitiva agradable de la que yo formaba una parte importante, pero que no era hombre para tolerarme mucho tiempo á su lado si me mostraba melancólico y fastidioso.

Procuré aturdirme y olvidarme en el bienestar presente, vivir al día sin cuidarme de lo porvenir como cuantos me rodeaban. No pude conseguirlo. Se aumentó el tódio, el disgusto se pronunció abiertamente. Me sentia saciado de amores fáciles, de placeres sensuales compartidos sin resistencia por mujeres de todos rangos y clases. Para mí, pobre plebeyo, aquellos placeres habian tenido al pronto todo el atractivo de verdaderas conquistas.

Al ver que mi peluquero, que era un buen mozo, habia tenido tanta fortuna como yo, cobré horror á las marquesas. Quise abandonar á Nápoles. Pedí al cardenal que me enviase á vivir en una de sus quintas ó villas, en Calábria ó en Sicilia. Me hubiera convertido en mayordomo ó en bibliotecario en cualquier punto. Tenia una sed ardiente de descanso y de soledad. Volvió á burlarse de mis proyectos de retiro, que no creia sinceros. Me juzgaba tan poco apropósito para ser mayordomo como para ser fraile. Sin duda tenia razon, pero, como lo vais á ver, hizo muy mal en detenerme á su lado.

«Otro sobrino del cardenal volvió de sus viajes y se instaló en la casa. Tan simpático y amable era el jóven Tito Villareggia, como su primo Marcos Melli era necio, absurdo, impertinente y vanidoso. A todos desagradó, y para principiar se acarreó varios desafios. Era gran espadachin y mató ó hirió á sus adversarios sin recibir un solo rasguño, lo cual llevó su insolencia y presuncion á un grado inaguantable. Me mantuve en la mayor reserva posible, pero un dia, exasperado por su provocativa groseria, le di un mentis formal y le ofrecí satisfaccion con las armas en la mano. Lo rehusó, porque yo no era noble, y precipitándose sobre mí quiso abofetearme. Le derribé al suelo y le dejé sin causarle mas daño que una sofocacion producida por el furor. El escándalo tuvo gran publicidad. El cardenal me dió la razon á solas, y me

rogó que me marchase al instante á ocultarme en una de sus posesiones hasta tanto que Marcos Melfi emprendiese nuevos viajes.

»La idea de ocultarme me sublevó.—«¡Desgraciado!—me dijo el cardenal,—¿no sabes que mi sobrino se vé obligado, ahora, á mandarte asesinar?» La palabra *obligado* me pareció chistosa, y contesté al cardenal que yo obligaría á Marcos á batirse conmigo. «¡No puedes dar muerte á mi sobrino!—me dijo dándome golpecitos cariñosos en la cabeza.—Aun cuando tuvieses para ello la suficiente habilidad, no querrias pagar de ese modo el paternal cariño que te he mostrado.» Esta reflexion selló mis labios. Me volvi á mi cuarto é hice mis preparativos de marcha. Debí verificarlo de un modo mas misterioso, pero me repugnaba que creyesen que huia secretamente.

»De pronto, en el momento en que salia de mi cuarto para ir á buscar una cajita en el zaguán de la casa en que vivia solo, dos bandidos cayeron sobre mí y se dispusieron á sujetarme y atarme. Al defenderme los arrastré hasta el pié de la escalera; pero cuando iba á escaparme de entre sus manos, la puerta se cerró bruscamente y oí en el zaguán una voz ágría que esclamaba: «¡Valor, atadle! Quiero que muera ahí, á palos!» Era la voz de Marcos Melfi.

»La indignacion me prestó en aquel momento unas fuerzas sobrehumanas. Luché tan enérgicamente contra mis dos bandidos que en muy pocos instantes los puse fuera de combate. Entonces, sin volver á cuidarme de ellos, me precipité sobre Marcos, quien al ver frustrada su empresa queria retirarse. Le sujeté contra la puerta y le arranqué la espada que queria desenvainar para defenderse. «¡Miserable! le dije, no quiero asesinarte, pero te batirás conmigo, y ahora mismo!» Marcos era débil y endeble. Le obligué á que subiese delante de mí, le empujé dentro de mi cuarto, cuya puerta cerré con llave, cogí mi espada, y devolviéndole la suya le dije: «¡Ahora defiéndete! ya ves que es preciso batirse con un plebeyo!»—Goffredi, me contestó bajando la punta de su espada, no quiero batirme y no me batiré. Estoy harto seguro de matarte y á la verdad que seria lástima, porque eres un buen muchacho. Podias asesinarme y no lo has hecho. Seamos amigos!...»

»Confiado y sin rencor alguno iba yo á tomar la mano que me tendia, cuando con suma viveza y destreza me asestó una puñalada á la garganta con la mano izquierda. Huí el golpe del arma, la cual resbaló y me hirió en el hombro.

»Entonces no conocí ya límites mi furor: ataqué á aquel infame con sumo vigor y le obligué á defenderse. Nuestras armas eran iguales y tenía sobre mí la ventaja de una destreza y de una práctica de las que ciertamente distaba yo mucho. Sea como quiera, le tendí muerto á mis pies. Cayó con la espada en la mano, sin pronunciar una palabra, pero con una sonrisa infernal en los labios. Estaban clamando con violencia á la puerta, y aun daban fuertes golpes por echarla abajo. Quizas creyó que iba á ser vengado. Yo, abrumado por el causancio y la emoción, comprendí que estaba perdido, ya porque los asesinos hubiesen vuelto en sí de su desmayo, ó ya porque los estirros hubiesen sido avisados por ellos para ir á apoderarse de mí. Reuní las pocas fuerzas que me quedaban para saltar por la ventana. La altura no era mas que de unos veinte pies; llegué al suelo del patio sin hacerme gran daño, y ciñendo bien mi casaca en torno de mi cuerpo, para que la sangre que corría de mi hombro no señalase mi rastro, fui huyendo hasta donde pudieron llevarme mis piernas.

»Buena suerte tuve en poder llegar al campo. Mi asunto era muy malo por haberse verificado el desalojo sin testigos. Además, ¿qué importaba que yo me hallase en mi derecho, que mi conducta hubiese sido leal y generosa, que mi adversario fuese un villano cobarde? Pertenecía este á una de las primeras familias del reino, y la santa inquisición hubiera hecho un buen escarmiento con un pobre diablo de mi especie.

»Para pasar la noche hallé un refugio en una choza de pescadores; pero no llevaba sobre mí ni un óbolo para pagar la peligrosa hospitalidad que reclamaba. Por otra parte, mi traje desgarrado y manchado de sangre no me permitía que me mostrase fuera. Mi herida (ya fuese grave ó no, que yo lo ignoraba), me hacía padecer mucho. Me sentía débil, y sabía muy bien que toda la policía del reino estaba ya en movimiento para apoderarse de mí. Acostado sobre una mala estera, en un pequeño desvan, lloraba amargamente, no mi destino, que no me habría permitido tal debilidad, sino el brusco é irreparable rompimiento de mis relaciones con el buen cardenal y con mi amable discípulo. Comprendí cuanto los quería y maldije la maldita fatalidad que me había reducido á ensangrentar aquella casa en que fui acogido con tanta confianza y dulzura.

»Pero no se trataba de llorar, sino de huir. A la verdad, hubo un momento en que pensé en ir á buscar al judío que decía que conocía á mis padres ó á los amigos misteriosos que velaban por mí, ó que le habían encargado que le hicie-

se. He olvidado deciros que aquel hombre habia ido á establecerse en Nápoles, en donde varias veces le encontró; pero me pareció peligroso volver á entrar en la ciudad, y escribir al judío esponderme á que me descubriesen. Así pues, renuncié á ello.

»No os referiré prolijamente las aventuras en medio de las cuales se verificó mi evasión del territorio de Nápoles.

»Habia conseguido cambiar mi destrozado traje por unos andrajos que no me comprometian tanto. Con dificultad encontraba quien me diese de comer, pues la gente del pueblo, sabiendo que perseguian *al vil asesino* de un noble personaje, desconfiaban de todo desconocido sin recursos, y á no ser por las mujeres, que en todo país son mas valientes y humanitarias que nosotros, me hubiera muerto de hambre y de calentura. Mi herida me obligaba á detenerme con frecuencia en los parajes mas desiertos que podia hallar, y allí, privado de los cuidados mas indispensables, consideré mas de una vez la eventualidad de quedarme muerto, por no poderme levantar y seguir mi marcha. Pues bien, ¿querreis creer, Mr. Goefle, que en aquella situación desesperada experimentaba en algunos momentos raptos de júbilo, como si á despecho de todo saborease la aurora de mi libertad reconquistada? El aire, el movimiento, la ausencia de toda sujeción, la vista de los campos cuyos horizontes sin límites podia á la sazón tener esperanzas de trasponer, todo, hasta lo duro de mi lecho sobre la pelada roca, me recordaba los proyectos y las aspiraciones del tiempo en que realmente habia yo vivido.

»Por último, me acercaba sin accidente alguno á la frontera de los Estados Pontificios, y como no habia seguido el camino de Roma, tenia fundados motivos para esperar que, merced á un rodeo por las montañas, no me habia conocido ni seguido ningun espia. Me detuve en una aldea para vender mi mercancia, porque debo deciros que, causándome horror el mendigar y sintiéndome irritado por las negativas hasta el punto de hallarme tentado á pegar á las gentes que me despedian brutalmente, imaginé hacermé mercader.»

—¿Mercader de qué, —dijo Mr. Goefle, —puesto que no teniais un óbolo?

—Es cierto, pero en el momento de fugarme llevaba conmigo un cortaplumas que fue mi ganapan. Aunque nunca habia sido escultor, conocia bastante bien las leyes del dibujo, y un día, habiendo encontrado en mi camino una piedra

muy blanca y muy tierna, me ocurrió la idea de tomar una docena de fragmentos que desbasté en el acto, y que en seguida convertí, en mis momentos de descanso, en figuritas de madonas y de angelotes del tamaño de un dedo de altura. Aquella piedra, ó mas bien aquella creta era muy ligera, y así pude cargarme con unas cincuenta figuritas que vendía á cinco ó seis bayocos cada una al pasar por las alquerías y cabañas de los campesinos. De seguro era lo que mas valían, y para mí era el pan.

»Habiéndome dado buen resultado aquella industria durante dos dias, al ver que era día de mercado en la aldea, esperaba poderme desembarazar sin peligro de mi mercancía; pero como encontraba pocos compradores por la competencia que me hacia un piomontés que llevaba un gran surtido de figuritas de yeso, imaginé sentarme en el suelo y ponerme á trabajar mi piedra con mi cortaplumas ante la vista del pueblo, que muy luego se reunió en torno mio. Desde entonces alcancé un éxito asombroso. La prontitud, y probablemente la sencillez de mi trabajo encantaron á los concurrentes, y aquellas buenas gentes, y sobre todo las mujeres y los niños, se entregaron en derredor mio á demostraciones de sorpresa y de placer que convirtieron al piomontés en mi rival envidioso é irritado. Este me interpeló varias veces con grosería sin que yo perdiese la paciencia.

»Veía claramente que procuraba buscarme riña para obligarme á abandonar el campo, y me contenté con burlarme de él, diciéndole que hiciese por sí mismo sus figuritas y mostrase su talento á la reunion, con lo cual me aplaudieron mucho. En Italia, aun la clase mas ínfima del pueblo ama todo lo que es arte. Mi competidor fue silbado y tratado de máxima estúpida, mientras que á voz en grito me concedían el título de artista.

»El malvado imaginó una infamia para vengarse de mí. Dejó caer á propósito dos ó tres malas figuras de su surtido, y lanzó fuertes gritos para llamar á los guardias de policía que circulaban entre la multitud. Tan luego como logró atraerlos allí, supuso que yo habia amotinado al populacho contra él; que le habian empujado, con gran detrimento de su frágil mercancía; que era un hombre honrado, que pagaba su contribucion y á quien todos conocian en el pais, mientras que yo no era mas que un vagabundo, y quizás alguna cosa peor, ¿quién sabe? Acaso el *vil asesino del cardenal*. Así era como se referia ya el suceso de Nápoles, y á mi me designaban de ese modo á la animadversion pública y á los agentes

de policía. El pueblo tomó mi defensa; numerosos testigos defendían mi inocencia y la suya. Nadie había tropezado, ni tocado siquiera al puesto del diamontés. El grupo que me rodeaba hizo frente pacíficamente á los guardias, y se abrió por otro lado para dejarme huir.

»Pero si había allí buenas gentes, también había bribones y cobardes que me señalaron con el dedo sin decir una palabra en el momento en que yo me metía precipitadamente en una callejuela tortuosa. Me siguieron; les llevaba ventaja, pero no conocía la población, y en vez de dirigirme al campo me hallé en otra plaza pequeña en cuyo centro había una barraca de figuritas de movimiento que absorbía la atención de un auditorio bastante numeroso. Apenas me había confundido entre aquella pequeña multitud cuando ví á los guardias rodearla y fijar en ellas miradas penetrantes. Me escondía todo lo posible y fingía tomarme sumo interés por las aventuras de Polichinela, para no causar sorpresa á los vecinos que me codeaban, cuando en mi sobreescitada imaginación surgió una idea luminosa. Bien aconsejado por el peligro que me apremiaba, me introduje cada vez mas en el grupo compacto é inerte que los guardias querían examinar. Así llegué hasta tocar el lienzo de la barraca; me bajé poco á poco, y de pronto me deslicé debajo de aquel lienzo como una zorra en su madriguera, hallándome metido casi entre las piernas del operante ó recitante, es decir, del hombre que hacia mover y hablar á las figuritas... ¿Sabeis, Mr. Goeffe, lo que es un teatro de títeres ó figuras de movimiento?»

—¡Pardiez! he visto recientemente en Stockholmo el de Cristiano Waldo.

—¿Le habeis visto... desde fuera?

—Sí, solo desde fuera, pero sospecho muy bien lo que será el interior, aunque me pareció bastante complicado.

—Es un teatro para dos *operanti*, ó sea cuatro manos, es decir, cuatro personajes en escena, lo cual permite que se tenga un personal bastante numeroso de *burattini*.

—¿Qué es eso de *burattini*?

—Es la figurita de movimiento clásica, primitiva, y es la mejor. No es el *fantoccio* ó muñeco de diferentes piezas que, colgado del techo con cordeles, anda sin tocar al suelo ó haciendo un ruido ridiculo é inverosímil. Ese modo mas sábio y mas completo de la figura articulada, por medio de grandes perfeccionamientos de mecánica llega á simular gestes bastante verdaderos y posturas bastante graciosas: no hay duda alguna de que, por medio de otros perfeccionamientos, se

podrá llegar á imitar completamente á la naturaleza; pero examinando bien la cuestion, he pensado cuáles serian las ventajas que el arte reportase de un teatro de autómatas. Cuanto mas grandes y parecidos á hombres se les haga, mas triste y aun aterrador será el espectáculo de esos actores postizos. ¿No es esa vuestra opinion?

—Seguramente; pero hé ahí una digresion que me interesa menos que la continuacion de vuestra historia.

—Perdonad, perdonad, Mr. Goelfe, esta digresion me es necesaria. Llego á una fase bastante singular de mi existencia, y es preciso que os demuestre la superioridad del *burattino*; tengo empeño en probaros que esa representacion elemental del artista cómico no es una máquina, ni una estravagancia, ni una muñeca: es un ser.

—¡Ah! ¿un ser?—dijo Mr. Goelfe mirando con sorpresa á su interlocutor y pensando si padeceria accesos de locura.

—¡Sí, un ser, lo sostengo!—repuso Cristiano con vehemencia,—y es tanto mas un ser cuanto que su cuerpo no existe. El *burattino* no tiene resortes, ni cordeles, ni poleas: es una cabeza y nada mas; una cabeza expresiva, inteligente, en la cual... mirad!

Cristiano se fue debajo de la escalera y abrió una caja de donde sacó una figura pequeña de madera, guarnecida de trapos, que tiró al suelo, la volvió á levantar, la tiró al aire y la recibió en su mano.

—Mirad, mirad,—repuso,—¿veis esto? Un guñapo, una astilla que apenas os parece desbastada. Pero ved á mi mano introducirse en este pequeño saco de piel, ved á mi dedo índice introducirse en la cabeza hueca, á mi pulgar y mi dedo mayor flexar este par de mangas y dirigir estas manitas de madera que os parecen cortas, informes, ni abiertas ni cerradas, y esto á propósito para ocultar á la vista su inercia. Ahora tomemos la distancia combinada con el tamaño de la figurita. Quedaos ahí, mirad.

Cristiano, al hablar así, subió de dos saltos la escalera de madera, se bajó de modo que ocultase su cuerpo detrás de la barandilla, alzó la mano por encima de esta y comenzó á hacer mover la figurita con suma gracia y destreza.

—Ya lo veis,—esclamó alegremente pero con verdadera conviccion,—hé ahí la ilusion producida, aun sin teatro ni decoraciones! Esta figura, ligeramente bosquejada y pintada con un color bastante tosco y pálido, se reviste gradualmente en su movimiento con la apariencia de la vida. Si os enseñase una hermosa figurita alemana, barnizada, iluminada, cu-

bierta de lentejuelas y moviéndose por medio de resortes, no podriais olvidar que era una muñeca, mientras que mi *burattino*, flexible, obediente á todos los movimientos de mi mano, va, viene, saluda, vuelve la cabeza, cruza los brazos, los alza al cielo, los agita en todas direcciones, saluda, abofetea, dá golpes en la pared á impulsos de la alegría ó del dolor... y creéis ver reflejarse en su rostro todas sus emociones, ¿no es cierto? ¿De dónde procede ese prodigio de que una cabeza tan levemente indicada, tan fea vista desde cerca, tome de improviso, en el juego de la luz, una realidad de expresión que os hace olvidar sus verdaderas dimensiones? Sí, sostengo que cuando veis al *burattino* en la mano de un verdadero artista, en un teatro cuyas decoraciones bien entendidas, la dimensio-, los términos y la embocadura están bien en proporción con los personajes, olvidais completamente que no os halláis vos mismo en proporción con aquel pequeño escenario y aquellos seres diminutos, y aun olvidais que la voz que les hace hablar no es la suya. Esa unión, al parecer imposible, de una cabeza del tamaño de mi puño con una voz tan fuerte como la mía se verifica en virtud de una especie de embriaguez misteriosa en que sé hacerlos caer gradualmente, y todo el prodigio resulta... ¿sabeis de qué? De que este *burattino* no es un autómatas, de que obedece á mi capricho, á mi inspiración, á mi entusiasmo, de que todos sus movimientos son consecuencia de las ideas que me ocurren y de las palabras que le atribuyo, de que es yo mismo, en fin, es decir, un ser y no un muñeco.

Cristiano; despues de haber hablado así con gran viveza, bajó la escalera, puso la figurita sobre la mesa, se quitó la casaca diciendo á Mr. Goelfe que le perdonase, que tenía calor, y volvió á colocarse á caballo sobre su silla para continuar el hilo de su historia.

Durante esta interrupcion singular, Mr. Goelfe habia tenido una actitud no menos cómica.

—¡Aguardad!—dijo cogiendo el *burattino*;—todo lo que acabais de decir es cierto y está perfectamente expresado. Ahora comprendo el extraordinario placer con que vi las representaciones de Cristiano Waldo; pero lo que no me decís y lo que veo claramente es que este pequeño y singular personaje que tengo aquí... y al que de buena gana haría yo moverse y hablar... Vamos, amiguito mío,—añadió metiendo sus dedos en la cabeza y en las mangas del *burattino*,—mírame un momento... Eso es, sí, eres muy mono y te veo de cerca con gusto. ¡Ah! ahora te conozco; tú eres Stentarello,

el jovial, el hurlon, el gracioso Stentarello, que tanto me hizo reír en Stockholmo, hace quince días. Y vos, hijo mío,—volvió á añadir Mr. Goelle dirigiéndose á Cristiano,—aunque nunca he visto vuestra cara, os conozco perfectamente por vuestra voz, vuestro talento, vuestra alegría y aun vuestra sensibilidad; sois Cristiano Waldo, el famoso operante recitante de los *buratini* napolitanos!

—Para tener la honra de serviros, contestó Cristiano Waldo saludando al doctor con gracia y si deseáis saber cómo Cristiano del Lago, Cristiano Goffredi y Cristiano Waldo son una sola y misma persona, escuchad el resto de mis aventuras.

—Escucho, y ahora tengo suma curiosidad; pero quiero saber de donde procede ese nuevo nombre de Cristiano Waldo.

—Oh! en efecto, ese es muy nuevo; solo data del otoño pasado, y me sería difícil deciros por qué le escogí. Creo que me ocurrió en sueños, como una reminiscencia de algun nombre de localidad que me hubiese sorprendido en mi infancia.

—Es singular! no importa. Me habeis dejado en la barraca de los *burattini*, en la plaza de....

—De Celano,—repuso Cristiano.—¡También á orillas de un hermoso lago! Os aseguro, Mr. Goelle, que mi destino está ligado al de los lagos, y que en eso hay algun misterio cuya clave sabré acaso algun día.

«No habeis olvidado que la policía me seguía los alcan-ces, y que, á no ser por la barraca de los *burattini*, probablemente me habrian cogido y ahorcado. Ahora bien, aquella barraca era muy pequeña y no podia contener mas que á un hombre.

»Cuando á vos, habitante de un pais en que no está en uso esa diversion esencialmente italiana, puesto que acaso sea yo el único que le he traído, os pregunté si sabiais cómo estaban preparadas las barracas de los *burattini*, era para mostrarnos mi situacion entre las piernas del operante, el cual, ocupado en hacer que el *Pulcinella* se batiese con el esbirro con las manos y los ojos levantados y la imaginacion preocupada igualmente por la improvisacion de su drama burlesco, no tenia tiempo para ver y comprender lo que pasaba á la altura de sus rodillas. Asi pues, aquello no era para mí sino un momento de descanso entre el desenlace de la pieza y el de mi destino.

»Comprendí que no debia aguardar mi salvacion de la casualidad; cogi del suelo dos *burattini* que por una coinciden-

cia singular con mi situacion representaban á un juez y un verdugo, y estrechándome junto al *operante* me alcé lo mejor que pude al lado suyo, puse las figuritas junto á la embocadura y con riesgo de reventar el lienzo de la barraca introduje de improvviso una escena inesperada en la pieza. La escena tuvo un éxito inexplicable, y mi asociado, sin desconcertarse lo mas mínimo, la cogió al vuelo, y aunque estaba en un espacio muy angosto sostuvo el diálogo con una alegría y una presencia de ánimo no menos extraordinarias.

—Maravillosa y loca Italia!—esclamó Mr. Goefle;—solo allí es donde las facultades son tan lucidas y repentinas!

—Las de mi nuevo compañero,—repuso Cristiano,—eran mucho mas penetrantes aun de lo que podeis imaginar. Me habia conocido, habia comprendido mi situacion y estaba resuelto á salvarme.

—¿Y os salvó?

—Sin decirme una palabra y mientras yo dirigia, en lugar suyo, el discurso final al público, me puso un gorro en la cabeza, me echó sobre los hombros una especie de casacon encarnado, me pintó la cara con ocre, y luego que cayó el telon me dijo al oido: «Goffredi, toma el teatro sobre tus hombros y sígueme.»

»En efecto, atravesamos así la plaza y salimos de la aldea sin ser molestados. Anduvimos toda la noche, y ántes de que amaneciese estábamos en la campiña de Roma.

—Quién era ese amigo fiel?—dijo Mr. Goefle.

—Era un hijo de familia llamado Guido Massarelli que, como yo, huia del reino de Nápoles. Su asunto no era de tanta gravedad: solo huia de sus acreedores; pero no valia tanto como yo, Mr. Goefle, os lo aseguro! Y sin embargo era un jóven amable, un muchacho instruido y despejado, de un caracter seductor. Le habia conocido con intimidad en Nápoles, en donde se comió su patrimonio y se grangeó muchos amigos. Hijo de un rico comerciante y dotado de mucha inteligencia, habia recibido excelente educacion. Se lanzó, como yó, á una esfera de relaciones en que habia de perderse harto pronto; muy luego se vió sin recursos. Le estuve manteniendo durante algun tiempo; pero, como ya no se contentaba con una existencia modesta, ni se sentia con el valor suficiente para trabajar con el fin de ganarse el sustento, concluyó por hacerse estafador.

—¿Lo sabiais?

—Sí, lo sabia, pero no tuve valor para reconvénirle por ello en un momento en que me salvaba la vida. Se hallaba, como

yo, en la posición mas lamentable. Se había fugado con algunos escudos que invirtió en comprar á un saltimbanqui el establecimiento de títeres que á la sazón le servía no tanto para ganarse la vida como para ocultarse.

—Ya ves,—me dijo,—el oficio que hago ahora es, por mi parte, un rasgo de génio. Hace ya dos meses que estoy recorriendo el Reino de Nápoles sin que me conozan. Me preguntarás por qué no he huido mas lejos: es porque mas lejos tengo tambien acreedores, y á no ser que me vaya hasta Francia, en todo el camino los encontraré. Además, había dejado en Nápoles algunas aventurillas de amor que todavía me preocupaban, y me he mantenido en los alrededores. Merced á esta ligera garita de lienzo soy invisible en medio de la multitud. Mientras todos los ojos están fijos en mis *burattini*, nadie piensa en saber quién es el hombre que los hace moverse. Paso de un barrio á otro andando dentro de mi concha, y cuando estoy fuera de ella, nadie sabe si soy el mismo hombre que ha divertido á la concurrencia.

—De seguro que es buena idea, le contesté, pero, ¿qué piensas hacer ahora?

—Lo que quieras,—respondió.—Soy tan feliz con haber vuelto á encontrarte y con poderte servir, que estoy dispuesto á seguirte á donde me conduzcas. Te tengo mas cariño de lo que pudiera espresarte. Siempre has sido indulgente para mí. No eras rico, y en proporción has hecho por mí mas que los ricos; me has defendido cuando me acusaban, me has reconvenido por mis extravíos, pero procurando hacerme comprender siempre que podía salir de ellos. No sé si tienes razón, pero es seguro que, para complacerte haré un esfuerzo supremo con tal que sea fuera de Italia, porque en Italia, ya lo ves, estoy perdido, deshonrado, y es preciso que me vaya al extranjero, bajo otro nombre, si he de intentar una vida mejor.

»Guido hablaba con tono de convicción y aun lloraba. Yo sabía que era bueno y le creí sincero. En aquel momento lo era quizás. Si he de deciros la verdad, siempre he sentido una gran indulgencia hacia los que son generosos á la vez que pródigos, y segun mi modo de pensar, Guido se había hallado varias veces en este caso.

»Esto es deciros, Mr Goeffe, que no confundo la liberalidad con el desorden egoísta, aunque muchas veces he pecado en ese concepto. Tanto es así que me dejé persuadir y enternecer por mi antiguo compañero, por mi nuevo amigo, y muy luego nos encontramos en el territorio pontificio, al-

morzando frugalmente á la sombra de un grupo de pinos y formando un plan de conducta para ambos.

»Estábamos tan desprovistos de recursos el uno como el otro; pero mi situación, mas grave legalmente que la suya, tampoco era desesperada. Solo en mi hubiera consistido el fugarme sin tantos peligros, fatigas y miserias. No hubiera tenido mas que refugiarme fuera de Nápoles, en casa de cualquiera de las personas honradas que me habian mostrado cariño, y que de seguro me habrian creído con solo mi palabra al saber de qué manera me habia visto obligado, en cierto modo, á matar á mi cobarde enemigo. Era aborrecido, y yo era muy querido. Me hubieran recibido, ocultado, cuidado y puesto en disposicion de abandonar el pais por medio de su proteccion. Ante elevadas influencias, acaso la policia y aun la misma inquisicion habrian cerrado los ojos. Sin embargo, yo no habia podido resolverme á adoptar aquel partido; la causa de mi insuperable repugnancia era la falta de dinero y la necesidad de aceptar los primeros socorros. Habia disfrutado en casa del cardenal un sueldo bastante crecido para no tener el derecho de marcharme con las manos vacias. El mismo cardenal no podia sospechar mi situación pecuniaria.

»Me hubiera avergonzado de confesar, no que me hallaba sin dinero, porque esta era la situación perpétua de los jóvenes de la sociedad que yo frecuentaba, sino que no me hallaba en posición de tenerle antes de ser puesto en posesion de un nuevo empleo, y aun esto suponiendo que yo observase en lo sucesivo una conducta mas regular y ordenada que en lo pasado. En cuanto á este último punto, me proponia contraer tal compromiso conmigo mismo; pero mi orgullo no podia resolverse á contraerle respecto de los demas en tales circunstancias.

»Cuando expliqué esta situación á Guido Massarelli, le causaron mucha sorpresa mis escrúpulos y aun me compadeció por ellos. Sin embargo, cuanto mas me incitaba para que fuese á pedir socorros á mis amigos de Roma, mas se aumentaba mi repulsion: acaso era exagerada; pero de seguro que al verme sentado junto á aquel compañero de infortunios no me avergonzaba de verme reducido á comer grano de altramuiz con él, mientras que me hubiera muerto de hambre antes que ir con él á pedir de comer á mis antiguos conocidos.

»Tanto habia él abusado de las peticiones, de las promesas, de los arrepentimientos estériles, que habia yo temido representar, al parecer, un papel análogo al suyo.

—»Hemos hecho muchas necedades,—le dije,—y es preciso sufrir sus consecuencias. Yo estoy decidido á trasladarme á Francia por Génova, ó á Alemania por Venecia. Iré á pie, manteniéndome como pueda. Cuando llegue á alguna ciudad grande, fuera de Italia, en donde á la menor imprudencia correré siempre el peligro de caer en manos de la policía italiana, procuraré encontrar un empleo. Escribiré al cardenal para justificarme, á mis amigos para pedirles cartas de recomendacion, y creo que despues de pasar un poco de miseria y de ansiedad, me colocaré decentemente. Si quieres, sigueme; te ayudaré con todo mi poder para que hagas lo mismo que yo, es decir, para que trabajes á fin de vivir honradamente.

»Guido pareció hallarse tan bien convertido y decidido, que ya no me defendí en manera alguna contra la seduccion de su amistad. Sin embargo, varias veces habia yo observado que no hay ente mas amable que un verdadero pícaro, y que los caracteres mas sociables suelen ser los que mas carecen de dignidad; pero hay en nosotros un nécio amor propio que nos hace creer en nuestra influencia sobre esos malthadados seres, y cuando logran engañarnos, la culpa es tanto nuestra como de ellos.

»Todos estos preliminares eran inevitables para contaros sin mas reflexiones lo que vá á seguir.

»Tratábase, pues, de abandonar la Italia, es decir, de andar algunos centenares de leguas sin un ochavo en el bolsillo. Prometí á Guido hallar medios para verificarlo, y le rogué que me concediese tan solo algunos dias de descanso para curar mi herida que se enconaba cruelmente.

—»Entretanto,—le dije,—gánate la vida; yo me quedaré por ahí, con un pan, en la cavidad de alguna roca junto á un manantial. Es lo único que necesita un hombre que tiene calentura. Citémonos para algun punto, y allí me reuniré contigo cuando pueda andar.

»Se negó á separarse de mí y se convirtió en mi proveedor y mi enfermero con tanto celo y cuidados ingenuos para conjurar el sufrimiento y la miseria, que no pude menos de profesarle sincera gratitud. Tres dias despues me hallaba restablecido y habia reflexionado.

»Hé aquí el resultado de mis reflexiones. No podíamos hacer cosa mejor que enseñar nuestros títeres, nuestros *burrattini*, solo que era preciso hacer que el oficio fuese menos vulgar y mas lucrativo. Era preciso salir del eterno drama de *Pulsinella* é improvisar entre ambos, sobre planes igualmen-

te sencillos, pero menos trillados, sainetes divertidos. Guido tenía mas talento de lo que se necesita para tal ejercicio, y en vez de dedicarse á él con tedio y disgusto, comprendió que conmigo hallaría sumo placer, puesto que es una regla general que no se logra divertirse a los demas cuando uno mismo no se divierte. Por consiguiente, me ayudó á hacer un teatro portátil en dos partes, de las que cada una nos servia en cierto modo de cobertizo para caminar á cubierto del sol, de la lluvia, y de los alguaciles, y qué uniendose por medio de algunos ganchos, formaban un escenario bastante grande para el desarrollo de nuestros dos pares de manos. Trasformé aquellos innobles *burattini* en figuritas inteligentes y bien vestidas, les añadí unos diez personajes nuevos que confeccioné yo mismo, y al aire libre, en medio de agrestes soledades, hicimos el ensayo de nuestro nuevo teatro.

»Los humildes gastos de aquel establecimiento fueron cubiertos con la venta de mis figuritas de piedra blanda que representaban asuntos de religion y que Guido supo vender por el campo mucho mas ventajosamente de lo que yo lo había hecho antes. Al fin de la semana conseguimos dar en los arrabales de Roma una docena de representaciones que alcanzaron el mejor éxito, y que nos produjeron la fabulosa cantidad de tres escudos romanos! Era lo suficiente para volver á ponernos en camino y atravesar los desiertos que separan á la ciudad eterna de las demas provincias de Italia.

Guido, encantado con nuestro triunfo, hubiera querido esplotar á Roma por mas tiempo. Es indudable que hubiéramos podido aventurarnos en los barrios aristocráticos y llamar la atención de la gente de alta clase hacia nuestras pequeñas comedias; pero eso era, precisamente, lo que yo temia, lo que ambos debíamos temer, teniendo tantos motivos para mantenernos ocultos. Decidí á mi compañero, y nos encaminamos á Florencia representando nuestras piezas en las ciudades y en las aldeas para atender á los gastos de nuestro viaje.

»Nos habíamos encaminado por Perugia, y por mi parte, no fué sin intencion el preferir este itinerario al de Siena. Quería ver de nuevo mi hermosa y querida ciudad, mi dulce lago de Trasimena, y sobre todo la pequeña quinta en que pasé tan venturosos dias. Llegamos á Bassignano á la entrada de la noche. Nunca había yo visto el sol poniente tan luminoso sobre las aguas tranquilas y transparentes. Dejé que Guido se instalase en una miserable hostería, y por la orilla del lago me fui hasta la *villetta* Goffredi.

»Para que no me conociesen en el país me había puesto una máscara y un sombrero de arlequín comprados en Roma para las circunstancias peligrosas. Algunos guinapos de colores muy chillones me trastornaban en ciertas ocasiones en saltimbanqui oficial, traje muy conveniente para un titiritero destinado á hacer los anuncios. Los chicos de la aldea me siguieron dando gritos de alegría, pensando que yo iba á hacer algunas *habilidades*; pero los alejé repartiéndoles algunos coscorrónes, y muy luego me vi solo en la playa.

»Llegué cuando ya había anochecido; sin embargo, la noche estaba clara, y en el sereno cristal del lago, en el que se borran con el crepúsculo las líneas del horizonte, se creía costear la inmensidad del estrellado cielo, y pasear, como un espíritu aéreo, por no sé qué límite fantástico de lo infinito.... ¡Ah! ¡qué singular es la vida algunas veces, Mr. Goethe! ¡y qué personaje tan extraño aparecía yo allí con mi grotesco traje, buscando, como un alma en pena, bajo los sauces que habían crecido durante mi ausencia, la tumba solitaria de mis pobres padres! ... Hubo un momento en que creí que la habían quitado de allí, que me habían robado, porque era realmente mía, era mi único patrimonio: yo había comprado con mis últimos escudos el pequeño rincón de tierra bendita en que deposité sus restos.

»Al fin encontré á tientas aquella piedra humilde; me senté junto á ella, y quitándome mi máscara de arlequín libre con entera libertad. Permanecí allí una parte de la noche absorto en mis reflexiones, y descando, antes de alejarme, probablemente para siempre, resumir mi vida, arrepentirme de mis errores y adoptar buenas resoluciones!.... La gracia divina no es una ilusión, Mr. Goethe. No sé hasta qué punto sois luterano, y en cuanto á mí, no me precio de ser gran católico. Vivimos en un tiempo en el que nadie cree en gran cosa, á no ser en la necesidad y en el deber de la tolerancia; pero yo creo vagamente en el alma del mundo, llámesela como se quiera, en un alma grande, enteramente llena de amor y de bondad, que recibe nuestras lágrimas y nuestras aspiraciones. Los filósofos de la época actual dicen que es una vulgaridad imaginar que el ser de los seres se digne ocuparse de viles gusanos como nosotros; yo digo que nada hay pequeño ni grande ante el que todo lo es, y que, en un océano de amor, siempre habrá sitio suficiente para recoger con bondad una pobre laguna humana!

»Díce, pues, mi examen de conciencia sobre aquella tumba, porque me parecía que en aquella lluvia de dulce luz con

que me bañaban las tranquilas estrellas, mis dos Goffredi, mi padre y mi madre de corazón, podían muy bien encontrar un rayo de luz para verme y bendecirme. No sentía crimen ni vergüenza, villanía ni impiedad alguna entre ellos y yo; nunca les había olvidado un solo día; y en medio de mis momentos de embriaguez amorosa, cuando el demonio de la juventud y de la curiosidad me había lanzado hacia los abismos del mundo increíble y vicioso, siempre me defendí y me salvé invocando el recuerdo de Silvio y de Sofia.

»Pero no basta haber evitado el mal, hubiera sido preciso hacer el bien. El bien es una obra relativa á la posición y á la capacidad de cada uno de nosotros. Mi deber hubiera sido emprender de nuevo los trabajos que Silvio Goffredi, y por medio de mi economía ponerme en situación de escribir y publicar los resultados de sus pesquisas. Para eso hubiera sido preciso hallar el medio de adquirir alguna fortuna con el fin de completar sus viajes. Pensé en ello al pronto, y después, la inexperiencia, los sentidos y el mal ejemplo me habían arrastrado á vivir al día, como un aventurero. En resumen aquella vida de aventuras me había conducido á mi pérdida. Si me hubiese mantenido en el lugar que convenia á un modesto profesor, no me hubiera visto obligado á matar á Marcos Meffi. El no hubiera pensado en insultarme, y ni siquiera me habría encontrado en los salones del cardenal; no hubiera ido buscarme á mi cuarto de estudio, en medio de mis libros; ni siquiera habría sabido que yo existía. No había llevado la vida que convenia á un hombre formal. Quise hacer el ridículo, y hube de convertirme en espadachín.

—»¿Cuánto lloraría mi pobre madre, pensaba yo, si me viese aquí, disfrazado de farsante callejero, desgarrando sobre los guijarros estos pies que en otro tiempo caldeaba ella entre sus manos ántes de llevarme á mi cuna! Y mi padre, cuánto me censuraría por ese escrúpulo de honor mal entendido que me había convertido en un asesino y un proscrito!... Me acordaba de la viveza de carácter y del quisquilloso orgullo del noble Silvio, y sin embargo, él no hubiera sabido manejar una espada y se había negado á darme un profesor de esgrima, diciendo que un hombre tenia el honor muy frágil cuando no podia hacerse respetar sin llevar al costado una tizona!

»Juré á la memoria de aquellos queridos y tiernos amigos reparar mis faltas, y después de haber contemplado por mucho tiempo el cielo, en donde imaginaba poderlos suponer reunidos en alguna estrella feliz, me encaminé de nuevo á la

aldea, sin quererme informar de lo que se habia hecho la *vi-letta*. ¿Con qué derecho hubiera yo ido allí á abandonarme á estériles pesares? No era para enriquecerme en la pereza para lo que Silvio me la habia legado. Debí bendecirme desde el fondo de su tumba cuando lo vendí y lo gasté todo para dulcificar los últimos dias de su viuda; pero una vez verificado este sacrificio, hubiera debido trabajar mas aun, y no creer que un pequeño acto de abnegacion doméstica me daba el derecho de embriagarme en la mesa de los ociosos.

»Encontré en la orilla del lago á Guido Massarelli, que me iba á buscar, porque estaba ya inquieto por mí. Le franqué mi corazon, y pareció que mi emocion le conmovia en estremo.

»Sentados en una barca amarrada á la orilla, hablamos de sentimiento, de moral, de filosofia, de metafísica, de astronomía y de poesia hasta los primeros albores de la madrugada. Guido tenia una inteligencia muy noble. ¡Ah! esa anomalía se encuentra muchas veces en caracteres villanos, como para hacer dudar de la lógica de Dios á los que no tengan sólidas creencias!

»Al dia siguiente estábamos en marcha, y algunos dias despues reuníamos á la multitud en la plaza del Palacio-Viejo, en Florencia. Nuestras ganancias fueron regulares. Pudimos viajar en carro hasta Génova. Andábamos á pié con gusto, pero nuestro equipaje, que de continuo se aumentaba con nuevas figurillas y decoraciones, comenzaba á ser muy pesado para llevado á cuestas.»

»En Génova tuvimos nuevo triunfo y ganancias extraordinarias. Tal aficion nos tomaron que no podíamos satisfacer las peticiones particulares. Primero habíamos divertido al pueblo en la plaza pública; pero, habiéndose detenido delante de la barraca algunos transeuntes de mas alta clase, no pudimos resistir á la coqueteria de poner nuestro diálogo á la altura de un público mas escogido. Lo observaron y lo contaron por la ciudad.

Uno de aquellos oyentes de casualidad era un marqués de Spinola, quien nos llamó á su casa para divertir á sus hijos. Fuimos allí enmascarados, imponiendo como una condicion espresa nuestro *incógnito*. El teatro fué colocado en un jardín, y tuvimos por público á la parte mas brillante y mas ilustre de la sociedad de Génova.

»En los dias siguientes no sabíamos á quien atender. Todos querian vernos, y Guido exigió precios muy subidos que en ninguna parte fueron regateados. El misterio con que nos re-

deábamos, el cuidado que teníamos de no quitarnos nuestras caretas sino dentro de la barraca, y los nombres fantásticos que habíamos adoptado, aumentaron sin duda nuestra voga. Todos adivinaron fácilmente que éramos muchachos de buena familia; pero mientras unos adivinaban igualmente que estábamos en tal situación á consecuencia de alguna calaverada, otros querían persuadirse de que nos dedicábamos á aquel oficio por divertirnos y á consecuencia de alguna apuesta. Llegaron hasta el extremo de querer conocer en nosotros á dos jóvenes de la ciudad que, mas tarde, segun nos dijeron, tuvieron serias contestaciones para desmentirlo.

»En Niza, en Tolon, y hasta en Marsella, recorrimos una série de triunfos. Como viajábamos lentamente, nuestra nombradía se nos habia anticipado, y en las posadas en que nos deteníamos nos decian que ya habían ido á preguntar por nosotros y á pedirnos representaciones.

»Desde Marsella nuestro buen éxito fué disminuyendo hasta Paris. Yo sabia bastante bien el francés, y cada dia me desembarazaba mas y mas del acento italiano, que al pronto no me permitia variar suficientemente la entonacion de mis personajes; pero el acento de Guido, mucho mas pronunciado que el mio hacia progresos en sentido inverso, y de ello se resentia nuestro diálogo. Esto no me atormentaba lo mas mínimo, pues íbamos á abandonar el oficio de bufones y me fisonjeaba la idea de tener lo suficiente para aguardar una posicion mas seria.

VI.

Al cabo de algunos momentos de descanso, Cristiano continuó su narracion en estos términos:

—«Sin embargo, no debo olvidar referiros el encuentro interesante que me reconcilió durante algunos dias con el oficio de artista ambulante. Fué el de un hombre muy interesante que hoy disfruta en Paris la posicion mas honrosa, y cuyo nombre habra llegado, sin duda, hasta aquí. Me refiero á Felipe Ledru, llamado *Comus*.

—Seguramente,—contestó Mr. Goefle,—leí en un periódico científico que ese hábil prestidigitador era un gran físico, y que sus experimentos sobre el iman acababan de enriquecer á la ciencia con instrumentos nuevos de singular perfeccion. ¿Digo bien?

—Sí, Mr. Goefle. Mr. Ledru ha sido nombrado profesor de los hijos del Rey de Francia: ha trazado cartas náuticas

con arreglo á un sistema nuevo que es el resultado de trabajos inmensos emprendidos por orden del Rey; ha suministrado ejemplares manuscritos de esas cartas á Mr. de La Perouse. En fin, desde el dia en que le encontré en los caminos, dando al público el espectáculo de un pobre sábio que difunde la instruccion bajo la forma de una diversion, ha conquistado rápidamente la estimacion general, el favor de los ministros y los medios de aplicar á grandes resultados el fruto de sus altos conocimientos.

«Me sucedió, pues, que encontré al ilustre Comus, no precisamente en la plaza pública de Lyon, sino en un local destinado á varias representaciones de *operanti* ambulantes, que cada uno de nosotros iba á alquilar por su cuenta. Acostumbrado á los modales ridículos ó toscos de esa clase de competidores, me mantenía (como siempre) muy alerta, cuando Comus fué el primero que me habló con modales cuyo encanto y distincion me sorprendieron. Era un hombre de unos treinta y cinco años, de constitucion magnífica, tan vigoroso de cuerpo como de alma, tan ágil de miembros como amable de lenguaje, en fin, uno de esos seres admirablemente dotados que por fuerza han de salir de la oscuridad. Se enteró de mi industria, y pareció causarle sorpresa que yo fuese bastante instruido para poder conversar con él. Le confesé francamente las circunstancias en que me encontraba, y me cobró cariño.

«Después que hubo asistido á nuestra representacion, la cual le divirtió mucho, nos convidó á ver la suya, de la cual reporte gran provecho, porque tenía varios *secrets* que son realmente suyos, y que no son sino una aplicacion, entre mil, de descubrimientos de singular importancia. Tuvo á bien espharmelos, y hallándome bastante capaz, me ofreció compartir su suerte y sus aventuras. Me negué con pesar y erróneamente: con pesar, porque Comus era uno de los hombres mejores, mas desinteresados y mas simpáticos que he conocido en tiempo alguno; erróneamente porque aquel físicé ambulante debia hallar muy pronto el empleo útil y formal de sus grandes talentos. Habia jurado á Massarelli no abandonar-le, y Massarelli no tenía inclinacion alguna á las ciencias.

«Aquel encuentro, que no supe aprovechar para mis intereses materiales, me fué tan útil sin embargo bajo el punto de vista moral, que siempre bendeciré al cielo por haberla tenido. Os he de resumir con toda la brevedad posible los consejos que aquel hombre hábil y escelente tuvo á bien darme alegre y amistosamente, sin pedantismo, durante una cena fru-

gal que hicimos juntos en la posada en medio de las cajas que contenian nuestro equipaje para separarnos al día siguiente.

—«Querido Goffredi,—me dijo,—siento dejaros tan pronto y el pesar que por ello sentis le esperumento yo verdaderamente tambien. Los pocos dias que hemos pasado juntos me han bastado para conoceros y apreciaros; pero no tengais inquietud ni desaliento de vuestro porvenir. Será hermoso si es útil, porque, mirad, voy á usar con vos un language enteramente opuesto al de todos los demas, y cuyo buen sentido reconocereis si haceis lo que os aconsejo. Otros os dirán: «Sacrificad todo á la ambicion.» Yo os digo: «Sacrificad ante todo la ambicion, tal como lo entiende la sociedad; es decir, no os cuideis de la fortuna ni de la nombradía; caminad en derechura hácia un solo objeto, el de ilustrar á nuestros semejantes, no importa en qué condicion ni por qué medio. Todos los oficios son hermosos y nobles cuando tienen ese objeto. No sois mas que un bufon, y yo no soy mas que un brujo! Riámonos de ello y continuemos, puesto que los títeres y la fantasmagoria nos sirven para buenos fines. Lo que os estoy diciendo es el secreto para ser feliz á pesar de todo.

»Per lo que á mi hace no conozco mas que dos cosas, y estas no hacen sino un solo y mismo précepto: amar á la humanidad y no hacer caso alguno de las preocupaciones. Despreciar el error equivale á querer estimar al hombre, ¿no es cierto? Con ese secreto siempre os juzgareis bastante rico y bastante ilustre. En cuanto al tiempo perdido que echais de menos, sois bastante jóven para recuperarle ámpliamente. Yo tambien fui algo frivolo y vano en mi juventud, y conté demasiado con mis fuerzas; y luego, despues de haber gastado un poco locamente mi patrimonio y mi hermosa edad, me enderecé y sigo andando.

»Estoy vigorosamente constituido, y vos tambien. Trabajo doce horas por dia, y esto puede hacerlo todo el que no es delicado y achacoso. Lanzaos al estudio y dejad para los incapaces el buscar el placer. No le encontrarán donde creen, y vos le hallareis donde está, es decir, en la tranquilidad de la conciencia y en el ejercicio de las nobles facultades.

»Dicho esto, Comus dividió el dinero de sus ganancias en dos partes, una grande y otra pequena: guardó para sí la pequena y envió la grande á los hospicios de la ciudad. Me sorprendió en extremo la sencillez y alegría con que hizo así la distribucion de su dinero como hombre acostumbrado á mirar esto como un deber indispensable y como la cosa mas natural, por lo cual no debia ocultarse.

»Me reconvine á mí mismo por haber olvidado que, cuanto acababa de hacer y de decir Mr. Comus, era la enseñanza y la práctica de mis queridos Goffredi. Así me, Mr. Goffe, como un escamoteador ambulante predicó y acabo de convertir á un titiritero improvisador.

»Llegamos á París: nuestro viaje había durado tres meses, y le recuerdo como una de las fases mas agradables de mi vida. Yo no había perdido mi tiempo en el campo: había estudiado con cuidado la naturaleza y la sociedad en lo que tienen accesible para un hombre que, sin ser especial, no es mas obtuso que otro cualquiera. Había tomado apuntes y me imaginaba que, en la ciudad de las artes y de las letras, nada me sería mas fácil que sostenerme con mi pluma, puesto que tenía algo que decir y me sentía con fuerzas suficientes para espresarlo.

»Entramos en la gran ciudad en un día de otoño sombrío y triste. Me costó trabajo figurarme que pudiese uno acostumbrarse á aquel clima, y Guido desde los primeros pasos se acordó de un modo visible. Alquilamos por un precio muy subido un miserable cuarto amueblado muy pequeño. Allí nos ataviarnos un poco, desmontamos el teatro y guardamos los *burattini* en una caja cerrada con llave. Nos proponíamos vender nuestro establecimiento á algun *sallimbanqui*, y durante varios días no pensamos sino en orientarnos y en ver los monumentos, los teatros y las curiosidades de la capital francesa.

»Al cabo de estos ocho dias, nuestro escaso capital había disminuido mucho, y lo peor era que yo no veía en manera alguna el medio de que había de echar mano para reponerle. Me forcé grandes ilusiones, ó mas bien no me formé idea alguna de lo que es una verdadera ciudad grande, ni del espantoso aislamiento en que cae en ella un extranjero que se halla sin recursos, sin amigos y sin recomendaciones. Pregunté por Comus, esperando que me procuraría algunas relaciones. Comus no había vuelto aun de sus escursiones, ni había adquirido aun nombradía mas que en las provincias.

»Intenté hacer que me llevasen los papeles de Silvio Goffredi, con cuyo auxilio contaba redactar, bajo su nombre, la relación de sus investigaciones históricas. No contaba yo con obtener provecho alguno material, pero, cumpliendo un deber, esperaba crearne un nombre respetable y granjearme algunos amigos. En Italia algunos me habían permanecido fieles y me enviaron aquellos papeles que nunca llegaron á mis manos. Ni el cardenal ni mi joven discípulo no contesta-

ron á mis cartas, y los demás se limitaron á algunos testimonios estériles de interés, sin quererse comprometer hasta el extremo de recomendarme á las personas de crédito de mi Nación que se hallaban en París. Aun me aconsejaron que no llamase sobre mi persona la atencion de nuestro embajador, el cual acaso se creeria obligado, por el honor de su familia (era pariente de Marcos Meli), á solicitar del Rey de Francia una orden de prision para mi.

»Cuando ví cual era mi situacion, no conté ya sino conmigo mismo; pero creed, Mr. Goefle, que tuve algun mérito al continuar siendo hombre de bien en medio de tal abandono y con la vida cruel que es preciso llevar en una ciudad de lujo y de tentaciones como París! En otro tiempo era yo huésped de los palacios, bajo un cielo espléndido; luego el viajero indolente que iba recorriendo paisajes encantados; á la sazón no era ya mas que el triste y melancólico habitante de una bohardilla, luchando con el frio, con el hambre, y aun algunas veces con el disgusto y el desaliento. Sin embargo, gracias á Dios y á mis buenas resoluciones sali del paso, es decir no engañé á nadie, ni me morí de miseria. Logré hacer imprimir algunos opúsculos que nada absolutamente me produjeron, pero que me dieron alguna consideracion en un pequeño círculo de oscuros y modestos sábios. Tuve la honra de suministrar indirectamente materiales para ciertos artículos de la Enciclopedia relativos á ciencias naturales y las antigüedades de la Italia. Un marqués ilustrado me tomó por secretario y me vistió con decencia. Desde entonces estuve en una posicion desahogada. Si el traje no es el todo en Francia, al menos puede decirse que la apariencia de un hombre bien acomodado es indispensable para todo aquel que no quiere permanecer sumido en la miseria. Entonces, merced á mi marqués y á mi casaca, la buena sociedad volvió á abrirme sus puertas. Este era un gran escollo en el que de nuevo me espuse á estrellarme.

»No me tomeis por un necio si os digo que mi persona hubiera salido mejor del paso si hubiese sido tan desagradable á la vista como la de nuestro amigo Stangstadius. Un hombre bien formado y sin un cuarto, encuentra en todas partes, en la sociedad actual, abiertas las puertas de la fortuna... y de la vergüenza. Por mucha prudencia que se tenga, preciso es encontrar á cada instante, bajo sus pasos, el voraz y astuto hormiguero de las mujeres galantes. A no ser por el recuerdo de mi casta y altiva Sofia, probablemente me hubiera de-

jado arrastrar al laberinto de aquellos animales insinuantes y laboriosos.

Triunfé de este peligro; pero al cabo de un año de permanencia en París y en el momento en que acaso iba á crear-me una posición independiente por medio de mi trabajo y mi economía, sentí una repugnancia estremada hácia aquella ciudad y un deseo invencible de viajar. Massarelli era la causa principal de aquella repugnancia. No habia podido sobrellevar como yo las privaciones y la angustia del que espera. En los primeros dias de miseria arrebató de mi casa el teatro de figuritas é intentó ganarse la vida por las calles con personas de la peor especie. Desgraciadamente no se habia dedicado como yo á corregir su acento y no alcanzó éxito alguno. Volvió á caer sobre mí y hube de mantenerle y vestirle durante varios meses que me fue muy difícil pasar. Al fin desapareció de nuevo, aunque me habia renovado sus lindas promesas é intentado trabajar conmigo. Sin embargo, no por eso me vi libre de él. No pasaba una semana sin que volviese á despojarme, y algunas veces se presentaba borracho. Le cerré la puerta en las narices, pero me perseguia obstinadamente. Al fin me hizo dos ó tres infamias con las cuales ganó algun dinero; quiso restituirme lo que le habia dado, y además partir conmigo; como hermano, derramar una vez mas en mi seno sus lágrimas de vivo arrepentimiento. Su dinero y su enternecimiento me repugnaban, y los rechacé. Se enfadó y quiso batirse conmigo; lo rehusé con desprecio. Quiso ahofetearme, entonces me vi obligado á darle de bastonazos. Al dia siguiente me escribió pidiéndome perdón; pero estaba yo cansado de él, y como le encontraba en todas partes, y aun algunas veces en buena sociedad (sabe Dios cómo lograba introducirse en ella) temí hallar-me comprometido en alguna trauada suya. No me sentí con el valor egoísta necesario para hacer espulsar vergonzosamente á un hombre á quien habia amado, y preferí retirarme yo mismo, dejándole dueño del campo. Afortunadamente me hallaba, por fin, en estado de obtener algunas recomendaciones buenas, y entre otras la de Camus, quien en aquella época disfrutaba gran favor en París, merced á sus representaciones de *catoptrica*, es decir, de fantasmagoria con los espejos, en los que, en vez de mostrar espectros y diablos, solo hacia aparecer cosas agradables é imágenes graciosas. Su gran talento y el hábito de la observacion le habian dado tal conocimiento de la fisiología del hombre y del corazón humano, que leia en los pensamientos y parecia hallarse dotado con la facultad de adivinar. Por últi-

mo, el estudio profundo del álgebra le facilitaba los medios de resolver, bajo la forma de representaciones divertidas é ingeniosas, problemas que el vulgo no podía profundizar, y que muchas personas asimilaban á la magia.

»Vivimos en un tiempo de ilustracion en que, por un contraste singular, la necesidad de lo maravilloso, tan poderosa y desordenada antes, lucha todavia en muchos ánimos con la austeridad de la razon. Algo sabeis de eso aqui, en donde á nuestro ilustre y sabio Swedenborg le consultan mas aun como á un brujo que como á un *vidente*, y él mismo ha llegado á creer que esta en posesion de los secretos de la otra vida. Comus es un hombre, no diré mas lleno de conviccion y de virtud que Swedenborg, de quien sé que no se debe hablar sino con respeto, pero sí mas sábio y mas formal. No cree obrar en virtud de otras leyes que las que el genio humano puede descubrir, y sus secretos son entregados generosamente por él á los sábios y á los viajeros que han de sacar partido de ellos en beneficio de la ciencia.

»Me recibió con bondad y me ofreció llevarme consigo á Inglaterra para ayudarle en sus experimentos. Estuve muy tentado á aceptar, pero mi inclinacion predominante me impulsaba á la mineralogia, á la botánica y á la zoologia; al mismo tiempo que al estudio de las sociedades y de sus costumbres. La Inglaterra me parecia que estaba liarto explorada para ofrecermé un campo de observaciones nuevas. Además, Comus se hallaba entonces preocupado por un estudio especial en el que yo comprendia que no podia serle útil. Iba á Londres á mandar ante su vista instrumentos de precision que no habia podido hacer construir en Paris de un modo satisfactorio. La idea de pasar uno ó dos años en Londres no me halagaba. Estaba cansado de permanecer en una ciudad populosa. Experimentaba una necesidad violenta de libertad, de movimiento, y sobre todo de iniciativa. Aunque no tenia motivos sino para alabar á los que me habian empleado hasta entónces, me sentia tan poco á propósito para la dependencia que realmente me ponia enfermo.

»Comus me puso en contacto con varios personajes ilustres, como Lapepède, Buffon, Daubentan y Bernard de Jussieu. Me tomaba vivo interés por los rápidos y magníficos progresos del jardin botánico y del gabinete zoológico, dirigidos y aumentados diariamente por aquellos nobles sábios. Veia llegar allí á cada instante los magníficos donativos de los ricos particulares y las preciosas conquistas de los viajeros. Se apodera de mí una ambicion irresistible de aumentar

el número de aquellos servidores de la ciencia, humildes adeptos que se contentaban con ser los bienhechores de la humanidad sin pedir gloria ni provecho. A la verdad yo veía al grande hombre con puños de encaje, á Mr. de Buffon, aprovechar en gran escala, en beneficio de su vanidad, los trabajos pacientes y modestos de sus asociados. ¿Qué importaba que tuviese esa flaqueza, que quisiese ser «el señor conde» y reclamar los derechos feudales de su señorío, que se alabase á sí mismo á cada instante, atribuyéndose al mérito de trabajos que con frecuencia no habia hecho mas que consultar? Era su gusto. No era el de sus generosos y despejados colegas. Se sonreían, le dejaban hablar, y trabajaban cada vez mas, conociendo muy bien que no se trataba de ellos en cuestiones que tienen por objeto el progreso del género humano. Así eran mas felices que él, felices como lo entendía Comus, como yo aspiraba á serlo. La parte de aquellos hombres me parecia la mejor, y tenía un deseo ardiente de seguir sus huellas. Ofrecí, pues, mis servicios, despues de haber aprovechado todo lo posible sus lecciones públicas y sus conversaciones particulares. Mi celo ardiente y mi aptitud para las lenguas parecieron á Mr. Daubenton condiciones de buen éxito dignas de ser estimuladas. Mi pobreza era el único obstáculo. «La ciencia se enriquece, me decia con orgullo contemplando el aumento progresivo del gabinete y del jardín; los sábios son demasiado pobres cuando se trata de viajar. »Para ellos la vida es ruda bajo todos conceptos, estad muy »preparado para eso.»

»Me hallaba completamente preparado para ello. Habia logrado economizar una pequeña cantidad que, segun mis cálculos, podia servirme para ir lejos con arreglo al género de vida frugal ante el cual no retrocedia. Hice que me confiaran una misión científica en toda regla, á fin de que en los países extranjeros no me tomasen por un vagabundo ó por un espía, y me marché sin quererme cuidar de los medios de existencia de que podria disponer pasado un año. La Providencia habia de proveer á lo demas. Sin embargo, con los documentos que comprobaban el objeto inocente y respetable de mi vida errante hubiera podido obtener algun auxilio pecuniario de las corporaciones científicas y aun del bolsillo particular de los amigos de la ciencia. Nada quise pedir, pues sabia lo mucho que la familia Jussieu habia perdido por hacer sacrificios de este género, y yo tambien queria sacrificarme del todo por mi cuenta y riesgo.

»Aquí comienza, en fin, para mí, una serie de dias felices.

ces. Podia disponer de un tiempo ilimitado, al menos hasta donde alcanzasen mis recursos. No era decir mucho. Por eso, para prolongarle y satisfacer mi pasión hacía los viajes, me puse desde luego en las condiciones mas económicas. Apenas nube llegado á la primera etapa, me vestí un traje de montañés, sólido y tosco, compré un asno para llevar mi escaso equipaje, mis libros, mis instrumentos y mi botín de muestras, y me puse en camino, á pie, por las montañas de la Suiza.

»No os referiré mis trabajos, mis escursiones, mis aventuras. Es un viaje que escribiré tan luego como para ello tenga tiempo, y la pérdida reciente de mi diario no será para mí un obstáculo insuperable, merced á la memoria poco comun con que me hallo dotado. En aquellas escursiones solitarias recobré mi hermosa salud, mi carácter indiferente, mi confianza en lo porvenir, mi alegría habitual, cosas todas que la vida de Paris habia deteriorado mucho en mí. Me sentí reconciliado con el recuerdo de mis Goffredi; esto equivale á decirlos que me sentí feliz.

»Yo habia trabajado bastante en la botánica y en la mineralogia para cumplir mis promesas relativas á esas dos especialidades; pero, sin hacer la mas mínima concesion á las vanidades del mundo, tenia tiempo suficiente para vivir por mi cuenta como observador, y quizás un poco tambien como artista y como poeta, es decir, como hombre que comprende las bellezas de la naturaleza en su divino conjunto. Desde cada punto importante en que paraba, enviaba á Paris informes detallados y aun muestras, con cartas bastante prolijas dirigidas á Mr. Daubenton, sabiendo que las novelescas impresiones de un jóven no le desagradarian.

»Al cabo de nueve ó diez meses me hallaba en los montes Karpatas con mi asno, que verdaderamente me prestaba grandes servicios, y que era tan fiel y estaba tan bien enseñado á seguir todos mis pasos, que nunca era un estorbo para mí. Entonces encontré un dia, en un sitio agreste y desierto, á un mendigo barbudo, en el cual creí conocer á Guido Massarelli. Vacilando entre la repugnancia y la compasion, no me decidia á hablarle, cuando el me conoció y se acercó á mí con un aspecto tan humilde y abatido, que prevaleció en mi corazon la piedad. En aquel momento era yo feliz, y por consiguiente me hallaba mas inclinado que nunca á tener buenos sentimientos. Sentado sobre un tronco de árbol, estaba comiendo con apetito, mientras que mi asno pastaba á pocos pasos de distancia. Para que descansase le habia quitado su carga, y

colocado entre mis piernas la cesta que contenia mis provisiones para todo el dia. Eran poca cosa, pero habia lo suficiente para dos. Massarelli, pálido y débil, parecia que se estaba muriendo de hambre.

—«Siéntate ahí y come, le dije. Estoy seguro de que te hallas en tal miseria por tu propia culpa, pero no se dirá que no he de salvarte una vez mas.

»Me refirió sus aventuras, verdaderas ó falsas, se acusó con palabras de baja humildad, pero valiéndose siempre, para disculparse, del medio de achacar sus faltas á la ingratitud ó la dureza de otros. No pude compadecerle sino por ser lo que era, y despues de media hora de conversacion, le di algunos ducados y volví á ponerme en marcha. Ibamos en direccion contraria, con gran satisfaccion mia; pero aun no habia andado un cuarto de legua cuando me sentí acometido de vértigos y me vi precisado á detenerme, abrumado por el sueño y el cansancio. No pudiendo comprender nada en una indisposicion tan repentina, yo que nunca habia experimentado una cosa semejante, y que compartiendo mi botella con Guido, no habia bebido ni un vaso de vino, pensé que seria efecto del sol ó de la noche bastante mala que habia pasado en la posada. Entonces me eché á la sombra para dormir un rato. Ya fuese ó no una imprudencia en un sitio completamente desierto, me hubiera sido imposible obrar de otro modo. Me hallaba vencido por una especie de embriaguez irresistible.

«Cuando desperté todavia bastante desazonado y sin idea alguna en mi mente, me hallé en el mismo sitio, pero completamente despojado de todo. Estaba amaneciendo. Al pronto creí que era el crepúsculo vespertino y que habia dormido diez horas; pero al ver al sol alzarse entre la niebla, y al oírlo brillar en la yerba, me fué preciso conocer que mi sueño habia durado un dia y una noche. Mi asno habia desaparecido con mi equipage, mis bolsillos estaban vacíos; no me habian dejado mas que la ropa que tenia puesta. Un objeto sin valor, olvidado ó desatendido por los bandidos, llamó mi atencion: era una taza hecha de una cáscara pequeña de coco, que yo usaba en viaje para no beber con la misma botella, cosa que siempre me ha parecido innoble.

Pagaba yo muy cara esta delicadeza, pues en un momento en que me hallaba vuelto de espaldas, Guido habia echado un narcótico en mi taza, en cuyo fondo se hallaba cristalizada una especie de sal. Guido no era un mendigo, sino un jefe de bandidos. Las huellas de numerosas pisadas que me rodeaban atestiguaban el concurso de varias personas.

«Al examinarlo todo al rededor mio, vi una inscripcion ligeramente trazada con yeso en la superficie de la roca, y lei estas palabras escritas en latin: «Amigo, podia matarte y hubiera debido hacerlo, pero te perdono la vida. ¡Duerme bien! Era la letra de Guido Massarelli. ¿Por qué hubiera debido matarme? ¿Era esto un recuerdo de los bastonazos que te di en Paris? Es muy posible. El italiano, aun en los mayores desastres del alma y de la inteligencia, conserva el sentimiento de lo venganza, ó por lo menos el recuerdo de la injuria. ¿Qué podia yo hacer para vengarme á mi vez? Nada que no exigiese tiempo, dinero y muchos pasos. Ahora bien, mas faltaba sin un cuarto y comenzaba á tener hambre.

—«¡Vam's!—pensé volviendo á ponerme en marcha,—estaba escrito que un dia ú otro habia de mendigar; pero, no obstante la adversa suerte, juro que no he de mendigar mucho tiempo. Preciso será que encuentre alguna nueva industria para salir del paso.

«Sali del desfiladero de las montañas y hallé hospitalidad en casa de unos buenos campesinos que además me hicieron aceptar provisiones para el resto del dia. Me dijeron que una partida de ladrones asolaba el pais, y que el jefe era conocido con el nombre del *Italiano*.

«Continuando mi camino entré en la provincia de Silesia. Mi intencion era detenerme en la primera ciudad que encontrase para dar queja y exigir de las autoridades que persiguiesen á los bandidos que me habian robado.

«Segun iba andando, persutivo y absorto en mil proyectos mas ó menos irrealizables para recuperar algun dinero sin dirigirme á la comiseracion pública, ei detras de mi un galope irregular, y viviéndome, conocí con estupor á mi asno, á mi pobre Juan, que corria en mi seguimiento lo mejor que podia, porque estaba herido. ¡Y dicen que los asnos son bestias! convengo en ello, pero son animales casi tan inteligentes como los perros: varias veces habia logrado convencerme de ello viajando con aquel fiel servidor. En aquella ocasion me dió una prueba de cariño razonable y de instinto misterioso verdaderamente extraordinaria. Le habian robado y se lo habian llevado, pero sin duda en cuanto le despojaron de su carga se escapó. Le dispararon tiros, pero él no hizo caso, siguió su carrera, encontró mis huellas, y cual un verdadero héroe, iba á buscarme con un bota en el anca.

«O, confieso que tuve con él una escena digna de Sancho Panza y aun mas patética, porque tenía que socorrer á un herido. Estraje la bala, que se habia introducido en la piel da

mi interesante amigo, y lavé su herida con el mas tierno cuidado. El pobre animal se dejó hacer la operacion y poner el vendaje con el estoicismo que pertenece á su especie, y con la confianza inteligente cuyo monopolio no tiene, de seguro, la nuestra.

Mi asno hallado de nuevo era un recurso. Estraida la bala ya no cojeaba. Hermoso, grande y robusto podia valer .. pero este pensamiento villano y execrable no se formuló en guarismos, y digo en honor mio que le rechazé con indignacion. No se trataba de vender á mi amigo, sino de alimentar dos estómagos en vez de uno.

»Llegué como pude á la ciudad de Troppaw. Juan encontraba cardos silvestres en la orilla del camino; yo me privé en aquel dia de una parte de mi pan para endulzar algun tanto su convalecencia. En Troppaw la jente del pueblo se compadeció de mi y me socorrió con un albergue y una cena, con esa caridad que tanto valor y tanto mérito tiene en los pobres. Las autoridades de la ciudad dieron escaso crédito á mi narracion. Yo tenia el tosco traje de los que viajan á pié, y no poseia papel alguno para probar que era hombre de estudios y que tenia derecho á la confianza pública. Hablaba bien, es cierto, demasiado bien para ser un hombre ordinario; pero aquellos paises fronterizos estaban explotados por tantos intrigantes hábiles! Recientemente un italiano se habia presentado como un gran señor á quien habian despojado en las montañas, y despues se descubrió que él mismo era el jefe de la partida de ladrones que fingia delatar.

»Juzgué prudente no insistir, porque, del recuerdo de Guido Massarelli á la sospecha de complicidad por mi parte, no habia mas que un paso. Regresé á casa de mis pobres patrones. Me recibieron muy bien, censuraron á los magistrados de su ciudad, y miraron á Juan con ojos codiciosos, diciéndome:

—»¡Afortunadamente os queda vuestro asno, y podriais venderle!

»Como parecia que yo no queria comprender esta insinuacion, me demostraron, bajo la forma de un consejo, que podia permanecer dos ó tres meses en la casa, contentándome con la comida habitual de la familia; que durante este espacio de tiempo, si sabia hacer algo, buscaria trabajo, y si al cabo de aquel plazo podia pagar mi gasto, no me veria obligado á vender mi asno.

»El consejo era prudente y le acepté, resuelto á ponerme

á cavar antes que separarme del pobre Juan, que tan útil le era aun á su amo.

»Mi patron era zapatero. Para probarle que yo no era perezoso, le pregunté en qué podria serle útil, no sabiendo su oficio.

—»Veo que sois un buen muchacho,—me contestó,—y vuestra fisonomía me inspira confianza. Mañana se celebra, en una aldea situada á dos leguas de aquí, una feria á la que me es imposible asistir; id en mi lugar con una carga de mi mercancia sobre el lomo de vuestro asno, y vended el mayor número de zapatos que podais. Tendreis una parte de diez por ciento en las ganancias.

»Al dia siguiente me hallaba en mi puesto vendiendo zapatos como si en toda mi vida no hubiese hecho otra cosa. Sin embargo, no tenia nocion alguna de las tretas peculiares del comercio en grande ó al pormenor, pero imaginé dirigir lisonjas á todas las mujeres acerca de la pequeñez de sus pies, y tanto divertí á la gente con mis hipérboles y mi charla, que todo mi surtido quedó despachado en pocas horas. Por la noche volví muy alegre á casa de mi patron, quien, maravillado con mi buen éxito, se negó obstinadamente á dejarme pagar mi manutencion de mi parte de ganancia.

»Héme aquí, pues, otra vez con un oficio y con dinero en el bolsillo, en cantidad proporcionada al lujo y á las necesidades de mi nueva condicion. Mi patron Hantz me envió á hacer un viaje de tres dias por las comarcas circunvecinas, y logré despachar todo un fondo sobrante de calzado antiguo que hacia mucho tiempo le tenia obstruida una parte de la tienda. Al volver me dió mas de lo que me habia prometido; pero cuando hablé de dejarle, se encolerizó, lloró, me trató de *hijo ingrato* y me propuso la mano de su hija para detenerme.

»La chiea era bonita y me lanzaba cándidas ojeadas. Me conduje como un necio, como hubieran dicho muchas personas despejadas conocidas mias. Ni siquiera intenté darla un beso, y durante la noche me marché con Juan y con dos rixdalers. Lo demás, es decir, otros dos rixdalers, lo dejé para pagar mi gasto en casa del buen zapatero de Troppaw.

»Se trataba de ir mas lejos, no importa adónde, hasta que pudiese hallar medios para verificar mi viaje sin tener que conliar á las personas á quienes me hallaba recomendado en diferentes ciudades de Alemania y de Polonia un desastre del cual no podia suministrar mas pruebas que mi miseria.

Las sospechas de los burgo-maestres de Troppaw me ha-

hian curado de la idea de referir mis infortunios. Habia perdido mis cartas y papeles, y no debia contar mas que conmigo mismo para sustituirlas con afirmaciones verosímiles. Ahora bien, cuando se piden socorros, nunca es uno verosímil. No por esto estaba yo triste. Me hallaba acostumbrado á mi situacion, y observé una vez mas en mi vida que siempre llega el dia siguiente para los que sufren con paciencia el dia presente.

»Dos dias despues me encontré en una pobre taberna, enfrente de un jóven rechoncho y robusto que, con los codos apoyados sobre la mesa y la cara tapada con ambas manos, parecia que estaba durmiendo. Me sirvieron, por mi medio rixdaler, un jarro de cerveza, pan y queso. Con este régimen podia sostenerme todavia ocho dias. El hombre que estaba enfrente de mí, interrogado por la tabernera, no contestó. Cuando alzó la cabeza vi que estaba llorando.

—»¡Teneis hambre, le dije, y careceis de dinero para pagar!

—»¡Eso es!—contestó lacónicamente.

—»Pues bien, repuse, cuando hay para uno, haya para dos. ¡Comed!

»Sin contestar una palabra sacó de su bolsillo una navaja y atacó á mi pan y mi queso. Despues que hubo comido silencioso, me dió las gracias en pocas palabras bastante atentas, y tuve la curiosidad de saber la causa de su miseria. No recuerdo cómo se llamaba, y tenia el apodo de *Puffo*. Era de Liorna, lo cual es mala nota en Italia para la gente de cierta clase. En concepto de todo marino del litoral del Mediterráneo, liornés es sinónimo de pirata. *Puffo* justificaba, quizás, la preocupacion: habia sido marino y algun tanto filibustero. A la sazón era saltimbanqui.

»Le escuchaba con bastante poco interés, porque narraba mal y esas historias de aventureros no tienen valor sino por la manera en que se cuentan en el fondo, en último resultado, todas se parecen unas á otras. Sin embargo, como aquel hombre me hablaba de su teatro improductivo, le pregunté qué clase de representaciones daba.

—»¡Dios mio! dijo, ahí podeis verlo, y de seguro es el peor negocio que he hecho en toda mi vida! Llévese el diablo al que me metio en ello!

»Al decir esto, sacó de su saco una figurita que tiró con mal humor sobre la mesa.

»Láixelo un grito de sorpresa: aquella figurita, hediondamente sucia y desgastada, era obra mia, era un bustillo

confeccionado por mí! ¿Qué digo? era mi primer actor, mi gracioso y encantador Stentarello, la flor de mis representaciones en las aldeas del Apenino, la delicia de las hermosas genovesas, el hijo de mi cincel y de mi chispa, la columna de mi teatro!

—»¿Cómo, miserable! exclamé, posees á Stentarello y no sabes sacar partido de él!

—»A la verdad,—contestó, —me habían asegurado que en Italia había producido mucho dinero, y el que me lo vendió en París me dijo que se lo había comprado, así como los demás muñecos, á un señor italiano muy bien puesto, que aseguraba había hecho su fortuna con ellos.... ¿Serías vos, acaso?

»Entonces me contó que había conseguido bastante buen éxito, en Francia, en las plazuelas y sitios públicos, con nuestro teatro y los títeres; que, sabiendo varios idiomas, había querido viajar, pero que, no teniendo fortuna, había ido de mal en peor hasta el momento en que le encontré, que estaba decidido á vender la tienda y á dedicarse á la instrucción de un oso que iba á tratar de procurarse en la montaña.

—»Vamos, le dije, enséñame tu teatro y lo que sabes hacer.

»Me condujo á una granja en donde le ayudé á montar su teatrillo. Conocí allí, mezclados con innobles muñecos de munición, y cubiertos de harapos y de mugre, á los mejores actores de mi compañía. Puffo me representó una escena para darme una muestra de su talento. Manejaba aquellos burattini con destreza y no carecía de cierta gracia tosea; pero tenía mi corazón verdaderamente traspasado de dolor al ver que mis actores habían caído en tales manos y se hallaban reducidos á representar tales papeles. Sin embargo, habiendo reflexionado, ví que la Providencia nos reunía, á ellos y á mí, para nuestra salvacion comun. Al momento organicé yo solo una representación en la aldea, y gané un ducado, con grande estupor de Puffo, el cual desde aquel momento me abandonó el teatro, los actores y su propio destino.

»¿No había yo sido verdaderamente protegido por el cielo? ¿No había vuelto á encontrar el único medio de continuar mis viajes con desembarazo, sin deber nada á nadie y sin entregar mi nombre y mi figura á los caprichos del público? En pocos días todas las figuras fueron recorridas, pintadas, vestidas de nuevo, y bien colocadas en una caja cómoda y portátil. También el teatro fue restaurado y ensamblado para que cupiesen dos operanti. Tomé á Puffo á mi servicio, encargándole la

limpieza, el arreglo y la custodia del establecimiento, al mismo tiempo que una parte del transporte sobre sus robustos hombros, según tenía ya la costumbre, pues más que nunca quería dedicar á Juan al servicio de la ciencia y hacerle llevar mi equipaje de naturalista.

»Puffo es, seguramente, un triste compañero. Tiene la imaginación pesada, pero nunca se queda cortado, en atención á que tiene la ventaja de poder hablar sin decir nada. Tiene mal acento en todas las lenguas, pero se hace comprender en varios países, y ese es un punto importante. Hé ahí por qué le he conservado. Sostengo pocos diálogos con él, pero le concluido por hacerle perder la costumbre de decir malas palabras.

»Le confío las escenas populares, que son como unos intermedios para descansar algunos instantes. Cuando tengo tres ó cuatro personajes en escena, saco partido de sus manos y hago hablar á todos los interlocutores con bastante destreza para que parezca que se oyen cuatro voces diferentes. Por último Mr. Goelle, me habeis visto trabajar y sabeis que logro divertir al público. Sin embargo, no hicimos gran cosa en Alemania, y me ocurrió la idea de que en Polonia irían mejor mis negocios. Los polacos tienen el carácter frances y los gustos italianos. Atravesamos pues la Polonia, y al cabo de seis semanas de viajes y de fructuosas representaciones nos embarcamos en Dantzic para Stockholmo, en donde también tuvimos buenas ganancias. Allí fué donde recibí la invitación del baron de Waldemora, la cual he aceptado con gusto, porque me ha facilitado los medios de ver el país que más me ha interesado hasta ahora. Siempre se han dirigido mis aspiraciones hacia el Norte, ya sea por razón de los grandes contrastes que ha de ofrecer á un habitante del Mediodía, ó ya por un instinto patriótico que acaso se ha hecho sentir en mí desde la infancia.

»Sin embargo, nada hay menos cierto que ese origen boreal que á mi lenguaje alterado, tartamudeado ó medio olvidado, atribuyó el sábio filólogo de quien os he hablado: no importa, ya sea sueño ó presentimiento, siempre he visto mentalmente el romántico país que ahora tengo ante la vista, y esperímente un verdadero placer en alargar mi camino para venir aquí, es decir, en atravesar el Malarn y bajar hasta el Wettern para explorar toda la region de los grandes lagos.

»Pero estaba escrito que habian de perseguirme los accidentes desgraciados. Puffo, que ha engordado desde que le mantengo, y que comienza á temer el cansancio, quiso seguir

en un trineo de alquiler ese misterioso lago Wettern cuyas profundidades parecen hallarse turbadas por eyaculaciones volcánicas. Se rompió el hielo y perdí mi ropa y mi dinero. Afortunadamente, Puffo estaba á pié en aquel momento, y pudo salvarse con el conductor del trineo que perdió allí su vehículo y su caballo. Afortunadamente tambien yo habia seguido á pié por la orilla con Juan, el teatro, los actores y mi equipaje científico. Así, pues, gracias al cielo, no se ha perdido todo, y mañana vuelvo á tener fondos, puesto que mañana doy una representación á precio alzado en el castillo del *hom-bre de nieve*.

—Pues bien,—dijo Mr. Goelle estrechando de nuevo la mano de Cristiano Waldo,—vuestra historia me ha interesado y me ha divertido, no sé si la habeis referido con buen estilo, pero vuestro modo de hablar de prisa trotando por el cuarto, vuestra gesticulación italiana y vuestra figura de no sé qué país, pero de seguro agradable y espresiva, me han hecho escuchar vuestro relato con suma atencion. Veo en vos una buena alma y un corazon escelente, y los errores que os echais en cara me parecen muy poca cosa comparados con los estravios en que hubierais podido caer, lanzado al mundo tan jóven, sin guia, sin dinero y con una buena figura, instrumento de perdicion para ambos sexos en una sociedad tan corrompida como la de Paris y Nápoles....

—¿Es eso decir, Mr. Goelle, que la de los Estados del Norte sea mas moral y mas pura? Lo que mas deseo es creerlo así; sin embargo, lo que he observado en Stockholm...

—Ah! hijo mio, si nos juzgais por las intrigas, la vanidad, la violencia y la infame venalidad de nuestra nobleza actual, tanto *gorros* como *sombreros*, debeis juzgarnos como la última Nacion del universo; pero os equivocariais, porque en realidad somos un buen pueblo, y solo se necesitaria una revolucion ó una guerra formal, para hacer que subiesen de nuevo á la superficie las grandes cualidades, las partículas de oro puro que han caído al fondo.

En este momento no veis de nosotros mas que la espuma... Pero hablemos de vos; no me habeis explicado vuestra existencia en Stockholm. ¿Cómo es que en este país de intriga y de desconfianza habeis podido vivir bajo la careta sin ser molestado por las tres ó cuatro policias que trabajan en favor de los diferentes partidos?

—Es que, ya lo veis, Mr. Goelle; no vivo bajo la careta; eso sería muy molesto, y tan luego como estoy á cien pasos de mi barraca no tengo razon alguna para no poner á descu-

bierto mi rostro con la mayor destreza posible y adoptando las precauciones mas sencillas para burlar á los curiosos. No soy un personaje bastante importante para que se obstinen en verme, y el pequeño misterio con que me rodeo entra por mucho en la nombradía que he adquirido. En último resultado, no llevo la preocupacion del hombre de sociedad hasta el estremo de desesperarme si algun dia se cae mi careta en la calle y un transeunte llega á "conocer por casualidad al muy oscuro adepto de la ciencia que bajo otro nombre se dedica á sus estudios á otras horas y en otros puntos de la ciudad.

—¡Ah! he ahí precisamente lo que no me habiais dicho. En ciertos casos teniais en Stockholmo otro nombre que lo era el de Cristiano Waldo, y otro domicilio distinto de aquel en que se hallaban Juan, Pullo y el resto de los actores en sus cajas.

—Precisamente, Mr. Goelle. En cuanto al nombre... ¿segun eso, teneis absoluto empeño en saberlo todo?

—¡Si por cierto! ¿Desconfiais de mí?

—¡Oh! si lo juzgais así, me apresuraré mas que nunca á contestar. Ese nombre no es sino el de Dulac, traduccion francesa de mi primer nombre de capricho, *del Lago*; es el mismo que habia tomado en Paris para no atraer sobre mí, por alguna casualidad desgraciada, la venganza del embajador de Nápoles.

—Muy bien.—¿Y bajo ese nombre habeis establecido algunas buenas relaciones en Stockholmo?

—No lo he intentado mucho, porque no tengo gran prisa. Ante todo queria conocer bien las riquezas de la ciudad en materia de artes y ciencias, y luego el aspecto de sus habitantes, sus inclinaciones, sus costumbres; ahora bien á un extranjero sin relaciones le es muy fácil estudiar las costumbres y las ideas de un pueblo en los centros de reunion pública. Eso es lo que he hecho, y ahora quisiera conocer toda la Suecia con el fin de volver á presentarme en Stockholmo y Upsal á los sabios principales, y sobre todo á Lineo. Para entonces habré recibido las cartas de recomendacion que he pedido á Paris, y en todo caso quizás tendré algo interesante que decir á aquel hombre ilustre. Podré recoger en lejanas comarcas algunos objetos que hayan pasado desapercibidos para él, y causarle algun placer ofreciéndoselos. No hay viage que no produzca descubrimientos útiles acerca de las cosas conocidas. Llevando á los grandes maestros el tributo de sus estudios y el resultado de sus pesquisas es como un joven tiene el derecho de

acercarse á ellos; de otro modo no hace sino procurarse una satisfaccion de vanidad ó de curiosidad, y robarles un tiempo precioso.

En cuanto á la policia, porque tambien me habeis hecho una pregunta en ese sentido, me ha dejado muy tranquilo despues de un interrogatorio rápido en el cual parece que contesté con satisfactoria franqueza. Las buenas gentes en cuya casa vivia, y que me trataban como á un individuo de su familia, respondieron de mi buena conducta y guardaron para con el público el inocente secreto de mi doble individualidad. Así, pues, Mr. Goefle, ya veis que todo va muy bien en la situacion presente y que puedo conservar mi buen humor, puesto que tengo libertad, un medio bastante lucrativo para ganarme la vida, una pasion decidida hácia la ciencia, y el mundo abierto ante mis ágiles pasos!

—Pero vuestra bolsa ha naufragado en el lago Wetter... .

—¡Oh! los lagos, ya veis, Mr. Goefle, están poblados de buenos génios con los cuales de seguro estoy en relacion sin saberlo. ¿No soy acaso Cristiano del Lago? O el trolle de Wetter me restituirá mi bolsa en el momento en que menos lo espere, ó hará que se aproveche de ella algun pobre pescador á quien le vendrá muy bien, y de todos modos el resultado será excelente.

—Pero... sin embargo... ¿teneis algun dinero en el bolsillo, amigo mio?

—Absolutamente ninguno, Mr. Goefle,—contestó el jóven riendo.—He tenido justamente lo indispensable para llegar hasta aqui, escatimando algo á mi estómago para dejar que mi criado y mi asno comiesen á discrecion: pero esta noche tendré treinta rixdalers por mi comedia, y despues de este copioso almuerzo disfrutado al lado vuestro y junto á esa excelente estufa, en frente de ese hermoso paisaje de diamantes que resplandece allá abajo entre las nubes de humo de nuestras pipas con que hemos llenado el cuarto, me cuento como el hombre mas rico y mas feliz del mundo.

—Decididamente sois un hombre original,—dijo Mr. Goefle levantandose y sacudiendo el recipiente de su pipa. Hay en vos no sé que mezcla de hombre y de niño, de sabio y de aventurero, y aun parece que teneis decidida aficion á esta última fase de vuestra vida, y que, lejos de considerarla como desagradable, deseais prolongarla bajo el pretexto de un orgullo exagerado.

—Perdonad, Mr. Goefle,—contestó Cristiano,—en materia de orgullo no hay término medio, ó todo ó nada. He pasa-

do la miseria, y sé cuán fácil es degradarse en ella. Así pues, es preciso que el hombre entregado á sus únicos recursos se acostumbre á no temerla y aun á jugar con ella. Os he dicho que me habia sido penosa en una ciudad grande. Es porque allí, en medio de las tentaciones de todas clases, es muy peligrosa para un hombre joven y activo que ha conocido la influencia de las pasiones. Por el contrario, en viaje, es decir, en libertad y protegido por el incógnito que me permite volver á entrar el día de mañana en la sociedad bajo la figura de un hombre formal, me siento tan suelto y alegre como un estudiante en vacaciones, y confieso que no tengo prisa de volver á cargar con las cadenas del bien parecer y con el fastidio de guardar consideraciones.

—En último resultado... lo comprendo,—dijo el doctor;—mi imaginación, que no está mas entumecida que la de cualquiera otro, me representa bastante bien el placer novelesco de esa vida nómada y libre. Sin embargo, os gusta la sociedad, y no seria para ir á explorar los hielos, á las doce de la noche, para lo que tomasteis prestado mi traje de ceremonia...

En aquel momento se abrió la puerta, y Ulfilas, á quien Mr. Goelle habia dado sus órdenes, sin duda, entró á avisarle que su caballo estaba enganchado al trineo. Parecia que Ulf no tenía el menor resto de sus nocturnas borracheras.

—¡Cómo!—esclamó el doctor con sorpresa,—¿pues qué hora es? ¿mediodía? ¡es imposible! ese viejo reló chiochea; pero no,—dijo mirando á su propio reló,—son realmente las doce, y es preciso que vaya á conversar con el baron acerca de ese pleito importante por el cual me ha mandado á llamar. Me estraña que, sabiendo mi llegada, no haya pensado todavía en mandar preguntar por mí...

—Pero si el señor baron ha mandado un recado,—repuso Ulf;—¿no os lo he dicho, Mr. Goelle?

—¡No por cierto!

—Hace una hora mandó á decir que habia estado indispuerto anoche, y que á no ser por eso hubiera venido él mismo...

—¿Aquí? ¡Exageras la cortesania del baron, querido Ulf! ¡El baron nunca viene al Stollborg!

—Rara vez viene, Mr. Goelle, pero...

—¡Ah! escucha, ¿y al buen Stenson, no hay medio de verle? Antes de irme al castillo voy á hacer una visita á ese hombre excelente! ¿Sigue tan sordo como siempre?

—Mucho mas, Mr. Goelle; no oiré una sola palabra de lo que le digais.

—Pues bien, le hablaré por señas.

—Pero, Mr. Goelle..., es que mi tío no sabe todavia que estais aquí.

—¡Ah! perfectamente, así lo sabrá.

—Me reñirá mucho por no haberle avisado... y por haber consentido...

—¿El qué? ¿El dejarme alojar aquí? Pues bien, le dirás que lo he hecho sin pedirte permiso. Figuraos,—añadió Mr. Goelle en francés y dirigiéndose á Cristiano,—que estamos aquí fraudulentamente y sin que lo sepa Mr. Stenson, mayordomo del castillo viejo. Otra cosa muy singular es que Mr. Stenson, así como su apreciable sobrino, aquí presente, solo con suana repugnancia dejan que sea habitado este ruinoso albergue, tanto es lo persuadidos que estan de que se halla frecuentado por duendes lúgubres y maléficos...

El semblante de Mr. Goelle, que antes estaba risueño, se tornó de pronto muy sério, y como si, acostumbrado á reírse de todo, comenzase á arrepentirse, y preguntó con tono brusco á Cristiano si creia en las apariciones.

—Sí, en las alucinaciones,—contestó el jóven sin vacilar.

—¡Ah! ¿las habeis tenido alguna vez?

—Muy pocas, cuando me hallaba calenturiento ó bajo el dominio de alguna preocupacion fuerte. En este último caso eran menos completas que cuando tenia calentura, y comprendia la ilusion; sin embargo, esas visiones eran bastante sorprendentes para turbarme mucho.

—Eso es, eso es justamente,—esclamó Mr. Goelle. Pues bien, figuraos... pero esta noche os lo contaré; que ahora no tengo tiempo. Me marchó, querido amigo, voy á casa del baren; acaso me detenga para la comida, que se sirve á las dos de la tarde. En todo caso, volveré lo mas pronto posible. ¡Ah! escuchad, hacedme un favor durante mi ausencia.

—Aunque sean dos ó tres, si quereis, Mr. Goelle. ¿Qué es ello?

—Que hagais levantar á mi ayuda de cámara.

—¿Que le despierte?

—¡No, no! que le hagais levantar, que le vistais, que le abrocheis las polainas, que le metais en sus calzones, que son muy angostos y que no tiene fuerzas suficientes...

—¡Ah! comprendo, algun antiguo servidor, algun amigo, enfermo, decrepito...

—No es eso, precisamente. ¡Ah! ¡mirad, héle allí! ¡Mita-

gro! ¡se ha levantado él solo! ¡Muy bien, muy bien. maese Nils! ¡Diantre! ¡os vais formando! ¿Estais ya levantado á las doce? ¿Y os habeis vestido solo? ¿No estais demasiado cansado?

—No, Mr. Goefle,—contestó el niño con acento triunfante;—he abrochado muy bien mis polainas, ¡ved!

—Algo torcidas, pero en fin siempre es algo, y ahora vais á descansar hasta la noche, ¿no es verdad?

—¡Oh! no, Mr. Goefle; voy á comer, porque tengo mucha hambre, y hace ya mas de una hora que eso me ha quitado el sueño.

—¡Hé ahí el criado que me ha procurado mi ama de llaves!—dijo Mr. Goefle á Cristiano.—Ahora os le dejo confiado. Hacedos obedecer de él, si podeis. En cuanto á mí, he renunciado á ello. Vamos, Ulf, pasa delante, que te sigo; ¿qué mas te se ocurre? ¿qué es eso?

—Es,—contestó Ulf, cuyas ideas seguian la marcha ascendente de los rayos del sol,—una carta que tenia en el bolsillo desde esta mañana y que habia olvidado...

—¿Entregarme? ¡Es muy justo! Ya veis, Cristiano, qué bien servido está uno en el Stoltborg.

Mr. Goefle abrió la carta y leyó lo que sigue, interrumpiéndose á cada frase para hacer sus reflexiones en francés:

—«Mi querido abogado...» Conozco esta letra... ¡Ah! es de la condesa de Elveda, la gran coqueta, el partido ruso con falda... «Deseo ser la primera que os vea. Tened la bondad de venir del Stoltborg un poco mas temprano y subir á mi habitación, en donde tengo que comunicaros cosas muy serias.» ¡Cosas muy serias! alguna malicia necia, tan negra como el carbon, y por consiguiente muy fácil de distinguir á la simple vista, como el carbon sobre la nieve! En fin, es demasiado tarde, ha pasado la hora.

—Seguramente que ha pasado la hora,—observó Cristiano,—y lo que quieren oiros no merece la pena de ser escuchado.

—¡Ah! según eso, sabeis de qué se trata?

—Perfectamente, y voy á deciroslo al instante, sin temor de que presteis vuestro apoyo á un deseo tan malvado y extravagante. La condesa quiere casar á su linda sobrina Margarita con el viejo y fúnebre baron Olaus.

—Eso lo sé muy bien, y me he burlado abiertamente de ese lindo proyecto. ¿Casar al lindo mes de Mayo con el pálido Diciembre? Es preciso ser tan gorro blanco como la cumbre del monte Syllhallet para tener tales ideas!

—¡Ah! ¡ya estaba yo seguro de ello! ¿No es verdad, monsieur Goefle, que es odioso querer sacrificar así á Margarita?

—¡Calle! ¿á Margarita? ¿según eso conoceis con mucha intimidad á esa jóven?

—Muy poco; solo que la he visto y es encantadora.

—Así dicen; pero, á la condesa, ¿de dónde diablos la conocéis, y cómo sabéis sus proyectos íntimos?

—Es otra historia que he de contaros, si teneis tiempo....

—¡Eh! no por cierto, no le tengo... pero hay aquí una posdata que no había visto... y que entiendo menos todavía. «Tengo que felicitaros por la buena traza y el despejo de vuestro sobrino...» ¡Mi sobrino! ¡No tengo sobrino alguno! ¿Se ha vuelto loca la condesa? «Sin embargo, le ha faltado el talento de una manera sensible, y su calaverada merece que le reprendais con dureza!... Hablaremos de eso y procuraré reparar sus locuras, que de buena gana calificaría de necedades!...» ¡Su calaverada, sus necedades! Parece que mi señor sobrino hace lindas cosas! Pero, ¿dónde diablos cojeré á ese mozo para echarle una buena reprensión?

—¡Ay de mí! Mr. Goefle, no ireis muy lejos para eso,—dijo Cristiano con tono lastimoso.—¿Cómo no adivinais que, si pude introducirme sin careta en el baile de anoche, de seguro no sería el nombre de Cristiano Waldo el que pudiera abrirme las puertas?

—No digo lo contrario; pero entonces fue bajo el nombre de Goefle...

—Mi esquila de convite estaba en mi bolsillo bajo ese nombre distinguido!

—¿Según eso, caballero,—dijo Mr. Goefle con tono severo y con los ojos brillantes á impulsos de la cólera,—no os contentais con tomar prestado el traje completo de las gentes, desde los polvos para la cabellera hasta los zapatos, sino que también os permitís tomar su nombre y hacerle responsables de las locuras que se os antoja cometer? Esto pasa ya de los límites...

Al llegar aquí Mr. Goefle lanzó, á pesar suyo, una carcajada, tanto fue lo graciosa que le pareció la situación de Cristiano Waldo.

El jóven, impetuoso y altivo, sufría á duras penas la reconvencción directa y parecía hallarse muy tentado á replicar con viveza, con tanto mas motivo cuanto que por un lado, Ulf, que no comprendía una palabra de lo que decía Mr. Goefle, pero que adivinaba su cólera por su entonación, imitaba instintivamente sus miradas y sus gestos, y por el otro, el pe-

queño Nils, que se hallaba absolutamente en el mismo caso respecto al fondo de la cuestión, se había colocado en frente de Cristiano en actitud soberbia y casi amenazadora.

Cristiano, impacientado por estas dos figuras que copiaban burlescamente la de Mr. Goefle, sentía vivos deseos de administrar un puñetazo al adulto y un puntapié al galopín; pero se sentía culpable, estaba muy afligido por haber ofendido á un hombre tan amable y simpático como el doctor en derecho, y su fisonomía, en la que se reflejaba una alternativa de arrepentimiento y de despecho, era tan espresiva, que el abogado quedó desarmado. Su carcajada desarmó igualmente á sus dos acólitos, quienes también se echaron á reír y volvieron á dedicarse á sus respectivas funciones mientras que Cristiano refería á Mr. Goefle en pocas palabras lo que la condesa Elveda llamaba su calaverada, y lo que creía á propósito para disculparle por completo. Mr. Goefle, no obstante la prisa que tenía de marcharse, le escuchó con atención, y cuando hubo concluido le dijo:

—De seguro, querido amigo, que nada habeis hecho en todo eso que deshonoré el nombre de Goefle, y por el contrario, habeis obrado como hombre galante; mas no por eso habeis dejado de ponerme en un apuro cruel. Ya sea que el baron Olaus acierte ó no á esplicarse á estas horas el acceso de furor epiléptico que le procurásteis, dudo mucho que olvide que le habeis ofendido. Ya os lo han dicho, es un hombre que nada olvida, y hareis bien en marcharos cuanto antes como Goefle, puesto que ha habido un Goefle. No salgais de este cuarto sin poneros la careta, volved á ser Cristiano Waldo, y nada teneis que temer.

—Pero, ¿qué podré yo temer, del baron, si gustais, aun cuando me presente á él á cara descubierta? ¿Es, en efecto, hombre capaz de mandarme asesinar?

—En cuanto á eso, nada sé, Cristiano; os juro por mi honor que nada sé, absolutamente, y podeis creerme, porque, si en mis relaciones con él hubiese adquirido la prueba mas leve de las cosas de que se le acusa, esas relaciones no existirían ya. Me cuidaria muy poco de una clientela lucrativa y no dejaría de decir á mi cliente verdades muy duras, ya fuesen ó no útiles. Sin embargo, están tan acreditados ciertos rumores, y son tan numerosas las desgracias ocurridas á los que han querido hacer frente al baron, que algunas veces he pensado si tendrá ese mal ojo que en Italia llamais, segun creo, *jettatura*; tanto es así, que para no atraer sobre mí, sin necesidad, la mala suerte, me permitireis que asegure que mi

sobrino se ha ausentado desde esta mañana, es decir, que ha emprendido de nuevo sus largos viajes.

—Desde el momento en que os espongo conmigo á algun peligro, contad con mi prudencia. No saldré de aquí sin ir enmascarado ó disfrazado, de modo que nadie conozca en mí al galante y harto caballeresco jóven de anoche.

Dicho esto, Mr. Goefle y Cristiano Waldo se dieron un apretón de mano. Nils, cuyas funciones se habian limitado á almorzar durante su conversacion, fué empaquetado entre pieles por su amo, quien hubo de colocarle sobre el pescante de su trineo y ponerle en la mano el látigo y las riendas; pero una vez instalado, Nils partió como una flecha y bajó de la roca con mucha destreza y aplomo. Guiar un caballo era la única cosa que sabia ejecutar, y que hacia sin murmurar.

En cuanto á Ulf, como Mr. Goefle le habia dado las órdenes oportunas antes de marchar al castillo nuevo, preparó para Cristiano la cama en que habia dormido Nils, y para este un vasto sofá donde podria tenderse con holgura; despues de lo cual, Ulf, siempre discreto respecto de su desobediencia, fué á ocuparse en el servicio de su tío, sin darle parte, en manera alguna, de la presencia de sus huéspedes en el torreón.

VII.

Acaso no habrá olvidado el lector que el anciano Stenson habitaba en un edificio situado en el fondo del segundo patio pequeño de que se componia, con el primer recinto, algo mas estenso, el ruinoso castillo de Stollborg. La historia de la fundacion de aquel antiguo castillo era una leyenda; en la época del cristianismo en Suecia habia surgido él solo de la roca en el espacio de una noche, porque el costellano, que entonces era pagano, viéndose amenazado en su casa de madera con ser arrojado al fondo del lago por una tempestad violenta de otoño, hizo voto de abrazar la nueva religion si el cielo le libraba de los efectos del huracan. Ya acababa de ser arrebatado el techo, pero apenas fué pronunciado el voto cuando como por encanto se alzó de las entrañas de la tierra un torreón de granito, y habiéndose hecho bautizar el costellano, nunca mas volvió el huracan á conmover su poderosa y sólida morada.

A despecho de esta verídica historia, los anticuarios del país se atrevian á decir que la torre cuadrada del Stollborg

solo databa de la época del Rey Birger, es decir, del siglo XIV. Sea de esto lo que quiera, el castillo y la pequeña posesion habian sido comprados en el siglo XV por un buen caballero del apellido de Waldemora.

En el siglo XVII, Olaf Waldemora llegó á ser favorito de la Reina Cristina, que en virtud de una usurpacion arbitraria de vários fragmentos del patrimonio de la corona le hizo donacion de tierras considerables en aquella parte de la Dalecarlia. La historia no dice que aquel Waldemora fuese el amante de la fantástica heredera de Gustavo Adolfo.

Quizás en un apuro de dinero le cedió la Reina á un precio ínfimo aquellas posesiones importantes. Es seguro que cuando llegó la *reduccion* de 1680, cuando el enérgico Carlos XI hizo revisar todos los títulos de adquisicion y devolver al patrimonio de la corona cuanto habia sido cedido indebidamente por sus predecesores, medida terrible y saludable á la cual debe Suecia la dotacion de las universidades, de las escuelas y de los magistrados, la creacion de los correos, del ejército *indelta*, y otros beneficios que los *viejos gorros* no habian perdonado todavia á la corona en la época de nuestra narracion, el baron de Waldemora se halló en regla, conservó los cuantiosos bienes que habia heredado de su abuelo, y completó las mejoras del castillo nuevo que habia hecho edificar á orillas del lago y que llevaba su nombre.

Así pues, lo que aun quedaba en pié del antiguo castillo de la familia solo consistia en una torre que parecia muy alta por razon del gran macizo de mamposteria por cuyo medio se prolongaba su base hasta la orilla del lago, pero que en realidad no contenia mas que dos pisos, á saber: el cuarto de la osa y el cuarto de guardia, que estaban en la planta baja, y encima otro ó otros dos cuartos en los que hacia unos veinte años que nadie habia penetrado, es decir, desde la época en que tapiaron su parte interior. El resto del castillo reedificado varias veces, no era mas que una especie de *gaard* noruego. Sabido es que, en Noruega, el *gaard* es una reunion de varias familias que viven en comunidad. Las habitaciones, las cocinas, los refectorios, los establos y los almacenes, en vez de estrecharse todo lo posible, como en otras partes, bajo un mismo techo, forman varias construcciones de las que cada una se cobija bajo un tejado particular, y cuyo conjunto presenta un grupo de numerosas casitas distintas unas de otras. Varias costumbres son comunes á la Suecia y á la Noruega, sobre todo en aquella parte de la Dalecarlia que se acerca á las montañas fronterizas. En la época en que el Stollborg, aban-

donado por la preferencia concedida al castillo nuevo, se convirtió en un establecimiento rural, se contaban ya en el país varios *gaards* dispuestos del mismo modo.

Como en toda la Suecia y en todos los países en que se edifica con madera, este *gaard* se habia incendiado varias veces, y los mas antiguos de aquellos pequeños edificios mostraban todavia las huellas del fuego. Sus aristas carbonizadas y sus tejados ennegrecidos se destacaban cuat sombríos espectros sobre el nevado fondo de la montaña.

El patio principal, rodeado por su carcomido cobertizo, que una mas ó menos bien á los diferentes edificios entre sí, y cuyo techado de tablas brillaba con una franja de estaláctitas de hielo, ofrecia así el aspecto de un grupo de cabañas suizas abandonadas. Hacia mucho tiempo que habia sido trasladada la alqueria á otra parte y dejado el castillo entero á disposicion de Stenson, quien no hacia reparar ya aquellas chozas sin valor y sin mas empleo que el de almacenar algun forrage y algunas legumbres secas. Las toscas losas del patio estaban surcadas en todas direcciones por mil regueritos escabrosos trazados al cabo del tiempo por los desahogos violentos del deshielo; ni una puerta se sostenia en sus goznes, y parecia que, á no ser por algun voto tan eficaz como el del primer castellano, en la próxima primavera ó en el siguiente otoño el mas minimo huracan habia de arrebatat aquellas casuchas y pricipitarlas al fondo del lago.

El segundo patio pequeño, situado detrás del grande, era un anejo mas moderno, de un caracter menos pintoresco, pero infinitamente mas cómodo. Aquel anejo databa de la época en que el baron Olaus Waldemora heredó los bienes de su hermano Aldestan y tomó posesion de ellos. Habia hecho construir una especie de segundo *gaard*, pequeño para su fiel Stenson, con el fin, segun decian, de decidirse á no abandonar aquella residencia que le causaba horror. Así pues, el anejo formaba otro grupo situado mas abajo que el primero en la vertiente de la roca. Sus puntiagudos tejados se apoyaban en la áspera roca, y presentaban la disposición singular usada en el país, á saber, una capa de troncos de pino bien unidos con musgo, luego cubiertos con hojas de corteza de abedul, y por encima de todo una capa de tierra sembrada de césped. Sabido es que en Suecia el césped que hay en los tejados es cuidado con el mayor esmero, y aun algunas veces lo dibujan en forma de pa terre, con flores y arbustos. Allí nace la yerba fuerte y magnífica, y es donde los ganados buscan su pasto mas esquisito.

En aquella parte del castillo viejo llamada especialmente el *gaard*, era donde Stenson vivia hácia unos veinte años, tan cascado y tan achacoso ya que casi no salía de su pabellón, bien caldeado, bien amueblado, conservado con extrema limpieza, y pintado de encarnado, por fuera con óxido de hierro. Allí tenia seguramente todas sus comodidades; su habitacion aislada de la casita en que vivia su sobrino, su cocina en una cabaña, su vaca y su lechería en otra. Sin embargo, no por eso era menos monótona y melancólica la existencia de aquel anciano misterioso. Se observaba, ó al menos se habia observado cuando se construyó su habitacion, el cuidado que tuvo de hacer que todas las ventanas diesen al lado opuesto al torreón y aun al castillo nuevo. No se entraba en su casa sino por una puerta lateral, y para penetrar en su cuarto era preciso ir serpenteando por un corredor angosto. No parecia sino que temia ver el torreón por una puerta abierta directamente hácia aquel lado. En último resultado, acaso no fuese sino una precaucion contra el viento de Oeste, que soplabá de aquella parte.

Como para confirmar los rumores que circulaban por el país, sucedia muy pocas veces que Stenson saliese de su casa, á no ser para tomar el sol algun rato en un huertecito reducido situado á orillas del lago, siempre en direccion opuesta al torreón, y aun aseguraban que á la hora en que el sol enviaba la tenue sombra de la veleta á los cuadros del huerto, se retiraba precipitadamente á su cuarto, como si aquella sombra nefasta le hubiese causado horror y sufrimiento. En todo esto, los hombres despreocupados del castillo nuevo, como el mayordomo y los criados modernos, no veian mas que las precauciones excesivas, llevadas hasta la mania, de un anciano enfermizo y friolero; pero Ulfilas y compañía veian en ello la prueba irrecusable de la instalacion de espíritus malélicos y de espectros espantosos en el lúgubre Stollborg.

Decian que en el espacio de veinte años Stenson no habia atravesado el patio grande ni pasado por la puerta del Oeste. Cuando algun asunto habia exigido su presencia en el castillo nuevo, se trasladaba á él por el huertecito, á cuyo pié estaba amarrada en verano su lancha particular.

Aunque la presencia del baron en el casullo nuevo, que se verificaba cuando no asistía al *stenderne* (dieta de los *Estados*), del cual era miembro, nada variaba en la existencia de Stenson, hacia algunos dias que Ulfilas observaba una agitacion singular en su tío. Hacia preguntas acerca del tor-

reón, como si le hubiese interesado la conservación de aquel gigante maldito. Quería saber si Ulf entraba allí de vez en cuando para ventilar el cuarto de la Osa, á qué horas lo hacía y si no había observado algo extraordinario. En aquel día mintió Ulf, no sin remordimiento, pero sí sin vacilar, contestando con la cabeza y con los hombros que nada nuevo ocurría. Tenía fundadas razones para creer que Stenson, que no salía de su cuarto por razón del frío, nada observaría, y había sentido ciertos escudos que resonaban, al parecer para él, en el bolsillo de Mr. Goeffe, sin que la bóveda del Stollborg intentase hundirse á impulsos de la indignación. Ulf, sin ser un hombre codicioso, no aborrecía las ganancias, y quizás comenzaba á reconciliarse algún tanto con el torreón.

Cuando hubo dicho aquella mentira y servido la segunda comida á su tío, iba á retirarse, pero el anciano le pidió cierta Biblia que rara vez consultaba y que estaba colocada en un estante particular de su biblioteca. Stenson mandó que la colocase delante de él sobre la mesa é hizo seña á Ulf para que se retirase; pero este, curioso por conocer las intenciones de su tío, volvió á abrir la puerta un momento después, bien seguro de que no le habían de oír, y de pie detrás del sillón del anciano, le vió pasar un cuchillo, como á la aventura, por entre las hojas del abultado libro, abrirle y mirar atentamente el versículo sobre el cual se había detenido la punta del cuchillo. Repitió por tres veces esta prueba, especie de práctica, á la vez devota y cabalística, usada aun entre los católicos del Norte para preguntar á Dios los secretos de lo porvenir con arreglo á la interpretación de las palabras indicadas por el destino; luego, Stenson colocó su cabeza entre sus manos sobre el libro cerrado, como para consultarle con su cerebro después de haberle interrogado con los ojos, y Ulf se retiró bastante inquieto acerca del resultado del experimento. Había leído los tres versículos por encima de la cabeza de su tío. Hélos aquí en el orden en que habían sido señalados por la casualidad:

» ... El abismo y la muerte dicen: ¡Hemos oído hablar de ella!

» ... ¿No lloraba yo por el que ha pasado malos días?

» «Las riquezas del pecador están reservadas para el justo»

Los versículos sueltos de ese libro misterioso y sublime, tienen casi todos la facultad de prestarse á cuantos sentidos les pide la imaginación. Por eso el anciano Sten, después de haberse estremecido al leer el primero y juntado las manos

al llegar al segundo, respiró con fuerza, como un alma aliviada, al ver el tercero; pero Ulfilas habia bebido demasiado la víspera para interpretar convenientemente las decisiones del libro sagrado. Sin embargo, se preguntó á sí mismo con angustia si la Biblia habria revelado á su tío, bajo una forma alegórica superior á su inteligencia, el secreto de su mentira.

Fué distraído de sus meditaciones por la aparicion de un nuevo huesped en el patio; era Puffo que iba á ponerse de acuerdo con Cristiano para la representacion de aquella noche. Puffo no era demostrativo; no le gustaba el campo en invierno y no entendia una palabra de dalecarliano. Sin embargo, en aquel momento estaba de buen humor, y sus razones tenia para ello. Dió los buenos dias á Ulf con un tono casi amistoso, mientras que este, estupefacto, le veía entrar sin ceremonia, como en su casa, en el cuarto de la Osa.

Puffo encontró á Cristiano ocupado en clasificar sus objetos mineralógicos en su caja.

—¡Eh! mi amo, ¿en qué estais pensando?—le dijo.—No se trata de entretenerse ahora con piedrecillas, sino de prepararlo todo para la funcion de esta noche.

—¡Pardiez! ya pienso en ello,—contestó Cristiano;—pero, ¿qué podia hacer sin tí? Tiempo es ya de que te dignes aparecer de nuevo. ¿Dónde diablos has estado desde ayer?

Puffo contó, sin disculparse, que habia concluido por hallar buena cena y buen albergue en la alqueria, que habia dormido hasta muy tarde, y que habiendo hecho amistades con un lacayo del castillo que estaba allí, participó á todos la llegada de Cristiano Waldo al Stollborg. Despues del almuerzo el mayordomo del castillo le habia mandado á llamar; le habió muy bondadosamente y le anunció que á las ocho de la noche en punto se contaba con la representacion de los títeres. El señor mayordomo habia añadido: «Dile á tu amo Cristiano que el señor baron desea que haya mucha alegria, y que le ruega eche mano de todo su talento.»

—¡Eso es! dijo Cristiano,—¡hay que tener talento de orden del señor baron! Pues bien, que se ande con cuidado, no sea que llegue yo á tener demasiado. Pero, dime, Puffo, ¿no has oido decir que el baron esté enfermo?

—Sí, lo estaba anoche, segun parece,—contestó Puffo,—pero ya ni se acuerda de ello. Acaso se achisparía, aunque sus lacayos dicen que no bebe; pero ¿quién ha de creer eso, que

un hombre tan rico se prive el estómago de lo que tiene en la bodega?

—Y tú, Puffo, apuesto á que no te habrás privado de lo que te haya caído por la mano.

—La verdad, dijo, gracias al lacayo, que tiene á su novia en la alqueria y que me convidó á su mesa, bebí bastante buen aguardiente de grano: es bastante áspero, pero caldea el estómago; por eso dormí muy bien, despues...

—Me alegre mucho de tu buena suerte, maese Puffo, pero será preciso pensar en nuestra obra; ve ante todo á ver si Juan no tiene hambre ni sed, y luego volverás aqui para que te dé mis instrucciones. Date prisa.

Puffo salió, y Cristiano se disponia, no sin suspirar un poco, á cerrar su caja de minerales para abrir la de *burattini*, cuando los cascabeles de un trineo le hicieron asomarse á la ventana. No era el doctor en derecho quien volvía tan pronto, sino el lindo trineo azul y plateado que en la noche anterior llevó á Margarita al Stollborg.

¿Será preciso confesar que Cristiano habia olvidado la promesa hecha por aquella amable niña al apócrifo Mr. Goelle de que volvería al día siguiente? La verdad es que Cristiano, en razon á los sucesos ocurridos en el baile, no habia contado en manera alguna con la posibilidad de aquella visita, y no habia advertido al verdadero Goelle. Quizás consideraba la aventura como inevitablemente terminada, acaso desease tambien que hubiese concluido, porque, ¿á dónde podia conducirle, á menos que fuese hombre capaz de abusar de la inesperienza de una jóven, para llevar consigo despues su desprecio y sus maldiciones?

Sin embargo, el trineo avanzaba; subia por la cuesta, y Cristiano veia la linda cabeza de la jóven condesa, cubierta con la capucha de armiño. ¿Qué habia de hacer? ¿Tendría valor Cristiano para cerrarle la puerta, ó mandarle á decir por conducto de Puffo que el doctor en derecho se hallaba ausente? ¡Bah! Ulf no dejaría de decirselo; no habia necesidad de mezclarse en ello. El trineo iba á volverse como habia ido.

Cristiano permanecia junto á la ventana, esperando verle marchar de nuevo; pero no se marchó y se abrió la puerta. Apareció Margarita, y Cristiano no tuvo mas que el tiempo necesario para cerrar precipitadamente la caja en que los muñecos mostraban con suma indiscrecion sus abultadas narices y sus bocas risueñas.

—¿Cómo! caballero! —esclama la jóven con sorpresa, y

todavía estáis aquí? No esperaba yo eso! Creí que os habríais marchado ya.

—Segun eso, ¿á nadie habeis encontrado en el patio?—dijo Cristiano, quien acaso no sentia atribuir aquella circunstancia al destino.

—A nadie he visto,—dijo Margarita,—y como vengo de escondidas he entrado muy de prisa para que nadie me viese; pero lo repito, Mr. Goefle, no debíais estar aquí. El barón debe saber á estas fechas el nombre de la persona que se atrevió á hacerle frente, y os juro que deberíais marcharos.

—¿Marcharme? Me decís eso muy cruelmente! pero me recordáis que en efecto me he marchado. Sí, sí, tranquilizaos, me he marchado para nunca mas volver. Habiéndome hecho comprender Mr. Goefle que podia envolverle en mis desgracias, le he prometido desaparecer y me encontrais ocupado en preparar mi equipaje.

—Oh! entonces continuad, que no os retrase mi venida.

—¿Segun eso, teneis mucha prisa de no volver á oír hablar de mí? Pero, suponed que sea un hecho consumado, que me he embarcado lo menos para América, huyendo a toda vela ante mi temible enemigo, y vertiendo algunas lágrimas al recordar esa primera contradanza, que será, al propio tiempo, la última de mi vida. ...

—Conmigo... pero no con otras.

—¿Quién sabe? La persona que en este momento os habla no es mas que una sombra, un fantasma, el recuerdo de lo que fué á ser. La otra persona es juguete de las olas y del destino, y me cuido de ella como de un habitante de la luna.

—¡Dios mío, qué alegre estáis, Mr. Goefle! ¿Sabeis que yo no lo estoy en manera alguna?

—A la verdad,—dijo Cristiano sorprendido al ver el aspecto triste de Margarita,—soy un miserable al hablar de mí mismo, cuando solo debiera cuidarme de las consecuencias del suceso de anoche! Pero, ¿os dignareis contestarme todavía si os pregunto?

—Oh! bien podeis hacerlo despues de todo lo que la casualidad me ha obligado á contaros de mí... Anoche me riñó mucho mi tia, y dió orden á Mlle. Potin para que arreglase mi equipaje con el fin de conducirme hoy á Delby; pero esta mañana todo habia variado, y despues de una conferencia secreta con el baron que, segun ella dice, ha recobrado *toda su salud y toda su alegría*, se ha resuelto que me quede y que hasta esta noche no haya de cuidarme de mí atavío. ¡A propósito! ¿Sabeis que decididamente tendremos á Cristiano

Waldo? ¿Aun dicen que está alojado aquí, en el Stollborg?
¿Le habeis encontrado? ¿Le habeis visto?

—Si por cierto.

—¿Sin careta? ¡Ah! ¿cómo es? ¿tiene realmente una cabeza de muerto?

—¡Peor que eso! tiene una cabeza de madera.

—¡Quitad allá! os estais burlando.

—Nada de eso. Al verle jurariais que su cara ha sido tallada en un pedazo de madera con un cuchillo mal afilado. Se parece al mas feo de estos muñecos; mirad, á este.

Y Cristiano enseñó una figura de esbirro grotesco que salía de la caja y que Margarita hubiera podido ver si no se hubiese hallado tan preocupada.

—¡Ah! ¿de veras?—dijo la jóven con cierto terror.—¿Es esa, acaso, su caja? ¿Vive aquí con vos, por ventura?

—No, tranquilizaos, no le vereis. Ha salido y ha rogado á Mr. Goefle que le permita colocar aquí su equipaje.

—¡Pobre muchacho!—repuso Margarita pensativa,—¡con que es tan feo! ¡Para que se pueda creer lo que dicen! Hay personas que aseguran haberle visto hermoso. ¿Y es viejo, quizás?

—Tiene unos cuarenta y cinco años; pero ¿en qué estais pensando, y por qué estais tan triste?

—No lo sé, estoy triste.

—Pues si os quedais en el castillo vereis esta noche la funcion de títeres!

—¡Ah! mirad, Mr. Goefle, me tralais demasiado como á una niña. Ayer, en el baile, es verdad, me hallaba alegre, me divertía, era feliz, me creia libre para siempre del baron; pero hoy mi tia ha recobrado sus esperanzas, lo veo muy claro, y me veo precisada á reaparecer ante un hombre á quien aborrezco cordialmente. ¿No me insultó ayer de la manera mas villana? En vano dice mi tia que quiso chancearse, no se chancea con una muchacha de mi edad como con una niña. Para consolar algun tanto mi orgullo herido, prefiero pensar que habió mas bien en un momento de delirio, y que comenzaba ya á sentir su ataque de nervios cuando me dijo aquellas palabras groseras: esa es tambien la opinion de mis compañeras; pero, ¿qué se yo lo que me dirá hoy, cuando vuelva á verle? Ya sea un malvado ó un loco, si vuelve á ultrajarme, ¿quién tomará mi defensa? Ya no estareis allí, y nadie se atreverá...

—¡Cómo! ¿nadie se atreverá? ¿Quiénes son, pues, esos

hombres que os rodean? Y esos buenos jóvenes á quienes ví ayer....

—Sí, de seguro los creo buenos; pero no me conocen, Mr. Goelle, y acaso creerán que merezco los ultrajes del baron. Es una recomendacion bastante triste para mí el ser presentada en la sociedad por mi tia, quien equivocadamente, sin duda alguna, tiene la fama de sacrificarlo todo á las cuestiones de interés político.

—¡Pobre Margarita!—dijo Cristiano, conmovido por la situacion penosa de aquella jóven amable.

Como estaba sinceramente afectado y no tenia idea alguna de familiaridad ofensiva, Margarita no creyó que habia mal alguno en dejarle que cogiera su mano, que por lo demas abandonó el jóven al momento, al recordar la realidad de las circunstancias.

—Veamos,—dijo,—lo esencial, ante todo, es que adopteis una resolucion.

—Ya está adoptada. Lo que mas cuesta es el primer paso. Ahora, cuantas veces encuentre al terrible Olaus, arrostraré su cólera con decision; le diré ante todos lo que merece, y consentiré en pasar por un demonio de malicia antes que por una favorita de ese háj dalecarliano. En último resultado, mejor me defenderé yo sola, porque, si os hallaseis presente, temeria veros tomar mi defensa á costa vuestra y me contendria mas. De todos modos, Mr. Goelle, nunca olvidaré los buenos consejos que me habeis dado y la manera caballeresca en que contuvisteis á ese varon espantoso. No sé si volveremos á vernos algun dia; pero, donde quiera que esteis os seguire con mis buenos deseos y rogaré á Dios que os conceda mas felicidad de la que yo tengo!

Cristiano sintió viva emocion al ver el tono afectuoso y sincero con que le hablaba aquella jóven encantadora. Habia una verdadera efusion en su mirada y en su acento, sin el mas leve aomo de coquetería.

—¡Esceleute Margarita!—le dijo llevandose á los labios su linda mano,—¡os juro que yo tambien me acordaré de vos! ¡Ah! ¡por qué no seré rico y noble! quizás entonces tendria poder suficiente para auxiliaros, y de seguro que haria todo lo imaginable para obtener la felicidad de protegeros; pero, nada soy, y por consiguiente nada puedo!

—No por eso os lo agradezco menos,—repuso Margarita. Me figuro que sois un hermano á quien no conocia y que Dios me ha enviado por un momento, en la hora de mi

afliccion. Tomad de ese modo nuestra breve reunion y despidámonos sin desesperarnos por lo porvenir.

El candor de Margarita hizo que penetrase un remordimiento en el alma de Cristiano. De un momento á otro podia volver Mr. Goelle, y era imposible que la jóven condesa, que tan bien habia observado la similitud de acento que existia entre el fingido tio y el fingido sobrino, no reparase, al verlos juntos, en la ausencia completa de semejanza. Además, Mr. Goelle de seguro no se prestaria á sostener tal supercheria, y á Cristiano le apesadumbraba pensar que Margarita conservaria un mal recuerdo de él. Así, pues, se confesó espontáneamente y dijo que, no conociéndola, se habia tomado la libertad de gastar la mala broma de ponerse el abrigo de pieles y el gorro del doctor para representar su papel, añadiendo que se habia arrepentido en extremo al ver el alma angelical con la cual habia querido divertirse. Margarita se enfadó un poco. Hubo un momento en que tuvo casi la revelacion de la verdad, al oir á Cristiano dirigirle la palabra por primera vez en el baile; pero tenia un aspecto tan sincero al referirla que lo habia oido todo desde la habitacion inmediata, que rechazó sus sospechas.

—¡Ah! ¡qué bien sabeis mentir,—le dijo,—y cuán fácilmente puede uno dejarse engañar por vuestras explicaciones! No me siento ofendida por la broma en sí misma: al venir aquí cometia una imprudencia y una calaverada por las que he sido castigada con un engaño; pero lo que me entristece es que hayais persistido hasta el fin con tanto aplomo y candor.

—Decid, mas bien, con remordimiento y con vergüenza mal entendida; la primera falta produce otras y...

—¿Y qué? ¿qué mas teneis que confesar?

Cristiano se habia hallado muy próximo á decir la verdad entera. Se dio trvo al comprender que el nombre de Cristiano Waldo haria huir á Margarita indignada y turbada. Así, pues, se resignó á no ser sino sincero á medias y á continuar apareciendo á los ojos de la condesita como Cristiano Goell; pero este disimulo, que le hubiera divertido interiormente respecto de cualquiera otra persona, le llegó á ser muy penoso cuando la jóven fijó en él sus hermosos ojos entristecidos por una expresion de reconvencion y de temor «He querido jugar como un niño con una niña, pensó; pero ahora, á pesar nuestro, se mezcla en todo ello el sentimiento, y cuanto mas honrado y delicado se torna este, mas culpable me hago..»

A su vez se puso triste, y Margarita lo observó.

—Vamos,—le dijo con una sonrisa de radiante bondad,—

no echemos á perder con reconconvenciones ese lindo capítulo de novela que va á concluir sin dejarnos menos bien intencionados á ambos. No habeis abusado de mi confianza para burlaros realmente de mí, puesto que, por el contrario, me habeis ayudado á contar conmigo misma para conjurar la mala suerte, y lejos de sentirme lastimada y puesta en ridículo, me encuentro mas firme sobre mis pobres pies de lo que lo estaba ayer á estas horas.

—Eso es cierto, ¿verdad?—dijo Cristiano con viveza,—y tomo al cielo por testigo de que...

—Acabad,—esclamó Margarita.

—Pues bien,—repuso Cristiano con vehemencia,—tomo al cielo por testigo de que en todo esto no me he cuidado en manera alguna de mí, y de que mi único pensamiento ha sido el de vuestra verdadera felicidad!

—Lo sé muy bien, Cristiano,—esclamó Margarita levantándose y tendiéndole ambas manos;—sé muy bien que no habeis visto en mí mas que una pobre hermana ante Dios... Os doy las gracias y ahora me despido de vos porque vuestro tio va á volver; no me conoce, y es del todo inútil decirle que he venido. Por lo demas, podeis decirle lo que querais; estoy muy segura de que no trabajará contra mí, y de que es tan hombre de bien y tan generoso como vos.

—Sin embargo...—dijo Cristiano, que veia con pesar que se precipitaba el fin de la novela,—veniais á decirle algo, y acaso seria necesario que lo supiese...

—Venia,—dijo Margarita con cierta vacilacion,—á pedirle que me dijese con esactitud cuáles son los proyectos de mi tia respecto de mí para el caso en que yo me rebelase abiertamente. Pero eso era todavia una cobardía. No necesito saberlo. Que me destierre, que me deje aislada, que me encierre que me pegue, ¿qué importa? No flaquearé, os lo juro... ¡Nunca me casaré con un hombre á quien no pueda... estimar!

Margarita no se habia atrevido á decir amar. Tampoco Cristiano se atrevió á pronunciar esta palabra; pero los ojos de ambos se lo habian dicho mutuamente, y las mejillas de los dos jóvenes se animaron á la vez con un rubor simpático.

Al cabo de aquella hora de conversacion confidencial, este fué el único y rápido desabogo de sus almas, y aun no le comprendieron por completo ni el uno ni el otro. Margarita porque no sabia que amaba, Cristiano porque se creia seguro de no amar. Y sin embargo, cuando Margarita se hubo meti-

do en su trineo, y cuando Cristiano la hubo perdido de vista, ambos sintieron una emocion que parecia que les desgarraba el pecho. Lágrimas que ella misma no sentia correr hamedecieron lentamente las mejillas de la joven, y Cristiano, absorto en confusas meditaciones, suspiró profundamente, como si de un hermoso sueño de sí volviese á caer en los hielos del invierno.

Para ver mas tiempo el trineo volvió á entrar en la sala de la Osa y se asomó á la ventana entre las dos vidrieras; pero un roce ligero que sintió detrás de sí le hizo volver la cabeza, y presencié una escena que le causó mucha sorpresa.

Un anciano endeble y pálido, de fisonomía distinguida, vestido de gris con mucha limpieza, á la moda antigua, estaba de pie en medio del cuarto, con un ramo verde en la mano. Cristiano no le habia oido entrar, y aquella figura, iluminada de perfil por el sol, may oblicuo ya, que enviaba por la única y larga ventana un rayo rojizo y triste á la oscura sala, tenia toda la apariencia de una vision fantástica. La expresion de aquella figura no era menos singular que su inesperada presencia. Parecia indecisa, sorprendida ella misma de verse allí, y sus ojos vidriosos contemplaban con sorpresa las modificaciones introducidas en la lúgubre disposicion de la sala por los que á la sazón la ocupaban.

Con un poco de reflexion comprendió Cristiano que aquel no era ningún espectro, sino probablemente el anciano Stenson que iba á presentar sus respetos á Mr. Goelle, y que se sorprendia por no encontrarle. Pero, ¿qué significaban la rama verde y aquel aspecto tímido y disgustado?

En efecto, era el viejo Stenson, y como tenia tan clara la vista como torpe el oido, desde luego le habian sorprendido la lumbré encendida, la mesa puesta y el reloj andando; pero no tenía los movimientos rápidos y á Cristiano le quedó el tiempo suficiente para retroceder un poco detrás de un cortinaje medio roído por los ratones, antes de que los ojos del anciano se hubiesen fijado en aquella ventana abierta. Así, pues, Cristiano pudo observar antes de que le viesen. En cuanto á Stenson, pensó que su sobrino, cuya afición al vino no ignoraba, habria convidado á algunos amigos á cenar en aquel cuarto sin que él lo supiese. Lo mucho que se indignó solo él hubiera podido decírnoslo. Su primer cuidado fué el de hacer desaparecer aquel desorden escandaloso. Comenzó por apartar con las tenazas de hierro los carbones encendidos en la estufa para que el fuego se apagase por sí solo, luego,

antes de llevarse lo que había sobre la mesa, ó de hacer que se lo llevase el mismo delincuente, detuvo la péndola del reloj y volvió á colocar la aguja en las cuatro, tal como Cristiano la había encontrado cuando con mano profana se permitió echarle á andar.

Mr. Stenson se volvió en seguida como para contar las bugías de la araña, pero como el sol le daba en los ojos se dirigió á la ventana para cerrarla.

En aquel momento, Cristiano, que iba á ser sorprendido, salió de su escondite. Al verle aparecer, rodeado por la aureola de los rayos del sol poniente, Stenson, que quizás no era el menos supersticioso de la familia, retrocedió hasta colocarse debajo de la araña, y se reflejó tal angustia en sus facciones que Cristiano olvidando su sordera, le dirigió la palabra con dulzura y deferencia para tranquilizarle; pero su voz quedó sin eco en la sala abierta y fría.

Stenson no vió mas que el movimiento de sus labios, su hermosa figura y aspecto bondadoso. Cayó de rodillas tendiéndole los brazos como para implorarle ó bendecirle, y presentándole con un temblor convulsivo su rama de ciprés cual una palma ofrecida en homenaje á una divinidad.

—Veamos, buen hombre,—le dijo Cristiano alzando la voz y acercándose para levantarle,—no soy Dios, ni siquiera el buen ángel de Navidad que entra por las ventanas ó baja por las chimeneas; alzaos!... soy....

Pero Cristiano se detuvo al ver que una palidez lívida se extendía por el semblante tan blanco ya del anciano. Comprendió que le causaba un terror mortal y se alejó con el fin de darle tiempo para que se reanimase. En efecto, Stenson se repuso algun tanto, pero justamente lo necesario para pensar en huir. Se arrastró un momento de rodillas, se levantó con esfuerzo y salió por el dormitorio murmurando palabras incoherentes y sin sentido alguno. Cristiano, juzgando que se hallaba en algun acceso de demencia, efecto de la edad ó de una devoción exaltada, se abstuvo de seguirle por temor de exacerbarle, y cogiendo la palma que el anciano había dejado caer á sus piés, leyó en una cinta de pergamino atada á ella estos tres versículos de la Biblia escritos con mano bastante firme todavía:

«...El abismo y la muerte dicen: Hemos oído hablar de ella!

«...¿No lloraba yo por el que ha pasado malos días?

«Las riquezas del pecador están reservadas para el justo.»

La imaginación de Cristiano no tuvo tiempo para tratar

de descifrar este enigma. El día declinaba con rapidez. A la una y media de la tarde, las sombras transparentes de las nevadas cumbres se alargaban ya sobre la superficie azul del lago. Era un espectáculo hermoso y que á Cristiano le habria gustado contemplar sin preocupacion alguna. Los dias cortos del Norte tienen aspectos infinitamente pintorescos, y aun en mitad del día las cosas producen efecto, como dicen los pintores, púesen razon á la oblicuidad de los rayos solares se bañan con la luz y la sombra, como sucede entre nosotros en las horas de la mañana y de la tarde. Este es, probablemente, el secreto de esa belleza de la luz de que con tanto entusiasmo hablan los que viajan por los climas setentrionales. No son solo los parajes extraordinarios, las cascadas impetuosas, los lagos inmensos y los esplendores de las auroras boreales, los que les dejan recuerdos tan deliciosos de Suecia y de Noruega; dicen que consiste en esa claridad deliciosa en la que los mas mínimos objetos se revisten de un brillo y de un encanto del que nada podria dar una idea.

Pero nuestro héroe, al paso que contemplaba la belleza del cielo, observaba que el día iba menguando, y veia desde lejos los preparativos de la fiesta de la que en parte era responsable.

Los chimeneas del castillo nuevo enviaban densos espirales de humo negro á las nubes de rosado nacar. Varios tiros, repetidos por los sordos ecos de las nieves, anunciaban los esfuerzos de los cazadores para alimentar los asadores de aquellas cocinas pantagruélicas.

Se veia correr en todas direcciones, sobre ágiles patines, mensajeros presurosos, cruzándose y atropellándose algunas veces sobre el hielo del pequeño lago. Echaban mano de todos los recursos del país, desde el monstruoso tronco de árbol que habia de figurar en la chimenea de cada sala del castillo, hasta la pobre perdiz blanca que, merced á su pluma de invierno, creia poderse librar de la mirada sagaz del hombre y del desapiadado olfato del perro de caza.

Preparábase, pues, una espléndida quinta noche de Navidad (porque estaban á 28 de Diciembre), y solo Cristiano no se disponia. Se impacientaba por no ver volver á Puffo. Después de haberse puesto de nuevo su humilde traje y de haber ocultado parte de su hermoso rostro con su abundante cabellera echada hacia adelante, mientras que su sombrero puntiagudo se le calaba hasta los ojos, fué á buscar á su criado al patio grande, al gaard, y hasta á la cocina en donde la víspera habia dado tan gran susto á Ulflas. Olvidó á

hasta la bodega; allí era donde habria encontrado á Puffo en posesion del Paraíso de sus sueños.

Cristiano iba á volverse atrás, cuando le ocurrió la idea de explorar el huertecito de maese Stenson. Le dirigió previamente una mirada, y habiéndose cerciorado de que el anciano mayordomo á quien tanto terror habia causado su presencia no estaba allí, bajó por la rápida pendiente que conducia á la orilla del lago. Desde allí podia ver todo el lado del *gaard* que se extendia por el fondo de la pequeña ensenada.

La vieja mamposteria estaba tan bien unida á la roca que se distinguia muy poco la fortificacion natural de la que habia sido hecha por mano del hombre, revestida además de largas cabelleras de plantas parietarias, cristalizadas todas por la escarcha é inclinadas hacia el lago, en donde estaban fuertemente sujetas por el hielo. Cuando Cristiano hubo llegado á aquel sitio, procuró enterarse de lo que le habia sucedido la vispera, cuando quiso explorar el pasadizo secreto del cuarto de la Osa. Hemos prometido al lector referírsele, y ha llegado el momento de cumplirlo.

Se recordará que, para ir á buscar algo que cenar, se habia aventurado en aquel pasadizo, el cual, oculto por una puerta muy bien disimulada en el friso de madera, arrancaba de debajo de la escalera y el jóven creia que habia de ir á parar al alojamiento de Mr. Stenson. Sin embargo, no era así. Cristiano, despues de andar algunos pasos por un corredor estrecho, halló una escalera pequeña, muy fina y llena de escombros, por la cuál parecia que hacia mucho tiempo que nadie habia pasado. Al pié de aquella escalera, muy larga, encontró una puerta abierta. Sorprendido al encontrar libre un paso que parecia tan misterioso, intentó seguir adelante; pero una bocanada de viento le apagó la luz y se halló en la mas completa oscuridad. Así anduvo algunos pasos con precaucion: al fin, la luna, saliendo de entre las nubes, le dejó ver una especie de gruta que de trecho en trecho tenia aberturas que daban al lago. Habia seguido por aquella galeria, que parecia formada por la naturaleza y en la que penetraba el agua del lago; andando, despues, por encima del hielo, llegó delante de una puerta pequeña con claraboya, fácil de escalar, por la cual penetró en el huerto y luego en el *gaard* de Mr. Stenson.

Aquella puerta, en cuyos dos lados habia dos tejos jóvenes, era lo que á la sazón llamaba la atencion de Cristiano y le ayudaba á conocer los puntos principales de su exploracion nocturna. Aunque no esperaba encontrar á Puffo por aquella

parte, Cristiano salió del huerto y comenzó á seguir por el lago los cimientos exteriores del castillo en direccion al torreón. Tenia curiosidad de ver otra vez, de día, el trayecto que habia verificado unas veces á tientas y otras á la claridad de la luna.

Así llegó á la entrada de lo que creyó era una gruta. No era en realidad mas que un amontonamiento de trozos enormes de granito, de esos que creo llaman erráticos ó errantes para significar que se les encuentran aislados de su roca primitiva, en regiones de diferente naturaleza, en donde no han podido producirse. Se supone que son resultado de algun cataclismo primitivo ó moderno, furor de las aguas ó trabajo de los hielos, que los habrán llevado desde muy lejos al sitio en que hoy se encuentran. Aquellos trozos de granito tenían sus contornos redondeados, y una superposición caprichosa parecia atestiguar que impulsados por corrientes impetuosas se habian encontrado detenidos por la masa micascitosa del Stollborg, á la que así servian de apoyo y contrafuerte. No era fácil andar por aquel sitio, en razon á la nieve que habia caído en la noche anterior y que se habia amontonado, cual un estenso sudario, á lo largo de las rocas.

Cristiano iba, pues, á retroceder, cuando le sorprendió el aspecto pintoresco del torreón visto desde tan abajo, y se alejó un poco para ver mejor el conjunto. Maquinalmente procuró enterarse de la situacion de la sala de la Osa, y conoció con facilidad la única ventana á la altura de unos cien pies sobre el nivel del lago, y á cincuenta sobre la cima de las rocas. No hacia mucho frio, y Cristiano, que siempre llevaba un album pequeño en su bolsillo, comenzó á bosquejar con presteza el perfil de la torre, con su gran vertiente sobre la roca y su caos de gigantescos peñascos, cuyo amontonamiento fortuito, como el de las peñas de Fontainebleau, dejaba galerias y pasadizos cubiertos de un efecto muy singular.

Mientras Cristiano estaba estudiando aquel sitio singular, oyó cantar por allí cerca y al pronto no hizo gran caso. Era una voz rústica, una voz de mujer bastante afinada, pero velada y algunas veces temblorosa, como la de una persona débil ó de edad avanzada. Parecia que salmodiaba una especie de cántico cuya melancólica melodia era agradable no obstante su monotonía. Aquel canto, triste y débil, halagó durante algun tiempo á la mente del artista y le mantuvo en una disposicion particularmente apropiada para comprender y reproducir el caracter de un paisaje con el cual parecia que la voz se hallaba en perfecta armonia. Al pronto las palabras

eran confusas para Cristiano; sin embargo, como las escuchaba maquinalmente, las fué comprendiendo poco á poco; porque conoció que el canto era en lengua sueca pronunciada con acento dalecarliano. Muy luego le parecieron tan singulares las palabras, que las escuchó con mayor atención.

»He visto un castillo, un castillo cuadrado, á la luz del sol. Sus puertas están abiertas hácia el Norte. Por los respiraderos salen gotas de veneno; está empedrado con serpientes.

»El árbol del mundo se abrasa, el corpulento fresno se agita. La gran serpiente muere las olas. El águila grita; con su pálido pico desgarrá los cadáveres; el buque de los muertos es puesto á flote.

»¿Donde están los *ases*? (1) ¿Donde están los *alfes*? Suspiran en la entrada de las cavernas. El sol comienza á ennegrecerse; todo muere.

»Pero la tierra, admirablemente verde, comienza á brillar de nuevo hácia el lado del Oriente; las aguas despiertan, las cascadas se precipitan.

»He visto un palacio mas hermoso que el sol en la cumbre del Gimli... y ahora ya no veo, el Vala vuelve á quedar sepultado en la noche.»

Gradualmente habia ido Cristiano reconociendo en aquellos fragmentos de una poesia lúgubre unos versos algo arreglados ó tomados al acaso de la memoria en el antiguo poema de la Voluspa. La rústica pronunciación de la que cantaba hacia que aquello fuese un caso muy raro. ¿Los campesinos de aquella comarca habrian conservado la tradición de aquellos cantos sagrados de la mitología escandinava? No era probable, entonces, ¿quién los habia traducido y enseñado á aquella mujer?

Cristiano, como viajero curioso respecto de todas las cosas, resolvió á ir á interrogar á la que cantaba tan luego como tuviese concluido su croquis; pero, cuando al cabo de un momento volvió á guardarse el album en el bolsillo, la voz habia cesado de oírse. Miró á todos lados y á nadie vió. Reducido á suponer que se hallaba oculta la cantora por las peñas, se puso á espiarlas. Tan difícil era esto como andar sobre el crecido monton de nieve que las rodeaba. En el interior de la cueva principal que seguia caprichosamente hasta la distancia de unos cincuenta pasos la base de la roca, el

(1) *Ases* y *Alfes* son dioses secundarios de la mitología escandinava.

helo presentaba un piso escamoso y resbaladizo, como si las olas de la orilla se hubiesen helado instantáneamente en alguna noche fría de otoño.

Sin embargo, nuestro aventurero logró encontrar de nuevo la huella de sus propios pasos de la víspera, cuando creyó andar sobre cascotes de ladrillo y de teja, y muy luego halló, también la puerta misteriosa por la cual había salido del torreón; pero esta vez estaba cerrada. Cristiano observó dos pitones fuertes de hierro y un candado cuya llave se habían llevado. El hecho era reciente. La cantora debía ser, como Stenson y Ulfilas, una persona consagrada á la custodia del viejo castillo. No podía estar muy lejos, puesto que cinco minutos antes estaba cantando todavía, y no podía hallarse sino en las peñas, puesto que en el lago y en la vertiente de la base del torreón, hasta donde podía estenderse su vista, á nadie había visto Cristiano.

Volvió atrás para salir de la gruta, que era bastante oscura, y que solo recibia luz, hacía su centro, por una abertura natural bajo la cual se detuvo un momento para mirar al cielo; pero con el cielo vió un objeto que dominaba perpendicularmente á la roca y que formaba un saliente en el costado plano y liso del torreón.

Muy luego conoció que era la base del balcón de piedra que sostenia las vidrieras dobles del cuarto de la osa, de modo que desde el balcón se hubiera podido bajar á las peñas con una escala ó con una cuerda, y hallarse enseguida á cubierto bajo la bóveda que formaban en aquel sitio.

Cristiano que tenia una imaginacion novelesca, fraguó enseguida la posibilidad de una evasión en caso de guerra ó de cautiverio en el torreón de Stollborg, prepó por los peñascos que formaban los costados irregulares de la gruta, y no sin trabajo logró salir por aquella abertura, convenciéndose de que no había sido hecho por mano de hombre. Este examen le condujo á una reflexion que cada cual tiene ocasion de hacer aunque no sea mas que una vez en su vida, y es que en las situaciones desesperadas hay momentos en que se presentan probabilidades de salvacion tan inverosímiles que parece que salen del dominio de la realidad y pertenecen tan solo al de la ilusion.

Sin embargo, pensando siempre encontrar á la cantora, prosiguió su exploracion por las peñas, cuyos irregulares intervalos estaban todos mas ó menos practicables; á nadie vió, é iba á renunciar á su pesquisa, cuando se oyó de nuevo la vez, y desde mas abajo; esta vez, de lo que le pareció á Cris-

tiano que debía presumirlo cuando la oyó por primera vez. Se dirigió hacia aquel lado, pero cuando hubo llegado al sitio en que pensaba hallar á aquella rapsoda misteriosa, su capó, que se había interrumpido bruscamente como el de la cigarra cuando se acerca el hombre, resonó hacia otro lado y mucho mas arriba, como si se cerniese en el espacio. Cristiano alzó la cabeza y observó en la pared del torreón una larga grieta, medio perdida bajo la yedra, que se extendía casi verticalmente desde una ventana situada en el piso segundo, muy á la derecha de la de la osa, hasta un lienzo de pared ruinoso que concluía en nuevos trozos de roca.

También le pareció ver caer gujarritos por aquella ancha grieta, como si alguien acabase de introducirse por ella; pero al acercarse todo lo posible, la consideró inaccesible á los pasos humanos, y se dirigió mas lejos.

Sin embargo, la voz comenzaba de nuevo su lastimero canto, y Cristiano se entretuvo, ó mas bien se impacientó buscando de sitio en sitio á la cantora, en el pequeño caos formado por los trozos graníticos; pero cada vez sufrió una nueva decepcion, y en tales términos que se sintió conmovido. Aquel canto salvage, aquellos fragmentos de una negra apocalipsis truncadas y como inspirados por el delirio, en aquel sitio siniestro y en aquella hora melancólica de la noche, tenían un aspecto aterrador, y Cristiano pensó involuntariamente en las brujas de las aguas cuya existencia constituye el fondo de todas las leyendas suecas aun el de la creencia popular en todo el Norte de Europa.

Entonces se persuadió de que la voz debía salir del mismo torreón. Quizás había allí una persona cautiva, en algun calabozo, y por tres veces la llamó a la aventura, dándole el nombre mitológico de *Vala*, es decir, de Sila, que parecia quererle atribuir en su canto. Desde entonces volvió á quedar muda la voz, lo cual parecia hallarse de acuerdo con la tradicion supersticiosa del país que supone que, cuando se logra llamar por sus nombres á los espíritus reñidores ó quejumbrosos de las montañas, se les intimida ó se les conueta, y en todo caso se les impone silencio.

Pero otra idea perseguia á Cristiano mientras volvía á encaminarse por fuera de la gruta hacia el torreón, y no entró en él sin pensar si alguna victima del misterioso barón Olaus estaria gimiendo, en estado de demencia, en algun calabozo situado bajo sus pies. Olvidó este extravío de su imaginacion al encontrar á Mr. Goelle sentado á la mesa en la sala de la Osa.

—Ah!—le gritó el abogado sin levantarse,—por poco me

meteis en lindos negocios con vuestra calaverada de anoche. El baron, cosa singular, no me ha dicho una palabra; pero la condesa Elveda no ha querido creerme por mas que la he asegurado y jurado que no tengo ningun sobrino ni hijo natural.

—Cómo! Mr. Goefle, ¿habeis renegado á un hijo que tanto os honraba?

—Sí por cierto; para mí no habia medio de sostener la broma y de cargar con la responsabilidad de tal engaño. ¿Sabéis que no pasásteis desapercibido, y que prescindiendo de vuestro lance con el anfitrión llamásteis la atención de todos, y especialmente de las señoras, con vuestra gracia y vuestros buenos modales? En la habitacion de dicha condesa encontré á cinco ó seis muchachas elegantes de provincia que tienen la cabeza exaltada con vuestra aparicion, y cuando di mi palabra de honor de que ni siquiera éramos parientes lejanos, eran de ver las suposiciones y comentarios que hacian! Algunas estuvieron inclinadas á creer que podia muy bien ser Cristiano Waldo, de quien se cuentan tan buenas bromas; pero prevaleció la opinion de que érais el príncipe real viajando de incógnito en su futuro reino.

—¿El príncipe Enrique, que está ahora en Paris?

—El mismo, y eso servia maravillosamente para explicar el ataque de nervios del baron, que le aborrece, y que así se habria hallado en un conflicto entre su odio, su resentimiento y el respeto que debe tributar al futuro heredero del trono.

—Pero la condesa Elveda no podrá participar de un error tan absurdo.

—No por cierto: conoce demasiado al príncipe; pero es muy burlona y se ha divertido á costa de las señoras suponiendo que os parecíais tanto á nuestro futuro Monarca que no sabia que pensar. Unicamente cuando yo iba á salir me llamó aparte para decirme: «Sois severo, señor abogado, al negar vuestro parentesco con ese jóven imprudente! En cuanto á mí, le encontré muy amable, y si no se parece á vos por la fisonomia, al menos tiene mucho de vuestro talento y de vuestros modales distinguidos.»

—Pues bien, eso es muy lisonjero para mí, Mr. Goefle; pero, ¿según eso, persiste en considerarme como hijo vuestro?

—Sin duda alguna, y cuanto mas aseguraba lo contrario, mas se reia diciéndome que no me era posible renegaros, puesto que habíais tomado claramente mi nombre para pre-

entaros en la sociedad. «El vino está echado, decia, hay que beberle. Es un mala cabeza que os hará rabiarse; el justo castigo de las locuras de la juventud es el tener hijos calaveras!» Ya veis qué mancha habeis echado sobre mis buenas costumbres! En fin, para desembarazarme de vos he dicho que, ya fueseis hijo ó sobrino, os habeis marchado, echado vergonzosamente por mi por haber faltado al respeto al señor baron.

—Corriente, Mr. Goelle, habeis hecho bien, en atencion á que, en cuanto al baron.... no sé si sueño, pero comienzo á creerle tan barba-azul como le pinta la leyenda del pais.

—Ah! ah! ¿de veras? Pues bien, contadme eso, pero comiendo, porque son mas de las dos y debeis estaros mbriendo de hambre.

—A la verdad que no! me parece que acabo de levantarme de la mesa. ¿No hemos estado comiendo hasta las doce?

—Bien! ¿y no sabeis que en nuestros climas frios es preciso comer de dos en dos horas? Y acabo de tomar el café en el castillo nuevo, y ahora esto es la comida. A las cuatro tomaremos el café juntos; á las seis haremos el *afterword*, es decir, comeremos pan, queso y manteca aguardando la cena.

—Cielo santo! ¿cómo lo disponeis! Sé muy bien que eso es lo que suelen hacer los buenos vecinos de Stockolmo que han llegado á la obesidad; pero vos, Mr. Goelle, que estais todavía tan esbaltol....

—Bien, ¿y quereis que me convierta en un esqueleto? Pronto sucederia eso si cambiase lo mas mínimo en el régimen del pais. Creédme, seguidle, ó no tardareis mucho en caer enfermo.

—Para obedeceros, Mr. Goelle, necesitaria ahora dos cosas: tiempo suficiente y la venida de mi criado Puffo. Ahora bien, el tiempo vuela, y mi criado ha aparecido un instante para desaparecer enseguida y no volver, acaso, hasta mañana.

—¿No podria yo ayudaros? ¿De qué se trata?

—De muchas cosas; pero la principal es escribir el plan de una pieza que mi estúpido Puffo pueda representar conmigo. No carece de memoria con tal que haga un ensayo ántes, y como hace varios dias que estamos viajando sin dar ninguna representacion, y probablemente se emborracharia anoche.

—Vamos, vamos! teneis todavia cinco horas disponibles, y ese es un espacio de tiempo inmenso! No necesito yo tanto,

algunas veces, para estudiar una causa mucho mas embrollada que vuestras comedias de títeres! Os digo que prometo ayudaros, pero con la condicion de que os sentéis y comáis conmigo, porque no conozco cosa mas triste que comer solo.

—Al menos me permitiréis que coma deprisa, —dijo Cristiano sentándose enfrente del abogado, —y que no hable mucho, porque necesito mis pulmones para esta noche!

—Bien, bien! —repuso Mr. Goelle trinchando la parte de Cristiano en un trozo enorme de ternera fiambre, manjar muy apreciado en Suecia cuando está hecho con buen punto. —¿Pero qué me decías al entrar aquí? ¿Qué habrías descubierto si hubieseis tenido tiempo?...

Cristiano refirió su aventura y concluyó preguntando á Mr. Goelle si pensaba que la base del Stollborg contuviese algun calabozo antiguo.

—La verdad, no lo sé, —contestó el abogado —Que haya una bodega en este grueso macizo de mampostería que está bajo nuestros piés, es muy posible, y que en ese caso haya servido de prision, no lo dudo. Las costumbres de nuestros antepasados no eran muy dulces, y además los señores son justicieros todavía en sus tierras

—¿Segun eso, tampoco dudais que esta base del torreón pueda servir todavía de cárcel en la actualidad?

—¿Quién sabe? Quereis deducir de ahí...

—Que quizás haya en todo eso algun crimen oculto, alguna víctima, viva todavía, de alguna de las mil venganzas tenebrosas atribuidas al baren.

—Cállate! sería curioso descubrir eso, —dijo el abogado tornándose meditabundo de improviso. ¿Estais seguro de que no son un sueño esa voz y esos cantos estravagantes?

—Sí, estoy muy seguro!

—Ah! vos mismo lo dijisteis esta mañana, hay momentos en que está uno alucinado. Ahora bien, lo puede uno estar por el oído lo mismo que por la vista, y habeis de saber, para que desconfíeis, hasta qué punto se halla difundida la alucinación en Suecia, sobre todo cuando se sube hacia el Norte, en donde casi llega á ser un estado crónico para las dos terceras partes de la población.

—Sí, con el auxilio de la superstición esas visiones llegan á ser contagiosas, pero os ruego creáis que no me hallo bajo la impresion de la creencia en las brujas y en los espíritus maléficós de los lagos, de los ríos y de los castillos viejos.

—Ni yo tampoco de seguro. Y sin embargo... mirad,

Cristiano, independientemente de la superstición hay una cosa inexplicable en los efectos que la naturaleza del Norte produce en las imaginaciones vivas.

Está en el aire, en los sonidos singularmente repercutidos en los hielos, en las nieblas llenas de formas misteriosas, en los reflejos maravillosos de nuestros lagos, el *hagring*, fenómeno inaudito del que sin duda habreis oído hablar, y que podreis ver de un momento á otro; también consiste, acaso, en los desórdenes físicos causados en la circulación de la sangre por el paso continuo de la atmósfera helada á la de nuestras habitaciones que está tanto cargada de calórico, y recíprocamente por el paso repentino é inevitable del calor al frío. En fin, ¿qué os diré? las personas mas razonables, las que tienen mejor salud, las menos crédulas, aun las que habían pasado la mitad mas larga de su vida al abrigo de esas ilusiones, se sienten impresionadas de improviso, y yo mismo, que os estoy hablando...

—Acabad, Mr. Goefle!... á no ser, empero, que esa narración os sea demasiado penosa, porque estais tan pálido como vuestra servilleta.

—Y me siento bastante molestado, en efecto. Ya me ha sucedido esto hoy dos ó tres veces. ¡Qué triste máquina es la del hombre! todo lo que sobrepuja á su raciocinio le espanta ó le turba. Echadme un buen vaso de vino de Oporto, Cristiano, y á vuestra salud. En último resultado, me alegro de no haber aceptado la gran comida de allá abajo y de encontrarme otra vez solo con vos en este condenado cuarto del cual quiero burlarme yo tambien. Como por vuestra parte me haceis el sacrificio de comer sin apetito y de escucharme sin tener en cuenta vuestras preocupaciones y cuidados personales, quiero contaros mi alucinación, que es por lo menos tan singular como la vuestra.

«Sabed, pues, querido amigo, que ayer noche, sin ir mas lejos, y en este mismo sitio en que estamos, me habia quedado en el cuarto inmediato entretenido en estudiar un pleito bastante curioso, mientras que mi lacayuelo, despues de muchos melindres, se dignaba por fin dormirse. Me propuse tener paciencia á su lado durante un cuarto de hora, porque tenia hambre y no sabia que la mesa estaba puesta aqui; pero el demonio del estudio, merced al cual no hay ningun oficio necio, ni siquiera el de abogado, me llevó tan lejos que todo lo olvidé, y mi pobre estómago se vió obligado á gritarme al oído que eran las once de la noche.

—En efecto, miré al relój y eran las once. ¿Qué quereis?

estoy acostumbrado á los cuidados de mi ama de gobierno, que me avisa á las horas de comer, y ya no me acordaba de que en este cliribitil confiado á la custodia del lunático Ullilas, nada me habian de avisar. En cuanto á Nils, ya os lo he dicho, es un criado que Gertrudis me ha dado para enseñarme el oficio de ayuda de cámara. Así pues, viendo que hacia siete horas mortales que me hallaba en ayuvas, me levanté, coji la luz, pasé á esta sala, me acerqué á esta mesa, encontré los manjares traídos por vos, y atribuyendo á Ullilas ese beneficio tardío, me dediqué con una especie de voracidad á satisfacer mi apetito.

«Ya sabeis, querido Cristiano, que este edificio tiene fama de ser frecuentada por el diablo, ó al menos tal es la opinion de los ortodoxos del pais, por la razon de que dicen que ha servido recientemente de capilla á una señora católica, á la baronesa Hilda, viuda de Adelstan, el hermano mayor....

—Del baron Olaus de Waldemora, dijo Cristiano; ¿tanto horror tienen los dalecarlianos al catolicismo?

—«Tanto le aborrecen, — contestó Mr. Goefle, — como odiaron á la religion reformada antes de Gustavo Wasa. Son gentes que á nada quieren ni aborrecen á medias. En cuanto al demonio que frecuenta el Stolborg, el viejo Stenson no cree en él, pero cree á piés juntillos en la dama gris, que en concepto suyo no es sino el alma de la difunta baronesa, que murió en este cuarto hace mas de veinte años.

«Una hora antes me habia yo burlado de las apariciones, para tranquilizar á mi lacayuelo; pero ya sabeis cómo se forman los sueños: muchas veces, una palabra dicha ó oída, sin gran cuidado, en el transcurso del día, y olvidada un momento despues, se desarrolla misteriosamente en nosotros sin que lo sepamos, y la llevamos así hasta la noche; entonces, tan luego como se cierran nuestros ojos y se duerme nuestra razon, se alzan en nuestra imaginacion y ante nuestros ojos como imágenes fantásticas, decuplándose su importancia y aun algunas veces su horror.

«Preciso es creer que la alucinacion, es decir, el delirio sin sueño, siga exactamente las mismas leyes. Habia yo concluido de cenar y acababa de encender mi pipa, cuando un grito agudo y lastimero, como el del viento que penetra súbitamente por una puerta, resonó en toda la habitación. al mismo tiempo que el aire conmovido y enfriado hizo vacilar la llama de las bujías colocadas sobre mi mesa. Como en aquel momento tenia yo los ojos vueltos hácia la puerta del vestíbulo y la veia cerrada é inmovil, creí que Nils se habia despertado y que acababa de abrir la puer-

ta opuesta, la del cuarto de guardia. Ah! ¿estás allí otra vez? exclamé levantándome. ¿Quieres ir á acostarte, maldito cobarde? Y fui hasta esa puerta, persuadido de que el muy tuno no se atrevía á abrirla del todo, pero de que la había empujado un poco para cerciorarse de que yo no me hallaba lejos: esta puerta estaba tan bien cerrada como la otra.

»Se había decidido el niño á volver á cerrarla al verme allí, y el escaso ruido que pudo hacer se me había pasado desapercibido mientras me movía para buscar mi pipa y volver á llenar la estufa de leña? Era muy posible; entré en el cuarto de guardia y hallé á Nils durmiendo á mas y mejor. Era evidente que no se había movido. Cubrí el fuego en la chimenea, por temor de alguna desgracia, y me volví aquí en donde todo estaba tranquilo. Ya no se oía el silbido lastimero. Pensé que una bocanada de viento habría penetrado por alguna rendija, y volví á tomar mi pipa y el expediente del asunto que estoy estudiando para el baron.

»Este asunto, que me ofrece el interés de una cuestion de derecho bastante sutil que resolver, no tendria atractivo alguno para vos; os hago gracia de él. Os bastará saber que se trataba de un contrato de venta consentido en otro tiempo por el baron Adelstan, y que el nombre de ese personaje, así como el de su esposa Hilda de Blixen, se hallaban repetidos allí en cada frase.

»Los nombres de los dos esposos muertos en la flor de la edad, uno de una manera trágica y misteriosa, el otro en este mismo cuarto en que estamos, probablemente en esa cama solitaria y triste que veis ahí, me produjeron sin duda cierta impresion que no acertaba á comprender. Sin embargo, me hallaba absorto en mi estudio, y la lumbre que habia en la estufa metia mucho ruido, cuando creí oir varias veces un crujido que sonaba en la escalera. Me conmoví, y al mismo tiempo me sentí tan avergonzado de haberme estremecido que ni siquiera quise volver la cabeza para mirar lo que podia ser. ¿Qué habia de extraño en que esos viejos frisos de madera húmeda, al comenzar á sentir la accion de un gran fuego encendido en el cuarto, hiciesen oir crujidos extraños?

»Volví á emprender mi lectura, pero á los crujidos de los escalones y de la barandilla sucedió otro ruido: era como el rechinar de una herramienta de hierro en la pared, pero manejada con una mano tan débil ó tan vacilante que, en ciertos momentos, se podia atribuir á las uñas de una rata que estuviese atacando á esos grandes mapas que hay en lo alto de la

pared. Miré, y no viendo cosa alguna, no dejé mi trabajo, resuelto á no volver á endarme de esos ruidos que se oyen en cualquiera habitación y que siempre son producidos por las causas mas sencillas del mundo. Es una puerilidad el buscar esas causas cuando tiene uno otras cosas mejores en que ocupar su atencion.

»Sin embargo, un tercer ruido me decidió á volverme y á mirar de nuevo hácia el lado de la escalera. Al gran mapa de pergamino que cubre la puerta tapiada le oia agitarse y crujir de un modo singular; vi á e-e mapa levantarse varias veces, bailar sobre las anillas que le sostienen é inclinarse como si un cuerpo bastante abultado para ser en rigor un cuerpo humano, se moviese detras de él.

»Entonces, ya me alteré de veras. Podia suceder que un ladron se hubiese ocultado allí y aguardase el momento oportuno para arrojarse sobre mí. Me levanté precipitadamente para ir á coger mi espada de la silla en que la habia puesto al llegar aquí, y no la encontré.

—¡Ya lo creo!—dijo Cristiano;—ah! la tenia yo ceñida en aquel momento.

—No sé, —repuso Mr. Goelle, —si atribuí la desaparicion de aquella arma á que á Ulilas se le hubiese antojado arreglar el cuarto: la verdad es que no me cuidé en manera alguna de buscar mi malefa, ni tuve ninguna inquietud por no hallar mi casaca estendida por mí en el respaldo del sillón. No tengo la costumbre de hacer esas cosas por mi mismo, y probablemente no me acordaba ya de haberme tomado ese trabajo.

»La maldita espada no parecia, y así tuve tiempo para calmar mi imaginacion, para decirme á mi mismo que era un cobarde, que nadie podia abrigar la intencion de atentar á mi vida, y que si un ladron deseaba apoderarse de mi bolsa, lo mas prudente era abandonarle sin combate la débil suma que contenia.

»Entonces me volví hácia la escalera con sangre fria y resolucion, os lo juro; pero entonces fue precisamente cuando se produjo la alucinacion... Mirad, Cristiano, mirad á aquel retrato, á la derecha de la ventana...»

—Ya he intentado verle, —dijo Cristiano;—pero está tan mal colocado contra la luz, y las moscas ó la humedad le han manchado en tal manera, que distingo muy poco.

—Entonces miradle á la luz; así como así ya es de noche, y será tiempo de encender las velas.

Cristiano encendió el candelero de tres brazos que habia

quedado sobre la mesa, y fué á mirar el retrato subiéndose sobre una silla y poniendo la claridad hacia la pintura, colocando su album de bolsillo entre sus ojos y la llama vacilante de las tres velas.

—Veo todavía muy mal,—dijo.—Es el retrato de una mujer bastante alta y de un aspecto elegante; está sentada y tiene en la cabeza un velo negro, como el que llevan las señoras suecas en invierno para preservar sus ojos del brillo de la nieve. Veo las manos, que están muy bien pintadas y son muy hermosas. ¡Ah! ¡ah! el vestido es de raso gris perla con lazos de terciopelo negro. ¿Es este, pues, el retrato de la dama gris?

—Justamente; es el de la baronesa Hilda.

—En ese caso quiero ver su cara. Ya la veo, ahora; es hermosa y de un aspecto dulce y agradable. Aguardad un poco, Mr. Goelle... Esa fisonomía escita simpatía y enternece.

—¿Entonces no escuchais ya mi historia?

—¡Sí por cierto, si por cierto, Mr. Goelle! Me urge mucho el tiempo, y sin embargo, vuestra aventura me interesa tanto que quiero saber el fin. Ya escucho.

—Pues bien,—repuso el abogado,—cuando mis ojos volvieron á fijarse en ese gran mapa de Suecia que veis allá arriba tan tranquilo, una figura humana salía de él levantándose como hubiera podido hacerlo con un cortinaje de tapicería, y aquella figura era la de una mujer alta y delgada; no esbelta y hermosa como debía ser la que representa el retrato, sino lívida y estropeada como si saliese de su tumba, y el vestido gris, sucio, ajado, con sus cintas negras desatadas y colgando, parecía que las iba arrastrando todavía por la tierra del sepulcro. Aquello era tan triste y tan espantoso, querido amigo, que cerré los ojos para no percibir tan penosa visión. Cuando volví á abrirlos, ya fuese al cabo de un segundo ó de un minuto, que no sabré decirlo, la figura estaba precisamente delante de mí. Había bajado por la escalera, cuyo crujido volvió á oírse, y me miraba con ojos singulares, con una fijeza que podría llamar cadavérica, para espresar la ausencia completa de todo pensamiento, de todo interés, de toda vida. Era verdaderamente una muerta que estaba delante de mí, á dos pasos de distancia, y me quedé como fascinado, muy feo yo también, probablemente, y quizás con los cabellos erizados sobre la frente, no me atreveré á asegurar lo contrario.

—La verdad,—dijo Cristiano,—es esa una aparición desagradable, y creo que, á hallarme en vuestro lugar, habría

proferido algun juramento, ó roto alguna cosa. ¿Duró eso mucho tiempo?

—No lo sé. Me pareció que no concluía, porque volví á cerrar los ojos para librarme de la vision, y cuando los abrí de nuevo, el espectro andaba; se encaminaba á la cama. No sabré deciros lo que hizo allí. Me pareció que agitaba las cortinas, que se inclinaba como para hablar á alguien á quien veía allí y á quien no distinguía. Luego hizo como que abría la ventana, pero creo que no la abrió. Al fin volvió hácia mí. Yo me habia envalentonado un poco; procuré raciocinar, enterarme de su figura. Esto fue superior á mis fuerzas. No veía mas que sus grandes ojos muertos de los cuales no podia separar los míos. Por lo demas, esta vez el fantasma pasó de prisa. Si acaso reparaba mi presencia, no parecia que le irritaba ni le sorprendia. Flotó vacilante por el cuarto, procuró volver á la escalera y pareció como que ya no podia dar con ella. Sus manos descarnadas palpaban las paredes, y de pronto nada vi ya. Volvió á resonar un sibido del aire en el cuarto y junto á mis oídos; luego cesó, y como en medio de aquella crisis no sentia en mi sintoma alguno de locura, observé muy bien la cesacion de los ruidos singulares y la desaparicion de la imagen fantástica.

»Me palpé y ví muy bien que era yo mismo. Me pellizqué la mano y sentí perfectamente el dolor. Miré á la botella del ron, y apenas habia bebido de ella. Así, pues, no me hallaba en estado de éxtasis ni de embriaguez. Ya no tenia siquiera sintoma alguno de terror. Pensé con entera sangre fria que acababa de dormir de pie. Concluí de fumar mi pipa, pensando en mi aventura y aun dejándome arrastrar un poco por mi imaginacion y por un vago deseo de experimentar una nueva alucinacion para tratar de sobreponerme á ella; pero el fenómeno no volvió á reproducirse y fui á acostarme muy tranquilo. Sin embargo, no conseguí dormir sino muy tarde, pero sin hallarme enfermo ni aun levemente indispuesto.»

—Pero entonces,—dijo Cristiano,—¿cómo es que ahora poco, al pensar en ello, os hallábais tan molestado?

—¡Ah! ¿es que el hombre es así! Hay emociones retroactivas; á fuerza de oír decir locuras, se vuelve uno algo loco. Hoy, en dos ocasiones diferentes, he recordado historias de ese género, que de seguro son fabulas ó sueños, pero que encierran altas y misteriosas moralidades.

—¿Cómo así, Mr. Goefle?

—¡Ah! ¡Dios mío! á mi padre, que, como yo, era abogado

y profesor en derecho, le sucedió ver el fantasma de un hombre sentenciado á muerte injustamente hacia mas de diez años, y que le pedia justicia para sus hijos despojados y rehabilitacion para su memoria. Vió ese espectro al pie del pabulo; un dia en que pasaba por alli. Examinó el asunto, descubrió que el fantasma le habia dicho la verdad y ganó la causa. Sin duda aquel fantasma era una ilusion, pero era un llamamiento hecho á la conciencia de mi padre. ¿Y desde dónde le hacian aquel llamamiento? ¿desde el fondo de la tumba? de seguro que no; ¿pero, quién sabe si era desde el cielo?

—Ahora bien, Mr. Goelle, ¿qué deducís de vuestra aparicion de anoche?

—Absolutamente nada, querido amigo; mas no por eso de-ja de atormentarme un poco en algunos momentos la idea de que la baronesa Hilda fue acaso una victima calumniada, y que Dios ha permitido, no que me visite su alma, sino que su recuerdo sorprenda á mi mente hasta el estremo de representarme su imágen con el fin de que se apodere de mí el firme propósito de investigar la verdad.

—¿Pues de qué se acusa esa famosa baronesa?

—De una mentira audaz que tendia á privar al baron Olaus de su legitima herencia.

—Vamos, Mr. Goelle, contadme tambien esa historia, ¿quereis? Siento una curiosidad estremada desde que habeis visto á ese espectro.

—Si, si, voy á contárosla; concluiré pronto.

«El baron Magnus de Waldemora, á quien en este pais llamaban el gran *iarl* (aunque *iarl* signifique conde); porque bajo el título de *iarl* se comprende generalmente á todos los nobles de cierta importancia; el baron Magnus, digo, tuvo dos hijos. El mayor, Adelstan, era vivo, impetuoso, ardiente; el segundo, Olaus, á quien hoy llaman el *hombre de nieve*, era dulce, afable, estudioso. Ambos jóvenes, altos, gruesos y hermosos, constituan el orgullo de su padre. La fortuna era considerable, ventaja que suele ser bastante escasa en nuestro pais, en donde la riqueza nobiliaria sufrió tan ruidos ataques cuando «la reduccion de 1860.» Entre nosotros no existe el derecho de primogenitura, los hijos reciben partes iguales; pero una herencia tan hermosa, aun partida parecia que hubiera debido satisfacer la ambicion de los dos hermanos, y si algun hijo de familia pareció ser incapaz de sentir envidia, de seguro fue Olaus, aquel joven tranquilo y leve-mento irónico, á quien su padre concedia una especie de

preferencia, y que por lo general agradaba mas que su hermano mayor.

»Este tenia un carácter noble, pero su franqueza era algo ruda. Desde muy temprano habia mostrado un carácter emprendedor, y una aficion marcada á los viajes y á las novedades. A los treinta años habia recorrido la Europa, y de su permanencia en Francia traia ciertas ideas filosóficas que ajustaron á los individuos de edad avanzada de su familia, y sobre todo á su padre. Manifestaron el deseo de casarle y Adelstan consintió en ello; pero quiso escoger, segun las inspiraciones de su corazon, y se casó con una jóven á quien habia conocido en Francia, la hermosa Hilda de Blixen, huérfana descendiente de una familia noble de Dinamarca, pero que nada poseia mas que su talento, su gracia y su virtud. Direis que era mucho, y epino exactamente del mismo modo. Asi pensó tambien el baron Magnus, qui n despues de haber censurado ese casamiento por amor, comenzó á querer y honrar á su nuera. Algunas personas suponen que á Olaus le disgustó esa reconciliacion y que habia trabajado para malquistar á su padre con Adelstan. Tambien se ha querido suponer que el baron Magnus, que aun estaba sano y robusto, murió harto repentinamente. Esos hechos están ya muy lejanos y carecen completamente de pruebas.

»Lo positivo es, que en el momento en que se hicieron las particiones de la herencia se vió estallar una verdadera desunion entre los dos hermanos, y en una discusion de intereses que mi padre presencié, se le escapó al baron Adelstan decir á Olaus, que le reconvenia con bastante dulzura por haber vivido lejos de su padre y por haber preferido los viajes á los deberes y á los cargos de la familia: «Mi padre nunca supo apreciar debidamente vuestro hipócrita cariño. ¡Acaso lo sepa hoy demasiado, en el fondo de su tumbal» La viveza de Adelstan y la moderacion de Olaus hicieron que mi padre censurase altamente la espantosa sospecha que parecia haber emitido el hermano mayor. Este no insistió, pero parece que nunca renunció á su pensamiento. Se cuentan de él muchas frases de ese género que quedaron sin pruebas, pero no sin influencia, en la memoria de algunas de las personas que le rodeaban.

»El baron Magnus no habia hecho ahorros suficientes para que uno de los hermanos pudiese rescatar su parte de propiedad inmueble. Así, pues, se trató de vender las tierras y el castillo; Olaus no quiso aceptar la pension que le ofrecia su hermano, y que sin embargo era mas considerable que la

que él ofrecía para el caso en que le fuese adjudicada la posesion.

»A pesar de eso tuvo que pasar por ello, pues no se presentaban compradores. Ese vasto castillo, situado en una comarca remota en los límites de desierto, no era una morada que se hallase en armonia con las costumbres modernas, las cuales tienden á acercarse á la capital y á las provincias del Mediodia. Mi padre logró establecer claramente las rentas y los gastos de la finca, con arreglo á lo cual fijó el importe de la pension que habia de ser pagada á uno de los hermanos por el que conservase el goce del patrimonio, y ambos consintieron en someterse á la decision de la suerte. Esta favoreció al hermano mayor.

»Olaus no manifestó el menor despecho; pero se asegura experimentó vivo pesar, y que á sus confidentes se quejó de la injusticia del destino que le espulsaba del castillo de sus padres, á el que estaba acostumbrado á la vida campestre y era amigo del reposo, para dar tan hermosa residencia á un hombre inconstante é inquieto como Adelstan.

»Por medio de estas quejas, de estos desahogos familiares acompañados de dádivas á los numerosos criados de la casa, se creó un partido que muy luego amenazó con hacer difícil para el hermano mayor la gerencia de los negocios y la conservacion de la autoridad domestica.

»Mi padre, que hubo de pasar aquí varias semanas para concluir los arreglos, observó el estado de las cosas; pero estaba harto de ser el monótono espectáculo de las rivalidades de familia, y acaso no hizo toda la justicia que debiera al carácter franco y leal del hermano mayor.

»Mas bien se sintió seducido por las zalamerias y la bondad aparente de Olaus, y fuera de las cuestiones de equidad, en las que mi padre mantenía el nivel de una imparcialidad rigurosa, al hermano menor era á quien concedía sus simpatias y su preferencia.

»Mi padre se marchó del castillo despues de haber intentado fijar en él la residencia de los dos herederos. Olaus parecia que mostraba el deseo de que se le permitiese conservar una habitacion en el Stollborg. Adelstan se negó á ello con una firmeza que pareció algo dura.

»Tan luego como Olaus se hubo marchado á Stockolmo, en donde se proponia establecerse, Adelstan mandó á llamar á su mujer, que, durante las discusiones de intereses, habia permanecido en casa de una amiga, en Falun, con su hijo, que la sazon contaba algunos meses de edad, y el jóven matrimo-

nio se estableció en Waldemora. Entonces fué cuando, después de muchas sospechas y chismes, se pretendió descubrir un secreto que nunca habian revelado al público los dos jóvenes esposos. Se decía que la baronesa Hilda era católica.

»Contaron que, educada en Francia, habia sufrido el ascendiente de una tia y de las personas que la rodeaban, que e habia lanzado imprudentemente á los estudios teológicos, y que se habia extraviado, por orgullo de ciencia, hasta el extremo de abjurar la religion de sus padres que encontraba harto nueva y reciente. Tambien se dijo que le habian hecho ver falsos milagros y arrancado votos imprudentes. No puedo ilustraros en esa materia. No conocí á esa baronesa, aunque me hallé en edad y posición de conocerla; pero no se proporcionó ocasion para ello. Se dice que era muy inteligente y que tenia una instruccion profunda.

»Es muy posible que juzgase que su razon y su conciencia se hallaban interesadas en aquel cambio de religion, y en cuanto á mí, absuelvo muy filosóficamente su memoria. Por desgracia no podia suceder lo mismo en la opinion pública. En Suecia son muy adictos á la religion del Estado. Se pueden contar los disidentes; son reprobados y aun perseguidos, no tan cruelmente como en los siglos menos ilustrados, pero todavia lo bastante para hacer que su existencia sea difícil y amarga. La ley permite que sean desterrados.

»Así pues, hubo un escándalo espantoso cuando se supo ó se creyó saber que la baronesa, á quien se veia asistir con mucha asiduidad á las predicaciones de su parroquia, habia erigido en secreto en el viejo torreón en que nos hallamos una capilla dedicada á la virgen Maria, y que á falta de oficios recitados por un sacerdote de su religion se dedicaba ella sola á prácticas de devocion particular que los labriegos calificaban de brujerías. Sin embargo, como la baronesa no se dedicaba á hacer prosélitos, ni hablaba nunca de su religion, se fueron aplacando algun tanto. Derramó muchos beneficios, y sus atractivos y su talento vencieron muchas prevenciones.

»Hacia unos tres años que los jóvenes esposos se hallaban establecidos en Waldemora, y tenian un hijo á quien querian con idolatría. La dulzura de la baronesa templaban la poca brusquería que en su marido producian el espíritu de independencia y el amor á la verdad; se aficionaban á ellos, les hacian justicia; criados y vecinos comenzaban á olvidar á Olaus á despecho de las frecuentes y aun inútiles cartas que escribía para tener el gusto de firmarse: *el pobre desterrado*.

»El pastor Mikelson, cura de esta parroquia cuya iglesia

debeis haber visto á media legua de aqui, fué el mas fiel á la causa de Olaus. Este se habia mostrado siempre muy devoto. Adelstan tenia principios de tolerancia que herian al luteranismo algo fanático del pastor. Sobre todo habia querido suprimir en el servicio divino el baston del bedel encargado de despertar á los que se duermen durante el sermón. La causa fué llevada ante el obispo, quien hizo transigir á ambas partes. El bedel quedó autorizado para hacer cosquillas con una barita en las narices de los dormilones, y hubo de abandonar el baston con que acostumbraba á pegarles.

»Sin embargo, el pastor nunca personó á Adelstan, y sobre todo á la baronesa, quien dicen que se habia burlado de aquella devocion dalecarliana impuesta á bastonazos, el que atentasen así contra su poder. No cesó de hostigar al joven *iarl* y á su mujer, y de escitar contra ellos á los campesinos, muy inclinados á la intolancia religiosa.

»Entrelanto ambos jóvenes proseguian sus ensayos de civilizacion en sus posesiones. El baron era severo contra los abusos, y echaba sin compasion á las personas de mala fé; pero habia suprimido el vergonzoso régimen de las correas para castigar á los lacayos y los humillantes restos de vasallaje de sus campesinos.

»Si el dalecarliano es bueno en general, dista mucho de ser amigo de las hiecas. A muchos labriegos les costaba algun trabajo preferir la dignidad personal á los añejos abusos.

»Un dia, dia desgraciado, en verdad! el baron se vió obligado por sus negocios á ir á Stockolmo, y como era en el tiempo de las lluvias de Otoño que suelen obstruir los caminos y aun ponerlos impracticables, hubo de dejar á su mujer en el castillo. Al volver para reunirse con ella, al cabo de quince dias, el baron Adelstan fué asesinado en las gargantas de Fauru.

Viajaba á caballo y en su impaciencia por volver á ver á su querida Hilda, se habia adelantado, dejando á sus criados que acabasen una comida que en concepto suyo se prolongaba demasiado. Tenia á la sazón treinta y tres años, y su viuda contaba veinte y cuatro.

»Aquel asesinato hizo mucho eco en el pais y produjo gran estupor. Aunque en ciertas localidades las pasiones de nuestros dalecarlianos son bastante feroces, y en esta parte de la montaña tiene todavia muchos partidarios el desafio noruego á cuchillo, el asesinato cobarde y misterioso casi no tiene ejemplo.

»No se atrevian, no podian acusar positivamente á nadie

del país. Se hicieron inútiles pesquisas. Algunos mineros extranjeros habían desaparecido de Fatun. No se les pudo coger. El baron Adelstan no había sido robado. Solo una persona en el mundo tenía interés en deshacerse de él. Algunos nombraron muy por lo bajo al baron Olaus; la mayor parte rechazó con repugnancia tal sospecha, y mi padre fué el primero.

»El baron Olaus mostró gran desesperacion por la muerte de su hermano, y acudió presuroso al país, llorando quizás en demasia, delante de todos, y manifestando á su cuñada el cariño mas acendrado. Todos quedaron edificadlos excepto ella, quien le recibió con estremada frialdad y algunas horas, despues le rogó que la dejase sola con su dolor que no admitia consuelos. El baron se marchó, con grán pesadumbre de los criados, á quienes habia colmado de dadas. En la noche de su partida el niño Harald, el hijo de la baronesa, fué acometido de fuertes convulsiones y murió antes del amanecer del día siguiente.

»La desgraciada madre, exasperada por este último golpe de la adversa suerte, olvidó toda prudencia y acusó abiertamente á Olaus de haber envenenado á su hijo, despues de haber hecho asesinar á su marido para apropiarse la fortuna entera. Sus gritos solo resonaron entre las paredes de la estancia, y quedaron sin eco. Ningun médico especial hubo á manó para comprobar el género de muerte del niño. Ningun criado quiso prestarse á buscar pruebas contra el baron Olaus. El pastor Mickelson, que ejercia la medicina en la parroquia, declaró que Harald habia muerto, como les sucede á muchos niños, en la crisis de la denticion, y que la pobre baronesa era injusta é inexacta. Esto, por desgracia, era muy posible.

»El baron Olaus no estaba muy lejos cuando recibió la noticia del suceso. Volvió al castillo y pareció que se asociaba con sinceridad y vehemencia al dolor de la baronesa. Esta se irritó contra él y prorumpió en maldiciones, á las que solo contestó Olaus con sonrisas de desgarradora tristeza.

»Todos compadecieron á la viuda, á la madre, á la loca! nadie acusó al generoso, al sensible, al pacientísimo Olaus. Quizás le compadecieron aun mas que á ella por tener que soportar el ultraje de sus sospechas; de seguro le admiraron al ver que, en vez de irritarse, se quejaba en un tono lleno de dulzura, ofreciendo á Hilda que conservase su habitacion en el castillo y viviese con él como una hermana con su hermano.

»Estoy plenamente convencido de que el baron es un se-

lemne bribon y de que no sentia en manera alguna la muerte de su sobrino; sin embargo me hallo lejos de creer que sea un monstruo, y nunca me ha parecido su carácter bastante audaz para cometer tales delitos.

»La baronesa habia sufrido demasiado y estaba harto exaltada para ver las cosas con sangre fria.

»Le acusó de haber dado muerte á su padre, á su hermano y á su sobrino, y luego adoptó de improviso una resolucion singular, que considero como un acto de venganza y de desesperacion, y como el resultado de una mala inspiracion.

»Mandó á llamar á los jueces y oficiales de justicia del distrito, y en presencia de toda su servidumbre les declaró que estaba embarazada y que queria mantener todos los derechos de herencia del niño que iba á dar á luz y de quien era tutora natural. Hizo esta declaracion con grande energia, anunciando la resolucion de marchar á Stockolmo con el fin de hacer comprobar su estado y reconocer sus derechos hasta el nacimiento de la criatura. «Es inútil que os causeis y os pongais á los accidentes del viage,» contestó el baron Olaus, que habia escuchado la declaracion con la mayor calma. «Acepto con harto júbilo la esperanza de ver revivir la posteridad de mi muy querido hermano para consentir en nuevas discusiones. Veo que mi presencia os irrita y os causa inquietud. No se dirá que por mi voluntad haya agravado la situacion sensible de vuestra imaginacion. Me retiro y no volveré aquí sino despues del nacimiento de vuestro hijo, si es verdad que no os haceis ilusiones acerca de vuestro estado.»

»Olaus se marchó, en efecto, diciendo á todos que no creía una palabra de aquel embarazo, pero que no tenia prietas alguna de entrar en posesion de la herencia. «Puedo muy bien,» añadia, «conceder un año, si es preciso, al bien parecer y á la grave exaltacion de mi cuñada para que se establezca la verdad.» Asi fué como habló á mi padre en Stockolmo, adonde regresó enseguida, y recuerdo que mi padre le reconvino por su exceso de confianza y delicadeza. Pensaba que la baronesa Huda habia inventado aquel hijo póstumo. No es la primera vez que una viuda supone un heredero para despojar de sus derechos al legítimo sucesor. El baron contestaba con infinita mansedumbre: «¿Qué queréis? Estoy cansado de las sospechas odiosas que esa mujer exasperada quiere hacer recaer sobre mí. El mejor mentís que puedo darle es el de demostrar un desinterés excesivo, y aun lo

«mejor que puedo hacer para que su odio no me persiga hasta aquí, es irme á viajar hasta nueva orden.»

»El baron Olaus se marchó poco tiempo despues á Rusia, en donde fué recibido con distincion por la czarina, y en donde comenzó á fraguar las intrigas que desde entonces le constituyeron en uno de los *gorros* mas tenaces y peligrosos de la Dieta. Dicen que acabó de formarse de una manera singular en aquella corte, y que volvió de allí con un carácter, un género de talento, modales y principios que desde entonces le hicieron aparecer como un hombre muy distinto: siempre tranquilo y risueño, pero con una sonrisa siniestra y una tranquilidad aterradora; dulce y cariñoso todavia para con los inferiores, pero de una dulzura llena de desprecio y acariciando con las uñas; tal, en fin, como le vemos hoy, con la sola diferencia de que la edad y los achaques han puesto aun mas sombrías las facciones de ese ser problemático, malvado consumado ó víctima de un concurso singular de funestas apariencias. Desde aquel curso de ateismo y de crimen, que tan bien aprovechó la czarina para sí, y del que muy luego se le escapó al virtuoso baron hablar con una complacencia admirativa, fué cuando se le dió el sobrenombre de *Hombre de nieve*, para espresar que habia ido á helarse el corazon en Rusia, ó que habia venido á derretirse en la opinion pública al sol mas claro y mas cálido de su pais. La linda palidez que se estendió muy luego por su rostro, sus cabellos que encanecieron muy pronto, su actitud estirada y el frio constante de sus manos hinchadas aumentaron con caractéres físicos la oportunidad de aquel sobrenombre.

»Pero no debo anticiparme á los sucesos. La metamórfosis del baron, que acaso fue debida tan solo al cansancio de luchar contra sospechas injustas, no llegó á ser evidente sino despues de la muerte ó la desaparicion de todos aquellos que podian estorbarle. Se cree que uno de los primeros rasgos de su perfeccionamiento en la senda de la astucia, fué el de hacer difundir por toda la Suecia el rumor de una enfermedad mortal que, segun se dice, era completamente infundado; y cuando mas tarde se ha examinado por que tuvo aquel capricho de hacerse representar como moribundo en San Petersburgo, sus enemigos no pudieron hallar mas explicacion que esta: queria hacer que la baronesa Hilda no le tuviese temor alguno, con el fin de que no fuese á verificar su alumbramiento en Stockolme.

»Por desgracia (continúa citando lo que decian los enemigos de Olaus) la baronesa cayó en el lazo que le tendian; pasó

el verano en Waldemora, y cuando estuvo bastante adelantada en su embarazo para que le fuese imposible verificar el viaje, porque se había quedado muy débil á consecuencia de tantos dolores, el baron Olaus apareció de improviso en los alrededores del castillo, muy sano y muy activo.

»Hé ahí, Cristiano, cuanto puedo contaros como resumen de la opinion general. Lo demás no es ya mas que historia secreta, y nos será preciso suponer ó adivinar la verdad, aguardando las pruebas si es que existen y se encuentran algun día.

»La baronesa quedó tan aterrada al saber la presencia de Olaus en casa del pastor Mickelson, que resolvió encerrarse en el castillo viejo, cuyo recinto, á la sazón muy pequeño (aun no habian construido el nuevo *gaard*), podia ser defendido fácilmente por un número escaso de criados fieles. A la cabeza de estos se hallaban, el mayordomo Adan Stenson, que habia envejecido sirviendo en el castillo, y una mujer de toda confianza cuyo nombre no recuerdo.

»¿Qué pasó desde aquel momento? Se dice que el baron sedujo á todos los custodios del Stollborg, hasta á la doncella de confianza y aun al incorruptible Stenson; pero yo me dejaría cortar la mano derecha para responder de Sten, y la continuacion de las buenas relaciones entre ese hombre excelente y el baron es la prueba casi irrefutable de la inocencia de este. Lo que transpiró hasta el público se compone de dos versiones. La primera es que el baron llegó á tener á su cuñada tan cautiva y desgraciada en el Stollborg, que sucumbió á consecuencia de la miseria y del sentimiento. La segunda es que entró allí loca, que se entregó á arrebatos deplorables y que murió en medio de transportes de rabia y de impiedad, maldiciendo el culto evangélico y proclamando el reinado de Satanás.

»En todo eso no hay mas que una cosa positiva, y es que el estado de embarazo habia sido fingido, y que diez meses después de la muerte de su marido, y al cabo de tres meses de languidez fisica y de desarreglo de la inteligencia pasados en el Stollborg, la baronesa murió en los últimos del año de 1746, después de haber confesado y aun declarado formalmente al pastor Mickelson y al baron que no habia estado embarazada, y que solo quiso suponer un hijo, que hubiera sido baron, con el fin de conservar la administracion de los bienes de su marido y satisfacer su odio hacia el baron Olaus. También hay otra version que me repugna referir, y es que la baronesa murió de hambre en este torreón; pero Stenson ha

rechazado siempre esa acusacion enérgicamente. Sea de esto lo que quiera, los últimos momentos de Hilda parece que se hallaron envueltos entre tinieblas. Sus padres no existian, y los parientes de su marido, asustados por los rumores difundidos acerca de sus opiniones religiosas, no acudieron á socorrerla y cerraron los ojos. Siempre habian preferido el flexible Olaus, que halagaba sus preocupaciones, al altivo Adelstan, que los habia lastimado y humillado. Se dice que el Rey oyó hablar de esa historia y deseó aclararla; pero el Senado, en el que Olaus tenia amigos poderosos, hizo que rogasen al Rey se metiese en sus asuntos, es decir, que no se metiese en nada.

»Mi padre se hallaba muy enfermo cuando el baron Olaus fué á contarle á su manera la muerte de su cuñada. Por primera vez manifestó mi padre cierta sorpresa y aun cierta censura. Reconvino á Olaus por dar margen á sospechas, y le dijo que si llegaba á ser acusado, seria difícil su defensa.

»El baron le enseñó la doble declaracion del ministro Mickelson, quien, como médico y como sacerdote, atestiguaba la falsedad del embarazo y certificaba la muerte de la baronesa, ocurrida á consecuencia de una enfermedad muy bien explicada y muy bien cuidada por él, segun decian todos los médicos consultados posteriormente. Además presentó una declaracion firmada por la baronesa, quien afirmaba que se habia engañado acerca de su estado. Mi padre examinó con la mayor escrupulosidad aquel documento, le hizo examinar además por peritos en escritura, y le encontró inatacable. Sin embargo, recuerdo que reconvino al baron por no haber mandado ir al Stollborg á diez médicos mas bien que á uno solo para comprobar los hechos que podian servirle de descargo. De todos modos nunca sospeché que el baron fuese capaz de crimen ó de impostura, y poco tiempo despues murió con esta misma opinion.

»Hubo murmullos contra el baron, quien comenzaba á hacerse aborrecer; pero muy luego se hizo temer, y como nadie tenia un interés directo en vengar á las victimas, ningun alma generosa tuvo valor bastante para hacerle frente. En cuanto á mí, que lo hubiera hecho, á pesar de ser muy moderno todavia en el foro, y que aun me hallaria dispuesto á hacerlo hoy si tuviese verdaderas sospechas, me hallaba naturalmente bajo la influencia de mi padre, quien, en su conviccion, no hallaba mas reconvencion que dirigir á Olaus que la de haber cometido imprudencias para consigo mismo. Lue-

212 go ocurrió la muerte de mi pobre padre en aquella misma época, y hallaréis muy natural que mi propio pesar, que fué muy vivo y profundo, me hiciese prescindir entonces de toda preocupación ajená.

»Heredé la clientela del barón, y ya os lo he dicho, no obstante la creciente antipatía que me han inspirado su conducta política y su modo de proceder, hasta hoy nunca he podido adquirir la menor prueba, ni aun fijarme en la mas leve apariencia fundada de los crímenes que se le achacan. En el espíritu de sus vasallos se ha verificado contra él una reacción que desde luego podia esperarse. No necesitando ya sus simpatías, cesó muy luego de tratarlos con consideración. En cuanto á sus criados, que son todos nuevos desde que tomó posesion del patrimonio, y que son todos extranjeros, los paga bastante bien para asegurarse su obediencia ciega y su absoluta discrecion.

»A Stenson es al único que ha conservado de la antigua servidumbre, mantenido durante mucho tiempo en sus funciones de mayordomo, y concedido por fin su retiro en razon á su avanzada edad, con una pension decente, con toda clase de consideraciones y aun de solícitos cuidados. Esto es lo que ha dado margen á creer que Stenson habria sido cómplice suyo; pero justamente aquí, Cristiano, es donde se me aparece la verdad y se tranquiliza mi conciencia: Stenson es un santo varon, un modelo de todas las virtudes cristianas!»

VIII.

Cristiano habia escuchado atentamente el discurso del abogado.

—En todo eso hay muchas cosas oscuras para mí,—dijo despues de haber reflexionado algunos instantes. Compadezco á esa pobre baronesa Hilda, y de todos los personajes de ese drama es el que mas me interesa. ¿Quién sabe, si, como algunos suponen, moriria de hambre en esta habitacion horrible?

—¡Oh! ¡no es así!—esclamó Mr. Goefle.—Tanto me lo habian dicho que atormenté mi imaginacion; pero Stenson, que de seguro no lo habria tolerado, me dió su palabra de honor de que no habia cesado de cuidar y servir á la baronesa, y que la habia asistido en sus últimos momentos. Murió, efectivamente, de tisis, pero su estómago rechazaba el alimento y el baron nada ahorró para que se satisficiesen sus deseos.

—Sí, en verdad, repuso Cristiano, si el hombre es tan hábil como le pinta vuestra narracion, no habrá querido cometer un asesinato inútil. Le habrá bastado con matar á esa pobre mujer por medio del temor ó de las pesadumbres. Sin embargo, hay otra version Mr. Goelle, la version mia!..

—Veámosla.

—Que acaso no haya muerto.

—¡Eso sí que es imposible! Y sin embargo... nunca se ha sabido dónde enterraron su cadáver!

—¡Ah! ¿lo veis?

—El ministro se negó á sepultarla en el cementerio de la parroquia. Aquí no hay cementerio católico, y parece que la enterraron de noche en el huerto de Stenson... ó en otra parte.

—¡Cómo! ¿nunca os lo ha dicho Stenson?

—Stenson no quiere que le interroguen acerca de ese punto. El recuerdo de la baronesa le es grato y terrible á la vez. La profesó sincero cariño y la sirvió con celo; pero fuesen las que quisiesen las creencias religiosas de aquella señora, no dá esplicacion alguna, y cuando le hablan de ello, se le asusta y se le llena de pesadumbre á la vez.

—Muy bien; pero ¿qué dijo del baron?

—Nada.

—Acaso eso mismo equivalga á decir mucho...

—En efecto, puede que así sea; pero en fin, ese silencio no constituye una acusacion de homicidio.

—Entonces, Mr. Goelle, si estais convencido no hablemos mas de ello. ¿Qué nos importa, en último resultado? Lo que pasó no tiene remedio. Pero deciais que la vista de ese espectro os habia sugerido dudas singulares...

—¿Qué quereis? El espíritu de investigacion inoportuno es una enfermedad propia de mi profesion, y de la que siempre me he defendido bastante bien. Bastante tenemos que hacer con desenredar la verdad en las causas árdas que se nos confian, sin ir á rompernos la cabeza para penetrar en las que no nos importan. Sin duda porque hace algunos dias que estoy ocioso es por lo que mi cerebro trabaja á pesar mio, y he ido á buscar en las tinieblas de lo pasado y del ovido la figura de esa baronesa Hilda ..

—Con tanto mas motivo,—dijo Cristiano,—cuanto que lo que se os ha aparecido acaso no sea un sueño, sino simplemente algun personage verdadero cuyo traje tenga semejanza con el de ese retrato antiguo.

—Preferiria creerlo así, pero las gentes que pesan al tra-

vés de las paredes no son sino los lúgubres habitantes del país de las ideas negras.

—Ahí está, Mr. Goefle, no me habeis dicho por qué lado desapareció ese fantasma á quien no habiais visto entrar.

—Para decirlo sería preciso saberlo. Me pareció que se marchaba por el mismo lado por donde se me habia aparecido.

—¿Por la escalera?

—Mas bien por debajo.

—Entonces por la puerta secreta.

—¿Pues qué, hay alguna?

—¿No lo sabiais?

—¡No por cierto!

—Pues bien, venid á verla.

Cristiano cogió la luz y condujo á Mr. Goefle á la puerta secreta, pero esta se hallaba cerrada por fuera. Se hallaba tan bien encajada en la pared que era imposible distinguirla de los demas tableros del friso rodeados por marcos de moladuras en relieve, y era tan gruesa que producía el mismo sonido apagado que las demas partes del maderamen de roble. Además se hallaba sólidamente sujeta por detrás con gruesos cerrojos que Cristiano encontró y dejó descorridos la vispera, y que despues habrían sido corridos, probablemente, por la misma mano que habia echado el candado á la otra puerta de abajo de la escalera secreta. Cristiano participó todas estas circunstancias á Mr. Goefle, quien hubo de creerle bajo su palabra, porque ya no habia medio de ir á cerciorarse de ello.

—Creedme, Mr. Goefle,—dijo Cristiano,—ó alguna vieja criada de Mr. Stenson ha venido aquí ayer á arreglar este cuarto, ó la baronesa Hilda está prisionera aquí en alguna parte, bajo nuestros pies, sobre nuestras cabezas, ¿qué sé yo? En ese cuarto que han tapiado, y que acaso tenga alguna comunicacion secreta con este.

A propósito de la puerta tapiada, no me habeis dicho á donde conducia, ni por qué la han hecho desaparecer. Y sin embargo, eso no parece una circunstancia bastante interesante.

—Es una circunstancia muy vulgar y que Stenson me explicó. La habitacion situada encima de esta hacia mucho tiempo que se hallaba en el estado mas lastimoso. Cuando la baronesa Hilda vino á refugiarse en el Stollborg, mandó condenar esa puerta, por la cual le entraban el aire y el frio.

Despues de su muerte, Stenson mandó que la volbiesen á abrir para reparar las brechas del edificio en el segundo pi-

so. Solo que, como para hacer que ese cuarto volviese á ser habitable hubiera sido preciso gastar mas de lo que vale, y como en razon á la supuesta capilla católica que se erigió en ella nadie hubie á querido vivir en una estancia en que el diablo reinaba por completo, Stenson, tanto por medida de economía como á fin de hacer que olvidasen todas esas supersticiones, tapió sólidamente con sus propias manos, segun me ha dicho, y con anuencia del baron, una comunicacion que era ya inútil.

—Sin embargo, Mr. Goefle, ya habeis visto al supuesto fantasma salir de debajo de ese mapa de Suecia que oculta á la mampostería.

—Oh! en cuanto á eso, de seguro era un sueño! Miradlo bien, Cristiano, y si encontrais ahí una puerta practicable sereis mas habil que yo. ¿Creeis acaso que no fuí á ejercerarme de ello tan luego como se hubo disipado mi sueño?

—Seguramente,—dijo Cristiano, quien habia subido por la escalera, levantado el mapa de Suecia y golpeado repetidas veces el trozo de pared que cubria,—aquí no hay mas que una tapia tan gruesa como las demas, si he de juzgar por el sonido mate que produce. Y aun la union de la pintura rojiza está muy bien hecha é intacta en estos bordes; pero ¿habeis observado, Mr. Goefle, qué rascado está en el centro este revestimiento de yeso?

—Sí, y he pensado que seria obra de alguna rata.

—Pues esta rata trabaja de un modo singular! Ved con qué regularidad ha trazado círculos pequeños en la pared.

—Es verdad; pero ¿qué prueba eso?

—Todo efecto tiene una causa, y esta es la que yo busco. ¿No me habeis dicho que entre los ruidos que oísteis distinguais uno como si rascasen?

—Sí, como si rechinase una herramienta cualquiera.

—Pues bien; ¿sabéis lo que era en concepto mio? El trabajo de una mano débil ó poco hábil que ha procurado atravesar la pared para ver por ella.

—Entonces se habrá servido de un clavo ó de un instrumento mas inofensivo aun, porque ni siquiera ha profundizado mas de dos líneas en el yeso.

—Es verdad, y sin embargo ha trabajado con obstinacion en varios sitios.

—Esas señales habrán sido hechas por Stenson para perpetuar algun recuerdo que no haya querido escribir. Veamos si lo comprendéis, vos que sabéis descifrar todos los estilos lapidarios.

—Sé lo bastante para deciros que esto no es una inscrip-
cion ni pertenece á lengua alguna conocida. Persisto en mi
idea, es un conato de perforacion. Ved: en todas partes hay
un hoyuelo hecho con el auxilio de un instrumento de punta
roma, y en torno de ese hueco pequeño cuyo borde está re-
bajado, hay un círculo blanquecino bastante claro, como si
hubiesen trabajado con un par de tijeras que tuviese una
punta rota sobre la cual hubieran apoyado débilmente como
á manera de un compás.

—Sois ingenioso....

—¡Oh! soy ingenioso en este momento, porque he ahí, en
el último peldaño de la escalera, un poco de polvo blanco des-
prendido recientemente.

—¿Y segun eso?..

—Segun eso, la persona de quien yo hablaba, y que será to-
do lo que queráis, cautiva ilustre ó criada anciana que ande
de un lado para otro á cada instante, ha venido aquí en la pa-
sada noche para tratar de ver al través de esta pared, y no
por primera, sino por vigésima vez lo menos... Oh, bien...
aguardad, hay otra cosa mejor, sabrá que hay aquí un secre-
to, un medio invisible para abrir una puerta invisible tam-
bien, y busca, ~~tantea~~, trabaja sin cesar; si la acechamos esta
noche, acaso conseguiremos descubrir la clave del enigma.

—A fe mía que es una idea excelente! La acepto con tanto
mas motivo cuanto que libra á mi mente de una gran turba-
cion. Entonces no seré un visionario, habré visto y oído á un
ser verdadero. Prefiero eso, aunque ahora estoy algo aver-
gonzado de haber dudado. No importa, Cristiano, quiero des-
engañarme. No creo en la existencia de una prisionera, pues-
to que entonces habria que suponer un calabozo y una cár-
cel. Ahora bien, este cuarto estaba abierto por dos lados
cuando entrasteis en él por aquí y salisteis por allí debajo, y
en cuanto al carcelero, no podria ser sino el honrado y buen
Stenson.

—Sin embargo, la baronesa sufrió aquí un cautiverio mas
ó menos duro, y el honrado Stenson estaba en el Stollborg. ...

—El estado de cautiverio no se halla probado, y si se veri-
ficó, probablemente no sería Stenson el amo en este torreón.
Ahora que está solo, porque presumo que no contareis por
alguien á Ulfilas. .

—Por mas que digais, Mr. Goefle, hay aquí un misterio, y
sea el que quiera, pueril ó grave, quiero descubrirle. Pero
cielos ¿en que estoy pensando? Pasa el tiempo, Puffo no vuel-
ve, y me entretengo en forjar una novela cuando deberia

pensar en la pieza que tengo que representar! Ya estaba yo seguro, Mr Goefle, de que, al hacerme comer, me haríais charlar y olvidar mi trabajo!

—Vamos, vamos, amigo mio, haced vuestros preparativos; os he prometido ayudaros.

—No podeis ayudarme, Mr. Goefle; necesito á mi criado y voy corriendo á buscarle.

—Pues bien, id en buen hora. Entretanto subiré á ver á Stensen, á quien aun no he tenido tiempo de saludar, y probablemente no sabrá que estoy aquí. Nunca viene á esta habitación.

—Ah! perdonad, Mr. Goefle, si que viene, ha estado aquí hace un momento... Le vi mientras habíais salido... y mirad, olvidaba contaroslo, me tomó por el diablo ó por alguna alma del otro mundo, porque tuvo un miedo espantoso y se escapó dando tropezones y delirando.

—¡Calle! ¿de veras? ¿es cobarde hasta ese extremo? ¡Pero no tengo derecho para burlarme de él, yo que he visto á la dama gris! Sin embargo, es imposible que Stenson os haya confundido con ella.

—No sé con quien me confundió, quizás me tomó por la sombra del baron Adelstan!...

—¡Ah! es muy posible; hé allí su retrato enfrente del de su mujer, y tiene casi nuestra estatura y nuestro aspecto. Sin embargo..... con el traje que llevais ahora....

—Entonces no le llevaba todavía; tenia puesta nuestra casaca negra.

—¡Ah! ¿qué haceis ahora? ¿os poneis la careta?

—No; me la pongo solo sobre la cabeza para el caso de que me vea obligado á ir á buscar á mi criado hasta el castillo nuevo.

—Veámos, pues, esa careta. Debe molestar mucho.

—Nada de eso; es una careta que he inventado yo ligera y flexible, toda de seda y que se ciñe á la cabeza como un gorro cuya visera subo ó bajo á mi antojo.

Cuando está levantada y oculta bajo mi sombrero, escondo al mismo mi cabellera, que es harto poblada para no llamar la atención. Cuando la bajo, lo cual es muy agradable, al aire libre, en este clima, nunca corre el peligro de caerse, y no tengo la molestia de atar y desatar incesantemente una cinta que se rompe ó se enreda: ¡Ved que buena invención!

—Escelente. ¡Pero ¿y la voz podeis hacer de modo que no la conozcan?

—¡Oh! eso es mi especialidad y mi profesion; ya lo sabeis, puesto que habeis asistido á una de mis bufonadas.

—Es verdad, y hubiera jurado que erais doce dentro de la barraca. Vamos, quiero oiros esta noche. Iré á colocarme entre el público, pero no quiero saber la pieza de antemano. Hasta luego, amigo mio! Voy á tratar de arrancar al viejo Stenson algun dato acerca de la causa de mi aparicion de anoche. Pero, ¿qué es esa rama de ciprés que colgais del cuadro de la dama gris?

—Es otra cosa que tambien olvidaba referiros: Stenson la trais aquí. No sé lo que queria hacer con ella; la arrojo á mis pies, y ya fuese ó no su intencion, quiero obsequiar con esta rama á la pobre baronesa Hilda.

—No dudeis, Cristiano, que esa seria tambien la intencion del buen anciano. Hoy ó mañana es... Aguardad, tengo buena memoria para las fechas... ¡Dios mio! hoy es precisamente, el aniversario de la muerte de la baronesa! Hé allí lo que me explica el cómo se ha decidido Sten á venir aqui para rezar alguna oracion.

—Entonces,—dijo Cristiano quitando la tirita de pergaminó arrollada en torno de la rama y que Mr. Goelle tomaba por una cinta,—procurad comprender los versículos de la Biblia escritos aquí. A mí me urge el tiempo y me marchó al momento.

—¡Aguardad!—dijo Mr. Goelle que se habia puesto las gafas para leer lo escrito en la tirita de pergaminó;—si vais hasta el castillo nuevo y encontráis allí á Mr. Nils, el cual no ha parecido por aquí á la hora de comer, tened la bondad de cojerle de una oreja y traermele, ¿queréis?

Cristiano prometió llevarlo muerto ó vivo, pero no fue muy lejos para hallar á su criado y al de Mr. Goelle. Al penetrar en la cuadra, en donde le ocurrió la idea de mirar antes de salir del patio grande, encontró á Puffo y á Nils roncando al lado uno de otro, y casi igualmente borrachos ambos. Utilias, que aguantaba mejor el vino, iba y venia por los patios, bastante contento por no estar solo al acercarse la noche, y dirigiendo de vez en cuando una mirada fraternal á sus compañeros de orgía. Cristiano comprendió muy luego la situacion. Nils, que entendia el sueco y el dalecarliano, debió servir de intérprete á los dos borrachos, y su amistad naciente se habia cimentado en la cueva. El pobre lacayuelo no necesitó mucho para olvidar á su amo, si acaso se puede creer que este recuerdo le atormentase mucho hasta el momento en que, bien abrigado y tendido en el musgo seco que

sirve de pajaza en el país, con las mejillas añiadas y la nariz muy encarnada, olvidó, lo mismo que Puffo, todos los cuidados de este mundo.

—Vamos,—dijo Mr. Goefle á Cristiano, á quien encontró en el patio y que le enseñó aquel tierno espectáculo,—puesto que ese tunuelo no está enfermo, celebro mucho verme libre del cuidado de servirle.

—Pero yo, Mr. Goefle,—dijo Cristiano muy preocupado,—no puedo pasarme sin ese animal de Puffo. Le he sacudido en valde: está como muerto, y le conozco muy bien, tiene ya sueño para diez ó doce horas!

—¡Bah! ¡bah!—contestó Mr. Goefle, también muy preocupado,—id á escoger vuestra pieza y no os apureis; un muchacho despejado como vos, siempre sale bien del paso.

Y dejando á Cristiano que saliese del apuro como pudiese, se fue con su pasito ligero y rápido hasta el pabellon del *gaard* en que habitaba Stenson. Era evidente que los tres versículos de la Biblia le bullian en la cabeza.

Aquel pabellon tenía un piso bajo, especie de antecámara en la que Ulfilas, por no estar solo, dormía mas gustoso que en su alojamiento particular, bajo el pretexto de estar cerca para servir á su tío cuya avanzada edad reclamaba su vigilancia. Ulf acababa de retirarse á aquella pieza; se había echado sobre su cama y estaba ya roncando. Mr. Goefle iba á subir al piso principal, cuando le detuvo el ruido de una discusion. Dos voces distintas dialogaban en italiano de un modo muy animado. Una de aquellas voces tenía el diapason elevado propio de las personas que no se oyen bien á sí mismas; era la de Stenson. Se expresaba en italiano con bastante facilidad, aunque con un acento detestable y cometiendo numerosas faltas. La otra voz, muy acentuada y que hablaba el italiano puro con un timbre claro y con una pronunciacion muy vibrante, parecia que se hacia oír á despecho de la sordera del anciano. A Mr. Goefle le sorprendió que el anciano Stenson entendiese el italiano y pudiese expresarse, mas ó menos mal, en una lengua que no sospechaba hubiese practicado nunca. La conversacion era en el despacho de Sten, que estaba inmediato á su cuarto. La puerta de la escalera estaba cerrada, pero cuando Mr. Goefle hubo subido algunos escalones, oyó un fragmento de diálogo que podría resumirse y traducirse así:

—No,—decia Stenson,—os equivocais. El baron no tiene interés alguno en hacer ese descubrimiento.

—E- ¡muy posible, señor mayordomo,—contestaba el desconocido,—pero nada me cuesta cerciorarme de ello.

—Entonces vendeis vuestro secreto al que mas os ofrezca, ¿no es cierto?

—Quizá sí, ¿qué me ofreceis vos?

—¡Nada! Soy pobre, porque siempre he sido honrado y desinteresado; nada de lo que hay aquí me pertenece. No tengo mas que mi vida: tomadla si quereis.

Al oír estas palabras que parecia poner á Stenson á merced de algun bandido, Mr. Goelle subió de un solo paso dos escalones para ir á socorrerle; pero la voz italiana repuso con la mayor calma.

—¿Qué quereis que haga yo de vuestra vida, Mr. Stenson? Veamos, tranquilizaos, podeis salir de este mal paso buscando vuestros añejos escudos en el escondite que tienen todos los viejos. Bien hallabais medio de pagar á Manassé para aseguráros su discrecion.

—Manassé era honrado. Aquel dinero...

—No era para él, ya lo presumo; pero Manassé opinaba de distinto modo, porque siempre se lo guardó para sí.

—¡Le calumniáis!

—Sea lo que quiera, Manassé ha muerto, y el otro...

—El otro ha muerto tambien, lo sé.

—¿Lo sabeis? ¿cómo así?

—No tengo que dar esplicaciones acerca de eso. Tengo la certidumbre de que ya no existe, y podeis decir al baron cuanto querais. No os temo. Adios; ya no puedo vivir mucho tiempo, dejad que piense en mi salvacion, que es ya la única cosa que me preocupa. Adios; dejadme, os digo, no tengo dinero.

—¿Es esa vuestra última decision?... ¿Sabeis que dentro de una hora estaré ya al servicio del baron?

—Me importa muy poco.

—Comprendereis facilmente que no he venido desde tan lejos para contentarme con vuestras respuestas.

—Haced lo que gusteis

Mr. Goelle oyó abrir la puerta y se presentó resueltamente delante de la persona que salia. Se encontró enfrente de un hombre de unos treinta años y de bastante buena figura, pero de una palidez siniestra. El abogado y el desconocido se miraron atentamente al pasar uno junto á otro por la angosta escalera. La mirada franca, severa y penetrante del abogado se encontró con la ojeada oblicua y suspicaz del desconocido, quien le saludó respetuosamente y bajó

hasta el último peldaño, mientras que Mr. Goefle llegaba á la meseta de la escalera; pero cuando ambos estuvieron en dichos puntos, se volvieron á un tiempo para mirarse otra vez, y el abogado halló cierto aspecto diabólico en aquel rostro lívido iluminado por una lámpara pequeña colgada delante de la entrada interior del zaguán. Mr. Goefle entró en la habitación de Stenson y le encontró sentado, con la cabeza apoyada en ambas manos, inmóvil como una estatua. Se vió obligado á tocarle en un brazo para que reparase en su presencia. El anciano se hallaba tan absorto en sus pensamientos que le miró con espresión atónita y necesitó algunos instantes para conocerle y coordinar sus ideas. Al fin pareció que volvía en sí haciendo un gran esfuerzo de voluntad, y levantándose saludó á Mr. Goefle con su acostumbrada política, le preguntó por su salud y le ofreció su propio sillón, del cual se negó el abogado á desposeerle. Al estrechar Mr. Goefle su mano, la encontró tibia y húmeda de sudor ó de lágrimas, y se sintió conmovido. Profesaba mucha estimación y afecto á Sten, y estaba acostumbrado á mostrarle el respeto que debía á su edad y á su carácter. Veía muy bien que el anciano estaba sufriendo una crisis terrible, y que la soportaba con dignidad; pero, ¿cuál era, pues, aquel secreto que un desconocido de figura sospechosa y de cínico lenguaje parecía tener suspendido sobre su cabeza cual una espada de Damocles?...

Sin embargo, Stenson habia recobrado su aspecto grave, algo frio y ceremonioso. Nunca habia sido expansivo con nadie. Ya fuese orgullo ó timidez, era tan reservado con las personas á quienes hacia treinta años que conocia, como con aquellas á quienes veía por primera vez, y su costumbre de contestar con monosílabos á las preguntas mas formales lo mismo que á las mas insignificantes, habia sido causa de que á Mr. Goefle le sorprendiesen mucho las pocas frases seguidas que acababa de oírle dirigir al desconocido.

—No sabia que habiais llegado á Waldemora, señor abogado,—dijo Stenson;—¿venis con motivo del pleito?

—Sí, con motivo del pleito del baron con su vecino del Elfdalen, quien acaso reclame con razon; he aconsejado al baron que no litigue. ¿Me oís, Mr. Stenson?

—Sí, señor, muy bien.

Como el anciano, por excesiva política, acostumbraba á contestar siempre así, ya hubiese comprendido ó no, monsieur Goefle, que tenia empeño en conversar con él, se acercó á su oído y procuró articular bien cada sílaba; pero muy

luego observó que este cuidado era menos necesario de lo que lo había sido en los años anteriores. La sordera de Stenson, lejos de haberse aumentado, parecía que había disminuido mucho. Mr. Goefle le felicitó por ello; Stenson movió la cabeza á uno y otro lado, y le dijo:

—Me sucede en ciertos momentos; es muy desigual. Hoy lo oigo todo.

—¿No os sucede eso cuando habeis experimentado alguna emocion muy viva?—repuso Mr. Goefle.

Stenson miró al abogado con sorpresa, y después de vacilar un momento dió esta respuesta que nada significaba:

—Soy nervioso, muy nervioso!

—¿Puedo preguntaros, repuso Mr. Goefle, quién era el hombre que encontré saliendo de aquí?

—No le conozco.

—¿No le habeis preguntado su nombre?

—Es un italiano.

—Os pregunto su nombre.

—Dice que se llama Julio.

—¿Vá á entrar al servicio del baron?

—Es muy posible.

—Tiene mala cara....

—¿Eso creéis?

—Por lo demas no será la única que haya en torno del baron....

Stenson se abstuvo de toda muestra de aprobacion, y su rostro permaneció impassible. No era fácil entablar una conversacion delicada é intima con un hombre cuya actitud ceremoniosa parecia decir de continuo: «Habladme de lo que os interesa, y no de lo que me concierne.» Sin embargo, Mr. Goefle se hallaba escitado por el demonio de la curiosidad, y no se dejó arredrar.

—Ese italiano os hablaba en un tono poco cortés,—dijo bruscamente.

—¿Eso creéis?—repuso el anciano con tono indiferente.

—Lo he oido al subir por la escalera.

La fisonomia de Sten reveló cierta emocion, pero no la expresó por medio de pregunta alguna inquieta acerca de lo que Mr. Goefle pudiera haber oido.

—¿Os amenazaba?—añadió este.

—¿Con qué?—dijo Stenson encogiéndose de hombros.—Soy ya tan viejo....

—Os amenazaba con revelar al baron lo que tanto interés teneis en mantener oculto.

Stenson permaneció tranquilo, como si no hubiese oído. M. Goelle volvió á insistir diciendo:

—¿Quién es ese Manassé que ha muerto?

El mismo silencio por parte de Stenson, cuyos ojos impetrables, fijos en Mr. Goelle, parecia que le decían: «Si lo sabéis, por qué lo preguntáis?»

—¿Y el otro?—repuso el abogado;—¿quién era ese otro de quien os hablaba?

—¿Estábais escuchando, Mr. Goelle? preguntó á su vez el anciano con un tono de suma deferencia, pero en el que se hacia sentir á las claras la censura.

El abogado quedó intimidado; pero su buena intencion le tranquilizó.

—¿Os sorprende, Mr. Stenson,—dijo,—que habiendo llamado mi atencion el acento de amenaza de una voz desconocida, me haya acercado con el deseo de socorreros en caso necesario?

Stenson tendió á Mr. Goelle su vieja y rugosa mano, que habia vuelto á quedarse fria.

—Os doy las gracias,—dijo.

Luego estuvo moviendo un rato los labios, como un hombre poco acostumbrado á hablar y que quiere desahogarse; pero tardó tanto que Mr. Goelle le dijo, para estimularle.

—Querido Mr. Stenson, teneis un secreto que os pesa, y por lo tanto os encontráis bajo la influencia de algun peligro grave.

Stenson suspiró y contestó lacónicamente:

—Soy un hombre honrado, Mr. Goelle!

—Sin embargo,—repuso el abogado con viveza,—vuestra conciencia, piadosamente timorata, os echa algo en cara!

—¿Algo?—dijo Stenson con tono de dulce autoridad, como si hubiese querido decir: «Aguardo á que me lo digais.»

—Al menos teneis algo que temer,—repuso el abogado,—alguna venganza del baron.

—No,—contestó Stenson con súbita energia;—sé lo que me ha dicho el médico.

—¿Le ha sentenciado á muerte el médico? ¿Tan adelantada está su enfermedad? Le oí esta mañana: parece que ha de durar mucho todavía.

—Durará meses,—repuso Stenson,—y yo duraré todavía algunos meses. Ayer consulté... Consultó todos los años...

—Entonces... ¿aguardais su muerte para revelar alguna

cosa grave?... Sin embargo, sabeis que dicen es capaz de dar muerte á las gentes á quienes teme: ¿qué os parece!

Las facciones de Stenson mostraron mucha sorpresa; pero esta vez le pareció á Mr. Goelle que era una sorpresa fingida y de pura conveniencia, porque sucedió una ansiedad secreta muy visible. Stenson era hábil para contenerse, ya que no para disimular.

—Stenson,—le dijo el abogado con la energía de la sinceridad y tomándole ambas manos,—os lo repito, teneis un secreto que os abruma. Abridme vuestro corazón como á un amigo, y contad conmigo si hay que reparar alguna injusticia.

Stenson vaciló algunos instantes, luego, abriendo con agitación un cajón de su mesa, cuya llave tomó, enseñó á Mr. Goelle una caja pequeña cerrada y sellada, diciéndole:

—¡Vuestra palabra de honor!

—Os la doy.

—¿Lo jurais sobre la Biblia?

—¡Sobre la santa Biblia!

—¡Pues bien!... si muero antes que *él* abrid, leed y obrad... ¡después que yo haya muerto!

Mr. Goelle fijó los ojos en la caja, y vió en ella su nombre y las señas de su casa.

—¿Habiais pensado en mí para ese depósito?—dijo.—Os lo agradezco, amigo mío, pero si vuestra vida se halla amenazada, ¿por qué tardais en decirlo todo? Veamos, querido Mr. Stenson, comienzo á abrir los ojos. . El baron...

Stenson hizo seña de que no contestaría. Goelle prosiguió de todos modos:

—¡El zo morir de hambre á su cuñada!

—¡No!—esclamó Stenson con el acento de la verdad;—no, no, eso no es verdad!

—Pero cuando la baronesa firmó cierta declaración relativa á su embarazo, sufría una violencia.

—Firmó libre y voluntariamente... Yo estaba allí y firmé tambien.

—¿Qué hicieron de su cadáver? ¿Le echaron á los perros?

—¡Oh! ¡Díos mío! ¿no estaba yo aquí? ¡Fué sepultado religiosamente!

—¿Por vos?

—¡Por mis propias manos...! Pero sois curioso; restituidme la caja.

—¿Segun eso dudais de mi juramento?

—No,—repuso el anciano,—conservadla y no me preguntes mas..

Volvió á estrechar la mano de Mr. Goefle, se acercó al fuego, y ya fuese en realidad ó con deliberado propósito, cayó de nuevo en una sordera absoluta. Mr. Goefle, para distraerle y con la esperanza de hacerle llegar de nuevo, al cabo de algunos instantes, á ciertas confidencias, intentó hablarle del pleito principal de que por la mañana habia conversado con el baron.

Esta vez se vió obligado á escribir sus preguntas, á las que siempre contestó el anciano con su acostumbrada lucidez. En concepto suyo, las riquezas minerales de la montaña que estaba en litigio pertenecian á un vecino, al conde de Rosenstein. Alegó en su apoyo buenas razones, y buscando en sus legajos, arreglados y rotulados con el mayor esmero, suministró pruebas. Mr. Goefle hizo la observacion de que tal era tambien su propio dictamen, y manifestó que se iba á ver obligado á malquistarse con el baron si este persistia en confiarle una mala causa. Añadió todavia algunas reflexiones acerca del caracter malvado que se le atribuia á su cliente, pero como parecia que Stenson no oia y como una conversacion por escrito no es á propósito para las sorpresas, Mr. Goefle hubo de renunciar á interrogarle de nuevo.

Al volver Mr. Goefle al cuarto de la Osa se preguntó á sí mismo si deberia confiar á Cristiano la situacion en que se encontraba respecto de Stenson, y despues de reflexionarlo bien se consideró como comprometido á guardar silencio.

Ademas, el abogado se hallaba poco predispuesto á la expansion en aquel momento. Estaba agitado por mil pensamientos singulares, por mil suposiciones contradictorias; su cerebro trabajaba lo mismo que si hubiesen confiado á su sagacidad una causa árdua y llena de problemas.

Sin embargo, era todo lo contrario: Stenson le prohibia hasta la curiosidad. Esto era muy inútil y Mr. Goefle no era dueño de imponer silencio á sus tumultuosas hipótesis. Encontró á Cristiano en una situacion que le facilitaba mucho el silencio. Cristiano, lejos de pensar en interrogarle, habia olvidado el asunto de su conversacion precedente, y solo se cuidaba de su comedia. Esto mismo lo hacia con gran desahago, y cuando el abogado le preguntó si habia encontrado el medio de pasarse sin su criado, le contestó que lo estaba intentando en vano hacia una hora. En rigor, Cristiano podia pasarse sin Puffo, pero aventurándose á muchos accidentes y á dejar vacios sensibles en su aparato escénico. Veia en ello

tan gran cansancio, tan inmenso esfuerzo de imaginacion y de voluntad, que preferia renunciar á ello.

—¡De veras!—dijo á Mr. Goefle que intentaba estimularle,—os juro que mi representacion no valdrá nada, que me esforzaré demasiado sin provecho para mi gloria, y que será robarle su dinero al baron, y no ganarlo legitimamente. Vamos, hé aquí un negocio perdido; no pensemos mas en ello. ¿Sabéis lo que me resta hacer, Mr. Goefle? Renunciar á brillar en este pais, volver á empaquetar todo esto, y marchar me á la sordina á alguna ciudad, donde buscaré otro ayudante que pueda servirme bien, y bastante piadoso para cumplir el juramento que le exigiré de no beber nunca mas que agua, aunque el vino corra á torrentes por las montañas de la Suecia.

—¡Diablo! ¡diablo!...—dijo Mr. Goefle vivamente disgustado por la idea de perder á su compañero de cuarto.—Si yo creyese que podia hacer maniobrar á esos muñequitos... ¡pero será imposible!

—Y sin embargo, no hay cosa mas facil. El índice dentro de la cabeza, el pulgar en un brazo, el dedo del corazon en el otro... ¡Así, eso es! Veamos, saludad, levantad los brazos al cielo.

—Eso no es nada; pero poner el gesto de acuerdo con la palabra y luego, ¿qué he de decir? Yo no sé improvisar mas que el monólogo.

—Es ya mucho. Mirad, defended una causa, levantad ese brazo, olvidad que sois Mr. Goefle, tened fijos los ojos en la figurita que haceis mover. Hablad, y naturalmente los ademanes que harian vuestros brazos y toda la actitud de vuestra persona se reproducirán en el extremo de vuestros dedos. Solo se trata de penetrarse de la realidad del *burattino*, y de trasladar vuestra individualidad de voz á él.

—¡Diantre! eso os es fácil decirlo; pero cuando no se tiene la costumbre. Veamos, supongo que estoy defendiendo un pleito... ¿Qué defenderia yo bien?

—Hablad en favor de un baron acusado de haber hecho asesinar á su hermano.

—¿En favor?—Mejor quiero hablar en contra.

—Si hablais en contra estareis patético; si hablais en pro podreis mostraros cómico.

—Corriente, dijo Mr. Goefle alargando el brazo que sostenia la figurita y gesticulando.—Hablo en pro, escuchad: «¿Qué podeis allegar contra mi cliente, vos que le inculpais por una accion tan sencilla, tan natural, como la de haber

suprimido á un miembro embarazoso de su familia? ¿Desde cuándo un hombre aficionado al dinero y al lujo está sujeto á respetar esa consideracion vulgar que denominais el derecho de vivir? ¡El derecho de vivir! pues si nosotros le reclamamos tambien para nosotros mismos, y quien dice el derecho de vivir, dice el derecho de vivir á su antojo. Ahora bien, si no podemos vivir sin una fortuna cuantiosa y sin los privilegios de la grandeza, si, por falta de lujo, de castillos, de crédito y de poder, nos vemos condenados á perecer de vergüenza y de despecho, á reventar de tedio, como se dice en lengua vulgar, tenemos, reivindicamos, nos tomamos el derecho de des-
embarazarnos de todo lo que constituye un obstáculo al des-
ahogo, á la estension, al irradiamiento de nuestra vida moral y física! Tenemos en favor nuestro....»

—¡Mas alto!—dijo Cristiano,—quien escuchaba, riendo, la satírica defensa del abogado.

—«Tenemos en favor nuestro,—repuso Mr. Goelle alzando la voz,—la tradicion del antiguo mundo, desde Cain hasta el gran rey Birger-Jarl, que dejó morir de hambre á sus dos hermanos en el castillo de Nikoeping. Si señores, tenemos la vieja costumbre del Norte y el glorioso ejemplo de la corte de Rusia en estos últimos tiempos. ¿Quién de vosotros se atreveria á oponer la pequeña, la insignificante moral, á las grandes consideraciones de Estado? ¡La razon de Estado, señores! ¿sabéis lo que es la razon de Estado?

—¡Mas alto!—repuso Cristiano;—mas alto, Mr. Goelle!

—«La razon de Estado, gritó Mr. Goelle en falsete, porque su voz no se prestaba á un diapason muy alto; la razon de Estado es, en concepto nuestro...»

—Mas alto!

—Lleveos el diablo!... me voy á romper la laringe! Gracias, bastante he hecho ya si hay que ahullar de ese modo.

—No por cierto, Mr. Goelle! no os digo que habéis mas alto; hace una hora que os estoy levantando el brazo y no queréis comprender que si teneis así el muñeco al nivel de vuestro pecho nadie le verá, y representareis para vos solo! Miradme: es preciso que vuestra mano esté mas alta que vuestra cabeza. Vamos, ahora un diálogo entre nosotros dos. Yo soy el abogado de la parte contraria, y os interrumpo, poseído de una indignacion que ya no me es posible contener. «No puedo escuchar mas, y puesto que los jueces, dormidos en sus asientos, sufren tal abuso de la palabra humana, á despecho de la especie, á eloquencia de mi ilustre y temible adversario»

voy á...» Vamos, interrumpidme, Mr. Goefle! ¡es preciso interrumpir siempre!

—«Abogado, exclamó Mr. Goefle, no teneis la palabra.» Ahora soy el juez.

—Muy bien; pero entonces variad la voz.

—No sabré....

—Si por cierto! Teneis una mano libre, oprimios la nariz.

—Muy bien, dijo Mr. Goefle gangueando. «Abogado de la parte adversa, hablareis cuando os llegue al turno...»

—Bravo! «Quiero hablar en segunda! ¡quiero confundir los odiosos sofismas de mi adversario!...»

—«Odiosos sofismas!»

—Muy bien, muy bien! el tono colórico.... Ahora replico: «Orador sin principios, te emplazaré ante el tribunal de la opinion pública!...» Dadme una bofetada, Mr. Goefle.

—Como! ¿Que os de una bofetada?

—Si por cierto! en la mejilla de mi abogado, y sobre todo que meta mucho ruido, porque eso siempre hace reir al público. Sujetad bien vuestros dedos, que voy á arrancaros el birrete. Veamos, luchemos uno con otro Bravo! Sacad el muñeco de mis dedos con los vuestros, y arrojadse al público.

Los chicos corren á buscarle, le cojen, le miran con admiracion y le tiran otra vez al teatro. Tened cuidado no os caiga encima de la cabeza! Se rien á mas no poder, sabe Dios por qué, pero siempre es así. Las injurias y los golpes son un espectáculo delicioso para el público; mientras dura esa risa, vuestro personaje abandona el escenario con aire triunfante.

—Y nosotros descansamos un poco, enhorabuena! Bien lo necesito, que tengo la garganta cansada!

—¡Descansar! ¡no por cierto! el *operante* nunca descansa. Es preciso apresurarnos á tomar otros personajes para la escena siguiente, y á fin de que el público no se enfrie delante del teatro vacio, es preciso hablar siempre, como si los actores anteriores estuviesen disputando todavia entre bastidores, ó como si los nuevos se acercasen hablando acerca de lo que acababa de ocurrir.

—¡Diantre! pues es un oficio endiablado el que estamos haciendo!

—No os digo lo contrario; pero se escitan los nervios y cada vez lo hace uno mejor. Vamos, Mr. Goefle, á otra escena! Hagamos comparecer...

—¡Tengo ya muy bastante! ¿Creeis, por ventura, que voy á dar representaciones de títeres?

—Creí que queriais ayudarme esta noche!

—¡Yo! habia de ir á dar así un espectáculo público!

—¿Quién ha de saber que sois vos? Se coloca el teatro delante de una puerta que dá á una habitacion en la que nadie entra. Un cortinaje de tapiceria os aísla del público. En caso necesario os poneis una careta, si correis el riesgo de que os encuentren en los pasillos al entrar y al salir.

—Es verdad, nadie me vé, nadie sabe que estoy allí; pero mi voz, mi pronunciacion!... En cuanto principie á hablar todos dirán: «Calle, es Mr. Goefle!» y eso producirá muy lindo efecto! Un hombre de mi edad y que está ejerciendo una profesion grave! Es imposible, no pensemos en eso!

—¡Es lástima, lo ibais haciendo bien!

—¿De veras?

—Seguramente, me hubiérais hecho conseguir un verdadero triunfo.

—Pero mi pícara voz que todos conocen....

—Hay mil modos de variarla. En un cuarto de hora os indicaria tres ó cuatro, y es mas de lo que se necesita para esta noche.

—Probemos. Si estuviese yo seguro de que nadie sospechaba mi calaverada!... Ah! hé aqui un instrumento cuyo uso comprendo, es para sujetar las narices... Y esto es para colocarlo en la boca, ya sea encima ó debajo de la lengua.

—No, no,—dijo Cristiano,—esos son procedimientos vulgares y groseros que usa Puffo. Sois demasiado inteligente para necesitarlos. Escuchadme é imitadme.

—A la verdad,—dijo Mr. Goefle despues de algunos enayos que muy luego dieron buen resultado,—no tiene eso mucho que hacer! Cuande yo era joven representé comedias de sociedad, y no lo hice peor que otros; sabia fingir muy bien el viejo desdentado, el fátuo que hastía y el pedante que se escucha al hablar. Varnos, vamos, con tal que no me hagais hablar demasiado y cansarme la garganta, me encargó de contestaros en tres ó cuatro escenas. Ahora se trata de ensayar la pieza. ¿Cuál es? ¿Dónde está? ¿Cuál es su título?

—Aguardad, aguardad, Mr. Goefle! tengo varios planes escritos que os bastaria leer una vez, puesto que el que se representa, escrito en letra muy gruesa y resumido en pocas palabras, está siempre fijo delante de nosotros en la parte interior del teatro; pero lo que yo quisiera para representarlo con vos seria una pieza que os agradase prestándose á vues-

tra facil improvisacion, y para eso si quereis creerme vamos á hacerla nosotros mismos al instante.

—Es una idea muy buena, escelente!—dijo Mr. Goefle.— Pronto, sentémonos aquí, haced sitio en la mesa ¿Cuál será el asunto?

—El que querais

—Vuestra historia, Cristiano, ó al menos algunas partes de ella, tal como me la habeis contado.

—No, Mr. Goefle; mi historia no es divertida, y nada alegre me inspiraría. En mi vida nada hay novelesco sino precisamente lo que de ella ignoro, y sobre esa parte es sobre la he fundado con frecuencia las aventuras de mi Stentarello.

Ya sabeis que Stentarello es un personaje que se presta á todos los caracteres y á todas las situaciones. Pues bien, uno de mis caprichos es el de atribuirle un nacimiento misterioso como el mio, y en el principio de mis comedias cuenta con frecuencia las circunstancias particulares, la historia, verdadera ó falsa que á Sofia Goffredi le habia narrado el judío. Algunas veces me entretengo en eso, con la idea de que sorprenderé en el público una palabra, un grito que me haga encontrar á mi madre ¿Qué quereis? es un capricho mio; pero hablemos de Stentarello; es un tipo cómico, tan pronto jóven como viejo, segun se me antoje ponerle en la cabeza una peluca rubia ó blanca. Ahora, para ser risible es preciso que tenga ridiculeces. En el plan de que os hablo y que os propongo, vá procurando descubrir á los autores de sus dias, con la pretension de ser, cuando menos, bastardo de un Soberano. Así pues, se trata de hacerle pasar por mil aventuras absurdas, en las que comete equivocaciones estravagantess hasta que por fin descubre que es hijo de un patán, y aun des, pues de todas sus desgracias se considera muy feliz por hallar sustento y albergue en casa de su padre.

—Muy bien,—dijo Mr. Goefle;—le haremos gloton ó hijo de un pastelero.

—¡Perfectamente! eso es. Comencemos.

—Escribid, si teneis la letra clara, que yo no la tengo. Encuentro la escritura harto lenta para reproducir el pensamiento, y hago unos garabatos terribles. ¡Diablo! qué buena letra teneis!... Pero, ¿qué estais haciendo?

—Escribo, primero, los nombres de nuestros personajes.

—Ya lo veo; pero poneis en el primer acto: *Stentarello en mantillas*.

—He ahí mi idea, Mr. Goefle. Estoy harto de hacer contar

á ese pobre Stentarello la narracion que me hicieron de cuando me bajaron con una cuerda desde una ventana á una barca. Si consentís en ello voy á poner eso en escena.

—Perfectamente! ¿y cómo lo hareis?

—Tengo ahí, entre mis decoraciones, un castillo viejo...

—¿Y qué vais á hacer con él?

—A figurar el Stollborg. Le daremos otro nombre, pero será el paisaje romántico que sorprendió á mi imaginacion en el lago, á la postura del sol, y del cual he hecho un croquis.

—¿Vais á pintar?

—Sí, mientras escribís bien ó mal, que eso importa muy poco; he descifrado tantos geroglíficos con mi pobre Goffred! Tened en cuenta que urge el tiempo; tengo ahí todo lo necesario para modificar mis decoraciones segun las necesidades del momento: un poco de cola metida en una caja de hoja de lata, algunos saquillos de polvos de diferentes colores... Mi lienzo no es mayor que el fondo de mi teatro, y además eso se seca en cinco minutos. No necesito más para abrir una ventana en mi torreón cuadrado. Mirad, Mr. Goelle, primero hago la ventana practicable cortándola en el lienzo... tengo ahí mis tijeras; luego caliento la cola en la estufa... con un difumino bosquejo el monton de abultados peñascos, así, ved. Los hay cortados perpendicularmente.. He observado bien eso, es maravilloso... Daré el aspecto del hielo á este terreno. Ah! pero no! es preciso que sea agua, puesto que tenemos una barca

—¿Dónde la encontrareis.

—En la caja de los accesorios. ¿Creéis que no tengo barcas, y buques, y coches y carros, y animales de todas clases? ¿Podria yo pasarme sin ese almacén de papeles recortados que hace sean posibles todas mis comedias y ocupa tan poco lugar? ¡Oh! otra idea, Mr. Goelle, coloco mi barca bajo esta bóveda formada por los peñascos.

—¿Para qué?

—¡Para que nos dé una escena de mayor efecto! Escuchadme bien; suponemos que el nacimiento del niño es muy misterioso...

—¡Por supuesto!

—Que está rodeado de peligros...

—Necesariamente.

—¿Es un hijo natural?

—Como gustéis.

—Un marido coloso... ¡No, nada de adulterio! Si por ca-

sualidad es realmente mi propia historia, prefiero no ser fruto de un amor culpable. ¡Mi madre... pobre mujer! acaso no deba echarla nada en cara!.. me sustrae á la venganza de un hermano ó de un tío feroz... capaz de darme muerte para ocultar un casamiento desigual ó un linneeo clandestino!

—Muy bien; marco el papel del tío implacable, algún noble que quiere matar al niño! Ocultan á la inocente criatura en el fondo del lago, con riesgo de ahogarla un poco, después de haberla arrojado por la ventana para salvarla de todo peligro.

—Oh! Mr. Goefle, os elevais á las regiones de lo fantástico! No es esa mi escuela. Me mantengo siempre en cierta verosimilitud novelesca, porque con situaciones imposibles nunca se hace llorar ni reír. No, no, representemos verdaderos asesinos, feos y grotescos como hay muchos. Mientras andan de un lado á otro por los peñascos, vigilando la ventana, la barca, que por fortuna ha recibido ya furtivamente el precioso depósito (estilo consagrado), se desliza de pacio y sin ruido por debajo de las rocas, aquí, por debajo de donde están los esbirros, que nada sospechan. El público se enternece tanto mas cuanto que se rie de la figura de los asesinos. Le gusta mucho reír y llorar á la vez... Y cae el telón al fin del primer acto, entre el ruido de los aplausos.

—Escelente, escelente!—esclamó Mr. Goefle.—Hareis mover la barca! Pero, ¿no habrá nadie en la ventana?

—Sí por cierto! ¿Tengo, por ventura, una sola mano? Mientras con la izquierda empujo mi esquife sobre las serenas aguas, con la derecha tengo en la ventana á la fiel doncella que ha hecho bajar la cesta, y que eleva al cielo sus lindos bracitos de maderas, en actitud suplicante, y esclamando con voz dulce: «Divina Proviencia! vela por el hijo del misterio!»

—¡Calle! ¿y la madre? ¿no se la verá?

—No, no seria conveniente.

—¿Y el padre?

—El padre está en Palestina. Siempre se envia allí á los actores de que no se puede hacer uso.

—Perfectamente; pero si los esbirros están alertas, si hay un hermano de honor quisquilloso y una doncella fiel, Stentarello será de familia noble?

—¡Ah! ¡diablo! ¿cómo arreglaremos eso?

—Nada mas sencillo. El niño á quien haremos bajar por la

—La ventana es verdaderamente el joven Alonso, el hijo de la duquesa. Stentarello es hijo del pastelero de S. E.

—¿Y qué vendrá á hacer ahí el pastelero?

—¿Lo sé yo, por ventura? A vos es á quien toca encontrar algo. ¡Si estais pintando no podreis ayudarme!

—¡Oh! ¡mirad, mirad, Mr. Goefle, qué bien me sale mi cielo!

—Está harto fuerte y sobresale demasiado.

—Teneis razon. ¡Diablo! ¡teneis buen ojo, señor abogado!

—Voy á oscurecer un poco mi torreón.

—Muy bien. El cielo rosado está muy lindo, ahora, y recuerda bastante las nubes brillantes de nuestra atmósfera; pero ese no es un cielo de España.

—Pongamos la escena en Suecia; ¿por qué no?

—¡Oh! ¡no por cierto! Sabeis que en nuestro acto, y sobre todo con esa vista que acabais de hacer del Stollborg, si la imaginacion quisiese tomar vuelo habria lugar á ciertas comparaciones.

—¿Con la historia de la baronesa de Waldemora?

—¡Eh! ¿quién sabe? En realidad no la hay, puesto que no hubo hijo alguno; pero ciertas personas podrían imaginar que representamos el cautiverio de la dama gris. No, Cristiano, la escena ha de pasar en España! será mucho mejor.

—¡Corriente, sea en España! Decimos, pues, que el pastelero tiene un niño que acaba de nacer y que será el ilustre Stentarello. Ahora bien, el cocinero del castillo, que enviaba á ese pastelero de parte del baron...

—¿Del baron?

—No habeis metido al baron en la cabeza con hablarme de comparaciones posibles. Nuestro traidor se llamará D. Diego ó D. Sancho.

—¡Enhorabuena! Así pues, el cocinero del baron... ¡Bueno! quiero ahora me equivoco yo tambien: decir el cocinero D. Sancho ¿Qué le envia?

—Un magnifico pastel en una cesta, para que le meta en el horno.

—¡Entiendo, entiendo! Habia depositado esa cesta en la barca. El barquero encargado de arrebatar y salvar al hijo del misterio no hace caso y se lleva las dos cestas: luego se equivoca, lleva el pastel á la nodriza y envia al pastelero un niño para que le meta en el horno!

—Y el buen pastelero cria á los dos niños, ó bien se embolva y conserva el de la duquesa. De ahí resultan, por consiguiente, *quid pro quos* sin fin, y caminamos con seguridad

al desenlace. Animo, Mr. Goeffe; he acabado de pintar y vuelvo á tomar la pluma. Pongamos en orden las escenas. Escena primera, «el cocinero solo.»

—Aguardad, Cristiano. ¿Por qué no han bajado sencillamente al niño por la escalera?

—Sí, bien puede hacerse, con tanto mas motivo cuanto que el Stollborg tiene una escalera secreta; pero está custodiada por esbirros.

—¿Incorruptibles?

—No, pero la duquesa tiene muy poco dinero y el traidor nada en la abundancia. Escena segunda, «Don Sancho, el tio feroz, llega para vigilar el crimen.»

—¿Por qué no sube él mismo al torreón, en donde la víctima es prisionera suya, y arroja al niño por la ventana, sin tanta ceremonia?

—¡Ah! en cuanto á eso, no lo sé. Supongamos que el niño no ha nacido todavía, y que están aguardando el momento fatal!

—Muy bien. Pues entonces el niño va á nacer, y mientras Don Sancho entra en el torreón y sube por la escalera, Paquita, la doncella fiel, baja al niño que acaba de salir al mundo! Decidme, ¿se verá al niño?

—¡Sí por cierto! voy á pintarle en la cuna. Un pedazo de cordel representará la cuerda. Todo eso se verá rebotado y se verá á lo lejos.

—Entonces el traidor queda muy disgustado al ver que ha volado el pájaro. ¿Qué hará en seguida? ¿Le haremos que se tire por la ventana y se estrelle la cabeza en las rocas?

—¡No por cierto! guardemos eso para el desenlace de la pieza, que es un final excelente!

—Pues bien, en su rabia mata á su desgraciada sobrina. Se oye un grito y el asesino aparece diciendo: «Mi honor está vengado.»

—¡Su honor!... Mejor quisiera yo que dijese: «¡Mi fortuna está hecha!»

—¿Por qué?

—Porque hereda á la duquesa: no le hagamos ma vado á medias, puesto que estamos resueltos á romperle el cráneo en el desenlace.

—Seguramente que es lógico, pero...

—¿Pero qué?

—¡Oh! es que volvemos á caer de lleno en la historia del baron de Olaus, tal como la rallieren sus enemigos: una pa-
riente que está presa, que desaparece.

—¿Qué importa eso, puesto que estais seguro de que la historia no es verdadera?

—Estoy todo lo seguro posible, y sin embargo... Mirad, me habeis vuelto enteramente visionario con vuestra voz misteriosa, vuestra idea de que existe una prisionera en los subterráneos, vuestra manera de explicar mi propia vision de anoche, y vuestras palabras de la Biblia!

—Como probablemente no habrá en todo eso mas que un extravío de nuestras imaginaciones, no nos esponemos á ofender á nadie, y ademas, Mr. Goefle, aun cuando bajo la máscara y el seudónimo de Cristiano Waldo despertase yo algun recuerdo lúgubre en la mente del señor baron, ¿qué me importa? En cuanto á vos, que estareis á mi lado completamente de incógnito...

—En cuanto á mí, que seré espiado y señalado al baron, por poco que se lo indique á sus malvados lacayos...

—Si verdaderamente correis algun riesgo, no hablemos mas de ello, y búsqüemos pronto otro asunto para la comedia.

Mr. Goefle permaneció meditando durante algunos momentos, con grande impaciencia de Cristiano, que no veia sin inquietud como avanzaba la aguja del reloj. Al fin el abogado se dió una palmada en la frente, se levantó con nerviosa viveza, y comenzando á andar por el cuarto exclamó:

—Pues bien, ¿quién sabe si no será eso retroceder ante la investigacion de la verdad? ¿Seré yo, acaso, un cortesano cobarde de ese problemático personaje? ¿No he de saberlo todo de una vez? ¿Se habrá de decir que un aventurero, es decir, un hermoso y buen hijo de la casualidad, digno seguramente de mejor suerte, hallará en su indiferencia el valor necesario para desafiar á un amigo poderoso, mientras que yo, servidor oficial de la verdad, defensor titulado de la justicia humana y divina, me adormeceré en una pereza egoista muy próxima á la cobardía?... ¡Cristiano!—añadió Mr. Goefle volviendo á sentarse, pero aun muy exaltado,—pasemos al segundo acto y hagamos una pieza terrible! Que se ilustren hoy vuestros títeres! ¡Que se conviertan en personajes serios, en imágenes vivas, en instrumentos del destino! Que esos actores, como en la tragedia de *Hamlet*, representen un drama que haga estremecer y ponerse pálido al criminal triunfante y por fin desenmascado! Vamos, Cristiano, manos á la obra! Supongamos... todo lo que se supone en este país acerca del baron y que la envueltado á su padre,

asesinado á su hermano, dejado morir de hambre á su cuñada....

—¡Oh! justamente en este cuarto!... — dijo Cristiano, quien imaginaba ya una decoracion para el tercer acto. Ved qué buena escena se puede hacer!... Supongo que el niño... Puesto que suponemos un niño, suponemos que el hijo de la duquesa vuelve al cabo de veinticinco años para averiguar la verdad y buscar el crimen! Ved á nuestros muñecos echando abajo el tabique misterioso, y encontrando ahí... detrás de esos ladrillos... Pronto haria una decoracion á propósito, tendré tiempo...

—¿Encontrando que? — dijo Mr. Goelle.

—¡No lo sé! — dijo Cristiano, que de improviso se habia tornado pensativo y sombrío. — Me pasan por la mente ideas tan negras que renuncio á ese dato. Me quitaria toda mi alegría, y en vez de continuar la pieza me pondria de buena gana á echar abajo esa tapia con rabiosa curiosidad ..

—Vamos, no os volvais loco, amigo Cristiano! Basta ya con que yo lo sea, porque todo esto es una divagacion, y ademas mi conciencia me prohibe que me detenga en sospechas que son resultado de un estómago cansado ó de un cerebro enfermo á consecuencia de la inaccion. Concluid la pieza y hacedla inofensiva, si quereis que sea divertida; yo decididamente voy á trabajar un poco, porque tengo que examinar un legajo que Stenson acaba de entregarme, y acerca de cuyo contenido es preciso que me forme una opinion definitiva, puesto que de un momento á otro puede pedirme el baron la solucion que le prometí esta mañana.

Cristiano se puso á escribir su pieza de teatros, y Mr. Goelle á leer sus documentos, cada uno de ellos en un extremo de la mesa grande, hácia cuyo centro habian rechazado los manjares del almuerzo; y Ulfilas á renovarlos silenciosamente. Se hallaba en su estado habitual de embriaguez semi-lúcida, y tuvo con ella Goelle una disertacion bastante larga, que Cristiano no oyó ni escuchó, acerca de una sopa hecha con leche, cerveza y jarabe, plato nacional que Mr. Goelle queria tener para cenar, y que Ulfilas se alabó de saber hacer tan bien como el primero en Suecia. Con esta promesa desarmó la cólera del abogado, quien le reconvenia por haber emborrachado á su lacayuelo, á lo cual contestaba Ulfilas jurando que no entencía una palabra, y quizás juraba de buena fe él que soportaba las bebidas espirituosas con tanto aplomo y serenidad.

A las seis Cristiano habia concluido; Mr. Goelle no habia

trabajado, estaba agitado, inquieto, y cuando Cristiano le miraba por casualidad, encontraba sus ojos fijos y preocupados. Pensando que este era su modo de trabajar, no quiso distraerle con reflexion alguna hasta el momento en que le preguntó con alguna inquietud si tendria á bien leer el plan de su comedia.

—Sí por cierto,—dijo Mr. Goefle;—pero, ¿por qué no me lo leéis?

—Imposible, Mr. Goefle. Tengo que elegir mis personajes, arreglar un poco los trages, reunir los diferentes trozos de mis decoraciones, cargarlo todo sobre mi asno, y marchar en seguida al castulo nuevo para tomar posesion del local que nos está destinado, montar el teatro, colocar el alumbrado, et. Ya no puedo perder un minuto. Es preciso principiár á las ocho.

—¡A las ocho! Diablo! hé ahí una hora detestable! ¿Entonces no se cenará en el castillo hasta las diez? ¿Y nosotros, cuándo cenaremos?

—¡Ah! si la quinta comida del dia,—esclamó Cristiano con desesperado acento, al paso que hacia apresuradamente sus preparativos:—en nombre del cielo, Mr. Goefle, cenad en seguida y estad dispuesto dentro de una hora. Leereis la pieza comiendo.

—¡Ah! ¡lindo régimen quereis imponerme! ¡comer sin apetito y leer comiendo para no digerir!

—Entonces no pensemos mas en ello. Intentaré dar yo solo la representacion y haré lo que pueda. ¡Bah! algun buen génio acudirá á auxiliarme.

—¡No, no!—esclamó Mr. Goefle,—quiero ser yo ese buen genio; os lo he prometido y no tengo mas que una palabra.

—No, Mr. Goefle, os dos las gracias; no estais acostumbrado á esas cosas. Sois un hombre razonable! No sabriais emanciparos de vuestras graves preocupaciones para ponerlos en la cabeza al gorro con cascabeles de la locura! Era yo muy indiscreto al aceptar...

—¡Escuchad!—esclamó Mr. Goefle,—¿por quién me tomáis? ¿Por un hablador insustancial que promete lo que sabe que no ha de poder cumplir, ó por un viejo pedante incapaz de tomar parte en una broma agradable?

Cristiano vió que la contradiccion era el mejor estimulante para atraer al abogado á la realizacion de su proyecto, y que en el fondo el excelente hombre tenia empeño en hacer aquella habilidad de transformarse en cómico agradable sin

mas preparacion que la que el mismo Cristiano necesitase. Le escitó, pues, mas y mas con fingida discrecion y no le dejó sino cuando le vió casi picado por sus dudas, resuelto ó mas bien encarnizado en ponerse en estado de servir, aun cuando se viese precisado á comer sin apetito su sopa de leche y de eerveza, y á salir absoluta y violentamente de sus queridas costumbres.

Hallábase ya Cristiano á la mitad del trayecto entre el Stollborg y Waldemora, cuando se encontró frente á frente con una especie de fantasma negro que revoloteaba con saltos desiguales sobre la nieve. No necesitó reflexionar mucho para conocer á Mr. Stangstadius, que llevaba, como él, una linternita sorda y se disponia á dirigirle la palabra. Como Cristiano estaba muy seguro de no ser conocido por un hombre que tan poco se cuidaba de los demás, juzgó inútil bajarse el antifaz á la cara y variar su acento para contestarle.

—Hola! amigo,—le dijo el sábio sin dignarse tan siquiera mirarle,—¿venis del Stollborg?

—Sí señor.

—¿Habeis visto alli al doctor Goeffe?

—No señor,—contestó Cristiano, quien comprendió enseguida la perturbacion sensible que tal visita introduciria en las buenas resoluciones de su colaborador.

—¿Cómo!—repuso Stangstadius,—¿el doctor Goeffe no está en el Stollborg? Me habia dicho que se hallaba alojado alli.

—Estaba, en efecto,—contestó Cristiano con aplomo; pero hace dos horas que se marchó á Stockholmo.

—Se ha marchado! y sin aguardar mi visita, cuando esta mañana le anuncié que iria á cenar con el en la vieja torre! Es imposible.

—Lo habrá olvidado, sin duda.

—Olvidado, olvidado! tratándose de mí, eso es demasiado...

—En fin, caballero,—repuso Cristiano interrumpiéndole,—id allá, si quereis, que no encontrareis ni cena ni compañero.

—Entonces renuncio á ello; pero es la cosa mas estraordinaria! . Preciso es que ese pobre Goeffe se haya vuelto loco!

Y Mr. Stangstadius volvió atrás, y se puso á andar al lado de Cristiano, que continuaba su camino hácia el castillo. Al cabo de algunos instantes el naturalista varió de opinion, y hablando consigo mismo en alta voz, segun acostumbraba, dijo:

—¿Goeffe se ha marchado, corriente! es un mala cabeza, un estravagante; pero su sobrino, porque tiene un sobrino,

un muchacho excelente con quien se puede hablar, y esc, sabiendo por su tío que yo había de ir á cenar, debe esperarme. ¡Es preciso que vaya allá, si, es preciso!

Luego, dirigiéndose á Cristiano, repuso:

—Decidme, amigo mío, decididamente quiero ir al Stollborg... He andado mucho hoy sobre la nieve y estoy muy cansado; ¿quereis prestarme vuestro caballo?

—Con mucho gusto lo haria, caballero, pero si es para ir á ver al sobrino de Mr. Goelle...

—Sí por cierto, á Cristiano Goelle, que así se llama. ¿Le habeis visto? ¿Estais sirviendo en el Stollborg? Pues bien, volved allá, dadme vuestro caballo, adelantaos y mandad preparar la cena. ¡Esta sí que es buena idea!

Y Mr. Stangstadius, sin aguardar el consentimiento de Cristiano, seducido por la poca alzada y el paso tranquilo de Juan, al que se obstinaba en considerar como un caballo, quiso montar en él, sin cuidarse de su carga que se oponia á ello de la manera mas absoluta.

—¡Dejad en paz á ese pobre animal!—le dijo Cristiano, algo impacientado con su insistencia.—El sobrino de Mr. Goelle se ha marchado con su tío, y el Stollborg está cerrado como una cárcel.

—¡El joven se ha marchado tambien!—esclamó Mr. Stangstadius maravillado —¡Dios mío! preciso es que haya sucedido alguna cosa desagradable á esa familia para que el tío y el sobrino hayan podido olvidar lo que les prometí; pero habrán dejado alguna carta para mí. ¡Es preciso que vaya á verlo!

—No han dejado carta alguna,—repuso Cristiano echando mano de un nuevo recurso;—solo me han encargado que diga á un tal Mr. Stangstadius, en el castillo nuevo, que se vejan obligados á marchar, y por eso voy al castillo nuevo.

—Un tal Mr. Stangstadius!—esclamó el sábio indignado;—¿han dicho un tal?

—No señor, yo soy quien lo digo. Yo no conozco á ese Mr. Stangstadius.

—Ah! ¿eres tu quien lo dices, imbécil! ¿un tal Stangstadius! á quien no conoces, doble bruto! Está bien, enhorabuena. Pues bien, aprende á conocerme: yo soy el primer naturalista... Pero, á qué cansarme! Hay en esta tierra unos zoquetes singulares!... Para tu caballo, animal! ¿No te he dicho que quiero montar en él? Te digo que estoy cansado... ¿Crees, por ventura, que no sé cuidar cualquiera cabalgadura?

—Vamos, vamos, señor sábio,—repuso Cristiano con suma sangre fría, aunque aquel encuentro le fastidiaba sobremanera, porque era un retraso mas,—ya veis que el pobre animal está cargado hasta las orejas.

—Vaya una gran cosa! Deja ahí tu carga en el suelo, y y vuelves luego á buscarla.

—Es imposible, no tengo tiempo.

—¿Cómo! ¿te rehusas á hacerlo? ¿Qué especie de salvaje eres? Hé aquí el primer campesino sueco que se niega á prestar auxilio al doctor Stangstadius... Daré una queja contra ti...

—¿A quién? ¿al barón de Waldemora?

—No, porque le mandaría ahorcar, y entonces tendrías tu merecido... Quiero que sepas que soy el mejor entre todos los hombres; soy bueno y te perdono.

—¡Bah!—repuso Cristiano, quien no podía menos de divertirse un poco con los tipos singulares con que tropezaba en su vida errante; no os conozco y os empeñais en pasar por quien no sois. ¿Un naturalista vos? ¡Quitad alla! cuando ni siquiera sabeis distinguir un caballo de un asno!

—¿Un asno?—repuso Stangstadius, olvidando afortunadamente sus conatos de equitación,—¿pretendes tener ahí un asno?

Y paseó su linterna en torno de Juan, el cual, merced á los minuciosos cuidados de su amo, iba tan bien envuelto en pieles de diferentes animales, que tenía verdaderamente un aspecto fantástico.

—¿Un asno? no puede ser! un asno no viviría en esta latitud... Lo que en tu crasa ignorancia llamas un asno no será, cuando mas, sino una especie de mula!... Veamos, quiero cerciorarme de ello; quítale todas esas pieles que lleva encima.

—Mirad, señor Stangstadius ó lo que seais, dijo Cristiano, me estais fastidiando. No tengo tiempo para charlar: buenas noches.

Enseguida sacudió suavemente con una varita á su fiel Juan, el cual emprendió el trote, y ambos dejaron muy luego detrás de sí al doctor en ciencias. Sin embargo, Cristiano sintió al momento un remordimiento. En el momento en que llegaba á la orilla del lago se volvió y vió al pobre sábio que le seguía desde lejos, penosamente, y resbalando á cada instante. Preciso era que en realidad se hallase muy cansado para reparar en ello, él que solo vivía por el cerebro y por la

representaba con Massarelli, entonces tan amable y seductor. Este recuerdo triste le causó un momento de melancolía que sacudió muy pronto diciendo á Mr. Goelle:

—Vamos, ya oigo que la galeria se llena de gente; manos á la obra y buena suerte, querido colega!

En aquel momento llamaron á la puerta del fondo, y se oyó la voz de Johan, el mayordomo, que llamaba á maese Cristiano Waldo.

—Perdonad, caballero, pero no se entra aquí,—esclamó Cristiano.—Decidme desde ahí lo que queráis, que ya escucho.

John contestó que Cristiano estuviese dispuesto para cuando oyese dar tres golpes en la puerta de la galeria, la cual se abriría para dejar pasar su teatro.

Convenido esto, transcurrió todavía un buen cuarto de hora antes de que cada señora hubiese encontrado el sitio que mas le convenia para ostentar su trage y sus atractivos, y para hallarse junto al caballero que mas le agradaba ó á la vista de aquellos á quienes queria fascinar ó destumbrar. Cristiano, acostumbrado á tales preparativos, arreglaba tranquilamente sobre una mesa los refrescos que en ella habia encontrado, y que en caso necesario habian de aclarar la voz de su ayudante y la suya en los entre actos. En seguida se instaló con Mr. Goelle dentro de su teatrillo. El telon de fondo estaba colocado bastante atrás para permitir una perspectiva de varios términos verdaderos.

Ambos *operanti* aguardaban los tres golpes, Cristiano con calma, Mr. Goelle con una impaciencia febril que confesaba abiertamente.

—¿Os impacientais?—le dijo Cristiano.—Vamos, eso prueba que estais conmovido y es buena señal; vais á hacerlo divinamente.

—Esperémoslo así, contestó el ahogado, aunque si he de decir verdad en este momento me parece que no voy á encontrar una sola palabra y que me quedaré cortado. Es muy gracioso esto, siento como un vértigo. No ha habido defensa alguna ante una reunion formal, no ha habido una cuestion de vida ó de honra para un cliente, de triunfo para mí mismo, que me haya agitado tanto el cerebro y lo nervios como la farsa que voy á representar aquí! ¿No acabarán de callar esas muje es charlatanas a quienes desde aquí se oye hablar? ¿Quieren hacer que nos ahoguemos en esta barraca? Si esto continúa, voy á dirigirles injurias!

Por fin sonaron los tres golpes. Dos lacayos situados en

la galería abrieron simultáneamente las dos hojas de la puerta, y se vió el teatrillo, que parecía andar por sí solo, adelantarse ligero y colocarse en el hueco de la puerta que ocupaba en toda su anchura. Cuatro músicas que Cristiano había pedido tocaron una introducción a la italiana. Se alzó el telón, y los aplausos concedidos á la decoración dieron tiempo suficiente á los dos *operanti* para que cogiesen los muñecos que iban á entrar en escena.

Sin embargo, Cristiano no quiso comenzar sin mirar á su público por un agujerito practicado delante de él. La única persona á quien buscaba fué la primera que vieron sus ojos. Margarita estaba sentada al lado de Olga, en la primera fila de los espectadores.

Tenia un traje delicioso; estaba encantadora. Cristiano vió después al baron, que se hallaba en la primera fila de los hombres detrás de las señoras. Estaba más pálido aun que la víspera. Cristiano buscó en vano la cara de Masarelli. Vió con gusto las del Mayor Larrison, del teniente Ervin y de los demás oficiales jóvenes que durante el baile de la víspera y aun después le habían manifestado tan cordial simpatía, y cuyos risueños y bondadosos semblantes anunciaban una atención benévola. Al propio tiempo oyó Cristiano circular el elogio de la decoración.

—Pues si es el Stollborg —dijeron varias voces.

—En efecto, —dijo la voz metálica del baron Olaus, —creo que han querido representar al viejo Stollborg!...

Mr. Goefle nada oía y á nadie veía; se hallaba verdaderamente turbado. Cristiano, con el objeto de darle tiempo suficiente para serenarse, comenzó la función con una escena de dos actores que representó él solo. Su voz se prestaba de una manera singular á las diferentes entonaciones de los personajes á quienes hacia hablar, é imitaba todos los acentos, dando á cada carácter un lenguaje adecuado á su papel y á su posición en la ficción escénica. Desde las primeras réplicas encantó á su auditorio por la candidez y verdad de su diálogo. Mr. Goefle, encargado de hacer obrar y hablar á un tipo de anciano, fué muy luego, á seguirle, y aunque al pronto no supo disfrazar bien su voz, estaban tan lejos de pensar en él y se hallaban tan convencidos de que Cristiano solo hacia hablar á todos los actores, que quedaron maravillados de los infinitos recursos del operante.

—¿No se podría jurar, —decía Larrison, —que hay doce personas dentro de ese teatro?

—Siempre hay por lo menos cuatro, —decía el teniente.

—No,—replicaba el Mayor,—solo hay dos, el amo y el criado; pero este es un bruto que rara vez habla, y que todavía no ha desplegado los labios.

—Sin embargo; escuchad; ahora hablan juntos. Oígo dos voces diferentes.

—¡Pura ilusión!—replicaba el entusiasta Larrison.—Es Cristiano Woldo solo, que sabe fingir dos, tres y cuatro personas á la vez, y aun acaso mas. ¿quién sabe? Es un diablillo! Pero escuchad la pieza, que no es lo menos curipso. Compone comedias que quisiera uno conservar en la memoria para escribirlas.

Sin embargo, no nos encargamos de contar dicha pieza al lector. Esos chistes fugitivos son como todas las improvisaciones oratorias ó musicales. Siempre se equivoca el que cree que tendrían el mismo valor si fuesen trascritas ó conservadas. No existen sino por lo imprevisto, y se recuerdan con tanto mas encanto cuanto que en realidad no se ha conservado de ellas mas que una impresion confusa; y la imaginacion las embellece despues. Había chispa, colorido y buen gusto en todo lo que se le ocurría á Cristiano en aquellos momentos. Las imperfecciones inseparables de un diálogo exuberante desaparecían en la rapidez del conjunto, y en su habilidad para introducir nuevos personajes cuando conocía que los que tenía en la mano iban ya á cansar.

En cuanto á Mr. Goefle, una verdadera elocuencia natural, mucho despejo cuando se sentía escitado, y una instruccion verdadera y muy estensa, hacían que le fuese muy fácil el concurso que tenía que prestar. Las digresiones mas chistosas resultaron de su propititud para coger al vuelo las fantasías del diálogo de su interlocutor, y causó aun mas sorpresa que de costumbre la variedad de conocimientos que en Woldo revelaban aquellos estravíos brillantes.

Si no contamos la comedia, al menos debemos decir la manera en que Cristiano había transformado aquel primer acto que preocupó á Mr. Goefle de una manera tan singular.

Temiendo comprometer verdaderamente al abogado con alusiones involuntarias, convirtió al traidor de su comedia en un personaje puramente cómico, en una especie de Casandro engañado por su pupila, procurando sorprender el cuerpo del delito, el hijo del misterio, pero sin tener pensamiento alguno criminal respecto de él. Así, pues, Cristiano quedó muy sorprendido cuando al llegar á la escena final de aquella primera parte, oyó como un estremeamiento que recorría á

todo su auditorio, y cuando unos cuchicheos, que lo mismo podían ser interpretados como testimonios de censura que de aprobacion, herían su oído acostumbrado á percibir el sentimiento de sus espectadores entre sus propias palabras: «¿Qué pasa?» e preguntó á sí mismo rápidamente, y miró á Mr. Goefle que tenía el semblante descompuesto y que pateaba de impaciencia, agitando nerviosamente su muñeco en el escenario.

Cristiano, creyendo que oídlaba el plan de la comedia, se apresuró á cortar la palabra haciendo hablar al barquero, y apresurando el final, bajó el telón en medio de un ruido que no era el de los aplausos ni el de los subidos, pero que se parecía al de una aglomeracion de personas que se van en masa para no oír mas. Cristiano miró por el agujerito antes de hacer retroceder su teatro dentro de la puerta, y vió á todo su público, no dispersado todavía, pero ya de pie, volviéndole la espalda y participándose á media voz algun suceso importante. Cristiano no pudo percibir mas que estas palabras: «¡Ha salido! ¡ha salido!» Y buscando con los ojos para ver de quién podían hablar, vió que el barón no estaba ya en la sala.

—¡Vamos!—le dijo Mr. Goefle dándole un codazo,—entremos en nuestro cuarto. ¿Qué hacemos aquí? Es el entreacto.

El teatrillo retrocedió, pues, al saloncito, se cerraron las puertas, y Cristiano, al paso que preparaba la decoracion para el acto segundo, preguntó á Mr. Goefle si habia observado algo.

—¡Pardiez!—dijo el abogado fuera de sí,—¡buena la he hecho! ¿Qué os parece?

—Que habeis estado escelente, Mr. Goefle.

—¡He sido un estúpido, un loco! Pero, decidme, ¿comprendeis que suceda tal accidente á un hombre acostumbrado á hablar en público de las cosas mas delicadas y en los hechos mas embrollados?

—Pero, ¿qué accidente ha sido ese, Mr. Goefle, en nombre del cielo?

—¡Cómo! ¿estabais sordo, por ventura? ¿no habeis oído que he cometido tres *lapses* espantosos?

—¡Bah! yo habré cometido ciento, acaso, y eso me sucede diariamente; ¿creeis que reparan en ello?

—¡Ah! ¡sí! ¿creeis que no los han observado! Apuesto á que el barón ha salido antes del final.

—En efecto, ha salido. Pero tiene tan delicado el oído que un exlance aventurado ó una palabra impropia...

— ¡En! ¡mil demonios! ¡ahora no se trata de eso! ¡Mejor hubiera hecho en estropear la lengua que en decir lo que he dicho! Figuraos que, mientras os bajabais para hacer pasar la barca por debajo de las rocas, yo, que hacía hablar á los esbirros, dije tres veces *el baron* en vez de decir Don Sancho! ¡Si, lo he dicho tres veces! La primera sin reparar en ello, la segunda al tener mucho cuidado para enmendarme, y la tercera... ¡oh! ¡la tercera! eso es inaudito, Cristiano, que se pronuncie precisamente una palabra que no se quiere decir y que se piensa en no proferir! Hay en eso una especie de fatalidad, y héme aquí dispuesto á creer, con nuestros labriegos, que los genios maléficos se mezclan en nuestros asuntos!

— En efecto, eso es muy curioso, — dijo Cristiano; — pero no hay una sola persona á quien no le haya sucedido eso. ¿Por qué diablos os atormenta eso, Mr. Goefle? El baron no puede sospechar que lo hayais hecho á propósito! Por otra parte, ¿no hay mas baron que él en el mundo? ¿no habrá en este momento una docena de ellos, acaso, entre nuestro público? Pensemos en el segundo acto, Mr. Goefle; pasa el tiempo y de un momento á otro pueden decirnos que comencemos de nuevo.

— Si no vienen á decirnos que no continuemos... Mirad, ya llaman.

— Es el mayordomo, otra vez. Entrad en el teatro, monsieur Goefle, me pongo de nuevo mi careta y abro. Es preciso saber lo que pasa.

Cuando Mr. Goefle estuvo oculto y Cristiano enmascarado, este abrió la puerta á Mr. Johan

— ¿Qué hay? — le dijo Cristiano presuroso. — ¿Hemos de continuar?

— ¿Y por qué no, Mr. Waldo? — replicó el mayordomo.

— Porque he creído ver que el señor baron estaba indispuesto.

— ¡Oh! le sucede muy amenudo que padece cuando está mucho tiempo en un sitio sin moverse, pero eso no es nada. Acaba de mandarme á decir que volvais á aparecer, ya sea que él esté ó no en la galería. Tiene empeño en que entretenais á la reunion... ¿Pero qué idea tan singular os ha ocurrido, Mr. Cristiano, de representar á vuestro viejo Stollborg en vuestro teatro?

— He creído complacer al señor baron, — contestó Cristiano descaradamente; — no ha sido así?

— Al señor baron le ha encantado vuestra ocurrencia,

y no ha cesado de repetir: «¡Es muy lindo, muy lindo! ¡Parece que se está viendo el viejo torreón!»

—Enhorabuena, —dijo Cristiano, —entonces continuaremos. ¡Servidor vuestro, señor mayordomo!... ¡Vamos, monsieur Goelle, buen ánimo! —prosiguió Cristiano tan luego como Johan hubo salido. Ya veis que todo va bien, y que durante todo el día no hemos hecho mas que sonar. Apuesto á que el baron es el mejor hombre del mundo; ya vereis cómo se convierte y nos vemos obligados á canonizarle!

En el acto siguiente, que fue muy corto y muy alegre, pareció que el baron se divertía mucho. Don Sancho no aparecía en la escena. A Mr. Goelle no se le escapó ya cosa alguna, y su voz estuvo tan bien fingida que nadie sospechó su presencia. En el otro entreacto bebió varios vasos de vino de Oporto para sostener su animación, y estaba algo achispado en el tercero y último acto, el cual tuvo aun mejor éxito que los anteriores.

Paralelamente á la acción burlesca en que Stentarello divertía al público, Cristiano había creado otra acción sentimental con nuevos personajes. En este último acto, Alonso, el hijo del lagó, descubría que Rosita, la hija de las buenas gentes que le habían criado y adoptado, no era hermana suya, y le declaraba su amor. Esta situación, muy conocida en el teatro, ha sido siempre muy delicada. No gusta ver al hermano pasar bruscamente del puro cariño á una pasión. A pesar del cambio de situación, toma un aspecto de incesto improvisado.

Los personajes de la joven y de Alonso eran los únicos que Cristiano no había recargado. De este último había hecho un buen muchacho que vivía y pensaba exactamente como él. Aquel carácter emprendedor y generoso le fué simpático al auditorio, y las mujeres, olvidando que tenían ante la vista un simple muñeco, quedaron encantadas al oír aquella voz dulce que les hablaba de amor con una suavidad casta y con un acento de franqueza muy diferentes de las frases ampulosas de los galanteadores afrancesados de la época.

Cristiano había leído mucho á Marivaux, á ese talento de dos aspectos distintos, de talento tan minucioso pero de corazón tan sencillo, de pasión tan conmovedora. Había conocido el lado bueno y grandioso de ese génio encantador, y sabía hacer hablar al amor á las mil maravillas. La escena pareció corta; varias voces se alzaron para gritar: «¡Mas, mas», y Cristiano, cediendo al deseo del público, volvió á tomar á Alonso, al que habían soltado ya sus dedos, y lo hizo entrar

de nuevo en escena de un modo ingenioso y natural. «¿Me habeis llamado?»—dijo á la jóven enamorada, y esta frase tan sencilla tuvo un acento tan cándido, tan tímido, tan dulce, que Margarita se tapó la cara con el abanico para ocultar su vivo rubor.

Es que se verificaba un fenómeno singular en el corazón de aquella jóven. Solo ella conocia en la voz de Alonso la de Cristiano Goelle. Quizás fuese porque solo ella habia hablado lo bastante con el jóven para recordarle. Y sin embargo, Cristiano Waldo daba con deliberado propósito al personaje de Alonso un diapason mas claro que el que le era natural; pero habia ciertas inflexiones y vibraciones que á cada instante hacian estremecer á Margarita. En la escena de amor no tuvo ya duda alguna, y sin embargo, Cristiano Goelle no le habia dicho una sola palabra de amor. Guardó sus reflexiones para sí, y cuando Olga, que se mostraba fria y burlona, le dió con el codo preguntándole si lloraba, la inocente niña contestó con profunda hipocresía que estaba muy constipada y que se contenía para no toser.

En cuanto á Olga era mucho mas disimulada: despues de la representacion fingia profundo desprecio hacia aquel pequeño personaje de *enamorado rendido*, y sin embargo el corazón le habia latido con violencia, porque en ciertas rusas la frialdad de los cálculos no excluye el ardor de las pasiones. Olga se habia lanzado resueltamente á la codicia ciega; mas no por eso dejaba de experimentar, á pesar suyo, un horror secreto hacia el baron desde que se habia desposado con él. Cuando le dirigió la palabra despues de la funcion, su voz áspera y su mirada fria la hicieron estremecer, y recordó, como sin querer, la voz dulce y las palabras vivas de Cristiano Waldo.

El baron, por su parte, parecia hallarse de muy buen humor. El personaje desagradable de don Sancho, que debia aparecer de nuevo al final de la comedia, habia sido suprimido prudentemente por Mr. Goelle. Entre el primero y el segundo acto habia sido introducida esta modificacion, de acuerdo con Cristiano. Habian imaginado hacer de Rosita la hija de aquel personaje, que habia muerto en el entreacto. Descubrian que era heredera de una gran fortuna que habia dejado, y para reparar la espoliacion de que Alonso habia sido víctima, al llegar al desenlace se casaba con él. Aventuras, equívocos, incidentes novelescos y personajes cómicos, y sobre todo Stentarello, con la ingenuidad de su egoismo y su cobardía, sostenian la frágil trama de aquella composicion li-

gera que produjo una aprobacion entusiasta, á despecho de Mr. Stangstadius, que nada escuchó y lo censuró todo, no pudiendo sufrir que se interesasen por una obra frívola en que no se hablaba de ciencia.

Entretanto Mr. Goelle se habia dejado caer en un sillón, ee el saloncito, en donde se habia encerrado con Cristiano, y mientras que este, siempre activo y cuidadoso, desmontaba, arreglaba y doblaba todas las piezas y chismes de su teatro, de modo que encerrase todo el personal en una caja y formase un solo fardo algo pesado pero bastante facil de trasportar, el abogado, enjugándose la frente y bebiéndose por distraccion el contenido de una botella de vino de España, se entregaba á ese bienestar particular á que tanto le gustaba abandonarse cuando se quitaba la toga y el birrete para entrar de nuevo, como él decia, en el seno de la vida privada.

Aquel hombre de tan hermoso carácter habia tenido pocos desengaños en su vida pública, y pocas contrariedades en la privada. Lo que le habia faltado desde que tenia los gozes de orden y de tranquilidad de la edad madura, era lo imprevisto que él suponía y aun acaso creía que aborrecía, pero cuya necesidad experimentaba, en razon de una imaginacion viva y de una gran flexibilidad de talento. Asi pues, en aquel momento se sentia rejuvenecido, sin saber á punto fijo porqué, y le pesaba que se hubiese concluido la comedia, porque, á pesar de hallarse cansado y bañado en sudor, aun encontraba en su cerebro diez actos mas que poder representar.

—Yo descanso, dijo á Cristiano, y vos estais arreglandolo todo, trabajando.... ¿No puedo ayudaros?

—No, no, Mr. Goelle, que no sabiais. Además, ved, ya está hecho. ¿Teneis demasiado calor, ahora para pensar en encaminaros al Stollborg?

—¿Al Stollborg? ¿Vamos á acostarnos triste y solitariamente tan escitados como estamos?

—En cuanto á eso, Mr. Goelle, sois muy dueño de salir de este castillo por la puerta pequeña y entrar por la principal, para ir á tomar parte en la cena que van á servir y en las diversiones que sin duda se preparan para el resto de la noche. Por lo que á mi hace, mi papel ha concluido ahora, y puesto que habeis renegado vuestra generosa sangre, puesto que no puedo aparecer de nuevo á vuestro lado bajo el nombre de Cristiano Goelle, es preciso que me vaya á comer lo que encuentre y á estudiar un poco de mineralogia hasta que me acometa el sueño.

—¡A la verdad, hijo mio, que debeis estar cansado!

lengua, y sobre todo para confesarlo, él que tenia la pretension de ser el hombre mas rebusto de su siglo.

—Si le faltan las fuerzas, pensó Cristiano, es capaz de quedarse en el hielo, y en este pais, un descanso forzoso durante la noche puede ser mortal, sobre todo para un ser tan débil. Vamos, aguardame aquí, mi pobre Juan.

Corrió en busca de Mr. Stangstadius, quien efectivamente se habia parado, y acaso pensaba de nuevo en realizar su proyecto de cenar en el Stollborg. Este pensamiento, que se le ocurrió á Cristiano, le hizo apretar el paso; pero Stangstadius, que no en todas ocasiones era tan valiente como suponía, y que habia concebido suma prevencion contra un desconocido que tan poco se prosternaba ante su mérito, le atribuyó de improviso malas intenciones contra su persona, y hallando nuevo vigor en sus piernas, comenzó á huir en direccion al Stollborg. Esto no le convenia á Cristiano, quien tambien echó á correr y le alcanzó muy luego.

—Miserable!—esclamó con voz entrecortada el sábio, cuyo terror y cansancio habian llegado á su colmo,—vienes á asesinarme, ¿ya lo veo!

Sí, eres un malvado pagado por los que me envidian para apagar la luz del mundo. ¡Déjame, desventurado bruto, no me toques! Reflexiona quien es el hombre que vas á asesinar!...

—Vamos, vamos, tranquilizaos, Mr. Stangstadius,—dijo Cristiano riéndose de su terror, y aprended á conocer mejor á las personas que quieren favoreceiros. Vamos, subíos sobre mis hombros y démonos priesa, porque persiguiéndoos he comenzado á sudar y no tengo ganas de enfriarme.

Stangstadius cedió con mucha repugnancia, pero se tranquilizó al ver al robusto jóven levantarle con ligereza y llevarle hasta la orilla.

Allí volvió Cristiano á ponerle de pié y continuó su marcha para librarse de su generosidad, porque el buen Stangstadius, en su gratitud, buscaba en su bolsillo una monedita del valor de dos cuartos, persuadido de que esto era pagar de una manera régia á un ser que habia tenido la felicidad de prestarle un servicio.

IX.

Cristiano le dejó que se dirigiese hácia la entrada principal del castillo y buscó la puerta pequeña, la que en todo castillo señorial conduce á los patios y edificios anejos. Se pu-

so la careta y llamó á un criado que le ayudó á descargar sus efectos; en seguida buscó un establo para su asno y subió por una escalera angosta que conducia á la habitacion de Mr. Johan, mayordomo del castillo nuevo, quien no aguardó á que el jóven se nombrase, y exclamó con tono paternal y protector:

—¡Ah! ¡ah! ¡el hombre de la careta negra! ¡Sois el famoso Cristiano Waldel! V. mil, venid, querido, que voy á instalaros; haced vuestros preparativos tranquilamente. Todavía podeis disponer de una hora.

Ayudaron á Cristiano á llevar su equipaje al cuarto que habia de servirle para sus operaciones, y cuyas llaves le entregaron á petición suya. Allí se encerró solo, se quitó su antifaz para ponerse á su gusto, y comenzó á montar su teatro, aunque no sin darse antes unas friegas en las espaldas: monsieur Stangstadins no era pesado, pero su cuerpo difforme era tan singularmente anguloso que le parecia á Cristiano que habia llevado á cuestas un haz de ramas nudosas.

El local en que se encontraba era un saloncito con dos puertas: una daba á un pasillo que correspondia con la escalera pequeña, la otra daba á la grande y suntuosa galeria llamada de las *sacerías*, en la que Cristiano habia bailado la vispera con Margarita. Delante de aquella puerta era donde habia de colocarse el teatro para que los espectadores, sentados en la galeria, pudiesen verle. Habiendo medido Cristiano el hueco de aquella puerta de dos hojas, vió que cabria en él su teatro, y que no tenia mas que colocarle allí para hallarse completamente aislado del público en el saloncito. Era una combinacion excelente para asegurar su libertad de movimientos y el incógnito de Mr. Goefle, lo mismo que el suyo.

Por el número de sillones y sillas colocados enfrente de su teatro juzgó Cristiano que el público habria de componerse de un centenar de personas cómodamente sentadas, que serian probablemente las señoras, y de un centenar de caballeros situados de pie detrás de aquellas. La galeria, larga y algo ancha, era el local mas favorable en que hasta entonces habia trabajado Cristiano. La bóveda, pintada al temple, tenía sumia sonoridad. Las arañas, encendidas ya, arrojaban una luz muy viva, y solo se necesitaba iluminar los bastidores del teatro portátil para dar á los diferentes terminos de la decoracion y del escenario la profundidad ficticia que habia de producir la ilusion optica.

Cristiano hacia todas las cosas con sumo cuidado. Quería á su teatro como un artista minucioso, y le habia establecido

bajo condiciones ingeniosas que le hacian ser un teatro formal en miniatura. Hubiera sido un excelente pintor de edificios y de paisajes si el amor á la ciencia no le hubiese obligado á detenerse en las artes de puro recreo; pero como se hallaba maravillosamente dotado, no emprendia trabajos frívolos á los cuales no supiese dar un resultado agradable y que llevase impreso el sello de su propia originalidad. Así, pues, su pequeño escenario tenia una frescura encantadora y producía siempre un efecto agradable. Tenia una verdadera coquetería de artista, sobre todo cuando habia de presentarse ante un público inteligente, y si alguna vez se impacientaba por tener que consagrar tiempo á esas minuciosidades, se consolaba recordando el axioma favorito de Goffredi: «Que es preciso ejecutar lo mejor posible todo aquello que uno se toma la molestia de hacer, aunque se trate tan solo de cortar palillos para los dientes.»

Así, pues, Cristiano se hallaba absorto en sus preparativos. Después de haber dirigido una mirada de precaución á la desierta galería, colocó provisionalmente su teatro en el hueco de la puerta con toda su decoración y su alumbrado, y pasando á la parte destinada al público, se sentó en el mejor sitio con el fin de juzgar el efecto de la perspectiva, y calcular con arreglo á ella las entradas y los movimientos de sus personajes.

Era aquel, además, un descanso de dos ó tres minutos, del cual tenia gran necesidad. Como estaba algo acostumbrado á los rigores de todos los climas, se cansaba pronto de obrar en la atmósfera sofocante de las habitaciones del Norte. La noche anterior apenas habia dormido algunas horas en un sillón, y ya fuese á consecuencia de las emociones del día, ó de la carrera que acababa de dar sobre el hielo con un profesor de geología sobre los hombros, se sintió acometido por uno de esos vértigos de conciencia instantánea que hacen pasar sin transición de la realidad al sueño. Le pareció que estaba en un jardín, en un día caloroso de verano, y que oía rechinar la arena bajo un paso furtivo. Alguien se acercaba á él con precaución, y aunque no veía quien era, tenia la certidumbre intuitiva de que era Margarita. Por eso despertó sin estremecimiento alguno cuando sintió como un soplo de leve aliento en su cabellera; pero habiendo vuelto muy pronto en sí, se levantó bruscamente llevándose la mano á la cara y observando que la careta se habia caído á sus pies. En el momento en que se bajaba para cogerla sin volverle hacia la persona que le habia despertado, se estremeció

de veras al oír una voz de hombre muy conocida que le decía:
—Es inútil que ocultes tu rostro, Cristiano Waldo; te he cono-
cido, eres Cristiano Goffredi!

Cristiano, estupefacto, se volvió y vió detrás de sí á un
personaje bien vestido y ataviado, que no era sino Guido Mas-
sarelli.

—¡Cómo! ¡sois vos!— exclamó Cristiano. —¿Qué haceis
aquí, cuando vuestro puesto sería el extremo de una buena
soga pendiente de algun árbol corpulento en un bosque?

—Soy de la casa,—contestó Guido con una sonrisa tran-
quila y desdeñosa.

—¿Sois de la casa del baron? ¡Ah! sí, no me sorprende...
Después de haber sido estafador y bandido en despoblado, so-
lo os restaba convertiros en lacayo!

—No soy lacayo,—repuso Massarelli con la misma tran-
quilidad, soy amigo de la casa, muy amigo, Cristiano! y ha-
rias muy bien en procurar serlo mio asimismo. Es lo mejor
que podía sucederte ahora.

—Maese Guido,—dijo Cristiano cogiendo su teatro para
meterle de nuevo en el saloncito,—no es necesario explicar-
nos aquí; pero, puesto que vivís en la casa, me alegro de
saber dónde podré encontraros.

—¿Es eso una amenaza, Cristiano?

—No, es una promesa. Soy deudor vuestro, querido ami-
go, ya lo sabéis, y tan luego como haya pagado aquí mi deu-
da, que consiste en dar una representacion de títeres dentro
de una hora, me entenderé con vos para saldaros la paliza
mas magnífica que bayais recibido en toda vuestra vida.

Cristiano, al hablar así, habia vuelto á entrar en el salon-
cito, y se ocupaba en apagar las bugías y bajar el telon. Mas-
sarelli le siguió, cerrando en pos de sí las puertas de la ga-
leria. Como en aquel momento Cristiano se hallaba obligado
todavía á volverle la espalda, pensó que el bandido era muy
capaz de aprovechar la situacion para intentar asesinarle; pe-
ro le despreciaba demasiado para dejarle conocer su descon-
fianza, y continuó prometiéndole, en un tono tan tranquilo
como el que tomaba aquel miserable, un castigo severo de
todas sus fechorias. Afortunadamente para el imprudente
Cristiano, Guido no era valiente y se mantuvo á cierta dis-
tancia, dispuesto á huir si su adversario se mostraba in-
clinado á darle una cantidad á cuenta de los palos prome-
tidos.

—Veamos, Cristiano, repuso cuando pensó que el jóven ha-
bia exhalado un primer resentimiento,—hablemos friamente

—antes de llegar al último extremo. Me hallo dispuesto á darte satisfaccion de mi modo de proceder para contigo; así pues, haces muy mal en ultrajar con vanas palabras á un hombre á quien sabes que no puedes asustar.

—¡Me das lástima! contestó Cristiano irritado y yéndose en derechura hacia él. Pedirte satisfaccion á tí, al cobarde entre todos los cobardes! No, Guido, no, á un hombre de tu especie se le abofetea, despues de lo cual, si chilla, se le apalea como á un perro; pero nadie se bate con él, ¿entiendes? Baja la voz, baja los ojos, canalla! ¡De rodillas delante de mí, ó te pego ahora mismo!

Guido se puso pálido como un cadáver y cayó de rodillas, por sus mejillas corrían gruesas lágrimas de miedo, de vergüenza, ó de rabia.

—Está bien,—le dijo Cristiano, sintiendo á la vez asco y compasion;—ahora levántate y vete: te perdono; pero nunca vuelvas á presentarte en mi camino ni á dirigirme la palabra en sitio alguno. Has muerto para mí. ¡Sal de aquí, lacayo! este cuarto es mio por dos ó tres horas.

—¡Cristiano!—exclamó Guido levantándose con una vehemencia fingida ó sincera,—escúchame tan solo por cinco minutos!

—¡No!

—Cristiano, escúchame,—repuso el bandido apoyándose en la puerta de la escalera por la que el jóven queria hacerle salir;—tengo que decirte una cosa muy grave, una cosa de la cual dependen tu fortuna y tu vida.

—Mi fortuna,—dijo Cristiano con una sonrisa de desprecio,—ha pasado á tus bolsillos, ¡ladron! Pero era tan poca cosa que no me importa lo mas mínimo; en cuanto á mi vida, prueba á tomarla.

—Ha estado en mis manos, Cristiano,—repuso Guido, quien, seguro ya de la generosidad de su enemigo, habia recobrado su aplomo:—puede suceder que vuelva á hallarse lo mismo por segunda vez. Me habias ultrajado y el espíritu de venganza me escitaba vivamente; pero no pude olvidar que te habia querido, y aun ahora, no obstante tus nuevos ultrages, solo de tí depende que te quiera como antes.

—¡Muchas gracias!—contestó Cristiano encogiéndose de hombros.—¡Vamos! no tengo tiempo para escucharte tu patética charla; hace ya mucho tiempo que sé lo que vale.

—No soy tan culpable como imaginas, Cristiano; cuando te robé en la montaña, no podía yo obrar de otro modo.

—Eso es lo que dicen todos los bribones.

—Entonces era yo un bribon, en efecto, ¡era jefe de bandidos! Mis cómplices te habian visto; tenían fijos los ojos en nosotros: si yo no hubiese cuidado de emborracharte, para impedir que opusieses una resistencia loca, te hubieran asesinado.

—Segun eso, todavía debo darte las gracias; ¿es eso lo que quieres decir?

—Lo que quiero decir es esto: estoy en camino de hacer fortuna; mañana estaré en posicion de restituírte lo que me ví obligado á dejar que te arrebatasen unos hombres á quienes yo no gobernaba á mi antojo, y que pocos dias despues me despojaron y me dejaron en una situacion igual á la tuya.

—Muy bien hecho; tu lo habias merecido.

—¿Recuerdas, Cristiano, qué cantidad te fué robada?

—Sí, por cierto.

—¿Y estarás mañana, todav a, en el Stollborg?

—No lo sé. No te importa.

—Ah! si, porque mañana quiero llevarte esa cantidad.

—Ahorrate ese trabajo. En el Stollborg *estoy en mi casa y no recibo.*

—Sin embargo....

—Cállate! estoy harto de escucharte.

—Pero, si te llevo el dinero...

—¿Es el mismo que me quitaste? No, ¿verdad? ¿Hace ya mucho tiempo que le consumiste en vino? Pues bien, como no puede ser el mismo, y el que me ofreces no puede proceder sino de un robo ó de alguna cosa peor, si es posible, no le quiero. Téntelo por dicho y ahorrate tus fanfarronadas de restitution. No soy bastante necio para creer en ellas, y aun cuando las creyese, no me indiaría menos decidido á tirarte á la cara el precio de tus sucias hazañas.

Cristiano hizo el ademán de empujar fuera á Guido, quien por fin obedeció y salió.

El *operante* iba á encerrarse, cuando se le apareció en la escalera Mr. Goeffe, muy envuelto en pieles y con el manuscrito en la mano. El abogado se habia dado prisa á comer ó no habia comido; acababa de devorar la pieza dramática, penetrándose rápidamente de su contenido, y temiendo no tener tiempo suficiente para disponerse, habia ido á pié, á la claridad de las estrellas, ocultando su rostro y disfrazando su voz para preguntar donde estaba el teatro de los úteres, adoptando, en fin, todas las precauciones propias de un jóven aventurero que va á alguna cita de amor misteriosa. En aquel momento no tenia en su mente mas idea que la de los *úteres*.

lini, y ya no se acordaba de los misterios del Stollborg ni mas ni menos que si nunca hubiese tenido la menor noticia de ellos; pero cuando subia lijeramente por la escalera, por segunda vez en aquella noche se vió obligado á pasar junto á un personaje de mala catadura que bajaba, y aquel encuentro volvió á lanzarle á sus preocupaciones relativas al baron Olaus, á Stenson y á la difunta Hilda.

—Aguardad, —dijo á Cristiano, quien le felicitaba alegremente por su celo.—Mirad á aquel hombre que se vá por el pasillo despues de haberse cruzado conmigo en la escalera. ¿Sale de aquí? ¿Es algun criado del baron? ¿Le conocéis?

—Demasiado le conozco, y acabo de verme obligado á decirle lo que merece, —contestó Cristiano.—Ese hombre, sea criado ó lo que quiera, es Guido Massarelli, el mismo cuyas aventuras os reléí esta mañana con las mías.

—¡Oh! ¡oh! Hé ahí un encuentro singular! —esclamó Mr. Goelle, —y acaso perjudicial para vos! Os tiene mala voluntad, ¿no es cierto? Y si le habeis tratado como merece, os hara aquí todo el daño posible.

—¿Qué daño puede hacerme? Es tan cobarde! Le he hecho arrodillarse delante de mí.

—En ese caso... no sé lo que hará, no sé qué secreto ha sorprendido...

—¿Un secreto relativo á mí?

—No, —dijo Mr. Goelle, quien iba á hablar pero recordó la resolucion que habia adoptado de no decir cosa alguna respecto de Stenson; —pero, en fin, ocultais á Cristiano Gofredi bajo la mascara de Cristiano Waldo, y os descubrirá...

—¿Qué me importa? No he mancillado el apellido de Gofredi. Espero que llegara un dia en que mis singulares aventuras abogaran en favor mio. Veamos, ¿qué puedo yo temer de la opin en pública? ¿Soy un holgazan y un vicioso? Me burlo como en todas partes, ¿no me he creado una reputacion caballeresca bajo mi mascara de bufon? Me atribuyen mas buenas acciones de las que he tenido ocasion de ejecutar, y soy un personaje de leyenda. ¿No era yo anoche el principe real de Suecia? Si mi nombradía llega á ser sobrado fantástica, ¿no tengo siempre á mi disposicion el cambio de mi nombre para el dia en que por fin tenga ocasion de vivir como hombre formal?

Lo importante, aquí, y esto sola lo digo por vos, Mr. Goelle, es que el hombre del baile de anoche, nuestro supuesto

sobrino, no sea conocido bajo la máscara de Waldo. Ahora bien, Massarelli no se hallaba aquí anoche, estoy seguro de ello, y nada sabe de mi aventura. Se hubiera alabado de ello delante de mi. Además, en todo caso no tendríais que hacer sino repetir y afirmar de nuevo la verdad, á saber, que nunca habeis tenido ningun sobrino ni hijo natural, y que en manera alguna sois responsable de las jugarretas que al farsante de Cristiano Waldo se le antoja hacer en sociedad.

—En cuanto á mí, en último resultado, me importa un bledo todo ello,—repuso Mr. Goelle quitándose su peluca y poniéndose un gorro negro muy ligero que le presentaba Cristiano —¿Me creéis tan cobarde que vaya á tener miedo al coco de este castillo? Mirad, Cristiano, voy á estrenarme como titiritero, como operante, según vos decís. Pues bien, si alguna vez os echan en cara el haber hecho de saltimbanqui para vivir en provecho de la ciencia, podreis decir: «Conoci á un hombre que ejercía con honra una profesion grave... y que me sirvió de ayudante por mero gusto.»

—O mas bien por bondad hácia mí, Mr. Goelle.

—Por cariño, si quereis, me gustais; pero mentiria si dijese que lo que estamos haciendo me fastidia. Por el contrario, me parece que voy á divertirme en extremo. En primer lugar la pieza es deliciosa, todo lo cómica posible, y en ciertos momentos entenece. Habeis hecho muy bien en arreglarla de modo que no contenga alusion alguna. Vámos, Cristiano, es preciso ensayarla; no tenemos ya mas que media hora. Démonos prisa. ¿Estamos bien encerrados aquí? ¿Nadie puede vernos ni oirnos?

Cristiano hubo de impedir que Mr. Goelle cansase su voz y gastase su improvisacion en el ensayo. Hallándose indicadas las escenas en pocas palabras en el cartelón, bastaba cambiar dos ó tres contestaciones para conocer á fondo la situacion sobre la cual se había de improvisar ante el público.

Tratábase de colocar bien los actores en el órden debido, en la tablilla destinada al efecto en el interior del teatro, para cojerlos sin equivocarse cuando fuese preciso hacerlos aparecer, presentarlos alternativamente en el escenario fundando el motivo de sus entradas y salidas, así como la sustancia de sus conversaciones, y dejar el diálogo y los incidentes á la inspiracion del momento. Mr. Goelle era el ayudante mas agradable y gracioso que Cristiano había encontrado en toda su vida; por eso se sintió electrizado por su concurso, y cuando oyó dar las ocho, se sintió en una disposicion de ebispa y de alegría que no había experimentado desde el tiempo en que

— Lo estaba algun tanto antes de comenzar la representacion; ahora me encuentro como vos, Mr. Goefle; estoy escitado. En materia de improvisacion siempre está uno muy inspirado en el momento de concluir, y cuando baja el telon despues de un desenlace, es precisamente cuando seria necesario poder principiar. Entonces seria cuando se tendria foga, alma, talento!

—Es cierto; y por eso no me separaré de vos: os fastidiarias solo. Conozco esa emocion, es como cuando se acaba de defender un pleito; pero esto es mas escitante todavia, y ahora quisiera yo hacer no sé qué, recitar una tragedia, componer un poema, pegar fuego á la casa ó achisparme, para concluir de una vez con esta necesidad de hacer algo extraordinario.

—Tened cuidado, Mr. Goefle,—dijo Cristiano riendo,—que eso último pudiera muy bien suceder!s!

—¿A mí? ¡nunca! ¡nunca! ¡Ay de mí! tengo una sobriedad estúpida!

—Sin embargo, la botella está medio vacía, ¡mirad!

—Me ha botella de vino de Oporto entre dos, me parece que no es una gran cosa!

—¡Perdonad! yo no la he tocado, puesto que no he bebido mas que limonada.

—En ese caso,—dijo Mr. Goefle rechazando el vaso que acababa de llenar,—¡lejos de mí esa bebida páfida! Achisparse solo es la cosa mas triste de este mundo. ¿Quereis venir al Stollborg á procurar achisparos conmigo? O bien... mirad... oí decir aquí, esta mañana, que si no nevaba habria esta noche carreras de trineos sobre el lago. Ahora bien, el tiempo estaba magnífico cuando vine. Tomemos parte en la diversion. Ya sabeis que durante las fiestas de Navidad se puede uno disfrazar si quiere, y... por cierto... sí, ahora recuerdo que la condesa de Elveda habló esta mañana de una mascarada.

—¡Buena idea!—dijo Cristiano;—yo, que soy el hombre de la máscara, jestaré allí en mi elemento!... Pero, ¿de dónde tomaremos trajes? Teng un centenar de ellos ahí, en mi caja, pero tan imposible nos es al uno como al otro reducirnos á la estatura de nuestros muñecos.

—¡Bah! ya encontraremos algo en el Stollborg, ¿quién sabe?

—No será en mi guarda-ropa, de seguro.

—Pues bien, acaso será en el mio! Cuando no se tiene otra

cosa mejor, se pone uno la casaca del revés. Veamos, con un poco de imaginación...

—Pues entonces, marchaos, Mr. Goefle, que pronto os seguiré; tengo que cargar á mi asno y recibir mi dinero. Tomad este antifaz, que yo tengo otro. Quizás haya curiosos en la escalera.

—O curiosas... por veros. Daos prisa, Cristiano, que yo me voy delante.

Y Mr. Goefle, ligero y ágil como á los veinte años, se lanzó á la escalera atropellando á los criados y aun á algunas damas muy encubiertas que se habian deslizado allí furtivamente para tratar de ver al paso á Cristiano Waldo. Por eso el verdadero Cristiano no produjo efecto alguno ni encontró casi á nadie cuando bajó un momento despues, llevando su caja y su gran fardo. «Este decian, es el criado, puesto que lleva la carga. Parece que tambien se pone la máscara el muy fatuo!»—Y se desesperaban por no haber visto la menor facción, por no haberse podido formar la mas leve idea del aspecto del verdadero Waldo, que acababa de desaparecer con la rapidez del rayo.

Cristiano estaba concluyendo de empacar sus chismes, cuando observó que maese Johan intentaba cogerle descuidado y satisfacer su curiosidad personal, procurando introducirse bruscamente en el saloncito, bajo el pretexto de pagarle el salario de su representacion. Resolvió divertirse á costa de aquel personaje insinuante, y habiéndose enmascarado cuidadosamente le abrió la puerta con suma urbanidad.

—¿Es verdaderamente á Mr. Cristiano Waldo á quien tengo el gusto de hablar?—dijo el mayordomo entregándole la cantidad convenida.

—Al mismo,—contestó Cristiano;—¿no conoceis mi voz y mi traje de hace un momento?

—Sí por cierto, querido; pero vuestro criado se pone careta tambien, segun parece, porque acabo de verle pasar tan misterioso como vos mismo, y mejor abrigado por cierto de lo que le vi ayer cuando llegasteis.

—Es que el muy tuno, en vez de llevar mi abrigo de pieles debajo del brazo, se toma la libertad de ponerse sobre los hombros. Le dejo que lo haga porque es muy friolero.

—Y lo que me sorprende es, que ayer me pareció ver en él un friolero mucho mas bajo que vos.

—¡Ah! ¿es eso lo que os sorprende?...—dijo Cristiano echán-

do mano de todos los recursos de la improvisacion.—¿Segun eso, ¿no habeis reparado en el calzado que lleva hoy?

—No por cierto. ¿Vá montado en zancos?

—No precisamente eso, sino sobre patines de cuatro ó cinco pulgadas de altura.

—¿Y para qué?

—¿Cómo, señor mayordomo! ¿un hombre tan listo como vos me hace tal pregunta?

—Contieso que no lo entiendo,—contestó Johan mordiéndose los labios.

—Pues bien, señor mayordomo, sabed que si los dos *operanti* de un teatro como este no son de una estatura próximamente igual, uno de los dos tiene que dejar versu cabeza, que de seguro no haria muy buen efecto al nivel de los *burattini*, y se asemejaría en ese pequeño escenario á la de un habitante de Saturno; ó bien el otro, el mas bajo, se vé obligado á alzar los brazos de una manera tan molesta que no podria continuar haciendolo durante dos escenas.

—¿Segun eso, vuestro criado se pone patines para hallarse á vuestra altura? ¡Es ingenioso, muy ingenioso!

Y Johan añadió con tono de duda:

—Es singular que no haya yo oído el ruido de esos patines, hace un momento, cuando bajaba por la escalera.

—Hé ahí otra cosa, señor mayordomo, en que dejais que se embote vuestra natural sagacidad. Si esos patines úo estuviesen forrados de piel, meterian un ruido insufrible cuando se está dentro del teatro.

—¡Tanto me direis!... Pero no me hareis comprender cómo es que ese muchacho, de una imaginacion tan tosca y vulgar, ha estado tan brillante y gracioso para secundaros.

—¡Ah!—contestó Cristiano,—esa es la historia del artista en general. Brilla sobre las tablas (aquí estaria mejor dicho «bajo las tablas»), y cuando sale de ellas, vuelve á caer en la oscuridad, sobre todo cuando tiene la malhadada costumbre de beber con los lacayos de casa grande.

—¿Cómo! ¿Creeis que ha bebido aqui?...

—Con vuestros lacayos, que os han trasmitido su interesante conversacion, señor mayordomo, puesto que teneis esos datos fidedignos acerca de lo obtusa que es su inteligencia...

Johan volvió á morderse los labios y Cristiano quedó convencido desde aquel momento de que su incógnito debía haber sido descubierta hasta cierto punto por Puffo con

el vaso en la mano, ó del todo por Massarelli con el dinero en el bolsillo. Puffo solo conocia á Cristiano bajo el nombre de Dulac; Massarelli le conocia ya bajo todos sus nombres sucesivos, esceptuando, acaso, el nombre recientemente improvisado de Cristiano Goefle. Cristiano queria cerciorarse de esta última circunstancia estudiando la ardiente curiosidad que revelaba el mayordomo de ver su rostro, y muy luego comprendió que no era tanto por el gusto de saber si tenia ó no una cabeza de muerto, como por el interés de conocer en aquel semblante de jugador el del finjado sobrino de Mr. Goefle, al cual habia visto muy bien la vispera el referido mayordomo.

—En fin,—dijo este despues de muchas preguntas insidiosas contra las cuales se mantuvo en guardia el aventurero,—si una señora amable... una jóven encantadora, la condesa Margarita, por ejemplo, solicitase ver vuestras facciones... seriais bastante obstinado para negaros.

—¿Quién es esa condesa Margarita? dijo Cristiano con tono de ingenuidad, aunque tenia vehementes deseos de abofetear á maese Johan.

—Ya veis,—répuse el mayordomo,—digo la condesa Margarita, porque de seguro es ella la mujer mas bonita que hay á estas horas en el castillo. ¿No habeis reparado en ella?

—¿Y dónde quereis que la haya visto?

—En la primera fila de vuestras espectadoras.

—¡Ah! si creéis que cuando yo solo estoy representando una comedia en que hay mas de veinte personajes tengo tiempo para mirar á las señoras...

—No digo eso; pero, en fin, ¿no produciria en vos alguna influencia el deseo de agradar á una linda jóven?...

—¡Agradar, Mr. Johan!—esclamó Cristiano con una viveza muy bien fingida;—sin sospecharlo me decís ahí una cosa muy cruel! ¡Ignorais, sin duda alguna, que la naturaleza me ha gratificado con una fealdad espantosa, y que esa es la causa esclusiva del sumo cuidado que tengo de ocultarme!

—Asi dicen,—replicó Johan,—pero tambien afirman lo contrario, y el señor baron, asi como las demas personas reunidas aquí, y sobre todo las señoras, tienen vivo deseo de saber á qué atenerse.

—Es un deseo muy poco lisongero, que de seguro me guardaré muy bien de satisfacer, y para que le pierdan por completo quiero apelar a vuestro testimonio.

Al hablar asi, Cristiano, que habia tenido cuidado de no dejar mas que una vela encendida en la habitacion, se levantó su máscara de seda negra y enseñó al mayordomo precipi-

tadamente, y como con una especie de desesperacion, una segunda máscara de lienzo cubierto de cera, tan bien hecha que, á no haber una gran claridad y examinarla con sumo detenimiento, era imposible no tomarla por una lisonomía humana, clara, lívida, y maculada de un modo horrible con una mancha enorme de color de vino. Jehan, no obstante su carácter receloso, cayó en el lazo por completo y no pudo contener una exclamacion de repugnancia.

—Perdonad, perdonad, querido amigo,—dijo con viveza,—sois digno de compasion, y sin embargo, vuestro talento y vuestra gracia son ventajas que os envidio!...

El mayordomo era tan feo, que Cristiano tuvo vivos deseos de echarse á reir al ver que se suponía mucho mas hermoso que aquella careta.

—Ahora,—repuso despues de haberse bajado de nuevo el antifaz negro,—decidme francamente, por qué tenais tanta curiosidad de saber hasta qué estremo llegaba mi fealdad.

—¡Ah!... sí, voy á decíroslo,—repuso Jehan al cabo de un momento de vacilacion y fingiéndose el bonachon.—Ademas, si quereis ayudarme á descubrir un secreto, una puerilidad, que escita aquí la curiosidad de mas de una persona, adquirireis derechos á la gratitud... ¿me entendéis bien? á la magnificencia del dueño de la casa : se trata de una broma, de una apuesta...

—Es lo que mas deseo,—contestó Cristiano, deseoso de oir la confidencia que ya presentia;—¿de qué se trata?

—¿Estais alojado en el Stollborg?

—Sí; os negasteis á admitirme aqui.

—¿Habeis dormido .. en el cuarto de la Osa?

—Perfectamente.

—Perfectamente, ¿no es verdad?.. El supuesto fantasma.

—No querreis interrogarme acerca del fantasma, ¿verdad? ¿No creereis en él, ni mas ni menos que yo.

—Es muy cierto; pero hay otro fantasma que verificó su aparicion ayer en el baile, y á quien nadie conoce. Debeis haberle visto en el baile.

—No, no he visto fantasma alguno.

—Cuando digo un fantasma... ¿Habeis visto allí á un abogado que se llama Mr. Goefle, un hombre de mucho mérito?

—Sí, tuve la honra de hablar con él esta mañana, ocupa el cuarto de las dos camas.

—¿Con su sobrino?

—No he visto ningun sobrino suyo.

—Sea sobrino ó lo que quiera, es un jóven de vuestra es-

tatura, cuya voz no llamó mucho mi atención, pero cuya fisonomía era muy agradable; iba todo vestido de negro y era un muchacho de muy buena traza...

—¿De buena traza? ¡Ojalá hubiese sido yo, Mr. Johan! Sentía tales deseos de dormir que no sabré deciros si se hallaba en el Stollborg. Solo vi allí á un borracho llamado Uffilas.

—¿Y Mr. Goelle no vió á ese desconocido?

—Creo que no.

—¿No le conoce?

—¡Ah! ahora me haceis recordar... Sí, sí, ya sé lo que quereis decir: oí á Mr. Goelle quejarse de un individuo que, segun parece, usurpó su nombre para presentarse en el baile; ¿es eso?

—Justamente.

—Pero entonces, señor mayordomo, ¿cómo es que llaman do vuestra atención ese desconocido, no mandasteis que le siguiesen?

—No llamaba nuestra atención en manera alguna; se presentó como un pariente cercano del abogado, y naturalmente pensabamos que volveria á concurrir aquí. Esta mañana, cuando el abogado negó tal pariente, fue cuando el señor baron manifestó estrañez: porque un desconocido se hubiese atrevido á introducirse en la fiesta con un nombre supuesto. Seria, sin duda, alguna apuesta impertinente, algun estudiante de la escuela de minas de Falun... á no ser que fuera, como parece que lo dió á entender, un hijo natural á quien el abogado no autoriza para llevar su nombre.

—Me parece que todo eso no vale la pena de buscar tanto,—contestó Cristiano con tono de indiferencia;—¿me será permitido, ahora, irme á cenar, señor mayordomo?

—Si por cierto, vais á cenar conmigo.

—No, os doy las gracias; estoy muy cansado y me retiro.

—¿Al Stollborg, tambien? ¡Estais allí muy mal!

—Estoy muy bien.

—¿Teneis cama, siquiera?

—La tendré esta noche.

—¿Ese borracho de Uffilas, os da de comer de una manera conveniente?

—Sí por cierto.

—¿Estareis preparado para mañana?

—¿A qué hora?

—A la misma de hoy.

—Está muy bien. Soy vuestro servidor.

—¡Ah! una palabra todavía, Mr. Waldo : ¿será una indiscreción preguntaros vuestro verdadero nombre?

—No por cierto, Mr. Johan; mi verdadero nombre es Sten-tareilo, para servirlos.

—¡Bromista! ¿Segun eso, sois vos quien hace hablar siempre á ese personaje de comedia?

—Siempre soy yo, cuando no es mi criado.

—¡Sois misterioso!

—Sí, cuando se trata del secreto de mis bastidores; á no ser así, no hay prestigio ni buen éxito.

—¿Se os puede preguntar, al menos, por qué se llamaba el baron uno de vuestros personajes?

—¡Ah! eso preguntádselo á vuestros lacayos que han hecho beber á Puffo; en cuanto á mí, acostumbrado á sus equivocaciones, no hubiera hecho alto en ello si no me lo hubiese confesado con terror.

—¿Ha oído, por ventura, alguna murmuracion necia?

—¿Acerca de qué? Esplicaos...

—No, no, no vale la pena,—contestó Johan, pues merced á la destreza ó la indiferencia de su interlocutor, veia trocados los respectivos papeles : á la sazón, el mayordomo, en vez de interrogar, se veia interrogado.

Sin embargo, volvió á repelir una pregunta hecha ya anteriormente, diciendo :

—¿Segun eso, tenais una decoración que se parecia completamente al Stollborg?

—Sí, que se parecia un poco al Stollborg, por casualidad, y con deliberado intento he hecho que se pareciese del todo.

—¿Para qué?

—¿No os lo he dicho ya? Para agradar al baron. Es una galantería que tengo, la de tratar siempre de representar un sitio de la localidad en que ejerzo mi pasajera industria. En mi próxima parada, ese Stollborg sera variado y representará otra cosa. ¿El señor baron ha encontrado malo mi telon de fondo? ¿Qué quereis, he tenido tan poco tiempo para hacerle!

Cristiano, mientras hablaba así, se entretenia en observar la desagradable fisonomia de Johan. Era este un hombre de unos cincuenta años, bastante grueso, de un tipo vulgar y de una fisonomia benévola y apática al primer aspecto; pero desde la víspera, Cristiano, al entregarle la esquila de convite hallada en el bolsillo de Mr. Goñe, sorprendió en su mirada oblicua una actividad inquisitorial disimulada por una indiferencia fingida. A la sazón le sorprendian mas aun aquellos indicios de un carácter afectado, que parecia ser una ce-

pia caricaturada del de su amo el baron. Sin embargo, como al fin y á la postre Johan no era mas que un primer lacayo sin educacion y sin verdadero arte, á Cristiano no le costó trabajo alguno fingir infinitamente mejor que él, y dejarle persuadido de la inocencia de sus intenciones. Al propio tiempo Cristiano adquiria casi una segnidad respecto de la historia de la baronesa Hilda. Se hacia evidente para él que se habia verificado algun drama en el Stollborg, y que el baron no habia podido ver sin terror ó cólera, que, bajo una forma y con una intencion cualquiera, se representaban estas tres cosas: una prision, una victima y un carcelero.

X.

Johan de seguro era el confidente y aun acaso uno de los actores de aquel drama. Habia querido saber hasta qué punto podia haber sido iniciado en aquel misterio maese Cristiano Waldo, en su calidad de cronista ambulante. Cristiano habia introducido diestramente en el ánimo del mayordomo la sospecha de una indiscrecion por parte de los lacayos del castillo y con bastante felicidad habia logrado apartar de Mr. Goefle y de sí todo recelo, hasta nueva orden.

Le dejaremos dedicarse filosóficamente al cuidado de cargar su asno, y diremos lo que habia pasado durante su conversacion con el mayordomo.

Volveremos á tomar las cosas en el momento en que Mr. Goefle, favorecido por la salida de la luna y por la aurora boreal, se habia marchado al Stollborg caminando rápidamente por encima del lago, tarareando y gesticulando algun tanto sin querer.

Entretanto habian servido la cena á los huéspedes del castillo nuevo, y la espénfida torta de Navidad, que segun el uso noruego, debia quedar sobre la mesa y no ser atacada sino el 6 de Enero, excitaba la admiracion de las señoras por sus dimensiones y por su lujo.

Aquella obra maestra de pasteleria, por una mezcla singular de la galanteria del siglo con la práctica religiosa, representaba el templo de Pafos. Veíanse allí monumentos, árboles, fuentes, personajes y animales. La pasta y el azucar cristalizado de todos colores imitaban los materiales mas preciosos y se prestaban á las formas mas fantásticas.

El baron habia confiado á una solterona de su familia, persona muy versada en la ciencia doméstica y completamente inútil para todo lo demás, el cuidado de hacer los honores de

la cena, mientras él iba á leer algunas cartas y contestarlas. En realidad, el baron, que no carecia de pretastos para retirarse cuando tenia alguna cosa que le preocupase, se hallaba encerrado en aquel momento en su despacho con un hombre pálido, que se daba el nombre de Tibaldo, y que no era sino Guido Massarelli.

Trabajo le habia costado á Guido obtener aquella conferencia á solas. Johan, que tenia mucha envidia de cuantos se acercaban á su amo, habia procurado arrancarle su secreto para ser el primero que se lo comunicase al baron; pero Massarelli no era hombre que se dejaba sorprender. Insistió, y despues de haber andado vagando todo el dia por el castillo, obtenia por fin la entrevista, cuyo resultado preveia de antemano al alabarse para con Cristiano de ser el amigo de la casa. La conversacion, que fué en frances, comenzó por una narracion singular á la que pareció que el baron no prestaba sino una atencion irónica y desdenosa.

—¡He ahí una aventura tremebunda!—dijo por fin á Massarelli, y aun diria que una revelacion muy importante, si pudiese dar crédito á lo que acabo de oir; pero tantas veces me he visto engañado en los asuntos delicados, que necesitaria mas pruebas que palabras. Me habeis referido un suceso singular, novelesco, inverosimil.

—Que Mr. Stenson ha reconocido como muy exacto,—contestó el italiano,—y que ni siquiera ha intentado negar.

—Eso lo decís vos,—repuso el baron friamente;—desgraciadamente no puedo cerciorarme de ello. Si interrogo á Stenson, ya sea verdadera ó imaginaria vuestra narracion, de seguro negará.

—Es muy probable, señor baron; un hombre capáz de un disimulo que os ha engañado durante mas de veinte años, no dejará de mentir de nuevo; pero si hallais medio de escuchar oculto una conversacion entre él y yo, sorprendereis la verdad. Yo me encargo de arrancársela una vez mas y en vuestra presencia, con tal que no sospeché que le ois.

—Con un hombre tan sordo no seria difícil deslizarse en su habitucion... pero... puesto que, en concepto suyo, muerto la persona, ¿qué me importa el pasado del anciano Stenson? Seguramente ha obrado con buena intencion, aunque me ha hecho mucho daño dejando, con su silencio, que se abriguen sospechas odiosas respecto de mí... como el tiempo ha aclarado todas esas cosas...

—No tanto como imaginais, señor baron,—repuso el italiano, quien sabia revestirse de una serenidad audaz con tanta

habilidad como el baron. Es la leyenda del país, y de seguro la habrá recogido Cristiano Waldo en su camino al venir aquí.

—Si así fuese,—repuso el baron dejando traslucir una rabia secreta,—de seguro que ese juglar no habria tenido el descaro de convertirlo públicamente y delante de mi en asunto de una escena de comedia.

—Sin embargo, era la verdadera representación del torreon viejo... Hoy he visto el sitio, y Cristiano Waldo, que vive en el Stollborg, habrá podido verle tambien. Los italianos son muy atrevidos, señor baron!...

—Ya lo veo, Mr. Tibaldo. ¿Decís que ese Waldo vive en el Stollborg? ¿Segun eso, habrá hecho la decoracion á propósito y copiada del natural? Tan pronto!... no es probable.

La semejanza entre su decoracion y el Stollborg es una cosa fortuita.

—No lo creo, señor baron; Waldo tiene gran facilidad para todo, y pinta lo mismo que improvisa.

—Segun eso, le conoceis?

—Sí, señor.

—¿Cuál es su verdadero nombre?

—Os lo diré, señor baron, si no juzgais exorbitante la cantidad que os he pedido.

—¿Qué interés puede ofrecerme el saber su nombre?

—Un interés inmenso... y capital...

La manera en que Tibaldo pronunció esta palabra pareció que producía cierta impresión en el baron Olaus.

—¿Decís que la persona ha muerto?—repuso al cabo de una pausa.

—Stehson lo afirma.

—¿Y vos?

—Lo dudo mucho.

—¿Lo sabe, acaso, Cristiano Waldo?

—Cristiano Waldo nada sabe.

—¿Estáis seguro de ello?

—Estoy seguro.

—Pero queréis darme á entender que ese hombre es, precisamente el que...

—No he dicho eso, señor baron.

—Entonces queréis decir y no decir á la vez; queréis que se os pague de antemano una revelacion quimérica.

—Nada os he pedido más que vuestra firma, señor baron, en el caso de que quedéis contento de mí.

—Nunca firmo! Tanto peor para el que duda de mi palabra.

—Entonces me llevo mi secreto, señor baron, y aquel á quien por lo menos interesa tanto como á vos le obtendrá de valde!

Y Tibaldo iba á salir resueltamente del despacho cuando el baron le lamó de nuevo. Pasaba una cosa bastante natural en aquellos dos hombres. Tenian miedo uno de otro. El primero no habia tocado todavía al picaporte de la puerta para abrir cuando ya iba pensando: «Estoy loco! el baron hará que me asesinen para impedirme que hable!» El segundo habia pensado, á su vez: «Quizás halla hablado ya: solo él puede enterarme de lo que debo temer.»

—Mr. Tibaldo, dijo el baron, si yo os dije que sé mas de lo que os figurais, ¿que os parecería?

—Lo celebraría infinito por vos, señor baron,—contestó el italiano con audacia.

—La persona no ha muerto, está aquí, ó al menos estaba ayer; la ví, la conocí.

—¿La conocisteis?—dijo Massarelli con sorpresa.

—Sí, la conocí, yo me entiendo; esa persona se daba el nombre de Goelle, con ó sin permiso de un hombre honrado que tambien se llama así. Hablad, pues: ya veis que estoy en el rastro y que seria trivial querer trasladar mis sospechas al jugador Waldo.

El italiano, sorprendido, se quedó parado. Como habia llegado en la mañana de aquel mismo dia, nada sabia acerca de los incidentes de la víspera; habia encontrado á Mr. Goelle sin conocerle; no hablaba el sueco, y menos aun el danés; no habia podido conversar mas que con el mayor-domo, que hablaba un poco el francés y era muy desconfiado y receloso. Así pues, ignoraba por completo la historia de lo ocurrido en el baile con Cristiano y no sabia á punto fijo de quien le hablaba el baron. Este, al verle sorprendido y desorientado, se confirmó en su pensamiento de que le habia confundido con su penetracion.

—Vamos,—dijo,—ceded y concluyamos. Decidlo todo y contad con una recompensa proporcionada al servicio que podais prestarme.

Pero el italiano habia recobrado ya todo su aplomo. Persuadido de que el baron partia de un supuesto falso y decidido á no entregar su secreto de valde, se pensaba mas que en ganar tiempo y en librarse del dang que aquel hombre, repu-

tudo como terrible, podia hacerle si se negaba claramente á esplicarse.

—Señor baron,—dijo,—¿quereis darme veinticuatro mil escudos y veinticuatro horas para poner en vuestra presencia y á vuestra disposicion á la persona á quien tanto os interesa conocer?

—Veinticuatro mil escudos, es poco!—contestó el baron con ironía;—pero veinticuatro horas, es mucho!

—Es poco para un hombre solo.

—¿Necesitais ayuda? Tengo agentes seguros y hábiles.

—Si he de partir con ellos los veinticuatro mil escudos, prefiero obrar solo por mi cuenta y riesgo.

—¿Pues qué intentais hacer?

—Lo que me prescribais

—¡Calle! parece que me proponeis...

En aquel momento fue interrumpido el baron por un golpecito leve que sonó en una de las puertas del despacho.

—Aguardadme aquí,—dijo á Massarelli, y pasó á otra habitacion

Guido resumió rápidamente la situacion; espantado por la calma del baron, juzgó que lo mas prudente para él era tratar los negocios por medio de correspondencia, y por lo tanto se encaminó á la puerta por la cual le habian introducido. La encontró cerrada por medio de un secreto que, no obstante cierta ciencia práctica, no pudo descubrir. Se acercó á una ventana: distaba ochenta pies del suelo.

Intentó abrir con el mayor sigilo la puerta por la cual habia salido el baron. Se hallaba tan bien cerrada como la otra. El bufete estaba abierto y dejaba ver una reunion considerable de cartuchos de monedas de oro.

—¡Ah!—dijo Massarelli suspirando,—las puertas son sólidas y buenas las cerraduras, puesto que me dejan aquí á solas con esos hermosos escudos!

Y comenzó á sentirse seriamente alarmado por la posicion en que se encontraba. Intentó escuchar lo que decian en la habitacion inmediata, pero nada absolutamente oyó.

Ahora bien, hé aquí lo que se decia en la vecina estancia.

—Vamos, Johan, ¿has logrado tu intento? ¿has visto la cara de ese Waldo?

—Sí, señor baron; no es el hombre de ayer, sino un monstruo.

—¿Mas feo que tú?

—Comparado con él, soy hermoso.

—¿Le has visto bien?

- Como os estoy viendo á vos.
- ¿Por sorpresa?
- No por cierto. Le dije que tenia ardiente curiosidad de verle, y condescendió gustoso.
- ¿Y el otro, el falso Goefle?
- ¡No hay noticias de él!
- ¡Es singular! ¿No se le ha visto en ninguna parte?
- Esc Waldo no le ha visto en el Stollborg, y Mr. Goefle no es su ayudante.
- Sin embargo, Ulfilas debe haberle visto.
- Ulfilas no ha visto en el Stollborg mas que á Mr. Goefle, á su criado y al hombre espantoso á quien yo acabo de ver.
- ¿Segun eso, Mr Goefle tiene un criado? Entonees ese sera nuestro desconocido disfrazado.
- Es un niño de diez años.
- Entonees me confundo.
- Señor baron, ¿habeis obtenido algun dato de ese italiano que está ahí?
- No : es un embustero ó un loco; no importa, es preciso encontrar á ese desconocido que me insultó en el baile! ¿Me has dicho que estuvo conversando y fumando con el mayor Larsson y con sus amigos?
- Si, señor, en la sala baja.
- Entonees esos jóvenes son quienes le ocultan. ¡Estará en el bostælle del mayor!
- Haré que le vigilen. El mayor no es hombre capaz de guardar un secreto con ese aspecto de indiferencia. Llegó esta mañana y en todo el dia no ha regresado á su casa. El temiente...
- ¡Es un asno! Pero esos jóvenes me aborrecen.
- Qué podeis temer de ese desconocido?
- ¡Nada y todo! ¿Qué piensas de ese Tibaldo?
- ¡Que es un solemne bribon!
- Por eso mismo no debemos soltarle. ¿Me entiendes?
- ¡Perfectamente!
- ¿En qué estado se halla la cena?
- Pronto llegarán á los postres.
- Es preciso que vaya allá. Dá la orden de que preparen mi trineo mas hermoso y mis cuatro mejores caballos enganchados de frente.
- ¿Vais á tomar parte en esas carreras sobre el lago?
- No, por el contrario, procuraré descansar; pero es preciso que me crean muy valiente : me hallaré detenido por un asunto de Estado. Haz que un correo se vista y se ponga las

botas de montar, y que le vean. Dá repetidas órdenes y contra órdenes. En fin, que crean que estoy muy ocupado, y por consiguiente muy bueno.

—¿Segun eso, queréis hacer que vuestros amables herederos revienten de rabia?

—¡Quiero enterrarlos, Johan!

—¡Amen, querido amo! ¿Os acompaño hasta el comedor?

—No, me gusta entrar con sigilo y sorprender á mi gente, hoy mas que nunca.

El baron salió, y Johan pasó al despacho en que Massarelli, poseido de la mas viva inquietud, hallaba muy largo el tiempo.

—Venid, hijo mío,—le dijo Johan con el tono mas amable,—es ya hora de cenar.

—Pero... ¿no veré ya al señor baron esta noche? Me ha dicho que le aguarde aquí.

—Ahora os manda á decir que cenéis tranquilamente y que aguardéis sus órdenes. ¿Creéis que no tiene mas que hacer que escucharos? Vamos, venid, ¿teneis miedo de mí? ¿Parezco, acaso, un hombre malo?

—Ya lo creo que sí!—contestó Guido mentalmente desliziéndose en la manga un puñal que manejaba muy bien.

Johan percibió su movimiento y salió precipitadamente. Guido intentó seguirle; pero dos colosos que estaban situados detrás de la puerta le cogieron, y poniéndole una pistola al pecho le condujeron al calabozo del castillo, en donde, después de haberle registrado y desarmado, le dejaron al cuidado del custodio de la torre grande, especie de espadachin aventurero, belitre de profesion, como se decia entonces, á quien daban en el castillo el título de capitan, pero que nunca se presentaba en los salones.

Johan le habia seguido, y asistió con aspecto benigno al registro que se practicó en sus bolsillos y en todas las prendas de su traje. Habiéndose cerciorado de que no llevaba encima papel alguno, se retiró diciéndole:

—Buenas noches, amiguito. ¡Otra vez no hagals el travieso!

Y añadió para sí:

—Decia que tenía las pruebas de un secreto importante. O ha mentado como un imbécil, ó ha desconfiado como hombre que entiende los negocios; pero no ha desconfiado lo suficiente. Tanto peor para él! Unos cuantos dias de calabozo le harán confesar ó entregar las pruebas.

Entretanto, el baron, aunque padeciendo bastante, entró

sigilosamente en la sala del festin, comió un poco con aspecto de buen apetito, y se mostró tan alegre como le era posible, es decir, enunció sonriendo de una manera glacial algunas proposiciones de espantoso ateísmo, y pronunció algunas palabras odiosamente crueles acerca de personas ausentes. El excelente hombre cuando calumniaba hablaba á media voz y con tono indiferente. Sus herederos y sus complacientes se apresuraban á reir y se encargaban de hacer circular sus palabras. Aquellos de sus huéspedes que se sentían escandalizados, se arrepentían de haber ido á su casa, situación que les impedía contradecirle, á no ser con grandes consideraciones. Estas empeoraban, necesariamente, las acusaciones lanzadas contra los ausentes. El baron repetía sus dichos con tono de desdeñosa bravata, y sus aduladores le sostenían con aspereza.

Los hombres honrados suspiraban y se avergonzaban de la debilidad que les habia llevado á aquel sitio repugnante; pero el baron no prolongaba discusion alguna. Lanzaba una frase malévola contra los bondadosos y los tímidos; luego se levantaba y se marchaba sin que se supiese si iba á volver. Todos quedaban inquietos y disgustados hasta que se confirmaba su ausencia. Entonces todos respiraban con desahogo, aun los malvados, que no eran los que con menos ansiedad estaban en su presencia.

Sin embargo, el baron perdió entonces una ocasion excelente de vengarse y de hacer sufrir. Si hubiese tenido indicios de la doble visita hecha por Margarita al Stollborg, no habria dejado de divulgarla con malvada intencion. Afortunadamente la Providencia habia protegido el inocente secreto de aquellas dos visitas, y el enemigo que hubiera deducido de ellas indicios seguros de la presencia del falso Goethe en el Stollborg, no habia recibido aviso alguno. Johan hizo que interrogasen á Ulfilas acerca de todas las personas á quienes pudo ver en el Stollborg durante el dia; pero Ulfilas, que no habia visto á Margarita, tuvo un motivo muy plausible para contestar con oportunidad respecto de la fisonomia de Cristiano: era el terror que este le habia inspirado con sus muecas y sus palabras amenazadoras, pronunciadas en una lengua desconocida.

Le habia visto sin careta mucho mas espantoso de lo que se le apareció á Johan, y con arreglo á las respuestas de Ulf, el mayordomo se halló confirmado en su modo de pensar y el baron en su error. Asi pues, los diferentes datos habian producido la conclusion de que el hormoso Cristiano Goethe habia

desaparecido y de que el verdadero Cristiano Waldo era un monstruo.

El baron llevó á la cena esta última noticia con una especie de satisfaccion, porque en el momento en que llegó estaban haciendo todavia el elogio del artista, y esperimentó cierto placer en despoetizar al hombre.

—Haceis mal, señor baron,—dijo Olga,—en quitarle su prestigio á los ojos de la condesa Margarita, porque estaba entusiasmada con su lenguaje, y apuesto á que mañana no le causará ningun placer escucharle.

Margarita, sentada á poca distancia de Olga y del baron, hizo como que no lo oia, con el fin de no tener que contestar al baron si intentaba entablar la conversacion con ella, como lo habia hecho varias veces desde la vispera sin conseguirlo.

—Segun eso,—repuso el baron dirigiéndose de nuevo á Olga, pero hablando bastante alto,—pensais que á la condesa Margarita no la conmueve una causa amorosa sino cuando se halla defendida por un lindo joven?

—Estoy segura de ello,—contestó Olga bajando la voz,—y para ella no hay buenos mozos pasados los veinte y cinco años.

Olga creyó haber clavado diestramente un dardo, adulador en el corazon de su quincuagenario novio; pero el baron se hallaba mal predispuesto, y el dardo se embotó.

—Probablemente tendrá razon,—contestó de modo que solo le oyese la joven rusa;—cuanto mas se aleja un hombre de esa edad feliz, mas se afea y menos debe aspirar á un casamiento por amor.

—Sí,—repuso Olga,—cuando se afea; pero...

—Pero cuando no se afea demasiado,—replicó el baron,—puede considerarse todaví muy feliz con pensar en un matrimonio de cálculo.

Y como Olga iba á contestar, la hizo callar añadiendo:

—No acuseis á esa pobre muchacha: tiene un gran mérito para mí, y es el de ser sincera. Cuando aborrece á una persona, se lo revela con tal franqueza, que el venturoso mortal que logre agradarla, podrá fiar por completo en su palabra. Esa nunca engañará á nadie.

Olga no pudo replicar cosa alguna: el baron se habia vuelto hacia otra señora y hablaba de otra cosa.

La joven rusa se sintió muy inquieta y despechada. Tan luego como se levantaron de la mesa, Margarita se acercó á

ella, no menos inquieta, pero por un motivo muy diferente.

—¿Qué os ha dicho el baron de mi?—la preguntó llevándose la hacia un pasillo —Os ha hablado durante dos ó tres minutos, mirándome.

—Os figurais eso,—repuso Olga con sequedad; el baron no piensa ya en vos.

—¡Ah! Quisiera estar segura de ello! Decidme la verdad, querida mia.

—Vuestra inquietud no implica mucha modestia, Margarita, permitidme que os lo diga. ¿Pensais que, no obstante vuestros rigores, se ha de persistir en adoraros?

—¿Y por qué no?—dijo Margarita,—resuelta á picar á su compañera para arrancarle la verdad. Quizás justamente por razon de mi rigor llegaré á suplantaros muy á pesar mio!

Un relámpago de vanidad herida brilló en los ojos de la hermosa rusa.

—Margarita,—dijo,—quereis la guerra y la tendreis; tomad de nuevo vuestros regalos! Me disteis un hermoso brazalete; ya no le quiero; tengo una sortija mas hermosa!

Y sacó de su bolsillo una caja que contenia dos joyas, el brazalete de Margarita y la sortija del baron.

—¡El diamante negro!—esclamó Margarita, retrocediendo horrorizada....—¿Os atreveis á tocar á eso?

Pero reponiéndose en seguida, abrazó á Olga y le dijo.

—No importa, no importa, rehuso la guerra, querida amiga, y os agradezco con toda mi alma el haberme enseñado esa prueba de vuestros desposorios. ¡Guardad mi brazalete, os lo suplico. Conservad tambien mi amistad y gratitud.

Olga prorrumpió en llanto.

—¡Margarita,—dijo,—si hablais soy perdida! Habia jurado cal arme durante ocho dias, y si mostrais vuestra alegria, el baron retirará su palabra y volverá á pensar en vos... con tanto mas motivo cuanto que aun sois su idea fija!

—¿Y llorais por eso? . ¿Entonces, le amais, Olga? Pues bien, querida amiga, por muy singular que me parezca esa inclinacion, os rehabilita para conmigo. Creí que solo erais ambiciosa. ¡Si amais, os quiero y os compadezco!

—¡Ah!—esclamó Olga,—me compadeceis, ¿verdad?

Y llevándose á Margarita al fondo de la galería, estuvo soltozando con violencia, apoyada en su hombro. Margarita la condujo á su cuarto, en donde la prodigó tiernos cuidados y consiguió calmarla.

—Sí, sí, ahora estoy ya bien,—dijo Olga levantándose.—

Desde ayer he tenido dos ó tres ataques así, pero comprendo que este es el último. He adoptado mi resolución; estaré serena, tengo confianza en vos, no seré débil, ya no tendré miedo, ya no sufriré!

Volvió á sacar la sortija del bolsillo, se la colocó en el dedo, y de nuevo se puso pálida al contemplarla con aspecto triste; luego se la quitó, diciendo:

— ¡No debo llevarla todavía!

Y volvió á guardarla en la caja y en su bolsillo.

Margarita se separó de ella sin comprender lo que pasaba por su mente. Aquella pasión hacía un hombre de la edad y del carácter del baron le parecía inexplicable, pero tenía la generosa sencillez de creer en ella, mientras que Olga, poseída repentinamente de odio hacía su novio y de repugnancia hacía aquel anillo nupcial, luchaba contra la que denominaba flaqueza humana, y se adiestraba para dominar las rebeliones de su propio corazón, de su mente y de todo su ser, para llegar á conseguir la amarga y peligrosa conquista de un nombre ilustre y de una gran posición social.

En cuanto al baron, había dado órdenes para las carreras de trineos y para la mascarada como si hubiese de tomar parte en ellas. Luego, vencido por el cansancio y el sufrimiento, se retiró á su cuarto, mientras que sus huéspedes se disponían á seguir el programa de los festejos, y sus caballos, magníficamente enjaezados, pialaban delante de la puerta de su escalera particular, contenidos por un cochero que parecía estar aguardando.

El baron se había encerrado con su médico, joven de mas instrucción que experiencia, al que hacía un año que había hecho dedicarse esclusivamente al cuidado de su persona.

— Doctor, — le decía rechazando una bebida que el tímido joven le presentaba con mano temblorosa, — me cuidais mal. ¡Apuesto á que eso tambien tiene ópio!

— Señor baron, necesitais calmantes. Vuestra irritación nerviosa es estrema.

— ¡Pardiez! ya lo sé, pero calmadme sin abatirme; quitadme este temblor convulsivo, pero no me dejéis sin fuerzas.

El enfermo pedia un imposible, y el médico no se atrevia á decirselo.

— Espero, — repuso, — que esta bebida os tranquilizará sin debilitaros.

— Veamos, ¿obrará pronto? Quisiera dormir dos ó tres horas, levantarme y volver á ocuparme en mis asuntos. ¿Me

respondeis de que en el transecurso de la noche recobraré mis facultades?

— ¡Señor baron, me haceis desesperar! ¿Queréis trabajar todavía esta noche, despues de los ataques de ayer y de hoy? ¡Observais un régimen terrible!

— ¿No tengo, por ventura, una fuerza escepcional? ¿No me habeis dicho cien veces que me curareis? ¿Segun eso, me habeis engañado? ¿Os estais burlando de mí?

— ¡Ah! — dijo el médico con desesperado acento, — ¿podeis creerlo?

— Pues bien, dadme vuestra bebida. ¿Va á producir efecto en seguida?

— Si no destruis su efecto con vuestra agitacion, obrará dentro de un cuarto de hora.

— Poned mi reló aquí, á mi lado. Quiero ver si estais seguro del efecto de vuestras drogas.

El baron bebió la medicina; se sentó en su gran sillón y llamó á su ayuda de cámara.

— Di al mayor Larsson que le ruego dirija las carreras. El es quien mejor lo entiende.

El criado salió, pero el baron volvió á llamarle en seguida y le dijo:

— Que se acueste Johan y se apresure á dormirse, pues á las tres de la madrugada le necesitaré. Que sea él quien venga á despertarme. Vete... no, ven acá. Mañana asistiré á la cacería: ¿se han adoptado todas las medidas necesarias? ¿sí? está bien. Ahora ya puedes marcharte.

El criado salió definitivamente, y el joven médico, que estaba muy alterado, se quedó solo con el enfermo.

— Vuestra bebida no produce operacion alguna, — le dijo el baron con impaciencia; — ¡ya deberia haberme dormido!

— Mientras os esteis atormentando la imaginacion con mil pormenores...

— ¡Pardiez! caballero, si no tuviese atormentada mi imaginacion, no necesitaria médico! Veamos, sentaos ahí y hablémos tranquilamente.

— Si en vez de hablar pudieseis recogeros, señor baron...

— ¡Recogerme! harto lo hago. Mis reflexiones son las que me dan calentura. Hablemos, hablemos lo mismo que anoche. Me dormi hablando. ¿Sabeis, doctor, que decididamente me caso?

— ¿Con la hermosa condesa Margarita?

— Nada de eso: es una tontuela. Me caso con Olga. Tendré hijos rusos.

—Que de seguro serán hermosos.

—Sí, si mi mujer tiene buen gusto, porque no creo una sola palabra de vuestras adulaciones, doctor; mi mujer me engañará. Pero, qué importa, con tal que yo tenga un heredero, con tal que rabien mis primos, mis sobrinos, todos mis parientes! Doctor, tengo sumo empeño en vivir lo suficiente para ver eso, ¿ois? Tened mucho cuidado, pues no os dejaré en mi herencia ni un solo ducado. Durante mi vida os colmaré de beneficios para que tengais mucho interés en conservar mi existencia. Lo mismo procederé con mi mujer: en cada año de mi vida aumentaré su lujo y su boato. Después que yo muera, si no ha hecho ahorros, nada tendrá, ni siquiera la tutela de su hijo. ¡Diablo! ¡no quiero morir envenenado!

—Os alimentais con ideas siniestras, señor baron. ¡Mal régimen!

—¿Qué necesidad me estais diciendo, doctor! E! lo mismo que si dijeseis que hago mal en tener demasiada bilis en el hígado. ¿Es esto culpa mía?

—¿No podríais esforzaros para tener ideas más risueñas? Probad á hacerlo; pensad en esa comedia de títeres, que era muy alegre.

—Que piense en los títeres! ¿Quereis, acaso, volverme imbécil?

—Oh! de seguro que si pudiese apagar el fuego de vuestra imaginación...

—Nada de cumplimientos acerca de mi inteligencia, os lo ruego; conozco que vá decayendo mucho.

—Pues solo vos lo observais, señor baron.

—Este se encogió de hombros, bostezó y permaneció silencioso durante algunos momentos. El doctor vio que sus ojos se abrian mas, que sus pupilas se dilataban y que su labio inferior colgaba algo mas. Se acercaba el sueño.

De pronto el baron se levantó, señaló á la pared y dijo:

—Siempre la veo! Es lo mismo que ayer. Primero era un hombre, y luego varió la figura... Ahora mira á la ventana, se inclina... Corred, corred, doctor! Me han engañado, me han hecho traicion... se han burlado de mí como de un niño! Un niño!... No, no hay niño!

Y el baron, volviendo á sentarse y á despavilarse de nuevo, añadió con una sonrisa lúgubre:

—Eso era en la comedia de Cristiano Waldo... Una broma de jugar! Ya lo veis, doctor lo quereis y pienso en los títeres. Me siento pesado... no me dejéis solo!

Y el baron se durmió con los ojos abiertos como un cadáver,

Al cabo de algunos instantes sus párpados se aflojaron y se bajaron; el doctor le tomó el pulso, que estaba lleno y pesado. En concepto suyo el baron necesitaba sangrarse; pero, cómo le habia de decidir á que lo hiciese?

—La empresa de hacer vivir á este hombre á de-pecho del cielo y de él mismo, pensó el pobre medico, es ingrata, odiosa, imposible. O hay accesos frecuentes de locura, ó su conciencia está cargada de remordimientos. Yo mismo siento que me vuelvo loco á su lado, y los terrores de su imaginacion se apoderan de la mia, como si al esforzarme para conservar su vida me convirtiese en cómplice de alguna iniquidad!

Pero aquel jóven tenia una madre y una novia. Algunos años de un trabajo lucrativo debian ponerle en situacion de casarse con una y de sacar á la otra de la miseria. Permanecía, pues, alli, clavado junto á aquel cadáver, galvanizado incessantemente por los recursos de su arte, y unas veces consagrado con ciego celo á su obra, otras abrumado por el cansancio y el dolor, llegaban momentos en que no sabia qué desear, si la curacion ó la muerte de su enfermo. Aquel jóven tenia un alma dulce é instintos cándidos. El continuo trato con un ateo le lastimaba, y no tenia el derecho de defender sus creencias, porque la contradiccion exasperaba al enfermo. El médico era amable y alegre, el enfermo era sombrío y misántropo, bajo su hábito de ironia acerba y cínica.

Mientras dormia el baron, continuaba la fiesta nocturna. El ruido de los cohetes, la música, los ladridos de los perros de caza despertados en la perrera por el piafar de los caballos enganchados, las risotadas de las señoras que circulaban por los corredores del castillo, las luees errantes sobre el lago, todo lo que pasaba en torno de aquella habitacion muda y sombría en que estaba el baron inmóvil y lívido, hacía sentir al jóven su aislamiento y su esclavitud. Y entretanto tambien la condesa Elveda conspiraba con el embajador de Rusia contra la nacionalidad de la Suecia, mientras que los primos y demás parientes del baron vigilaban la puerta de su cuarto, diciéndose unos á otros: «Saldrá ó no saldrá? Está mas enfermo de lo que dice; está mejor de lo que se cree.» ¿Cómo se habia de saber la verdad? Los criados, muy fieles á la voluntad absoluta de un amo que pagaba bien y que castigaba lo mismo (sabido es que en Suecia los criados se nallan sometidos todavia al régimen de los golpes), contestaban invariablemente á todas las preguntas, que el señor baron nunca habia estado mejor de salud; en cuanto al médico, el baron,

al recibirle en su casa, le habia hecho dar su palabra de honor de no confesar nunca la gravedad de su mal.

Ya se ha visto que el baron, para fundar sus frecuentes desapariciones en medio de las fiestas que daba, habia dado una vez por todas el pretexto de hallarse ocupado en numerosos é importantes asuntos. En esto habia un fondo de verdad; el baron se dedicaba á los minuciosos pormenores de las intrigas políticas, y ademas sus negocios particulares se hallaban embrollados con cuestiones judiciales promovidas incesantemente por su carácter inquieto y sus despóticas pretensiones.

Esta vez, además de todos aquéllos motivos de agitación se habia introducido en su mente una turbación singular, vaga todavia, pero mas funesta para su salud que cuantas sentia anteriormente. Sospechas desvanecidas, temores adormecidos durante mucho tiempo, se habian despertado en él desde el baile de la vispera, y mas aun desde la representacion de los *burattini*.

De aqui habia resultado uno de esos estados nerviosos que le torcian la boca, mientras que uno de sus ojos comenzaba á vizcar considerablemente. Como tenia suma vanidad con la belleza de su fisonomía marchita, pero noble y regular, y sobre todo, en un momento en que se disponia para el matrimonio, se ocultaba cuidadosamente tan luego como se sentia contraído de aquel modo, y hacia que le cuidase su médico para apresurar el fin de su crisis.

—Por eso, tan luego como hubo echado un sueño, su primer cuidado fué el de mirarse en un espejo colocado cerca de él. Satisfecho con verse restituído á su estado natural, dijo al médico:

—Vamos, ya ha pasado una mas. Me parece que he dormido bien. ¿He soñado, doctor?

—No!—contestó el jóven, turbado por la mentira que proferia.

—No decís eso francamente,—repuso el baron.—Veamos, si he hablado en alta voz, es preciso recordar lo que he dicho, y referírmelo exactamente; ya sabeis que así lo quiero.

—No habeis dicho mas que palabras sin hilacion y sin sentido, que no revelaban pensamiento alguno dominante.

—Entonces es que vuestras drogas producen realmente buen efecto. El médico que os precedió me contaba mis sueños... Eran extravagantes, espantosos! Ahora parece que son ya insignificantes.

—¿No los recordais, señor baron? ¿No estais menos cansado que otras veces al despertar?

—No, no puedo decir eso.

—Ya vendrá.

—Dios lo quiera! Ahora, dejadme, doctor, id á acostaros; si os necesito, mandaré que os despierten; conozco que dormire mas todavía. Enviadme á mi ayuda de cámara; voy á probar á meterme en la cama.

—El médico que me precedió aquí,—dijo el jóven para sí al retirarse—oyó y contó demasiadas cosas, el baron lo supo y se malquistaron; el médico ha sido perseguido y se ha visto obligado á emigrar... Es una leccion para mí.

Entretanto, Cristiano se habia reunido con Mr. Goelle en el Stellborg. El doctor en derecho estaba triunfante. Habia forzado la cerradura de uno de los vastos armarios del cuarto de guardia, y encontrado algunos vestidos de mujer bastante lujosos.

—Esto,—dijo Cristiano,—de seguro será algun resto olvidado, ó religiosamente conservado por Stenson, del guardaropa de la baronesa Hilda; esto puede pasar por un disfraz, puesto que ya no es de moda; tendrá lo menos veinte años de antigüedad. Ved si podeis ponéroslo; la señora era alta, y nada importa que vayais algo corta! En cuanto á mí, me haré un traje de Sultan con mi abrigo de pieles y con un turbante de cualquiera tela. Vemos, ayudadme, Cristiano, que sois artista, y todo artista debe saber arrollar un turbante.

Cristiano no estaba bebido, y la fractura cometida por Mr. Goelle le apesadumbró algun tanto.

—Siempre se acusa á la gente de mi condicion,—le dijo,—y por lo general no es sin razon. Ya vereis cómo eso me acarrea algun disgusto.

—¡Bah! ¡bah! ¿no estoy yo aquí?—esclamó Mr. Goelle;—tomo sobre mí toda la responsabilidad. Vamos, Cristiano, poned ese vestido, ó al menos probáosle.

—Querido Mr. Goelle,—dijo Cristiano,—dejadme que coma cualquier cosa; me estoy muriendo de hambre.

—Es muy justo! Daos prisa.

—Y luego,—repuso Cristiano comiendo de pie y mirando á los vestidos desparramados delante de él,—no sé porque, pero siento una repugnancia invencible á tocar á esas añejas reliquias. Ha sido tan triste la suerte de esa pobre baronesa Hilda! ¿Sabeis que se han aumentado mas y mas mis sospechas acerca de su género de muerte?

—¡Idos al Diablo! esclamó Mr. Goelle; ya no estoy para cui-

darme de historias pasadas. Me siento con humor de reír y de correr. Manos á la obra, Cristiano, manos á la obra, y dejemos para mañana las ideas tristes! Veamos, pónenos ese vestido á la polaca; es magnífico! Con tal que quepan en él vuestros hombres, todo lo demás irá bien.

—No lo creo,—repuso Cristiano metiendo su mano en uno de los bolsillos del vestido;—pero, ved qué mano tan pequeña debía tener esa señora para meterla por esta abertura!

—Pues bien, me parece que también vos la metéis.

—Sí, pero yo no puedo sacar la mía... ¡Aguardad! ¡oh! ¡una esquila!

—¡Veamos, veamos!—esclamó el doctor en derecho,—eso debe ser curioso.

—No,—dijo Cristiano,—no debemos leerla.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero parece una profanación.

—En ese caso las cometería yo muy amenudo, puesto que mi oficio es el de registrar los archivos secretos de las familias.

Mr. Goefle cogió la esquila, amarillenta ya, y leyó lo que sigue:

«Mi muy amada Hilda, he llegado á Stockholmo y he encontrado al conde de Rosenstein. Así, pues, no me verá obligado á ir á Calmar, y volveré á ponerme en camino el 10 del corriente para estrecharte entre mis brazos, quererte, cuidarte y formar contigo nuevos sueños de ventura, puesto que Dios bendice una vez mas nuestra union. Te envío un correo para tranquilizarte respecto de mi viage, que no ha sido muy penoso. Sin embargo, lo ha sido bastante para que me haya felicitado varias veces por no haberte traído en el estado en que te encuentras. Hasta Falun he tenido que caminar siempre á caballo. Así, pues, hasta que nos veamos el 15 ó el 16 á mas tardar, amada mia. No pleitearemos con Rosenstein. Todo se arregla. Te amo.

ADELSTAN VALDEMORA.»

—Mr. Goefle,—dijo Cristiano al abogado que volvía á doblar silencioso el vestido,—¿no os parece muy triste hallar esta carta de amor y de felicidad conyugal en el traje de una muerta?

—¡Sí, es triste!—contestó Mr. Goefle quitándose las gafas y el turbante que se habia improvisado,—y además es singular. ¿Sabeis que esto daría margen á reflexionar? .. Pero la pobre baronesa se habia equivocado, no estaba embarazada, lo declaró libremente. Stenson me lo ha vuelto á decir hoy.

—Se hallaba presente cuando ella firmó! Pero, veamos la fecha de esa esquela. —
 Mr. Goefle, volvió á ponerse los anteojos y leyó: *Stockholm 3 de Marzo de 1746.* —
 —Cabe! —repuso, —esto concuerda justamente, si no me fallan la memoria... ¡Bah! Esta historia es harto tenebrosa para un hombre que tiene ganas de divertirse. No importa, guardo la esquela. ¿Quién sabe? Será preciso que vuelva yo á examinar los papeles que me dejó mi padre. Pero, veamos, Cristiano, ¿renunciáis al disfraz?
 —No. —Con esos trages que huelen al sepulcro, si, renuncio! Me dan frió en las espaldas. Decidme esta mañana que la baronesa era virtuosa y hermosa, y erudita! La perla de la Dalecarlia... ¿Murió muy jóven?
 —A los veinte y cinco ó veinte y seis años; unos diez meses después de la fecha de esta esquela, porque en Marzo de 1746 fué asesinado el baron Adelstan. Esas serian, probablemente, las últimas palabras que trazó para su mujer, y por eso, quizás, llevó ella encima esa esquela querida hasta su última dia, que llegó poco tiempo después.
 —Ved cuán desgraciada fué esa mujer! —repuso Cristiano; —esposa y madre jóven, hallarse de pronto viuda y sin posteridad... morir víctima del odio del baron...
 —Oh! eso dista mucho de estar probado... Pero, escuchad el tiroteo! Ya han comenzado las carreras, Cristiano, y nos estamos aqui charlando de cosas que á nadie interesan, y que, en último resultado, no nos importan. Si estais melancólico esta noche, hijo mio, quedaos aqui; yo voy á correr. Necesito tomar aire; harto he soñado hoy!
 —Cristiano hubiera preferido quedarse, pero veia á Mr. Goefle tan animado que temió dejarle solo.
 —Mirad, —dijo, —renunciemos al disfraz. Como es preciso que no nos vean juntos con el rostro descubierto, pongámonos en cartitas los dos. Vos sereis Cristiano Waldo, puesto que vais mejor vestido; yo, á quien ya han tomado esta noche por mi hermano, continuaré desempeñando ese papel, seré Putfo.
 —Eso está muy bien ideado! —esclamó Mr. Goefle. —Ahora marchémonos! A propósito, dejemos luz á Mr. Nils; si despertase tendria miedo, y aun quizás hambre; le voy á poner media gallina debajo de las narices.
 —¿A Nils? pues qué, ¿está aqui?
 —Si ponciento. Mi primer cuidado, cuando volví, fué el de ir á buscarle al establo, desnudarle y meterle en la cama. Se hubiera helado allí esta noche ese maldito chico!

美空巴尼

—¿Ha vuelto en sí?

—¡El completamente, para decirme que le incomodaba mucho y para gruñir mientras le estuve acostando.

—¿Y los otros, ¿Puffo? No le he encontrado en la caballeriza cuando he vuelto con mi asno.

—¡Ni en Tampoco yo le vi; debe estar emhorrachándose de nuevo con las niñas! Vamos, buen provecho les haga! Van a dar las vidocas, ¿puffamos? ¡me ayudareis a engañar mi caballo! ¡Oh! ¡qué oscuridad que el buen Leki no se quedará atrás!

—¡Sí! Pero nuestro caballo y nuestro trineo harán que os conozcan.

El leñador tringonate tiene de particular: En cuanto al caballo, me lo venderon el año pasado, precisamente en esta zona; pero le pondremos su manta de viaje con capucha.

El término de la carrera propuesta por el barón y confiada a la dirección del mayor Larsson era el *högår* que se alzaba en el extremo del lago, a media legua próximamente del Stollberg y del castillo nuevo, los cuales, según hemos dicho, estaban muy poco ocupados de otro: el primero edificado sobre un islote cercano a la orilla y el segundo en esta misma.

Los hogar son unos túneles considerados como sepultura de los antiguos reyes escandinavos. Por lo general son muy escarpados y de forma cuadrada. Cuando concluyen en una plataforma, se dice que les servían á aquellos reyes bárbaros para administrar justicia. Se encuentran en toda la Suecia, y en donde se hallan mucho mas multiplicados que en las demas naciones.

El diágor hacia el cual se dirigia la carrera presentaba un golpe de vista fantástico. Lo habian coronado con una triple fila de teas de resina y por entre el humo de aquella humación se alzaba una figura blanca gigantesca: era una estatua de nieve, obra informe y colosal que unos campesinos habian hecho y colocado allí durante el día por orden de Chabron, sabiendo el apodo que le habian puesto, y prometiéndoles a las señoras la sorpresa de hallar su retrato sobre la cumbre del túmulo. Lousco de la obra se hallaba en armonía con lo salvaje del sitio y con la tradición de aquellos dioses de gruesa cabeza y de corto y tosco sayon que se presentaban en Júpiter escandinavo calzando su martillo tan blanda como de su coronada frente.

El aspecto de aquel coloso blanco, que parecía flotar en el vacío, era prestigioso, y nadie se arrepintió de haber arrojado el fardo desde la noche para disfrutar un espectáculo tan singular. La catrova boreal era pálida y lúchida, además con

la claridad de la luna; pero esas alternativas de brillos diferentes, esas recrudescencias y desfallecimientos de luz que caracterizan el fenómeno, daban al paisaje una incertidumbre de formas y unos cambios de reflejos que es preciso renunciar á describir. Cristiano creía estar sonando, y á cada instante repetía á Mr. Goeffe que aquella naturaleza singular, no obstante sus rigores, hablaba á la imaginación mas que todo cuanto habia visto en sus viajes.

La carrera habia comenzado cuando los dos amigos tomaron parte en ella y siguieron por el flanco la línea de los trineos para no turbar su necesario orden. El hielo habia sido explorado, y el camino, trazado por esas colosales, daba vuelta á las puntas de las rocas y á los islotes cubiertos de pinos y de álamos blancos que habia diseminados por toda la superficie del lago. Una reunion de espléndidos trineos, colocados de cuatro en fondo, fluían como flechas, manteniendo exactamente sus distancias, merced á la habilidad de los cocheros y docilidad de los caballos.

Al acercarse á la orilla en que se alzaba el hogar, el lago mas profundo ofrecia una superficie completamente plana y libre de obstáculos. Allí se detuvieron todos los trineos y se colocaron en semicírculo, y los jóvenes que habian de disputarse el premio se apartaron á formar una sola línea. Las señoras y los hombres graves salieron de sus vehículos y subieron á un islote preparado para este objeto, es decir, cubierto de ramas de pino para poder juzgar las proezas de los competidores sin enfriarse demasiado los pies. La escena se hallaba perfectamente iluminada por una gran hoguera encendida sobre las rocas, detrás del estrado natural en que estaba la concurrencia.

El cuadro que presentaba aquella reunion era tan singular como el sitio mismo. Todos estaban enmascarados, circunstancia agradable para cada cual en razon del aire frio que azotaba al rostro. Por esta misma razon, los trajes eran pesados y estaban cargados de pieles, lo cual no escluidia un gran lujo de dorados, bordados y armas brillantes. Los competidores estaban bien á la vista en ligeros trineos descubiertos que representaban diferentes animales fantásticos, cisnes gigantescos con pico de oro rojo, delfines de oro verde, pescados con la cola encorvada, etc. El mayor Larrison, montado en un dragon espantoso, estaba disfrazado el mismo de monstruo con rayos luminosos en la cabeza. Sobre el hogar se via agitar á los que habian de conceder el premio, que figuraban en cueros antiguos con cascos blancos ó con una capucha

decorada con un cuerno sobre la oreja, que es como representan á Odín en su traje de ceremonia, es, decir, en todo el brillo de su divinidad.

Cristiano buscaba entre las señoras, disfrazadas de sibylas y de reinas bárbaras, quien podría ser Margarita. No pudo conseguirlo, y desde entonces, la fiesta, sin parecerle menos brillante, no cautivo ya mas á sus ojos. No le sucedía así á Mr. Goelle, cuya imaginación se hallaba muy excitada.

—Cristiano,—esclamó,—no obstante nuestros trajes, que no se pueden considerar como disfraces, y de nuestro trineo, que tiene una forma vulgar, ¿no nos pondremos en línea? ¿Es porque mi buen Loki no tiene penacho, ni cuernos en la cabeza? ¿Tendra, por eso, menos buenas piernas que los demás?

—Eso es cuenta vuestra, señor doctor,—contestó Cristiano.—Le conocéis y sabéis si es capaz de cubrimos de gloria ó de vergüenza.

—Nos cubrirá de gloria, estoy seguro de ello.

—Pues bien, vamos allá.

—Pero el pobre Loki se cansará, sudará y sabe Dios si enfermará!

—Pues bien, quedémonos.

—Llévese el diablo vuestra flemma, Cristiano.—A mí parece que me están pinchando para echar á correr.

—Pues bien, probemos!

—Un hombre tan juicioso como yo reventar un caballo al que tiene cariño para vencer á los jóvenes! es absurdo, ¿verdad, Cristiano?

—Será absurdo si así lo juzgais; todo depende de la embriaguez con que uno se entregue á esas diversiones.

—Partamos!—esclamó Mr. Goelle;—resistir á las inspiraciones de la embriaguez es ser juicioso, es decir, bestia. Adelante, mi buen Loki, adelante!

—Aguardad,—esclamó Cristiano; saltando desde el trineo al suelo,—quitémosle el frontal. ¿Cómo quereis que corra sujeto de ese modo?

—Es verdad, Cristiano; gracias, hijo mío, daos prisa: los demás están ya dispuestos!

Apenas había pronunciado el doctor en derecho estas palabras, cuando se encendieron con un ruido estrepitoso unos fogos artificiales colocados en otro islote. Esta era la señal de la partida, el estimulante de los caballos impacientes ya.

—Echad á correr!—gritó Cristiano á Mr. Goelle, que que-

ria contener a Loki para aguardar á que su compañero subiese á su lado.—Corred pronto! estais perdiendo tiempo!

Y estimuló al caballo, que partió á escape, mientras que el, con el frontal en la mano, se quedaba mirando las hazañas del abogado y de su fiel caballo; pero no estuvo mirando mucho tiempo. Como se habia apartado á un lado para no ser aplastado por los caballos que estaban parados y á los que los fuegos artificiales y el ejemplo de sus compañeros lanzados á la carrera hacian estar impacientes, se halló cerca de un trineo azul y plateado que enseguida conoció era el de Margarita. El ligero carruaje presentaba la forma ensanchada de una carroza del tiempo de Luis XV, colocada sobre barras de hierro en forma de patines, lo cual permitia que se mirase por los cristales levemente empañados por la helada.

Sin embargo Cristiano no esperaba ver á Margarita en coche; debia estar con las damas en el estrado de rocas; pero de todos modos hizo bien muy en mirar. Margarita, que no estaba disfrazada ni enmascarada, que se hallaba ó suponía hallarse algo indispueta, se habia quedado sola en el trineo y miraba por la portezuela. El cochéro se habia puesto algo apartado de los demas, con el fin de poderse volver de lado, lo cual permitia á Margarita que viese las carreras, y esta circunstancia permitia igualmente á Cristiano que mirase á Margarita y se mantuviese cerca de ella sin ser visto por los espectadores, que además estaban distraídos por el espectáculo que tenian ante sus ojos.

No se hubiera atrevido á dirigir la palabra á la joven, y aun fingia estar allí por casualidad, cuando ella bajó con viveza el vidrio para hablarle, y como aun tenia en la mano el frontal del caballo, le tomó por un criado.

—Decidme, amigo,—esclamó á media voz, aunque sin afectacion,—ese hombre que lleva una careta negra... como vos, que acaba de pasar por aquí y que ahora va corriendo, es vuestro amo, ¿verdad? ¿es Cristiano Waldo?

—No, señorita,—contestó Cristiano en francés, y sin variar su voz ni su acento,—Cristiano Waldo soy yo.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡qué broma!—repuso la joven con un sentimiento de júbilo que no pudo contener y bajando mucho la voz, porque su interlocutor se habia acercado completamente á la portezuela.—¡Sois vos, Mr. Cristiano Goelle! ¿qué capricho os dado, pues, de representar esta noche el papel de ese personaje?

—Quizás sea para permanecer aquí sin comprometer á mi tio,—contestó Cristiano.

—Segun eso, teniais algun empeño en quedaros?—repuso Margarita en un tono que hizo latir con violencia el corazón del jóven.

No tuvo este valor suficiente para responder que no era tal su empeño, porque esta contestacion era superior á sus fuerzas; pero comprendió que ya era tiempo de concluir con aquella farsa peligrosa, ya que no para la condesa, al menos para él, y sintiéndose acometido por un vértigo de lealtad, se apresuró á decir:

—Tenia empeño en quedarme para desengañaros: no soy quien creéis, sino quien os digo, Cristiano Waldo!

—No os entiendo,—repuso la jóven:—¿no os basta con haberme engañado una vez? ¿Por qué queréis representar ahora otro papel? ¿Creéis que no conocí vuestra voz cuando con tanta gracia haciais hablar á los muñecos de Cristiano Waldo? Bien observé que teniais mas talento que él...

—¿Cómo arreglais eso?—dijo Cristiano sorprendido.—¿A quién creéis haber oído esta noche?

—A vos y á él. Habia dos voces, estoy segura de ello, y aun acaso tres, que serian... la vuestra, la de ese Waldo y la de su criado.

—Os juro que no habia mas que dos.

—Corriente! ¿qué importa? conocí la vuestra, os digo, y no lograréis engañarme acerca de eso.

—Pues bien, si, la mia, era la mia, no lo niego, pero habéis de saber...

—Escuchad, escuchad!—esclamó Margarita.—Oh! ved, proclamaban el nombre del vencedor de las carreras y me parece que es Cristiano Waldo! Si, si, estoy segura de ello, oigo bien el nombre y veo muy bien al sujeto enmascarado, de pie sobre su pequeño trineo negro. El es! es el verdadero! Vos no sois mas que un Waldo de contrabando... No importa, Mr. Goëlle, podriais darle lecciones: las cosas mas bonitas de la comedia y las mejor dichas, todo el papel de Alonso era vuestro! Veamos, dadme vuestra palabra de honor de que me he equivocado.

—En cuanto al papel de Alonso, no puedo negarlo.

—Volveréis á representar mañana, Mr. Goëlle?

—Si, por cierto!

—Sereis muy amable si así lo haceis! Por mi parte os doy las gracias, pero nadie lo sospechará, ¿verdad? Manteneos bien oculto en el Stollborg. Por lo demás, veo con gusto que sois prudente y que sabéis disfrazaros muy bien. Nadie podrá conoceros bajo ese traje; pero marchaos pronto. Ya vuelven

á subir en los carruajes para ir hasta el hogar y complimentar al vencedor! Mi tía de seguro... No, sabe al trineo del embajador ruso... Me deja sola! Ya veis, Mr. Cristiano, una madre no haría eso! Merdad es que una tía joven y hermosa, no es una madre!... Aguardad! de seguro me enviará á Mr. Stangstadus para que me acompañe.

— Mr. Stangstadus! — exclamó Cristiano, — ¿quónde está?

— No le veo...

— Ha tenido la candidez de ponerse una careta, mas no por eso se le conoce menos; si estuviese por ahí le veriais, no está y todos se marchan.

— Señorita, dijo el cochero de Margarita en dalecarliano, vuestra señora tía me hace sena de que la siga.

— Pues sigamos, Peterson, sigamos! — repuso la joven; — pero estais á pie, Mr. Goelle! Subid al pescante, pues de otro modo no podreis llegar á tiempo.

— ¿Que dira vuestra tía?

— Nada, no reparará en ello.

Cristiano subió al pescante, pensando con sentimiento que la conversacion habia concluido; pero Margarita cerró el vidrio del costado y abrió el de delante. El pescante en que iba Cristiano, estaba al nivel de este vidrio. El trineo no producía el ruido mas leve sobre la nieve, por la que iba Peterson fuera del camino trillado, porque habia perdido su puesto en la fila. Ademas, el buen hombre no entendia una sola palabra de francés: la conversacion continuó.

— ¿Que pasa en el castillo? — preguntó Cristiano procurando apartar de sí la atención de Margarita: — no he visto aquí al baron, y me parece que se le conoceria por su estatura, lo mismo que á Mr. Stangstadus por su modo de andar.

— El baron está encerrado bajo el pretexto de negocios imprevistos y urgentes, lo cual quiere decir que está mas enfermo. A nadie consigue enganar. Se ha visto su boca torcida y su ojo descompuesto. Sabéis que, á pesar de todo, es un hombre extraño: el que así se atrevió á luchar con la muerte? Quería haber corrido esta noche con los jóvenes, y de seguro hubiera ganado el premio, porque tiene muy buenos caballos! Para mañana se anuncia una cacería de osos. O el baron cazará y matará un oso, ó le enterrarán antes de que tenga tiempo de dar contraorden. Tan posible es lo uno como lo otro. Eso coloca aquí á todos en una situación singular, ¿verdad? Parece que el hombre de nieve se complace en ver en tan pocos amigos tiene, pues que continúan divirtiéndose en su casa como si nada sucediese.

—Sin embargo, Margarita, admiráis su valor, y aun en vos misma con sigue producir el efecto que desea.

—Querido confidente,—repuso Margarita gozosa,—sabel que ahora casi no tengo ya aversion al baron. Comienzo á serme indiferente y se lo perdono todo. Se casa, pero es un secreto que he sorprendido y que debo guardar. ¿No? No se casa ya conmigo, y tengo la felicidad de quedarme libre y pobre.

—Pobre? Creí que al menos teniais un bienestar.

—Pues bien, no es así. Hoy he vuelto á disputar con mi tia, con motivo del baron, como siempre. Entonces me declaré que nada me daría para establecerme y que haría valer sus derechos sobre la pequeña herencia que me dejó mi padre, puesto que en un tiempo le prestó no se cuantos ducados para .. Nada comprendí, sino que me halló arruinada.

—Ah! Margarita,—esclamó Cristiano involuntariamente,—si yo fuese rico y de buena .. familia! .. Veamos!—añadió cogiéndole una mano, porque la joven se había retirado precipitadamente al fondo del carruaje.—no he tenido la audacia de haceros una declaración. Por mi parte seria insensata: nada tengo en el mundo, ni siquiera una familia; pero me habeis permitido que os profese carño; ¿no puedo deciros que si yo fuese rico y noble, desearia partir con vos como con una hermana?

—Gracias Cristiano,—contestó Margarita temblorosa, aunque tranquilizada:—veo la bondad de vuestro corazon... si el interés que por mí os tomáis... Pero, ¿por qué me decís que no teneis familia, cuando el nombre de vuestro tio es tan illustre?..

Luego añadió, esforzándose para sonreír:

—No os admire el que parece que os digo una cosa en la que de seguro .. pienso. No, no me juzgareis así, porque nada teneis de fatun! Sois tan sincero y tan confiado como yo, y comprendéis muy bien que, si os interrogo, es porque anhelo saber las probabilidades de ventura que teneis en la vida, con quien quiera que sea. Decidme, pues, por qué os atormenta tanto vuestro nacimiento, que muchos podrían envidiar!

—Ah! Margarita,—esclamó Cristiano,—queréis saberlo, y yo querria deciroslo! Dentro de un momento llegaremos, y esta vez me separaré de vos para siempre. No quiero dejaros de mí un recuerdo usurpado á costa de una mentira. No pudiendo aspirar sino á vuestro desden y á vuestro olvido, los acepto, y

tanto peor para mí! Sabed, pues, que Cristiano Goelle no existe. Mr. Goelle nunca ha tenido hijo ni sobrino alguno.

—¡No es cierto!—esclamó Margarita —Hoy lo ha dicho en el castillo y todos lo han repetido, pero nadie lo ha creído. Sois su hijo, . . . debido á un casamiento secreto, pero os reconocerá, os adoptará, es imposible que no suceda así!

—Os juro por mi honor que no tengo parentesco alguno con él, y que ayer mañana no me conocía ni mas ni menos que vos.

—Por vuestro honor!... jurais por vuestro honor!... Pero si no sois Cristiano Goelle no os conozco! y no tengo motivo alguno para creerlo! Si sois Cristiano Waldo . . . un hombre que segun dicen puede fingir todas las voces humanas. . . Ah! no sé lo que me digo, pero estoy muy apesadumbrada, y todavía dudo, a Dios gracias.

—Ay de mí, no dudeis yo, Margarita,—dijo Cristiano que acababa de saltar al suelo, porque el coche habia parado —Miradme y estad bien persuadida de que el hombre que os ha consagrado el respeto mas profundo y la adhesion mas ciega es el mismo que os jura por su honor que es Cristiano Waldo.

Al mismo tiempo Cristiano se levantó el antifaz de seda negra, se puso resueltamente á la luz del farol y mostró su semblante inclinándose hácia la portezuela. Margarita, al conocer á su amigo de la víspera, ahogó un grito de dolor harto elocuente acaso y ocultó su semblante entre sus manos, mientras que Cristiano, volviéndose á bajar su careta, desapareció entre la multitud de los criados y de los campesinos que de todas partes habian acudido para ver la fiesta.

Se reunió muy luego con Mr. Goelle, á quien trataban de llevar en triunfo, no porque hubiese llegado el primero (habia llegado el último), sino porque habia hecho una proeza imprevista cogiendo al vuelo con su látigo la peluca de Stangstadius que se habia encaramado en el trineo de Larsson á despecho del joven Mayor.

De seguro que Mr. Goelle que no lo habia hecho propósito; el extremo de su látigo, lanzado á la aventura, se habia arrollado en torno de la coleta de la peluca por una de esas casualidades que se pueden llamar inverosímiles porque suceden una vez entre mil. El sombrero del sábio, arrancado por los esfuerzos que hacia Mr. Goelle para desembarazar su látigo, fué á caer como un pájaro negro encima de la nieve; la peluca siguió á la coleta, esta no quiso soltar la tralla del látigo, que Mr. Goelle no tuvo tiempo suficiente para desatar

y que, terminando así en una masa cabelluda cubierta de polvos, perdió toda su virtud, todo su efecto estimulante sobre el lomo del generoso Loki. El vencedor Larrison nada vió en el primer momento del triunfo; pero los gritos y las injurias de Stangstadius, que á todos pedía su peluca y se habia envuelto la cabeza en un pañuelo, llamaron muy luego la atención.

—¡Eles!—esclamaba el geólogo enfurecido señalando á Mr. Goefle enmascarado;—¡es ese bufon italiano, el hombre de la careta de seda! ¡Lo ha hecho propósito el muy tuno! ¡Aguarda, aguarda, pícaro histrión! ¡Voy á darte cien bofetadas para enseñarte á burlarte de un hombre como yo!

Una carcajada inmensa acogió la cólera de Stangstadius, y el nombre de Cristiano Waldo fué aclamado por todo el personal; pero muy luego varió la escena.

Stangstadius, irritado por las risotadas de aquella juventud impertinente, se lanzó hácia el raptor de su peluca, el cual, de pié sobre su trineo, enseñaba lastimosamente la causa de su derrota, la malhadada peluca que colgaba como un pez en el extremo de una caña de pescar. En el momento en que Mr. Goefle, disimulando su voz, acusaba á Stangstadius, en términos cómicos, de haberle jugado aquella mala pasada para impedir que arrease á su caballo y llegase honrosamente al término de la carrera, el sábio, que con sus piernas desiguales y sus brazos torcidos era tan ágil como un mono, trepó detrás de él, le arrancó su sombrero y su máscara, y no se detuvo en sus proyectos de venganza sino cuando conoció con sorpresa á su amigo Goefle, saludado en el acto con un aplauso unánime.

Aunque no todos los que estaban allí conocían á Mr. Goefle, su nombre, gritado por varias voces, fué aclamado de una manera simpática. Los suecos tienen mucho orgullo con sus celebridades, y particularmente con los talentos que dan realce á su lengua nacional.

Ademas el carácter honrado del doctor en derecho y su afamado despejo le aseguraban el afecto y el respeto de la juventud. Querían proclamarle vencedor de las carreras, y le costó mucho trabajo impedir que el buen mayor le cediese el premio, el cual consistía en un cuerno para beber, curiosamente cincelado y adornado con caracteres rúnicos de plata. Era una copia exacta de una antigüedad preciosa que formaba parte de la coleccion del baron Olaus, y que habia sido hallada en las escavaciones ejecutadas en el hogar algunos años antes.

—No, querido mayor, decía Mr. Goelle metiéndose en el bolsillo su careta que ya le era inútil, mientras que Stangstadius se ponía la peluca; solo he corrido por la hienra, y como la mía, es decir, la de mi caballo, no se halla mancillada por algunos segundos de retraso ocasionados por esa malhapada peluca, estoy satisfecho de Loki y de mí. Mas contento estaría aun, añadió echando pié á tierra, si supiese qué se ha hecho el frontal de este pobre vicho, que va á constiparse.

—Héle aquí,—dijo Cristiano en voz baja acercándose á Mr. Goelle; —pero, puesto que os habeis dado á conocer, no me resta ya mas que marcharme, querido tío; Cristiano Waldo podía tener un criado enmascarado, pero en vos sería inverosímil.

—No, no, Cristiano, no os abandono,—contestó Mr. Goelle.—Echaremos juntos una ojeada al aspecto del lago visto desde la cumbre del hógar, y juntos regresaremos al Stollborg. Mirad, confiemos mi caballo á uno de estos labriegos, y trepemos allá arriba. Encaminémonos por este sendero, librémonos de los curiosos, porque toda careta negra llama la atencion, y veo que van á rodearnos y á interrogarnos.

XI.

Mientras Cristiano y Mr. Goelle se alejaban furtivamente por detrás del túmulo, la mayor parte de la concurrencia regresaba al castillo nuevo, juzgando que la ascension del hógar era harto penosa y que la noche estaba demasiado fria. Sin embargo, en una escavacion situada á la mitad de la subida habian preparado una especie de tienda en donde se habiaba de tomar el ponche; pero las señoras lo rehusaron, y los hombres fueron siguiéndolas unos despues de otros. Cuando al cabo de media hora bajaron Cristiano y el abogado de la plataforma en que se derretía la estatua, harto caldeada por la inmediacion de las teas de resina, y entraron por curiosidad en aquella gruta cerrada por medio de telas embreadas, solo encontraron en ella á Larrison con su teniente. Los demás jóvenes, esclavos de sus amores que se retrasaban, ó de sus caballos que temian se constipasen, se habian marchado ó estaban ya marchándose.

Os mundo Larrison era un joven amable que hacia todo lo posible para tener un carácter francés, pero que, afortunadamente para él, tenia el corazon consagrado por entero á su patria.

El teniente Ervin O burn era una de esas buenas natura-

lezas francas y sencillas, que ni siquiera pueden intentar modificarse. Tenia todas las cualidades de un buen oficial y de un excelente ciudadano, con toda la bondad de un hombre de buena salud y que no se devana los sesos para ocuparse de lo que no le importa. Larrison era su jefe, su amigo y su dios. No se separaba de él ni mas ni menos que su sombra, ni movia un dedo sin consultar su opinion. Hasta le habia preguntado su dictámen para escoger novia.

Tan luego como los dos amigos vieron á Mr. Goelle, se precipitaron hácia él para detenerle, jurando que no saldrian del hógar sin que el abogado les dispensase la honra de brindar con ellos. El ponche estaba corriente, no faltaba mas que encenderle.

—Quiero poder decir,—esclamó Larrison,—que en la noche del 26 al 27 de Diciembre he bebido y he fumado en el hógar del lago con dos hombres célebres en diferentes conceptos, Mr. Edmundo Goelle y Cristiano Waldo.

—¡Cristiano Waldo!—dijo Mr. Goelle;—¿dónde está?

—Ahí detrás de vos. Está disfrazado de pobre diablo y enmascarado, pero lo mismo da; ha perdido uno de sus toscos y feos guantes, y conozco su mano blanca que ví en Stockholm por casualidad y que miré tan atentamente que la conoceria entre mil! Mirad, Mr. Cristiano Waldo, teneis la mano muy hermosa, pero ofrece una particularidad notable: el dedo meñique de vuestra mano izquierda está levemente encorvado hácia abajo y no podeis abrirle del todo, ni aun cuando abris la mano con franqueza y de todo corazon. ¿No os acordais de un oficial que, en Stockholm, os vió salvar á un pobre grumete del furor de tres marineros borrachos? Era en el puerto, saliais de vuestra barraca y aun estabais enmascarado; vuestro criado huyó. A no ser por vos el niño habria perecido: ¿lo recordais?

—Sí, señor,—contestó Cristiano;—aquel oficial erais vos, que pasabais en aquel momento, y desenvainando el sable pusisteis en fuga á los tres borrachos, despues de lo cual me hicisteis subir en vuestro carruaje. A no ser por vos, me hubieran dejado en el sitio.

—Entonces hubiera perdido la sociedad á un hombre de corazon,—dijo el mayor.—¿Quereis darme otro apretón de mano, como lo hicisteis allí?

—¡Con toda mi alma!—contestó Cristiano estrechando la mano de Larrison.

Luego, quitándose la máscara y dirigiéndose á Mr. Goelle, añadió:

—No acostumbro á ocultar mi semblante á las personas que me inspiran confianza y afecto.

—¡Cómo!—esclamaron a un tiempo el mayor y su teniente,—¿Cristiano Goefle, nuestro amigo de anoche?

—No, Cristiano Waldo, que habia robado el apellido de Mr. Goefle, y á quien este ha tenido á bien perdonar una gran impertinencia. Desde anoche os habia conocido, mayor.

—¡Ah! muy bien ¿Asististeis al baile á pesar de las preocupaciones del baron, quien acaso no habia tenido la buena ocurrencia de convidaros?

—En ningun pais se acostumbra á convidar á un hombre pagado para hacer reir á los demas convidados. Así, pues, yo no hubiera podido quejarme de que me hubiesen echado de allí, y me espuse á ello, lo cual fue una necesidad. Sin embargo, tengo una disculpa: viaje para conocer los paises que voy recorriendo, para acordarme de ellos y describiros. Soy una especie de escritor observador que toma apuntes, lo cual no significa que sea un espia diplomático. Me ocupó mas de bellas artes y de ciencias naturales, que de hábitos y costumbres; pero todo me interesa, y habiendo vivido ya fuera de aquí entre la alta sociedad, se me antojó volver á frecuentarla, como una cosa curiosa, con todo su lujo y sus comodidades, en el fondo de las montañas, de los lagos y de los hielos de un pais que parece casi inaccesible. Solo que sin duda mi fisonomía le desagradó mucho al baron, y he ahí por que he vuelto hoy á entrar en su casa guarecido por mi antifaz. Ayer noche me aconsejábais que no volviese allí de ningun modo.

—Y aun os daríamos ese consejo, querido Cristiano,—contestó el mayor,—si el baron hubiese recordado el incidente de la noche anterior; pero su enfermedad parece que se lo ha hecho olvidar todo. Sin embargo, tened cuidado con sus criadas. Ocultad vuestro semblante y hablemos en francés, porque aquí vienen lacayos suyos que nos traen el ponche y que pudieren vernos en el baile.

Un gran tazon de plata, lleno de ponche inflamado, fué colocado sobre la mesa de tosco granito, y el Mayor hizo alegremente los honores.

Sin embargo, Mr. Goefle, tan animado poco antes, se habia tornado de improviso meditabundo, y lo mismo que por la mañana parecia vacilar entre la necesidad de alegrarse y la de resolver un problema.

—¿Qué teneis, querido tio?—le dijo Cristiano llenando su vaso,—¿me censurais por haber prescindido aquí de mi incógnito?

—No por cierto,—contestó el abogado.—y si quereis, referiré sucintamente vuestra historia á estos señores para probarles que hacen bien en trataros como amigo.

—Si, si, la historia de Cristiano Waldo!—esclamaron ambos oficiales.—Debe ser muy curiosa, añadió el Mayor, y si debe permanecer secreta, juramos por nuestro honor...

—Es demasiado larga, señores,—repuso Cristiano.—Aun tengo que permanecer dos dias en casa del baron. Citémonos para un sitio mas seguro y mas abrigado.

—Eso es, dijo Mr. Goefle. Venid á vernos al Stollborg mañana, y comeremos ó cenaremos juntos.

—Pero mañana,—repuso el mayor,—es la cacería de los osos; ¿no vendreis á ella ambos?

—¿Ambos? No, yo no soy cazador y no me gustan los osos; en caanto á Cristiano, no le conviene. ¿Cómo se habia de manejar si un oso le comiese una mano?... No le sobran las dos para hacer maniobrar á sus muñecos. Enseñadme vuestra mano, Cristiano; es singular esa curva del dedo pequeño! No habia yo reparado en ella! Es resultado de alguna herida, ¿verdad?

—No, es de nacimiento,—replicó Cristiano.

Y enseñando su mano izquierda añadió:

—En esta es menos notable, y sin embargo existe en las dos manos; pero no me estorba lo mas mínimo.

—Es singular, muy singular!—repitió Mr. Goefle rascándose la barba, segun acostumbraba á hacerle cuando alguna cosa le preocupaba mucho.

—No es tan singular,—repuso Cristiano.—He visto esta leve deformidad en otras personas... Mirad, la he observado en el baron de Waldemora, y aun es mucho mas perceptible que en mí.

—Eh! pardiez! en eso mismo estaba yo pensando, precisamente. Tiene los dos dedos pequeños completamente cerrados. ¿Habeis observado eso tambien, señores?

—Muy amenudo,—dijo Larrison,—y delante de Cristiano Waldo, que dá á los desgraciados casi todo lo que gana, se puede decir, sin temor de que lo tome por alusión, que esos dedos cerrados se consideran como signo de avaricia.

—Sin embargo,—dijo Mr. Goefle,—el baron no escatima el dinero. Sé muy bien que podria decirse que su magnificencia es para él una razon mas para querer la riqueza á toda costa; pero su padre era muy desinteresado, y su hermano escesivamente generoso. Así pues, nada prueban los dedos cerrados.

—¿Tenían la misma particularidad el padre y el hermano del baron?—preguntó Cristiano.

—Sí, y muy marcada, según me han dicho. Un día, examinando atentamente los retratos de familia del baron, vi con sorpresa que muchos antepasados suyos tenían los dedos encorvados. ¿Verdad que es una cosa muy singular?

—Esperemos,—dijo Cristiano,—que nunca tendré ninguna otra semejanza con el baron. En cuanto á la cacería del oso, aunque haya de perder mis dos manos deformes, ardo en deseos de tomar parte en ella, y de seguro iré por mi cuenta.

—Venid con nosotros,—esclamó Lairsou;—iré á buscaros por la mañana.

—¿Muy temprano?

—¡Ah! sí por cierto, antes de que amanezca.

—Es decir,—repuso Cristiano sonriendo,—un poco antes del mediodía?

—Calumniais á nuestro sol,—dijo el teniente;—dentro de siete ú ocho horas habrá salido.

—Entonce... vámonos á dormir!

—¿A dormir ya?—esclamó Mr. Goefle.—Creo que el ponche no nos lo permitirá! Apenas comienzo á reponerme ahora de la emocion que me ha causado la peluca de Stangstabijs! Dejadme que respire, Cristiano; os creí mas alegre. ¿Sadeis que no lo estais esta noche?

—Lo confieso, estoy tan melancólico como un inglés,—contestó Cristiano.

—¿Por qué? veamos eso, sobrino, porque sois mi sobrino, no me vuelvo atrás en particular, aunque en público os haya renegado cobardemente. ¿Por qué estais triste?

—No lo sé; querido tío; quizás sea porque comienzo á convertirme en saltimbangi.

—Explicad vuestro aforismo.

—Hace tres meses que estoy dando funciones de títeres, y ya es demasiado. En otra fase de mi vida que os he referido, hice el mismo oficio durante igual espacio de tiempo próximamente, y esperamente, aunque en menor grado (era mas joven entonces). lo que yo siento, es decir, una gran excitacion seguida de gran abatimiento mucho disgusto y dejadez para dedicarme á mi trabajo, una fiebre singular, un desbordamiento de alegría ó de emocion cuando estoy representando un gran pesar y un profundo desprecio hácia mí mismo cuando me quito mi antifaz y vuelvo á ser un hombre tan formal como cualquier otro.

—Ah! lo que me estais contando es mi propia historia; lo

propio me sucede á mi cuando voy á defender un pleito ó una causa. Todo orador, todo cómico, todo artista ó todo profesor obligado á esforzarse durante una mitad de su vida para instruir, ilustrar ó divertir á los demás, queda cansado del género humano y de sí mismo cuando cae el telón. No estoy alegre y vivaracho aquí sino porque hace cuatro ó cinco días que no me he dedicado á los negocios. Si me sorprendieseis en mi despacho, al volver de la audiencia, dando gritos á mi ama de gobierno que no me lleva mi thé bastante pronto, á los clientes que me asedian, á las puertas que rechinan... ¿Qué sé yo? Todo me exaspera. . . Y luego caigo en mi sillón, cojo un libro de historia ó filosofía... ó una novela, y me duermo deliciosamente en el olvido de mi maldita profesion,

—Os dormís deliciosamente, Mr. Goelle, porque á despecho de vuestros nervios enfermos, tenéis el convencimiento de haber hecho una cosa útil y seria.

—¡No, no siempre! No se pueden defender siempre buenas causas, y aun defendiendo las mejores, no está uno seguro de que sean las verdaderas y las justas. Creedme, Cristiano, dicen que no hay oficio: yo digo que todos lo son; por eso importa poco al que dá vuelo al talento. No despreciéis el vuestro: tal como es, le considero cien veces mas moral que el mio.

—¡Oh! ¡oh! Mr. Goelle, habeis formulado una hermosa paradoja! Hablad, hablad, que os escuchamos. La defendereis con elocuencia.

—No tendré elocuencia, hijos míos,—dijo Mr. Goelle, apremiado por los dos oficiales y por Cristiano para que diese libre vuelo á su imaginación.—No es este el lugar á propósito para pronunciar solismas, y estoy en vacaciones. Os diré sencillamente que el oficio de divertir á los hombres por medio de ficciones es el primero de todos... es el primero en fecha, es incontestable: tan luego como el género humano supo hablar inventó mitologías, compuso cantos y relirió historias; es el primero bajo el punto de vista de la utilidad moral, y lo sostendría contra la universidad y aun contra el mismo Stangstadius, que no cree ni lo que toca. Al hombre nunca le aprovecha la experiencia; en vano sera que le enseñeis la historia auténtica: volverá á incurrir incesantemente en las mismas locuras y en las propias faltas, cada vez menos, si quereis, pero siempre proporcionalmente á su grado de civilización. ¿Acaso nos aprovecha á nosotros mismos nuestra propia experiencia? Yo, que sé muy bien que mañana estaré enfermo por haber hecho el muchacho esta noche, ya veis

que me barlo de ello! Así, pues, no es la razón la que gobierna al hombre, sino la imaginación, la ilusión.

Ahora bien, la ilusión es el arte, es la poesía, es la pintura, la música, el teatro... Aguardad, señores, á que vame mi vaso antes de pasar á mi segundo punto.

—A vuestra salud, Mr. Gœlle,—esclamaron los tres amigos.

—A vuestra salud, hijos míos,—continuó —No considero á Cristiano Waldo como un tilitirero. ¿Qué es uno de sus muñecos? Un pedazo de madara cubierto con trapos. El talento y el alma de Cristiano son los que constituyen el interés y el mérito de sus piezas.

Tampoco le considero solo como un actor, porque no le bastaría con variar su acento, y su voz á cada instante para conmovernos: eso no es mas que una prueba de habilidad. Le considero como un autor, porque sus piezas son pequeñas obras maestras y recuerdan esas delicadas y adorables composiciones musicales que han hecho algunos maestros de aquella escuela, italianos y alemanes, para teatros de este género. Decían con modestia que era música para los niños. Entretanto, esa música hacia la delicia de los inteligentes. Así pues, señores, hagamos la debida justicia á Cristiano Waldo.

—Sí, sí,—esclamaron los dos oficiales, á quienes el ponche hacia ser expansivos,—viva Cristiano Waldo. Es un hombre de génio.

—No del todo,—contestó Cristiano riendo;—pero ahí veo la causa del desprecio que profesa mi tío al oficio de abogado. Puede sostener y hacer aceptar las mentiras mas enormes.

—¡Cállaos, sobrinos, no teneis la palabra! Digo que... ¡Pero no eres mas que un ingrato, Cristiano! ¡No es es abogado y te quejas! ¡Puedes buscar la verdad general bajo todas las relaciones posibles, y te causas de hacerla amar á los hombres! ¡Tienes talento, corazón, instruccion, experiencia, y te calificas á tí mismo de saltunbanqui para rebajar tu obra y aun quizás abandonarla! Veamos, desventurado, ¿es esa tu idea?

—Sí, es mi resolución,—contestó Cristiano, —estoy harto! He creído que podia seguir mas tiempo, pero el incómodo prolongado me causa como una puerilidad indigna de un hombre formal. Es preciso que encuentre un medio para viajar sin mendigar. He buscado ya mucho. Es un gran problema que resolver para quien nada tiene. El hombre que se fija, que se establece, siempre encuentra trabajo; el que quiere

andar de un lado para otro, se encuentra hoy muy apurado. Antiguamente, Mr. Goethe, el viajar significaba conquistar tierras en beneficio de la inteligencia humana. Los hombres lo comprendían así, era una misión augusta, la iniciación de las almas privilegiadas. Por eso el viajero era un ser sagrado para las poblaciones, que saludaban su llegada con respeto y que iban á preguntarle noticias de la humanidad. Hoy, si el viajero no es algo rico, es preciso que se convierta en mendigo, en ladrón, ó en histrión...

—Histrión!—esclamó Mr. Goethe,—¿por qué esa palabra de desprecio? El histrión que yo designaré con el nombre de *fabulador*, porque es el intérprete de la obra de imaginación (*fabula*), tiene por objeto apartar al hombre de la parte positiva de la vida, y como la mayoría de nuestra necia especie es prosaica y brutalmente adicta á los intereses materiales, los que gobiernan á la opinión rechazan á los poetas y á sus órganos. Si se atreviesen rechazarían mas aun á los predicadores, que les hablan del cielo, y á la religion, que es una guerra á las pasiones mezquinas, una doctrina de idealismo; pero nadie se rebela contra el idealismo presentado como una verdad revelada. No se atreven. Le rechazan, cuando viene á deciros cándidamente: «Voy á probaros lo hermoso y lo bueno por medio de símbolos y de fábulas»

—Y sin embargo,—dijo Cristiano,—los libros sagrados están llenos de apólogos. Es la predicación de las edades de fé y de sencillez. Mirad, Mr. Goethe, la causa de la preocupación no está precisamente donde la buscáis, ó al menos no está sino por la deducción de un hecho que voy á señalaros. El cómico no tiene vinculos verdaderos con el resto de la sociedad. No presta servicios efectivos como cómico, y los hombres no se estiman entre si sino en razon de un cambio de servicios.

Considerad que todas las demas profesiones se hallan estrechamente ligadas á la suerte de cada uno en la sociedad; aun el sacerdote, que para los incrédulos es todavia el oficial indispensable para su estado civil, se halla en ese caso. En cuanto á los demas funcionarios, cada hombre vé en ellos su esperanza ó su apoyo en un momento dado. El médico le hace esperar la salud, el juez y el abogado representan el triunfo de su causa, el especulador puede darle la fortuna, el comerciante le procura los géneros, el soldado protege su seguridad, el sábio favorece los progresos de su industria por medio de sus descubrimientos, todo profesor de un ramo cualquiera de los conocimientos humanos le ofrece la instruccion

necesaria para los diferentes empleos: solo el cómico le habla de todo y nada le da, mas que buenos consejos que le hace pagar de antemano en la puerta, y que su agente hubiera podido tomar gratis por sí solo.

—¡Veámos!—esclamó Mr. Goeffe, —¿qué jarga es esa? ¿No estamos de acuerdo? No haces mas que probar lo que yo decia. Todo lo que es imaginacion y sentimiento es despreciado por el vulgo.

—No, Mr. Goeffe, sino el sentimiento infecundo, la imaginacion improductiva! ¿Qué quereis? hay cierta justicia en la opinion del espectador que puede decir al cómico: «Me llamas de virtud, de amor, de abnegacion, de raciocinio, de valor, de felicidad! Es tu profesion hablar de eso: pero, puesto que aquella no te da mas que la palabra, no exijas que vea en ti mas que un vano charlatan. Si eres algo mas, baja de ese tablado al momento y ayúdame á arreglar mi vida como consigues arreglar la ficcion en tu comedia. Cúrame la gota, desfiende mi pleito, enriquece mi casa, haz que mi hija se case con el hombre á quien ama, coloca á mi yerno, y si para nada de eso sirves, hazme zapatos ó ven á empedrar el patio de mi casa, haz algo, en fin, en cambio del dinero que te doy.»

—¿De donde deduces?—dijo Mr. Goeffe.

—De donde deduzco que es preciso que todo hombre tenga una profesion que sirva de algo á los demas hombres, y que la preocupacion contra el cómico y contra el fabulador en general cesará el dia en que el teatro sea gratuito; y en el que todos os hombres despejados capaces de representar bien, por amor al arte se conviertan en fabuladores y cómicos en un momento dado, sea la que quiera su profesion.

—He ahí otras ideas que, en concepto mio, exceden á todas mis paradojas!

—No digo lo contrario; pero hace dos años no se crea en la América, y dentro de doscientos años imagino que se verán cosas mas extraordinarias que todas las que podemos soñar.

Despues de esta conclusion se bebieron el ponche que quedaba, y Cristiano quiso despedirse de Mr. Goeffe, quien parecia estar de humor de ir al castillo nuevo á bailar una contradanza con los oficiales; pero el doctor en derecho no consintió en separarse de su amigo, quien tenia verdadera necesidad de descansar, y despues de haberse prometido unos á otros que se verian al dia siguiente, ó mas bien en el mismo dia, puesto que eran las dos de la madrugada, cada cual se encaminó á su carruaje.

—Veámos, Cristiano,—dijo Mr. Goeffe cuando estuvieron

—¿hablas formalmente de?... A propósito, observo que, sin saber cómo ni cuándo, he contraído el hábito de tutearos!

—Conservadle, Mr. Goelle, me es muy agradable.

—Sin embargo... aun no tengo edad para permitirme...

—No he cumplido todavía los sesenta años, Cristiano, no me tomeis por un patriarca!

—¡Dios me libre! Pero si el tuteo es en vuestros labios una prueba de cariño...

—¡Si por cierto, hijo mío! Ahora bien, prosigo: dime, pues...

Al llegar aquí Mr. Goelle hizo una pausa bastante larga y Cristiano creyó que se había dormido; pero se reanimó para decirle de pronto:

—Responded, Cristiano, si fueseis rico, ¿qué uso hariais del dinero?

—¿Yo?—dijo el joven sorprendido;—procuraria asociar á cuantos pudiera á mi felicidad.

—¿Segun eso, serias feliz?

—Sí, me marcharia á dar la vuelta al mundo.

—¿Y despues?

—Despues... no sé...; escribiria mis viajes.

—¿Y despues?

—Me casaria para tener lujos... ¡Adoro á los niños!

—¿Y te marcharias de Suecia?

—¿Quién sabe? No tengo vínculo alguno en otra parte.

Lléveme el diablo si... No creais que exagero, no estoy bebiendo, pero siento hácia vos, Mr. Goelle, un afecto profundo, y que me aborquen si el placer de vivir cerca de vos no e traria por mucho en mi resolucion!... Pero, ¿de qué estamos hablando? No tengo aficion á hacer castillos en el aire y nunca he soñado con la fortuna. Dentro de dos dias iré no sé á dónde, é ignoro si no volveré nunca!

Cuando los dos amigos hubieron entrado en el cuarto de la Osa, habian olvidado tan completamente que le frecuentaban duendes que se acostaron y se durmieron sin pensar en hacer nuevos comentarios acerca de la aparicion de la víspera.

Desde sus respectivos lechos intentaron continuar la conversacion; pero aunque monsieur Goelle se hallaba todavia algun tanto escitado y Cristiano se prestaba con la mejor voluntad á contestarle, el sueño entorpeció muy luego la mente del joven, y el doctor en derecho, despues de haber refunfuñado contra Nils, que roncaba de un modo capaz de

hacer retemblar los cristales, adoptó el partido de dormirse tambien.

En aquel momento despertaba el baron de Waldemora en el castillo nuevo.

Cuando Johan, con arreglo á sus órdenes, entró en el castillo nuevo, le encontró sentado en su cama y medio vestido.

—Son las tres, señor baron,—le dijo el mayordomo.—¿Habeis descansado algo?

—He dormido, Johan, pero muy mal: toda la noche he estado soñando con los títeres.

—Pues bien, no era un sueño triste: esa funcion de títeres era muy curiosa!

—¿Eso creéis? ¡bueno!

—Pues vos tambien os habeis reído.

—Siempre se rie uno. La vida es una risa perpétua... pero una risa muy triste, Johan!

—Vamos, señor baron, no tengais ideas tristes. ¿Qué teneis que mandarme?

—¡Nada! si me he de morir hoy, ¿quién podrá impedirlo?

—¡Morir! ¿por qué os imaginais eso? Teneis un semblante excelente, hoy!

—Pero, ¿y si me asesinan?

—¿Quién ha de abrigar tal intencion?

—Mucha gente, pero sobre todo el hombre del baile, aquel cuyo semblante y amenazas...

—¿El fingido sobrino del abogado? No comprendo que pueda atormentaros esa figura. No se parece en manera alguna á la de....

—¡Calla! ¡nunca has visto bien; tú, eres miope!

—¡No por cierto!

—Un insolente que en mi casa, delante de todos, se atreve á mirarme frente á frente y á desafiarme!...

—Eso os ha sucedido mas de una vez, y os habeis burlado de ello.

—Y esta vez he caído al suelo como si me hubiese herido un rayo!

—¡Fue por ese maldito aniversario! Ya sabeis que todos los años os pone malo, y luego lo olvidais.

—Nada tengo que echarme en cara, Johan.

—¡Pardiez! ¿no lo sé yo, por ventura?

—Pero, ¿qué pasa en mi pobre cabeza para que tenga yo esas visiones?

—¡Bah! es la época de los grandes frios. A todos les puede suceder eso.

—¿Te sucede á tí alguna vez?

—¡A mí, nunca! Cómo mucho; vos no coméis nada. Va, mos, es preciso que tomeis algo, una taza de thé, siquiera.

—Todavía no. ¿Qué opinas acerca de la narración de ese italiano?

—¿De ese Tibaldo? No me habeis dicho ni una palabra.

—¡Es verdad! Pues bien, tampoco te lo dire.

—¿Por qué?

—Porque es una locura. Sin embargo... ¿cres que el abogado Goefle sea enemigo mio? ¡Debe serlo!

—No veo la razon.

—Tampoco yo la veo; siempre le he pagado espléndidamente, y su padre me era muy adicto.

—Y luego Mr. Goefle es un hombre de talento, un buen orador, un hombre de mundo y sin preocupaciones, creedme.

—Te equivocas! no quiere litigar contra Rosenstein. Dice que no es mia la razon; hoy me ha hecho frente contradiciéndome. Aborrezco á ese Goefle!

—¿Ya? ¡Bah! aguardad un poco. Prometédle una cantidad mas crecida que de costumbre, y entonces juzgará que teneis razon.

—Así lo he hecho, y esta mañana me respondió muy mal. Te digo que le aborrezco!

—Pues bien, entonces, ¿qué queréis que le suceda?

—No lo sé todavía, allá veremos; pero, y el viejo Stenson?

—¡Cómo! el viejo Stenson...

—¿Le crees capaz de haberme hecho traicion?

—¿Cuándo?

—No te pregunto cuándo. ¿Le crees disimulado?

—Le creo idiota.

—Tú si que lo eres! Stenson es mas astuto que tú, y que yo tambien, acaso. ¡Ah! si fuese cierto lo que me ha dicho el italiano!

—¿Segun eso, no queréis que sepa yo lo que os ha dicho? ¿Ya no teneis confianza en mí? Entonces atormentaos, id vos mismo á adquirir datos, y enviadme otra vez á dormir.

—Johán, me riñes,—dijo el baron con extraordinaria dulzura.—Aplácate y lo sabrás todo.

—Sí, cuando me necesiteis.

—Te necesito al instante. Es preciso que ese italiano nos enseñe sus pruebas, si las tiene. ¿Nada se le ha encontrado encima?

—Nada. Yo mismo le he registrado.

—Bien me había él dicho que nada traía consigo. ¿Y qué podría tener? ¿Te acuerdas tú de Manasés?

—Ya lo creo! Un hombre que en otro tiempo vendió aquí muchas cosas, y muy caras, por cierto.

—Ha muerto.

—Tanto me da.

—Ese italiano es quien le ha asesinado.

—Vaya una idea! ¿Y para qué?

—Probablemente para robarle y para arrebatarle una carta.

—¿De quién?

—De Stenson.

—¿Interesante?

—Oh! Si por cierto, si contenia lo que dice ese tuno.

—Pues bien, si queréis que os entienda, hablad claro.

El baron y su confidente hablaron entonces tan bajo que ni las paredes les oían. El baron estaba agitado; Johan se encogía de hombros.

—He ahí un cuento,—dijo,—que es capaz de hacer que cualquiera se duerma de pie. Ese canalla de Tibaldo habrá forjado esa historia con los rumores que circulan por el país, para sacaros dinero.

—Dice que nunca había puesto los pies en Suecia hasta ahora, y viene en derecha desde Holanda por Drontheim.

—Es muy posible; pero ¿qué importa? Habrá adquirido datos, por casualidad, en estos alrededores; ¡se cuentan tantas fabulas acerca de vos! También es muy posible que en sus viajes se haya encontrado con ese viejo Manasés, que en otro tiempo oyó bastante.

—Veamos, ¿qué debemos hacer?

—Intimidar al señor italiano, no dejaros saquear, y prometerle...

—¿Cuánto?

—Dos ó tres horas en nuestro cuarto de las rosas!

—No lo creerá! Le habrán dicho que en Suecia, bajo el reinado de un obispo viejo, todo eso ha dejado de existir.

—¿Creeis que el capitán de la torre grande necesite todas esas antiguallas para soltarle la lengua á un hombre de carne y hueso?

—Entonces, opinas...

—Que le cubran de rosas hasta que confiese que ha mentido, ó hasta que diga donde ha escondido sus pruebas.

—Imposible! Dará gritos y el castillo está lleno de gente.

—¿Y la cacería? Asistid á ella, muerto ó vivo, y preciso será que todos os sigan.

—Siempre se queda alguien, aunque no sean mas que los lacayos de mis huéspedes. ¿Y las señoras mayores? Dirán que hago uso de un derecho que se reserva el Estado.

—¡Bah! ¡bah! ¡bien os burlais de todo eso! Además yo me encargo de arreglarlo: diré que es un pobre diablo que se ha roto una pierna, y que le están haciendo una operación.

—¿Y recibirás sus revelaciones?

—Sí por cierto... ¿Quién lo ha de hacer?

—Me gustaria hallarme presente.

—Ya sabeis que teneis el corazon muy herno, y que no podeis ver sufrir.

—Es verdad, eso me descompone el estómago y las entrañas... Iré á la cacería, definitivamente.

—Vamos, mientras llega la hora procurad dormir de nuevo. Yo atenderé á todo.

—¿Y encontrarás al desconocido?

—Ese debe ser un cómplice. Solo podremos encontrarle con el auxilio de las revelaciones de Tibaldo.

—Con tanto mas motivo cuanto que me ofrecia entregarme al que... Pero acaso no sea el mismo!

—Dormid tranquilo, que yo le confesaré respecto de todos los puntos.

—¿Han hecho ayunar á ese desconocido?

—¡Pardiez!

—Entonces, vete, que voy á procurar descansar otro poco.... Me has tranquilizado, Johan... A tí siempre te se ocurren ideas; yo voy bajando ya... ¡Ah! qué pronto he envejecido, Dios mio!

Johan salió, encargando á Jacobo que despertase al baron á las ocho de la mañana.

Y Jacobo era un ayuda de cámara que dormia siempre en un gabinete contiguo al cuarto del baron. Era un hombre muy honrado con quien el baron representaba el papel de buen amo, convencido de que es muy útil tener cerca de sí á algunos hombres de bien, aunque no sea mas que para poder dormir en paz bajo su custodia.

En cuanto á Cristiano, que siempre dormia muy bien en cualquier sitio y con cualquiera compañía que se hallase, despertó al cabo de seis horas de sueño, y se levantó con suma cautela á mirar al cielo. Aun no amanecía; pero en el momento en que el jóven iba á volver á acostarse, recordó la partida de caza que probablemente comenzaria á organizar-

se entonces en el castillo nuevo Cristiano solo era cazador bajo el punto de vista de historia natural. Aunque era tirador diestro, nunca se había mostrado apasionado por matar animales para entretener el tiempo ó para lucir su destreza; pero una cacería de osos le ofrecía el interés de una cosa nueva, pintoresca ó notable bajo el punto de vista zoológico. Así pues, se sintió de improviso completamente despavilado y muy resuelto á ir á ver aquel espectáculo, aunque no le presenciase por completo y volviese á tiempo para preparar su representación con Mr. Goelle.

Como al dormirse había hablado con el doctor en derecho acerca de aquella cacería, y no le encontró muy predispuesto en favor de tal proyecto, que á Mr. Goelle no le gustaba mucho, Cristiano previó que encontraría resistencia en su buen tío, y sabiendo lo débil que él mismo era para ceder, dijo para sí:

—Mas vale que me escape sin meter ruido, dejándole cuatro letras escritas con lápiz para que no tenga inquietud por mí. Se incomodará un poco, le fastidiará almorzar solo, pero aun tiene que trabajar y que hablar con Mr. Stenson; acaso volveré á tiempo para que no repare demasiado en su aislamiento.

Cristiano salió muy sigilosamente del cuarto de guardia, se vistió en el de la Osa, metió su careta en el sombrero por costumbre y por precaucion, y salió por el *gaard*, que aun estaba sepultado en el silencio y la oscuridad. Desde allí pasó Cristiano al huerto, bajó al lago, y viendo que por aquel lado estaba mucho mas cerca de la playa que por el sendero del Norte, atravesó un corto trecho de agua helada y comenzó á andar por la tierra firme en direccion al castillo nuevo.

En el mismo momento atravesaba Johan el hielo por el lado opuesto, é iba á ponerse en acecho cerca del Stollborg, sin sospechar el vuelo que acababa de emprender su caza.

XII.

Cristiano no pensaba encontrar al Mayor en el castillo nuevo. Sabia que el jóven oficial, despues de las fiestas, se retiraba á su *bostoele*, situado á corta distancia. Como no había pensado en preguntarle en qué direccion se encontraba aquella casa de campo, no la buscaba en manera alguna. Su intencion era observar desde lejos los preparativos de la cacería y mezclarse con los campesinos que iban á dar el ojeo general.

Seguian aun el sendero de la orilla del lago, cuando co-

menzó á amanecer y pudo distinguir á un hombre que le salía al encuentro. Se echó con viveza el antifaz á la cara, pero se le volvió á alzar casi enseguida al conocer al teniente Osburn.

—A la verdad,—le dijo este tendiéndole la mano,—que celebremos infinito encontraros aquí. Iba á buscaros, y este encuentro nos hará ganar lo menos media hora de luz del día. Apresurémonos, que el Mayor os está aguardando.

Eran Osburn volvió atrás tomando la delantera, y al cabo de algunos pasos torció á la izquierda hácia la montaña. Cuando Cristiano, que le seguía de cerca, hubo trepado durante algunos minutos por una pendiente bastante áspera, vió mas arriba, en un barranco estrecho, dos trineos parados, y al Mayor que, al divisarle, acudió con aspecto gozoso.

—¡Bravo!—esclamó,—poseis la exactitud por espíritu de adivinacion. ¿Cómo diablos sabiais que habiais de encontraros aquí?

—Nada sabia,—contestó Cristiano;—me iba á la aventura al castillo nuevo.

—Pues bien, la casualidad nos favorece desde por la mañana, lo cual significa que la cacería será buena... Calle! estais muy bien disfrazado, como ayer noche, pero no estais calzado ni armado de un modo conveniente. Afortunadamente yo lo habia previsto, y traemos para vos todo lo necesario. Por de pronto tomad este abrigo de pieles, por via de precaucion, y marchemos pronto. Vamos algo lejos y el día no será demasiado largo para todo lo que tenemos que hacer.

Cristiano subió con Larsson á un trineo pequeño del pais, muy ligero, de dos asientos, y tirado por un solo caballejo de las montañas. El teniente y el cabo Duff, que era un buen veterano muy experimentado en materia de caza, se colocaron en otro vehiculo de igual forma. El Mayor tomó la delantera, y se pusieron en camino á media rienda.

—Habeis de saber,—dijo el Mayor á Cristiano,—que nos vamos á apresurar á cazar por nuestra cuenta. En las tierras del baron no escasean ni la caza ni los buenos tiradores, y aun el mismo es un cazador muy inteligente y muy intrépido, pero como tiene que consentir en enviar ó en conducir al ojeo á muchos huéspedes suyos que no lo entienden mucho, y que tienen mas pretensiones que habilidad, es mas que probable que meterán mucho ruido y no harán nada. Además, el ojeo con campesinos es una cosa que carece de interés, como podreis verlo cuando despues de haber verificado

nuestra expedicion, volvamos por aquella montaña que está allá arriba.

Es una especie de asesinato verdaderamente cobarde. Rodean al pobre oso, que no siempre quieren abandonar su madriguera; le asustan, le acosan, y cuando al fin sale para hacer frente ó para huir, le hacen fuego desde el otro lado de las redes, tras las cuales se mantienen para estar á cubierto de su desesperacion. Ahora bien, además de que eso carece de atractivos y de lances imprevistos, sucede con frecuencia que los torpes ó los impacientes hacen que se frustre todo, y que la res haya podido huir antes de ser alcanzada. Nosotros vamos á proceder de muy distinto modo, sin ojeadores, sin estrépito y sin perros. Cuando se acerque el momento crítico os diré lo que hay que hacer, y creedme, la verdadera caza es como todos los placeres verdaderos: no debe haber multitud de gente. Es una cosa que solo le gusta á uno hacerla con amigos ó con personas predilectas.

—Así pues,—contestó Cristiano,—tengo que daros dobles gracias porque os dignais asociarme á ese placer íntimo; pero explicadme cómo es que teneis libertad para ir á cazar en las tierras del baron antes que él. Le creí mas celoso de sus prerogativas de cazador ó de sus derechos de propietario.

—Por eso no vamos á tratar de matar su caza. Sus propiedades son considerables, pero no todo el pais es suyo, á Dios gracias. ¡Ved esas hermosas montañas que se alzan delante de vos! Es la frontera noruega, y en los primeros asientos de esas murallas gigantescas encontraremos un grupo que llaman el *Blaakdal*. Allí viven algunos campesinos libres y propietarios en el seno de los desiertos sublimes, y algunas veces en el seno de las nubes, porque no suelen estar sus cumbres, con frecuencia, tan limpias y claras como hoy.

Pues bien, á uno de esos *danneman* (así los llaman) es á quien mis amigos y yo hemos comprado el oso cuya guarida ha descubierto. Ese *danneman*, que es un hombre interesante por sus conocimientos en la materia, vive en un sitio magnífico y al que es bastante difícil llegar en carruaje; pero con la ayuda de Dios y de estos buenos caballitos de montaña, lo conseguiremos. Almorzaremos en su casa, despues de lo cual él mismo nos servirá de guia para ir á buscar al señor oso, que, no estando hostigado de antemano por charlatanes y aturdidos, nos aguardará sin desconfianza y nos recibirá según el humor que tenga en aquel momento. Pero ved,

Cristiano, ved qué bello espectáculo! ¿Habiais visto ya ese fenómeno?

—No, todavía no,—exclamó Cristiano lleno de júbilo,—y me alegro de verlo con vos! Es un fenómeno que solo conocia de oidas, un parhelio magnífico!

En efecto, en el horizonte se alzaban cinco soles. El verdadero, el poderoso astro estaba acompañado á derecha é izquierda, debajo y encima de su disco radiante, por cuatro imágenes luminosas menos vivas, menos redondas, pero rodadas de aureolas iriseas de una belleza maravillosa. Como nuestros cazadores caminaban en direccion opuesta, se detuvieron algunos instantes para gozar de aquel efecto de óptica que tiene mucha relacion con el arco iris en cuanto á sus causas prematuras, pero que en Europa no se produce sino en los paises del Norte.

Al pronto siguieron por un camino hermoso; luego este mismo se tornó angosto y desigual por entre las tierras, luego en sendero, y despues no hubo ya mas que el terreno inculto y escabroso que solo ofrecia débiles huellas trazadas en la nieve de las colinas.

Por fin Larrison, que conocia perfectamente el pais y los recursos del trineo que guimba, se lanzó á unas asperezas aterradoras, en la falda de las montañas, costeano precipicios, resbalando con vertiginosa rapidez por barrancos casi perpendiculares, saltando zanjas con el caballo, escalando troncos de árbol atravesados en el camino y rocas despeñadas, sin dignarse casi evitar aquellos obstáculos, que á cada instante parecia que habian de hacer pedazos el frágil trineo. Cristiano no sabia qué admirar mas, si la audacia del Mayor, ó la destreza y el valor del flaco caballejo, al que dejaba correr á su antojo, porque el instinto maravilloso del animal parecia el sentido de segunda vista. Sin embargo, dos veces volcó el trineo. No fué culpa del caballo, sino del vehículo, que no podia ceñirse lo bastante á sus movimientos, por muy ingeniosamente construido que pudiese estar. Aquellas caidas podian ser graves, pero son tan frecuentes que no se cuentan. También el trineo del teniente volcó dos ó tres veces, á pesar de estar advertido por los accidentes del que le precedia.

Rodaban por la nieve, se sacudian, volvian á levantar el trineo, y seguian la marcha sin hacer reflexion alguna acerca de la aventura, como si no hubiesen hecho mas que apearse para aliviar un poco el peso al caballo. En otra parte, una caída hubiera hecho reir ó estremecer; allí entraba tranquilamente en las cosas previstas é inevitables.

Cristiano experimentaba un bienestar indecible en aquella carrera conmovedora

—No puedo espresaros,—le decia al buen mayor, que le cuidaba con fraternal solicitud,—lo feliz y contento que me siento hoy!

—¡Loado sea Dios, querido Cristiano! ¡Anoche estabais melancólico!

—Era la noche, el lago, cuya hermosa sábana de nieve habia sido ensuciada por las carreras, y que parecia una masa de plomo bajo nuestros pies. Era el hógar iluminado por teas siniestras, como antorchas mortuorias sobre un sudario. Era aquella bárbara estatua de Olín que, con su martillo amenazador y su brazo disforme, parecia lanzar sobre la nueva generacion y sobre nuestra multitud profana no sé qué maldicion! Todo aquello era hermoso, pero terrible; tengo la imaginacion viva, y luego...

—Y luego, confesadlo,—dijo el mayor,—teniais algun motivo de pesadumbre.

—Quizás sí, una ilusion, una idea loca que la vuelta del sol ha disipado. Sí, mayor, el sol ejerce una influencia tan benéfica sobre el alma del hombre como sobre el cuerpo ilumina lo mismo á aquella que á este. Ese hermoso y fantástico sol del Norte es, sin embargo, el mismo buen sol de Italia, el dulce sol de Francia. Calienta mas, pero creo que alumbrá mejor que en otras partes, en este pais de plata y de cristal en que estamos! Todo le sirve de espejo, hasta la atmósfera, en estos hielos immaculados. Bendito sea el sol, ¿no es verdad, mayor? Y bendito seais vos, tambien, por haberme traído á esta carrera vivificadora que me exalta y me reanima. ¡Sí, sí, esta es mi vida! ¡el movimiento, el aire, el calor, el frio, la luz! Tierra delante de sí, un caballo, un trineo, un buque... ¡Bah! ¡menos aun, piernas, alas, libertad!

—Sois singular, Cristiano! Yo preferiria á todo eso una mujer segun la desease mi corazon.

—¡Pues bien,—dijo Cristiano,—yo tambien, vive Dios! No soy singular, no; pero debe uno ser el apoyo de su propia familia ó permanecer soltero. ¿Qué quereis que haga yo que nada poseo? No pudiendo pensar en la felicidad, al menos tengo el consuelo de saber olvidar todo lo que me falta, y de entusiasmar me por las alegrías austeras á que puedo aspirar. Así, pues, no me habéis de familia ni de hogar. Dejadme sonar con el aire libre que me impulsa hácia las desconocidas playas.. Demasiado sé, querido amigo, que el hombre ha nacido para amar! En este instante lo siento así al lado vuestro, que

me acogeis como á un hermano, y de quien mañana habré de separarme para siempre; pero, puesto que es mi destino no poder establecer vínculos en parte alguna; puesto que no tengo patria, ni familia, ni profesion en este mundo, todo el secreto de mi valor consiste en la facultad que he adquirido de disfrutar la felicidad cogida al vuelo y de olvidar que el día siguiente me la ha de arrebatár cual un hermoso sueño! ... Además, desde el ponche que tomamos anoche en la gruta del liógar he hecho muchas reflexiones.

—¡Pobre muchacho! estais enamorado, sin duda alguna, porque no habeis dormido!

—Que esté enamorado ó no, he dormido como duerme la inocencia; pero se reflexiona pronto cuando no se pueden desperdiciar muchas horas en la vida. Al vestirme y al ir desde el Stóllborg á buscaros, se me ha revelado una verdad buena y sencilla, y es que, al querer resolver el problema del oficio ambulante, me habia equivocado. Habia raciocinado cual hijo mimado de la civilizacion, reservándome goces de sibárita. Vais á comprenderme...

Y Cristiano, sin referir al mayor los hechos de su vida, le bosquejó en pocas palabras las aptitudes, las necesidades, los desfallecimientos y los progresos de su existencia intelectual y moral, y cuando le hubo hecho comprender el cómo intentó hacerse artista para no dejar de consagrarse al activo de la ciencia, añadió:

—Ahora bien, mi querido Osmundo, para ser artista es preciso no ser otra cosa, y sacrificar los viajes, los estudios científicos y la libertad. No queriendo hacer esos sacrificios, ¿por qué no he de ser sencillamente el artesano sin arte que todo hombre de buena salud puede ser en un momento dado de su vida? Quiero estudiar las entrañas de la tierra: ¿no puedo hacerme minero, durante un mes, en cada mina? Quiero estudiar la flora y la zoología: ¿no puedo contratarme por cierto tiempo, como desmontador ó como cazador, en un sitio dado, é ir mas lejos en la estación siguiente, utilizando, para vivir pobremente, mis brazos y mis piernas en provecho de mi instrucción, en vez de gastar mi inteligencia en bufonadas para ganar mas pronto una manutencion mejor y trajes de mas precio? ¿No tengo fuerzas suficientes para trabajar materialmente y dejar á mi inteligencia su libertad y su humilde fecundidad? He pensado mucho en la vida de nuestro gran Lineo, que es el resumen de la mayor parte de la de los sábios en el tiempo en que vivimos. Siempre les ha faltado el pan, siempre ha sido la falta de recursos la que ha estado

próxima á ahogar su desaharrollo y á dejar sus trabajos ignorados ó incompletos. A todos les veo, en su juventud, errantes, como yo, é inquietos por el día siguiente, sin hallar su tabla de salvacion sino en la casualidad, que les hace encontrár protectores inteligentes. Aun así, despues de haber cerrad su mano sobre un beneficio, que siempre es cosa amarga, suelen verse obligados con frecuencia á interrumpir su tarea para ocuparse en funciones mezquinas que les son concedidas como una gracia, que les ocupan un tiempo precioso, y que entorpecen ó retrasan sus descubrimientos. Pues bien, ¿por qué no hacen lo que yo quiero y voy á ejecutar, echarse un martillo ó un pico al hombro para ir á cortar la roca ó á desmontar la tierra? ¿Para qué necesito yo fibros ni tinteros? ¿Quién me mete prisa para que haga saber al mundo científico que existo, antes de tener algo nuevo y verdaderamente interesante que decirle? Ahora sé ya bastante para comenzar á aprender, es decir, para observar y para estudiar á la naturaleza en sí misma. ¿No se ven, por ventura, secretos sublimes descubiertos en el seno de las fuerzas naturales por unos pobres trabajadores sin instruccion en quienes Dios habia puesto, cual una chispa sagrada, el génio de la observacion? ¿Y creéis, mayor Larrison, que un hombre apasionado por la naturaleza, como lo soy, carecerá de celo y de atencion porque coma pan negro y duerma sobre un monton de paja? Observando la construccion de las rocas ó la composicion de los terrenos, ¿no podrá suscitar una idea fecunda para la explotacion? ¡Mirad, de esos pórfiros que nos rodean ó de esos terrenos incultos que atravesamos?

Estoy seguro de que en todas partes hay manantiales de riqueza que el hombre irá descubriendo gradualmente. Ser útil a todos: he ahí el glorioso ideal del artesano; querido Os-mundo; ser agradable a los ricos, he ahí el destino peculiar del artista, destino a que me sustraigo lleno de alegría.

—Cómo!—dijo el Mayor sorprendido,—¿quereis renunciar formalmente, Cristiano, á esa profesion agradable, en que tantos triunfos alcanzais, á las dulzuras de la vida, que podeis conquistar con los recursos de vuestro talento, á los encantos de la sociedad, en la que solo de vos dependeria el volveros á presentar con ventaja y lucimiento, aceptando algun empleo en los placeres de la corte? No teneis mas que desearlo, y muy pronto os creareis amigos poderosos, que obtendran fácilmente para vos la direccion de algun espectáculo ó de algun museo. Si quereis, mi familia es noble... y tiene buenas relaciones....

—No, no, Mayor, gracias! Eso hubiera sido bueno ayer mañana, que yo no era todavía mas que un niño que buscaba su camino haciendo novillos: acaso hubiera aceptado. El baile me habia llevado de nuevo á antiguas vacilaciones, á antiguas seducciones mundanales que influyeron demasiado sobre mí. Hoy soy un hombre que vé adonde debe ir. No sé qué rayo ha penetrado en mi alma con ese sol matinal....

Cristiano quedó sepultado en profunda meditacion. Buscaba en sí mismo qué encadenamiento de ideas le habia conducido á resoluciones tan enérgicas y sencillas; pero en vano investigaba y lo atribuía todo á la influencia de un buen sueño y de una mañana hermosa: siempre le reproducia su memoria la imagen de Margarita ocultando su rostro entre sus manos al oír el nombre de Cristiano Waldo. Aquel grito ahogado que partia del corazon de la mujer, habia ido á herir el altivo pecho de Cristiano Goffredi; habia quedado en sus oídos y llenado su alma de una vergüenza generosa, de un valor súbito é inflexible.

—Decidme,—repuso dirigiéndose al mayor, que le recordaba las molestias y el cansancio del trabajo material, ¿por qué he de divertirme, descansar y librar á mi existencia de todo accidente? No habiéndome procurado mi nacimiento un puesto privilegiado en la sociedad, ¿á quién he de culpar si no tengo el suficiente valor y raciocinio para conquistar un puesto honroso? ¿A los que me dieron el ser? Si estuviesen aquí podrian contestarme que, habiéndome formado sano y robusto, no era con intencion de hacerme ser delicado y perezoso, y que, si tengo absoluta necesidad de andar sobre alfombras y comer golosinas para mantener mis fuerzas y mi buen humor, les era completamente imposible prever ese caso singular y ridículo.

—Os burlais, Cristiano,—dijo el Mayor,—y sin embargo, la vida sin lo superfluo no merece la pena de que se viva. ¿No es, por ventura, el objeto del hombre constituirse un nido con todo el esmero y la prevision de que le da ejemplo el pájaro?

—Sí, Mayor, ese es el objeto para vos, cuyo porvenir se halla relacionado con un pasado; pero yo, cuyo pasado nada ha edificado para lo porvenir, ¿sabreis qué fué lo que me decidió á hacerme *fabulador*, como dice Mr. Goethe? Sin saberlo yo fué sin duda alguna el temor á lo que llamau la miseria. Ahora bien, ese temor en un hombre asiado es una cobardia, y no hay medio de revelar eso de otra manera sino con la siguiente queja, cuyo efecto burlesco vais á ver en la

boca de un hombre tan sano y robusto como yo. Mirad, señores, un monólogo de títeres: nuestro amigo St. n'arello es quien habla ingenuamente: «Ay de mí! tres veces desgraciado! con que ya no volveré á dormir entre esas sábanas finas! Ah! Dios! cuando tenga calor en Italia ya no podré tomar un sorbete de vainilla! Ah! cuando tenga frío en Suecia ya no podré echar ron de superior calidad en mi té! Ah! ya no tendré una casaca de seda de color de espliego para ir á bailar, ni puños finos para adornar mi blanca mano! Ah! ya no cubriré mi cabellera con polvos de violeta y pomada de jazin! Oh estrellas, ved mi destino deplorable! Mi personita tan linda, tan preciosa, tan amable, va á verse privada de comer compotas en platos de porcelana de Sajonia, de llevar una cinta de moaré en la coleta y hebillas de oro en los zapatos. ¡Fortuna ciega, sociedad maldita! de seguro deheras recomedermelo todo eso, así como á Cristiano Waldo, que tan bien hace hablar y gesticular á los títeres!»

—Larsson no pudo menos de reírse al ver la alegría de Cristiano.

—«¡Sois un hombre singular!» dijo. —Hay momentos en que me parecéis paradójico, y otros en que imagino si seréis un sábio tan eminente como Diógenes cuando rompía su taza para beber de bruces en el arroyo.

—¿Diógenes?—repuso Cristiano,—¡muchas gracias! ese cinico siempre me ha parecido un loco lleno de vanidad. En todo caso, si era verdaderamente filósofo y queria probar á los tiempos que se puede ser feliz y libre sin bienestar, olvidó la base de su principio; y es que no se puede disfrutar esa ventura y esa libertad sin trabajo útil; y esta verdad es de los tiempos.

Reducirse á lo estrictamente necesario para consagrar sus dias y sus fuerzas á una empresa generosa no es sacrificar cosa alguna; sino conquistar la estimacion hacia sí mismo, la paz del alma; pero, sin ese objeto el estoicismo no es sino una necesidad, y juzgo mas sensatos y mas amables á los que confiesan que no sirven para nada mas que para divertirse.

Mientras nuestros cazadores iban hablando así, llegaron á la rústica hamacion en que les aguardaban. Hallábase esta tan bien unida á los terrados naturales de la montaña que, á no ser por el humo que de ella salía, no se la hubiera distinguido desde lejos.

—Vais á ver á un buen hombre,—dijo el Mayor á Cristiano,—un tipo de orgullo y de sencillez dalecarliano. Hay en

casa un ser bastante desagradable, pero acaso no le veamos.

—Lo sentiré,—contestó Cristiano;—escitan mi curiosidad todas las personas, lo mismo que todas las cosas, en este pais singular. ¿Quién es ese ser desagradable?

—Una hermana del *danneman*, una solterona idiota ó loca, que, segun dicen, fué hermosa en otro tiempo, y acerca de la cual han circulado muchas historias singulares. Se dice que el baron Olaus la hizo ser madre, y que la baronesa su esposa (lo que hoy lleva en una sortija) hizo arrebatar y dar muerte al niño, escitada por unos celos retrospectivos.

Parece que esa es la causa de la locura de la pobre mujer. Sin embargo, no os garantizo la verdad de nada de eso, y me intereso poco por una criatura que pudo dejarse vencer por los encantos del hombre de nieve. Algunas veces está muy fastidiosa con sus canciones y sus sentencias; otras veces está invisible ó muda. Ojalá la encontremos en uno de esos dias! Ya hemos llegado. Entrad pronto á calentarnos mientras el cabo y el teniente desempaquetan nuestros viveres.

El *danneman* Joe Boetsoi estaba en el umbral de la puerta. Era un hombre de hermosa figura, de unos cuarenta y cinco años, de facciones duras que formaban singular contraste con su mirada dulce y clara. Estaba vestido con mucha limpieza y se adelantó sin apresurarse, con el gorro puesto, con aspecto de dignidad y con la mano abierta.

—Bien venido seas!—dijo al Mayor (el campesino dalecarliano tutea á todos, aun al rey); tus amigos son los míos!

Y tendió la mano á Cristiano, á Osburu y al cabo.

—Os aguardaba, y á pesar de eso no debeis contar con hallar en mi casa mucha riqueza ni provisiones abundantes. Ya sabes, Mayor Larsson, que el pais es pobre; pero todo cuanto tengo es tuyo y de tus amigos.

—No revuelvas nada en tu casa, *danneman* Boetsoi,—contestó el mayor.—Si hubiese venido yo solo, te hubiera pedido tus ponches y tu cerveza; pero habiendo traído á tres amigos míos, me he procurado con antelacion las provisiones necesarias para no causarte molestia.

Hubo entre el oficial y el campesino una discusion en dalecarliano que Cristiano no entendió, y que el teniente le explicó mientras abrian las cestas.

—Como es muy justo,—le dijo,—hemos traído lo necesario para hacer un almuerzo regular en esta cabaña; pero el buen labriego, al paso que se disculpa por no tener nada buc-

Do que ofrecernos, ha hecho gastos extraordinarios, y por su semblante contristado se conoce fácilmente que nuestra prevision le lastima y produce en su mente el efecto de una duda respecto de su hospitalidad.

—En ese caso,—dijo Cristiano,—no debemos apesadumbrar á ese buen hombre; conservemos nuestros víveres y comamos lo que ha preparado para nosotros. Su casa parece muy limpia, y hé ahí á sus hijas, feas pero muy elegantes, que están poniendo ya la mesa.

—Hagamos un arreglo,—repuso el teniente,—juntémoslo todo y convidemos á la familia á aceptar nuestros manjares, al mismo tiempo que nosotros aceptamos los suyos; voy á proponerle eso al danneman... por supuesto, si le parece conveniente al mayor.

El teniente nunca adoptaba partido alguno sin esta restriccion.

La proposicion, formulada por el mayor, fue aceptada por el danneman, aunque no con mucha satisfaccion.

—Segun eso,—dijo con una sonrisa inquieta,—¿será como una comida de boda, á la que cada cual lleva su plato?

Sin embargo, aceptó; pero, no obstante las insinuaciones de Cristiano, ni siquiera se trató de mandar sentar á las mujeres. Esto, era demasiado contrario á las costumbres, y los oficiales hubieran temido parecer ridiculos proponiendo al danneman una infraccion tan grande para la dignidad de un jefe de familia.

Mientras estaban haciendo los preparativos y conversando, Cristiano examinó la casa por fuera y por dentro. Era el mismo sistema de construccion que habia observado ya en elgaard del Stollborg: troncos de abeto calafateados con musgo, el exterior pintado de encarnado con óxido de hierro, un tejado de corteza de álamo blanco cubierto con tierra y césped como la nieve, muy abundante en aquella región montañosa, hubiera podido cargar en demasia sobre el techo, habia sido espolada y barrida con sumo cuidado, y la cabra del danneman, que era mucho mayor que las de nuestro país, lanzaba un balido lastimero al ver aquella yerba fresca y hermosa que habia quedado descubierta.

Hacia tanto calor dentro de la casa que todos se quitaron los abrigos de pieles y las gorras para quedarse en mangas de camisa. Aquella casita, desahogada y espaciosa respecto de otras casuchas de la comarca, era todavia bastante pequeña, pero tenia un corte elegante, y su galeria exterior, situada

bajo el alero saliente del tejado, daba el aspecto cómodo y pintoresco de una cabaña suiza.

Una sola habitación, guarecida del frío exterior por un zaguan pequeño, bastaba para toda la familia, compuesta de cinco personas, el *dannem* viudo, su hermana, un hijo de quince años y dos hijas mayores. La estufa era un cilindro de ladrillos de Holanda, de cuatro pies de altura, con una chimenea contigua, todo ello situado en el centro de la casa. El piso de tierra estaba cubierto, á manera de alfombra, con una capa de hojas de abeto de las que se exhalaba un olor agradable y sano.

Cristiano estaba pensando dónde dormiría toda aquella familia, porque no veía mas que dos camas encajonadas en la pared, como en el camarote de un buque. Le explicaron que aquellas dos camas eran las del *danneman* y de su hermana, y que los hijos dormían sobre unos bancos, sin mas colchón que unas pieles.

—Por lo demás,—dijo el Mayor á Cristiano,—que se enteraba de todo con curiosidad, si encontráis aquí las costumbres rudas de nuestros montañeses de pura raza, también podreis hallar, al propio tiempo, un lujo peculiar de la profesión de nuestro patron y propio de lo abundante que es la caza en estos sitios salvajes. Ya os he dicho que el *danneman* Bøtsoi es un cazador muy diestro y experimentado; pero habéis de saber que no solo es hábil para descubrir el rastro de la res, sino también para darle muerte sin estropear su preciosa piel, y para prepararla y conservarla.

Cuando queremos comprar algo bueno y hermoso, y á un precio razonable, siempre nos dirigimos á él: sábanas de piel de *gamo en leche*, que para el verano son muy frescas y flexibles, y se lavan lo mismo que las de lienzo; pieles de oso negro con el pelo largo para forrar los trineos; capas de piel de buey marino, que son impermeables para la lluvia, la nieve y las densas nieblas del otoño, mas penetrantes y mal sanas que todo lo demás; en fin, rarezas y aun curiosidades en materia de pieles, porque ese Joe Bøtsoi ha viajado mucho por los países fríos, y conserva relaciones con cazadores que le envían los objetos de su comercio por medio de los lapones nómadas y de los noruegos traficantes, esas caravanas del Norte cuyo camello es el rengífero, y cuyo comercio, semejante al de los antiguos pueblos, suele ser tan solo un cambio de géneros.

Cristiano tenía curiosidad de ver aquellas pieles. El *danneman* creyó que deseaba hacer alguna compra, y conducién-

dóle con el Mayor á un cobertizo pequeño en que estaban colgadas las pieles, rogó á Larrison que dispusiese de todas sus riquezas á satisfacción de su amigo, sin querer saber siquiera el precio de venta hasta el momento de recibirle.

—Eres en eso tan entendido como yo,—le dijo,—y eres el amo en mi casa.

Cristiano, á quien Osmundo tradujo estas palabras, admiró la confianza del dalecarliano y preguntó si se extendía á todo el que le pedía hospitalidad.

—Por lo general esa confianza es muy grande,—contestó el Mayor;—aquí las costumbres son patriarcales. El dalecarliano, ese suizo del Norte, tiene rudas y grandes virtudes, pero vive en un país de miseria. La explotación de las minas trae aquí á muchos vagabundos, y ese mundo subterráneo suele ocultar criminales que se sustraen durante mucho tiempo á las penas dictadas contra ellos en otras provincias.

El labriego, cuando no es propietario ni está empleado en las minas, llega á verse tan miserable que algunas veces se halla obligado á mendigar ó á robar. Y sin embargo, el número de los malhechores es infinitamente pequeño cuando se le compara con el de las gentes sin recursos de quienes no se ocupan en manera alguna las clases privilegiadas. Así pues, el campesino rico no puede fiarse de todos los transeuntes, ni tampoco se fia del noble, que vota con perfecta regularidad en la Dieta en beneficio de sus propios intereses y en contra de los de las demás clases; pero el militar y sobre todo el miembro de la *indelta*, es el amigo del labriego. Somos el poder mas independiente que existe, puesto que la ley nos asegura una existencia feliz y desahogada, á cubierto de toda influencia contraria. Se sabe que por lo general somos muy adictos al Trono cuando se constituye en apoyo del pueblo contra los abusos de la nobleza. Es el papel que representa entre nosotros, y el campesino, que hace causa comun con el Trono, no se equivoca. Dejad que las cosas sigan su curso, Cristiano: llegará un día en que la Dieta y el Senado se verán obligados á contar con la clase media y con el campesino. Nuestro Rey no se atreve. Nuestra Reina Ubrica bien se atrevería, si su marido tuviese alguna energia; ¿pero se detendría en su camino la hermana de Federico el Grande si alguna vez pudiese abatir el orgullo y la ambicion de los *iaris*? Mucho lo dudo. . No pensaria mas que en estender el poder real, sin admitir que en ello debiese ganar la libertad pública. Así pues, nuestra esperanza se cifra en Enrique, en el príncipe real. Eso es un hombre de accion y de genio... Si,

si! llegará un tiempo... Perdonad! olvido que quereis ver pieles y que no os interesa en manera alguna la política de nuestro país; pero creed firmemente que el príncipe real...

—Sí, sí, el príncipe real,—repitió el teniente siguiendo al Mayor y á Cristiano al cobertizo; luego se quedó pensativo, ocupado en aprender de memoria las notables palabras que acababa de decir su amigo, con el fin de formarse una opinión fija acerca de la situación de su país, por la cual no se habría inquietado mucho si hubiese consultado la apática filosofía que le era natural; pero el Mayor tenía una idea, preciso era que el teniente la tuviese también, ¿y cómo había de tener otra distinta?... Este raciocinio le condujo á cifrar sin restricción su esperanza y su confianza en el genio del príncipe real. ¿Se equivocaba Larrison? Enrique (el futuro Gustavo III) tenía en sí mismo seducciones poderosas, la instrucción, la elocuencia, el valor, y de seguro que al principiar su carrera tenía amor á la verdad, y ambición por hacer el bien; pero lo mismo que Carlos XII y que tantos otros, había de sufrir los arrebatos de sus propias pasiones en lucha con la del bien público. Después de haber salvado á la Suecia de la oligarquía debía arrumarla con el fastuoso y ciego lujo y con los erróneos cálculos de una política sin virtud: grande hombre, sin embargo, en un momento dado de su vida, aquel en que sin derramar una gota de sangre logró emancipar á su pueblo de la tiranía de una casta fatalmente arrastrada por sus privilegios á alterar el equilibrio social.

Cristiano con arreglo á cuanto había podido averiguar acerca de la situación del país y del carácter que se le atribuía al futuro heredero de la Corona, compartía gustoso las ilusiones y esperanzas del Mayor; sin embargo, en aquel momento se hallaba aun mas ocupado, no en comprar el forro de un traje de invierno, pues no podía pensar en tal cosa, sino en mirar los despojos de animales que el *danneman* tenía amontonados en su angosto almacén. Para él era aquello un curso de historia natural relativamente á ciertas especies, y Larrison, que era un excelente cazador, le explicaba en qué regiones del Norte de Europa se hallaban desparramadas aquellas especies.

—Puesto que dentro de un momento vamos á caza de osos, —le dijo al concluir,—bueno será que conozcais de antemano la variedad con que tendremos que habérmolas. Según el *danneman* Bretsoi, es un mestizo; pero aun no está probado para nadie que las diferentes especies se reproduzcan entre sí. En Noruega se cuentan tres: el *bress-diuir*, que se mantiene

con hojas y verbas, y que es muy goloso de leche y de miel; el *ildgils-djur*, que come carne; y el *myrebiorn*, que se alimenta con hormigas. En cuanto al oso blanco de los mares glaciales, que es una quinta familia mas marcada aun, no necesito deciros que no le conocemos.

—Y sin embargo,—dijo Cristiano, —he aquí dos pieles de oso palar que en concepto mio no son las menos preciosas que hay en la colección del *dannemán*. ¿Ha ido á cazar osos hasta el mar glacial?

—Es muy posible,—contestó el Mayor.—En todo caso, como os he dicho antes, se halla relacionado con los habitantes del extremo Norte, y muchas veces le sucede andar doscientas leguas en trineo, en el corazón del invierno, para ir á hacer cambios con cazadores que han andado otro tanto camino en patines ó con sus rengíferos para salirle al encuentro. Hoy mismo quiere ponernos en presencia de un mestizo de oso blanco y de oso negro, en atencion á que le ha parecido que su piel era algo mezclada; pero como no le vió mas que de noche, á la claridad muy engañosa de la aurora boreal, nada os garantizo. El oso es un ser tan desconfiado, que sus costumbres son todavia muy misteriosas, aun en nuestras comarcas, en donde abundaba hace cien años, y en donde todavia es muy común. Así pues, no se sabe si el oso de piel mezclada es un mestizo ó una especie aparte. Unos creen que, siendo la piel blanca un efecto del invierno, la piel pia es un principio ó un término de la metamorfosis anual; otros aseguran que el oso blanco es blanco en todas las estaciones; pero todo lo que os estoy diciendo, Cristiano, lo sabreis mejor que yo, quizás... Habreis leído tantas obras que no conozco mas que de nombre...

—Precisamente porque he leído muchas obras es por lo que nada sé para resolver vuestras dudas. Buffon contradice á Wormsius precisamente respecto de los osos, y todos los sabios se contradicen unos á otros casi á propósito de todo, lo cual no impide que se contradigan á sí mismos. La mayor parte de las leyes de la naturaleza se halla todavia en estado de enigma, y si las costumbres de los animales que viven en la superficie de la tierra están todavia tan poco ó tan mal observadas, juzgad lo que sucederá con los secretos que encierran las entrañas del globo!

—He ahí lo que me inducia á deciros antes, que todo hombre, por insignificante que sea, puede descubrir cosas inmensas; pero volvamos á nuestros osos, ó mas bien despachémonos á almorzar para ir á buscarlos. No les conozco á los sue-

cos mas que un defecto, querido amigo, y es el de comer demasiado a menudo y durante harto tiempo. Comprenderia eso, cuando mas, si tuviesen dias de veinte horas; pero cuando veo el arco de círculo tan pequeño que el sol ha de recorrer ahora para volver á sepultarse en el horizonte, me pregunto á mi mismo á qué hora esperais cazar.

—¡Paciencia, querido Cristiano!—contestó el Mayor riendo;—la caza del oso no es larga. Es un golpe de mano que sale bien ó queda frustrado, segun logreis plantar dos balas en la cabeza del enemigo, ó que él os desarme y os derribe de un manotazo. Há ahí al *danneman* que nos anuncia que el almuerzo está dispuesto; marchemos.

El ambigü que los oficiales habian llevado era muy agradable; pero Cristiano vió desde luego que las muchachas y el mismo *danneman* miraban aquellas cosas buenas con una especie de tristeza humillada, y que despues de haberse esmerado para ofrecer sus rústicos manjares, apenas se atrevian á presentarlos en la mesa. Desde entonces consideró como un deber probarlos y elogiarlos, atencion que le costó poco trabajo, porque el salmón ahumado y la caza fresca del *danneman* eran excelentes, la manteca de reungífero exquisita, los nabos muy buenos y suaves, los dulces de frutas silvestres del Norte aromáticas y refrescantes.

Cristiano apreció menos la leche ágría, servida como bebida en jarros de estaño. Prefirió una especie de vinillo fabricado con las bayas de un e caramujo que crece con abundancia en aquella comarca, y que se come y se conserva de mil maneras. Por último, á los postres admiró la torta de Navidad, que se habia hecho apropósito para los huéspedes del *danneman* á fin de que pudiesen partirla, pues la que estaba reservada para la familia, segun costumbre, habia de permanecer intacta hasta la epifanía. El *danneman* introdujo resueltamente el cuchillo en el lujoso edificio amasado con harina de trigo, y derribó las torrecillas y campanarios diestramente contruidos por sus hijas.

Estas jóvenes morenas, poco agraciadas, pero bien formadas y coquetamente adornadas con cintas y joyas sobre un gran lujo de ropa blanca y de ca ellos negros bien trenzados, solo entonces fueron convidadas á tomar su parte de torta y á humedecer sus labios en la copa de su padre, despues que este la hubo llenado de cerveza fuerte. Permanecieron de pie, y antes de beber dirigieron una reverencia profunda y una felicitacion de año nuevo á sus huéspedes.

La impaciencia que por lo general experimentaba Cristia-

no en la mesa cuando ya no tenía apetito, se había convertido en una meditacion profunda. Sus compañeros se mostraban bastante alegres y ruidosos, aunque se habían abstenido de beber vino y aguardiente con el temor de dejarse sorprender por la embriaguez en el momento de comenzar la cacería. El *danneman*, que al pronto era reservado y un poco altivo, se había tornado mas expansivo y parecia que experimentaba particular simpatia hacia su huésped extranjero; pero aquel hombre, que conocia todos los dialectos del Norriand, y aun el finés y el ruso de Arcángel, no hablaba sino con mucho trabajo el sueco, su propia lengua nacional. Cristiano, que con su curiosidad y su facilidad habituales se ejercitaba ya para comprender el dalecarliano, no había comprendido sino de una manera vaga, y por la pantomima del narrador, las relaciones interesantes de sus cacerías y de sus viajes, ávidamente provocadas y escuchadas por los demas convidados.

Cansado de los esfuerzos de atencion que se veia obligado á hacer y del excesivo calor que hacia en el cuarto, Cristiano se había alejado de la estufa y de la mesa. Estaba mirando por la ventana el paisaje sublime que se dominaba desde la cabaña, colocada en el borde de una garganta profunda granítica, cuyas negras laderas, rayadas por cascadillas heladas, bajaban perpendicularmente hasta el lecho del torrente.

Las praderas naturales, inclinadas sobre el abismo tenían en muchos sitios una pendiente tan rápida que la nieve no había podido mantenerse en ellas resistiendo á los esfuerzos del viento, y ostentaban al sol sus verdes sábanas levemente salpicadas de escarcha y brillantes cual alfombras de pálidas esmeraldas. Aquellos restos de un verde claro, victorioso de las heladas, hacian resaltar mas aun el verde oscuro y casi negro de los pinos gigantescos, colocados con abundancia en el borde del abismo y rodeados por franjas de carámbanos de hielo. Los que se hallaban situados en las cavidades en que la nieve permanecía amontonada, estaban sepultados en ella hasta la mitad de su tronco, y este suele tener ciento sesenta pies de altura. Sus ramas, harto cargadas de témpanos de hielo, colgaban y se metían en la nieve, tan duras y firmes como los arcos de las catedrales góticas. En el horizonte, los escarpados picos del Sevenberg alzaban sobre un cielo de color de amatista sus rosadas crestas, en donde permanecian los hielos eternos. Eran próximamente las once de la mañana; el sol proyectaba ya sus rayos hacia las azuladas profundidades, que cuando Cristiano llegó á la montaña, se hallaban envueltas todavia en los colores tristes y frios de la noche. A

cada instante las veía animarse con reflejos variables como el ópalo.

Todo viajero artista ha ponderado la belleza de los paisajes nevados en las latitudes que, por decirlo así, son su teatro predilecto. Entre nosotros nunca llega la nieve á tener todo su brillo: solo en parajes accidentados y en muy raros días en que resiste al sol, es donde podemos formarnos una idea del esplendor de tonos de que se reviste y de la transparencia de sombras que reciben sus masas. Cristiano estaba poseído de entusiasmo. Comparando el bienestar relativo de la cabaña (bienestar escesivo en cuanto al calor) con la aspereza solemne del espectáculo exterior, comenzó á pensar en la vida del *danneman* y á representársela en su imaginación hasta el extremo de apropiársela furtivamente y creerse en su casa, en su patria, entre su propia familia.

No hay una sola persona que, impresionada de un modo muy vivo por ciertas situaciones, no se haya hallado sepultado en una de esas meditaciones singulares en que el momento presente se nos aparece simultáneamente doble, es decir, reflejado en la mente como un objeto en un espejo. Imagina uno que pasa por un camino recorrido ya, que encuentra personas conocidas en otra fase anterior de la vida, y que en todo se comienza de nuevo una escena del pasado. Esta especie de alucinación de la memoria llegó á ser tan completa en Cristiano, que le pareció haber entendido ya con claridad aquella lengua dalecarliana, poco antes ininteligible para él, y al escuchar maquinalmente la palabra dulce y grave del *danneman*, hablando consigo mismo, comenzó á completar sus frases antes que él, y á darles un sentido. De pronto se levantó, casi como un sonámbulo, y apoyando con fuerza su mano en el hombro del Mayor, exclamó con estremada emoción:

—Entiendo! es muy singular... pero entiendo! ¿No acaba de decir el *danneman* que tenía doce vacas, de las que tres se habían tornado tan salvajes que en el otoño último no las pudo traer á su casa, que las creía perdidas y que se vió obligado á matar á una de un tiro para impedir que desapareciese como las demás?

—En efecto, ha dicho todo eso,—contestó el Mayor,—solo que esa historia no es del verano pasado. El *danneman* dice que todo eso le ocurrió hace unos veinte años.

—No importa,—repuso Cristiano,—ya veis que lo he entendido casi todo. ¿Cómo explicais eso, Osmundo?

—No lo sé, pero no me sorprende tanto como á vos: es el

resultado de vuestra increíble facilidad para aprender todas las lenguas, para construirlas y para explicarlas á vos mismo por medio de las analogías que tienen entre sí.

—No, no me ha sucedido así; eso ha venido á mi mente como una reminiscencia.

—También es muy posible. Habreis estudiado en vuestra infancia una multitud de cosas que recordais confusamente. Veamos, escuchad ahora lo que dicen las jóvenes: ¿lo entendéis?

—No,—dijo Cristiano,—ha concluido; el fenómeno ha cesado y ya nada entiendo.

Y volvió hacia la ventana para tratar de coger de nuevo la misteriosa revelación oyendo hablar á sus patrones, pero fué en vano. Las confusas reminiscencias se disiparon, y á pesar suyo, el raciocinio, las impresiones verdaderas, recorrieron sobre su mente su habitual dominio.

Sin embargo, no tardó en entrar en otro orden de pensamientos contemplativos. Esta vez, no era ya un pasado fantástico lo que se le aparecía, sino el sueño de un porvenir bastante lógicamente deducido de las resoluciones que habia adoptado, y de las cuales habia estado hablando una hora antes con el Mayor. Se veía vestido como el *danneman*, con un leviton sin mangas puesto encima de una chupa con mangas largas y angostas; con medias de cuero amarillas puestas sobre otras de paño; el pelo cortado en forma cuadrada sobre la frente; sentado junto á su estufa ardiente y refiriendo á alguno de los escasos transeúntes que visitasen su casa sus expediciones sobre los hielos flotantes ó sobre las corrientes del terrible abismo del Maelstrem y por los senderos perdidos del Syltfield.

En aquella posición pacífica y ruda que vislumbraba como la recompensa austera de sus viajes y de sus trabajos, naturalmente intentaba formarse la idea de una compañera asociada á las rústicas ocupaciones de su edad madura. Cristiano miraba atentamente á las hijas del *danneman*; no eran bastante hermosas para que se deleitase con la idea de ser el marido de una de aquellas criaturas varoniles y severas. Mejor habria preferido permanecer soltero que no poder vivir intelectualmente con la compañera de su vida. A pesar suyo, el fantasma de Margarita revoloteaba en su mente bajo la forma de una hada linda y rubia disfrazada de hija de las montañas, y más bonita aún con la camisa blanca y el corpiño verde que con su lujoso vestido y sus zapatitos de raso; pero aquel traje caprichoso no era más que un disfraz pasajero. Margarita

era una figura arrancada de otro cuadro, no podía hacer mas que cruzar por la cabaña sonriendo, y desaparecer en el trineo azul y plateado, forrado de blanco por dentro, en donde para siempre le estaba prohibido á Cristiano sentarse al lado suyo.

—Vete, Margarita! —dijo para sí.—¿Qué vienes á hacer aquí? Un abismo nos separa, y no eres para mí sino una vision que esta bailando á la claridad de la luna. La mujer que yo tenga será una tosca realidad... ó mas bien no tendré mujer; seré punero, labrador, ó comerciante nómada como el *danne-man*, durante unos veinte años, antes de poder construir mi uido en la punta de una de estas rocas. A los cincuenta años me estableceré en algun sitio grandioso, viviré en él como un auacoreta, y criaré á algun muchacho abandonado que me querrá como yo he querido á Goffredi. ¿Por qué no? Si para entonces he descubierto alguna cosa ú al para mis semejantes ¿no seré feliz?

Así era como Cristiano revolvía en su cabeza el problema de su destino; pero su sueño de ventura, no obstante lo modesto que le forjaba, se hundía siempre ante la idea de la soledad.

—¿Porqué hace veinte y cuatro horas, decia para sí, que me persigue así esa idea de amor formal? Hasta ahora habla pensado poco en el día siguiente. Veamos, ¿no puedo aplicar á estos delirios, á estos gritos del corazon, la buena filosofía que, al hablar con Osmundo, oponia á las dufzuras materiales de la existencia? Si he sabido olvidarme, ó al menos tratarme con aureza como ser físico en mi proyecto de reforma ¿no puedo imponer silencio, tambien, á la imaginacion, que comienza á earriciar la felicidad del alma? Vamos, Cristiano! puesto que has arreglado y decidido que no tienes derechos particulares á la felicidad, ¿no puedes adoptar tu partido y decir: «No se trata de aspirar el perfume de las rosas, sino de caminar sobre espinas sin mirar atrás.»?

Cristiano sintió que su corazon se destrozaba al hacer aquel esfuerzo de voluntad, y su rostro se inundó de llanto que ocultó con sus manos, poniéndose en la actitud de un hombre que está dormitando.

—¡Vamos, Cristiano! —esclamó el Mayor levantándose de la mesa—es este momento oportuno para dormir cuando sois el mas ardiente para la caza? Venid á beber el trago de la espuela, y marchemos.

Cristiano se levantó gritando: bravo! Tenia los ojos húme-

dos, pero su franca sonrisa no permitia pensar que hubiese llorado.

—Se trata de saber,—repuso el Mayor,—quien de nosotros tendrá la honra de atacar el primero a S. M. peluda.

—¿No lo decidirá la suerte?—dijo Cristiano. Yo creí que esa era la costumbre.

—Si por cierto; pero tanto nos entretuvisteis é interesásteis anoche, que hace un momento estábamos pensando qué podríamos imaginar para mostrarnos nuestro agradecimiento, y el teniente y yo, con anuencia del cabo, que aquí tiene voto lo mismo que los demás, hemos resuelto que se echen suertes y que aquel de nosotros que salga favorecido tenga el gusto de ofreceros su puesto.

—De veras!—dijo Cristiano.—Os lo agradezco con toda mi alma, queridos amigos, pero podría muy bien suceder que hicieseis el sacrificio de un placer que no soy digno de apreciar. No he intentado pasar por un cazador ardiente y diestro. No soy mas que un curioso...

—¿Segun eso, teme's algo?—repuso el Mayor.—En ese caso...

—Nada puedo temer, contestó Cristiano, puesto que nada sé acerca de los peligros de esa caza, y no creo ser cobarde hasta el extremo de no querer ir á darme presumo que se puede correr un peligro cualquiera. Repito que no ostento en ello ningún amor propio; nunca he llevado á cabo hazaña alguna que me dé el derecho de querer acaparar un triunfo: ¿me podeis concederme un puesto que iguale todas nuestras probabilidades?

—No puedo ser. Todas las probabilidades son iguales ante la suerte; la única buena es para el que va delante.

—Pues bien,—dijo Cristiano,—iré delante y levantaré la caza; pero si hay alguien que no tenga empeño en matar al oso por su propia mano, soy yo, os lo declaro, y aun confieso que preferiria con mucho tener tiempo para examinar la pantomima, y el aspecto de la res viva.

—Pero, ¿y si antes que podais examinarla huye y se nos escapa? Nadie sabe el capricho que puede tener. El oso es medroso, por lo general, y á no ser que esté herido, solo piensa en desaparecer. Creedme, Cristiano, encargaos del ataque si quereis ver una cosa interesante. De otro modo, acaso no vereis mas que la res muerta despues del combate, pues parece que está atrincherada en un sitio angosto, detrás de unos matorrales espesos.

—Entonces acepto,—dijo Cristiano,—y os prometo mostraros esta noche, en mi teatro, una caza de osos en la que procuraré introducir cosas divertidas. Sí, sí, estaré lo mejor posible para probaros mi gratitud. Y ahora, Mayor, decidme lo que hay que hacer y de qué modo se maneja uno para matar a un oso con impieza, sin hacerle sufrir demasiado, porque soy un cazador sentimental y me es forzoso confesar que no tengo el mas leve instinto de ferocidad.

—¡Cómo!—repuso el Mayor.—¿Nunca habéis visto siquiera matar un oso?

—¡Nunca!

—¡Oh! entonces es muy diferente; retiramos nuestra proposición. Nadie tiene aquí el deseo de veros mutilado, querido Cristiano! ¿No es verdad, camaradas? ¿Y qué diría la condesa Margarita si le llevasen á su bailarín con una pierna rota?

El teniente y el cabo opinaron que no se debía esponer á un novicio á un encuentro peligroso con la fiera; pero el nombre de Margarita, pronunciado allí con gran sentimiento de Cristiano, habia hecho latir su corazón. Desde aquel momento reclamó el favor que le habian otorgado con tanto ardor como antes habia mostrado modestia ó indiferencia.

—Si puedo matar al oso con cierta elegancia, pensó, acaso esa princesa bárbara se avergonzará algo menos de nuestra difunta amistad; y si el oso me mata algo trágicamente, acaso el recuerdo del pobre histrion será regado con una lágrima de compasion derramada en secreto.

Cuando el Mayor vió que decididamente le desagradaba á Cristiano tener que someterse á la suerte, aconsejó á sus compañeros que le cediesen el puesto privilegiado. Unicamente se acercó al *danneman* y le dijo en su lengua:

—Amigo, puesto que vas á ir delante con nuestro querido Cristiano para servirle de guía, vigílale de cerca, te lo ruego. Es su primer ensayo.

El dalecarliano, sorprendido, no comprendió al instante: hizo que le repitiesen el aviso, luego miró atentamente á Cristiano y movió la cabeza.

—Es un hermoso jóven,—dijo,—y tiene buen corazón, estoy seguro de ello! Ha comido mi *kakebroe* como si no hubiese hecho otra cosa en toda su vida; ese tiene dientes dalecarlianos, y sin embargo es extranjero! Es un hombre que me gusta. Siento que no sepa hablar el dalecarliano conmigo, y mas aun me pesa que vaya adonde se han quedado otros mas astutos que él y que yo!

El *kakebroe* á que aludia el *dannenman* no era sino su pan

mezclado con centeno, cebada y corteza molida. Como en aquel país no se cuece sino dos veces al año, cuando mas, el pan, que es ya muy duro de por sí, merced á la mezcla que tiene de polvo de álamo blanco, á consecuencia de lo seco que está se convierte en una especie de piedra chata que con dificultad pueden comer los extranjeros. Conocida es la frase histórica de un obispo danés que, yendo á combatir contra los dalecarlianos en tiempo de Gustavo Wasa, dijo: «El mismo diablo no podría vencer á los que comen madera!»

Como el *danneman*, no obstante su entusiasmo hacia la heroica masticacion de su huésped extranjero, parecía que no podia responder de librar su existencia, comenzó de nuevo la inquietud de Larrison, y aun intentaba disuadir á Cristiano, cuando el *danneman* pidió que se saliesen todos excepto el extranjero. Adivinaron su pensamiento, y Larrison se encargó de explicárselo á Cristiano.

—Es preciso que os presteis á alguna iniciacion cabalistica,—le dijo.—Ya os he dicho que nuestros labriegos creen en toda clase de influencias y de divinidades misteriosas; veo que el *danneman* no os conducirá con entera confianza al encuentro del oso si antes no os hace ser invulnerable por medio de alguna fórmula ó talisman. Quereis consentir...

—¡Ya lo creo!—esclamó Cristiano.—Soy ávido de cuanto puede considerarse como un rasgo de costumbres. Dejadme solo con el *danneman*, querido Mayor, y si me hace ver al diablo, os prometo describirosle exactamente.

Cuando el *danneman* se quedó solo con su huésped, le cogió la mano y le dijo en sueco:

—No tengas miedo.

Luego le condujo á una de las dos camas que formaban nicho trasversal en el fondo del cuarto, y despues de haber llamado por tres veces: «¡Karina! ¡Karina! ¡Karina!» descorrió una cortina vieja de cuero labrado que dejó ver una forma humana angulosa y un rostro de aterradora palidez.

Era una mujer enferma y de edad avanzada, que pareció despertar penosamente, á quien el *danneman* ayudó á incorporarse para que pudiese mirar á Cristiano. Al propio tiempo repitió á este último:

—No tengas miedo.

Y añadió:

—Es mi hermana, de quien acaso habrás oido hablar, una *vidente* famosa, una *vala* de los antiguos tiempos

La anciana, cuyo sueño habia resistido al ruido del al-

muerzo y de las conversaciones, pareció que procuraba coordinar sus ideas. Su rostro lívido era sereno y dulce. Estendió la mano y el *danneman* puso en ella la de Cristiano; pero Karina retiró la suya al instante con una especie de terror, diciendo en lengua sueca:

—Ah! ¿qué es esto, Dios mío? ¿Sois vos, señor barón? Perdonad que no me levante. Me ha causado tanto en mi pobre vida!

—Os equivocáis, buena señora, —contestó Cristiano, —no me conocéis, no soy el barón.

El *danneman* habló probablemente en el mismo sentido á su hermana, porque esta repuso en sueco:

—Sé muy bien que me engañáis; ese es el *gran iarl*! ¿Qué viene á hacer en nuestra casa? ¿No quiere dejar dormir á la que tanto ha velado?

—No hagas caso de lo que dice —repuso el *danneman* dirigiéndose á Cristiano; —su imaginacion está dormida y prosigue su sueño. Dentro de un momento hablará con cordura.

Y añadió, hablando á su hermana:

—Vamos, Karina, mira á este joven y dile si ha de ir conmigo á cazar al *maligno*.

El campesino dalecarliano llama así al oso, cuyo nombre no pronuncia sino con repugnancia. Karina se tapó los ojos y habló á su hermano con vehemencia.

—Hablad en sueco, puesto que sabéis esa lengua, —le dijo Cristiano, —que deseaba comprender las practicas de la *vidente*. Os ruego buena madre, que me expliquéis lo que debo hacer.

La *vidente* cerró los ojos con una especie de obstinacion, y dijo:

—No eres aquel con quien yo soñaba. ¿Has olvidado la lengua de tu casa. Dejadme los dos, tú y tu sombra; no hablaré, he jurado no decir nunca lo que sé.

—Ten paciencia, —dijo el *danneman* á Cristiano. —Con ella siempre sucede así al principio. Pideselo con dulzura y te vaticinará tu suerte.

Cristiano renovó su ruego, y la *vidente* contestó al fin, sin dejar de ocultar sus ojos con sus manos pálidas y empleando un estilo poético que parecia haber aprendido de memoria:

—«El devorador abulla entre las retamas, se rompen sus ligaduras, se precipita!

«Se precipita hácia el Este, por los valles llenos de veneno, de turba y de fango!»

—¿Es decir que se nos escapará?—esclamó el *danneman*, que escuchaba religiosamente á su hermana.

—Veo,—repuso esta,—¡veo andar, por torrentes pestíferos, á los perjuros y á los homicidas! ¿Comprendéis esto? ¿Sabeis lo que quiero decir?

—No, nada sé,—contestó Cristiano,—quien conoció el estruendo de los antiguos cantos escandinavos de la *Voluspa*, y creyó conocer, tambien, la voz que oyó en los peñascales del Stollberg.

—No la interrumpas,—dijo el *danneman*.—Sigue hablando, Karina, que te escuchan.

—He visto brillar el fuego en la sala del rico,—repuso la anciana,—pero delante de la puerta estaba la muerte.

—¿Dices eso por este jóven?—preguntó el *danneman* á su hermana.

Ella continuó diciendo como si no hubiese oído la pregunta:

—Un día, en un campo, di mi ropa á dos hombres del bosque; cuando se la hubieron vestido parecieron héroes: el hombre desnudo es tímido.

—¡Ah! ya lo ves!—esclamó Boetsoi mirando á Cristiano con espresión cándidamente triunfante;—me parece que ahora habla bien claro!

—¿Eso creéis?

—¡Sí por cierto! Te recomienda que vayas bien vestido y bien armado.

—Es un buen consejo, seguramente; pero, ¿es eso todo?

—Escucha, escucha, que va á hablar otra vez!—dijo el *danneman*.

Y la *vidente* repuso:

—El insensato cree que vivirá eternamente si huye el combate, pero ni aun la edad le dará la paz: á suanza es á la que corresponde dársele. ¿Comprendéis esto? ¿sabeis lo que quiero decir?

—¡Sí, sí, Karina!—contestó el *danneman* satisfecho.—Has hablado bien, y ahora puedes volver á dormirte! los chicos te cuidarán y no serás turbada.

—Déjame, pues,—dijo Karina;—ahora la bala vuelve á sepultarse en la noche.

Ocultó su rostro bajo su manta, y pareció que su delgado cuerpo se hundía y desaparecía en su colchón de pluma.

de *eder* (1), rico regalo que le había hecho el *danneman*, lleno de veneración hacia ella.

—Espero que estarás contento,—dijo a Cristiano cogiendo una cuerda larga en un rincón del cuarto; —la predicción es buena.

—Muy buena,—contestó Cristiano;—esta vez la he comprendido. De nada les sirve á los hombres prudentes el ocultarse: lo mas seguro es irse en derechura al enemigo. Así pues, en marcha, amigo mio! Pero... ¿qué quereis hacer con esa cuerda?

—Dame tu brazo,—repuso el *danneman*, y comenzó á arrollar la cuerda con mucho cuidado en torno del brazo izquierdo de Cristiano. —Hé aquí lo que se necesita para entreteener al *maligno*,—añadió;—mientras tenga este brazo entre sus garras, con tu otra mano le abres el vientre con este venablo. Pero ya te esplicaré en el camino lo que has de hacer. Ya estás corriente, marchemos!

—¡Veamos!—esclamaron los oficiales que aguardaban á Cristiano en el zaguan, ¿tendremos buena suerte?

—En cuanto á mí,—dijo Cristiano,—parece que soy invulnerable; pero en cuanto al oso, mucho temo que tenga tan buena suerte como yo. La *vidente* ha dicho que huirá hacia el lado del Este.

—No, no,—replicó el *danneman* cuyo aspecto grave y confiado imponía silencio á toda chanza;—se ha dicho que el devorador se precipitará hacia el lado del Este, pero no que se librará de la marcha. Partamos!

Antes de seguir á Cristiano á la cacería, volveremos por algunos instantes al castillo de Waldemora, de donde el baron había salido con todos los hombres útiles de su sociedad, y con doscientos ó trescientos ojeadores, tan luego como comenzó á brillar el astro del día.

El punto hacia el cual se dirigia aquel ojeo señorial estaba mucho menos elevado en la montaña que la cabaña del *danneman*. Así pues, las señoras pudieron trasladarse á él, unas decididas á ver desde todo lo mas cerca posible la caza del oso, otras, menos valientes, proponiéndose firmemente no aventurarse mas allá de la ladera del bosque. Entre las primeras se hallaba Olga, deseosa de mostrar al baron que se interesaba por sus proezas; entre las segundas estaban Mar-

(1) Especie de pato que habita en los mares glaciales y nos suministra el *edredon*.

garita, que se cuidaba muy poco de las heroicidades del baron, y la señorita Martina Akerstron, hija del ministro de la parroquia y novia del teniente Osburn, muchacha excelente, de un color algo pronunciado, pero de fisonomía agradable, y de carácter afectuoso y sincero, con quien Margarita se había unido últimamente, prefiriéndola á todas las demas.

Digamos, de paso, que el ministro Mickelson, de quien se habló en la historia de la baronesa Hilda, había muerto hacia mucho tiempo, malquistado temerariamente con el baron Olaus. Su sucesor era un hombre muy respetable, y aunque su curato era de no ubramiente del dueño del castillo, según el derecho que tenían ciertos feudos, mostraba mucha dignidad é independencia en sus relaciones con el hombre de nieve. Quizás habría comprendido el baron que valia mas permanecer en buenos términos de amistad con un hombre de bien, que tenerse que andar en consideraciones con las masas pasiones de un amigo peligroso. Le guardaba atenciones, y el pastor defendia con frecuencia para con él la causa del débil y del pobre, sin irritarle con su franqueza.

Casi todos los circunstantes se dirigieron con bastante indiferencia á la cacería del baron. Nadie creía que se hubiesen de encontrar osos en una comarca tan próxima al castillo; sobre todo despues de varios dias de ruido y de fiestas. El oso es desconfiado y triste por naturaleza. No le gustan los sonidos de la orquesta ni los fuegos artificiales, y todos se decian unos á otros, por lo bajo, que si se encontraba siquiera uno, no podia menos de ser algun oso domesticado y enseñado á bailar, que por si solo se adelantaria á dar la pata al castellano.

Sin embargo, el tiempo estaba magnifico, los caminos del bosque muy practicables, y era un paseo al que nadie faltó, ni aun las personas de edad, que se hicieron llevar en carruaje hasta un pabellon rústico muy cómodo en donde debian almorzar y comer, ya fuera que se matasen osos ó liebres.

Quando el castillo estuvo casi desierto, Johan, habiendo alejado bajo varios pretextos á los criados en quienes no tenía plena confianza, procedió á encargarse de las funciones de inquisidor, que se había jactado de desempeñar tan bien, y hora por hora y con la mayor puntualidad llevó el diario de sus operaciones del modo siguiente:

«Las nueve. — El italiano grita que tiene hambre y sed; se le hace callar, lo cual no es difícil.

En el Stollborg no hay nadie mas que Stenpson, el abogado

y su lacayuelo. No hablo de Ulf, el embrutecido. Cristiano Waldo ha desaparecido, á no ser que esté enfermo y acostado. El abogado, que comparte con él su cuarto, á nadie deja entrar y comienza á serme sospechoso.

»Las diez.—El *capitan* me ha mandado á preguntar si es ya tiempo de obrar. Todavía no. El italiano tiene aun demasiada fuerza. He entrado en el famoso cuarto y he encontrado al abogado trabajando. Dice que no sabe á dónde ha ido el nombre de los títeres. He visto el equipaje de este. No puede estar lejos.

»Las once.—He desenterrado al criado de Cristiano Waldo en las caballerizas del castillo nuevo y le he hecho hablar. Sabe el verdadero nombre de su amo: Dulac. Entones será francés y no italiano. Un descubrimiento mas interesante, debido á este Puffo, es que tenemos aqui á dos Cristianos Waldo en vez de uno. Puffo no manejó los títeres ayer noche, y el Waldo con quien yo hablé (el hombre de la mancha de color de vino) me contó cien mentiras. Al que le ayudó en la representacion no le conoce Puffo. Este se hallaba borracho ayer y se durmió. Dice que no puede imaginar por quién fué sustituido. He tenido ganas de enviársele al *capitan*, pero creo conocer que dice la verdad. No le pierdo de vista. Puede serme útil.

»Entonces el segundo Waldo será el fingido Goefle, y haciendo como que no desconfiamos, los cogeremos á ambos esta noche. He creído conocer que Stenson está inquieto. He dicho que le dejen en paz. Por lo que puede suceder, es preciso que se tranquilice y que no se nos escape.

»Las doce.—Todo lo tengo ya cogido: las pruebas cerradas y selladas, que os envío, y las revelaciones del italiano, que son las siguientes. No ha costado trabajo arrancárselas: solo con ver el cuarto de las rosas se ha vuelto expansivo.

»Cristiano Waldo es verdaderamente el que buskais. Es hermoso y bien formado, sus señas corresponden exactamente con la figura del falso Cristiano Goefle. El italiano nada sabe del hombre de la mancha de color de vino.

»Las famosas pruebas que os procuró gratis estaban escondidas entre dos piedras detrás del hogar, en un sitio muy bien escogido que os enseñaré. He ido á buscarlas yo mismo y os las envío sin saber lo que valen. Vos juzgareis. Doy de almorzar al señor italiano, cuyo verdadero nombre es Guido Massarelli.

»No os deis prisa á abandonar la cacería, ni manifestéis impaciencia alguna. Si en los documentos que os envío hay

algo sério, y esos juglares estan de acuerdo con Guido, como desde ayer no han podido comunicar con él, los tenemos en nuestro poder. Todos los caminos están vigilados. Guido ofrece obrar contra ellos, pero no me fio de él. Si todo eso no es mas que una trama para sacaros dinero, pagaremos de otra manera y muy caro por cierto!»

Johan, despues de cerrar este boletin, lo envolvió bajo un sobre con la cartera que Guido se habia visto obligado a entregar, y se lo envio todo, bien cerrado y sellado, al baron Olaus, por conducto de su agente mas seguro.

XIII.

Mientras este despacho corre en pos del baron, licita nos será, á nosotros tambien, correr presurosos á la cabaña de Boetsoi, de donde el buen *danneman* queria llevarse á Cristiano sin mas arma que una cuerda y una especie de venablo.

—¡Aguardad!—dijo el Mayor,—es preciso que nuestro amigo vaya bien equipado y armado. Vuestro venablo es bueno, maese Joe; pero un buen cuchillo de monte, noruego, no estará demás, ni tampoco una buena escopeta.

Cristiano, cediendo á las instancias del Mayor y del teniente, tuvo que ponerse una chaqueta de piel de renjifero y unas botas de fieltro sin suela y sin costura, calzado tan flexible como una media, que nunca resbala sobre la nieve ni el hielo, y que es impenetrable al frio. Luego, habiéndole dado armas y municiones, le pusieron en la cabeza una gorra de pieles y echaron suertes para saber cuales serian sus sitios respectivos en la caceria.

—¡Tengo el número uno!—esclamó el Mayor gozoso;—así, pues, yo soy quien cedo mi puesto á Cristiano y me situo á cien pasos á retaguardia de él; el teniente estará á mi izquierda, y el cabo á mi derecha, tambien á cien pasos de distancia lateral. Marchaos, pues, y contad los pasos que andeis; os seguiremos cuando hayais contado ciento y nos hagais la señal.

Arregladas así todas las cosas, el *danneman* y Cristiano rompieron la marcha, y cada uno de los demás les siguió, observando las distancias convenidas.

A Cristiano le sorprendia que se observase aquel órden de bata la, desde el mismo momento de la partida.

—¿Tan cerca está el oso,—preguntó á su guia,—que no ha-

ya diez veces el tiempo necesario para apostarse á acercarse á su madriguera?.

—El *maligno* está muy cerca,—contestó el *danneman*.—Ningun *maligno* ha venido nunca á establecer sus cuarteles de invierno tan cerca de mi casa. Tampoco sospechaba yo que estuviese allí, que diez veces he pasado cerca de su agujero, sin poder suponer que tenía tan guapo vecino.

—¿Segun eso, nuestro oso es hermoso?

—Es uno de los mayores que he visto; pero, comencemos á hablar bajo, tiene el oído muy fino, y antes de un cuarto de hora no perderá ni una de nuestras palabras.

—¿No les asustaba á vuestras hijas tal vecindario?—dijo Cristiano acercándose al *danneman* y bajando la voz por complacerle, porque sus precauciones le parecían exageradas.

Al oír Joe Boetsor esta pregunta, enderezó su abultada cabeza sobre sus anchos hombros, y miró á Cristiano frunciendo el entrecejo.

—Herr Cristiano,—le dijo con tono seco,—mis hijas son unas muchachas honradas.

—¿Lo pongo yo en duda, acaso, Herr Boetsor?—preguntó Cristiano lleno de sorpresa.

—¿No sabes,—repuso el *danneman* haciendo un esfuerzo para pronunciar un nombre que le repugnaba,—no sabes que el oso nada puede contra una doncella, y que por consiguiente, una muchacha honrada puede ir á sacar de entre sus garras su cabra ó su carnero sin temor alguno?

—Perdonad, señor *danneman*, no lo sabía; soy extranjero y veo que cada día se aprende una cosa nueva. Pero, ¿estais muy seguro de que el oso sea tan respetuoso para la castidad? ¿Llevariais con vos á una de vuestras hijas, en este momento?

—No! las mugeres no pueden tener quieta su lengua; advierten con su charla á la caza. Por eso no se deben llevar muchachas ni mugeres á caza.

—Y si por casualidad viéreis al oso perseguir á vuestras hijas, ¿no os asustaríais? ¿No haríais fuego á la fiera?

—Le haria fuego para cojer su piel, pero no tendria inquietud alguna por mis hijas. Te repito que estoy seguro de su conducta.

—¿Pero vuestra hermana la sibila habrá estado casada sin duda?

—¿Casada?—dijo el *danneman* moviendo la cabeza.

Luego repuso, lanzando un suspiro:

—Karina, casada ó no, nada teme de las malas lenguas.

—¿Vienen las malas lenguas á atormentaros hasta aquí, maese Joe? Creí que en este desierto...

El *danneman* se encogió de hombros y no contestó, revelando en su fisonomía marcado disgusto.

—¿He vuelto á disgustaros sin saberlo?—le preguntó Cristiano algunos instantes despues.

Si,—contestó el *danneman*—y como no es bueno ir juntos á donde vamos cuando se tiene alguna nube en el corazón, quiero saber por qué me has preguntado si Karina tiene miedo al oso. No iré mas lejos sin que sepa de ti si has abrigado algun mal pensamiento respecto de ella ó de mí.

Ante este llamamiento á su sinceridad, hecho con una especie de grandeza antigua, Cristiano se quedó confuso y sin saber qué contestar. Al interrogar á Boetsi acerca de Karina, habia cedido á un impulso de curiosidad producido por causas misteriosas para él mismo y que le era imposible explicar. Creyó salir del apuro rectificando el hecho.

—Maese Joe,—dijo,—no he preguntado si vuestra hermana tenia miedo al oso, sino si habia estado casada, y nada ofensivo veo en mi pregunta.

El campesino le turbó con una mirada de estraordinaria penetracion.

—La pregunta no me ofende, dijo, si puedes jurarme que antes de venir á mi casa no has escuchado nada malo acerca de mi familia.

Y como Cristiano, recordando las palabras del Mayor, vacilaba para contestar, Boetsi repuso:

—Vamos, vamos, prefiero que no mientas. No tienes razon alguna para ser enemigo mio, y puedes decirme lo que te han contado acerca del niño del lago.

—¡El niño del lago!—esclamó Cristiano.—¿Quién es ese niño del lago?

—Si nada sabes, nada tengo que decirte.

—¡Sí por cierto, sí por cierto!—repuso Cristiano.—Sé... Creo saber.. Habladme como á un amigo, maese Joe. El niño del lago, ¿es hijo de Karina?

—No,—contestó el *danneman*, cuya fisonomía se animó con una exaltacion singular. Era suyo, pero no habia sido concebido y dado á luz como los demás. Karina tuvo desgracia, como sucede á las muchachas que aprenden cosas superiores á su clase y leen libros de una religion que ya no debemos conocer; pero no ha hecho el daño que dicen. He sido en-

ganado acerca de eso lo mismo que los demás, yo que te estoy hablando! Hubo un tiempo... ¡entonces era yo muy joven!... en que quise plantar una bala en la cabeza de un hombre de quien Karina hablaba demasiado en sueños; pero Karina nos juró, á nuestra madre y á mi, que aborrecía á aquel hombre. Lo juró sobre la Biblia, y tuvimos que creerla. El niño fué criado en la montaña por una corza domesticada, que seguía á Karina como una cabra. Mi hermana vivió mas de un año, sola con él, en otra casa que tenemos mucho mas arriba que esa en que has entrado. Cuando se desteló al niño, le habíamos recibido en nuestra casa y le queríamos. Crecia, hablaba y era hermoso; pero un dia se marchó conforme habia venido, y Karina lloró tanto, que su juicio se marchó durante mucho tiempo en pos de él. En todo eso hay mucho misterio. ¿No se sabe ya que muchas mujeres dan á luz niños por medio de la palabra, tan solo, del mismo modo que los concibieron respirando demasiado el aire que los *trolts* de la noche agitan sobre los lagos? Karina habia vivido demasiado tiempo allí abajo, y es bien sabido que el lago de Walde-mora es malo.

Basta ya acerca de esto, es el secreto de Dios y el secreto de las aguas. No se debe pensar mal de Karina. No trabaja, no sirve de utilidad alguna en una casa; pero es de esas mujeres que, por su saber y por sus cantos, acarrean felicidad á las familias. Ve lo que otros no ven, y lo que ella anuncia, de una manera ó de otra sucede. Bastante he hablado, te digo, porque estamos ya delante de los matorrales y ahora no se debe pensar mas que en el *maligno*. Escúchame bien, y despues ni una palabra mas, ni una sola, aun cuando de ello dependiese la vida...

—Aun cuando dependiese la vida!—dijo Cristiano, conmovido y sorprendido por el relato misterioso del *danneman*, es preciso que me habieis de ese niño que se crió en vuestra casa. ¿No tenia en los dedos de la mano alguna particularidad?

—El rostro del *danneman* se tiñó de vivo rubor, no obstante el frio penetrante que hacia.

—Ya os he dicho,—repuso con tono irritado,—todo cuanto queria decir. Si para insultarme en la honra de mi familia es para lo que habeis venido a comer mi pan y á matar mi caza, tened cuidado con vos ó renunciad a la cacería, *herr* Cristiano, porque, tan cierto como me llamo Boetsoi, os dejo sola con el *maligno*.

—Maese Boetsoi,—contestó Cristiano con serena calma,—

esa amenaza me impone mucho menos que el temor de afligirlos. Os permito que me dejéis solo con el *maligno*, si queréis: trataré de ser mas astuto que él; pero os ruego que no tengáis mala opinion acerca de mí. Espero que mas tarde proseguiremos esta conversacion, y entonces comprendereis que nunca me ha ocurrido el pensamiento de ultrajar la honra de vuestra familia.

—Está bien!—repuso el *danneman*;—entonces hablemos del *maligno*. O huirá con presteza antes de que lleguemos á su madriguera, y entonces harás fuego sobre él, ó aceptará el combate y se pondrá de pié. Ya sabes donde está colocado el corazon, y con ese buen cuchillo de monte seria preciso que te temblase mucho la mano para que errases el golpe.

Ten mucho cuidado con una sola cosa, y es que no desarmes tu brazo derecho antes de haberte cogido el izquierdo, porque vé muy bien las armas y tiene mas raciocinio de lo que se cree. Así, pues, obra despacio y tranquilamente, sin apresurarte. Mientras el *maligno* no esté herido, no es insolente y no sabe bien lo que quiere hacer. Algunas veces gruñe y deja que se le acerquen. En cuanto á mí, acostumbro á hablarle y prometerle que no le haré daño alguno: no importa el mentir, cuando se hace hablando con un animal. Así, pues, te aconsejo que le dirijas alguna palabra cariñosa: tiene bastante despejo para comprender que le halagan, pero no lo suficiente para adivinar que lo engañan. Y ahora aguarda á que vea yo si esos señores toman bien la direccion necesaria para cercar la madriguera, porque, si se nos escapa la fiera, es preciso que los otros puedan cogerla. Dentro de cinco minutos vuelvo.

Cristiano se quedó solo en un sitio singular.

Desde la cabaña habia andado con su guia como una media legua, por el centro de un bosque magnífico situado en la falda de la montaña. La profusion de árboles hermosos que hay en aquellas regiones y la dificultad de trasportarlos para la explotacion, son causa de la prodigalidad casi despreciativa y aun impia, puede decirse, con que son tratadas aquellas nobles producciones del desierto. Para hacer la herramienta mas insignificante el mas mínimo juguete (los pastores Ciliarianos, lo mismo que los suizos, tallan y trabajan con setenta y treza la madera resinosa), sacrifican sin reparo alguno un árbol colosal, y muchas veces, para no tomarse el trabajo de cortarle, prenden fuego al pié del tronco: tanto peor incendio se propaga y devora bosques enteros. En mu-

se ven negros y monstruosos fantasmas alzarse sobre la nieve, ó en el verano sobre una llanura de cenizas.

Son troncos calcinados que ya no sirven de retiro á ningún animal, y entre los cuales reinan el silencio y la inmovilidad de la muerte. (1) Los que cazan en Rusia manifiestan el pesar que les causa hallar la misma incuria y las mismas profanaciones en los bosques espléndidos del Norte.

El sitio en que Cristiano se encontraba no mostraba huellas de incendio ni de árboles cortados; ofrecia una escena de trastorno menos irritante, el espectáculo de un abandono imponente y de una destrucción grandiosa, debida tan solo á causas naturales: la [ve]jez de árboles, los hundimientos del suelo, el paso de los huracanes. Presentaba el aspecto de una selva virgen que hubiese sido cogida por los hielos viajeros de los mares polares. Los grandes pinos quebrantados, se apoyaban, secos ya, en sus vecinos que estaban verdes y de pié, pero cuya cabeza ó ramas principales habian roto con su caída. Rocas enormes habian rodado por las pendientes, arrastrando consigo un mundo de plantas que se habian arreglado para vivir todavia, torcidas y rotas, ó para renacer sobre aquellos restos comunes. Aquel cataclismo databa ya de algunos años, porque algunos álamos jóvenes habian crecido sobre estas eminencias que no eran sino montones de detritos y de tierras de arrastre. Al menor viento, aquellos árboles, hermosos ya, balanceaban los témpanos de hielo que colgaban del extremo de sus ramas, produciendo un ruido rápido y seco que recordaba el de un arroyo que vá corriendo sobre guijarros.

Aquel sitio salvaje era sublime. Cristiano veia, á mil pie-abaje, el *elf ó ström* (asi es como llaman á todas las corrientes de agua) que presentaba los mismos colores y las propias ondulaciones que si no hubiese estado helado. A aquella distancia hubiera sido imposible para un sordo el saber si no arrastraba sus aguas con estrépito, porque la vista se engañaba por completo con su color sombrío y metálico, lleno de grandes manchas blancas como la espuma. Para Cristiano, cuyo oido hubiera podido percibir el ruido mas leve que subiese del fondo del abismo, el aspecto agitado de aquel torrente impetuoso forma singular contraste con su absoluto silencio. Por eso el menor síntoma de vida en aquel cuadro m-

(1) Solo hace muy poco tiempo que el Estado ha empezado á cuidar de detener esos destrozos en Suecia, aunque acaso demasiado tarde.

móvil, como una huella sobre la nieve, ó el vuelo corto y furtivo de un pajarillo, causa una especie de emocion. Esta sorpresa se convierte casi en terror cuando es un gamo ó un alce cuya fuga estrepitosa despierta bruscamente los dormidos ecos de la soledad.

Y sin embargo, Cristiano no pensaba ni mas ni menos en admirar en aquel momento á la naturaleza, que en disponerse para pelear con el *maligno*. Un pensamiento doloroso y terrible habia cruzado por su mente. La narracion singular del *danneman*, al pronto muy oscura por razon de su lenguaje incorrecto y sus ideas supersticiosas, acababa de aclararse y resumirse en su cerebro. Aquella sibila rústica que habia sido seducida por el *troll* del lago, aquel niño misterioso criado en la cabaña del *danneman* y que desapareció á la edad de tres ó cuatro años, aquellas alucinaciones de la memoria que Cristiano habia experimentado durante el almuerzo, y que acaso no serian sino recuerdos evocados...

—Sí! —decia para sí,—ahora recobro la memoria ó la ilusion. Las tres vacas perdidas... hace unos veinte años, el tiro que detuvo á la cuarta.... Me parece que estoy oyendo ese tiro mortal; me parece que estoy viendo caer al pobre animal y que siento la impresion de dolor y de pesar que entonces sentí; quizás fué aquella la primera emocion de mi vida, la que despierta en nosotros la existencia del sentimiento; Dios mio! Me parece que todo un mundo olvidado se reanima y se alza delante de mí! Me parece que al á abajo, á la vuelta de la roca, en la orilla de aquel derrumbadero, fué donde pasó la escena. Me parece estarlo viendo. ¿Seria acaso mi alma en alguna existencia anterior?... Pero si era yo, ¿quien es mi padre? ¿Quien es ese hombre á quien el *danneman* estuvo próximo á matar cuando la sospecha no se hallaba adormecida aun por la supersticion? ¿Por qué la sibila.... que acaso sea mi madre.... se estremeció antes de tocar mis dedos? Se hallaba sepultada en una especie de sueño, no miró mi rostro, pero dijo que yo era el baron!... Y hace un momento, cuando pregunté al *danneman* si el niño tenia en las manos alguna señal particular, ¿no prueban su cólera y su repugnancia que habia observado y comprendido este signo hereditario, mas aparente acaso en el niño de lo que ahora lo es en el hombre?

«Ademas, aun cuando hoy lo hubiese observado en mí, su mente estaba muy lejos de esa conexion. No se le ocurrió tratar de conceermme. No vió en mí mas que un extranjero curioso y buelon que le preguntaba el secreto de su familia, y

ese secreto es su baldon; prefiere convertirla en leyenda, en cuento de hadas. Se le ofende poniendo en duda lo maravilloso que invoca, se le irrita diciéndole que acaso el niño tuviese los dedos de la misma configuracion que los del baron Olaus. Dicen que solo la verdad es la que ofende; segun eso, adiviné... ¿No se asustó por ventura la pobre Karina, confundiendo con su seductor?

«Su seductor! ¿quién sabe? Acaso ese hombre, aborrecido y despreciado por todos, la vioió. Ella ocultaria su desgracia, esplotaria la creencia general que hay de los espíritus de perdicion para impedir que su hermano el jóven *danneman* se espusiese procurando vengarse de un enemigo har-to poderoso. Pobre mujer! si, de seguro le teme y le a'orrece todavia; se ha vuelto *vidente*, es decir, loca, desde la época de su desastre; habia recibido alguna educacion, puesto que sabe de memoria las poesias antiguas de su pais, y cuando se exalta, en el recuerdo confuso de esos cantos trágicos encuentra acentos de odio y de amenaza. En fin, ya sea ilusion especiosa ó comentario lógico, creo ver en todo esto el dedo de Dios que me trae de nuevo á la cabaña de donde fui arrebatado... ¿Por qué y por quién?... ¿Sería el *danneman*, viajero intrépido, quien me condujo lejos de aquí para librar á su hermana de un remordimiento vivo, ó á su familia de una mancha terrible? ¿Debo creer, mas bien, en los celos de la mujer de Olaus, segun la hipótesis referida por el mayor?

Todos estos pensamientos se aglomeraban en el cerebro de Cristiano, y su alma estaba inundada de dolor y de espanto. La idea de ser hijo del baron Olaus no hacia mas que aumentar su aversion. En tales circunstancias no podia ver en él mas que á un enemigo de la honra y del reposo de su madre.

—¿Quién sabe tambien, decia para sí, si sería él mismo quien me mandara arrebatarse para sustraerse á alguna promesa, á algun compromiso contraido con su víctima? ¡Ah! si así fuese me quedaria en este pais. Sin tratar de darme á conocer, me pondria al servicio del *danneman*; por mi trabajo y mi cariño, de seguro haria que me estime y aun me quisiera esa familia que es la mia, y podré esforzarme para restituir á esa pobre *vidente*, ya que no la razon al menos la tranquilidad, como logré serenar el delirio de mi querida Sofia Gofredi.

Qué destino tan singular el mio, que me condena á tener así dos madres estraviadas por la desesperacion! Pues bien,

ese destino inmerecido es un deber que se me traza para llegar á alguna recompensa misteriosa, y le acepto. Karina Boetsoi no recordará, acaso, que perdió á su niño, pero hallará los cuidados y la proteccion de un hijo.

En aquel momento le pareció á Cristiano que le llamaban. Miró á todos lados y á nadie vió. El *danneman* le habia dicho que le aguardase, que volveria allí á buscarle: Cristiano vaciló, pero al cabo de un instante un grito de angustia le hizo dar un salto, cojer sus armas y precipitarse en la direccion en que habia oido la voz.

Escalando con prodigiosa agilidad los árboles derribados, los restos endurecidos por el hielo y las monstruosas raices entrelazadas, llegó Cristiano sin saberlo á veinte pasos de la madriguera del oso. El terrible animal estaba echado entre él y aquella cueva, y lamia la sangre que teñia la nieve en torno de su cuerpo. El *danneman* estaba de pie en el umbral de la cueva, pálido, con la cabellera al viento y como erizada sobre su cabeza, con las manos desarmadas. Su venablo roto en el cuerpo del oso, estaba en el suelo junto á la pieza, y Boetsoi, en vez de pensar en cojer su escopeta, que llevaba colgada á la espalda para rematar á la fiera, parecia fascinado por un terror singular, ó encadenado por una prudencia inexplicable.

Tan luego como vió á Cristiano le hizo señas que este no pudo comprender, pero advinió que no debía hablar y apuntó al oso. Afortunadamente antes de disparar alzó otra vez los ojos hácia Joé Boetsoi, quien con un gesto desesperado le intimó la orden de detenerse. Cristiano imitó su pantomima para preguntarle si habia de degollarle sin ruido, y habiendo visto que hacia un movimiento de cabeza afirmativo, se fué en derechura hácia el oso, el cual, por su parte, se puso de pié gruñendo, para recibirle.

— ¡Pronto, pronto, ó somos perdidos! — gritó el *danneman*, quien habia cogido su escopeta y parecia estar acechando alguna cosa invisible en el fondo de la cueva.

Cristiano no dió márgen á que le repitiesen el aviso. Presentando su brazo forrado de cuerda á la presion algo debilitada ya del oso, le degolló con mucha limpieza, pero sin pensar que el animal podia caer hácia adelante y que era preciso echarse con viveza á un lado para dejarle sitio. Afortunadamente el oso cayó de costado y arrastró consigo á Cristiano, pero sin que sus terribles garras, crispadas por el esfuerzo postrero de la vida, pudiesen cojer mas que el faldon de su casaca. Hundido en la nieve, y clavado, digamoslo así, por el

peso y las uñas del *maligno*, le costó á Cristiano algun trabajo desembarazarse, y dejó allí una parte notable de la chaqueta de piel de reno que le habia prestado el Mayor, mas no pensó en ello. El *danneman* estaba luchando con otros enemigos; acababa de hacer fuego á la aventura al interior de la oscura cueva, y otro *maligno* negro, jóven, pero de bastante buena estatura, le habia salido al encuentro con aspecto amenazador, mientras que dos osillos del tamaño de dos perros grandes se tiraban entre sus piernas, sin mas intencion que la de huir, pero de un modo muy peligroso para la seguridad de su equilibrio.

El *danneman*, resuelto á perecer antes que á franquear el paso á su triple presa se habia apoyado con fuerza en los troncos de árbol que formaban un arco natural en la entrada de la madriguera. Luchaba con el oso jóven, al que el disparo de su escopeta habia herido, pero, enredado á pesar suyo en los cuerpos de los pequenuelos, acababa de caer, y el herido se arrojaba furioso sobre él, cuando Cristiano, fiado en su buena punteria y en su sangre fria, destrozó de un balazo la cabeza del animal, á la distancia de un pié de la del hombre.

—Eso ha estado muy bien!—dijo el *danneman* levantándose con agilidad.

Pero los dos osillos habian pasado por encima de su cuerpo, y él solo pensaba en no dejarlos escapar.

—Aguardad, aguardad!—le dijo Cristiano siguiendo con la vista á los dos fugitivos, ved lo que hacen!...

Los dos osillos se habian dirigido hácia el cadaver de su madre, deslizándose y ocultándose bajo su ensangrentado vientre.

—Es muy justo,—dijo el *danneman* restregándose el brazo que el oso negro le habia lastimado algun tanto, a pesar de la cuerda; no nos toca á nosotros matarlos. Cada uno tenemos nuestra presa. Llama á tus compañeros: yo estoy demasiado sofocado, y luego he tenido miedo, lo confieso. De buena me he librado! A no ser por tí.... Pero llámalos, que luego te lo contaré todo.

Y mientras Cristiano llamaba con toda la fuerza de sus pulmones, el *danneman*, algo tembloroso, pero siempre precavido, volvía á cargar apresuradamente su escopeta para el caso de que los osillos abandonasen el cuerpo de su madre y quisiesen huir antes de la llegada de los demas cazadores.

Muy luego llegaron todos, avisados ya por los tiros: Lar-

son se presentó el primero, gritando victoria por Cristiano al ver la osa enorme tendida á sus piés.

—Cuidado! deteneos!—esclamó Cristiano.—Nuestra osa estaba preñada y acaba de parir dos hijuelos hermosos. Os pido el perdon de esos pobres huérfanos. Cojedlos vivos.

—Si por cierto!—contestó Larrison.—Ayudadme, camaradas!

Rodearon el cadáver de la osa y le levantaron con precaucion, porque siempre se debe desconfiar del oso que parece que está muerto. Se apoderaron con algun trabajo de los dos hijuelos, que enseñaban ya las garras y los dientes, y que fueron atados con sumo cuidado, despues de lo cual los cazadores pudieron admirar la hermosa y crecida presa que habia ocultado la madriguera, y manifestaron cierto pesar que el *danneman* se apresuró á prevenir.

—Es preciso que me perdoneis lo que he hecho, dijo á los oficiales. Ya sospechaba yo que esa osa grande, de color, era una madre: ¿habia dicho que era de color? ¡Oh! la vi muy bien, pero no pude ver á los hijuelos, y en cuanto al amigo, no sabia siquiera que estaba aquí. Ya me habian dicho que las madres solian llevar con frecuencia á su madriguera de invierno á un maligno jóven que no era ni el padre de sus hijos, ni siquiera un individuo de su sexo, para defenderla y encargarse de sus hijos en el caso de que la matasen. No lo creia mucho, porque nunca lo habia visto. Ahora lo veo y lo creeré. Si lo hubiese creido, hub era traído á dos de vosotros á fin de que cada uno pudiese matar una buena pieza; pero, ¿quién podia esperar eso? No contando ya con hacer luego, solo cogí mi escopeta por precaucion, para el caso en que el *herr* á quien yo guiaba errase el tiro y llegase á estar en peligro.

En cuanto al venablo, tampoco creí servirme de él, que ni siquiera miré si el que tomaba se hallaba en buen estado... Pues bien, hé aquí lo que sucedió, continuó el *danneman* dirigiéndose á Cristiano. Yo habia dicho que volveria á buscarte despues de haber apostado á los demás, y cuando así lo hice, pensé volver en derecha á reunirme contigo; pero preciso es creer que algun animal habia destruido mi rastro de la pasada noche, porque, sin estraviarme precisamente, pasé por delante de la madriguera y no lo conocí sino cuando era ya demasiado tarde para retroceder. La *maligna* me habia conocido y me salia al encuentro, porque tenia hijuelos. Intenté asustarla con mis brazos para hacer que se volviese á su cueva; no quiso tener miedo y se puso de pie. La herí en

el vientre, puesto que era preciso, y al mismo tiempo llamé por dos veces. Al ruido de mi voz se apareció el *amigo* en la entrada de la cueva, y para impedir que huyese, corrí presuroso á ponerme delante de él, sin recordar que mi venablo se habia quedado roto al lado de la madre. La creí muerta; pero cuando estuve allí se levantó y se volvió á echar dos veces. Entonces se me hizo muy largo el tiempo hasta que te ví llegar, *herr Cristiano*, porque por un lado tenia á la madre, que de un momento á otro podia recobrar fuerzas suficientes para arrojarse sobre mí, y por la otra parte estaba el *amigo*, que habia retrocedido al fondo de la cueva y aguardaba aquel refuerzo para atacarme, sin contar á los dos pequeñuelos que de un momento á otro esperaba yo ver entre mis piernas cuando estuviese empeñada la batalla.

Para hacer frente á todo esto no tenia yo mas que un tiro, y no era bastante; ni siquiera me atrevia á echarme el fusil á la cara, porque los *malignos* se deciden muy pronto al ver el arma. Tuve miedo!... bien puedo confesarlo sin vergüenza, puesto que no he retrocedido y las cuatro piezas están en nuestro poder. Aguardé, me pareció un siglo, y sin embargo, creo que has venido pronto, *herr Cristiano*, puesto que todo ha concluido bien... sí, muy bien, lo digo, y eres todo un hombre! Siento que haya habido antes algunas palabras ágras entre nosotros, y te debo mi corazon como te debo la vida. Déjame que te abrace, y considera que lo hago como á un hijo.

Cristiano abrazó con efusion al dalecarliano, y este contó á los demás cazadores que el jóven, despues de haber rematado con presteza á la osa, luchando con ella cuerpo á cuerpo, dió muerte al *amigo* con suma oportunidad, á dos *pulgadas de su cristiano rostro*. Cristiano tuvo que defender su modestia de la exageracion del *danneman* acerca de este último punto; pero como Beetsen, entusiasmado, no queria rebajar lo mas mínimo y no tenia medio alguno de alegar pruebas, la hazaña del jóven aventurero adquirió proporciones colosales en la imaginacion de Larrison y de sus amigos. Su estimacion hacia él se aumentó considerablemente, y esto no es extraño. La presencia de ánimo es la facultad del verdadero valor. Siempre se compadece al que sucumbe, pero se admira al que triunfa. Cristiano, sin consentir en admirarse á sí mismo, experimentaba viva satisfaccion por haber adquirido derechos á la amistad del *danneman*, á quien se obstinaba ya en considerar como á un pariente suyo cercano; pero se guardó muy bien de volver á sus preguntas imprudentes, y resolvió ave-

riguar la verdad por otra parte, aunque hubiese de perder mucho tiempo y mucha paciencia.

Los dos osos muertos, y sobre todo la madre, pesaban mucho, mas de cuatrocientas libras entre los dos. Parecía imposible arrastrarlos por un terreno tan áspero, en el que hasta el andar costaba trabajo. Ni aun con caballos se hubiera conseguido. Como el día tocaba á su término y querían reunirse con la cacería del baron, no sabian que hacer con tanta riqueza. Hasta los mismos osillos que no querian andar eran muy molestos.

—Marchaos,—dijo el *danneman*;—con mis hijos echaré abajo dos ó tres árboles jóvenes y construiré un zarzon sobre el cual lo cargaremos todo y lo haremos resbalar hasta mi casa. Desde allí os enviaré la presa con mi trineo ó con mi caballo, y todo llegará á vuestro *bostoelle* dentro de dos horas, para que podais enseñar á vuestros amigos el resultado de vuestra cacería.

Y mañana devolveremos las reses muertas,—dijo Larrison,—porque solo á vos queremos confiar el cuidado de desollarlas y prepararlas. ¿No es esa vuestra opinion, Cristiano?

—Nunca tengo mas opinion que la vuestra,—contestó Cristiano.

—Perdonad! repuso el Mayor, le hemos comprado un oso al *danneman*; es el que vos habeis muerto: os pertenece, asi como es suyo el que él ha muerto, si no quiere vendernosle.

—El los ha muerto á ambos,—dijo Cristiano;—yo no he hecho mas que rematarlos, y á nada tengo derecho.

Hubo una lucha de delicadeza en que el *danneman* se mostró tan escrupulosamente leal como los demas. Al fin Cristiano hubo de ceder y aceptar para sí la osa. Los dos osillos fueron pagados como un oso al *danneman* quien hubo de aceptar en completa propiedad el amigo de la señora osa. Arregladas así todas las cosas el Mayor y sus amigos quisieron llevarse consigo á Cristiano; pero este se negó á seguirles, diciendo:

—Nada tengo que hacer en la cacería del baron, la cual, segun me habeis dicho, no ofrece interés alguno despues de esta. Además, no tengo tiempo de asistir á ella. Tengo que regresar al *Stolborg* lo mas pronto posible, para ocuparme en los preparativos de mi representacion. Recordad que, por dos dias todavía, estoy sujeta por medio de un contrato al oficio de *fabulador*. Me quedo aqui para ayudar al *danneman* á llevar á los *malignos*, despues de lo cual aprovecharé su trineo para volver hasta el lago. No olvideis que nos ha-

beis prometido á Mr. Goefle y á mí, ir á vernos al Stollborg.

—Iremos allá despues de la cena y de la representacion,—respondió el mayor.—Contad con nosotros.

—Y yo,—dijo el *danneman* á Cristiano,—os respondo de que os haré llegar al lago antes de que sea de noche.

No se podia perder mucho tiempo. Los oficiales volvieron á sus trineos, y el *danneman*, ayudado por Cristiano, por su hijo Olof y por su hija mayor, que habian ido á reunirse con ellos, procedió con suma destreza y prontitud á construir su rústico trineo. Tan luego como hubieron cargado en él la caza, le hicieron bajar con rapidez hasta la cabaña, unos tirando de él, y otros empujándole ó conteniéndole.

Tan luego como hubieron llegado, Cristiano buscó con la vista á la vidente. La cortina de la cama estaba corrida é inmóvil. ¿Estaba allí todavía? Hubiera querido ver de nuevo á aquella mujer misteriosa y procurarla hablarla, pero no se atrevió á acercarse á su lecho. Le parecía que el *danneman* no le perdía de vista, y que toda apariencia de curiosidad le habria disgustado mucho.

La hija menor del *danneman* llevó aguardiente fabricado en la casa, aquel famoso aguardiente de granos del que mas tarde hizo Gustavo III un monopolio del Estado, creando así un impuesto oneroso y vejatorio que le hizo perder toda su popularidad, y que de hecho volvió á sepultar en la miseria á aquel pueblo, al que habia libertado de la tiranía de los nobles. ¿Es una necesidad, en aquellos climas rigurosos, el uso frecuente del aguardiente? Cristiano no lo creia así, con tanto mas motivo cuanto que aquella bebida, fabricada por el *danneman* en persona, materialmente arrancaba la garganta. El buen hombre apremiaba á su huésped para que bebiese mucho, sin comprender que despues de haber muerto dos osos no esperimentase la necesidad de emborracharse un poco. Cristiano no podia llevar tan lejos la condescendencia, y aunque hubiera deseado tener fuerzas suficientes para achi-spar á Boetsoi sin correr igual peligro, circunstancia que acaso habria producido el pronto descubrimiento del secreto de la familia, se limitó á beber el thé que le habia dejado á preven-cion el mayor, y que le sirvieron muy caliente en una taza de madera primerosamente tallada por Olof.

El jóven se sentia algo humillado por haber disfrutado el aristocrático placer de matar dos osos á costa de sus amigos, porque, en resumen, aquella fiera pertenecia al *danneman*, como toda caza pertenece, sin disputa, al que la descubre en sus tierras. Habian regalado á Cristiano su captura, es decir, la

habian pagado por él. Supo con gusto por el *danneman*, que aquel pago no se habia efectuado todavía, pues, como el mayor y sus amigos no previeron que la caza seria tan abundante, no llevaban el dinero suficiente.

Cristiano se informó del precio de la osa.

—Es segun,—dijo el *danneman* con altivez;—si me dejan la res, como sucede algunas veces, no debo mas que las gracias al que me ha ayudado á matarla; pero tú, herr Cristiano, desearás guardar la piel, la grasa y las patas...

—Nada de eso,—dijo Cristiano riendo.—¿Qué habia yo de hacer con ello? Os ruego que os lo guardéis todo, herr Boetsoi, y como presumo que teneis el derecho de vender un poco mas caro á los que disfrután en vuestras tierras el placer de la caza que á los que solo os compran vuestros géneros, os ruego aceptéis treinta dalers (1) que traigo conmigo...

Cristiano completó mentalmente la frase, diciendo para sí:

—¡Y que son cuánto poseo!

—¡Treinta dalers!—esclamó el *danneman*,—es mucho. ¿Segun eso eres muy rico?

—Lo soy lo suficiente para rogáros que los aceptéis.

El *danneman* tomó el dinero, le miró, y luego miró á las manos de Cristiano, pero sin reparar mas que en su blancura.

—Tu oro es bueno,—dijo,—y tu mano es blanca. No eres un hombre que trabaja, y sin embargo, comes el kakebroe como un dalecarliano. Tu fisonomía es del pais, y tu lenguaje no... El traje que tenias al llegar aqui no era mejor que el mio. Lo que veo es que eres orgulloso, que no quieres que tus amigos, que te han cedido al placer de matar al maligno, gasten ademas su dinero por ti.

—Eso es, precisamente, herr Boetsoi.

—¡Descuida! Joé Boetsoi es un hombre honrado; nada recibirá de tus amigos. puesto que le dejas tu caza. En cuanto á aceptar de ti una recompensa... eso será segun. ¿Puedes jurarme, por tu honor, que eres un jóven rico, un hijo de familia?

—¿Qué importa?—dijo Cristiano.

—No, no,—repuso el *danneman*;—me has salvado la vida: no te doy las gracias; lo propio hubiera yo hecho por ti; pero eres buen tirador, y ademas eres un hombre que sabe escuchar á otro hombre. Si, cuando te hice seña allá abajo, no hubieses querido ejecutar lo que yo exigia, nos hubiéramos

(1) *Daler ó thaler*, moneda de plata que vale próximamente diez y seis reales. (N. del T.)

hallado en un mal pasado los dos... y yo, sobre todo, sin venablo y con el brazo mal guarnecido. Estoy contento de ti, y quisiera que mi hijo tuviese tu aspecto y tu carácter, porque eres un muchacho audaz y dulce; así, pues, si no eres rico, no finjas conmigo lo que eres. ¿De qué sirve? ¡Yo no estoy en la miseria! No carezco de nada relativamente á mis necesidades, y si carecieses de algo, podrías dirigirte á Joe Bøetsøi, que no se vería apurado para encontrar treinta dalers y aun ciento, para hacer un favor á un amigo.

—Estoy seguro de ello, herr Bøetsøi,—contestó Cristiano,—y me dirigiria á vos con entera confianza, no para pedirlos ciento ni treinta dalers, sino trabajo para seros útil. No se puede decir que eso no suceda; pero si sucediese, tendria mucho gusto en presentarme despues de haberos pagado lo que se os debe y lo que os pagaria un rico. No he venido aqui en calidad de pobre, y nada me debeis.

—Nada quiero,—dijo el *danneman*,—toma otra vez tu dinero y ven á buscarme cuando quieras. ¿Qué sabes hacer?

—Todo lo que me enseñeis, lo sabré pronto.

El *danneman* se sonrió.

—¿Es decir,—repuso,—que nada sabes?

—Sé matar á los malignos, siquiera.

—Sí, y muy bien, y aun sabes manejar el hacha y labrar la madera. Ya lo he visto. Pero, ¿sabes viajar?

—Eso es lo que mejor sé hacer.

—¿Y dormir sobre un banco?

—Y aun sobre una piedra.

—¿Sabes el lapon, el samoyedo, el ruso?

—No, sé el italiano, el español, el francés, el aleman y el inglés.

—Eso de nada me servirá, pero al menos me prueba que puedes aprender á hablar de diferentes maneras. Pues bien, vuelve cuando quieras, antes del fin del mes de thor (Enero), si quieres ir á Droutheim, y aun mas lejos, me alegraré de no viajar solo... O bien, si me llevo en mi compañía á Olof, que me es átormentando para principiar á correr, guardarás mi casa. Te advierto que mis dos hijas tienen novios: evita el escitar los celos de estos, porque eso seria por tu cuenta y y riesgo. Cuida á la tia Karina; es de carácter dulce, pero no se la debe contrariar: lo he prohibido una vez por todas.

—La cuidaré como á mi madre,—contestó Cristiano conmovido;—pero, decidme, ¿está enferma ó achacosa? Porque...

—Ya te se dirá todo eso si te quedas en la casa. ¿Cuánto quieres ganar en mi servicio?

—Nada

—¿Cómo, nada?

—¿No es ya bastante el sustento y el albergue?

—Herr Cristiano, —dijo el *danneman* trunciendo el entrecejo, —¿según eso, eres un holgazán ó un perdido, puesto que no piensas en el porvenir?

Cristiano vió que con mostrar sobrado desinterés habia hecho nacer la desconfianza, y dijo:

—¿Conoceis á Mr Goefle?

—¿El abogado? Sí, le conozco mucho : yo fui quien le vendí el caballo para su trineo, un caballo excelente, y el abogado es un buen hombre!

—Pues bien, él os responderá de mí. ¿Tendreis confianza?

—Sí, queda convenido. Toma tu dinero.

—¿Y si os rogase que me le guardáseis?

—¿Según eso, es dinero robado? —esclamó el *danneman*, tornándose de nuevo desconfiado.

Cristiano se echó á reír, confesándose á sí mismo que era un diplomático muy torpe.

—Creedme, —dijo al *danneman*, —soy un hombre sencillo y sincero. Estoy acostumbrado á que me crean bajo mi palabra; mi fisonomía á todos les parece buena. Si no tomáis hoy mis treinta dalers, el mayor querrá darósllos mañana, y eso es lo que me lastima.

—El mayor nada me dará, porque nada aceptaré, —contestó el *danneman* con viveza. —¿Según eso, tú eres quien dudas ahora de mí?

Cristiano hubo de renunciar á dejar su escasa fortuna en aquella casa que quizás servia de asilo á su madre. Aquella lucha de delicadeza hubiera podido degenerar en disputa, en atención á que el *danneman* regaba ampliamente con aguardiente su candido orgullo de campesino libre. Además, el trineo estaba dispuesto y Cristiano tenía que marcharse. Por todo lo del mundo no hubiera querido faltar á las dos representaciones que habian de hacerle dueño de cien dalers, y por consiguiente permitirle que abrazase el nuevo género de vida que imaginaba sin deber nada á nadie.

Creía que el *danneman* se proponia acompañarle; pero Boetsoi, en vez de subir al trineo, entregó las riendas á su hijo encargándole caminase con prudencia y volviese temprano.

—Esperaba tener el gusto de que me acompañaseis hasta Waldemora, —dijo Cristiano al *danneman*.

—No! —contestó este, —yo no voy á Waldemora; Es preciso que me vea muy obligado para hacerlo! Adios, y hasta la vista!

Habia tanta altanería y desden en el tono del *danneman* al hablar de Waldemora, que Cristiano, al estrecharle la mano, temió que reparase en la configuración de sus dedos, y que aquella semejanza fortuita ó fatal destruyese toda su amistad; pero la deformidad era tan leve y el *danneman* tenía una mano tan ruda que nada observó y todavía envió varias veces desde lejos á su huésped un adios cordial.

Olof, no obstante las recomendaciones de su padre, corrió hasta el fondo del valle al triple galope de su caballo, yendo él de pie en la delantera del vehículo y con las riendas arrolladas al brazo, con peligro de ser lanzado á lo lejos en una caída, y de desconcertarse por lo menos las dos muñecas.

XIV.

El trineo del *danneman*, menos ligero que el que usó el Mayor para conducir á Cristiano á la cabaña, era por fortuna, mas sólido, porque el joven dalecarliano no se dignaba evitar ninguna roca ni ningún agujero. En vez de dejar que el caballo, mas inteligente que él, se dirigiese con arreglo á su instinto, le pegaba y le contrariaba hasta el extremo de hacer que la cerrera fuese temerariamente estúpida.

Cristiano, recostado entre los cuatro osos, los dos muertos y los dos vivos, pensaba que caería con bastante blandura, si el golpe no los arrojaba á un lado, y á él á otro. Impacienta lo, al fin, al ver maltratar al caballo del *danneman* sin provecho alguno para nadie, tomó las riendas y el látigo basta: te bruscamente, diciendo al muchacho, con un tono que no admitía réplica, que quería entretenerse en guiar.

Olof era de un carácter bastante dulce y solo se mostraba jactancioso por amor propio, para parecer un hombre. Se puso á cantar en sueco, tanto para distraerse como para mostrar á su compañero que pronunciaba la lengua nacional con mas pureza que los demas individuos de su familia. Esta circunstancia determinó á Cristiano á hacerle hablar.

—¿Por qué no viniste con nosotros, —le dijo, —cuando marcháramos á la cacería? ¿No has visto todavía á ningún oso de pie?

—Nunca lo ha querido la tia,—contestó el muchacho suspirando.

—¿La tia Karina?

—No hay otra en casa.

—¿Y se hace todo lo que ella quiere?

—Todo.

—¿Hizo algun mal pronóstico acerca de tu suerte?

—Dice que soy demasiado joven.

—¿Y tendrá razon, quizás?

—Razon tendrá, puesto que lo dice.

—Es una muger que sabe mucho mas que los demás, segun parece.

—Lo sabe todo, puesto que habla con....

—¿Con quien habla?

—No debo decirlo; mi padre me lo ha prohibido.

—Si, por temor de que se burlen de su hermana, pero de mi no ha temido eso, puesto que me ha hecho preguntarla cual seria mi suerte en la caza.

—¿Y os lo ha dicho?

—Si por cierto. ¿En donde ha aprendido su ciencia?

—En donde la aprende todavia: en las cascadas en donde lloran las muchachas que han muerto de amor, y en los lagos en que se aparecen los hombres del tiempo pasado.

—¿Segun eso, anda todavia?

—No es vieja, tiene cincuenta años.

—Pero la creí achacosa.

—Seria capaz de andar mas de prisa que vos, y de ir aun mas lejos.

—¿Entonces está enferma en este momento, puesto que permanece acostada mientras se sienta á la mesa?

—No está enferma. Con frecuencia suele estar cansada, como ahora, cuando ha permanecido mucho tiempo de pié.

—Creí que no trabajaba ya.

—No trabaja; habla ó anda, canta ó reza, y ya sea de noche ó de dia, vela hasta que el cansancio la hace sucumbir. Entonces se está durmiendo tanto tiempo que parece que se ha muerto; pero algunas veces causa sorpresa, cuando se vá por la mañana á su cama, no encontrarla ni alli, ni en la casa, ni en la montaña, ni en ninguna parte.

—¿Y dónde pensais que esté cuando desaparece así?

—¡Las malas gentes dicen que vá á Blaakulla; pero no se les debe creer!

—¿Qué es Blaakulla? ¿El punto de reunion de las brujas?

—Sí, la montaña negra á donde esas mujeres malvadas llevan los niños pequeños mientras están durmiendo, y los conducen á la presencia de Satanás sobre el caballo Skjults, que es como una vaca voladora. Entonces Satanás los coje y los señala mordéndolos, ya sea en la frente ó en los dedos pequeños, y conservan esa señal durante toda su vida. Pero sé muy bien por qué dicen eso de mi tia Karina.

—¿Por qué?

—Porque allá en un tiempo muy lejano, antes de que yo naciése, parece que trajo á casa un niño pequeño que habia tenido los dedos mordidos por el diablo, y á quien mi padre no queria mirar; pero mas tarde comenzó mi padre á quererle, y dice que mi tia es una buena crisiana y que todo lo que se cuenta es falso. El pastor de la parroquia no encuentra nada malo en ella, y dice que, puesto que necesita correr durmiendo, es preciso dejarla correr. Además, ella misma ha dicho que, si la encerrasen, se moriria y sucederian grandes desgracias. Hé ahí por qué va á donde quiere, y mi padre dice que mas vale no saber á donde va, porque tiene secretos que quedarian frustrados si se la siguiese y se la mirase.

—¿Y nunca le ha sucedido desgracia alguna cuando corre así dormida?

—Nunca, y quizás ne duerma cuando va corriendo; ¿cómo puede saberse? La verdad es que algunas veces estamos tres dias con sus noches sin saber si volverá; pero siempre vuelve, haga el tiempo que quiera, y tan luego como ha dormido y soñado, ya no está enferma y profetiza cosas que suceden. Mirad, esta mañana... Pero mi padre me ha prohibido que lo cuente!

—Si me lo diceis, Olof, será lo mismo que si lo dijeseis á estas piedras.

—¿Jurais sobre la Biblia que á nadie se lo contareis?

—Lo juro por todo lo que quierais!

—Pues bien, repuso Olof, quien, poco acostumbrado á encontrar con quien hablar en la solitud de su montaña, se encontraba feliz con que le escuchase una persona formal, hé aquí lo que dijo cuando despertó al amanecer: «El gran iarl va á marchar á caza. A caza van á marchar al gran iarl y su comitiva.» El iarl ya sabeis que es el baron de Valdemora.

—Ah! en efecto ha ido á caza; pero vuestra tia podia haberlo sabido.

—Si, pero ya vereis lo demas: «El *iart* dejará su alma en casa; en casa dejará su alma.» Aguardad... aguardad que recuerde lo demas.... cantaba eso.... la música me hará recordar la letra.

Y Olof comenzó á cantar con una música detestable: «Y cuando el *iart* vuelva á casa á buscar su alma, el alma del *iart* no estará ya en casa!»

En el momento en que el jóven dalecariano concluia de pronunciar estas palabras misteriosas, un trineo lanzado á todo escape llegaba detrás del suyo, y la voz retumbante de un cocheró gritaba con tono imperioso: «Aparta! aparta!» mientras pegaba con su fusta á sus cuatro caballos, á quienes asustaba el olor de los osos que llevaba Cristiano. Habian salido de la montaña y se encontraban en el camino angosto que se dirija hácia el lago. Cristiano, adivinando que le atropellarian si no se apartaba, y no viendo medio alguno de apartarse—in derrumbarse por el talud que habia en la orilla del Elf, pegó al caballo del *danneman* para lanzarle hácia adelante y así llegó á un sitio en que le era posible apartarse; pero en el momento en que conseguia colocarse á la derecha, el trineo de atrás, conducido por caballos impetuosos y por un cocheró brutal, le rozó tan de cerca que los dos trineos volcaron simultáneamente.

Cristiano se encontró en el suelo con Olof y con sus cuatro osos, y tan bien hundido en la nieve amontonada en el borde del camino, que necesitó algunos instantes para saber dónde y con quién se encontraba enterrado de aquel modo. La primera voz que hirió su oido, el primer semblante que reconoció su vista fueron la voz y el semblante del ilustre profesor Stangstadus. El sábio no se habia hecho daño alguno, pero estaba furioso, y dirigiéndose á la aventura á Cristiano, que no estaba enmascarado y con quien al levantarse se encontró frente á frente, le abrumó á injurias y le amenazó con la cólera celeste y con las maldiciones del universo.

—Despacito, despacito!—le contestó Cristiano ayudándole á colocarse sobre sus piernas desiguales:—nada os habeis roto, señor profesor; loado sea Dios! El universo y el cielo son testigos del placer que eso me causa; pero si érais vos quien guiaba locamente el vehículo, no sois muy amable para las gentes que no tienen tan buenos caballos como los vuestros. Vaya, dejadme!—añadió rechazando con dulzura al geólogo, que tenia trazas de querer agarrarle de los cabezones,—ó si

no la primera vez que os encuentre en el lago os dejaré helaros en vez de magullarme los hombros llevándoos á cuestras.

El profesor, sin procurar conocer á Cristiane, continuaba declamando para probarle que el accidente habia sucedido por culpa suya, cuando Cristiano, que no pensaba mas que en recoger su caza con Olof, vió en medio de los cuatro osos á un hombre de elevada estatura, tendido sin movimiento, con la cara vuelta hácia el suelo. Al mismo tiempo un joven vestido de negro y pálido de terror llegaba del lado opuesto, á donde habia sido arrojado, y esclamaba:

—El señor baron! ¿dónde está el señor baron?

—¿Qué baron?—dijo Cristiano, que acababa de levantar al hombre desmayado y le sostenia entre sus brazos.

En aquel momento el hijo del *dannen* an dió en el hombre á Cristiano, diciéndole:

—El *iart*! ved el *iart*!

Y mientras el médico del baron se apresuraba á quitar el gorro de pieles que la caída le habia calado hasta la cara del enfermo, de modo que le ahogaba, Cristiano estuvo próximo á abrir sus robustos brazos y á dejar caer de nuevo al moribundo sobre la nieve, conociendo con un horror insuperable, en el hombre á que socorría, el baron Claus de Walldemora.

Le tendieron sobre el monton de osos: era el mejor lecho posible en aquellas circunstancias, y el médico, aterrado, suplicó á Stanstadius, que en otro tiempo habia sido graduado de doctor en medicina, le ayudase con sus consejos y su experiencia en un caso que le parecia en extremo grave. Stanstadius que estaba ocupado en probar todas sus articulaciones para cerciorarse de que no estaba mas estropeado que de costumbre, consintió por fin en atender á la única persona á quien la caída parecia haber comprometido gravemente.

—Eh! pardiez!—dijo mirando y tocando al baron,—es muy sencillo: el pulso inerte, el rostro violado, los labios hinchados, un estertor de agonía... y sin embargo, ninguna lesión... Está tan claro como la luz del dia: es un ataque apoplectico. Es preciso sangrarle, sangrarle pronto, y con abundancia.

El médico buscó su estuche de lancetas y le encontró. Cristiano y Olof le ayudaron en sus pesquisas, y no fueron mas afortunados. El trineo del baron, arrebatado por sus fogosos caballos, estaba ya lejos; el cochero, pensando que su amo le castigaria á palos su torpeza, corria en pos del tiro,

loco de pena, y llenaba de imprecaciones todo el ámbito del desierto.

Como el caballo dócil del *danneman* se había parado, habieron de colocar al enfermo en el trineo del campesino y transportarle al castillo lo mas pronto posible. Stangstadius protestó que el enfermo llegaría muerto. El doctor, fuera de sí, quería correr en busca del trineo del baron para buscar su estuche de lancetas. Al fin le encontró en su bolsillo, en donde, merced á su turbacion, le había tocado diez veces sin sentirle; pero cuando llegó el momento de abrir la vena, le tembló tanto la mano, que Stangstadius, completamente indiferente á cuanto no era su propia persona, y satisfecho, además, por tener que probar su superioridad en todas las cosas, hubo de tomar la lanceta y practicar la sangría.

Cristiano, de pie y muy conmovido interiormente, contemplaba aquel cuadro singular y siniestro, iluminado por los reflejos lívidos del sol poniente: aquel hombre de formas poderosas y fisonomía terrible, que se agitaba convulsivamente sobre los cadáveres de las fieras amontonadas unas sobre otras; aquel brazo gordo y blanco de donde corría con pesadez una sangre negra que se coagulaba sobre la nieve; aquel médico jóven de fisonomía dulce y pusilánime, arredorado junto á su terrible cliente, compartido entre el temor de verle morir entre sus manos y el terror pueril que le causaba el gruñido de los osillos vivos junto á él; el trineo volcado, las armas desparramadas por el suelo, el semblante asustado, y sin embargo maliciosamente satisfecho del jóven *danneman*; el flaco caballejo, sudando y humeante, que comía la nieve con indiferencia, y sobre todo ello el rostro fantástico de Stangstadius, iluminado por una sonrisa de triunfo pasado al estado crónico, y su voz aguda perorando acerca de las circunstancias con un tono sardónico y pedantesco. Era una escena que nunca podría borrarse de la memoria, un grupo bufon y trágico á la vez, y aun quizás incomprensible á primera vista.

—Mi pobre doctor, —decía Stangstadius, —no debeis haceros ilusiones: si vuestro enfermo se libra, tendreis una fortuna inconcebible! Pero no os imagineis que la caída entra por mucho en su estado, pues el ataque era inminente desde hace veinte y cuatro horas. ¿Cómo no habiais previsto eso?

—Tanto lo habia previsto, —contestó el médico con cierto despecho, —que hace una hora os lo dije, Mr. Stangstadius, cuando el baron recibí en el pabellon de caza aquella carta

que trastornó sus facciones. Si lo habeis olvidado no es culpa mia. He hecho todo lo posible para impedir que el señor baron fuese á la caceria; nada ha querido escuchar, y lo único que he podido conseguir ha sido el acompañarle en su trineo.

—¡Pardiez! buen recurso se habia asegurado con eso! Si yo no me hubiese ofrecido á regresar con vosotros dos, cuando vi que ya no se hallaba en estado de cazar, hubiera podido ahogarse aquí. No hubiérais tenido presencia de ánimo suficiente....

—Sois duro para los jóvenes, señor profesor,—repuso el médico cada vez mas picado. ¿Se puede carecer de presencia de ánimo cuando acaba uno de ser lanzado á diez pasos de distancia, y apenas levantado se vé llamado á juzgar de la primera ojeada un caso quizás desesperado?

—¡Buena cosa, una caída en la nieve!—dijo Mr. Stangstadius encogiendo el hombro que consentia en prestarse á este movimiento. —Si hubieseis caído como yo al fondo del pozo de una mina! Una caída de cincuenta pies, siete pulgadas y cinco líneas, un desmayo de seis horas, cincuenta y tres...

—¡Eh! ¡pa-diez! señor profesor, ahora se trata del desmayo de mi enfermo y no del vuestro! Lo pasado, pasado está. Tened la bondad de sostener el brazo, mientras busco una ligadura.

—No, es que hay gentes que se quejan de todo,—prosiguió Stangstadius andando de un lado para otro, sin escuchar á su interlocutor.

Luego, o'vidando que acababa de mostrar tan terrible cólera contra Cristiano, el buen hombre, vivo de génio pero sin rencor, añadió alegremente, dirigiéndose á él:

—¿Me he puesto pálido, siquiera, hace un momento, cuando me encontré bajo esos cuatro animales... sin contar á los otros dos, vos y vuestro compañero? Dos insignes torpes! Pero, ¿qué son, al fin y al cabo, algunas contusiones mas ó menos? Ni siquiera he pensado en mí! Me he hallado dispuesto á juzgar el estado del enfermo, á verificar la sangría. La ojeada segura, la mano firme!... ¡Calle! ¿dónde diablos os he visto?—continuó dirigiéndose siempre á Cristiano, sin volver á pensar en el enfermo. ¿Habeis dado muerte á todas esas fieras? Hé ahí una buena caceria, una osa de la especie grande, la especie morena de ojos azules! Cuando piensa uno que ese imbécil de Bufon... Pero ¿dónde habeis encontrado eso? Es raro en el pais!

—Permitid que os conteste otra vez,—dijo Cristiano,—el doctor reclama mi auxilio.

—Dejad, dejad que corra la sangre,—repuso tranquilamente el geólogo.

—No, no, es bastante!—esclamó el médico.—La sangría hace buen efecto; venid á verlo, señor profesor; pero no se debe abusar del remedio: en este momento es tan grave como el mal.

Cristiano habia cojido con sus manos, no sin mortal é inesplicable repugnancia, el brazo pesado y frio del baron, mientras el médico cerraba la sangría. El enfermo abrió los ojos y procuró conocer donde estaba. Su primera mirada fué para el lecho singular en que se hallaba tendido, la segunda para su brazo ensangrentado, y la tercera para su tembloroso médico.

—Ah!—le dijo con voz débil y tono despreciativo,—me sacais sangre! Os lo habia prohibido.

—Era preciso, señor baron; ya estais mucho mejor, gracias al cielo!—contestó el doctor.

El baron no tenia fuerzas suficientes para discutir. Dirigia con esfuerzo, en torno suyo, miradas apagadas en que se reflejaba una inquietud sombría.

Encontró el rostro de Cristiano, y sus ojos dilatados se fijaron en él como atontados; pero en el momento en que Cristiano se inclinaba hácia él para ayudar al médico á levantarlo, le rechazó con un gesto convulsivo, y el débil color que habia recobrado cedió el puesto á una nueva palidez lívida.

—Abrid de nuevo la sangría!—gritó Stangstadius al médico.—Ya veia yo que la cerrabais demasiado pronto. ¿No lo dije? Y luego dejad cinco minutos de descanso al enfermo!

—Pero el frio,—señor profesor,—dijo el médico obediendo máquinalmente á Stangstadius, ¿no temeis que el frio sea un agente mortal en tales circunstancias?

—Bah! el frio!—repuso Stangstadius,—me burlo yo del frio de la atmósfera! El frio de la muerte es mucho peor! Dejad que corra la sangre, os digo, y en seguida dejadle que descansa. Es preciso hacer lo que está pre crito, suceda lo que quiera.

Y volviéndose hácia Cristiano, añadió:

—En mal trance se halla el grueso baron! No quisiera yo estar en su pellejo en este momento.... Calle! ¿Dónde diablo os he visto yo?

Luego, cogiendo un objeto que habla en la nieve, y variando de idea, dijo:

—¿Qué esta piedra roja? ¿Un fragmento de pórfido? ¿En una region de rocas primitivas y de basaltos? ¿Lo habeis traído de allá arriba?—añadió señalando á las cumbres del Oeste.—¿Estaba en vuestros bolsillos? Ah! ya veis que no es fácil estraviarme! Conozco todas las rocas por su forma y á dos leguas de distancia!

El trineo del baron estaba por fin de regreso, y al cabo de algunos momentos, habiéndose manifestado una nueva mejoría en su estado, pudieron detener la sangre y colocar al enfermo en su carruage, que le llevó de nuevo al paso hasta el castillo, mientras que Cristiano se adelantó con el hijo del *danneman*.

—Vamos! ¿qué os decia yo cuando ocurrió el suceso?—esclamó el muchacho cuando hubieron pasado delante del lúgubre equipage. ¿Qué habia dicho la tia Karina?

—No comprendí bien la cancion,—contestó Cristiano absorto en sus pensamientos.—Me parece que no era muy alegre.

—«Deja su alma en la casa,—replicó Olof,—y cuando vaya á buscarla, ya no la encontrará.» ¿No está bien claro eso, *herr* Cristiano? El *iart* estaba enfermo. Ha querido sacudir el mal, pero el alma no ha querido ir á cazar, y quizás en este momento esté en camino para un feo viage!

—¿Aborreceis al *iart*?—dijo Cristiano.—¿Pensais que su alma esté destinada al infierno?

—Eso, Dios lo sabe! En cuanto á aborrecerle, no le aborrezco ni mas ni ménos que todos los demas. ¿Le quereis vos, por ventura?

—¿Yo? No le conozco,—contestó Cristiano estremeciéndose interiormente al sentir aquel odio en si mismo mas vivo quizás que en ningún otro.

—Pues bien; si se escapa de esta,—refuso el niño,—ya le conoceréis! Sabrá quien le ha hecho volcar, y obrareis con mucha prudencia si os marchais del pais.

—Ah! ¿conque es opinion general que no se le debe disgustar?

—Diablo! hizo morir á su padre por medio del veneno, á su hermano por el puñal y á su cuñada de hambre, y á tantas otras personas que mi tia Karina sabe muy bien y que todos sabrian si ella quisiese hablar, pero no quiere!

—¿Y no temeis que la cólera del baron se vuelva contra

vos cuando sepi que el trineo de vuestro padre es el que le ha hecho volcar?

—No es culpa del trineo, y mucho menos mía. Habeis querido guiar! Si hubiese guiado yo, acaso no hubiera sucedido eso; pero lo que ha de suceder sucede, y cuando el mal cae sobre los malvados es porque Dios le quiere!

Cristiano, aferrado de continuo á la suposición que la había herido tan cruelmente, se estremeció de nuevo con la idea de que acababa de ser el instrumento parricida del destino.

—No! no!—esclamó contestándose á sí mismo mas bien que al hijo del *danneman*,—no soy yo la causa de su mal, los médicos han dicho que estaba condenado hacia veinte y cuatro horas!

—¡Y mi tia Karina lo ha dicho tambien!—repuso Olof. —Así, pues, descuidad, que de esta no volverá.

Y Olof volvió á cantar entre dientes su triste estribillo, que recordaba cada vez mas á Cristiano el canto monótono que oyó la víspera en los peñascales del lago.

—¿No vá la tia Karina algunas veces al Stollborg?—preguntó á Olof.

—¡Al Stollborg!—dijo el jóven.—Solo viéndolo lo creería.

—¿Porqué?

—Porque no le gusta aquel sitio; ni siquiera permite que lo nombren delante de ella.

—¿Cómo es esto?

—¿Quién puede saberlo? Sin embargo, en otro tiempo vió á ella, en tiempo de la baronesa Hilda; pero no os puedo decir mas, porque no sé sino lo que os digo: en nuestra casa nunca se habla del Stollborg ni de Waldemora.

Cristiano conoció que sería poco delicado preguntar al jóven *danneman* acerca de las relaciones que su tia podía haber tenido con el baron. Además, se tornaba nuestro aventurero tan triste y tan sombrío que ya no se sentia con valor para saber mas por el momento.

La brusca variacion sobrevenida en la atmósfera no contribuia poco á su melancolia. El sol, ya se hubiera puesto ó no, habia desaparecido por completo en una de esas nieblas que algunas veces envuelven de repente su postura ó su salida en los dias de invierno.

Era un velo pesado, lúgubre, de un color de plomo, que se oscurecía mas á cada instante, y que muy luego no dejó ya nada visible mas que en el fondo de la garganta, á donde

aun no habia bajado del todo. A medida que se acercaba, se desarrollaba en oleadas mas ó menos densas y se resistia á mezclarse con el humo negro que se alzaba de las grandes hogueras encendidas en las profundidades para preservar algunas cosechas, ó para conservar libre algun angosto arroyuelo.

Cristiano no pregunto siquiera a Olof cual era el objeto de aquellas hogueras; se abandonaba al lúgubre entretenimiento de contemplar sus rojos espectros, que parecian meteoros sin rayos y sin reflejo en las orillas del Stream, y en seguir la lucha lenta y triste de sus sombríos torbellinos con la niebla blanqueada por el contraste. El torrente helado se mostraba todavia, pero por razon de singulares ilusiones de optica, tan pronto aparecia tan cerca del camino que Cristiano se figuraba poderle tocar con el extremo de su lústa, como se sepultaba en profundidades inconmensurables, mientras que en realidad estaba infinitamente menos lejos ó menos cerca de lo que los juegos de la niebla le hacian aparecer.

Luego llegó la noche con su largo crepúsculo de las regiones del Norte, generalmente verdoso, y aquella noche incolora y livida. No habia un ser viviente, en la naturaleza, que estuviese escondido, inmóvil y mudo.

Cristiano se sintió oprimido por aquel luto universal, y gradualmente se acostumbró á él con una especie de resignacion apática. Olof habia echado pié á tierra para bajar, llevando el caballo del diestro, casi perpendicularmente á la orilla del lago, el cual no presentaba mas que una masa de vapores sin limites. Cristiano imaginaba estar bajando desde una vertiente escarpada del globo á los abismos del vacio. Dos ó tres veces resbaló el caballo hasta el extremo de sentarse sobre el cuarto trasero, y Olof estuvo próximo á soltarle y abandonarle á su destino con el trineo y el viajero. Este se sintió poseído de una indiferencia mortal. ¡«El luto del baron!» Estas cuatro palabras estaban como escritas con letras negras en su cerebro, y parecia que habian destruido en él todo sueño de porvenir, todo apego á la vida. No era desesperacion, sino que estaba disgustado de todas las cosas, y en aquella disposición de ánimo no acertaba á darse cuenta mas que de un hecho inmediato: que se sentia atrumado por el sueño, y que consentia en dormirse para siempre rodando sin sacudimiento al fondo del lago, y aun se habia atoralecido hasta el extremo de no saber ya donde estaba, cuando una voz tan débil como el crepúsculo, tan velada como el cielo y el lago, canto cerca de él palabras que escuchó y fué comprendiendo gradualmente.

«Ya se alza el sol, hermoso y claro sobre la pradera esmaltada de flores. Veo á las hadas blancas, coronadas con ramas de sauce y con lilas, que bailan allá abajo sobre el musgo plateado por el rocío. El niño está en medio de ellas, el niño del lago, mas hermoso que la mañana.

«Ya está el sol en lo mas alto del cielo. Los pájaros se callan, los moscardones zumban en un polvo de oro. Las hadas han entrado en un bosque de azaleas para hallar la frescura á orillas del Stream. El niño está dormido sobre sus rodillas, el niño del lago, mas hermoso que el día.

«El sol se pone. El ruiseñor canta á la estrella de diamantes que se mira en las aguas. Las hadas están sentadas al pie del cielo, en la escalera de rosado cristal; cantan para mecer al niño que sonrie en su nido de plumas, el niño del lago, mas hermoso que la estrella de la noche.»

Era otra vez la voz de los peñascales la que oía Cristiano, pero mas dulce que antes, y cantando esta vez, en un tono agradable y melodioso, palabras correctas. Era una cancion moderna que la sibyla podia haber comprendido y conservado exactamente en la memoria. Sin embargo, en vano intentó Cristiano ver una figura humana. No veia siquiera el caballo que le conducia, ó que, por mejor decir, no le conducia ya, porque el trineo permanecia inmóvil y Olof no estaba alla. Cristiano, lejos de pensar en inquietarse por su situación, escuchó hasta el fin las tres coplas. La primera le pareció cantada á algunos pasos detrás de él, la segunda mas cerca, y la tercera mas lejos, perdiéndose gradualmente delante del sitio en que se encontraba.

El jóven habia estado próximo á lanzarse fuera del trineo para coger al paso á la cantora invisible; pero en el momento de poner el pie en el suelo, no halló mas que el vacío, y como habia recobrado el instinto de la conservacion con las palabras suaves de la cancion, atargó las manos para saber dónde estaba. Tocó la grupa húmeda del caballo y llamó á Olof en voz baja varias veces, sin recibir respuesta alguna. Entonces, como le pareció que la cantora se alejaba, la llamó tambien, dándole el nombre de Vala Karina, pero no le oyó ó no quiso contestarle. Entonces se decidió á salir del trineo por el lado opuesto al que tanteó al pronto, y se encontró en el camino de rápida pendiente que esporó hasta una distancia de veinte pasos, llamando siempre á Olof con viva inquietud. Durante el breve sueño de Cristiano, ¿habia rodado el niño al precipicio? Al fin vió aparecer entre la niebla un punto

to luminoso imperceptible que le salia al encuentro, y muy luego conoció á Olof que llevaba una linterna encendida.

—¿Sois vos, *herr* Cristiano?—dijo el muchacho asustado, al hallarse de pronto frente á frente con él sin haberle oído acercarse.—Habeis salido del trineo sin ver bien lo que habia en torno vuestro, y habeis hecho mal; el sitio es muy peligroso, y os dije que no os movieseis mientras iba á encender mi linterna en el molino que está allá abajo ¿No me oisteis?

—No por cierto; ¿y vos, habeis oído cantar?

—Sí, pero no he querido escuchar. Se oyen con frecuencia voces en la orilla del lago, y no es bueno comprender lo que cantan, porque entonces os llevan á parages de donde nunca se vuelve.

—Pues bien, yo he escuchado,—dijo Cristiano,—y he reconocido la voz de vuestra tia Karina. Debe estar por aqui. Busquémosla, puesto que teneis luz, ó llamadla, acaso os contestará.

—¡No, no!—esclamó el muchacho,—dejémosla en paz. Si está en su sueño y la despertamos, se matará.

—Pero tambien se espone á matarse corriendo asi por la orilla de ese barranco que no se ve!

—Lo que nosotros no vemos, ella lo vé; estaos quieto, á no ser que querais causar su desgracia é impedir que vuelva á casa, en donde estoy seguro que se hallará antes que yo, segun acostumbra.

Cristiano hubo de renunciar á buscar á la vidente, con tanto mas motivo cuanto que la claridad de la linterna brillaba tan poco entre la niebla que apenas servia para ver dónde se ponian los pies.

Ayudó á Olof á bajar el trineo con precaucion hasta la orilla del lago, y allí, el muchacho, que se dirigia por calculo con mucha habilidad, le preguntó si queria subir de nuevo al trineo para ir al bostalle del mayor.

—No, no,—le dijo Cristiano,—es al Stollborg á donde tengo que ir. ¿No es á la derecha adonde debo torcer?

—No,—contestó Olof,—procurad andar en línea recta delante de vos, contando trescientos pasos. Si andais dos mas sin encontrar la roca es que os habeis equivocado.

—¿Y entonces que deberé hacer?

—Mirad hácia qué lado se dirigen los nubarrones de niebla. El viento sopla del Mediodia, y casi hace calor. Si la niebla pasa á vuestra izquierda, tendreis que caminar hácia vuestra derecha. Por lo demas no hay peligro en el lago, pues el hielo está bueno en todas partes.

—¿Pero, y vos, hijo mio, podreis salir del apuro hallándoos solo?

—¿Para ir hasta el bostcelle? respondo de ello. El caballo conoce el camino, ahora, y ya veis que se impacienta.

—¿Pero no volveréis esta noche á casa de vuestro padre?

—¡Si por cierto! quizás no se sostendrá la niebla; además saldrá la luna, y como es luna llena se verá el camino.

Cristiano dió al jóven *danneman* un apretón de mano y un *daler*, y conformándose con sus instrucciones, llegó al Stollborg sin equivocarse el camino y sin encontrar á nadie.

XV.

Mr. Goefle se hallaba asistiendo á los preparativos de su cuarta comida y sériamente ocupado en dar una lección de buenos modales á Nils, el cual, de pie y con la servilleta debajo del brazo, parecía demostrar bastante buena voluntad.

—¡Eh! ¡venid pronto, Cristiano!—esclamó el doctor en derecho;—¡iba á tomar mi café yo solo! ¡Yo mismo le he hecho para los dos. Os garantizo que está excelente, y debeis tener necesidad de caldearos el estómago.

—Ya voy, ya voy, querido doctor,—contestó Cristiano quitándose su chaqueton desgarrado y disponiéndose á lavarse las manos cubiertas de sangre.

—¡Dios mio!—repuso Mr. Goefle,—¿estais herido, ó habeis degollado, por ventura, á todos los osos del Levenberg?

—Algo hay de eso,—contestó Cristiano,—pero creo que tambien estoy manchado de sangre humana. ¡Ah! ¡Mr. Goefle, es una verdadera historia!

—¡Estais pálido!—esclamó el abogado;—¿os ha sucedido alguna cosa mas grave que una aventura de caza? ... ¿Una disputa... una desgracia?... Hablad pronto... ¡Me quitais el apetito!

—Nada me ha sucedido que deba produciros ese resultado. Comed, Mr. Goefle. Procuraré haceros compañía y hablaré en francés por razon de...

—Sí, sí,—contestó Mr. Goefle en francés,—por razon de las orejas encarnadas de ese tontuelo; hablad que ya escucho.

Mientras Cristiano contaba prolija y exactamente á monsieur Goefle sus aventuras, sus pensamientos y sus emociones, se oian á lo lejos los sonidos de ruidosas fanfarrias. La desaparición del baron se habia verificado en el bosque lo mismo que se verificaba con frecuencia en sus salones. Despues de haber muerto un gamo, sintiéndose verdaderamente

incapaz de resistir al frío y al cansancio, y sobre todo á la impaciencia de terminar el negocio de que le hablaba la carta de Johan, habia vuelto á subir en el trineo, bajo el pretexto de ir á apostarse mas lejos, mandando á decir á los demas cazadores, no se cuidasen de él, sino que prosiguiesen su diversion como mejor les pareciese. Larrison y el teniente habian ido á reunirse con aquella cacería, en la que, segun sus vaticinios, no se halló el mas leve rastro de osos, pero en la que se mataron algunos gamos blancos y muchas liebres de gran tamaño.

Al acercarse la niebla, las personas previsoras se apresuraron á emprender la vuelta al castillo; pero una parte de la juventud, escoltada por todos los campesinos de los alrededores, empleados como ojeadores, se retrasó bajando de las colinas, y hubo de detenerse al pie del hógar, en donde Larrison emitió el dictámen de aguardar á que saliese la luna, ó que los vapores de lago fuesen arrebatados por el viento fuerte que suele preceder á su aparicion. Algunas personas mandaron encender los faroles de sus trineos y prefirieron regresar al instante; solo unas doce se quedaron. Los campesinos recibieron una distribucion abundante de aguardiente y se dispersaron por el campo. Los criados y los picadores tocaron la trompa y encendieron una gran hoguera sobre el túmulo, al lado de los restos informes de la estatua de nieve, y la juventud brillante reunida en la gruta, ante la cual se alzaba una pirámide de caza muerta, se entregó á conversaciones animadas, mezcladas con narraciones y discusiones acerca de los diferentes episodios de la cacería.

Pero el relato del mayor prevaleció tan bien sobre todos los demas en aquel dia, que muy luego permanecieron todos silenciosos para escucharle. En el número de los oyentes de ambos sexos figuraban Olga, Martina y Margarita, á quien su tia habia permitido que se quedase en el hógar, en compañía de Mlle. Potin y de la hija del ministro.

—Segun eso, señores,—decia Olga al mayor y al teniente,—os habeis marchado sigilosamente á ejecutar hazañas peligrosas cuya prueba os proponéis enseñarnos mañana, si consentimos en dar un paseo hasta vuestra morada?

—¡Decid, mas bien, las pruebas!—contestó el Mayor:—una pieza enorme, una osa blanquecina con los ojos azules, un oso negro bastante grande, y dos osillos, que tenemos la intencion de criar para disfrutar luego el placer de soltarlos y cazarlos cuando sean grandes.

—¿Pero quién ha muerto ó cogido todo eso?—preguntó Martina Akerstrom, la rubia novia del teniente.

—El teniente ha cogido un osillo,—contestó el Mayor con una sonrisa espresiva dirigida á su amigo.—El cabó Duff y yo hemos cogido el otro, y el campesino que nos servia de guia hirió á la osa grande y atacó al oso negro; pero estas dos fieras furiosas le habrian hecho pedazos infaliblemente si otro amigo mio, que llegó allí solo, no hubie rematado á la primera y roto la cabeza del otro de un balazo á media putgada de la cabeza del pobre montañes.

Se vé que, si el tiro de Cristiano se hubiese contado por tercera vez, la distancia entre su bala y la cabeza del *danne-man* habria sido inapreciable. De seguro que el Mayor no creia mentir; sin embargo, los oyentes hicieron observaciones vehementes, pero el teniente dió con el puño sobre la mesa jurando que, si el Mayor exageraba la distancia, era mas bien en mas que en menos. De seguro que tampoco el teniente creia faltar á la verdad: ¿podia equivocarse su querido Osmundo?

—Sea lo que quiera,—dijo Margarita,—el matador de monstruos de quien hablais tiene mucho valor y presencia de ánimo, segun parece, y me alegraria de poderle felicitar con entera sinceridad. ¿Guarda el anónimo por esceso de modestia, ó no está aquí?

—No está aquí,—contestó el Mayor.

—¿Es verdad eso?—repuso Martina Akerstrom mirando cándidamente á su novio.

—Ah! sí que es verdad!—contestó el teniente con un suspiro no menos ingenuo.

—¿Pero ha exigido que su nombre sea un misterio para nosotros?—repuso Margarita.

—No hubiéramos consentido en prometérselo,—contestó el Mayor,—porque le queremos dema iado para eso; pero cuando se posee un secretito que, por fortuna, escita la curiosidad de las señoras, se hace uno valer y nada diremos, ¿no es verdad, teniente? si no se hacen algunos esfuerzos para adivinar el nombre de nuestro héroe.

—¿Será acaso Mr. Stangstadius?—dijo Mlle. Potin riendo.

—No,—contestó otra persona,—el profesor estaba en vuestra caceria y se marchó con el baron de Wademora.

—Pues bien,—dijo Olga,—acaso seria para ir á asistir á la caceria de estos señores. ¿Quién sabe si será el baron en persona?...

—¿Esas hazañas no son ya propias de su edad,—dijo con

afectacion un jóven que habia galanteado muy gustoso á Olga.

—¿Porqué no?—repuso la jóven rusa.

—No digo yo,—observó Larrison,—que tales hazañas no serian de su edad, pero creo que nunca han sido de su gusto. No he oido decir en tiempo alguno que el baron haya cazado los osos á la moda nueva, es decir, sin estar atrincherado detrás de una red de cuerdas sólidas y bien tendidas.

—Cómo!—repuso Margarita,—¿habeis cazado sin redes?

—A la manera de los montañeses, que es la mejor,—contestó Larrison.

—Pero entonces será muy peligroso!

—El peligro no ha sido hoy para nosotros, sino para nuestro amigo, cuyo chaqueton de piel de renífero os enseñaremos mañana; la manera en que las garras del oso han convertido aquella especie de coraza en un pedazo de encage calado, os probará por demás que ha visto al enemigo de cerca.

—Pero esponerse así es una cosa insensata!—esclamó Margarita.—Por nada del mundo quisiera presenciar tal espectáculo!

—¿Y el nombre de ese Meleagró,—repuso Olga,—no se podrá saber?

—Confesad,—dijo el Mayor,—que no habeis hecho muchos esfuerzos para adivinarle.

—Si por cierto; pero veo aquí á todos áquellos huéspedes del castillo á quienes creo capaces de las más altas proezas, y decís que vuestro héroe no está entre nosotros.

—Al menos habeis olvidado á una persona que faltaba anoche en el castillo,—repuso el teniente.

—En vano busco,—contestó Olga,—renuncio á adivinarlo, y á menos que fuese el de la máscara negra, el hombre misterioso, el bufon ilustrado, Cristiano Waldo.

—Pues bien, ¿porqué no habia de ser él?—dijo el Mayor mirando á hurtadillas á Margarita, que se habia puesto muy encarnada.

—¿Es él?—esclamó la jóven con cándida viveza.

—¡Eh! ¡Dios mio!—le dijo la jóven rusa con mas brutalidad que malicia, porque no era malvada,—no parece, queridísima, sino que eso os interesa mucho.

—Ya sabeis,—contestó la buena Potin con mucha oportunidad,—que la condesa Margarita tiene miedo de Cristiano Waldo.

—¿Miedo?—dijo el Mayor con sorpresa.

—¡Eh! si por cierto,—repuso Mlle. Potin,—y confieso que

en cierto modo me hallo en el mismo caso: una careta siempre me mete miedo.

—Pero si no habeis visto siquiera la careta de Cristiano.

—Razon mas,—contestó el aya riendo.—No se tiene miedo, realmente, sino de aquello que nunca se ha visto. ¡Son tan singulares todas las narraciones que hacen acerca de ese cómico de tanto talento... y la cabeza de muerto que le atribuyen! ¿creeis que no ha; en esa motivo suficiente para sonar por la noche y temblar cuando se oye su nombre?

—Pues bien,—dijo el Mayor,—no tembleis ya, señoras; hemos estado viendo todo el día la cara de Cristiano Waldo, y por mas que dijese anoche el señor baron, su supuesta cabeza de muerto es la cabeza del joven Antinoo. ¿No es verdad, teniente, que es el jóven mas hermoso que se puede imaginar?

—Tan hermoso como amable, instruido y valiente,—contestó el teniente.

Y el cabo Duff, que se mantenía fuera con la pipa en la boca escuchando la conversacion, levantó la voz como á pesar suyo para elogiar la cordialidad, la nobleza y la modestia de Cristiano Waldo.

Margarita no hizo preguntas ni reflexiones; pero, á pesar de que parecia hallarse ocupada en abrochar su abrigo, porque se habian levantado para marcharse, no perdió una sola palabra de los elogios tributados á su amigo de la víspera.

—¿Cómo es,—dijo Olga, que se disponia á seguirla,—que un hombre instruido y distinguido se dedica á un oficio, no quiero decir vergonzoso, pero frívolo, y que además no ha de enriquecerle?

—No se dedica á un oficio,—contestó el Mayor con viveza,—sino que se entrega á una diversion.

—¡Ah! perdonad, le pagan!

—Pues bien, á nosotros los militares nos pagan por servir al Estado. Nuestras tierras y nuestras rentas, ¿no son por ventura el salario de nuestros servicios?

—Hay el salario y la recompensa,—dijo Margarita con melancólica dulzura.—Pero el frio se hace sentir mucho: ¿no nos marchamos? Me parece que ya no habrá peligro alguno sobre el lago.

El Mayor comprendió ó creyó comprender que Margarita tenia grandes deseos de conversar con él, y le ofreció el brazo hasta su trineo, en donde pidió á M^{te}. Potin que le per-

mitiese ocupar un asiento para regresar al castillo. Algunas palabras dirigidas rápidamente al teniente hicieron comprender á este que le agradaría al Mayor ver á Olga subir en otro trineo con él y con Martina Akerstrom, y el buen teniente, sin cuidarse de averiguar por qué, obedeciendo como á una consigna, hizo aceptar su ofrecimiento á su novia y á la joven rusa.

Así pues, Osmundo tuvo entera libertad para discutir con vehemencia á Cristiano Waldo de la mala opinion que Margarita y su discreta confidenta Mite. Potin parecían haber formado acerca de él. Para lograrlo no tuvo que hacer mas que referir su conversacion con Waldo, y la resolución escéptica y generosa que este habia adoptado de abrazar una existencia ruda y miserable antes que continuar una vida de aventuras que él mismo condenaba.

Margarita escuchaba con aparente tranquilidad, como si solo se hubiese tratado de una apreciacion general acerca de una situacion cualquiera; pero no era cómica habita, y el Mayor, que tuvo la delicadeza de considerar su ficcion segun el deseo, no se equivocó acerca del sentimiento que ocultaba en lo mas secreto de su alma.

Entretanto el baron Olaus habia sido trasladado á su lecho, en donde parecia estar tranquilo; el médico, interrogado por los herederos, segun su costumbre y conformándose con su consigna, habia escuchado las preguntas. Se sabia muy bien que el respetable y querido tio habia llegado tan débil que habia sido preciso trasportarle, desnudarle y acostarle como á un niño; pero, segun el médico, no era sino un nuevo accidente, pasajero como todos los demás. Johan daba órdenes para que las diversiones y los juegos siguiesen su curso. La comedia de líteres estaba anunciada para las ocho.

El doctor Stangstadus hubiera podido revelar la gravedad de la situacion; pero tan luego como regresó de la cacería subió al observatorio del castillo con el fin de estudiar á su gusto el fenómeno de la *niebla seca* que atribuia, quizás con razon, al paso de exhalaciones volcánicas procedentes del lago Wettern.

La única persona que estaba verdaderamente inquieta era Johan. Habiéndose quedado solo con su amo, á quien el médico habia encargado mucho que dejasen descansar mientras él iba á cambiar de traje y á tomar algun alimento, Johan resolvió saber á qué atenerse acerca del estado mental del baron.

—Veamos, mi amo,—le dijo con su acostumbrada familiaridad, privilegio exclusivo de que nunca temia abusar, y con razon,—¿nos morimos esta vez? ¿No logrará vuestro viejo Johan arrancaros una de esas buenas sonrisitas que significan: «Me burló de la enfermedad y enterraré á todos los necios que querrian verme en el infierno?»

El baron intentó en vano mostrarle aquella sonrisa victoriosa y solo consiguió hacer una mueca lúgubre acompañada de un suspiro profundo.

—¿Me ois?—repuso Johan;—eso ya es algo.

—Sí,—contestó el baron con voz débil;—pero esta vez estoy muy malo! Ese asno de médico ..

Y trató de enseñar su brazo.

—¿Os ha sangrado?—repuso Johan;—dice que con eso os ha salvado. Esperemos que así sea; pero es preciso que lo queráis.. Ya sabéis que vuestro único remedio es vuestra voluntad que hace milagros!

—Ya no la tengo!

—¿Voluntad?... ¡Quitad allá! Cuando decís eso es que queréis enérgicamente alguna cosa, y lo que queréis voy á decíroslo: es que esos dos ó tres italianos..

—Sí, sí, todos!—repuso el baron con un relámpago de energía.

—¡Enhorabuena!—repuso Johan.—¡Ya sabia yo que os haria recobrar la voluntad! .. ¿Habeis visto las pruebas?

—¡Irrecusables!

—¿La letra Stenson?

—¡Y su firma.. todos los pormenores!.. ¡Es singular, es singular! pero es cierto.

—¿Dónde están esas pruebas?

—En mi traje de caza.

—No las encuentro.

—No buscarás bien. Ahí están. ¡No importa! escucha: me rinde el cansancio... ¡Stenson á la torre!...

—¿Al instante?

—No, durante la funcion de títeres.

—¿Y los otros?

—Despues.

—¿Tambien á la torre?

—Sí, con algun pretexto...

—Es muy fácil. Una fuente de plata sobredorada deslizada en el equipaje de esos juglares .. La habrán robado.

—Bien.

—Pero, ¿y si desconfían? ¿y si no vienen el Cristiano verdadero y el falso?

—¿Dónde están?

—¿Quién puede saberlo con esa niebla? He dado órdenes, pero, hace una hora, aun no habían visto entrar á nadie en el Stollborg, que está espiado y cercado por todas partes.

—¿Entonces... qué harás?

—Muertas las pruebas, es decir, la cartera y el hombre que os la ha entregado, queda muerto el secreto. Puesto que Cristiano Waldo lo ignora todo...

—¿Es seguro eso?

—Cuando le tengamos en nuestro poder le confesaremos.

—¿Pero aun no le tenemos!

—Ahora... quizás no. Voy yo mismo al Stollborg á cerciorarme.

—Vé pronto... Pero, ¿y si se niega á venir esta noche al castillo?

—Entonces irá allá abajo el capitán Quimera con...

—Muy bien. ¿Y el abogado?

—Le diré de antemano que le mandais á llamar. Solo que es preciso preverlo todo... ¿Y si no obedece?

—Será la prueba...

—De que está en inteligencia con los enemigos, y entonces....

—¡Tanto peor para él!

—Es grave: un hombre tan conocido...

—Que no se le haga daño alguno y solo se le impida mezclarse en el asunto.

—Si, si es posible. No importa, lo intentaré. Voy al instante al Stollborg á deshazar vuestra copa de oro en la albarda del asno. Ese será el pretexto para allá abajo; pero todo eso producirá estrépito quizás; Cristiano es batallador y el Stollborg está muy lejos.

—¡Mejor que mejor! así se hará callar mas pronto...

—El mayor y su teniente han tomado cariño á ese jugador. Se trata de aprovechar bien el momento oportuno. Voy á hacer que toquen muchos instrumentos de cobre en el castillo, y fuera se tirarán cohetes y carretillas á cada instante.

—¡Muy bien!

—¿Cómo os sentís?

—Mejor... y aun creo recordar... Aguarda, Johan, hoy he vuelto á ver esa figura... ¿Dónde ha sido? ¡Aguarda, te digo!... ¿Lo he soñado?... ¡Desgracia!... No puedo, Johan, mi cabeza se niega... mi cerebro se turba como anteayer.

—Pues bien, no os atormenteis, yo sabré encontrar lo necesario, es cosa mia. Vamos, tranquilizaos, que aun venceréis a esa crisis. Voy á enviaros á Jacobo.

Johan salió. El baron, aniquilado por el esfuerzo que acababa de hacer, se desmayó entre los brazos de Jacobo; y el médico, á quien se llamó precipitadamente, tuvo que trabajar mucho para hacerle volver en sí. Luego el enfermo recobró una energía febril.

—Quitaos de ahí, doctor,—dijo,—me fastidia vuestra cara... ¡Sois feos! ¡todos son feos!... El es hermoso, si, *el*, segun dicen; pero de nada le servirá eso... Cuando uno se muere, pronto se pone hediondo, ¿no es verdad?... Sin embargo, si muero yo antes que *el*... Me dan ganas de legarle mi fortuna... ¡Seria buena ocurrencia! pero si vivo, preciso es que *el* muera, no hay remedio! Respondedme, doctor, ¿me creéis loco?

El baron, despues de haber divagado todavia durante algunos instantes, c. yó en una somnolencia agitada. Eran entonces las seis de la tarde. Los huéspedes del castillo acababan de sentarse á la mesa para tomar el *aftonward*, esa comida ligera que precede á la cena.

Sentimos en el alma hacer pasar á nuestros lectores por tantas comidas, pero si suprimiésemos una sola no estaríamos en la realidad. Nos vemos obligados á recordarles que la costumbre general en el país es la de comer ó beber de dos en dos horas, y que en el siglo pasado nadie se apartaba de ella, sob e todo en el campo y en la estacion fria. Las mujeres bonitas nada perdian de su poesia, á los ojos de sus admiradores, porque demostrasen un apetito excelente. La moda no consistia en estar muy pálidas y en tener ojeras. La tez brillante y fina de las hermosas suecas nada les quitaba de su dominio sobre los corazones, y por no ser romántica, la juventud de ambos sexos no era menos novelesca. Asi, pues, la linda Margarita y la alta Olga, la rubia Martina y varias otras niñas de aquellos lagos helados, despues de haber tomado café en la gruta del Lógar, comieron queso de nata en la gran sala dorada del castillo, soñando cada cual á su manera con el amor, y sin admitir ninguna el ayuno como condicion obligatoria del sentimiento.

Los huéspedes del castillo nuevo no eran ya tan numerosos como en los primeros dias de Navidad. Varias madres se habian llevado á sus hijas viendo que el baron de Olaus no hacia caso de ellas. Los diplomáticos de ambos sexos que tenian con él relaciones de interés, y los presuntos herederos, á

quienes el baron, cuando estaba de broma, acostumbraba á flaxar sus herederos presuntuosos, se mantenian firmes en sus puestos, á pesar de la tristeza que comenzaba á difundirse en torno suyo.

La condesa Elveda se impacientaba por no poder adelantar negocio alguno con el misterioso anfitrión, pero hallaba una compensacion estableciendo el dominio de sus encantos en el corazon del embajador de Rusia. En cuanto á las señoras mayores, pasaban las mañanas y las tardes haciendo y recibiendo visitas en las respectivas habitaciones con mucha ceremonia y solemnidad. Allí se hablaba si mpre de las mismas cosas: del buen tiempo de la estacion, de la magnífica hospitalidad del castellano, de su gran talento un poco malicioso, de su indisposición, que sobrellevaba con tanta valentía para no turbar los placeres de sus convidados, y al decir esto se ahogaban homéricos bostezos. Y luego se hablaba de política y se disputaba con acrimonia, lo cual no impedia que se hablase de religion de una manera edificante. Por lo general á las personas que acababan de entrar se les hablaba todo lo mal posible de las que acababan de salir.

Las únicas imaginaciones que podian luchar con buen éxito contra el frio de aquella atmósfera moral, eran las de unos veinte jóvenes de ambos sexos que, con la aprobacion de sus familias ó sin ella, habian entablado muy luego relaciones mas ó menos tiernas, y que por su libre reunion en casi todas las horas del dia, se servian unos á otros de protectores ó de confidentes.

Con aquella buena juventud se unian algunas personas de mas edad, pero benévolas y de un carácter alegre; las ayas como Mile. Potin, la familia del pastor de la parroquia, grupo mimado y considerado en todas las reuniones campestres, algunos campesinos ancianos sin pretensiones y sin intriga, el médico del baron, cuando podia escaparse de las garras de su tiránico y astuto enfermo, y por último, el ilustre Stangstadius, cuando podian apoderarse de él y detenerle por medio de bromas bajo la forma de elogios hiperbólicos cuya sinceridad nunca ponia en duda, aun cuando se dirigiesen á sus atractivos personales.

Así pues, la colacion del *aftonward* fué tan alegre como en los demas dias, aunque el geólogo no concurrió á ella, y la sociedad joven, como decian las matronas, no reparó en el semblante agitado y preocupado de los criados, los cuales no se dejaban engañar tanto respecto de la ligera indisposición de su amo como consentian en fingirlo para con aquellos de

sus compañeros que tenían el oficio de espiar á los demás.

Después de la colación declararon que bastante tiempo habían escuchado ya las bahañas de los cazadores, y Martina propuso que se dedicasen de nuevo á una diversion que habia tenido ya muy buen éxito la víspera, y que consistia en jugar al escondite en una parte de las habitaciones del castillo.

Huian instintivamente de cierto pabellon reservado para las habitaciones aisladas del castellano, y quizás, sin darlo á entender, no sentian tener el pretexto de respetar su reposo para alejarse igualmente de las habitaciones de ceremonia ocupadas por los padres, tios y demás parientes venerables.

En las largas galerías sombrías y poco frecuentadas que corrian por encima de los edificios del recinto, y que tenían diferentes comunicaciones con los pisos inferiores consagrados á varios usos domésticos, como bodegas, dispensas, almacenes de ropa blanca, etc., tenían libre el tránsito para buscarse unos á otros, y muchos rincones para esconderse. Echáronse suertes para dividirse en grupos que se buscasen y escondiesen alternativamente, y Margarita se encontró reunida con Martina y con su novio el teniente.

XV.

Mientras que la gente joven del castillo nuevo se entregaba á juegos inocentes, Mr. Goefle y Cristiano hacían todos los comentarios imaginables acerca de los descubrimientos que este último creia haber verificado relativamente á su nacimiento.

Mr. Goefle no participaba de las ideas de su amigo. Las suponía nacidas en una imaginación mas ingeniosa que lógica, y parecia hallarse mas atormentado que nunca por una idea acerca de la cual deseaba y temia á la vez explicarse.

—Cristiano, Cristiano, —dijo moviendo la cabeza, —no os molesteis en querer profundizar los arcanos de esa pesadilla. ¡No, no! no sois hijo del baron Olaus, ¡apostaria mi cabeza!

—Y sin embargo, —repuso Cristiano, —¿no hay rasgos de semejanza entre él y yo? Mientras se hallaba desmayado y corria su sangre sobre la nieve, yo le miraba con espanto; su fisonomía cruel y sardónica se habia revestido de esa expresión de suprema calma que dá la muerte. A la verdad, me parecia que ningun hombre, á no haber pasado su vida delan-

te de un espejo ó á no ser retratista, podria formarse una idea esacta de su propia fisonomia; pero en fin, me figuraba que aquel tipo se hallaba vagamente trazado en mi memoria, y que era en un todo el mio. La misma impresion experimenté al mirar á ese hombre por primera vez. No pensé: «¿Le he visto en alguna parte!» sino que dije para mí: «¿Le conozco, siempre te he conocido!»

—Pues bien,—dijo Mr. Goefle,—yo tambien ¡vive Dios! al veros por primera vez, y aun al miraros en este momento, en el que teneis el semblante sério y absorto, encuentro, si no una semejanza, al menos una analogia de tipo extraordinaria, sorprendente! y justamente eso, querido amigo, es lo que me induce á deciros: No, no sois su hijo!

—Pues ahora, Mr. Goefle, os juro que no os entiendo.

—Oh! no sois vos solo; yo mismo no me entiendo! Y sin embargo, tengo una idea, una idea fija!... Si ese diablo de Stenson hubiese querido hablar! pero en vano le he estado atormentando hoy durante dos horas, pues no me ha dicho mas que cosas insignificantes.

O comienza á divagar en ciertos momentos, ó se hace resueltamente el sordo y el distraido cuando no quiere responder. Si yo hubiese sabido que esa Karina existia y que se habia mezclado en vuestros asuntos, acaso habria sacado alguna revelacion á Stenson, al menos á propósito de ella. ¿Decis que el hijo del *danneman* supone que Karina revelaria muchos secretos si quisiese? Desgraciadamente parece que tambien esa es una cabeza escada ó una imaginacion aterrada que no quiere confesarse!

Sin embargo, es preciso que consigamos aclarar nuestras dudas, porque, ó estoy loco, querido Cristiano, ó os ha traído aquí en vuestro propio pais, y acá o muy próximo á descubrir quien sois. Veamos! busquemos otra vez, ayudadme, es decir, escuchadme. Vuestra fisonomia es tambien una gran causa de turbacion y de inquietud en el castillo nuevo, y habeis de saber!.

En aquel momento llamaron á la puerta, despues de haber intentado abrirla; pero el cerrojo estaba corrido por dentro, precaucion que Mr Goefle habia adoptado sin que Cristiano reparase en ello. Este iba á abrir, pero el abogado le detuvo, diciéndole:

—Escondeos debajo de la escalera y dejadme obrar.

Cristiano, muy preocupado, obedeció maquinalmente, y Mr. Goefle fué á abrir, pero sin dejar que entrase en el cuarto el importuno. Era Johan.

—¿Sois vos otra vez?—le dijo el abogado con tono brusco y severo.—¿Qué queréis, Mr. Johan?

—Perdonad, Mr. Goelle, desearia hablar con Cristiano Waldo.

—No está aquí.

—Sin embargo, ha entrado en el Stollborg, Mr. Goelle, lo sé.

—Buscadle pero no en mi cuarto. Estoy trabajando y quiero tranquilidad. Esta es ya la tercera vez que me incomodais.

—Os pido mil perdones, Mr. Goelle; pero como compartis vuestra habitación con él, creí poderme presentar aquí para transmitir á ese cómico las órdenes del señor baron.

—Las órdenes, las órdenes! ¿Qué órdenes son esas?

—En primer lugar la de que prepare su teatro, despues la de trasladarse al castillo nuevo á las ocho en punto, como ayer, y por último la de representar alguna cosa muy alegre.

—Incurris en repeticiones, querido; me habeis dicho ya hoy eso mismo dos veces, en las propios términos... Pero, ¿estais muy seguro de saber lo que decís? ¿No está el baron gravemente enfermo esta noche, y mientras vagais cual una sombra en torno del castillo viejo, sabeis bien lo que está pasando en el castillo nuevo?

—Acabo de ver al señor baron hace un instante,—contestó Johan con su eterna sonrisa de humildad impertinente.—El señor baron está enteramente bueno, y porque me envia aquí es por lo que me veo obligado, con harto pesar mio, á ser excesivamente importuno. Sin embargo debo añadir que el señor baron desea en extremo hablar con vos durante la representación de la comedia de títeres.

—Está bien, luego iré. Buenas noches.

Y Mr. Goelle dió con la puerta en las narices á Johan, que vió frustrado su intento.

—¿Por qué son todas esas precauciones?—le dijo Cristian saliendo de su escondite, desde donde habia escuchado aquel diálogo.

—Porque está pasando aquí una cosa que precisamente iba á deciros, y que no comprendo,—contestó el doctor en derecho.—Durante todo el dia, ese Johan, que, si ha de juzgar por su traza y por la opinion de Stenson, es el mas solemne bribon que existe, no ha hecho mas que vagar alrededor del Stollborg, y vos sois el objeto de su curiosidad. Ha interrogado acerca de vos á Stenson, que no os conoce y que solo desde hoy sabe (precisamente por Johan) que vos y yo vivimos aquí.

En seguida el dicho Johan ha estado hablando mucho tiempo en la cuadra con vuestro criado Puffo, y en la cocina del *gaard* con Ulfilas. Hubiera hecho charlar á Nills si no le hubiese tenido todo el día á mi lado, y aun creo que ese espía ha intentado confesar á vuestro asno.

—Afortunadamente que ese buen Juan es en extremo discreto,—dijo Cristiano.—No veo qué puede inquietaros en los manejos de ese lacayo para tratar de ver mi cara: estoy acostumbrado á escitar esa curiosidad des le que he vuelto á usar la careta; pero voy á desembarazarime para siempre de ese misterio pueril y de esas precauciones triviales. Puesto que esta noche he de volver al castillo, iré con la cara descubierta.

—No, Cristiano, no lo hagais, os lo prohibo. ¡Tened dos ó tres dias mas de prudencia! Aquí hay que descubrir algun secreto importante, y le descubriré ó dejaré de ser quien soy; pero es preciso que no vean vuestra cara. No debeis mostrársela siquiera á Ulf. No os dejo y me constituyo en vuestro centinela de vista. Es indudable que os amenaza algun peligro. La mirada oblicua de Johan no es la única que he visto brillar en los pasadizos sombríos del Stollborg. Hoy, al anoecer, ó mucho me engaño, ó he visto á cierto jayau, adornado por el baron su amo con el fantástico nombre de capitán Quimera, que se estaba paseando por encima del higo alrededor del torreón. Quizás con nuestra comedia de anoche hayamos despertado sospechas sin saberlo. El baron recela algo respecto de vos, y si quereis creermme, fingios enfermo y no vayais al castillo nuevo.

—¡Oh! en cuanto á eso perdonad, Mr. Goffe, pero nada que procediese del baron podria asustarme. Si tengo la fortuna de no pertenecerle, me siento enteramente dispuesto á desafiar su cólera y á retorcér con vigor la mano que se atreviese siquiera á levantar la cortina de mi teatro para ver mi cara, si se me antoja conservar todavia el incógnito. Recordad que hoy he dado muerte á dos osos, y que eso me ha escitado algun tanto los nervios. Vamos, vamos, perdonad, querido tio, pero se va haciendo tarde y apenas me quedan dos horas para preparar mi representacion. Voy á buscar el plan de alguna comedia en mi biblioteca, es decir, en el fondo de mi cajon, y me dareis el gusto de representarla conmigo.

—Cristiano, hoy no tengo la cabeza para eso. Ya no me siento fabulador, sino abogado, es decir, investigador de hechos verdaderos! Vuestro criado Puffo no está muy borracho,

según me ha parecido; debe andar por el gaard. Mirad, voy á salir y al paso le llamaré para que os ayude. Puesto que aun quereis fabular hoy... quizás no haya inconveniente á guño... eso ocupará vuestra imaginación y podrá apartar las sospechas. Puffo os es fiel, ¿no es cierto?

—No lo sé.

—¿Pero, si os buscasen quimera no os dejaría plantado? ¿No es cobarde?

—Creo que no; pero descuidad, Mr. Goefle. Tengo aquí el cuchillo de monte noruego que me han prestado para ir á caza, y os prometo que me haré respetar sin la ayuda de nadie.

—Desconfiad de una sorpresa. Solo eso es lo que temo para vos; yo no puedo ya estarme quieto; Desde que me habeis hablado de un niño criado secretamente en casa del danne-man... de un niño que tenía los dedos de la misma configuración que los vuestros.

—¡Bah!—dijo Cristiano,—acaso habré soñado todo eso, y ahora es preciso disipar tales ideas. Veo en el fondo de mi caja á mis pobres muñequitos, á quienes voy á hacer hablar quizás por última ó por penúltima vez, porque en todas mis reflexiones de hoy, Mr. Goefle, solo eso hay cierto y prudente. Dejo el teatro y tomé el martillo del minero, el hacha del leñador, ó el látigo del campesino viajero. ¡Me burlo de todo lo demás! Importa muy poco que yo sea hijo de una sílfide amable ó de un íarl malvado. Seré hijo de mis obras, y es devanarse demasiado los sesos para llegar á un resultado tan sencillo y lógico.

—¡Muy bien, Cristiano, muy bien!—esclamó Mr. Goefle. —Me gusta oiros hablar así; pero yo tengo mi idea, la conservo, la doy cien vueltas... y voy á procurar darla ensanche. Es muy posible que sea absurda, pero de todos modos quiero ver á Stenson, y le arrancaré su secreto; esta vez sé como manejarle. Dentro de una hora, cuando mas, volveré é iremos juntos al castillo. Observaré al baron, iré á su habitación á ver qué me quiere. Se cree muy astuto: yo lo seré mas que él. ¡Eso es, ánimo! Hasta la vista, Cristiano. Vamos, Nik, alumbra. ¡Ah! ¡mirad, Cristiano, ahí está maeo Puffo, me parece!

En efecto, Mr. Goefle se cruzó, al salir, con Puffo.

—¡Veamos!—dijo Cristiano á su criado,—¿estás mejor hoy?

—¡Hoy estoy muy bueno!—contestó el hombre con tono mas rudo aun que de costumbre.

—¡Entonces, manos á la obra! Hoy representamos el Coe-

samiento de la locura, la pieza que mejor sabes, que tienes en la memoria; no necesitas ensayarla.

—No, si no introducís muchas de vuestras innovaciones recientes.

—En cuanto á eso no puedo asegurártelo; pero descuida; que estaré atento á tus respuestas. Corre al castillo nuevo con el asno y el equipaje; monta el teatro, coloca las decoraciones. Mira, ya está todo apartado; llévate ese lardo; entretanto vestiré los personajes y pronto te seguiré. Si es de absoluta necesidad leer otra vez el plan, allá tendremos tiempo para hacerlo. Ya sabes que el público de esta noche tarda más de un cuarto de hora en colocarse y arreglarse bien.

Puffo anduvo algunos pasos para salir y se detuvo vacilando. Johan, al paso que le habia detenido prisionero, sin él saberlo, en el Stollborg, hablando con él le habia escitado contra su amo, y Puffo estaba impaciente por buscarle quimera á este; pero sabia que era ágil y determinado, y quizás tambien, en algun rincón muy inexplorado de su alma grosera y corrompida se habria deslizado algun sentimiento de involuntario afecto hacia Cristiano. Sin embargo, cobró ánimos, y dijo:

—Aun no es eso todo, patron Cristiano; quisiera saber quién es el tunante que maneja los muñecos anoche con vos.

—¡Ah!—replicó Cristiano, —comienza eso á inspirarte inquietud? Créi que no sospechabas que ayer hubo representacion

—¡Sé que la hubo y que yo no ayudé á hacerla!

—¿Estás bien seguro de ello?

—Me hallaba algo chispo,—dijo Puffo alzando la voz,—lo confieso; pero hoy me han dicho la verdad.

—¡La verdad!—repuso Cristiano;—no parece sino que se la he ocaltado á V. E. ! No he tenido la distinguida honra de veros hoy, signer Puffo, y aun cuando os hubiera visto, no sé que tenga que daros cuenta...

—¡Quiero saber quién ha tocado á mis muñecos!

—Vuestros muñecos, que son míos, lo cual parece que olvidais, os lo diran quizás; preguntádselo á ellos.

—No necesito interrogarlos para saber que un individuo se permitió sustituirme y ganar, sin duda, mi salario en mi lugar.

—Y aun cuando así fuese, ¿os hallabais anoche en estado de pronunciar una palabra?

—Al menos era preciso probar ó avisarme.

—Es una falta de atención que confieso,—contestó Cristiano impacientado,—pero lo hice á propósito para resistir á la tentación de administraros la corrección que merecáis por vuestra borrachera.

—¡Corrección á mí!—escramó Puffo adelantándose hácia él con ademán amenazador.—¡Probad á hacerlo! ¡veamos!

Y al propio tiempo blandió sobre la cabeza de su amo un muñeco á manera de maza. El arma, por ser cómica, no era menos peligrosa, porque la cabeza del burattino era de una madera muy dura, para resistir á las batallas del escenario. Puffo, encoerizado, sujetando la figurita por su falda de piel y haciéndola revolotear, podía y aun acaso quería romper el cráneo de su adversario. Cristiano cogió el muñeco al vuelo, y con la otra mano, agarrando del cuello á Puffo, le derribó á sus pies.

—¡Maldito borracho!—e dijo sujetándole bajo su rodilla,—merecerías un castigo duro, pero me repugna pegarte. Vete, te despido, no quiero volver á oír hablar de ti. Te he pagado la semana adelantada y nada te debo; pero como quizás te habrás bebido ya su importe, voy á darte dinero para que puedas volver á Stockholm. Levántate y no vuelvas á hacer esas travesuras ó te ahogo.

Puffo, a go magullado, se levantó silencioso. No era una naturaleza de asesino. Estaba humillado y abatido. Acaso comprendía su error, pero sobre todo tenía una preocupación que sorprendió á Cristiano: era la de recoger una docena de monedas de oro que se habían salido de su cinto y que rodaron con él por el suelo.

—¿Qué es eso?—dijo Cristiano agarrándole de un brazo;—¿dinero robado?

—¡No!—escramó el fiornés alzando la mano con un ademán heroico bastante burlesco,—¡nada he robado aquí! ¡Ese dinero es mío, me le han dado!

—¿Para qué? ¡Vamos, habla, lo exijo!

—Me le han dado porque han querido dármele. Eso á nadie le importa.

—¿Quién te le ha dado? ¿Será...?

Cristiano se detuvo, teniendo manifestar sospechas que era prudente ocultar, y dijo:

—Vete, vete pronto, porque si llego á descubrir que eres algo mas que un borracho, te dejo en el sitio. ¡Vete y que no vuelva á verte, ó desgraciado de ti!

Puffo, asustado, se retiró precipitadamente. Cristiano, para mantenerle á una distancia respetuosa, había echado

mano al ancho cuchillo de monte noruego del mayor. La vista de aquella arma terrible bastó para asustar al liornés, que temia mas que nada ver á Cristiano arrancarle su oro para hacer alguna investigacion acerca del origen de aquella riqueza respetable.

El liornés salió muy indeciso del torreón. Johan que algunas veces por su propia autoridad se estralimitaba de las instrucciones secretas del baron, no le habia dado precisamente el dinero para hacer lo que en lenguaje de bandidos llamaba Puffo, algo tembloroso, «dar un buen golpe», sino para decidirle á estarse tranquilo si su amo era provocado y arrastrado á sostener una lucha. Johan le habia interrogado: sabia por él que Cristiano era intrépido é impetuoso. Sin comprometer al baron le dió á entender que Cristiano habia desagradado en el castillo á un alto personaje muy poderoso, que habian descubierto que era un espía francés, un hombre peligroso, etc. Puffo no comprendió una mentira que quizás no era todavia bastante grosera para estar á su alcance. Lo que comprendió fué la cautividad introducida en su bolsillo. Su inteligencia se habia elevado hasta el raciocinio siguiente:

—Si me pagan por dejar obrar á los demas, mucho mas me pagarian por obrar yo mismo!

Entonces se le ocurrió la idea de tomar la delantera. Creyó encontrar á Cristiano sin armas y sin desconfianza: le faltó el valor, y acaso un poco, tambien, la maldad. Cristiano era tan bueno que al miserable le tembló la mano. A la sazón que se hallaba vencido y humillado, ¿qué haria?

Mientras Puffo se entregaba á las escasas reflexiones de que era capaz, Cristiano, conmovido y cansado mas bien en lo moral que en lo fisico, se habia sentado sobre su cajon, abismado en una meditacion melancolica.

—Triste vida!—decia [para si, contemplando maquinalmente el muñeco tendido en el suelo, y que habia estado tan próximo á romperle el cráneo.—¡Triste sociedad la de los hombres sin educacion! Y sin embargo, ahora mas que nunca es preciso que me acostumbre á ella: si ingreso de nuevo en las últimas clases del pueblo, de las que probablemente habré salido, y de las que en vano he procurado separarme, de seguro que mas de una vez habré de vencer á fuerza de puños á ciertos caracteres toscos y salvajes á quienes la dulzura y el sentimiento no podrian convencer. ¡Oh Juan Jacobo! ¿habias previsto eso para tu Emilio? No por cierto y sin embargo, fuiste acometido á pedradas en tu humilde cabaña y

hubiste de renunciar á la vida campestre por no haber sabido hacerte temer de aquellos de quienes no pudiste hacerte comprender!

«Veamos, ¿quien eres tú, que has estado próximo á darme la muerte? añadió Cristiano en alta voz, para animarse, y cogiendo el muñeco que estaba boca abajo en el suelo. ¡Oh Júpiter! ¿eres tú, mi pobre Stentarello? ¿tú mi favorito, mi protegido, mi mejor servidor? ¿tú, el mas antiguo de mi compañía, tú, perdido en París y hallado de nuevo, tan milagrosamente, en los senderos de Bohemia? No, es imposible, no me hubieras hecho daño, mas bien te habrias vuelto contra los asesinos! Vales mas que muchos de esos muñecos grandes, estúpidos y malvados, que pretenden pertenecer á la especie humana y cuyo corazon es mas duro que tu cabeza. Ven, pobre amiguito mio, ven á ponerte un cuello blanco y á que te cepile tu vestido manchado de polvo.

Te juro que nunca he de abandonarte!... Viajarás conmigo, escondido, para no escitar la risa de las personas formales, y cuando te fastidies demasiado por no ver el brillo de las candilejas del proscenio, hablaremos los dos á solas, te confiaré mis penas; tu linda sonrisa y tus ojos chispeantes me recordarán las locuras de mi pasado... y las ilusiones de amor nacidas y muertas entre las sombrías paredes del Stollborg!»

Una risa de niño hizo que Cristiano se volviese: era Nils, que habia entrado de puntillas, y que daba saltos de alegría batiendo las palmas al ver al muñeco animado y como vivo entre los ágiles dedos de Cristiano, que se ejercitaba con él.

—Oh! dadme ese lindo niño!—esclamó el chico entusiasmado;—prestádmelo un momento, para que me divierta con él!

—No, no,—dijo Cristiano, que se apresuraba á arreglar el traje de Stentarello;—mi muñeco no juega mas que conmigo, y luego no tiene tiempo. ¿No vuelve Mr. Goefle?

—Oh! enseñadme todo eso!—repuso Nils loco de júbilo dirigiendo una mirada deslumbrada á la caja que Cristiano acababa de abrir, y en la que brillaban, mezclados unos con otros, los sombreros galoneados, las espadas, los turbantes y las coronas de perlas de sus cómicos en miniatura. Cristiano intentó desembarazarse de Nils por medio de la dulzura, pero el niño estaba tan encarnizado en su deseo de tocar todas aquellas maravillas, que fué preciso darle voces y dirigirle miradas furibundas para impedir que se apoderase de los actores y de su vestuario.

Entonces comenzó á hacer muñecas y se fué junto á la mesa diciendo que se quejaria á Mr. Goelle de que nadie queria divertirle; su tia Gertrudis le habia prometido que se divertiria en su viage, y lo que hacia era fastidiarse terriblemente.

—Pero, anda, feo, que me burlo de tí!—dijo á Cristiano haciendo otra muñeca;—sé hacer barquichuelos de papel, y no veras los que voy á hacer!

—Está bien, está bien!—contestó Cristiano, que, contando con la ayuda de Mr. Goelle, continuaba rápidamente su operacion de vestir á los muñecos;—hay barquitos, hijo mio, hay muchos, dejame en paz.

Al paso que clavaba los sombreros y las ropas en la cabeza y el cuello de sus diminutos personajes, Cristiano miraba el reloj y se impacientaba al ver que Mr. Goelle no volvía. Intentó enviar á Nils al *gaard* para rogarle que se fuera; Nils hacia como que no lo oia y no se movia.

—Con tal que tengamos tiempo suficiente para leer el plan de la comedia!... —dijo Cristiano para sí.—Apenas me acuerdo de ella! He tenido hoy tantas otras cosas en que pensar.... Ah! he prometido al Mayor una escena de cazadores.... ¿Dónde la colocaré?

En cualquier parte, ¡no importa! Un intermedio tomado de la escena de Moron con el oso en la *Princesa Elida* Stentarello hará el valiente; estará precioso... se burlará de la gente que mata á los osos guarecida detrás de una red... como el señor baron! Pero, con tal que Puffo no se haya llevado el plan de la comedia!... Se lo puse en la mano!...

Cristiano se puso á buscar su manuscrito en torno suyo. El hacer otro nuevo era media hora mas de trabajo, y estaban dando las siete en el reloj. Buscó en la caja que contenia su pequeño repertorio. Lo desarregló y revolvió todo; tenia calentura. La idea de no ir al castillo nuevo á la hora prefijada y de parecer que queria sustraerse al odio del baron le era insoportable.

Se sentia poseido de rabia contra su enemigo, y quizás el amor entraba tambien por algo. Ardía en deseos de desafiar abiertamente la cólera del *hombre de nieve* en presencia de Margarita, y de mostrarle que un histrión tenia mas temeridad que muchos nobles huéspedes del castillo.

En aquel momento miró á Nils, que con mucha gravedad y atención hacia lo que á él se le antojaba llamar barquitos, es decir, papillotes de diferentes formas con papel doblado,

replegado, roto, luego arrugado, arrollado y tirado al suelo cuando el barco no saba á su gusto:

—¡Ah!... ¡maldito chicuelo!—esclamó Cristiano arrancándole de las manos un puñado de papeles,—¡estás convirtiendo mi repertorio en barcos!

Nils se echó á llorar y empezó á dar gritos, jurando que aquellos papeles no eran de Cristiano y procurando luchar con él para recuperarlos.

De improviso, Cristiano, que desdoblaba precipitadamente los barcos para tratar de reunir las hojas de su manuscrito, se puso serio y se detuvo inmóvil. En efecto, aquellos papeles no eran los suyos, aquella no era su letra; pero su nombre. Ó mas bien uno de sus nombres, trazado por una mano desconocida, habia sorprendido su vista, y esta frase, escrita en italiano: *Cristiano del Lago tiene hoy quince años.* despertaba vivamente su curiosidad.

—Toma, toma,—dijo al niño, que continuaba asediándole y reclamando lo que llamaba *sus papeles*,—juega ya con los lúteres y déjame en paz.

Nils, al ver un puñado de muñecos sobre la mesa, se consagró con delicia á la ocupacion de mirarlos y tocarlos, mientras que Cristiano, tomando la silla que el niño acababa de dejar y acercándose á la luz, comenzó á descifrar una letra detestable, con un estilo italiano y una ortografía muy mala, pero de la que cada palabra, leída ó adivinada, era para él una sorpresa extraordinaria.

—¿Dónde has cogido estos papeles?—dijo al niño, al paso que continuaba descifrando y reuniendo los fragmentos rotos ó arrugados.

—¡Ah! caballero, qué hermoso estais con vuestras bigotazos!—decía Nils al muñeco que estaba contemplando extasiado.

—¿Responderás?—esclamó Cristiano.—¿Dónde has encontrado estos papeles? ¿Son de Mr. Goefle?

—No, no,—contestó al fin Nils, despues de haber permanecido sordo á varias preguntas reiteradas.—No se los he cogido á Mr. Goefle; él fué quien me los tiró, y los papeles que se tiran son para mí. Son para hacer barcos, Mr. Goefle me lo dijo esta mañana.

—¡Mientes! Mr. Goefle no ha tirado estos papeles. Son cartas, y las cartas no se tiran, se queman. ¿Has cogido esto de los cajones de esa mesa?

—¡No!

—¿O en el dormitorio?

—No.

—¡No por cierto!

—¡Di la verdad! ¡pronto!

—¡No, no!

—¡Te tiraré de las orejas!

—¡Pues bien, me marcharé!

Cristiano detuvo á Nils, que queria huir con los muñecos.

—Si quieres decirme la verdad,—esclamó,—te daré un lindo caballero con una gualdrapa encarnada y dorada.

—¡Veámosle!

—Toma,—dijo Cristiano buscando el juguete que formaba parte de su material;—¿hablarás, pícaro?

—Pues bien,—dijo el niño,—he aquí lo que ha sucedido. Antes fui á alumbrar á Mr. Goefle en casa de Mr. Stenson, ya sabeis, el viejo que no oye lo que dicen, y que vive en el otro patio?

—Sí, si, lo sé; habla pronto y no mientas ó te quito el caballo.

—Pues bien, estuve aguardando á Mr. Goefle en el cuarto de Mr. Stenson, en donde había lumbre, mientras Mr. Goefle hablaba fuerte con él en la habitacion inmediata.

—¿Qué se decían?

—No lo sé, porque no escuché; me entretenia en arreglar los tizones en la chimenea. Luego, de pronto, entraron en el gabinete unos hombres que decian así: «Mr. Stenson, hace ya una hora que el señor baron os está aguardando. ¿Porqué no venis? Es preciso que vengais con nosotros al instante» Y luego disputaron. Mr. Goefle decia: «Mr. Stenson no irá, no tiene tiempo. Y Mr. Stenson decia: «¡dré, nada temo; voy allá. Y luego dijo Mr. Goefle: «¡dré con vos» Entonces entre en el gabinete porque temi que hiciesen daño á Mr. Goefle, y habia allí tres... ó seis hombres, bien vestidos de lacayos.

—¿Tres... ó seis?

—Ó cuatro, no pude contar porque tenia miedo; pero Mr. Goefle me dijo: ¡Vete! y me empujó hácia la escalera urándome á las piernas este paquete de papeles sin que nadie lo viese. Acaso no queria que supiesen que me daba esto, y yo lo cogí y eché á correr, y hé ahí todo.

—Y no me dices, imbécil, si Mr. Goefle...

Cristiano, juzgando completamente inútil formular su pensamiento, reunió presuroso los papeles, los encerró en su caja, cuya llave quitó, y se precipitó fuera, inquieto por la suerte del abogado en medio de los acontecimientos incom-

preñibles que se sucedían con tanta rapidéz en torno suyo.

Nils gritaba ya al verse solo con los muñecos, que le asustaban un poco á pesar del atractivo que tenían para él, cuando Mr. Goelle detuvo á Cristiano al paso y volvió á entrar con él en la sala de la Osa. El abogado estaba pálido y agitado.

—Sí, sí,—dijo á Cristiano que le abrumaba á preguntas,—cerremos las puertas. Aquí pasan cosas graves. ¿Dónde está Nils? ¡Ah, estás ahí, chiquito! ¿Dónde has puesto los papeles?

—Los estaba convirtiendo en barcos,—contestó Cristiano;—los he salvado y están ahí, algo rotos, pero no falta ningún pedazo. Todo lo he recogido. ¿Qué son, Mr. Goelle, esas cartas singulares que me conciernen?

—¿Os conciernen? ¿estais seguro de ello?

—Completamente seguro.

—¿Las habeis leído?

—No he tenido tiempo suficiente. Mr. Nils ha hecho que la empresa sea difícil, y además la letra es endiablada; pero voy á leerlas, Mr. Goelle, el secreto de mi vida está ahí!

—¿De veras? Ya lo sospechaba yo, ó mas bien estaba seguro, Cristiano, de que se trataba de vos! Pero he dado mi palabra á Stenson al recibir ese depósito, de no enterarme de su contenido sino despues de la muerte del baron ó de la suya.

—Pero yo, Mr. Goelle, nada he prometido. La casualidad ha puesto esos papeles en mis manos, los he salvado de la destruccion y son míos.

—¿Es cierto eso?—esclató Mr. Goelle sonriendo.—Pues bien, yo, en resumen, no habia concluido mi juramento cuando entraron... No, no, ayer juré respecto de otro depósito, pero en cuanto á este no habia concluido de jurar, lo recuerdo muy bien. Además, en aquel momento iba á obtener la confianza de Stenson. Escribia mis preguntas para no tener que alargar la voz con el pobre sordo. Le hablaba de vos, de mis dudas, y comprendia que estábamos espíados. Debeis haber encontrado fragmentos de mi letra escritos con lápiz en unas hojas sueltas.

—Sí, me ha parecido que debía ser eso. Pues entonces leed las cartas.

—¿Son cartas? Dadmelas... Pero no, mas bien seria preciso esconderlas. Nos hallamos cercados, vigilados, Cristiano. En este momento tengo la seguridad de que estarán registrando

y saqueando el despacho de Stenson. Sehan llevado á Ulfilas. ¿Quién sabe si van á atacarlo?

—¿A atacarnos? Pues bien, si, es muy posible. Puffo acababa de buscarme quimera. Me ha levantado la mano y tenia oro en los bolsillos. Me ha visto obligado á echarle de aquí.

—Habeis hecho mal. Era preciso atarle y encerrarle. Quizás esté ahora con los espadachines del baron. Veamos, Cristiano, ante todo un escondite para estos papeles.

—Bab! un escondite nunca sirve para nada!

—Si por aerto!

—Pues buscadle vos, Mr. Goefle; yo preparo las armas, que es lo mas seguro. ¿Dónde están esos espadachines?

—Ah! ¿quién lo sabe? He visto salir á Johan y á sus acólitos con Stenson y he cerrado la puerta del patio grande; pero pueden venir por el lago, que en este momento es una llanura sólida; quizás hayan venido ya. ¿No oís nada?

—Nada. ¿Por qué habian de venir á vuestra habitacion? Raciocinemos, Mr. Goefle, raciocinemos acerca de la situacion antes de alarmarnos.

—Vos no podeis raciocinar, Cristiano, puesto que nada sabeis! .. Yo sé... ó creo saber que el baron quiere descubrir á toda costa quién sois, y cuando lo haya descubierto... ¿quién puede decir lo que le ocurrirá? Es muy posible que nos detengan presos hasta nueva orden. Acaban de arrestar á Stenson, si, arrestar es la palabra. Al pronto era como una invitacion atenta hecha por boca de ese bribon de Johan, y luego, como el anciano, asustado, vacilaba, como yo queria detenerle, entraron otros lacayos y se le hubieran llevado á la fuerza si hubiese opuesto resistencia. Entonces quise seguirle, pensando que en mi presencia nada se atreverian á hacerle, que aun le acompañaria ante el baron y si era preciso amotinaria contra él á todos sus huéspedes. Llegué hasta el extremo de adelantarme, pero á favor de la niebla volvi atrás, porque, por otra parte, dejáros solo... no pude decidirme á ello. Dije para mí que si el baron queria arrancar alguna revelacion á Stenson, comenzaria por halarle, y siempre tendríamos tiempo de acudir á auxiliarle. Asi, pues... vamos allá, Cristiano; pero como necesitamos saber, de un modo absoluto, la clave del enigma antes de obrar... poneos en acecho, guardad la puerta, no se atreverán á echarla abajo, qué diablo! Estoy aqui en mi casa, teneis razon. No tienen el derecho de conducirme ante su amo, como á ese pobre mayordomo viejo. ¿Qué pretesto podrian alegar?

—Estad, pues, descuidado, Mr. Goelle. Esta puerta grande es sólida, la del cuarto de guardia no lo es menos. Os respondo de la de la escalera secreta, porque la vigilo. Leed, leed pronto. Nosotros siempre tendremos un pretexto para ir al castillo: no han dado contraórden para la función de títeres.

—Si, si por cierto, es preciso saber á qué altura nos hallamos y quiénes somos!—esclamó Mr. Goelle exaltado por el espíritu de investigación que es la cuestión de arte en la profesión del abogado—Me hubiera dado mas prisa que vos, Cristiano, para reunir esos fragmentos y descifrar este barullo: es mi oficio. Cinco minutos de paciencia, no os pido mas; en cuanto á vos, Mr. Nils, silencio, hablad bajo con los muñecos.

Y Mr. Goelle con notable prontitud, se puso á ajustar las rasgaduras, á arreglar las cartas por órden de fechas, leyendo al mismo tiempo y completando el sentido con una verdadera mirada de águila, espiorando cada rasgo, cada incidente de aquel expediente misterioso, unas veces preguntando á Cristiano, otras interrogándose á sí mismo como para recordar ciertos hechos.

—«... El jóven es muy feliz en la casa Goffredi... le quieren mucho...» Me parece que de vos es de quien aqui se trata. Sin embargo, en ciertos sitios se dice: «Mi sobrino», y tambien se trata de vos, con sobrino ha marchado al campo, al lago de Perusa, con los Goffredi. El jóven tiene hoy quince años... Es alto y fuerte... Se parece á su padre...» ¡Oh! sí, de seguro, Cristiano, que os pareceis á él!

—¿A mi padre? ¿Pues quién es mi padre?—esclamó Cristiano.—¿Según eso, lo sabéis?

—Tomad,—dijo Mr. Goelle conmovido, tendiéndole un medallón que sacó de su bolsillo, mirad eso! Hé ahí lo que acaba de confiarme Stenson. Este es un retrato parecido, auténtico... No es cosa de tomarle por el vuestro?

—¡Cie os!—dijo Cristiano aterrado mirando á una miniatura muy hermosa,—¡yo no lo sé! Pero ese jóven lujosamente vestido, ¿no es el baron Olaus en su juventud?

—No, no, vive Dios! ¡no es él!... Pero nada me digais, Cristiano: ¡leo y comienzo á comprender! En otra carta se os designa bajo el nombre de vuestro sobrino, y no ya mi sobrino; en otra, tambien, nuestro sobrino. Queda probado para mí que es una precaucion para apartar las sospechas en el caso de que las cartas fuesen interceptadas, porque no teneis

parentesco alguno ni con el hombre que ha escrito esas cartas, ni con Stenson, que es á quien están dirigidas.

—¡Stenson! ¿con que es á él á quien así daban parte detallado y continuo de mi salud, de mis progresos y de mis viajes? porque ojeando las cartas he visto eso. Ved, hablan de mi desafío, con fecha de Roma, Junio de mil setecientos...

—¡Aguardad!... Sí, sí, ya estoy. Hay una carta por año. «Ha tenido la desgracia de dar muerte á Marcos Melfi, que era,» ¡Reflexiones! «El cardenal no querrá vengarse... Espero descubrir á nuestro pobre niño...» ¡Ah! hé aquí una carta de Paris... «Es imposible encontrarle... Podria engañaros, pero no quiero. Temo que le hayan preso en Italia. Mientras le busco aquí; acaso esté encerrado en el castillo Santangelo!...» Aguardad, Cristiano, no os impacienteis. Hé aquí una carta que debe ser la mas reciente. Tiene la fecha de seis de Agosto último, en Troppau, en Moravia. «Esta vez habia hallado verdaderamente su rastro... El era quien habia tomado el nombre de Dulac en Paris; pero se puso en camino para verificar un viaje en el que por desgracia pereció recientemente. Acabo de comer en la posada con un tal Guido Massarelli á quien conocí en Roma, que le trataba y me ha dicho que le habian asesinado en el bosque de...» ¡ilegible! «Renuncio, pues, á buscarle, y como mi pequeño comercio me llama de nuevo á Italia, marcharé mañana antes del amanecer. No me enviéis mas dinero para ayudarme en mis viajes. Para haber sido un hombre honrado... no sois rico. Os sucede como á mí, vuestro servidor y amigo... Ma... Ma...» ¿Mancini... ó Manucci?

—¡No le conozco!—dijo Cristiano.

—¡Manasés!—esclamó Mr. Goefle, el mismo que Guido nombró ayer, el judío que se tomaba por vos un interés inexplicable.

—No se llamaba así,—repuso Cristiano.

—Es el mismo, estoy seguro de ello,—dijo Mr. Goefle.—Se llamaba Tadeo Manasés. Stenson me lo ha dicho hoy. Es la primera vez que en esta correspondencia se vé afirmado por entero uno de sus nombres, y quizás fuese la última en que el pobre desgraciado mojó la pluma en el tintero, porque, segun dice Massarelli, murió, y pondria las manos en el fuego para afirmar que Massarelli le asesinó... ¡Aguardad! ¡no digais nada, Cristiano! Massarelli, al anunciar esa muerte á Stenson, decia que poseia una prueba terrible que queria venderle, y le amenazaba con llevársela al baron; no hay duda alguna de que... ¿Solia beber, ese pobre judío?

—¡Que yo sepa, no!

—Pues bien, Guido le asesinaría para arrebatárle el poco dinero que pudiese llevar, y le encontraría alguna carta de Stenson cuya fecha y firma le habrán traído aquí en derecha para explotar la aventura. Además, ese Massarel ¡podría echarle al judío algún narcótico cuando comió con él en la posada... Sin embargo, no, puesto que Manasés escribió después... Pero, por la noche, ó al día siguiente...

—¡Qué importa, ay de mí! Mr. Goefle. Es indudable que Massarelli todo lo ha descubierto y revelado al baron; pero yo nada descubro todavía acerca de mí sino que Mr. Stenson se interesaba por mi suerte, que Manasés ó Tadeo era su confidente y le daba con asiduidad noticias mías, y por último que mi existencia le es muy desagradable al baron O aus. ¿Quién soy, pues, en nombre del cielo? ¡No me hagáis penar mas, Mr. Goefle!

—¡Ah! paciencia, paciencia, hijo mío,—contestó el abogado mientras buscaba un escondite para las preciosas cartas. —No puedo decíroslo todavía. Desde hace veinticuatro horas tengo una seguridad, una certidumbre de instinto, de raciocinio; pero necesito pruebas y estas no me bastan. Es preciso que las adquiera... ¿Dónde? ¿cómo? ¡Dejadme reflexionar, si puedo! porque hay aquí lo suficiente para perder la cabeza... Papeles que ocultan Stenson en peligro... ¡Nosotros también, quizás! Sin embargo... ¡Ah! sí, mirad, Cristiano, quisiera estar bien seguro de que es á vos á quien quieren atacar, porque entonces sabría positivamente quién sois.

—Es muy fácil cerciorarse de las intenciones que atribuíis al baron. Voy á sa ir, como si nada supiese, para encaminarme al castillo á dar la representacion, y si me atacan, como hoy estoy bien armado, procuraré confesar á mis adversarios.

—En efecto,—dijo Mr Goefle, quien al fin habia logrado esconder las cartas,—creo que mas vale correr el peligro de tener un mal encuentro en el ancho espacio del lago, que aguardar aquí á que nos cojan en el nido. Son ya las nueve, y debíamos estar allí á las ocho! ¡Y no vienen á averiguar por qué nos hemos retrasado! ¡Es singular! Aguardad, Cristiano. ¿Está cargada vuestra escopeta? Tomadla, que yo cojo mi espada. No soy un Hércules ni un espadachin, pero en otro tiempo supe manejar esa arma como cualquier otro estudiante, y si nos buscan canorra, no intento dejarme sangrar como un becerro. Prometedme, juradme ser prudente, y no exijo mas.

—Os lo prometo,—contestó Cristiano;—venid.

—Pero ese maldito chico, que se ha dormido allí jugando, ¿qué haremos de él?

—Le evad'e á su cama, Mr. Goefle; me parece que no han de tener ninguna mala intención contra él.

—No, pero á un chico que grita le matan, y ese gritará, respondiendo de esto, si al despertar ve alguna cara desconocida.

—Pues bien, que se le lleve el diablo! ¿Habremos de llevarle con nosotros? Nada mas fácil si no encontrásemos gentes mal intencionadas; pero si tenemos que batirnos nos estorbará mucho, y podrá suceder que le toque, por lo menos, algun rasguño.

—Teneis razon, Cristiano; mas vale dejarle en su cama. Si vigilan nuestros movimientos, sabrán que sa'mos y para nada tendrán que entrar aquí. Continúad guardando la puerta, que esta vez no tardaré mucho en acostar á Ni s. Dormirá vestido.

XVII.

Apenas acababa Mr. Goefle de llevar su criado á su cama, cuando llamó á Cristiano y le dijo:

—Escuchad! vienen por nuestro cuarto! Lllaman á esa puerta!

—¿Quién es?—dijo Cristiano montando su escopeta y colocándose delante de la puerta del cuarto de guardia, que, como recordará el lector, daba á la galería interior del patio grande.

—Abrid, abrid, somos nosotros! contestó en delectariano una voz gruesa.

—Y quiénes sois vosotros?—dijo Mr. Goefle.

Y como no contestaban, Cristiano añadió:

—¿Teneis miedo de daci vuestros nombres?

—¿Sois vos, Mr. Waldo?—contestó entonces una voz dulce y temerosa.

—Cielos! Margarit!—esclamó Cristiano abriendo la puerta y viendo á la joven condesa y á otra señorita á quien encontró en el patio pero cuyo nombre no recordaba, escoltadas por el fiel criado Peterson.

—¿Dónde están?—preguntó Margarita cayendo sobre un sillón ansiosa y destallecida.

—¿Quiénes? ¿de quiénes hab'ais?—repuso Cristiano, asustado al ver su palidez y su emoción.

—Del mayor Larsson, del teniente y de los demás militares,—contestó la otra joven, no menos conmovida y agitada que Margarita.—¿No han llegado?

—No.... ¿Van á venir aquí?

—Salieron del castillo hace mas de dos horas.

—Y.... ¿temeis que les haya sucedido alguna desgracia?

—Sí,—contestó Martina Akerstrom, pues era ella;—hemos temido por ellos, puesto que se marcharon todos juntos, pero....

—Pero, ¿por quién temiais una desgracia, entonces?—dijo Mr. Goeffle.

—Por vos, Mr. Goeffle, por vos,—contestó Margarita con viveza.—Hemos descubierto que corriais aquí un peligro terrible. ¿No lo sospechábais? Si por cierto, puesto que es veo armados. ¿Han venido? ¿Os han atacado?

—Todavía no,—contestó Mr. Goeffle.—¿Segun eso, es seguro que han de atacarnos?

—¡Oh! estamos barto convencidas de ello.

—¿Cómo! ¿tambien á mí me amenazan?—esclamó Mr. Goeffle sin ninguna intencion maliciosa.—Contestad pronto, señorita! ¿Estais segura de ello? Eso comienza á ser muy singular.

—No estoy segura en cuanto á ese último punto,—dijo Margarita cuya palidez desapareció súbitamente, pero cuyos ojos luyeron de encontrarse con los de Cristiano.

—Entonces,—repuso Mr. Goeffle sin querer reparar en lo confusa que estaba la joven,—¿es á él verdaderamente á quien quieren atacar?

Y señaba á Cristiano, á quien Margarita se obstinaba en no ver ni nombrar, lo cual no impidió que contestase:

—Sí, sí, á él es, Mr. Goeffle. Quieren deshacerse de él!

—Y el mayor y sus amigos ¿estan seguros de ello tambien? ¿Cómo es que no vienen?

—Estan seguros de ello,—dijo Martina,—y si no vienen será porque les habrá sucedido lo que á nosotras, se habrán perdido entre la niebla, que aumenta cada vez mas.

—¿Os habeis perdido entre la niebla?—dijo Cristiano conmovido al ver la generosa solicitud de Margarita.

—Oh! no ha sido por mucho tiempo,—contestó la condesita.—Peterson es del pais, y pronto ha sabido encontrar el camino; pero es preciso que esos señores hayan tomado una orilla del lago en vez de la otra.

—Pongamos la luz en la ventana de la sala de la Osa,—dijo Mr. Goeffle,—eso les servirá para orientarse.

—Sí, sí,—dijo Peterson,—no lo verán ni mas ni menos que se ven las estrellas, que no se distingue ni una.

—No importa, probemos,—dijo Martina.

—No, querida,—contestó Margarita;—probablemente los asesinos estarán extraviados tambien, puesto que aun no han venido. No les ayudemos á orientarse antes de que los señores oficiales.

—Los señores oficiales serán muy bienvenidos, de seguro;—repuso Mr. Goelle;—pero ahora somos ya tres hombres bien armados: conozco á Petersen, es un mocelón vigoroso... Y luego, queridas señoritas, ¿no habreis tomado por asesinos á algunos curiosos? ¿Donde los habeis visto?

—Contadlo todo, Martina,—dijo Margarita,—contad lo que hemos oído!

—Sí, sí, escuchad, Mr. Goelle,—repuso Martina revistiéndose de cierto alicento, de importancia lleno de ingenuidad. Hace dos horas... ó dos horas y media, quizás, que la sociedad joven del castillo, como nos llaman allí, jugaba al escondite en los edificios del recinto exterior del castillo nuevo. Yo estaba con Margarita y con el teniente; se habian sorteado los grupos, y luego, dos mujeres solas hubiéramos tenido demasiado miedo corriendo por pasadizos y por cuartos que no conociamos; necesitábamos un caballero para acompañarnos. El teniente conocia tan poco como nosotros la parte del castillo en que nos habiamos aventurado. ¡Es tan grande! Habiamos atravesado una galeria larga y desierta, y bajado á la aventura por una escalerita muy oscura. El teniente iba delante, y no hallando allí sitio bastante apropiado para escondernos, seguia andando; de modo que ya nada veiamos y comenzábamos á tener miedo de caer en algun precipicio, cuando nos dijo: «Ahora conozco ya el sitio; estamos delante del torreón que sirve de cárcel. No hay presos, porque la puerta está abierta. Si bajamos á los calabozos, os respondo de que les ha de costar trabajo encontrarnos!»

Pero lo de internarse en los subterráneos, que segun dicen son tan grandes y espantosos, asustó á Margarita. «No, no vayamos mas lejos, dijo;—quedémonos á la entrada. Aquí hay un hueco pequeño cubierto con unas tablas: quedémonos en él y no hablemos, porque ya sabeis que hay jugadores que hacen trampas y que andan en acecho para avisar á «los demás.» Hicimos lo que queria Margarita, pero apenas estuvimos allí oímos llegar gente, y pensando que nos andaban buscando, contuvimos la risa y hasta la respiración. En-ronces oímos las propias palabras que voy á repetirlos. Eran

dos hombres que salían de la torre y que se marchaban por la galería que nos habia conducido allí. Hablaban bajo, pero cuando pasaron por delante de nosotros dijeron:

—«Voy á estar todavía de centinela para custodiar al italiano? Eso me fastidia.

—«No, vienes con nosotros al castillo viejo. Ahora el italiano es de los nuestros.

—«Ah! ¿pues qué hay que hacer?

«Entonces el otro contestó palabras que no entendimos y que no podría repetiros, palabras de bandido, segun parece; pero pronunciaron varias veces el nombre de Cristiano Waldo, y hablaban tambien del abogado, diciendo: «El abogado no hace nada, ese echa á correr!»

—«Allá lo veremos!»—esclamó Mr. Goefle.—¿Y despues?

—Despues hablaron de un asno, de una copa de oro, de una quimera que habian de provocar, y todo ello era cada vez mas incomprensible. Y luego, aquellos dos hombres, que se habian detenido para esplicarse, se marcharon diciendo:

—«La cita es á los ocho, en el lago.

—«Pero, ¿y si no pasa? decia el otro.

—«Entonces iremos al Stollborg; allí tendremos órdenes.»

Tan luego como aquellos dos bribones se hubieron marchado, el teniente nos hizo salir de nuestro escondite, diciendonos en voz muy baja: «No habéis aquí ni una sola palabra» y con mucha precaucion volvió á llevarnos á la galería grande de las cacerías, diciendonos entonces: Permitidme que os deje y vaya corriendo á buscar al Mayor. El teniente habia comprendido el lenguaje de los bandidos: debian atacar á monsieur Cristiano Waldo, acusándole de haber robado una cosa, llevarse á la torre, matarle, si se defendía y era preciso, y habian añadido: Eso seria lo mejor! El teniente estaba indignado. Al separarse de nosotros decia: Quizás todo eso venga de mas arriba de lo que se cree. Hay algo de política en todo ello, y es preciso que Cristiano Waldo tenga algun secreto de Estado!

—«Ah! os juro que no!»—esclamó Cristiano, á quien, hizo sonreír la sencillez del teniente.

—«No os lo pregunto, Mr. Cristiano,—repuso la ingénua y buena Martina; lo que sé es que el teniente y el Mayor, así como el cabo Duff, juraron cumplir con su deber y proteger, aun cuando esto le desagradase mucho al señor baron; pero pensaron que era preciso obrar con suma prudencia, y encomendándonos el mas profundo sigilo, se marcharon á pie»

bien armados, sin ruido, y separadamente, citándose aquí con el fin de ocultarse y apoderarse de los asesinos y de su secreto. «Continuad jugando, nos dijeron, y procurad que no reparen en nuestra ausencia.»

En efecto, Margarita y yo fingimos que los andábamos buscando hasta el momento en que la reunion se disolvió para ir cada cual á vestirse; pero nosotras, en vez de pensar en ataviarnos, fuimos á asomarnos á la ventana de mi cuarto y á tratar de ver por entre la niebla lo que pasaba en el lago. ¡Ah! era imposible: ni siquiera se distinguía el sitio en que está el Stollborg. Entonces escuchamos con suma atencion: algunas veces, cuando la niebla es muy densa, se oye hasta el ruido mas leve; pero en el castillo y alrededor de los fosos metian mucho ruido con la música y los fuegos artificiales, como si precisamente hubiesen querido impedir que oyésemos el ruido de una riña ó de una lucha. Y transcurría el tiempo... cuando de improviso se apoderó el miedo de Margarita...

—Y de vos tambien, querida Martina,—dijo Margarita muy confusa.

—Fuisteis vos, querida mia, quien me comunicasteis ese miedo,—repuso con candor la novia del teniente.—En fin, echamos á correr con Peterson como dos locas, persuadidas de que encontraríamos al Mayor y á sus amigos, quienes nos tranquilizarían, y de que, merced á Peterson, que nunca se pierde, los pondríamos en el buen camino para llegar al castillo viejo, si por ventura se habian extraviado. Asi pues, hemos venido á pié, y no hemos vagado mucho á la ventura, pero nos ha sucedido que hemos llegado por el *gaard*, en vez de venir en derechura por la entrada principal. Peterson n. s. ha dicho:

«No importa, entraremos bien por aquí.» Y en efecto, hemos llegado sin saber á punto fijo por donde hemos entrado; pero en todo el camino no hemos encontrado á nadie, y tranquilizados ya respecto de vosotros, creo que debemos comenzar á sentir seria inquietud respecto del Mayor... y de los demás oficiales.

—¡Ah, Margarita!—dijo Cristiano en voz baja á la jóven, mientras que Mr. Goeffe, Martina y Peterson se consultaban entre sí para saber lo que se habia de hacer, habeis venido así...

—¿Debia dejar asesinar á un hombre como Mr. Goeffe, sin tratar de socorrerle?—contestó Margarita.

—No por cierto,—repuso Cristiano, cuya gratitud era harta viva y sincera para faltar á la delicadeza por un impulso de

fatuidad;—pero no por eso es menos grandioso vuestro valor. Podiais haber encontrado á esos bandidos! Muy pocas mujeres, en lugar vuestro, hubieran levado la abnegacion, la humanidad... hasta el extremo de venir ellas mismas...

—Martina ha venido conmigo,—contestó Margarita con viveza.

—Martina es la novia del teniente,—repuso Cristiano.—Acaso no hubiera podido decidirse á venir por... Mr. Goefle....

—Perdonad, Mr. Cristiano, hubiera venido por... cualquiera, desde el momento en que se trataba de salvar la vida de un semejante suyo. Pero, ocupaos ahora en averiguar si vienen esos señores, porque al fin no veo que haya pasado el peligro todavia.

—Si, si,—dijo Cristiano coordinando sus ideas,—hay peligro. Ahora que estais aquí pienso en ello ¡Dios mio! ¿por qué habeis venido?

Y el jóven, agitado por encontrados sentimientos, se sentía á la vez muy feliz porque Margarita habia ido, y muy atormentado por verla espuesta á alguna escena desagradable. Ademias, la presencia de aquellas dos jóvenes en el Stollborg, ¿no era propósito para agravar la situacion bajo otro punto de vista? ¿No podia servir precisamente de pretexto para una invasion declarada? La condesa Elveda, á pesar de lo mal que guardaba á su sobrina, podia reparar ó haber reparado ya en su ausencia, mandarla á buscar ó haber hecho que la siguiesen.

—Lo que hay de cierto, decia Cristiano para si, es que de ningun modo deben verla aqui!

Pensó en conducirla con su compañera al *gaard* de Stenson, adonde sin duda alguna á nadie se le ocurriria la idea de ir á buscarla; pero quizás en aquel momento la morada de Stenson servia de puesto de observacion al enemigo.

En medio de todas estas perplejidades, Cristiano, que no contestaba sino en tono distraido á las agitadas interpelaciones de Mr. Goefle, adoptó una resolucion que á nadie participó. Fué la de salir de la habitacion é ir, ya fuese á los patios del castillo viejo ó al lago, á arrostrar peligros que, en resumen, solo á él amenazaban.

Con este intento, se provexó de una luz, con el fin de que le viesen lo mas posible en medio de la niebla, y salió sin decir una palabra, esperando que Mr. Goefle no repararia al instante en su ausencia; pero antes de que hubiese mas, ues-

to los umbrales de la puerta principal de la sala de la Osa, Margarita se levantó exclamando:

—¿A dónde vais?

—¿A dónde vais, Cristiano?—exclamó también Mr. Goefle precipitándose hacia él;—¡no salgais solo!

—No salgo,—contestó Cristiano deshizándose rápidamente fuera,—voy á ver si la segunda puerta, la que se abre por aquí y dá al patio grande, está bien cerrada.

—¿Qué hace?—dijo Margarita á Mr. Goefle;—¿no teméis? .

—No, no,—contestó el abogado,—me ha prometido que será prudente.

—¡Pero, si le estoy oyendo descorrer los cerrojos de la puerta grande. . ¡ya la abre!

—¿La abre? ¡Ah! ¡es que llegan nuestros amigos!

—¡No, no! ¡os juro que se va!

Y Margarita hizo el movimiento involuntario de seguir á Cristiano. Mr. Goefle la detuvo, y haciendo seña á Peterson de que no dejase solas á las mujeres, quiso lanzarse en seguimiento de Cristiano. Pero ya este habia cerrado la puerta por fuera para impedir que saliese, y corría hacia la puerta exterior del edificio llamando á Larrison en alta voz, y manteniéndose dispuesto á defenderse si lograba atraer hacia sí á los asesinos, cuando una bala dirigida á él le hizo saltar de la mano el candelero que llevaba, sepultándole de nuevo en las blancas nieblas que no podía traspasar la luna, y que se extendían cual un sudario sobre la tierra.

Al oír el ruido del pistoletazo, Mr. Goefle, asustado por su amigo, profirió sin querer un juramento terrible; Martina lanzó un grito y Margarita cayó sobre una silla; Peterson corrió presuroso hacia donde estaba Mr. Goefle. Los esfuerzos de ambos, combinados, acaso habrían logrado abrir la puerta, pero no se entendieron. Peterson, consagrado en cuerpo y alma á su ama, no pensaba mas que en impedir que entrasen los malhechores, y no sospechaba que Mr. Goefle, por el contrario, queria salir para volar á socorrer á Cristiano.

Durante esta mala inteligencia, en la que el buen abogado se daba á todos los diablos, Cristiano lleno de gozo porque tenía entera libertad de acción, se habia precipitado sobre el primero que halló delante de sí; pero el bandido, que, engañado por la niebla, no creía tenerle tan cerca, sin duda, emprendió la fuga, y Cristiano le persiguió injuriándole y desafiándole, mientras que otro bandido le perseguía rápidamente sin pronunciar una palabra. Cristiano oyó detrás de sí el ruido seco de los pasos del asesino sobre la nieve endurecida,

y le pareció oír, también, por entre la sangre que la cólera hacia zumbiar en sus oídos, otros pasos y otras voces que se le acercaban por la derecha y por la izquierda. Comprendió rápidamente que querían acorralarle, y conservando bastante presencia de ánimo para saber lo que hacia, se encaminó en perseguir al primero que le había atacado, juzgando que no debía volverse hasta tanto que se hubiese desembarazado de este, que podía ir á acometerle por detrás cuando tuviese que hacer frente á los demás, y sobre todo no perdía de vista su resolución de alejar los sucesos del Stollborg.

Cristiano bajó así la cuesta de la entrada principal, cuya puerta encontró abierta, y á decir verdad, la rápida pendiente que encontraron sus pies fue el único indicio seguro que pudo tener de la direccion que llevaba. Pero en el momento en que se sintió sobre el terso hielo del lago, resonaron otros disparos detrás de él, silbaron algunas balas junto á sus oídos, y vió caer á dos pasos á vanguardia al hombre á quien iba persiguiendo. El fugitivo había sido confundido con él por sus cómplices, ó bien estos, haciendo fuego á la aventura sobre ambos, no se habian cuidado de herir ó no al que huía.

El hombre á quien las balas acababan de alcanzar era Massarelli; Cristiano conoció su voz, que exhalaba un rugido de agonía en el momento en que saltaba por encima de su cadáver. Siguió corriendo con el fin de tener tiempo para orientarse mientras los asesinos recogian ó por lo menos miraban á Massarelli para saber á quién habian muerto. Luego se paró á escuchar, y sólo oyó estas palabras: «Dejadle, bien está ahí».

¿De qué se trataba? ¿Equivocaban á Massarelli é iban á retirarse los asesinos? ¿ó bien habian conocido el error é iban á continuar la persecucion? Haciendo eses con rapidez en medio de la niebla, esperaba Cristiano deshacerse de ellos uno por uno. Intentó contar las voces y los pasos. Tenia una ventaja inmensa, que era la de haber conservado, sin pensar en ello, las botas de fieltro sin costura ni suela que le prestaron por la mañana para la cacería. Aquel calzado flexible no estorbaba sus movimientos ni más ni menos que si hubiese corrido descalzo, y ademas le permitia que anduviese por encima de la nieve sin producir mas que un ruido muy leve, mientras que oia todos los pasos de sus adversarios, calzados con menes lujo y precaucion.

Siguió escuchando. Se acercaban á él, pero no le veian; la marcha era vacilante y dudosa. Oyó á diez pasos de sí estas palabras raras: «¡soy yo!» Los bandidos se encontra-

ban inopinadamente enmedio de la niebla, su buen orden estaba destruido. Nada mas fácil ya, que librarse de ellos. Cristiano no pensó siquiera en hacerlo. Estaba poseído de rabia; no queria que aquellos malvados pudiesen volver á buscarle al Stolborg.

Les llamó con voz fuerte, nombrándose y desafiando-os, retrocediendo poco, pero corriendo de un lado para otro para irritarlos y desunirlos, esperando alcazarlos uno por uno sin dejarse envolver por todos. Su presencia de ánimo era tan completa que muy luego pudo contarlos; eran tres, todavía, y Massarelli habia sido el cuarto.

Cristiano, no obstante aquel dominio sobre sí mismo, experimentaba una sobreexcitación violenta, pero que no dejaba de hallarse mezclada con un placer áspero, como la embriaguez de la venganza. Por eso sintió e si una especie de disgusto cuando oyó detras de sí unos pasos tan leves como los suyos y que en seguida le hicieron conocer las botas de fletro con que iban calzados sus compañeros de caza. Corrió presuroso al encuentro de sus amigos y les dijo en voz baja y con rapidez:

—Están ahí, son tres, es preciso cogerlos!.. Seguidme y callad!

Y en seguida, retrocediendo en línea recta para ir al encuentro de sus enemigos, se detuvo en el sitio en que juzgó que estarían casi reunidos, diciendo de nuevo su nombre y burlándose de lo torpes y cobardes que se mostraban.

En el mismo instante uno de los bandidos le asestó una puñalada al brazo, y cayó á sus pies, aturdido y sofocado por un golpe que con el mango del cuchillo de monte poruego le dió Cristiano en mitad de pecho.

Cristiano solo habia recibido una herida muy leve, merced á su chaqueta de piel de renífero; dió gracias al cielo por no haber cedido al deseo de degollar al bandido como lo habia hecho con el oso de la montaña. Era muy importante cojer vivo á uno de los *bravi* del baron.

Los otros dos, juzgándole muerto, creyeron que con su jefe habian perdido la partida, y acercándose en el mismo instante uno á otro, en una sola palabra de su lenguaje cambiaron la fórmula desesperada de «sávese el que pueda;» pero habian contado sin el Mayor y el teniente, que les estaban acechando y se apoderaron de uno de ellos, mientras el otro emprendia la fuga.

—¡Cielos! ¿estais herido, Waldo?—dijo el Mayor, á quien Cristiano ayudaba á desarmar á los bandidos.

—No, no,—contestó Cristiano; quien no sentia su herida sino por el calor de la sangre que llenaba su manga.—¿Tenéis cuerdas?

—Si por cierto, las suficientes para ahorcarlos á todos siuviésemos derecho para ello.

Desde luego habíamos contado con coger presos á estos perillanes. Pero si no estais muy cansado, Cristiano, dad un toque de trompa para procurar atraer aquí á nuestros demás amigos á quienes hace una hora que aguardamos y buscamos. Tomad, he ahí el instrumento.

—Mas vale descargar vuestras armas,—dijo Cristiano.

—No, no, bastantes tiros ha habido ya; tocad la trompa os digo.

Cristiano hizo lo que le pedían, pero nadie se reunió con ellos mas que el cabo.

—Mirad,—dijo el Mayor á Cristiano,—es preciso que esto tenga la apariencia de un paseo durante el cual nos habremos perdido y vuelto á encontrar.

—No os entiendo.

—Es preciso que sea así, os digo, durante algunas horas á fin de que el baron no comience á sospechar demasiado pronto el resultado del negocio, y no pueda enviar contra nosotros á los demás bribones que, sin duda alguna, tendrá aun de reserva. En cuanto á él, añadió bajando la voz, ya le llegará su vez, desconfiad!

—Le ha llegado ya!—contestó Cristiano;—yo me encargo de ello!

—Despacito, despacito, querido amigo! no es esa vuestra misión. Ese cuidado me corresponde á mí y estoy muy decidido á obrar con rigor, ahora que tenemos una certidumbre y pruebas. Solo que no podemos proceder contra un noble y contra un miembro de la Dieta sino en virtud de órdenes superiores; pero las obtendremos, no lo dudeis. Lo que es necesario por el momento, amigo mio, es que me obedezcais, porque os exijo en nombre de las leyes y del honor que me prestéis auxilio según lo entiendo y con arreglo á las órdenes que tenga que daros.

En aquel momento llegaba Mr. Goefle con la cabeza descubierta, la luz en una mano y la espada en la otra. Había dado la vuelta por la puerta de dormitorio, despues de haber decidido con sumo trabajo á las dos mujeres á que se mantuviesen encerradas bajo la custodia de Peterson, porque ambas mostraban igual valor y sencillez por los ausentes.

—Cristiano! Cristiano!—esclamó,—¿así cumplís vuestra palabra?

—Todo lo he olvidado, Mr. Goelle,—contestó Cristiano en voz baja:—no pude domarme... ¿Había de aguardar á que fuesen á echar abajo las puertas y á hacer fuego sobre las mujeres?... Mirad, ya estamos libres; volved al lado de Margarita y tranquilizadla.

—Voy corriendo,—contestó el abogado estornudando,—con tanto mas motivo cuanto que me consto de una manera espantosa... ¿Espero, añadió en a ta voz, que esos señores vendrán á vernos?

—Sí por cierto; era cosa convenida,—contestó el Mayor,—pero antes tenemos que cumplir con nuestros deberes.

Mr. Goelle fué á tranquilizar á las señoras, y los demás hombres procedieron á levantar el cadáver de Massarelli, haciendo que los dos prisioneros, con la pistola al pecho, le transportasen á una de las bodegas del guard. En seguida los dos bandidos, bien atados, fueron conducidos á la cocina de Stenson, en donde el teniente y el cabo encendieron la lumbre y se instalaron para custodiarlos, mientras el mayor se disponía á interrogarlos e afrontándolos con Cristiano.

Este se impacientaba al ver proceder con tanta regularidad en un asunto que el Mayor parecía conocer aun mejor que él; pero Larrison, que le hablaba en francés, le hizo comprender que, con un adversario como el baron, no era tan fácil como se figuraba probar ni siquiera un hecho patente y evidenciado.

—Y luego,—añadió,—veo con sentimiento que nos faltan algunos testigos. Mr. Goelle no ha visto mas que el resultado del negocio. No se encuentra aquí á Mr. Stenson, á su s- bri- no ni á vuestro criado. Esperaba que seríamos mas numerosos para defenderos á tiempo y comprobar los hechos con testigos oculares. El subteniente y los cuatro soldados que he mandado á buscar no han parecido todavía.

—No obstante la poca distancia que media entre nuestros bostoes y los torps de los soldados, merced á la neblia acaso pasarán varias horas antes de que tengamos aquí á ocho hombres sobre las armas.

—¿Pero, qué falta hacen ocho hombres para custodiar á dos?

—¿Creeis por ventura, Cristiano, que el baron, al ver frustrada por primera vez una de sus diabólicas combinaciones, se estará tranquilo? No sé lo que podrá imaginar, pero de seguro inventará algo, aunque haya de intentar prender

fuego al Stollborg. Por eso estoy resuelto á pasar aquí la noche, con el fin de apoderarme con vuestro auxilio de los demas bandidos que nos enviarán probablemente, ya sea á hacernos ofrecimientos de ayuda, ó con cual quier otro pretexto. La mayor parte de esos criadazos estrangeros forman una completa partida de bandidos, y es preciso tratar de cojerlos á todos infraganti. Entonces os respondo de que la magistratura se atreverá á proceder contra el maguate, reducido á invocar en vano el auxilio de sus vasallos. Si no procedemos así, estad seguro de que perderemos la partida. Todos tendrán miedo, el baron hallará medio de descartarse de la responsabilidad del suceso, ó de hacer que nos arrebaten los presos. Pasareis por un asesino, y nosotros por unos visionarios, ó cuando menos por unos oficialillos jóvenes sin experiencia, que se ponen de parte del delincuente y prenden á los hombres honrados, porque podeis contar de seguro con que los nos bribones á quienes tenemos en nuestro poder estarán bien aleccionados. Voy á interrogarlos y vereis que bien saben arreglar su negocio. Apuesto á que tienen su leccion perfectamente estudiada.

En efecto, los dos bandidos contestaron con descaro que habian ido, por orden del mayordomo, á avisar al hombre de los tines, el cual se retrasaba para dar la representacion; que esto, al ver entre ellos á su antiguo compañero á quien tenia rencor, se lanzó en persecucion suya y le mató. En seguida insultó y provocó á los demas, y el que habia herido á Cristiano juró que lo hizo sin querer al tratar de apoderarse de un toroso.

—Tuer furioso,—añadió,—que me ha hundido el pecho y estoy echando sangre por la boca.

—Vas á ver,—dijo Cristiano al mavor,—que habré sido yo quien he dejado de guardar la debida consideracion á ese caballero con lo dejarme asesinar!

—Y vais á ver,—contestó el mayor,—que los asesinos se librarán de la horca! Nuestras leyes no aplican la pena capital sino á los criminales confesos. Estos lo saben por demas, y por muy absurda que sea su defensa, se mantendrán en ella. Quizas vuestra causa no será tan buena como la de ellos. Hé ahí por que nosotros nos mantendremos firmes en favor vuestro y á vuestro lado, Cristiano, no lo dudeis.

—Oh! entonces la causa de Cristiano es muy buena!—dijo Mr. Guelle, que habia ido á escuchar el interrogatorio y que se llevaba á sus huéspedes hácia lo que él llamaba su castillo de la Osa. Tendremos muchas armas contra el

baron, si conseguimos libertar á Stenson, á quien de grado ó por fuerza han llevado al castillo. Señores, es preciso que, con nosotros, encontreis algun medio para conseguirlo.

—En cuanto á eso, Mr. Goefle,—dijo el mayor,—no hay que pensar en ello. El castellano es justiciero en sus dominios, y por consiguiente en su propia casa. Ignoro la mancomunidad que puede haber entre el asunto de Mr. Stenson y el de Cristiano, pero opino que no se debe complicar este último. Ante todo quisiera saber si en efecto ha encontrado Cristiano en la albarda de su asno una copa de oro que el baron habia mandado deslizar en ella, como en otro tiempo hizo José para probar á sus hermanos, aunque supongo que el baron lo hará con intenciones menos pacíficas.

—La verdad,—dijo Cristiano,—no lo sé. Venid conmigo, y nos cercioraremos de ello.

Se trasladaron á la caballeriza, en donde encontraron á Puffo en un rincón, pálido é implorando piedad. Se confesó á su manera. Una hora antes habia visto á Johan llevar allí aquel objeto precioso con intenciones que adivinó, y creyendo que no le vigilaban, resolvió apoderarse de la copa, para llevarla al castillo, segun decia, é impedir que acusasen á su amo de un robo de que estaba inocente; pero en el momento en que iba á huir, se halló encerrado en la cuadra, cuya puerta resistió á todos sus esfuerzos, cuando al oir el ruido del combate intentó socorrer á Cristiano. En razon á esta declaracion muy sospechosa, el Mayor hizo atar á maese Puffo lo mismo que á los demás, y le condujeron al *gaard*, en donde Peterson, requerido para que prestase su ayuda, quedó encargado de secundar al cabo en el cuidado de custodiar á los tres presos. La copa de oro fué llevada en triunfo por Mr. Goefle á la mesa de la sala de la Osa.

Entretanto Martina Akerstron habia salido apresurada al encuentro de su novio, sin temor alguno de lo que dirán, y sin experimentar la menor confusion por la presencia del Mayor y del cabo. A la excelente y cándida jóven no le atormentaban mas que dos cosas: la inquietud que su ausencia debia comenzar á inspirar á sus padres, y la falta de azúcar para ofrecer el té «á aquellos pobres señores que debian tener tanto frio!» Quería enviar á alguien al castillo nuevo para tranquilizar á los autores de sus dias y para buscar azúcar.

En cuanto á este último punto, Nils, á quien el bullicio que habia en torno suyo acababa de despartar, y á quien la presencia de los oficiales tranquilizaba, pudo satisfacer á la buena Margarita, puesto que sabia muy bien, y con fundado

motivo, donde estaba la provision de azúcar que Ulfilas habia llevado por la mañana; pero en cuanto al primer punto carecian de correos, y además el Mayor tenia empeño en consignar en el acto la declaracion de Marlina con la del teniente Osburn, relativamente á las palabras de los bandidos, oidas dos horas antes en la entrada de la torre del castillo nuevo.

Como para él toda la clave del asunto estaba en esto, hizo que le diesen cuenta detallada del hecho, escribiendo á medida que lo oia, y sintiendo que el tercer testigo, la condesa Margarita, no se hallase presente para poner tambien su firma.

Margarita estaba en el cuarto de guardia, en donde Cristiano la habia rogado apresuradamente que entrase para que no la viesen los oficiales, para con quienes no tenia la excusa, plausible y sagrada en Suecia, de haber sido impulsada por su solicitud hacia la existencia de un prometido; pero la condesa, que estaba junto á la puerta, oyó que reclamaban su concurso, y habiéndose cerciorado, escuchando las diferentes voces, de que nada tenia que temer de la murmuracion de las personas presentes, abrió la puerta con viveza y salió.

Tenia empeño, ella tambien, en jurar que el robo infame atribuido á Cristiano con arreglo á los consejos y designios del baron, se habia anunciado de antemano delante de ella.

Al verla, el Mayor y el teniente no pudieron contener una exclamacion de sorpresa, pero Mr. Goelle, con su acostumbrada presencia de ánimo, se encargó de explicarlo el todo.

—Mlle. Akerstrom,—dijo,—no hubiera podido venir sola. A nadie tenia que pudiese acompañarla, y le habiais recomendado en tal manera el silencio, que no podia escoger mas escotilla que el criado de la condesa Margarita, iniciada en el mismo secreto. Naturalmente la condesa Margarita ha querido acompañar á su amiga, á la que acaso Peterson hubiera podido hacer algunas objeciones acerca del mal tiempo....

Mr. Goelle halló varias otras razones para demostrar cuán naturalmente se habia verificado el hecho.

Martina hubiera podido decir con su primitiva sencillez, que las cosas no habian pasado precisamente como las explicaba Mr. Goelle, y estaba tan lejos de sospechar la predileccion de Margarita hacia Cristiano, que de seguro habria habiade en aquel sentido á no hallarse gravemente ocupada en servir el té y aun otros platos con Nils, que ademas habia des-

enhiesto en el *garden* los manjares destinados por Elblash a la cena de los huéspedes del Stollborg. En la ígubre sala de la Osa ofrecía en aquel ambiente una de esas escenas tranquilas que, a consecuencia de las necesidades de la naturaleza y de los eternos contrastes del destino, presenta nuestra vida a cada instante: poco antes, angustias, luchas, peñeros; poco después, un interior tranquilo, una calma, conversaciones agradables. Sin embargo, Mr. Goelle y Martina fueron los únicos que se sentaron para comer. Los demás no hicieron más que tomar un bocato del pie y apresuradamente, aguardando con impaciencia, ó nuevos sucesos, ó un refuerzo que les permitiera adoptar nuevas resoluciones. De seguro que cada uno de los personajes de una reunión tan singular tenía un vivo motivo de inquietud. Margarita se preguntaba si misma si á consecuencia de la variación exigida en el programa de las diversiones del castillo nuevo por la ausencia de los *burattini*, se pondría su tia á buscarla, y si la misma Mlle. Potin compartía su sorpresa y su terror al observar la ausencia de Martina, con quien habia dejado Martina no se atormentaba tanto por las angustias de su familia. Positiva en sus raciocinios, calculaba que el castillo era muy grande, que su madre, que tenía completa confianza en ella y mucha afición al juego, no tenía la costumbre de andar buscando de sala en sala cuando estaba jugando con sus compañeras, y que en fin, de un momento á otro la pondría en libertad la llegada de los demás oficiales; pero cuando pensaba en el reducido número de defensores del Stollborg, sentía inquietud por su novio, y juzgaba que el auxilio tardaba mucho en llegar.

Cristiano sentía inquietud por Margarita, sin cuidarse ya mucho de su propia suerte. El Mayor sentía inquietud por Cristiano y por sí mismo; no cesaba de repetir con voz baja al teniente que encontraba el negocio mal entablado para llevarle ante un tribunal. El teniente tenía inquietud porque veía inquieto al Mayor. En cuanto á Mr. Goelle, se alarmaba por el anciano Stenson y esto lo conducía á recaer en sus comentarios interiores acerca del nacimiento y suerte de Cristiano.

En resumen, la situación para nadie era agradable ni tranquila, cuando por fin oyeron llamar en la puerta del patio grande. Podía ser el oficial con los soldados que se esperaban; pero también podía ser una nueva partida de

bandidos en viaya para ayudar ó libertar á la primera. El Mayor y el teniente montaron sus pistolas y se precipitaron fuera, mandando á Cristiano, con el derecho y la autoridad de que se hallaban revestidos en aquella ocasión, que permaneciese de tras de ellos y no atacase sino cuando se lo mandasen. Luego, habiendo abierto Larsson resueltamente por sí mismo la puerta del patio principal sin hacer pregunta alguna, y con esposicion de caer bajo los golpes de aquellos de quienes queria apoderarse, conoció, lleno de gozo, á su amigo el subteniente y á los cuatro soldados que inmediatamente se acantonaron. Desde aquel momento todo estaba salvado para él. Era imposible que el baron, al ver que no recibia noticias del suceso cuyo resultado debia aguardar con impaciencia, no enviase de descubierta á una partida de su mala gente.

—El subteniente hizo su relato, que no fué largo. Se habia extraviado con sus cuatro hombres, y solo por casualidad halló el Stollborg, despues de haber vagado durante mucho tiempo entre la niebla. A nadie habia encontrado, ó si encontró á alguien, no lo sabia.

—Sin embargo, —añadió, —la niebla comienza á aclararse en las orillas del lago, y antes de un cuarto de hora se podrá hacer una ronda. El ruido de las músicas y de los fuegos artificiales ha cesado completamente hacia la parte del castillo, y ahora se podrá percibir hasta el mas leve rumor que haya fuera.

—Será tanto mas fácil hacer la ronda, —contestó el Mayor, —cuanto que tenemos aquí á un hombre del pais, un tal Petersson, que tiene el sentido adivinatorio de los sabrigos, y que desde ahora podria conducirnos á todas partes; pero aguardemos un poco todavía.

Apostaos en las inmediaciones de las dos entradas, con el silencio mas profundo y ocultándoos bien. Cerrad las puertas del pabellon del *guard*. Que los presos estén bien guardados con centinelas de vista, y se les amenace con muerte si dicen una sola palabra, pero que sea una simple amenaza! Demasiado tenemos ya con una muerte, para la que acaso nos reconvendrán ágríamente.

Apenas acababa el prudente Mayor de adoptar estas disposiciones cuando una sombra pasó cerca de él, en el momento

en que volvía á tientas á la sala de la Osa para continuar sus procedimientos, en los que aun faltaba el dictamen muy importante de Mr. Goelle respecto de todo lo que habia ocurrido relativamente á Cristiano. Aque la sombra parecia que vacilaba, y el Mayor se decidió á seguirla hasta que encontrando en su marcha la pared del torreón, el desconocido comenzó á jurar con voz bastante dulce, y Cristiano, que estaba en el umbral de la puerta del zaguán, conoció en seguida que era Olof Boetsoi, el hijo del *danneman*.

—¿A quién buscáis, amigo mío?—le dijo cogiéndole del brazo;—¿cómo es que venís aquí en vez de volveros á casa?

Entrad, entrad,—dijo el baron en voz baja,—no h bleis en el patio.

Y los tres entraron en la sala de la Osa.

—A la verdad que si no os hubiese encontrado allí,—dijo Olof á Cristiano,—hubiera estado mucho tiempo buscando la puerta. Conozco bien el exterior del Stof borg, y vendrían á él con los ojos cerrados; pero el interior no le conozco, no, nunca habia entrado aquí. Ya comprendereis que con este maldito tiempo no podía volver en seguida á la montaña. Al fin he visto que ac'araba un poco la niebla, y despues de pasar dos horas en el *bost.elle* del señor Mayor, he dejado allí mi caballo, y me he puesto en pié para no poner en cuidado á mi padre; pero antes he querido traeros una cartera que habeis dejado olvidada en el trineo, *herr* Cristiano. Ahí la tenéis: no la he abierto. Lo que hayais puesto en ella está como lo depasteis. A nadie he querido confiarla porque me ha dicho mi padre que algunas veces los papeles son más preciosos que el dinero.

Y Olof, al hablar así, entregó á Cristiano una cartera de tafíete negro que no conoció en manera alguna.

—Será vuestra, quizás,—dijo al Mayor.—Estaría en la ropa que me prestasteis.

—No por cierto, no la conozco,—contestó Larrison.

—¿Entonces, será del temente?

—Oh! de seguro que no,—dijo Martina;—no usa mas carteras que las que yo le bardo.

—De todos modos,—repuso el Mayor,—podemos cerciorarnos de ello; e temente estará por allí; en el *gaard*.

—Aguardad!—esclamó Mr. Goelle, que estaba siempre en la brecha ante una idea fija.—No me habeis dicho, Cristiano, que esta noche, al volver de la cacería, hicisteis volcar al baron?

—Es decir, el baron me hizo volcar, — contestó Cristiano, — y al mismo tiempo volcó él.

—Pues bien, — repuso el abogado, — todos los objetos que contenian vuestros trineos rodaron mezclados por el suelo, desde los osos hasta las carteras, y esta es...

—Apostaría á que es la bolsa de instrumentos del médico! Dejadla aquí, Olof, que ya se la enviaremos.

—Dadme! — repuso Mr. Goefle con tono decidido y absoluto. — El único modo de saber á quién pertenece una cartera anónima es el de abrir a y yo me encargo de ello.

—¿Tomais eso bajo vuestra responsabilidad, Mr. Goefle? — dijo el escrupuloso Mayor.

—Sí, señor Mayor, — contestó Goefle abriendo la cartera, — y os tomo por testigo de ello, á vos que estais aqui para consignar los hechos de una causa que acaso habré de defender.

Mirad, he aquí, una carta dirigida por Mr. Johan á su amo. Conozco la letra, y desde luego veo... *el hombre de los titeres... Guido Massarelli... el cuarto de las rosas.* Ah! sí, el baron se permite tener el suyo, como el Senado! Mayor, este documento es muy grave, y quizás el otro, porque hay dos, sea mas grave aun. Vuestra posicion oficial exige que os enteréis de él.

—¿Puedo marcharme? — dijo el joven *danneman*, el cual, comprendiendo confusamente la instrucción de un asunto judicial, como los campesinos de todos los países experimentaba el temor de tener que comprometerse con una declaracion cualquiera.

—No, — contestó el Mayor, — es preciso que os quedeis y escuchéis.

Y dirigiéndose á Margarita y á Martina que se consultaban en voz baja acerca de la posibilidad de regresar al castillo, les dijo:

—Os pido y os ruego que escuchéis tambien. Tenemos que habérnoslas con un hombre muy poderoso, y acaso se nos acusará de haber fabricado pruebas falsas. Ahora bien, tó aquí una que se nos entrega en presencia vuestra, y de la que es preciso que os enteréis al mismo tiempo que nosotros.

—No, no! — exclamó Cristiano, — es preciso que esas señoras no se hallen mezcladas en una causa.

—Lo siento mucho, Cristiano, — contestó el Mayor, — pero las leyes pueden mas que nosotros, y yo cumplo estrictamente con mi deber. Esta noche se ha dado muerte á un hombre á quien valdria mucho mas haber cogido vivo. Sé muy

bien que vos no habeis tomado parte alguna en eso y que habeis sido herido.... Sois vivo de genio, valiente y generoso, pero no sois previsior cuando se trata de vos mismo. Yo digo que este asunto puede conducirnos al patibulo, porque confesareis lealmente el hecho de provocacion a vuestros enemigos, mientras que los tunantes lo negarán todo descaradamente!!! Leamos, pues, y no descuidemos medio alguno para hacer que triunfe la verdad.

—Si, si, Mayor, leed, ya escucho,—esclamó Margarita, quien se habia puesto muy pálida al mirar a la manga enson-grentada de Cristiano;—daré mi testimonio aunque por ello haya de perder mi honra!

Cristiano no podia aceptar el sacrificio de la noble joven y soportaba con impaciencia la autoridad que el Mayor se arrogaba sobre ella. Sin embargo, Larsson tenia razon, y Cristiano así lo comprendia, puesto que en aquel asunto la honra del oficial estaba tan en juego como todo lo demas. Se sentó bruscamente, y se cubrió el rostro con ambas manos para ocultar y contener los movimientos impetuosos que le agitaban, mientras que el Mayor leia en alta voz el diario de maese Johan, escrito de su propia puño, y enviado al baron durante la caceria.

—Este documento es muy misterioso para mí,—dijo el Mayor al concluir;—prueba una trama bien meditada contra Cristiano, pero...

Mr. Goefle, que durante la lectura de aquel documento habia recorrido rápidamente el otro, escamó:

—Pero no podeis comprender tanto odio contra un desconocido su nombre, sin familia y sin fortuna, por parte del alto y poderoso señor baron de Waldemora, ¿no es cierto? Pues bien, yo lo comprendo perfectamente, y puesto que tenemos la prueba del efecto, tiempo es ya de conocer la causa: ¡he! aquí!.... A za la cabeza, Cristiano de Waldemora,—añadió Mr. Goefle dando un golpe enérgico sobre la mesa, e cielo te ha conducido aquí y el anciano Stenson tenia razon al decirte: «Las riquezas del pecador estan reservadas para el justo».

Un silencio de estupor y de ansiedad permitió a Mr. Goefle que leyese lo que sigue:

«Declaracion confiada por mí, Adán Stenson, a Tadeo Manasés, comerciante, natural de Perusa.

«Para ser entregada á Cristiano en el dia en que las circunstancias abajo mencionadas lo permitan.

»Adelstan Cristiano de Waldemora, hijo del noble señor Cristiano Adelstan, baron de Waldemora, y de la noble seño-

ra Hilda Blixen, nacido el 15 de Setiembre de 1746 en el torreón del Stollborg, en el cuarto denominado de la Osa, en la posesión de Waldemora, provincia de Dalecarlia.

»Confiado secretamente al cuidado de Ana Betsoi, mujer del *danneman* Karl Betsoi, por el infrascrito Adán Stenson, y por Karina Betsoi, hija de los arriba nombrados, y doncella de confianza de la difunta baronesa Hilda de Waldemora.

»El referido niño, criado por una corza domesticada en la casa del referido *danneman* Karl Betsoi, en la montaña de Blaukdal, hasta la edad de cuatro años, pasando por hijo de Karina Betsoi, quien, por cariño y adhesión á su difunta ama, ha consentido en dejar creer que está embrujada por un desconocido, y al niño, de quien se suponía madre, le ha librado así de las pesquisas de sus enemigos.

»El referido niño, conducido por mí, Adán Stenson, para sustraerle á las sospechas que comenzaban á comprometerle, no obstante las precauciones adoptadas hasta entonces.

»Fue conducido por el infrascrito al Austria, en donde tengo una hermana casada, la cual podrá dar testimonio de haberme visto llegar á su casa con un niño llamado Cristiano, y que hablaba la lengua dalecarliana.

»Y por consejo del muy fiel amigo y confidente Tadeo Manasés, de la religion del Antiguo Testamento, muy conocido en otro tiempo en Suecia bajo el nombre de Manasés, y muy estimado del difunto señor baron Adelstan de Waldemora como hombre de palabra, de discrecion y de probidad en su comercio de objetos de arte, á los que el referido baron era muy aficionado;

»Yo, el que abajo afirmo, me trasladé á la ciudad de Perusa, en Italia, en donde á la sazón residia mi referido amigo Tadeo Manasés, y en donde, presentándome en los dias de carnaval, enmascarado, á los muy honrados esposos Silvio Goffredi, profesor de historia antigua en la universidad de Perusa, y Sofia Negrishi, su mujer legitima, de la familia del ilustre médico del mismo nombre;

»Les entregué, confié, y como quien dijera, di el referido Cristiano de Waldemora, sin dar es á conocer, en manera alguna su apellido, su pais, ni las razones particulares que me determinaban á separarme de él.

»El dar el muy querido niño á los mencionados esposos Goffredi, era cumplir el deseo de la difunta baronesa Hilda, la cual anhelaba que fuese criado lejos de sus enemigos, por gentes instruidas y virtuosas, las cuales, sin motivo algu-

no de interés, le quisiesen como á su propio hijo y le hiciesen ser á propósito para llevar algun dia dignamente el nombre que le pertenece y el rango que ha de recobrar despues de la muerte de sus enemigos, cuya muerte, segun el orden natural, debe preceder con mucho á la suya.

»Y en el caso en que la muerte del infrascrito ocurriese antes de la de los referidos enemigos, el infrascrito ha encargado á dicho Tadeo Manasés que adquiera los informes y datos necesarios para que, a morir sus enemigos, Cristiano de Waldemora sea avisado y puesto en posesion de la presente declaracion... En fé de lo cual, despues de haber estipulado contrato de buena amistad con dicho Tadeo Manasés, el cual nunca ha de perder de vista á dicho Cristiano de Waldemora, y debe residir donde él resida, ayudarle si llegase á faltarle otra proteccion, poner, con este fin, en su propio lugar, en caso de enfermedad grave y peligro de muerte, á una persona tan segura como él mismo; en fin dar noticias suyas, una vez al año, al infrascrito:—El que suscribe, deseando conservar su puesto de mayordomo en el castillo de Waldemora, con el fin de no despertar sospechas y de ganar el dinero necesario para atender á los viajes que le puedan ocurrir al referido Tadeo, ó á las necesidades eventuales del niño, ha abandonado, no sin dolor, la ciudad de Perugia para regresar á Suecia, el 16 de Marzo de 1750, creyendo y esperando haber hecho cuanto era posible para librar de todo peligro y colocar en una situacion ventajosa y digna al hijo de sus difuntos amigos.

»(firmado) ADAN STENSON.

»(firmado) TADEO MANASÉS,

»guarda jurado de las pinturas del Cambio, en Perugia.»

—Hablad, Cristiano,—dijo Mr. Goelle á su amigo, que permanecía estupefacto y silencioso.—Todo debe comprobarse. Ese Manasés, ¿era, realmente, un hombre honrado?

—Así lo creo,—contestó Cristiano.

—¿No os ofreció, una vez, auxilios de parte de vuestra familia?

—Sí, y lo rehusé.

—¿Conoceis su firma?

—Perfectamente. Hizo varios negocios con Mr. Geffredi.

—Miradla : ¿es esa su letra?

—Sí, esa es.

—En cuanto á mí,—repuso Mr. Goelle,—conozco perfectamente en el documento la letra y el estilo de Adan Stenson.

Señor mayor, tened á bien abrir ese legajo y comprobar la semejanza de letras. Son cuentas de administracion escritas y firmadas por el anciano mayordomo próximamente en la misma época, es decir, en 1751 y 52. Por lo demas, su letra no ha variado y su pulso continúa firme. Hé aquí la prueba: tres versículos de la Biblia escritos ayer, y cuyo sentido, aplicado á la situacion de su alma, es aquí muy claro y conviene consignar o

El mayor hizo la comprobacion, pero para él continuaba el enigmá bastante oscuro todavía. ¿Habia fabricado el baron documentos falsos para establecer que su cuñada no habia dejado heredero alguno que oponerle? Era muy capaz de ello; pero Mr. Goelfe habia visto aquellos documentos, y aun debia tenerlos en su poder, como un depósito confiado á su padre, á quien habia sucedido.

—En efecto, tengo esos documentos en mi casa, en Gœvala,—contestó Mr. Goelfe.—Fueron examinados por peritos y resultaron auténticos; pero, ¿no se le ocurre ahora á cualquiera que le fueron arrancados á la baronesa Hilda por la fuerza y el terror? Calmaos, Cristiano, todo se aclarará. Mirad, mayor, hé aquí otro descubrimiento hecho ayer en un vestido y que os voy á enseñar: una carta dirigida por el baron Adelstan á su mujer; leed y comparad las fechas. La esperanza de la maternidad se confirmaba el día 5 de Marzo, quizás al cabo de dos ó tres meses de incertidumbre! El niño nacia el 18 de Setiembre; la baronesa se habia refugiado aquí en los primeros dias de dicho mes. Probablemente la detoman prisionera, y el 28 de Diciembre del mismo año espiraba en este torreón. Otra prueba mas: ¡ved este retrato en miniatura! ¡Miradle, Margarita de Elveda! Es el baron Adelstan, quien de seguro no fue retratado para las necesidades de esta causa; el pintor es célebre, y puso en su obra la fecha y su firma. Y sin embargo, este retrato es el de Cristiano Waldo! La semejanza es sorprendente. En fin, mirad el retrato de cuerpo entero de mismo personaje. En él hay la misma semejanza, aunque está hecho por un artista menos hábil; pero las manos han sido reproducidas con cándida exactitud, y veis muy bien esos dedos encorvados: enseñadnos los vuestros, Cristiano!

—¡Ah!—esclamó Cristiano que estaba paseándose por el cuarto con exaltacion y dejó que Mr. Goelfe cogiese sus manos temblorosas,—si el baron Olaus ha martirizado á mi madre, desgraciado de él! ¡Estos dedos encorvados le arrancarán el corazon del pecho!

—Dejad hablar á la pasión italiana,—dijo Mr. Goefle al mayor, que se habia levantado temiendo que Cristiano se precipitase fuera.—¡El muchacho es generoso, le conozco muy bien! Sé toda su vida. Necesita exhalar su dolor y su indignacion, ¿no lo comprendéis? Pero, aguardad, mi buen Cristiano. Quizás el baron no sea tan culpable en lo pasado como nos parece. Es preciso conocer los pormenores, ver de nuevo á Stenson. Mirad, mayor, lo que se necesita, y lo que no quereis hacer, es librar á Stenson y traerle aquí.

—Ya sabeis que no puedo,—esclamó el mayor muy conmovido y sobreescitado.—No tengo derecho alguno ante la autoridad señorial, sobre todo en materia de represion doméstica, y si el baron quiere hacer sufrir á ese anciano, no le faltarán pretextos para ello...

Al llegar aquí, fue interrumpido el mayor por Cristiano, que no podia contener su impetuosidad. Quería ir, él solo, al castillo nuevo, libertar á Stenson ó pérecer con él.

—¡Cómo!—decia,—¿no veis que en esa madriguera de bandidos ante nada retroceden? Comprendo demasiado lo que es eso que, por una irrisión amarga y terrible, llaman aquí de las rosas! Y ese pobre anciano que apenas tiene ya aliento, ese fiel servidor que me salvó de mis enemigos, como lo dice en su declaracion, y que, despues de las fatigas y molestias de un viaje dilatado, me ha consagrado una larga vida de silencio y de trabajo, hoy, todavia, por mí será por quien acaso esté espirando en el tormento! No, eso es imposible, no me detendreis, mayor! No reconozco vuestra autoridad sobre mí, y si es preciso abriré paso, aquí, con espada en mano,... tanto peor, vos no lo habreis querido!

—Silencio!—esclamó Mr. Goefle arrancando de las manos de Cristiano su espada que el joven acababa de cojer de encima de la mesa,—silencio! Escuchad! andan encima de nosotros en el cuarto tapiado.

—¿Cómo es posible eso,—dijo el Mayor,—si en efecto está tapiado? Además, nada oigo.

—No son pasos los que yo oigo,—contestó Mr. Goefle;—pero callad y mirad á la araña.

Callaron y miraron, y no solo vieron temblar la araña, sino que tambien oyeron el leve ruido metálico de sus adornos de cobre, conmovidos por un movimiento cualquiera que hubiese en el piso superior.

—¿Será Stenson, por ventura?—esclamó Cristiano —Nadie mas que él puede conocer los pasadizos exteriores....

—Pero, ¿existe alguno?—dijo el Mayor.

—Quien sabe!—repuso Cristiano.—Yo así lo creo, aunque no he podido cerciorarme de ello, y me ha parecido imposible la subida por las rocas.... Pero.... ¿nada ois ya?

Volvieron á escuchar y oyeron, ó creyeron oír abrir una puerta y llamar ó arañar en el lado opuesto de la parte tapiada de la sala de la Osa. ¿Se habria escapado Stensón de manos de sus enemigos, y no atreviéndose á ir por el *gaard* ó por el patio grande, habria entrado en el torreón por algun sitio que solo él conociese? ¿Llamaba á sus amigos en su ayuda ó les daba algun aviso misterioso para que se guardasen de un nuevo ataque?

El Mayor encontraba quiméricas estas suposiciones, cuando entró el teniente con el *danneman* Boetsoi diciendo:

—Hé aquí á uno de nuestros amigos que lleva de nuestros *bostocles*, en donde buscaba á su hijo. ¿No está aquí?

—Sí, sí, padre mio!—contestó Olof, que estaba muy asustado de todo lo que acababa de oír y se alegró mucho de ver llegar al *danneman*. ¿Teniais inquietud por mí?

—Inquietud no!—contestó el *danneman*, quien acababa de andar grandes distancias, con un tiempo espantoso para buscar á su hijo, pero juzgaba contrario á la dignidad paternal confesarle su tierna solicitud.—Desde luego creia que nuestros amigos no te habrian dejado marchar solo, pero temia que el caballo pudiese estropearse!...

Mientras el *danneman* esplicaba así su inquietud, el teniente comunicaba al Mayor alguna cosa que parecia sorprender mucho á este.

—¿Qué sucede?—le preguntó Mr. Goelle.

—Que todos nos hallamos bajo el dominio de ideas lúgubres que nos hacen ser muy ridículos,—contestó Larrison. El teniente, al hacer su ronda, ha oído como una queja humana que cruzaba los aires, y nuestros soldados están tan asustados con lo que se cuenta de la *dama gris* del Stollborg que, á no ser por la disciplina, ya se habrian marchado. Tiempo es ya de concluir con todas esas alucinaciones, y puesto que no hay medio para penetrar por aquí en ese cuartito tapiado, es preciso explorar con atencion la parte exterior y ver si esa fantasmagoria les sirve hoy de pretexto á los bandidos de allá bajo para tenderns un lazo. Venid con nosotros, Cristiano, puesto que creéis haber descubierto un medio para trepar hasta ese cuartito.

—No, no!—contestó Cristiano;—eso seria demasiado largo y quizás imposible. Encuentro mucho mas seguro y mas rápido

echar abajo esa pared. No se necesita mas que arrancar el primer ladrillo.

Y Cristiano, al hablar así, descolgaba el gran mapa de Suecia, y armado con su martillo de mineralogista atacaba al tabique con desesperado vigor, unas veces golpeando con el extremo cuadrado del instrumento sobre el sonoro ladrillo, otras introduciendo la punta aguda y cortante en los agujeros que habia practicado, y arrancando con violencia muchos fragmentos de cascote, que caian con estrépito sobre la escalera. Hubiera sido muy inútil querer oponerse á su intento. Una especie de rabia le impulsaba á salir de la inacción á que querian reducirle.

Las ideas singulares que habia concebido acerca de la presencia de una persona encerrada en aquel cuarto volvian á invadir su mente cual una pesadilla. En tal manera se hallaba sobrescitado que estaba dispuesto á admitir las ideas supersticiosas que á Mr. Goelle se le ocurrieron en aquel sitio, y á creer que un aviso sobrenatural le llamaba á descubrir el secreto infernal que pesaba sobre los últimos momentos de su madre.

—¡Quitaos, quitaos de ahí!—gritaba á Mr. Goelle, á quien una ansiedad análoga mezclada con viva curiosidad, impulsaba á cada momento al pie de la escalera;—si el tabique se desmorona de una vez, no podré contenerle.

En efecto, el tabique artificial, que se extendia por una superficie bastante grande y al que Cristiano atacaba con furor, se iba arruinando cada vez mas, cubriendo de escombros al intrépido demolidor, que parecia protegido por un milagro en medio de una lluvia de piedras y de escombros. Nadie se atrevia ya á hablarle; nadie respiraba, creyendo verle á cada instante sepultado bajo los cascotes, ó mortalmente herido por la caída de algun ladrillo. Le envolvía una nube de polvo cuando cesamos:

—¡Ya lo he conseguido! hé aquí la continuacion de la escalera. ¡Luz, Mr. Goelle!...

Y sin esperar se lanzó en medio de las tinieblas. Pero el poco tiempo que necesitó para buscar á tientas una puerta que estaba entreabierta delante de él, le bastó al Mayor para alcanzarle.

—Cristiano,—le dijo deteniéndole,—si me profesais amistad y guardais alguna deferencia á mi grado, me dejareis pasar delante. Mr. Goelle supone que aquí hay pruebas decisivas de vuestros derechos, y no podeis atestiguar en vuestra propia causa. ¡Además, tened cuidado! esas pruebas aca-

so sean de tal naturaleza que os hagan retroceder poseído de horror!

—Soportaré su vista,—contestó Cristiano exasperado por aquella idea que ya se le había ocurrido —¡Quiero saber la verdad aunque haya de quedarme en el sitio! Pasad delante, Osmundo, es vuestro derecho; pero os sigo, es mi deber!

—¡Pues bien, no!—esclamó Mr. Goefle, quien, con el *danneman* y el teniente, acababa de subir rápidamente por la escalera detrás de Mayor, y se colocó con resolución delante de la puerta. ¡No pasareis, Cristiano, no entrareis sin mi permiso! Sois violento, pero yo soy obstinado. ¿Os atreveréis á levantar la mano sobre mí?

Cristiano retrocedió vencido. El Mayor entró con Mr. Goefle; el teniente y el *danneman* se quedaron entre la puerta y Cristiano.

El Mayor anduvo algunos pasos por el cuarto misterioso, que iluminaba muy poco el resplandor de la luz llevada por Mr. Goefle. Era una habitacion grande, con friso de madera, como la sala de la Osa, pero enteramente vacia y cien veces mas lúgubre. El Mayor retrocedió de improviso, y bajando la voz para que no le oyese Cristiano, que estaba tan cerca de la entrada dijo á Mr. Goefle:

—¡Ved! ved ahí! en el suelo!

—¡Conque era cierto!—contestó Mr. Goefle en el mismo tono de voz:—eso es horrible! Vamos, Mayor, ánimo! es preciso saberlo todo.

Entonces se acercaron á una forma humana que habia en el fondo de la habitacion, con el cuerpo doblado y como arrodillado en el suelo, y la cabeza apoyada en la pared, al menos según podia juzgar bajo los velos negros y empolvados en que estaba envuelta aquella forma ténue.

—Ella es, es el fantasma que he visto,—dijo Mr. Goefle conociendo el vestido gris con sus cintas ajadas y colgantes. Es la baronesa Hilda, muerta ó cautiva.

—Es una persona viva,—repuso el Mayor muy conmovido alzando el velo;—pero no es la baronesa Hilda, sino una mujer á quien yo conozco. Acercaos, Joe Boetsói; entrad, Cristiano. Nada hay aquí de lo que imagináis. Solo está la pobre Karina, desmayada ó dormida.

—No, no,—dijo el *danneman* acercándose con cautela á su hermana,—no duerme, no está desmayada, está rezando y su imaginacion está en el cielo. No la toqueis, no la habéis hasta que se levante.

—Pero, ¿cómo ha entrado aquí?—preguntó Mr. Goefle.

—¡Oh! eso,—dijo el *danneman*,—es un don que tiene de ir adonde quiere y de entrar, como las aves nocturnas, por las grietas de las paredes viejas. Sin pensar en ello pasa por sitios por los cuales le he seguido yo algunas veces encomendando mi alma á Dios. Por eso no tengo ya inquietud cuando no la veo en la casa; sé que hay en ella una *virtud* y que no puede caerse; pero, ved! ya ha concluido de orar mentalmente: se levanta, se dirige hácia la puerta. Toma sus llaves de la cintura. Son unas llaves que ha conservado siempre como reliquias, y no sabíamos de dónde le venían.

—Observémosla,—dijo Mr. Goelle,—puesto que parece no nos ve ni nos oye. ¿Qué hace en este momento?

—Ah!—contestó el *danneman*,—es una costumbre que tiene de querer encontrar una puerta que abrir cuando tropieza con ciertas paredes. Ved; apoya su llave y le da vueltas, luego observa que se ha equivocado y va mas lejos.

—Ah!—dijo Mr. Goelle,—eso me explica los círculos pequeños trazados en la pared, en la sala de la Osa.

—Puedo hablarla?—dijo Cristiano,—que se habia acercado á Karina.

—Podéis hacerlo,—contestó el *danneman*;—si vuestra voz le agrada os responderá.

—Karina Boetsoi,—dijo Cristiano á la *vidente*,—¿qué buscas aquí?

—No me llames Karina Boetsoi,—contestó la desventurada,—Karina ha muerto. Yo soy la *vala* de los antiguos días, aquella á quien no se ha de nombrar!

—¿A donde quieres ir?

—Al cuarto de la Osa. ¿Han tapiado ya la puerta?

—No,—dijo Cristiano,—te voy á conducir á él. ¿Quieres darme la mano?

—Anda!—dijo Karina,—te seguiré.

—¿Me ves?

—¿Y por qué no había de verte? ¿No estamos en el país de los muertos? ¿No eres tu el pobre baron Ade stan? ¿Me pides la madre de tu hijo?... Acabo de rogar por ella y por él. Y ahora... ven, ven... te lo diré todo!

Y Karina, que paeció que de improviso conocia donde se hallaba, salió por la puerta y bajó por la escalera, no sin causar vivo terror á Margarita y á Martina, á pesar de que el joven Olof, que se habia acercado á la puerta y lo habia oido todo, las advirtió que nada tenían que temer de la pobre estática.

—No tengais miedo,—les dijo Cristiano, que seguia á Kari-

na, llevando detrás de sí á los dos oficiales, á Mr. Goefle y al *danneman*;—examinad todos sus movimientos; procurad adivinar, conmigo, el pensamiento de su sueño. ¿No hace los alemanes de tributar los útimos deberes á una persona que acaba de morir?

—Sí,—contestó Margarita,—le cierra los ojos, le besa las manos y se las cruza sobre el pecho. Ahora teje una corona imaginaria que le coloca en la cabeza. Aguardad, busca á alguien.

—¿Es á mi á quien buscas, Karina?—dijo Cristiano á la *vide-te*.

—¿Crees tú Adelstan, el buen *iarl*?—repuso Karina.—Pues bien, escucha y mira: ya ha cesado de sufrir, tu muy amada! se ha marchado al país de los *alfos*. El mal *iarl* había dicho: «Esa mujer morirá aquí» y aquí murió; pero también había dicho: «Si llega á nacer un niño, será el primero que muera». Había contado sin Karina... Karina estaba aquí, recibió al niño, le salvó y se lo dio á las hadas del lago, y el hombre de nieve nunca supo que había nacido... y Karina nunca ha dicho una palabra, ni aun en medio de la calentura y del dolor! Ahora habla porque la campana del castillo toca á muerto. ¿No la oís?

—¿Será cierto?—esclamó el Mayor abriendo precipitadamente la ventana;—no, nada oigo. Estará soñando.

—Si no toca la campana, no tardará en hacerlo,—repuso el *danneman*.—Ya la oyó esta mañana desde nuestra montaña. Sabíamos muy bien que eso no podía ser, pero también sabíamos que oye de antemano, así como ve con antelacion las cosas que han de suceder.

Karina, al sentir que la ventana estaba abierta, se acercó á ella y dijo:

—¡Por aquí, por aquí fue por donde Karina Boetsoi echó á volar al niño.

Y comenzó á cantar el estribillo de la balada que Cristiano había oído en medio de la niebla. «El niño del lago, más hermoso que la estrella de la noche.»

—¿Es esa una canción que os enseñó vuestra ama?—le preguntó Mr. Goefle.

Pero Karina parecía que no oía mas que la voz de Cristiano.

Martina Akerstrom se encargó de la respuesta.

—Sí, sí,—dijo, conozco yo esa balada: fue compuesta en otro tiempo por la baronesa Hilda. Mi padre la halló entre los papeles cogidos en el Stollborg, y dejados en el presbite-

rio por su predecesor. También había poesías escandinavas, traucidas en verso y puestas en música por aquella pobre señora, que era muy instruida y muy buena música.

Quisieron convertir eso en pruebas contra ella, diciendo que practicaba el culto de los dioses paganos. Mi padre censuró la conducta del antiguo ministro y conservó preciosamente los manuscritos.

—Ahora, Karina, dijo Mr. Goelle a la *vidente*, que había vuelto á caer en una especie de éxtasis tranquilo, —¿no nos dirás nada más?

—Dejadme, —contestó Karina que había entrado en otra fase de su sueño, —dejadme, es preciso que vaya al *hogar* al encuentro del que va á volver.

—¿Quién te lo ha dicho? —le preguntó Cristiano.

—La ciñueña que se posa en lo alto del tejado, y que á las madres sentadas al amor de la lumbre les trae noticias de sus hijos ausentes. Hé ahí por qué me he puesto el vestido que me dió la muy amada, á fin de que al menos vea alguna cosa de su madre. Hace tres días que le espero y canto para atraerle; pero héle ahí, por fin, le siento cerca de mí. Coged flores azules, coged violetas, y llamad al viejo Stenson, á fin de que se regocije antes de morir. Pobre Stenson!

—¿Por qué decís pobre Stenson? —esclamó Cristiano asustado. —¿Se os aparece en vuestra visión?

—Dejadme, —contestó Karina. —He dicho, y ahora la *vala* vuelve á quedar sepultada en la noche!

Karina cerró los ojos y se tambaleó.

—Eso significa que ahora quiere dormir, —dijo el *danne-man* recibiendo a en sus brazos. Voy á sentarla aquí, porque es preciso que duerma donde se encuentra.

—No, no, —dijo Margarita, —vamos á conducirla al otro cuarto, donde hay un grabso. Parece que la abrasa la calentura y está abrumada de cansancio esta pobre mujer. Venid.

—Pero, ¿qué hacía allá arriba? —dijo Mr. Goelle volviendo hacia la escalera y dirigiéndose al Mayor, mientras que las dos jóvenes conducían á la familia del *danne-man* hacia el cuarto de guardia. —Nada me gustara la idea de que en ese cuarto, tapiado con tanto esmero por Stenson, hay un secreto mas grave aun, una prueba mas irrecusable que los recuerdos de Karina y la declaración de Stenson. Veamos, Cristiano, es preciso... ¿Pero, ¿dónde estais?

—¿Cristiano? —esclamó Margarita volviendo precipitada-

mente desde el cuarto de guardia:—no está con vosotros; ¿á dónde ha ido?

—¿Ha vuelto á subir al cuarto tapiado?—dijo el Mayor precipitándose á la escalera.

—¡Maldicion!—esclamó Mr. Goelle, quien subió con Os-mundo al cuarto tapiado;—se ha marchado! Ha pasado por esa grieta como una culebra! ¿No es á él á quien veo correr por encima del muro? ¡Cristiano!...

—No digais ni una palabra!—esclamó el Mayor.—¡Va corriendo por el borde de un abismo!... Dejadle en paz... Ahora ya no le veo, se ha internado en la niebla. Quisiera seguirle; pero soy mas gordo que él, y nunca podria pasar por ahí.

—Escuchad!—repuso Mr. Goelle.—¡Ha saltado!... ¡Habla! ¡escuchad!...

Se oyó la voz de Cristiano que decia á los soldados:

—¡Soy yo! soy yo! ¡El Mayor me envia al castillo!

—¡Ah! loco! ¡Escelente muchacho!—esclamó Mr. Goelle.—Solo se aconseja de si mismo; se vá, solo contra todos, en busca de Stenson!

En efecto, Cristiano se habia echado á volar, segun la expresion del *danneman*, como el pájaro de la noche, por la grieta del viejo muro. El nombre de Stenson, pronunciado por Karina, le habia desgarrado el corazon. «¿Que se regocije antes de morir!» habia dicho la *vidente* al terminar su sueño profético. ¡Iba á sucumbir Stenson, en efecto, bajo los golpes de sus verdugos, ó bien habia en aquellas palabras desconsoladoras una de esas irrisiones crueles que nos trae la esperanza?

Cristiano se veia encerrado y paralizado por la prudencia del Mayor. Era inminente una quimera entre ellos con este motivo, y aunque Cristiano sabia cuan peligrosa era la evasión por a brecha, prefirió medir sus fuerzas con el abismo mas bien que con uno de los escelentes amigos que la Providencia le habia enviado. No habia visto aquella salida secreta de la torre sino desde muy lejos y harto preocupado para haberla estudiado. La niebla se disipaba lentamente y los objetos estaban todavia bastante confusos; pero Karina habia pasado por allí.

—Dios mio!—dijo,—dad á la abnegacion las facultades sobrenaturales que concedéis algunas veces al delirio!

Y muy convencido de que allí para nada le servirian la destreza y la precaucion, puesta que no veia siquiera lo que habia tres pies mas abajo, el hijo del lago, fiando en el milagro permanente de su destino, bajó corriendo al abismo desde el cual no se habia atrevido á trepar de dia.

XIX.

Cristiano llegó al castillo de Waldemora, antes que el Mayor, que tenía que adoptar medidas y dar órdenes á su reducida tropa, hubiese podido recorrer la mitad de aquella misma distancia para ir en seguimiento suyo. Encontró las puertas de los patios abiertas é iluminadas como siempre, desde que había fiestas. Seguía reinando gran movimiento en la escalera y en las galerías, pero un movimiento desusado. Ya no eran hermosas señoras ricamente ataviadas ni caballeros elegantes con la cabeza empolvada, que, á los sonidos de la música de *Rameau*, cambiaban entre sí profundas reverencias ó graciosas sonrisas al encontrarse, sino criados afanosos que llevaban baules y maletas é iban á cargarlos en los trineos. Casi todos los huéspedes del castillo se disponían á marchar, unos hablando en voz baja en los pasillos, otros encerrados en sus cuartos, disfrutando algunas horas de descanso despues de haber dado las órdenes oportunas para el viaje.

¿Qué ocurría? Estaban todos tan agitados que Cristiano, con sus grandes botas de caza, la cabeza descubierta, la chaqueta rota y ensangrentada, y el cuchillo de monte en el cinto, no produjo sensacion alguna. Le hicieron sitio instintivamente, sin pensar siquiera quien seria aquel cazador retrasado que parecia subir al asalto, resuelto á derribarlo todo antes que esperar un solo segundo.

Cristiano atravesó así la galería de las cacerías, por la cual vió vagar algunos personajes con el semblante singularmente agitado. Entre aque los personajes conoció á algunos de los que le habian enseñado en el baile como herederos *presuntuosos* del castellano. Parecia que estaban muy conmovidos, conversaban en voz baja, y á cada instante se volvian hácia una puerta por la cual parecia que aguardaban con ansiedad una noticia importante.

Cristiano, sin darles tiempo para examinarle y comprender lo que hacia, salió por aquella puerta, calculando que por allí llegaria probab'emente á las habitaciones del baron; pero al encaminarse por un pasillo bastante largo, oyó unos gemidos terribles. Comenzó á correr hácia aquel lado y entró en un cuarto donde encontró de pronto á Stangstadius, que, tranquilamente sentado, leía una gaceta junto á una lámpara pequeña, sin que pareciesen conmoverle lo mas mínimo los ater-

radores lamentos que se oían cada vez mas próximos y mas claros.

—Qué es eso?—le dijo Cristiano agarrándole de un brazo.

—¿No es por aquí por donde están dando tormento?

—Sin duda Cristiano; con el cuchillo en la mano, no tenia muy buena traza, porque el ilustre geólogo dió un salto asustado exclamando:

—Qué es eso? ¿qué quereis? ¿qué estais hablando de...?

—La habitacion del baron!—contestó tácitamente el jóven con tono tan absoluto, que Stangstadius no pensó en discutirlo.

—Por ahí!—contestó señalándole á la izquierda.

Y muy contento con verle alejarse, emprendió de nuevo su lectura, diciendo para sí que el castellano tenia unos bandidos singulares á su servicio, y que en sus habitaciones se veia á gentes que no querría encontrar en medio de un bosque.

Cristiano atravesó otro gabinete y halló una puerta cerrada. La abrió de un puñetazo. En aquel momento hubiera echado abajo las puertas del infierno.

Se ofreció ante su vista un espectáculo lúgubre.

El baron, presa de las convulsiones de una agonía terrible, se agitaba entre los brazos de Johan, de Jacobo, del médico y del pastor Akerström.

Aquellas cuatro personas apenas tenian fuerzas suficientes para impedir que se tirase de la cama y se revolcase por el suelo. La crisis que sufría era tan terrible, y las gentes que le rodeaban se hallaban tan preocupadas que no repararon en el ruido que Cristiano habia hecho para entrar, y solo se volvieron en el momento en que el moribundo, cuya cara estaba colocada hacia su lado, exclamó con un acento de terror indescriptible:

—¡Hé ahí... hé ahí... hé ahí á mi hermano!

Al propio tiempo se contrajo su boca, y sus dientes le cortaron la lengua, de donde saltó la sangre. Se echó hacia atrás con un movimiento tan brusco y violento, que se escapó de las manos que le sostenian, y cayó, con la cabeza hacia atrás, contra la pared de su alcoba, produciendo un ruido espantoso. ¡Habia muerto!

Mientras el ministro, el médico, y el honrado Jacobo, aterrados, cambiaban entre sí la frase suprema: *¡Ha concluido!* Johan, conservando una presencia de ánimo extraordinaria, habia mirado y conocido á Cristiano. El atentado del Stollborg, cuyo resultado estaba aguardando con impacien-

cia hacia una hora, sin poder separarse del moribundo; había salido frustrado.

Johan comprendió que estaba perdido. Para él no había en aquel momento mas salvacion que la fuga, salvo el recurso de someterse mas tarde al nuevo amo, ó el de intentar deshacerse de él con el auxilio de los cómplices que aun le quedaban. Fuera lo que quisiera lo que resolviese, no pensó mas que en escaparse; pero Cristiano le estrechaba demasiado de cerca para que le fuese posible hacerlo, y el jóven le cogió del cuello en el umbral de la puerta de un modo tan vigoroso, que el miserable, pálido y sofocado, cayó de rodillas pidiendo perdón.

—Stenson! —le dijo Cristiano, —¿qué has hecho de Stenson?

—Quien sois, caballero, y qué haceis? —esclamó el ministro con tono severo —¿En un momento tan solemne como este, en presencia de un hombre cuya alma comparece ante el tribunal supremo, vais á entregaros á un acto de violencia?

Mientras el ministro hablaba, Jacobo intentaba arrancar á Johan de las manos de Cristiano; pero el estado de sobrescitacion en que se hallaba el jóven duplicaba su fuerza natural, y los tres personajes presentes no hubieran podido hacerle soltar su presa.

Casi en el mismo instante entró Stangstadius, que habia acudido al ruido, lanqueando el piso á los herederos, ávidos de saber la verdad acerca del estado del baron, y á los criados, que estaban escuchando y acababan de oír el último estertor del moribundo.

—¿Quién sois, caballero? —repetía el ministro, por quien Cristiano se habia dejado desarmar involuntariamente, pero sin soltar su presa.

—Soy Cristiano Gothe, —contestó, tanto por compasion hacia los pobres herederos, como por prudencia mientras estuviese en su compania; — vengo aquí de parte de M.^{te} Goethe, mi pariente y mi amigo, á reclamar al anciano Adam Stenson, á quien acaso habrá hecho asesinar este miserable.

—Asesinar? —esclamó el ministro retrocediendo lleno de espanto.

—¡Oh! ¡es muy capaz de ello! —esclamaron á su vez los herederos, que odiaban á Johan, y sin volver á cuidarse del incidente, se agruparon en torno del querido difunto, sofocando al médico entre todos, abrumándole á preguntas ávidas, y saciando sus ojos con el espectáculo de aquella cara

hediondamente desfigurada, que aun les asustaba á pesar de su alegría.

Solo abrieron su grupo con deferencia ante el impassible Stangstadus, quien con un espejo en la mano iba á hacer la última prueba, diciendo que el médico era un asno incapaz de comprobar la muerte. Si Cristiano hubiera estado menos preocupado, hubiera oído a varias voces decir: «¿No queda ya esperanza?» en un tono que significaba claramente: «¡Con tal que esté bien muerto!» Pero Cristiano no tenía un pensamiento para su herencia, solo queria ver á Stenson, y exigia que Johan le hiciese comparecer al momento ó le condujese al instante junto al anciano.

—Soltad á ese hombre, —le dijo el ministro, —le estáis ahogando y no se halla en estado de contestaros.

—No le ahogo, — contestó Cristiano, quien en efecto habia tenido sumo cuidado de no comprometer la vida del hombre á quien queria arrancar revelaciones.

Sin embargo, el astuto Johan habia sacado su provecho de las buenas intenciones de Mr. Akerstrom. No queriendo hablar, fingió desmayarse, y el ministro censuró á Cristiano por su rudeza, mientras que los criados, inquietos por la suerte que les estaba reservada si los enderezadores de entuertos comenzaban su oficio, se mostraron mucho mas dispuestos á defender á Johan que á ceder ante un desconocido.

Cuando Johan se vió bastante rodeado y apoyado para recobrar su audacia, recobró muy luego el uso de la palabra y exclamó con una voz retumbante que dominó el tumulto de la habitacion:

—Señor ministro, os denuncio á un intrigante y á un impostor que, con el auxilio de una novela infernal, pretende pasar aquí por el único heredero de la baronía! Abandonadme, pues, á su venganza, vosotros que me aborrecéis, —añadió dirigiéndose á los herederos, —y ahora que mi amo ya no existe, á nadie tendreis para frustrar las maquinaciones infames de Mr. Goelle, porque é es quien ha inventado este caballero de industria y quien se jacta de hacer prevalecer su derecho sobre todos los vuestros!

Si un rayo hubiese caído en medio de los circustantes, no habria producido mas espanto y estupor que las palabras de Johan; pero, segun esperaba, se verificó una reaccion repentina y un coro de injurias y de maldiciones cubrió la voz de Cristiano, á quien el ministro escitaba á justificarse ó á explicarse.

—¡Echadle! ¡que sea espulsado vergonzosamente!—decían los primos y sobrinos del difunto, con suma vehemencia.

—¡No! ¡no!—gritaba Johan, ayudado por sus cómplices, quienes comprendían muy bien que habia llegado el día de las revelaciones; y que era preciso reducir al silencio á los vengadores;—¡enjámoste preso! ¡A la torre! ¡a la torre!

—¡Sí, sí, á la torre!—gritó el baron de Lindenwald, uno de los herederos mas encarnizados.

—¡No, matadle!—esclamó Johan, jugando el todo por el todo.

—¡Sí, sí, arrojadle por la ventana!—contestó el coro de aquellas pasiones diabólicas, y el cuarto del difunto se convirtió en teatro de una escena de tumulto y de escándalo, pues los criados se habian precipitado sobre Cristiano, que no podia defenderse, porque el ministro se habia puesto delante de él para formarle una muralla con su cuerpo, jurando que antes le matarian á él que ejecutar un asesinato en su presencia.

El médico, Jacobo y dos de los herederos, un anciano y su hijo, se pusieron de parte de Cristiano por respeto hacia el ministro y por lealtad natural; Stangstadius, esperando calmar las pasiones con la autoridad de su nombre y de su elocuencia, se habia lanzado entre los combatientes, quienes no le hacian caso y le rechazaban hacia Cristiano, tanto que el joven, mas bien embarazado que auxiliado por aquel pequeño grupo de débiles campeones, se veia arrinconado por momentos hacia la ventana, que Johan, con la mirada chispeante y la boca llena de espuma á impulsos de la rabia, acababa de abrir vociferando, para no dejar que se enfriase en sus acólitos la embriaguez producida por el miedo.

Al mirar á aquel hombre espantoso, que arrojaba por fin la máscara de su hipócrita dulzura y dejaba ver el tipo y los instintos de un tigre, el ministro y el médico, poseidos de terror, tuvieron como un momento de vértigo, y mas bien cayeron que retrocedieron sobre Cristiano, mientras que dos de los pícaros mas osados cogian diestramente sus piernas para levantarle y girarle de cabeza. Estaba ya perdido, cuando el mayor Larsson, el teniente, el cabo, Mr. Goelle y los cuatro soldados se precipitaron dentro del cuarto.

—¡Respeto á la ley!—esclamó el mayor dirigiéndose á Johan. ¡En nombre del Rey os arresto!

Y entregándosele al cabo Duff, añadió dirigiéndose al teniente:

—¡No dejéis salir á nadie!

Entonces, enmedio de un silencio de temor ó de respeto, porque en aquel momento nadie se atrevia á desconocer el ascendiente de un oficial de la *indelta*, Larsson, dirigiendo una mirada en torno suyo, vió al baron inmóvil sobre el lecho. Se acercó, le miró atentamente, y se quitó el sombrero, diciendo:

—¡La muerte es la enviada de Dios!

En seguida volvió á cubrirse, añadiendo:

—¡Dios perdone al baron de Waldemora!

Entonces se alzaron varias voces para invocar el auxilio del mayor contra los intrigantes y los impostores; pero exigió que guardasen silencio, declarando que solo de boca del ministro quería oír la primera explicacion de la escena singular que habia sorprendido al entrar.

—No convendria,—contestó Mr. Akerstrom,—que esa explicacion tuviese efecto en otra estancia?

—Sí,—dijo el mayor,—por razon de ese cadáver, pasemos al despacho del baron. Cabo, haced desfilar una por una á todas las personas que están aquí, y que ninguna se quede en este cuarto ni se retire por otra puerta. Señor ministro, dignaos salir el primero con el señor doctor Stangstadius y el médico del señor baron.

Luego, designándole Cristiano al anciano conde de Nora y á su hijo, que habian manifestado la intencion leal de protegerle, el mayor les invitó á que pasasen libremente y les guardó suma consideracion al interrogarlo á su vez.

La instruccion de los hechos fue muy minuciosa; pero el mayor no aguardó á que estuviese completa para ceder al impaciente deseo de Cristiano y de Mr. Goefle dando la orden de ir á libertar al anciano Stenson, á quien Jacobo declaraba que con dolor habia visto conducir una hora antes á la torre. Cristiano queria correr allá en seguida; el mayor se opuso á ello, y sin darle explicacion alguna acerca de su conducta, mandó que Stenson fuese conducido inmediatamente al Stollborg é instalado de nuevo en su morada, guardándole todas las consideraciones posibles, pero sin dejarle comunicar con nadie, y esto bajo las penas mas severas contra todo el que infringiese tal consigna. Luego, en lugar de Stenson mandó conducir á la cárcel del castillo á Johan y á cuatro lacayos que fueron designados por el ministro por haber querido atentar á la vida de Cristiano. Los que se contentaron con injuriarle y se apresuraron á negar el hecho, fueron amonestados y amenazados con ser entregados á la justicia si reincidían.

No desobedían hacerlo en manera alguna. Nonostante el escaso número de hombres que el Mayor tenía en aquel momento en torno suyo, comprendían que la ley y el derecho estaban en favor suyo, al propio tiempo que el valor y la voluntad. También adivinaban por su actitud que había gnafido reunir el resto de su compañía, y que de un momento á otro tendrían la indelta fuerzas respetables en el castillo.

No habiendo ningún otro magistrado presente, puesto que el último castellano había reunido en sí, con sus privilegios, toda la autoridad del distrito, y se hallaba sin sucesor hasta nueva orden, el Mayor hizo que le asistiesen el ministro de la parroquia como autoridad civil y moral, y Mr. Goelle como consejero. Mandó que le diesen todas las llaves y se las entregó á Jacobo, á quien constituyó en mayordomo y custodio de todo, dándole la asistencia especial de dos soldados para hacerle respetar de los demás criados del castillo en caso necesario. Confió al médico el cuidado de preparar los funerales del barón, y declaró que, con el ministro, Mr. Goelle, el teniente y cuatro testigos nombrados por los herederos, iba á proceder á buscar el testamento, aunque Johan hubiese declarado que el barón no había testado.

Los herederos, que al pronto se mostraron muy asustados é irritados, se calmaron al ver que ni el Mayor, ni monsieur Goelle, ni Cristiano hablaban de un nuevo competidor. Eran próximamente doce, todos ellos muy mal intencionados unos respecto de otros, aunque habían asociado sus inquietudes en torno del castellano y su vigilancia sobre la presa común. El anciano conde de Nora, el más pobre de todos, era el único que había conservado su dignidad en medio de ellos, y había hablado siempre muy claro al barón.

Ningún testamento del barón Olaus podía intentar á los derechos de Cristiano; éste comprendió por las miradas y por algunas palabras de Mr. Goelle que solo iban á dedicarse á aquella pesquisa para apaciar la codicia y rapacidad de los herederos, y ganar tiempo hasta que se pudiese obrar abiertamente. Cristiano había comprendido también por el expresivo silencio de sus amigos respecto de él, que aún no había llegado el momento de darse á conocer, y que, hasta nueva orden, la acusación formulada por Johan acerca de sus pretensiones debía considerarse como nula.

Fácil es comprender que los herederos habían aceptado con gusto aquella situación que parecía establecer un punto negativo de Mr. Goelle y el aspecto de completa seguridad de que se revistió Cristiano con mucha naturalidad des-

la del momento en que se vió tranquilizado acerca de la suerte del de Stanson. Así, pues, Cristiano secundó las intenciones de sus amigos con no acompañarlos á buscar el testamento, y sólo pensaba en averiguar muy discretamente dónde estaba la Margarita, cuando se halló en presencia de la condesa de Elvira en la galería.

La condesa le conoció desde lejos, y saliéndole al encuentro le dijo alegremente:

— ¡Ah! ¡ah! ¿según eso, no os habíais marchado, ó habeis vuelto, señor fantasma? ¿Y qué traje teneis puesto? ¿Llegais á la cacería á las doce de la noche?

— Precisamente, señora condesa, — contestó Cristiano, — quien comprendió por el aspecto gozoso de la tía de Margarita que no se había enterado de la escapatoria de su sobrina. — He ido á cazar el oso muy lejos, y llego en el momento mas á propósito para saber el suceso.

— ¡Ah! ¡si la muerte del castellano! — dijo la condesa con tono ligero. — Ha concluido, ¿verdad? ¿ahora se puede respirar? ¿He tenido desgracia! Desde mi habitación se oían todos los gemidos de su agonia, y me he visto obligada á refugiarme en la de Olga, quien me ha obsequiado con otra música.

— Esa pobre chica es muy nerviosa, y cuando le dije que en vez de tener la función de títeres, teníamos que marcharnos por medio de la niebla ó permanecer en la casa de un moribundo hasta tanto que tuviese á bien entregar su alma á Dios, la acometieron unas convulsiones espantosas. ¡Son tan supersticiosas esas rusas! En fin, me parece que ya estamos tranquilos y voy á ponerme en camino, porque creo que tratan de tocar una campana que solo echan aquí á vuelo cuando nace ó muere un castellano. Así, pues, me marchó corriendo, porque no sería posible dormir, y esa campana de los muertos me daría las ideas mas negras. ¿Escuchad! ¡ya creo que se oye!...

— Creo que sí, — contestó Cristiano. — Pero, ¿no os llevais á la condesa... vuestra sobrina?

— ¡Y añadió con suma hipocresía:

— ¡Soy un gran necio, que no recuerdo su nombre!

— ¡Sois un gran picaron! — contestó la condesa riendo;

— la habeis galanteado, puesto que por ella provocasteis al baron. Mas no creais que eso me escandalice, porque es propio de vuestra edad, y en último resultado, al hacer frente á ese pobre baron, que era muy malvado, mostrasteis una temeridad que no me desagradó. Hay cosas buenas en vos, lo conozco, y ahora veo cuán poco convenian á vuestro carac-

der las lecciones de flexibilidad y de prudencia que os di en aquella noche. Camináis por otra senda, porque hay dos para medrar, la destreza ó la temeridad. Pues bien, acaso caminéis por la mas corta, la de los malos cabezas y los audaces. Es preciso que vayais á Rusia, querido. Sois buen mozo y atrevido, he hablado de vos con el embajador; os ha visto y tiene sus proyectos acerca de vos. ¿Me entendéis?

—Ni una palabra, señora condesa.

—¡Vaya, que sí! El crédito de que goza Orlof no puede durar siempre, y ciertos intereses pueden querer combatir á los suyos... ¿Ahora me entenderéis por denias? Así, pues, no penseis en mi sobrina; podeis aspirar á mejor fortuna, y como por el momento no sois nada, ni siquiera sobrino de monsieur Goelle, que no os reconoce ni por bastardo suyo, os advierto que os cerraré la puerta de mi casa si os presentais en ella con la sola intencion de agradar á Margarita; mientras que en Stockholmo os aguardo para presentaros al embajador, quien os tomará á su servicio. Así, pues, basta la vista!... ¡ó mas bien, aguardad, os llevo conmigo!

—¿De veras?

—De veras que sí. Dejo aquí á mi sobrina, que, asustada por los ruidos del moribundo, se ha ido á pasar la noche al presbiterio con su amiga Mlle. Akerstrom, al menos segun dice su aya. Sea donde quiera que se haya refugiado esa criatura tímida y cobarde, Mlle. Potin marchará hoy con ella á Dalby, bajo la custodia de Peterson, que es un hombre de toda mi confianza. Mr. Stangstadius me ha prometido acompañarlas. Será un gran sentimiento para la niña, que se prometia venir conmigo á Stockholmo; pero es demasiado jóven todavia y no haria en la sociedad mas que tonterias. Se aplaza hasta el año que viene su presentacion en la alta sociedad.

—¿Segun eso, —dijo Cristiano, —todavía pasará un año sola en su viejo castillo?

—Ah! ya veo que os ha contado sus penas. Todo eso es muy tierno, y hé ahí porqué os llevo en mi trineo. Os doy una hora para disponeros, y vuelvo á buscaros aquí. ¿Queda convenido?

—No lo sé, —contestó Cristiano con suma audacia; —estoy muy enamorado de vuestra sobrina, os lo advierto!

—Pues bien, tanto mejor si ese amor dura! —repuso la condesa. —Cuando hayais pasado algunos años en Rusia, y hayais hecho que os den muchos rublos y vasallos, si persistís no diré que no.

— ¡Y la condesa se retiró, muy persuadida de que Cristiano sería plantado para acudir á la cita! Tan luego como hubo desaparecido el Polin, que estaba acuchillando, se deslizo junto á Cristiano para dirigirle severas reconvencciones. Había tenido suma inquietud por Margarita, viéndose obligada á buscarla por todas partes.

— ¡Afortunadamente! añadió el aya, acaba de entrar con su amiga Martina, cuya madre no tenía inquietud por qué creía que estaba en nuestra habitación; pero me cuesta mucho trabajo mentir tan a menudo para ocultar las imprudencias de Margarita, y declaro que se lo voy á revelar todo á la condesa si no me dáis vuestra palabra de honor de marcharos ahora mismo del castillo y de la comarca.

Cristiano tranquilizó á la buena Potin diciéndola que quedaba convenido, y muy resuelto á no hacer nada de común con aquella quema, aguardó los sucesos.

A la una de la madrugada llegó la tropa sigilosamente, y de ello se dió aviso al mayor, quien declaró terminadas las pesquisas; no habían producido estas resultado alguno, con gran satisfacción de la mayor parte de los herederos, quienes preferían fiar en sus derechos á fundar esperanzas en la benevolencia muy dudosa del difunto.

— Ahora, señores, — dijo el Mayor, — os ruego que me sigáis al Stollborg, en donde tengo algunos motivos para creer que se le ha confiado un testamento á Mr. Stenson.

— ¡Y como todos se precipitaban hácia la puerta de la habitación, les dijo: —

— Perdonad! pesa aquí una responsabilidad muy grave sobre el señor ministro, sobre Mr. Goelle y sobre mí. Debo proceder muy escrupulosa y oficialmente, reunir el mayor número posible de testigos formales y no permitir que las cosas pasen sin orden y sin vigilancia. Tened á bien trasladaros conmigo á la galería de las cacerías, en donde ya deben estar reunidos los demás testigos.

En efecto, con arreglo á las órdenes dadas por el Mayor, á todos los huéspedes del castillo nuevo se les había rogado que se trasladasen á la galería con gran disgusto de algunos de ellos que tenían ya el pie en el estribo para marcharse, pero como la condesa hablaba en nombre de la ley, y no tuvieron mas remedio que obedecer.

La condesa Elveda, que tenía prisa de concurrir y era siempre muy activa, había llegado en primer lugar. Halló á Cristiano dormido en un sofá.

— ¡Qué es eso! — exclamó, — ¿aun no estais dispuesto?

En seguida, dirigiéndose a Margarita que llegaba con su aya, le dijo:

— ¿Qué venis a hacer aquí?

— No lo sé — contestó Margarita: — obedezco una orden general.

En efecto, muy luego llegó Oiga, así como la familia del ministro, Mr. Staugstadius, el embajador y su comitiva, y en fin, todos los huéspedes de Waldemora con trage de viaje, y la mayor parte de ellos muy disgustados por verse detenidos en el momento de marchar ó por hallarse en la imposibilidad de continuar su sueño. Murmuraron mucho y maldijeren á la maldita campana que, según decían, podía haber aguardado á que todos estuviesen en camino.

— Pero, ¿qué hay? ¿qué nos quieren? — decían las señoras mayores: — ¿ha dado orden el barón para que se baste aquí todavía después de su muerte, ó estamos condenadas á verle en su cama mortuoria? Yo no puedo aguantar esto; ¿y vos?

— ¿Quién es ese joven que acaba de salir de aquí? — preguntó el embajador á la condesa de Elveda; ¿no es nuestro joven?

— Sí, es nuestro aventurero. Acaba de recibir una esquela. Parece que la consigna que nos detiene aquí no le concierne.

En efecto, Cristiano acababa de recibir una esquela en que Mr. Goelle le decía: «Marchaos al Stollborg y vestíos al instante según estabais en el baile de anteanoche. Aguardadnos en la sala de la Osa, mandad limpiar la escalera y tapad la brecha con los mapas grandes.»

Sirvieron el the y el café en la galería de las cacerías, y un cuarto de hora después, todas las personas designadas por el Mayor y el ministro, así como los herederos y una parte de los criados y de los principales vasallos de la posesión, se pusieron en camino para el Stollborg, cuyos honores hizo Cristiano, convenientemente vestido y asistido por Nils, por los *dannemans* padre é hijo, y por Ullas, quien había sido puesto en libertad al cabo de algunas horas de calabozo. Digamos aquí, de paso, que el pobre Ullas nunca supo porqué se impuso aquella pena Mr. Johan, pues ni antes ni después comprendió los sucesos que se habían verificado en el Stollborg.

XX.

Cuando todos los que antes se hallaron reunidos, el Mayor procedió á la lectura y comunicacion de todo el asunto

relativo al asesinato proyectado contra la persona de Cristiano, y los prisioneros llamados á comparecer, viéndose perdidos con el encarcelamiento de Johan y la muerte del baron, se defendieron tan mal, que sus negativas equivalieron á confesiones. Púso confesó francamente que le habian encargado llevar la copa de oro en el equipaje de su amo, y que en este negocio habia recibido dinero de Mr. Johan.

Y ahora, — dijo el avaro y orgulloso baron de Lindenwald, queiera el parente mas próximo del difunto, lo que mas desearíamos es finar la suaria de cuanto acabamos de oír respecto de Mr. Johan, si quieren dispensarnos de juzgar la conducta y las intenciones del baron su amo.

Es en cierto modo impío y bárbaro instruir aquí la causa de un hombre que aun no está enterrado, y que, tendido en su lecho de muerte, no puede contestar ya á las acusaciones. En concepto mio, señores, es demasiado tarde ó harto pronto, y debemos negarnos á ir mas. ¿Qué nos importa el individuo que adopta tales precauciones para asegurar su venganza ante los tribunales contra criados de quienes nadie se cuida, y contra la memoria de un hombre á quien espero que cada cual es libre aquí para apreciarle interiormente, sin ser llamado á maldecirle en público? Nos habian hablado de un testamento del que ya no se trata, y como es fácil conocer que han querido engañarnos, en cuanto á mí estoy resuelto á retirarme y á no inclinarme ante las usurpaciones de poder de un oficial de la *indelta*. No soy el único aquí cuyos privilegios se hallan desconocidos en este instante, y cuando suceden tales cosas, señores, sabéis tan bien como yo lo que nos pesa á todos.

Al concluir su frase, el baron de Lindenwald echó mano á su espada y como los demás herederos seguan su ejemplo, iba á empuñarse en combate, cuando el ministro, con vigoroso lenguaje y enérgica autoridad eclesiástica se interpuso invocando el apoyo de las personas desinteresadas y leales, quienes con su actitud y sus reflexiones condenaron en tal manera la tentativa del baron que los recalcitrantes se sometieron y libraron al Mayor del penoso deber de proceder contra ellos.

Comenzaba á ser muy evidente para él y para todos los testigos de aquella escena que los herederos se negaban á conocer los motivos de odio del baron contra Cristiano porque presentian la verdad.

Mr. Guelle habia hecho que el jóven se colocase sin afectacion debajo del retrato de su padre, y la semejanza sor-

prendia ya á todos; pero no habia bastantes sarcasmos en la lengua sueca para espresar la aversion de los presuntuosos hacia el miserable jugador á quien Johan habia denunciado, y al que Mr. Goelle (de quien era hijo bastardo) queria poner en evidencia con el auxilio de una novela inverosímil y de pruebas falsas.

Mr. Goelle permaneció impassible y risueño. A Cristiano le costó á go mas de trabajo contenerse, pero la mirada tierna y suplicante de Margarita produjo este milagro.

—Ahora,—dijo el ministro cuando se hubo restablecido el silencio,—introducíd á Mr. Stenson, á quien tenemos incommunicado en su cuarto desde su salida del calabozo.

Adan Stenson compareció. Se habia vestido con esmero; su dulce y noble semblante, alterado por el cansancio, pero digno y sereno, produjo profunda emocion. Mr. Goelle le rogó que se sentase y le leyó la declaracion escrita por su mano y confiada á Manasés, en Perusa. Este documento, del que aun no se habia hablado ante los circunstantes, fué acogido por unos con gran sorpresa é interés, y por otros con un silencio de estupor.

El embajador de Rusia, que acaso no tenia sobre Cristiano las miras que le atribuia ó queria promover en él la condesa Elveda, pero que se interesaba verdaderamente por Cristiano merced á su notable figura y á su aspecto decidido, comenzó á manifestar su aprobacion por la manera en que se habian hecho aquellos procedimientos con el objeto de evitar un debate judicial, ó de llevar á él, en caso que fuese indispensable todas las luces de la conciencia.

Preciso es decir, tambien, que los amigos de Cristiano habian conducido allí al personaje por medio de la duzura y de los ruegos. Las consideraciones que con mucha destreza le mostraba Mr. Goelle á despecho de sus prevenciones contra el papel político que desempeñaba el ruso, halagaban al embajador, á quien le gustaba mezclarse en los asuntos particulares de la Suecia, lo mismo que en los públicos.

Cuando se hubo concluido la lectura del documento, el ministro, dirigiéndose á Stenson, le preguntó si se hallaba en estado de oir las preguntas que le dirigiesen.

—Sí, señor ministro,—contestó Stenson;—tengo el oido débil, es cierto, pero no siempre, y muchas veces oigo cosas á las que no quiero contestar.

—¿Quereis contestar hoy?

—Sí señor, quiero contestar.

—Reconoceis por vuestra la letra de ese documento?

— ¡Sí señor, la reconozco como mía. — Ahí se hallan indicadas las razones de vuestro prolongado silencio, — repuso el ministro; — pero la verdad exige mas pormenores. La manera en que el baron os ha tratado hasta ahora parece que no puede motivar el temor que le temais, ni las intenciones terribles que vuestra declaración le atribuye respecto de otras personas.

Stenson, sin contestar, se levantó las mangas de la casaca, y enseñando en sus brazos delgados y temblorosos las huellas de la cuerda que habia oprimido sus muñecas hasta el estremo de hacer saltar la sangre, dijo:

— He ahí los juegos que se entretenia en mirar el baron cuando la agonía apagó sus ojos y puso término á mi suplicio; pero no me he confesado. Ya hubieran podido romper todos mis viejos huesos, que nada habria yo dicho! ¿Qué importa morir á mi edad?

— ¡Ah! vivreis, Stenson! — esclamo Mr. Goelle; — vivreis para tener una gran alegría. Ahora podeis hablar, que el baron Olaus ha dejado de existir.

— Ya lo sé, caballero, — dijo Stenson, — puesto que estoy aquí; pero ya no tendré alegría en este mundo, porque aquel á quien salvé no existe!

— ¿Estais seguro de ello, Stenson? — dijo Mr. Goelle.

Stenson dirigió su mirada en torno de la habitación que estaba muy iluminada. Sus ojos se fijaron en Cristiano, quien se contenia para que no pareciese que solicitaba su atencion y que aun fingia no verle, aunque ardía en deseos de arrojarle en sus brazos.

— ¡Vamos, — dijo Mr. Goelle al anciano, — ¿qué teneis, Stenson? ¿Porqué corre el llanto por vuestras mejillas!

— Porque temo estar soñando, — dijo Stenson, — porque ya he creído soñar antes de ahora al verle aquí, hace dos dias, porque ya no le conozco, y sin embargo le estoy conociendo...

— Quedaos ahí, Mr. Stenson, — dijo el ministro al anciano, que queria acercarse á Cristiano: — una semejanza puede ser efecto tan solo de una casualidad. Es preciso establecer los hechos sentados por vos en el documento que acaban de leer.

— Es muy fácil, — repuso Stenson. — Mr. Goelle no tiene mas que leer el escrito que le confió anteayer y en seguida podrá establecer la identidad entre Cristiano Goffredi y Cristiano de Valdemora, por medio de las cartas de Manases que tambien le entregué ayer.

— Habia jurado no abrir ese escrito sino despues de la

muerte del baron, —dijo Mr. Goelle. —Así pues, le he abierto desde dos horas, y hé aquí las pocas palabras que contenía: —ol, «Rompe la pared detrás del retrato de la baronesa Hilda, en el Stolborg, á la derecha de la ventana del cuarto de esta Oración que vale!...» —dijo el Mayor en voz muy baja á Mr. Goelle, mientras que el ministro hacia quitar el retrato, y proceder, bajo la dirección de Stenson, al rompimiento de la pared para descubrir el escondite, —cree que la prueba estaría en el cuarto tapiado. —No, á Dios gracias! —contestó el abogado en el mismo tono, —porque hubiera sido preciso descubrirles que habíamos penetrado en aquel cuarto, cosa de que, merced á los mapas grandes y vueltos á colocar en su sitio, nadie se cuida aquí ni repara en ello, y hubieran podido acusarnos de haber puesto nosotros mismos allí las pruebas falsas. Porque me enteré en el castillo nuevo del aviso misterioso de Sten, fué por lo que os dije que trajérais aquí sin miedo á muchos testigos.

—Abierto ya el escondite, el ministro sacó por sí mismo un cofrecito de metal, en donde se encontró un documento decisivo que leyó.

—Era una narracion muy clara y muy detallada, escrita toda ella por mano de la baronesa Hilda, en la que describía los tristes días que había pasado en el Stolborg bajo la custodia del odioso Johan, y las persecuciones ejercidas contra ella y contra sus fieles amigos y servidores Adán Stenson y Kinnva Boetski.

—La desgraciada viuda declaraba y juraba por su salvacion eterna y por el alma de su marido y de su hijo primogénito, asesinados ambos por orden de un hombre á quien no quería nombrar, pero cuyos crímenes serian conocidos algun día, que había dado á luz un segundo hijo, fruto de su legítima union con el baron Adelstam de Waldemora, en el día 15 de Setiembre de 1743, á las dos de la madrugada, en la sala de la Osa, en el Stolborg. Refería de un modo modesto y dramático á la vez, el dolor que había tenido para no dejar oír la queja mas leve á sus carceleros, instalados cerca de ella en la habitación contigua al cuarto de guardia y Kinnva, y asistió en sus dolores, cantando junto á ella para cubrir el ruido del lloro del niño, creyendo acallar sus gemidos. —Stenson no salió del cuarto mientras nació el niño, é inmediatamente despues intentó llevarsele por la puerta secreta, pero la encontró cerrada por fuera y custodiada. (En

aquella época no existía la brecha de la habitación situada encima del cuarto de la Osa, puesto que Stenson no trató de aprovecharla.) Stenson, después de haber sido registrado, logró salir del torreón para ir á buscar una barca que, favorecido por la oscuridad de la noche, logró llevar bajo los peñascos del lago, y Karina le bajó el niño por la ventana, con el auxilio de una cesta y una cuerda. Todo esto habia exigido mucho tiempo y estaba ya amaneciendo. Se abrió la ventana del cuarto de guardia en el momento en que Stenson recibia al niño en sus temblorosas manos; pero protegido, afortunadamente por la bóveda de rocas, pudo mantenerse allí oculto y aguardar á que los carceleros se tranquilizasen, para atravesar, encomendándose á Dios, el breve espacio que mediaba entre el torreón y la orilla, por detrás del gaard.

Así pues, Cristiano, al explorar aquel sitio singular, habia adivinado y reconstruido su propia historia.

El niño fue confiado á Ana Boetsi, madre de Karina y del danésman Joe. Habia sido criado por una corza domesticada, y de vez en cuando la baronesa recibia noticias suyas por medio de ciertas señales hechas con hogueras encendidas en el horizonte.

Tranquilizada la baronesa acerca de la suerte de su hijo, abrigó la esperanza de poderse reunir con él y huir á Dinamarca; pero el baron le impuso la condicion, para restituírle su libertad, de firmar la declaracion de un embarazo fingido y como se negaba á hacerlo, diciendo que consentiria en acusarse de error, pero no de impostura, le manifestaron graves sospechas acerca del suceso que tanto empeño tenia en ocultar. Desde entonces, temblando que llegasen á descubrir el nacimiento y el retiro de su hijo, y á darle muerte, firmó aquel documento, redactado por el pastor Mikelson.

«Pero protesto aquí, decia en su nueva declaracion, ante Dios y ante los hombres contra mi propia firma, y juro que me fue arrancada por la violencia y el terror. Si en aquella ocasion falté á la verdad, por primera vez en mi vida, todas las madres comprenderán mi falta, y Dios me la perdonará.»

Cuando el baron se habia ya en posesion de aquel documento, temiendo una retractación ó la revelacion de sus violencias, rehusó formalmente la libertad á su víctima, declarando que estaba loca y haciendo todo lo posible para que en realidad perdiese el juicio por medio de un sistema de estrecho cautiverio, de privaciones, de insultos y de terrores. Como a gunos campesinos tuvieron valor suficiente para manifestar simpatías hacia la baronesa ó intentar libertarla, mandó que los

apaleasen á la rusa en el cuartel de guardia y la desventurada oyó sus gritos. Hubia amenazado á Stenson y á Karina con matarlos del mismo modo si volvian á insistir en que se restituyese la libertad á la baronesa, y aquellos amigos fieles tuvieron que fingir que querian complacerle para no ser separados de su infeliz ama.

Al fin el sufrimiento y el dolor vencieron las fuerzas de la víctima. Declinó rápidamente, y conociendo que se hallaba próxima á morir, escribió para su hijo el relato de sus padecimientos, suplicándole que nunca procurase vengarse si circunstancias que era imposible prever, le hacian descubrir el misterio de su nacimiento antes de la muerte del baron. Estaba convencida de que en cualquier sitio de la tierra en que se hallase oculto su hijo sabria alcanzarlo aquel hombre implacable, rico y poderoso. Hacia sinceros votos para que viviese mucho tiempo «en la medianía, en la ignorancia de sus derechos, y para que tuviese amor á las artes ó á las ciencias mas bien que á las riquezas y al poder, origen de tantos males y de tantas pasiones crueles en la tierra.» Sin embargo, la pobre madre añadía, previendo futuras aclaraciones, que su hijo, á quien habia dado el nombre de Adelman Cristiano, tenia, al nacer, el pelo negro y los dedos «configurados como los de su padre y los de su abuelo.» Luego, al darle su bendición suprema, le recomendaba que considerase como sagrada la palabra de Stenson y de Karina acerca de la verdad de todos los hechos que pudiesen transmitirle de los sufrimientos de su cautiverio, y de la constante e inalterable lucidez del su imaginacion, á pesar de los rumores calumniosamente difundidos acerca de su supuesto estado de enagenacion mental y de furor. «Mi alma está serena, decía, al acercarse la muerte.»

Me voy llena de resignacion, de esperanza y de confianza, á un mundo mejor. Perdono á mis verdugos. No llevo de esta triste vida mas que un solo pesar, y es el de abandonar á mi hijo; pero el inesperado buen éxito de su evasión me ha enseñado á fiar en la Providencia y en la santa amistad de los que ya le han salvado!»

La firma era serena y clara, como si un esfuerzo postremo de la vida hubiese reanimado el corazón de la pobre moribunda en aquella hora suprema. En la fecha se leia: «Hoy 15 de Diciembre de 1746.»

Con fecha 28 de Diciembre del mismo año habia redactado Stenson una especie de acta de los últimos momentos de su infeliz ama.

había la habí privado de sueño hasta su última hora de legía; Johan y su pandilla, instalados en la habitación inmediata, cantando, gritando y blasfemando noche y día, junto á su culeyo, que los señores lloraron su cuartito, entrando diariamente, bajo el pretexto de ver si estaba bien cuidada, á decirle que estaba loca y á abrumentarla con reconvecciones y ultrajes adreca de las supuestas tramas que había hecho frustrar. La nil la

Toda la astucia y Dios la ha protegido, consiguió encoinducir á aquel perseguidor, á fuerza de paciencia y de silencio á creer que en efecto la señora se había engañado, acerca de su estado, y que nada tenían que temer para lo porvenir.

El pastor Mickelson, por su parte, no menos cruel é importuno, fué al hecho de anuencia de la señora á decirle que habiendo vivido en los países del papismo, se hallaba imbuida en malas doctrinas, y la amenazó cien veces con el infierno, en vez de prodigarle los consuelos y esperanzas á que tiene derecho toda alma cristiana.

Por fin salió una hora antes de que la señora exhalase el último suspiro, y espiró en nuestros brazos, el cuarto día de Navidad, á las cuatro de la madrugada, diciendo estas palabras: — Dios mío! dad una madre á mi hijo!

Atestiguamos que murió como una santa, sin haber temido un solo momento de cólera, de delirio, ni siquiera de duda religiosa.

Después de haberle cerrado los ojos, paramos el reloj y apagamos la vela de Navidad que ardía en la araña, pidiendo á Dios que permitiese ver, echar á andar esa máquina y encender esa luz por mano de nuestro futuro legítimo, y joven.

Después de lo cual hemos redactado este escrito, que vamos á cerrar y á sellar con el sello de nuestra muy amada señora, ocultándolo en la pared de su cuarto, en el sitio que el almuerzo nos habrá designado, habiéndose preparado todas las cosas para el efecto.

Y derramando muchas lágrimas, hemos firmado muchos aquí, repitiendo el juramento de no haber certificado mas que la exacta verdad.

ADAM STENSON. — KARIN A. BOETSON.

El pastor había leído estas páginas sencillas con tanta franqueza y sinceridad que las mujeres lloraban, y los hombres conmovidos y convencidos, aclamaron por tres veces el nombre de Cristiano de Valdemora, y se apresuraron á rodearle para estrecharle y estrecharle las manos, pero los herederos siempre hay que exceptuar de esta partida de malvados al anciano.

no conde de Nora y á su hijo), declararon que exigían la comparicion del Karina Betsor, habiendo averiguado, quizás, no se sabe dónde, la noticia de que aquella mujer existía todavía y estaba loca. Era para ellos un testimonio recusable; por eso el Mayor temia mucho su presencia y se apresuró á decir que estaba enferma y vivía muy lejos. Una voz ruda, aunque benévola, le interrumpió: era la del danmman Jób Betsor.

—¿A qué decir lo que no es, señor Mayor?—esclamó el buen hombre.—Karina Betsor no está ni tan enferma ni tan lejos como tú crees. Ha dormido aquí, y ahora que ha descansado, su imaginacion está tan despejada como la tuya. No temas mandar venir á Karina Betsor. Es muy cierto que la pobre infenz ha sufrido, sobre todo desde el día en que se vió precisada á separarse del niño; pero si dice cosas que no se pueden comprender, no por eso tiene la cabeza menos buena y la voluntad menos segura, porque nunca ha podido nadie arrancarle su secreto, ni siquiera yo, que he conocido al niño y acabo de saber aquí su nombre y su historia por primera vez en mi vida. Ahora bien, una mujer que sabe guardar un secreto no es como cualquiera otra, y cuando habla, se debe creer lo que dice.

Luego, abriendo la puerta del cuarto de guardia, dijo á la vidente:

—Ven, hermana mía, te necesitan aquí.

Karina entró en medio de un movimiento general de curiosidad. Su palidez y su precoz ancianidad, su mirada sorprendente, su paso vacilante y brusco, causaron al pronto mas compasion que simpatia. Sin embargo, al ver á toda aquella gente se enderezó é irguió su frente. En su fisonomía se revistió de una expresion de entusiasmo y de energía. Se habia quitado de encima de su traje de luto el pobre vestido gris, aquel andrajo precioso con el cual no se dormia nunca, y su cabellera blanca como la nieve se habia levantado hácia atrás por unos cordones de lana encarnada que le daban cierto aspecto de sibila antigua.

Se acercó al ministro, y sin aguardar á que la interrogasen, le dijo:

—Padre y amigo de los afligidos, tú conoces á Karina Betsor, tú sabes que su alma no es culpable ni engañadora. Te pregunta por qué toca la campana del castillo nuevo; lo que le digas lo creerá.

—La campana toca á muerto,—contestó el ministro;—tus oídos no te han engañado. Sé, Karina, que hace mucho tiem-

no pesa un secreto sobre tu corazón. Ahora puedes hablar, y acaso puedas curarte: el buen Claus ya no existe! — Ya lo sabía yo, — dijo Karina; — el gran iarl se me ha aparecido esta noche. Me ha dicho: «Me voy para siempre,» y he sentido que mi alma renacía. Ahora hablaré, porque el niño del lago ha de volver. También le he visto en sueños!

— No nos hables de tus sueños, Karina, — repuso el ministro; — procura coordinar tus recuerdos. Si quieres que el espíritu de luz y de tranquilidad vuelva a ti por la gracia del Señor, haz un esfuerzo para volver tú misma á la sumisión y á la humildad, porque, ya te lo he dicho con frecuencia, en tu demencia hay orgullo y pretendes leer en lo porvenir, cuando eres incapaz, quizás, de referir lo pasado.

Karina se quedó coitada y meditabunda un instante, y luego contestó:

— Si el buen pastor de Waldemora, tan dulce y tan humano como el de antes era feroz y cruel, me ordena que diga lo pasado, diré lo pasado!

— Te lo mando y te lo pido, — repuso el pastor; — dilo con calma y piensa que Dios oye y pesa cada una de tus palabras.

Karina volvió á recogerse y reflexionar, y dijo:

— Hénos aquí en la habitacion en que se durmió para siempre el ama muy querida!

— ¿Es á Hilda de Waldemora á quien das ese nombre?

— A ella, á la viuda del buen joven iarl y la madre del niño que se llama Cristiano y que debe volver muy pronto para encender de nuevo la vela de Navidad en el hogar de sus padres. Dió á luz ese niño en medio de la luna de *hoets*, aquí, en este techo donde murió á fines de la luna de *jul* (1). Le bendijo aquí, junto á esta ventana por donde echó á volar, porque nació con afección. Y negro mintió, diciendo en su corazón: «¡Perdóneme Dios el matar á mi hijo con mi palabra! pero mas vale que viva entre los elfos que entre los hombres.» En seguida le cantó, acompañándose con su arpa, y cuando murió me dijo: «¡Que Dios dé una madre á mi hijo!»

Al llegar aquí, Karina, volviendo al recuerdo de la realidad, se echó á llorar; luego se turbaron sus ideas, y el ministro, viendo que ya parecia que no comprendia las preguntas que le dirigian, hizo una seña al dameroan, quien se llevó muy despacio á la pobre vidente, dirigiendo á los circunstan-

(1) *jul*, Diciembre, *hoets*, Setiembre.

tes una mirada de triunfo por la manera en que su hermana habia contestado.

—¿Qué mas quereis?—dijo Mr. Goefle á los circunstantes;—esa mujer entusiasta, ¿no os ha dicho en algunas palabras de su rústica poesía las mismas cosas que Stenson escribió aquí con la metódica claridad de su mente? Y la especie de delirio en que vive, ¿no es una prueba de lo que ha sufrido por aquellos á quienes tanto amó?

La ocasion era demasiado oportuna para que Mr. Goefle no la aprovechase para hablar un poco y la cogió de los caballos. Habló de inspiracion, resumió los hechos rápidamente, contó una parte de la vida de Cristiano despues de haber establecido su identidad por medio de las cartas dirigidas por Manasés á Stenson, aclaró todas las circunstancias novelescas de los dos dias que acababan de transcurrir, y supo introducir tan bien la convicción en todos los ánimos, que olvidaron la hora avanzada y el cansancio para dirigirse preguntadas con el fin de tener el gusto de oírle por mas tiempo, despues de lo cual cada uno puso su firma en el acta de la sesion.

El baron de Lindenwald hizo una tentativa postrera para reanudar el valor abatido de los demas herederos.

—No importa,—dijo levantándose, porque las puertas estaban abiertas y tenían entera libertad para retirarse;—venceremos á todas esas ficciones ridiculas, litigaremos!

—Cuento con eso,—contestó Mr. Goefle muy animado,—y aguardo á pie firme los argumentos.

—Yo no litigaré,—dijo el conde de Nora,—estoy convencido y firmo.

—Tampoco esos señores litigarán,—dijo el embajador con marcada intencion.

—Si por cierto,—repuso Mr. Goefle,—pero perderán.

—Atacaremos la validez del matrimonio,—ese amó el baron;—Hilda de Buxen era católica.

Cristiano, irritado, iba á contestar; Mr. Goefle le interrumpió precipitadamente, diciendo:

—¿Qué sabeis, caballero? ¿Dónde está la prueba? ¿Dónde está esa supuesta capilla de la Virgen que habia mandado erigir? Ahora que el Stollborg no tiene ya misterios para nadie, ¿sostendrán todavia ese cuento ridiculo que sirvió aquí de pretexto á muchos para abandonar á aquella mujer desgraciada á la persecucion y á la muerte?

—Pero, el mismo Mr. Cristiano Goffredi, educado en Italia, ¿no es católico?—murmuraban los herederos al alejarse.

—¡Paciencia! ya lo sabremos, y entonces veremos si á un hombre que no puede formar parte de la Dieta ni ocupar empleo alguno, le es lícito heredar unos dominios que llevan en sí todos los privilegios de la nobleza.

—¡Callad, Cristiano, callad!—decía Mr. Goefle en voz baja conteniendo por fuerza al jóven, que queria seguir á sus adversarios y desafiarnos frente á frente. Quedaos aquí ó se pierde todo! Sed disidente, si así os parece, despues que hayais heredado; pero ahora no levanteis esa caza. N die ha observado que la habitacion en que estamos ha vuelto á quedar cuadrada!

—¿Qué queréis decir?—preguntó el Mayor á Mr. Goefle;—se les podría enseñar á todos el cuarto tapiado, puesto que la tal capilla no existe!

—Sin duda pudiera haberse hecho eso si no hubiésemos echado abajo el tabique, contestó Mr. Goefle, en cuyo caso no hubieran podido acusarnos de haber hecho desaparecer las huellas del culto prohibido.

La condesa de E veda se acercó entonces á Cristiano y le dijo en su tono mas amable:

—Ahora espero, —señor baron,—que tendré el gusto de veros en Stokholm....

—¿Será todavía con la condicion de que marcharé á Rusia?—preguntó el jóven.

—No,—repuso la condesa,—dejo entera libertad á vuestro corazon para que escoja el objeto que mas le agrade.

—¿Os acompaña la condesa Margarita á Stokholm?—dijo Cristiano en voz baja.

—Quizás vaya despues que ganeis vuestro pleito, si es que llega á haberle. Entretanto regresa á su castillo. Es cosa decidida, la prudencia lo exige, y de nuevo os ofrezco un sitio en mi trineo para trasladaros á Stokholm, en donde han de decidirse vuestros asuntos.

—Os doy las gracias, señora condesa, pero estoy bajo la completa dependencia de mi abogado, quien me necesita aquí todavía.

—Pues hasta la vista,—replicó la condesa.

Esta tomó entonces el brazo del embajador, quien le dijo al salir:

—No me disgusta que ese hermoso baron no viaje con nosotros!

Margarita se despidió de su tia en la puerta del Stollborg y se marchó con su aya y con la familia Akerstrom al postillo del ministro, en donde habia de desensar antes de

EL HOMBRE DE NIEVE.

ponerse en camino. No medió una palabra, ni siquiera una mirada entre ella y Cristiano, mas no por eso dejaron de concurrir tacitamente en que la jóv. n. no se marchara de la comarca sin que hubiesen vuelto á verse. El Mayor regresó con su tropa y con sus prisioneros al castillo nuevo, en donde debía aguardar á que llegasen órdenes superiores para continuar ó cesar en el ejercicio de su autoridad. El danneman y su familia regresaron á su montaña, sin que Karma hubiese querido comprender qué vela en Cristiano al niño del lago. Su imaginación no podía admitir tan rápidamente las nociones del presente, y aun mas tarde, aunque se mejoró su estado moral y por instinto se sintió libre ya de una gran turbación, no le conoció todas las veces que le vió, y con suma frecuencia le confundió con su padre el joven baron Adelstan.

Eran las cuatro de la madrugada, y no obstante la costumbre que hay de acostarse tarde en una época del año en que las noches son tan largas, tantas emociones habian agitado y cansado á los personajes principales de nuestra historia que todos durmieron profundamente, esceptuando quizás á Johan y su pandilla, encerrados en la torre del castillo nuevo, en la que á tantos infelices habian ellos encerrado y atormentado.

Pero antes de que amaneciese, se deslizó Stenson muy despacito hasta la cama de Cristiano, y despues de haberle estado mirando algunos instantes con embriaguez, le despertó sin despertar á Mr. Goeffe.

—Levantaos, señor baron,—le dijo al oido,—tengo que hablaros á solas. Os aguardo en el cuarto tapado.

Cristiano se vistió apresurada y sigilosamente, y cerrando las puertas en pos de sí, siguió á Stenson á la sala triste y desierta, en donde habia penetrado ya la vispera. Entonces, Stenson descubriéndose, le dijo:

—Aquí, señor baron, detrás de este tablero, en que veis una paloma esculpida, existe un misterio en el que solo vos debéis ser iniciado. Ah es donde vuestra señora madre habia fundado erigir en secreto un altar á la virgen, porque era católica, el hecho es harto cierto. Como el ejercicio de su culto no estaba autorizado en el país de su marido, la señora hubo de ocultarse, por temor de atraerle persecuciones.

El pastor Mickelson nunca pudo descubrir lo mas mínimo, pues el altar fué traído y colocado en este escondite por unos obreros italianos que estaban aquí de paso, ejecutando otros trabajos en marmol y en madera en el castillo nuevo.

Solo yo estaba en el secreto. En el castillo habia un anciano francés, muy sabio, que era sacerdote católico sin que nadie lo supiese, y que decía misa aquí secretamente, pero habia muerto, y los trabajadores italianos se habian marchado, en la época de la persecucion de vuestra pobre madre. Es preciso que vais al altar, señor baron, y que, sea la que quiera vuestra religion, le mireis con respeto. Ayudadme á oprimir el resorte del tablero, porque probablemente estará muy enmohecido.

—Es decir que vuestros pobres brazos están hinchados y destrozados,—dijo Cristiano llevando á sus labios las manos demacradas del anciano.

—Ah! no me compadezcáis,—dijo Stenson,—mis manos se curarán, no siento dolores, y lo que he sufrido es muy poca cosa en comparacion de la felicidad que ahora disfruto.

Cristiano, dirigido por Stenson, abrió el tablero y en seguida recorrió una cortina de cuero dorado, detrás de la cual vió un altar de mármol blanco en forma de sarcófago.

Stenson, muy conmovido, se habia arrodillado, y Cristiano le dijo:

—Pues qué, ¿sois católico tambien, amigo mio?

Stenson movió la cabeza negativamente, pero sin que pareciese que le ofendia aquella duda; por sus lívidas mejillas corrían algunas lágrimas.

—¿Stenson!—escramó Cristiano,—¿descansa ahí mi madre? ¿Se ha convertido ese altar en tumba suya?

—Sí,—dijo el anciano, á quien ahogaban los sollozos;—Karina fué quien la amortajó con su vestido blanco y la puso una corona de ramas de ciprés, porque no era la estacion de las flores. La colocamos en un cofre lleno de plantas aromáticas, y la depositamos en ese sepulcro sin mancha, que es como una representacion del de Cristo. Le cerré yo mismo, y en seguida tapé el cuarto para que la tumba de la victima no fuese profanada. Vuestro enemigo nunca supo por qué tenía yo empeño en suprimir la puerta. Creyó que lo hacia por miedo á los duendes. Tambien se figuró que, con arreglo á sus órdenes y á consecuencia de la negativa que opuso el ministro á enterrar religiosamente á la pagana, habia yo arrojado de noche ese pobre cadáver al fondo del lago; pero, por mas que dijese el pastor Mickelson, ese cuerpo era el de una santa.

Fuera su culto el que quisiera, la baronesa amaba á Dios,

lucia mucho bien, y respetaba la religion de los damas. Está en el cielo y pide por nosotros; su alma se regocija al ver á su hijo donde está y tal como se halla en la actualidad!

—Ah! —dijo Cristiano, —ya veo que la felicidad no es de este mundo, porque yo la hubiera hecho muy feliz y ya no existe!

Cristiano besó la tumba con respeto y con verdadera fé, y habiendo corrido la cortina y cerrado el tablero, volvió á bajar con Stenson á la sala de la Osa. Allí le dijo el anciano:

—No sé si costará mucho trabajo y mucho tiempo, el conseguir que reconozcan vuestros derechos; pero autorizadme para mandar restablecer el tabique de ese cuarto. Luego que seais completamente el amo, trasladaremos la tumba al castillo nuevo.

—¿La tumba de mi madre al lado de aquella en que van á depositar al baron Olaus? ¡No, no! nunca! Puesto que la Suecia le ha negado un rincón de tierra para cobijar sus restos, despues de haberla negado el aire y la libertad, llevaré sus preciosos restos bajo un cielo mas benigno. Rico ó pobre, yo sabré procurarme los medios para regresar con esta reliquia á orillas del lago de Italia en que descansa mi otra madre, la que realizó su deseo postrero, y que, desgraciadamente, tambien ¡ay de mí! tuvo al menos un hijo para cerrarla los ojos.

—Obrad con calma y con prudencia, —contestó Stenson, —ó de lo contrario serán desconocidos vuestros derechos. Algun dia hareis vuestra voluntad; pero ahora no reveleis, ni aun á vuestros mejores amigos, ni siquiera al digno Mr. Goefle, que vuestra madre era disidente. Hablará con mas conviccion en favor vuestro creyendo que no lo era, y vos mismo, si sois disidente tambien, no lo digais ni lo demostreis, ó de lo contrario no podreis triunfar de vuestros enemigos!

—¡Ay de mí! —dijo Cristiano, —¿valea las riquezas el trabajo que me voy á tomar, el disimulo que me recomiendan, y la indignacion que habré de contener? Nada tenía, Stenson, ni siquiera un óbolo, al entrar aqui hace tres dias! Tenia el corazon alegre, la imaginacion despejada! A nadie aborrecia, nadie me odiaba, y ahora...

—Ahora sereis menos libre y menos feliz, lo sé, —contestó gravemente el dulce y austero anciano; —pero muchas gentes que han sufrido pueden ser consoladas y favorecidas por vos. Si pensais en eso, tendrais valor suficiente para luchar.

—Bien dicho, mi querido Stenson, —esclamó Mr. Goefle,

que acababa de levantarse y en las últimas palabras del
la suplico servirle: todo el que acepta deberes prepara cadenas
para sus pies y amarras para su alma. Resta saber si el
hombre que se ha hallado ante el deber en el momento mas
hermoso de su fuerza, que se ha apartado para huir de él,
puede ser feliz todavía por medio de la indiferencia, y decir
que está contento de si mismo.

—Teneis razon, amigo mio, —dijo Cristiano, —faced de mi
lo que queráis. Os juro que seguire todos vuestros consejos.

Y luego, añadió Mr. Goefle bajando la voz, —creo que
Margarita será una compensacion bastante dulce para la vida
de gran señor!

Mr. Goefle decidió que Cristiano se marcharia de Walde-
mora, en donde no podia hacer valer derecho alguno antes de
la decision de la comision secreta de la Dieta, poder misterio-
so, especial y privilegiado que se atribuia el derecho de evo-
car las causas pendientes en los tribunales ordinarios, y es-
pecialmente los asuntos de la nobleza; Cristiano seguiria á su
abogado á Stockholmo para entablar su demanda y solicitar
sentencia.

Ambos fueron al presbiterio, en donde Cristiano, despues
de haber dado las gracias en la manera mas afectuosa y res-
petuosa al ministro Akerstrom, le nombró curador de sus
bienes en lo que de él dependia, y en la prevision muy acer-
tada de que aquella eleccion seria ratificada por el tribunal de
la nobleza. No pudo quedarse solo ni un instante con Marga-
rita, y aun cuando habiera podido hablarla libremente, no
habria querido pedirla que se comprometiese con él hasta
tanto que se hallase seguro de no volver á ser Cristiano Wal-
do, pero Margarita no dudó un solo instante acerca de sus
intenciones ni de su buen éxito, y partió para su retiro con
las esperanzas de la juventud y la fe de un primer amor.

Cristiano se negó á ir á almorzar al castillo nuevo con el
Mayor y con sus amigos. Comprendieron su repugnancia y
fueron á comer con él y con Mr. Goefle en el *gaard* de Sten-
son. Por la noche todos ellos fueron á cenar en
la casa del ministro. Margarita no estuvo hasta el dia
siguiente, en el cual marchó tambien Cristiano por otro la-
do con Mr. Goefle, entreteniéndose en guiar á Loki, lo cual
permitió á Mr. Goefle que fuese durmiendo durante todo el
viaje sin despertar mas que para comer.

Al cabo de dos semanas pasadas en Stockholmo, en don-
de Cristiano se condujo con suma prudencia, reserva y dig-
nidad, Mr. Goefle, que ardia en deseos de regresar á Gevala,

le convidó á que le acompañase y esperase allí la decision del tribunal supremo, lo cual podia hacerse esperar mucho tiempo, pues la muerte del Rey y el advenimiento del príncipe Enrique bajo el nombre de Gustavo III habia llevado graves preocupaciones á las altas regiones del Estado; pero Cristiano, viendo que se abria ante él una fase de limitada incertidumbre, no quiso permanecer todo aquel tiempo siendo una carga para Mr. Goelle, y resolvió realizar su proyecto de verificar rudos viajes con el *danneman* Betsol á las regiones heladas de la Noruega.

Para no ser, tampoco, una carga para aquel buen campesino, aceptó de Mr. Goelle un modesto adelanto de dinero á cuenta de su herencia ó de su futuro trabajo, y fue á abrazar á sus amigos de Waldemora y del Stollborg, despues de lo cual se puso en marcha con Betsol, dejando de nuevo á su querido Juan bajo la custodia de Stenson.

CONCLUSION.

Cristiano tuvo todo el tiempo necesario para viajar. El reconocimiento de sus derechos, no obstante todas las precauciones adoptadas por sus amigos y los pasos interesantes dados por Mr. Goelle, fué tan contrarrestado por el partido de los gorros, al cual pertenecía el barón de Lindenwald, que llegó un momento en que el activo y valiente abogado consideró como perdida la causa de su cliente.

El embajador de Rusia, que se habia mostrado favorable, viró por redondo, no se sabe por qué motivo, y la condesa Elfrida formó otros proyectos matrimoniales para su sobrina.

Mr. Goelle elevó la causa hasta el Consejo secreto del joven Rey; pero Gustavo III, que premeditaba con increíble prudencia la revolucion de 1772, aconsejó que se tuviese paciencia, sin esplicarse acerca de las esperanzas que era lícito concebir. De hecho, el Rey nada podia hacer todavía.

Cristiano, despues de haber viajado con el *danneman* hasta fines de Febrero, recibió de Mr. Goelle noticias que le decidieron á proseguir solo su exploracion á las regiones del Norte. Mr. Goelle, viendo á los enemigos de Cristiano muy apoyados, temió con razon que si se presentaba en Stockolmo le buscasen quimera. Sabia que era muy fácil escitar á Cristiano, y decia para sí que si mataba á uno ó dos campeones podria ser muerto á su vez por el tercero. Habia demasiadas personas interesadas en hacerle perder la paciencia y

arrastrarle al campo de los desafíos. Se guardaba muy bien de alagarle estos motivos, pero le aconsejaba que no contase con un triunfo próximo.

Al mismo tiempo que la carta de Mr. Goelle recibió Cristiano una nueva cantidad que este resolvió no agregar al guarismo de la primera deuda. En la posición incierta en que se encontraba, se ajustó para ir á pescar en las islas Loffoden, y á principios de Abril escribía á su abogado.

«Héme aquí en una aldea de los Nordlands, en donde me parece que entro en la tierra de Canaan, aunque el *torp* del *danneman* Beetsol sea un Louvre en comparación de mi alojamiento actual, y su *kakebroe* un pastelito en comparación del pan de leña que constituye hoy mi delicia.

Esto es decirlo que he pasado mucha miseria, sin hablar del cansancio y de los peligros; pero he visto los espectáculos mas terribles del universo, las escenas mas austeras y grandiosas de la naturaleza, abismos submarinos á los que los buques y las ballenas son arrastrados como las hojas de Otoño por el huracan, rios que nunca se hielan en medio de hielos que nunca se derriten, cascadas cuyo rugido se oye á la distancia de muchas leguas, precipicios que dan vértigos á los reñíferos y á los alces, nieves mas duras que el mármol de Paros, hombres mas feos que monos, almas angelicales encerradas en cuerpos fúmundos, un pueblo hospitalario en el seno de una miseria inaudita, un pueblo paciente, dulce y piadoso, en lucha eterna con la naturaleza mas terrible y violenta que puede imaginarse. No he experimentado decepciones. Todo lo que he visto es mas sublime o mas sorprendente que cuanto habia imaginado.

«Así pues, soy un viajero feliz! Agregad á eso que mi salud ha resistido á todo, que mi bolsa se ha llenado en tal manera que me hallo en estado de pagaros lo que os debo y de quedarme todavía con dinero abundante; en fin, que despues de haber podido estudiar la formacion geológica de una prolongada cordillera de montañas, lleva verdaderos tesoros en materia de ejemplares singulares y preciosos, muy capaces de hacer que se abraza de envidia el ilustre doctor Stanstadius, y observaciones útiles capaces de hacerme llegar á ser con un poco de mi rige, caballero de la Estrella polar.

«Me preguntareis como me he enriquecido de este modo? Causandome mucho, esponiendome mil veces á ahogarme ó desnucarme costando muchos abismos sobre unos patines inmensos de que he aprendido á hacer uso, pescando muchos peces en el archipiélago noruego, vendiendo en el acto mi

pescar, á un precio muy ínfimo, á los que tienen el genio del tráfico, y aventurándome con este solo hecho á hacérme despedazar por mis colegas, quienes sin embargo, renunciaron á tal idea al ver que tengo el brazo listo y la mano pesada.

»En fin, ahora marche á Bergen, adonde me precisa llegar antes del destiello si no quiero verme encerrado aquí durante seis semanas por unas tormentas y unos torbellinos, con los cuales no le es dado al hombre luchar.

»No os aflijais, vos que sois el mejor de los hombres y de los amigos, si llego á perder mi pleito. Llegaré á ser algo, y puesto que Margarita es pobre, desde el momento en que quedó probado que soy de ilustre cuna tengo el derecho de poder aspirar todavía á su mano. Y luego, ¿no tengo vuestra amistad? Solo pido al cielo que me permita velar por los últimos días de mi querido Stenson, si pierde su destino y su asilo en el castillo de Waldemora.»

Mr. Goelle recibió varias otras cartas por el mismo estilo durante el verano y el invierno siguientes. El pleito no adelantaba, aunque á decir verdad, todavía no estaba realmente planteado, pues los presuntuosos hacían una guerra sorda muy funesta y oponían á la decisión de la Dieta obstáculos insuperables.

Entretanto Cristiano comenzaba á saciarse de aventuras de fatigas, y de rudos trabajos. No se lo confesaba á su amigo, pero su ardiente curiosidad estaba ya satisfecha. Las necesidades del corazón, despertadas por esperanzas acaso engañosas, reclamaban con frecuencia la vislumbra da felicidad. La vida terrible, como él la llamaba, no escudaba al heroísmo de sus resoluciones ni á la alegre energía de su carácter; pero el alma sufría frecuentemente en silencio, y había llegado el momento en que, según las expresiones de Larsson, el pájaro, cansado de cruzar el espacio, deseaba hallar un cielo apacible y sereno, y un lugar seguro para construir su nido.

La miseria visitó varias veces á Cristiano, á pesar de su inteligencia y de su actividad. La vida de un viajero es un encadenamiento de hallazgos y de pérdidas, de triunfos inesperados y de desasosunos que desesperan. Ganó lo suficiente para vivir al día, traficando con su caza, con su pesca, y con un cambio de géneros transportados á grandes distancias con un valor y una resolución increíbles; pero el joven barón, de carácter dulce, confiado y generoso, no había nacido comerciante, y su incógnito no podía ocultar la aristocrática liberalidad con que se hallaba dotado.

Luego, el capítulo de los accidentes hizo que se frustra-

sen con frecuencia sus provisiones mas prudentes, y un día se vió resuelto á realizar el sueño de heroica desesperación de que habló al Mayor en la montaña de Blaack-lul, es decir, como Gustavo Wasa tuvo que trabajar en las minas, y como aquel héroe de una epopeya novelesca le sucedió que le reconocieron por un obrero extraordinario, no tanto por el cuello bordado de su camisa como por la autoridad de sus palabras y por el fuego de sus miradas.

Cristiano estaba entonces en las minas de Boraas, en las montañas mas altas de la Noruega, á diez leguas de la frontera sueca. Trabajaba con sus propias manos, hacia ocho dias, con una destreza y un vigor que le habian granjeado la estimación de sus compañeros, cuando recibió de Mr. Goefle una carta en que le decia:

«¡To lo se ha perdido! He visto al Rey, es un hombre escociente, pero ¡ay! le he dicho quién sois: he puesto ante su vista todas nuestras pruebas; le he dicho cómo pensais acerca del abuso de los privilegios nobiliarios, y cuán útil podriais ser para los intentos de un príncipe filósofo y valiente que quisiese restablecer el equilibrio en los derechos de la nación.» Después de haberme escuchado y comprendido con una atención y una lucidez que nunca he encontrado en juez alguno, me ha contestado: «¡Ay, Dios! señor abogado, el hacer justicia á los oprimidos es una gran empresa superior á mis fuerzas! Me destrozaría en ella, como mi pobre padre á quien han ocasionado la muerte á fuerza de cansancio y de pesadumbres!

«Gustavo es débil y bueno; no quiere morir! En vano nos lisonjéabamos con la esperanza de que daría grandes golpes al Senado ¡La Saccia está perdida, y tambien nuestro pleito!

«Voived á mi lado, Cristiano. Os quiero y os estimo. Tengo alguna fortuna y ningún hijo. Decid una palabra, y reparto con vos mi clientela. Hablais el sueco á las mil maravillas, teneis elocuencia. Aprenderéis nuestro código y me sucederéis en mi bufete. Os aguardo.»

—¡No!—esclamó Cristiano llevándose á los labios la carta de su generoso amigo: conoce mejor de lo que él se figura los pocos recursos de este país y los sacrificios á que á ese digno hombre le condenaria tal asociación! Además, se necesitan años para aprender un código, y durante esos años, yo, joven y fuerte, tendria que vivir á costa de los sacrificios del hombre que, después de tantas luchas y fatigas, necesita ya en adelante bienestar y descanso. ¡No, no! tengo brazos y

sabré servirme de ellos hasta tanto que mi suerte ne haga encontrar algo en que emplear mi inteligencia.

Y volvió á entrar en la galería en que, desde el amanecer hasta el anochecer, tenía que abrir al resplandor de una lámpara pequeña y entre las emanaciones sulfurosas del abismo, el filón de cobre ramificado en las entrañas de la tierra.

Pero al cabo de algunos dias se mejoró la suerte de Cristiano. Los jefes habian reparado en él y le confiaban la dirección de ciertos trabajos para los cuales se habian revelado su instruccion y su capacidad en un momento dado, sin ninguna afectacion por su parte. Sábio, modesto y laborioso, empleaba las horas de descanso en instruir á los obreros. Una noche abrió para ellos un curso gratuito de mineralogia elemental, y fue escuchado por aquellos hombres rudos que veian en él á un compañero laborioso á la par que un talento original y cultivado. La sala de sus academias fue una de esas grandes cuevas míticas á las que los mineros gustan de dar nombres pomposos. Su cátedra fue un pedazo enorme de cobre bruto.

Cristiano trataba de ser feliz por medio del trabajo y de la abnegacion, porque siempre es la felicidad lo que el hombre busca, aun en el fondo del sacrificio de sí mismo. Cuidaba á los enfermos y á los heridos de la mina. Acudiendo siempre el primero, con un valor heroico, á los accidentes que ocurrían, enseñaba ademas á los obreros á librarse de esos peligros terribles por medio del raciocinio y de la prudencia. Procuraba dulcificar sus costumbres y combatir su funesta passion hacia el aguardiente, madre harto fecunda de los terribles desafios á puñaladas. Le querian y le estimaban; pero su paga pasaba entera á socorrer á los lisiados, á los huérfanos ó á las viudas.

—¡Es indudable que yo he nacido gran señor! pensaba con frecuencia al entrar en la cuba que le bajaba al fondo del pozo incommensurable, es decir, gran señor, segun yo lo entiendo, protector del débil, ¿y por eso mismo no podre vivir nunca á la luz del sol?

—Cristiano, — le gritó un dia el inspector con la bocina desde lo alto de la terrible boca de la mina, — deja tu martillo por un instante y sal á recibir á las galerías á unos señores que quieren visitar las salas grandes. Haz tú los honores, hijo mio, que yo no tengo tiempo para bajar.

Segun costumbre, Cristiano mandó encender las grandes teas de resina en el interior de las escavaciones, y salió al encuentro de los que bajaban á visitar la mina; pero al conocer

FOLLETIN DEL CLAMOR PÚBLICO.

451

al ministro Akerström con su familia, y al teniente Osburn que daba el brazo á su joven esposa Martina; Cristiano entregó la tea que tenía en la mano á un minero viejo, amigo suyo, diciéndole que le había dado un calambre y que le rogaba acompañase á los forasteros. Luego, calándose su gorro embreado hasta los ojos, se mantuvo á cierta distancia, delirando su corazón con el placer de ver felices á sus amigos, pero deseando que no le conociesen por temor de afligirles y de que llegase á noticia de Margarita la situación en que se encontraba.

Iba á alejarse, después de haber escuchado un instante su conversacion alegre y animada, cuando Mad. Osburn se volvió diciendo:

—Pero, ¿y Margarita, no viene? La muy cobarde no se habrá atrevido á pasar el puentecillo!

—En el que vos misma habeis tenido mucho miedo, querida Martina!—contestó el temente;—pero, ¿qué temeis? ¿no está con ella Mr. Stangstadius?

Cristiano, olvidando el calambre que se había propuesto tener, se lanzó á las bóvedas de rápida pendiente que conducían al puente de tablas, verdaderamente aterrador, que Margarita había de pasar en compañía de Mr. Stangstadius, el hombre que mejor sabia caer por su cuenta, pero no el que mejor sabia proteger á los demas.

En efecto, al í estaba Margarita, vacilante y acometida de un vértigo, con Mlle. Potin, que atravesaba mas valerosamente el puente en compañía de Mr. Stangstadius, con el fin de animar á su amiga.

El teniente subia de nuevo para ayudarla y tranquilizar á su mujer, pero antes de que hubiese llegado, Cristiano se lanzó, cogió á Margarita en sus robustos brazos, y atravesó en silencio el torrente subterráneo.

De seguro que Margarita no lo vió, porque cerró los ojos todo lo posible para no distinguir el abismo; pero en el momento en que la ponía en el suelo junto á sus amigos, con la intencion de huir cuanto antes, Margarita, aterrada todavía, se bamboleó, y tuvo que cogerla de la mano para alejarla del precipicio. Sus dedos, ennegrecidos por el trabajo, quedaron señalados en el guante verde claro de la joven, y un momento después la vió lamiéndolos cuidadosamente con su pañuelo, diciendo á su aya:

—Dad pronto un poco de dinero á ese pobre hombre que me ha pasado por el puente!

El pobre hombre se había alejado presuroso, con

el corazon algo oprimido, sin guardar rencor á la condesa porque tuviese afición á los guantes limpios, pero reflexionando que, en cuanto á él, ya no le era posible tener las manos blancas.

Se volvió á la fragua, en donde hacia fabricar herramientas perfeccionadas con arreglo á sus ideas y aprobadas por los inspectores; pero al cabo de una hora de trabajo, porque con frecuencia solia él echar mano á la obra, oyó volver á los paseantes, y no pudo resistir al deseo de ver pasar otra vez á la joven condesa. Le pareció que habia crecido un poco, y que se habia hermoscado hasta el extremo de poder enloquecer al ciclope mas taciturno.

Como oia las voces algo lejanas todavia, se acercaba sin precaucion á la galeria por donde el grupo habia de vo ver á pasar, cuando en una sala muy iluminada se encontró frente á frente con Margarita, quien, tranquila ya y casi acostumbrada á los ruidos imponentes y á los aspectos grandiosos de aquellos sitios austeros, iba sola delante de todos los demas. La joven se estremeció al verle y creyó conocerle; Cristiano se caló apresuradamente su gorro, y entonces acabó de conocerle por el cuidado que tenia de ocultar su rostro.

—¡Cristiano!—esclamó,—¡sois vos, estoy segura!

Y le tendió la mano.

—No me toqueis,—le dijo Cristiano,—estoy ennegrecido por el polvo y el humo.

—¡Ah! ¡me importa muy poco, puesto que sois vos!—repuso la condesa.—¡Ahora lo sé todo! Los mineros que nos han servido de guias nos han hablado largamente de un Cristiano que es un gran sabio y un excelente obrero, que no dice su nombre, pero que tiene la fuerza de un labriego y la dignidad de un jarl, que es mas valiente que todos juntos y que á todos les muestra gran cariño.

Pues bien, nuestros amigos no han pensado que podierais ser vos: hay tantos Cristianos bajo el cielo escandinavo! pero yo he pensado: «No hay mas que uno y es él!» Vamos, dadme la mano, ¿no somos hermanos como allá abajo?

¿Cómo no habia de olvidar Cristiano el leve insulto de la limpiadura del guante? Margarita le tendia su mano desnuda.

—No os ruborizais de verme aquí?—le dijo,—¡sabeis ya que no es la mala conducta la que me ha traído á este sitio, y que si hoy trabajo no es para compensar dias de pereza ni de locura.

—Nada sé de vos,—contestó Margarita,—sino que habeis cumplido la palabra dada en otro tiempo al Mayor Larrison,

de ser minero ó cazador de osos antes que continuar ejerciendo un oficio que me desagradaba.

—Y yo, Margarita, —repuso Cristiano, —nada sé de vos tampoco, sino que vuestra tia querrá hacer que os caséis con el baron de Lindenwald, contra quien parece que he perdido mi pleito.

—Es verdad, —dijo Margarita riendo. —Mi tia quiere consolarme con eso de la muerte del baron Claus; pero, ¿va que tan bien adivinais las cosas, debéis saber, asimismo, que no pienso casarme de ningún modo.

Cristiano comprendió esta resolución, que le dejaba en la ra su esperanza. Juró mentalmente que haria fortuna, aunque para ello tuviese que hacerse egoísta. Por mas que, dijo, Margarita no consintió en proteger su incógnito para con el teniente y la familia del ministro, que llegaban ya.

—El es! —esclamó corriendo hacia ellos. —Es nuestro amigo del Stollborg, ¿comprendéis? Es ese Cristiano, ese amigo de los pobres, el héroe de la mina, es el baron sin baronia, pero no sin honor y sin corazon, y si no sois tan felices como yo con volverle á ver.

—Lo somos todos! —esclamó el ministro estrechando las manos de Cristiano. Da, aquí un gran ejemplo de verdadera nobleza y de sana religion.

Cristiano, abrumado á caricias, elogios y preguntas, tuvo que prometer que iria á cenar á la aldea con sus amigos, quienes contaban pasar la noche en ella antes de regresar á Waldemora, á donde Margarita habia ido á pasar una temporada de quince dias en el presbiterio.

Querian llevarse á Cristiano al momento; pero por una parte no tenia su tiempo tan libre como pensaban, y por otra tenia mas empeño del que acaso convenia á un hombre tan razonable en vestirse un traje tosco, pero de intachable limpieza. Se citaron para la noche, y Cristiano, conmovido y feliz, se volvió á su trabajo.

Sin embargo allí comenzaron á luchar en su mente pensamientos encontrados y turbulentos. ¿Debia obstinarse, pues, en amentar la quimérica esperanza de un amor correspondido? Margarita tenia harta espontaneidad y franqueza en su afecto hacia él; aquello no podia ser mas que amistad apacible sin turbacion en el alma ni rubor en la frente. ¿Podia ser el amor tan espontáneo, tan libre, tan expansivo? Se acusaba á si mismo de presuncion y de locura, y un instante después se acusaba de ingratitud: una voz interior le

decía que, cualquiera que fuese su suerte, siempre hallaría a Margarita resuelta á compartir a.

Dejaba definitivamente su trabajo, y prefiriendo con mucho la cuba y la polea, que no le causaban vértigo alguno, al largo trayecto de las escaleras y las rambas, se disponía á subir en un momento desde el sombrío abismo hasta la entrada por donde se veía un rincón de cielo rodeado de árboles y de lilas, cuando se encontró frente á frente con un minero á quien había hallado ya la víspera en su distrito, y que no pertenecía á la brigada de que él formó parte al pronto y que á la sazón dirigía.

Aquel hombre no era conocido de los compañeros de Cristiano. Ennegrecido con exceso, ya fuese por negligencia ó por afectación, y llevando en la cabeza un sombrero destrozado que colgaba por todos lados, no era fácil formarse una idea de su rostro. Cristiano no había intentado verle. Podía ser de esos que llaman trabajadores vergonzantes (como se dice los *pobres vergonzantes* para espresar precisamente lo contrario de la vergüenza, que es el orgullo silencioso). Respetó, pues, el aspecto misterioso de aquel desconocido, y después de haber dado el silbido de costumbre para avisar á los que manejaban el torno, se contentó con señalarle un puesto al lado suyo en la cuba, suponiendo que también quería subir; pero el desconocido pareció que vacilaba. Puso sus manos en el borde de la cuba, como si hubiese querido entrar en ella y luego se paró, fingiendo buscar algo.

—¿Habeis perdido alguna herramienta?—le dijo Cristiano, quien observó que era bastante gordo, y que no tenía el aspecto suelto y desembarazado de un minero acostumbrado á servirse de la cuba.

Apenas hubo hablado cuando el desconocido como si hubiese querido oír su voz antes de adoptar un partido, se subió al lado suyo con mas resolución que destreza, y aguardó silencioso el segundo silbido.

Cristiano supuso que aquel hombre no entendía el noruego, y como conocía ya casi todos los dialectos del Norte, intentó interrogarle, pero en vano; el desconocido permaneció mudo, como si el terror de verse suspendido á mitad de camino del abismo hubiese paralizado sus facultades. La cuba de las minas, como todos saben, está formada de gruesas espesas sujetas con aros de hierro, y es preciso dirigirla en las grandes escavaciones. Cristiano, que estaba ya muy acostumbrado á aquel medio de transporte, manobrabá con suma destreza. De pie en el borde, con un brazo pasado alrededor de

la cuerda, daba ligeramente con el pié en los costados del pozo cuando el halauceo amenazaba romper la cuba, y renunciando á arrancar una palabra á su compañero de viaje, se habia puesto á cantar con la mayor tranquilidad una barcarola veneciana, cuando el único pié que le daba en aquel momento en el borde de la cuba fué traidoramente empujado con bastante rigor para perder su punto de apoyo y encontrarse lanzado al vacío.

Afortunadamente, Cristiano, que por costumbre era tan prudente como atrevido, tenia el brazo izquierdo sólidamente sujeto á la cuerda, y resbaló como podría haberlo una cesta sujeta por su asa, pero sin soltarse; mas entonces, el desconocido, alzando su aguzado martillo, se dispuso á pegar ante todo en la mano derecha de Cristiano, que habia asegurado su salvación agarrándose al borde de la cuba.

Era hombre perdido, ó al menos se quedaba sin una de sus manos, á no ser por el balanceo y la inclinacion repentina que el peso de su cuerpo imprimió á la cuba. Sus pies colgantes fueron á tropezar con una segunda cuba que bajaba junto á él, y pudo dar al primero tal sacudida que el asesino se vió obligado á agarrarse él mismo á las cuerdas para no ser lanzado fuera.

Aquel momento de espanto bastó á Cristiano para agarrarse á la otra cuerda y saltar á la segunda cuba, que subió con rapidez, mientras que aquella en que el asesino quedaba solo desaparecia de su vista con una rapidez mayor aun. En el momento en que Cristiano llegó al borde del pozo, acababa de saltar sobre las tablas en que se apoyaba el torno, cuando llegó á sus oídos un rugido sordo desde las profundidades del abismo, mientras que la fantástica figura de Stangstadius aparecia sonriendo á su lado para decirle:

—¡Eh! ¡querido baron, venid pronto! No quieren cenar allí sin vos, y me estoy muriendo de hambre.

—Pero, ¿qué ha pasado?—esclamó Cristiano sin contestarle, dirigiéndose á los obreros que manejaban el torno.—¿Dónde está la otra cuba? ¿dónde está el hombre?...

—La cuerda se ha roto,—le contestó uno de ellos jurando en voz muy alta y fingiendo sentir mucho el acontecimiento mientras que el otro, inclinándose junto al oído de Cristiano, le decia: «¡Silencio! ¡le hemos soltado!»

—¡Cómo! ¡habeis precipitado á ese infeliz!... á ese loco!...

—Ese desgraciado no estaba loco,—contestó el obrero.—Hac a tres dias que andaba buscando ocasion de encontrarse solo contigo. Le acechábamos y hemos visto lo que queria

hacer. Te hemos bajado á la aventura la otra cuba, y en cuanto á la en que él está, es una cuba vieja y estropeada, y nada más!

Cristiano sabía que en aquella época se ejercía en las minas la justicia expeditiva y directa. Por eso mismo tenía más pesar é inquietud por lo que acababa de suceder, porque también sabía que á los hombres que entran á cierta edad en aquel mundo subterráneo les suelen acometer accesos de furor involuntario. Hizo que le volbiesen á bajar con Stangstadius, quien con razón pretendía conocer por experiencia aquella clase de accidentes.

También bajaron dos mineros para testificar el hecho, según decían, pero en realidad, para hacer desaparecer el cadáver sin tener que dar explicaciones á los inspectores de la mina.

—A la verdad, dijo Stangstadius tan luego como al resplandor de las teas hubo examinado el cuerpo, —todo ha concluido para él. Ha tenido menos fortuna que yo; pero ¡vive el cielo! juro escribir un dictámen acerca del uso de las cuerdas en los tornos de las minas. Estas desgracias son harto frecuentes... Cuando pienso que yo mismo...

—Mr. Stangstadius! —esclamó Cristiano, —mirad á ese hombre... ¿No le conocéis?

—Ah! ¡es cierto! —contestó Mr. Stangstadius, —es maese Johan, el ex-mayo domo de Waldemora. ¡Vaya un encuentro gracioso! ¿eh?.. Entonces, no se ha perdido mucho. Había hecho ciertas confesiones en la cárcel; él fué quien asesinó en otro tiempo al pobre baron Adelstan... sí, á nuestro padre, querido Cristiano. Ese Johan era un antiguo minero de Falup, un malvado... Parece que se había fugado de su última prisión, pero estaba escrito que había de morir por la soga!

Mr. Stangstadius, gozoso por haber dicho este equívoco, se llevó á Cristiano fuera de la mina, mientras que los mineros, después de haber tirado el cadáver á una especie de precipicio lóbrego que conocían muy bien, en lo más profundo de los pozos, se ocuparon tranquilamente en componer la cuba. Cristiano, que tenía un modesto alojamiento en la aldea, fué presuroso á vestirse. Halló en su casa una carta que acababa de llevarle un propio; era de Mr. Goelle, y le decía:

«Todo se ha salvado: el Rey es bueno, como os decía, pero no débil; como yo creía. Es un mozo que... Pero no se trata ahora de eso. Venid pronto! estad en Waldemora el 12; un amigo mío os dará buenas noticias.

«Hasta entonces, querido barón.»

Cristiano no habló de aquella carta á los amigos que le estaban aguardando para cenar en casa del ministro de Roma, en donde necesariamente el de Waldemora recibía, con sus amigos, una hospitalidad cordial. Cristiano halló ocasión de quedarse solo un instante con Margarita y con su aya. Fué mas atrevido de lo que lo había sido hasta entonces. Se atrevió á hablar de amor. Mlle. Potin quiso interrumpirle, pero Margarita interrumpió á su amiga, á su vez, diciéndola:

—Cristiano, no sé muy bien lo que es el amor, ni la diferencia que quereis hacerme comprender entre ese sentimiento y el que me inspirais. Lo que sé es que os respeto y os estimo, y que si alguna vez soy libre y lo estais vos todavía, como arrisré vuestra suerte, sea la que quiera. He trabajado mucho desde que nos separamos; ahora sabría dar lecciones, llevar las cuentas en una casa de comercio, como otras jóvenes pobres que trabajan y que tienen el buen juicio, según lo hace la misma Mlle. Potin de Gerville, que es de familia noble, y que por haberse visto obligada á servirse de su instrucción para ganarse el sustento, no se ha rebajado á los ojos de nadie, ni ha hecho mas que engrandecerse, en concepto de las personas de buen corazón. Y prueba de ello es, —añadió con tierna malicia mirando á su aya,—que está desposada en secreto con el digno Mayor Larrison, y solo aguarda mi boda para celebrar la suya.

Mlle. Potin se vió muy apurada para contradecir á Margarita. Le disgustaba que Cristiano insistiese en ser amado en el momento en que su pleito estaba perdido, y acabó de enfadarse con él cuando vió que se incorporaba con la pequeña caravana para cruzar las montañas y entrar de nuevo en Suecia por Idrá y por los montes de Blaackdal.

Al siguiente día, 12 de Junio de 1772, Cristiano vió que por el camino de las montañas le salía al encuentro el amigo que Mr. Goelle le había anunciado, y que no era sino el mismo Goelle excitado por el Mayor Larrison. Se abrazaron, se dirigieron mutuamente algunas palabras de tierno afecto, y llegaron á la hora de comer á la cabaña del danneman, que estaba adornada por todos lados con flores silvestres. Karina se hallaba en el umbral de la puerta, comprendiendo á medias lo que sucedía y acostumbrándose con dificultad á ver al niño del lago bajo las facciones del hermoso y joven varón.

La comida fue servida en el campo, bajo un rústico cenador, dando vista á aquella magnífica perspectiva de montañas

cuya enérgica y melancólica belleza había admirado Cristiano en un día de Diciembre. En aquella región elevada la estación de verano es muy corta, pero es espléndida: el color verde de las plantas es tan deslumbrador como la nieve, y la vegetación adquiere un desarrollo tan rápido que Cristiano creía estar viendo otro sitio y otro país.

Permanecieron en la montaña hasta las seis de la tarde. No se pensó en manera alguna cazar el oso, sino en coger sentimentalmente las florecillas que crecían en orillas de los arroyos, y en escuchar el dulce murmullo ó el impetuoso ruido de todas aquellas voces que parecía se apresuraban a cantar y a vivir antes de que volvieran los hielos, en cuya época habían de ser convertidas de nuevo en cristal por los alfos del sombrío otoño.

Cristiano era muy feliz, y sin embargo ardía en deseos de ver de nuevo á Stenson; pero Mr. Goelle no quería que se pusiesen todavía en camino, por razón del calor. El no había de ponerse hasta después de las diez, para volver á salir tres horas después en un crepúsculo estrallado que no permite á las tinieblas que lleguen á invadir el cielo de verano. Era una sorpresa que el buen abogado le preparaba á Cristiano. Tan luego como principió á refrescar la tarde, se vio llegar en un carricoche al buen Stenson, triunfante y rejuvenecido; merced al calor de la estación, y quizás también á la alegría y á la confianza, ya no estaba casi sordo. Llevaba el decreto de la Dieta que reconocía los derechos de Cristiano, y una carta de la condesa de Elveda que autorizaba secretamente á monsieur Goelle á disponer de la mano de su sobrina en favor del nuevo baron de Waldemora.

Al regresar al castillo con su tío Goelle, Cristiano, que veía con delicia á la gozosa reunión de sus dignos amigos desarrollarse en carruajes por las caprichosas revueltas del camino pintoresco, se vio acometido, en medio de su alegría, por un acceso de melancolía.

—Soy demasiado feliz,—dijo al abogado,—quisiera morir hoy. Imagino que la nueva existencia en que voy á entrar ha de ser una agresión perpetua á la felicidad sencilla y pura con que yo soñaba.

—Es muy posible, hijo mío,—contestó Mr. Goelle.—Solo las novelas son las que concluyen con la eterna fórmula de: «Vivieron felices y murieron á edad muy avanzada». Sufriréis con el contacto de la vida pública, terriblemente agitada en la época actual, sobre todo en las altas regiones sociales

—¿Qué entráis? No sé qué acontecimientos singulares se preparan. En la última entrevista que me ha concedido el Rey, me sentí como una revelación de ellos. En aquel día, el monarca me pareció grande y temible á la vez. Creo que medita una explosión que volverá á colocar á muchas gentes en el lugar que les corresponde; pero, ¿podrá y querrá mantenerlas en él? Las revoluciones que se adelantan al trabajo del tiempo y de las ideas, ¿pueden fundar alguna cosa duradera?

—No siempre,—dijo Cristiano;—pero plantan jalones en la historia, y de los progresos que abortan siempre queda alguna ventaja adquirida.

—¿Entonces, estareis verdaderamente en favor del Rey y contra el Senado?

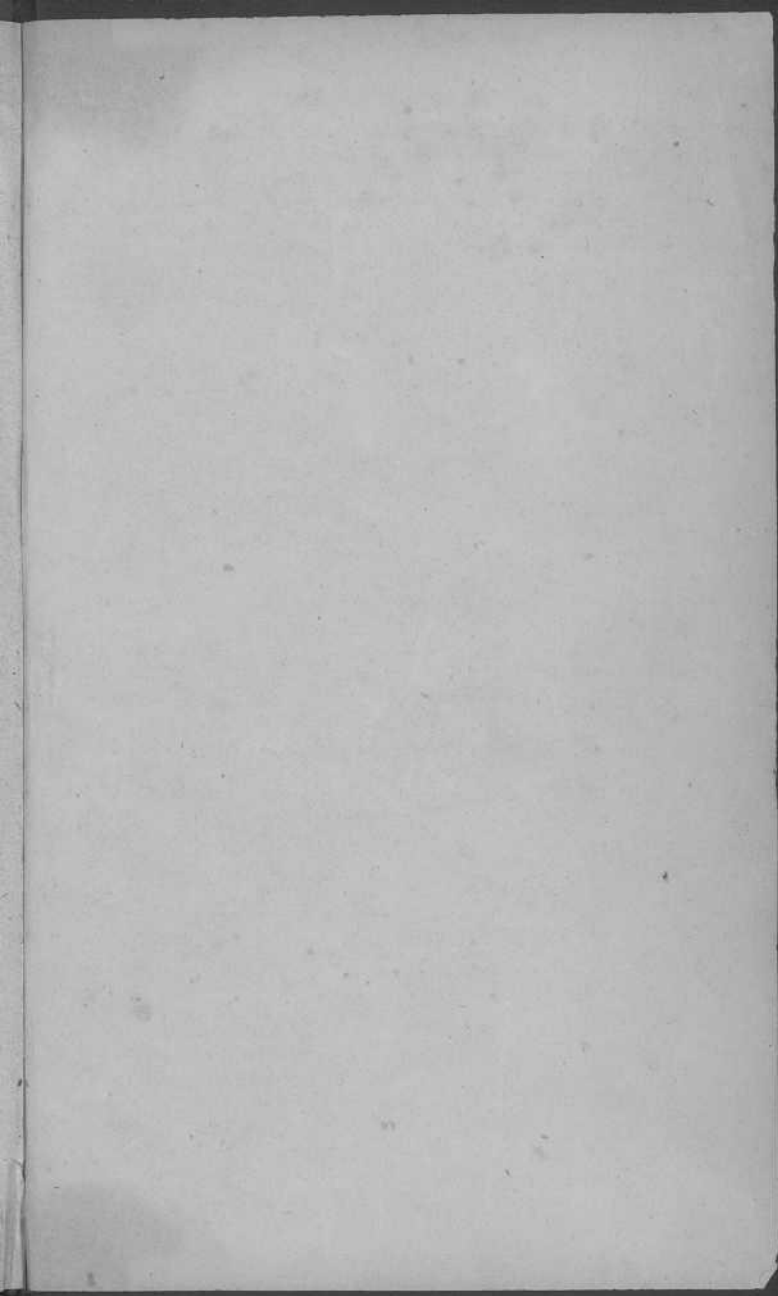
—¡Si por cierto!

—Entonces ya veis que vuestro pensamiento no es el de huir de la tormenta, sino el de ir en busca de ella. ¡Vamos, es el instinto de la juventud y la fatalidad de la inteligencia! Yo, diré *amen* á cuanto nos emancipe de la Rusia y de la Inglaterra... Pero, ¿cómo diablos tomareis asiento en la Cámara de los Estados, si no quereis reconocer la religion del pais? .. No digais nada, mas tarde vereis lo que os dicta vuestra conciencia, y lo que os dictan vuestros deberes de padre y de ciudadano.

—¡Mis deberes de padre!—esclamó Cristiano.—¡Ah! ¡Monsieur Goelle, ahí está mi felicidad, lo conozco! ¡Dios mío! ¿cómo querré á los hijos que me dé esa criatura noble y leal, que les trasmítirá el desinterés y la franqueza, con la gracia y la belleza!

—Sí, sí, Cristiano, sereis feliz en la familia. Lo mereceis en justicia, por los cuidados que prodigaisteis á la pobre Sofia Goffredi! Vivireis á la manera sueca, en vuestras tierras, en el seno del bienestar, ante la grandiosa y ruda naturaleza del Norte! H reis ser felices á todos aquellos á quienes vuestro predecesor habia sepultado en la miseria. Cultivareis la ciencia y los bellas artes. Educareis vos mismo á vuestros hijos. Esos pequeños, al nacer, se verán rodeados de amor y de tiernos cuidados; crecerán con los hijos de Osmundo y de Osburn.

—Yo trabajaré todo el tiempo posible, porque si no continuase defendiendo pleitos, llegaria á ser demasiado habrador y fastidioso; pero todos los años vendré á pasar con vos las vacaciones. Mimaremos á porfia al anciano Sten y á la pobre Karina; en política haremos castillos en el aire; soñaremos



Este libro es muy
soso y muy feo por que
tiene una letra muy
pequeña y ademas es
un libro que tiene
los dibujos muy fantas-
ticos y sobre el duco
que no quiere volver
a leer este libro soy
yo.



Ensayo a raselli
Labor de Clebore de este
Libro de argui. furo que
argui no hace falta para
nada. corrigi asi. lo
estas Clebore ya.

Imagin
Ensayo



Lodigo ya. Feler. Gallo. poco en media mente
este libro es mas bueno que
el de la biblioteca
Justo Romero

13



KJ. HOMBEKE

DE NIEVE



13.559